

LA SIRENA  
Y LA SEÑORA HANCOCK  
Imogen Hermes Gowar



Londres, septiembre de 1785. Uno de los capitanes del armador Jonah Hancock llama con urgencia a su puerta en mitad de la noche para comunicarle la increíble noticia de que ha vendido su barco a cambio de algo absolutamente excepcional: el cuerpo disecado de una pequeña sirena.

El rumor se propaga como la pólvora, desde los astilleros y los burdeles hasta los cafés y los salones nobiliarios; todo el mundo quiere ver la recién descubierta maravilla. El encuentro del señor Hancock con Angelica Neal, la cortesana más deseable y cotizada de la ciudad, marcará el nuevo rumbo de sus vidas. ¿Dónde los llevará su ambición en una época de improbables ascensos sociales? ¿Y podrán escapar al poder de aniquilación que, según dicen, posee la mítica criatura marina?

Esta espléndida novela, una gloriosa y sensual inmersión en la época georgiana, es una historia de prodigios y naufragios, de sentimientos, curiosidades e intrigas, tan exquisitamente ejecutada que, desde la primera página, su irresistible y seductor canto nos arrastra, sin remedio, hacia sus misteriosas profundidades...

Imogen Hermes Gowar

---

## **La sirena y la señora Hancock**



Título original: *The Mermaid and Mrs Hancock*  
Imogen Hermes Gowar, 2018  
Traducción: Carlos Jiménez Arribas, 2018

---

Revisión: 1.0

# LIBRO I

# UNO

*Septiembre de 1785*

El despacho de Jonah Hancock tiene forma de cuña y está construido como el camarote de un barco: artesonado de madera, paredes enjalbegadas, rodapié negro y vigas que encajan unas con otras a la perfección. Baja el viento cantando por Union Street, la lluvia pega contra el cristal de la ventana, y el señor Hancock clava los codos, inclina el tronco hacia delante y apoya la frente en ambas manos. Luego se pasa los dedos por la cabeza, descubre una cresta de pelo áspero que ha burlado el celo del barbero y se detiene ahí: si acaso, más que irritado, curioso. De puertas adentro, al señor Hancock no le preocupa mucho su apariencia, y en sociedad gasta peluca.

Es un caballero orondo de cuarenta y cinco años que se viste de estambre, fustán y lino: telas honestas que conoce bien y casan con su pelo ralo, la pelusa plateada que le cubre los carrillos y las yemas de sus dedos, llenas de manchas y arañazos. No es un hombre apuesto, ni lo fue nunca (y encaramado al taburete, con esa enorme barriga y unas piernas tan flacas, parece una rata subida a un poste), pero sí tiene una cara amable y rolliza, y los ojillos, de pálidas pestañas, son claros y transmiten confianza. Es un hombre pintiparado para el puesto que ocupa en el mundo: hijo de un armador que era a su vez hijo de un armador —nacido en Deptford—, cuya misión no es expresar sorpresa o deleite al ver las rarezas que pasan por sus rudas manos, sino solo calcular su valor, poner por escrito el nombre por el que se las conoce y el número en el que llegan, y luego enviarlas a la ciudad que fulge exuberante al otro lado del río. Los barcos que manda a los cuatro

puntos cardinales —el *Eagle*, el *Calliope*, el *Lorenzo*— cruzan una y otra vez el ancho mundo, pero él, Jonah Hancock, de todos los hombres el más quieto, se acuesta cada noche en el mismo cuarto que lo vio nacer.

Tiene la luz en el despacho un tono tenebroso, cebado de tormentas. La lluvia cae a ráfagas. El señor Hancock abre los libros de cuentas encima de la mesa, están llenos de palabras y cifras que se arrastran como insectos por la página, pero hoy no tiene la mente en la tarea y agradece el rifirrafe que se oye fuera del despacho.

«Vaya», piensa el señor Hancock, «ese tiene que ser Henry». Pero cuando se revuelve en el asiento ve que solo era la gata: está hecha un ocho donde empieza la escalera, tiene el lomo en el aire, ha quedado toda despatarrada en el primer escalón, y con las garras sujeta contra las tablas del suelo un ratón que no para de retorcerse. Aunque el felino tiene la boquita abierta y los dientes le brillan con un destello triunfal, está en posición nada ventajosa, y para ponerse derecho, calcula el señor Hancock desde donde la mira, antes tiene que soltar la presa.

—¡Zape! —dice el señor Hancock—. ¡Fuera de aquí!

Pero la gata coge el ratón entre las fauces y cruza el pasillo con paso marcial. Aunque no la ve desde ese ángulo, sí que oye el golpeteo de sus cuatro patas en el baile que realiza, y el golpe más seco que hace el cuerpecillo del ratón al caer contra el suelo de madera. La ha visto jugar a eso muchas veces: lo tira al aire y mira cómo se estampa contra las tablas. Y al señor Hancock, el maullido que suelta la gata a plena tráquea le suena siempre demasiado humano, como si lanzara una pregunta.

Vuelve a su tarea en el escritorio, dice que no con la cabeza. Hubiera jurado que era Henry el que subía por la escalera. Ya se ha imaginado muchas veces la escena: ve a su hijo, alto y delgado, que ha pasado a saludarlo con una sonrisa cómplice; calza medias blancas, luce rizos castaños y lo rodea un aura de motas de polvo. No es normal que tenga esas visiones, pero cuando las tiene lo perturban, pues Henry Hancock murió al nacer.

No es que sea un hombre fantasioso el señor Hancock, pero nunca ha podido desprenderse de la idea de que, en el parto, en cuanto su mujer asentó la cabeza en la almohada y soltó su postrer y desdichado aliento, fue su misma vida la que se desvió de su curso. Y le parece que la que le estaba

prometida sigue por su cuenta, no muy lejos, que lo separa de ella solo una tibia mezcla de azar y aire, y que hay veces en las que le es dado verla de reojo, como el que descorre momentáneamente una cortina. Una vez, por ejemplo, en su primer año de viudedad, sintió la cálida presión de otro ser contra la rodilla. Estaba jugando a las cartas, y al mirar debajo de la mesa casi esperaba arrobado ver a un niño lustrado que se apoyaba en su silla para auparse. ¿A santo de qué llevarse aquel disgusto al ver que no era más que la mano de Moll Rennie que lo buscaba muslo arriba? Otra vez, le llamó la atención un tambor de juguete que vio en una feria, pintado en vivos colores, y lo adquirió. Y cuando ya estaba a mitad de camino de su casa cayó en la cuenta de que no tenía niño alguno al que ofrecérselo. Ya han pasado quince años, pero hay momentos, cuando menos se lo espera, en que el señor Hancock puede que oiga una voz que viene de la calle, o sienta que le tiran de la ropa, y piense inmediatamente «Henry», como si no le hubiera faltado el hijo en todos esos años.

Su mujer, Mary, nunca lo visita, aunque era una bendición del cielo para él. Cuando murió tenía treinta y tres años, era una mujer serena que había visto mucho mundo y estaba más que preparada para el más allá: el señor Hancock no duda de adónde ha ido, ni de que él pueda un día reunirse allí con ella, y con eso le basta. Solo pena por su hijo, que pasó como una exhalación de la vida a la muerte: mudó un olvido por otro como el que duerme y se da la vuelta en la cama.

Oye en la planta de arriba la voz de su hermana, Hester Lippard, que lo visita el primer jueves de cada mes. Husmea en la despensa y en el cuarto de la plancha y grita siempre al ver lo que halla allí. Que le quede a una un hermano viudo como herencia es un suplicio, aunque puede que algún día sus hijos se beneficien. Y si la señora Lippard le hace el favor de sacar a su hija más joven del colegio para que le lleve la casa, es porque espera un gesto razonable por parte de él.

—Fíjate, ¿no ves? Tienes las sábanas llenas de moho —la oye decir, dirigiéndose a su hija—. Si las hubieras guardado como yo te dije... ¿No te lo apuntaste en la libreta?

La niña responde a la madre con un murmullo inaudible.

—¿A que no lo apuntaste? Pues esto es solo para beneficio tuyo, Susanna,

mío no.

Silencio, y él se imagina a la pobre Sukie: ve que le cuelga la cabeza, tiene la cara lívida.

—¡Te digo yo que me das más trabajo que otra cosa! A ver, ¿dónde tienes el hilo rojo? Di, ¿dónde? ¿Se ha vuelto a perder? ¿Y quién va a pagar el nuevo, dime, quién?

Él suspira y se rasca. Se pregunta dónde estará aquella familia provechosa que había de colmar los cuartos de esta casa construida por su abuelo y que su padre remozó de arriba abajo. Porque los muertos siguen allí, no lo duda. Siente su tacto por doquier en el barniz de la tarima y en la escalera colgante, y en la voz de las campanas de la iglesia: San Pablo a la entrada, San Nicolás por detrás. Las manos de los carpinteros de navío siguen vivas en la larga curva de las vigas, que recuerdan las bodegas de grandes buques, y en los dinteles labrados con pájaros y flores, ángeles y espadas, testimonio indeleble de la labor y las visiones de hombres que hace tiempo que ya no están.

Aquí no hay niños que a su vez se maravillen de la maña que se dieron los ebanistas de Deptford, sin parangón en el mundo, ni que crezcan al ritmo que tienen los barcos cuando salen del puerto, cargados, resplandecientes, y vuelven con el velamen roto y el casco magullado. Los hijos de Jonah Hancock bien sabrían, como lo sabe él, lo que es poner en un barco toda la fe y la fortuna y lanzarlo a lo desconocido. Sabrían que un hombre que espera la llegada de un barco, como lo espera ahora el señor Hancock, sueña despierto por el día y no duerme por la noche, da en no quedarse quieto y guarda un sabor cada vez más amargo en el cielo de la boca. Es brusco con la familia, o sentimental en exceso. Se vuelca sobre la mesa para hacer los mismos números una y otra vez. Y se muerde las uñas.

¿A cuento de qué viene saber tanto, si todo va a morir con Jonah Hancock? ¿Para qué quiere la pena y el gozo si no tiene a nadie con quien compartirlos? ¿De qué le sirven la cara y la voz si se las va a tragar la tierra? ¿Cuánto vale una fortuna que se marchita en la rama sin hijos varones que puedan arrancarla?

*Y sin embargo, a veces, hay siempre algo más.*

*Los viajes empiezan todos igual, con un puñado de hombres que se reúnen en un café, se rascan la barbilla y sopesan cuánto hay de obligación, cuánto de riesgo.*

*—Yo voy con todo —dice uno.*

*—Y yo.*

*—Y yo.*

*Porque en este mundo nada logra uno solo. Jugáosla con nosotros y tocaréis a las ganancias. Y por eso un hombre prudente no hace negocios con borrachos, libertinos, jugadores o ladrones; con nadie que tenga cuentas pendientes con Dios. Si se la juega con ellos, toca también a sus pecados. Y es tan fácil que un barco se estampe contra las rocas, que un cargamento acabe hundido a diez metros de profundidad, sumido en las sombras. Nada hay que impida que los pulmones de los marineros acaben encurtidos en salmuera, ni que se les escabechen los dedos de las manos: solo la mano de Dios.*

*¿Qué le dice Dios al señor Hancock? ¿Dónde está Calliope, si su capitán no ha dado señales de vida en dieciocho meses? El verano va llegando a su fin. Cada día caen un poco más los termómetros. Si no vuelve pronto el barco, puede que no vuelva ya nunca más y puede que le echen la culpa a él. ¿Qué ha hecho para merecer esto? ¿Quién se la va a jugar con él si creen que está gafado?*

*Sube la marea en algún punto del océano: allí donde no hay tierra a la vista, donde la línea del horizonte es un continuo mudarse de las aguas con un destello impío, donde una ola henchida cae con un suspiro y le manda su recado de sal al señor Hancock al oído.*

*«Este viaje es especial», dice el suspiro, y él siente un raro aleteo en el corazón.*

*Lo cambiará todo.*

*Y de repente, encerrado a cal y canto en el despacho, este hombre desvanecido que se sujeta la frente con las manos se siente como un niño con zapatos nuevos.*

*Deja de llover. La gata aplasta entre sus fauces el cráneo del ratón. Y justo cuando se está relamiendo de gusto, el señor Hancock se deja llevar por un halo de esperanza.*

## DOS

Como está lloviendo no es muy probable que haya pájaros de ronda, pero quizá un cuervo acabe trepando por el tejado de la casa del señor Hancock, extienda las plumas trenzadas de luctuosa seda negra y vuelva a un lado la cabeza para inspeccionar el mundo con una mirada de fastidio en el ojo pálido. El cuervo, si abre las alas, notará que se le llenan de la brisa empapada que sopla racheada desde las calles: sentirá la brea caliente, el barro del río, el tufo a amoniaco de la tenería. Y si alza el vuelo desde la cornisa y enfila por Union Street, no tardará nada en llegar, lo primero de todo, a los astilleros, donde se levantan los andamios que sostienen los futuros barcos, que incluso antes de estar acabados ya le sacan la cabeza a los edificios. Los hay pulidos y calafateados, con la bandera en el mástil y un guiño del mascarón de proa, que están deseando ser botados; otros, reducidos a simples costillares de madera todavía fresca, solo albergan aire y yacen en dique seco, inmensos, pálidos, desnudos, como esqueletos de ballenas.

Si desde tal punto el cuervo vira hacia el noroeste siguiendo la curva del río, si sigue volando unos diez kilómetros sin interrupción... Bueno, no sé si un cuervo vuela tanto. ¿Cuáles son los hábitos del cuervo? ¿Cuál es el alcance de su territorio? Pues si volara tanto, se acercaría a Londres, vería cómo se encajona el río, almenado de muelles por ambos lados: pequeños algunos, grandes los otros, de tablas oscuras y combadas aquellos, y en piedra pálida y bien alta estos.

Los diques y los puentes retienen el agua, pero basta con que haya tormenta para que se estremezca y haga olas. Lo surcan, afanosas, barcas de velas blancas, y los barqueros hacen acopio de bravura para alejarse de la

orilla con el botecito y apuntar la proa derechos hacia la corriente. Asoma el sol, y el supuesto cuervo va a sobrevolar los cristales de los invernaderos, donde crecen los melones de Southwark; la aduana, los cuatro pisos que rematan la aguja de la torre de Santa Brígida, el cordoncillo que forman en el perímetro de la plaza de Seven Dials las siete calles que de ella salen, hasta llegar por fin al Soho. Se posa allí en un canalón de Dean Street, pero antes pasa por delante de una ventana de la primera planta de una casa muy concreta, hace pantalla con la luz que entra por la ventana y la cara de Angelica Neal, por un momento, se ensombrece.

Sentada delante del tocador, toda frescor y fragancia, parece un flan de agua de rosas: picotea de un tazón lleno de fruta de invernadero mientras su amiga, la señora Eliza Frost, le quita del pelo con un pellizco un último papillote candente. La ha vuelto a embutir en el corsé y le ha echado sobre los hombros una bata fina, pero tiene todavía cara de estar recién levantada, y no aparta los ojos de su propia imagen en el espejo, como si viera allí la cara risueña de su amante. El canario da saltitos en la jaula y llena el aire de silbos; centellean los espejos por toda la estancia y el tocador está abarrotado de lazos y pendientes, de diminutos frascos de cristal. En el vestidor apenas entra la luz y todas las tardes sacan de allí la cómoda con espejo para llevarlo al saloncito, que está soleado, y así se ahorran las velas.

—Aunque son medidas que bien pronto no habrá que tomar —dice Angelica, aureolada de un pequeño vendaval de laca—. Porque cuando empiece la temporada y haya más sitios que ver, y sea más gente la que nos vea, la vida será más fácil.

El suelo está lleno de papillotes que reproducen, fragmentados, los densos párrafos de alguna homilía metodista, sacados como están de los píos panfletos que algunas almas bondadosas reparten diariamente entre las putas de Dean Street.

—Quia —dice la señora Frost, que sujeta en una madeja el pelo rubio de su amiga y se afana en darle forma de ensaimada en lo alto de la coronilla. Y, para replicar como es debido, tiene primero que quitarse las horquillas de la boca—. Ojalá tengas razón.

Llevan alojadas allí quince días. Pagan con billetes que va desgajando de un fajo la señora Frost, quien, pese a todo el celo que pone en ello, ve que no

hace más que menguar.

—Pero mira que te preocupas —dice Angelica.

—Es que no me gusta nada esto de que el dinero venga por rachas. Que no sepa una si va a llegar de un día para otro...

—Pues culpa mía no es. —Angelica abre mucho los ojos. Se le cae la bata y asoma parte de un pecho.

Culpa de Angelica no es: porque apenas un mes antes era la mantenida de un duque de mediana edad que la tuvo en palmitas los tres años que vivieron juntos, mas se olvidó de ella en el testamento.

—Pero aquí te ves ahora, que tienes que aguantar que te lleve al huerto el primero que venga —dice la señora Frost.

La luz del sol le arranca brillos a la madera del cepillo. La señora Frost es alta y espigada, va sin maquillar y tiene la cara muy suave y tirante, cual piel de cabritillo. Difícil es echarle años, pues luce una cara cabal y sin afeites, y la muestra tal cual es: con agua clara la lava cada noche, y la guarda del mundo y sus peligros.

—El primero que se lo pueda permitir, y no son tantos. Pero escucha, paloma mía: lo que piensas ya lo sé. Y como la que te paga soy yo, pues déjate de monsergas.

—Te estás poniendo en entredicho.

—¿Y cómo si no quieres que nos mantenga? A ver, dime tú, la que tanto cuidado pone en las cuentas. Y ojo con coger aire para decir lo que ya sé que vas a decir. Me vas a dar un sermón por lo mucho que gasto, pero ¡a ver qué hombre vas a encontrar tú que gaste cinco guineas por pasar la noche con una si parezco una sosa que se conformaría con unos peniques! Yo tengo que cuidar mucho mi aspecto físico.

—Pero en las cuentas no te metas —dijo la señora Frost—. Porque ni te imaginas lo que esto me complica la vida.

A Angelica le recorre el cuerpo un temblor, como una pequeña descarga eléctrica. Se agarra a los brazos de la silla y planta los pies en la tarima, con tal efecto que los papillotes se empingorotan, reanimados, y frotan unas con otras las alitas impresas.

—¡Ay, mi vida es muy complicada, Eliza! —dice.

—¡No tengas tanto genio! —Y le rocía más laca.

—¡Quita! —Angelica se da unos manotazos en la cabeza—. Que le vas a matar todo el color.

Protege así la espesa mata de pelo rubio que tiene, la que la hizo ser quien es. Pues hubo un tiempo, cuando era muy joven, que trabajó de modelo y aprendiz para un peluquero italiano. Y, según cuenta la leyenda, fue con él con quien la maciza Angelica aprendió el arte de acicalarse, y también el arte de amar.

Ambas mujeres guardan silencio. Se dan como treguas, pues saben que es mejor no llevar la confrontación verbal hasta el final. Regresa cada una al interior de su cabeza con resentimiento, como un púgil vuelve a su esquina después de cada asalto en el *ring*. La señora Frost tira al fuego una brazada de papelotes, y Angelica vuelca toda su atención en el cuenco de fruta: arranca las uvas una a una del escobajo y las va apretando entre los dedos. Luego lame el mosto que sueltan por el pulpejo de la mano. La luz del sol, tamizada por los cristales, forma un cálido haz oblicuo que le eriza la pelusa rubia en la mejilla. Tiene veintisiete años y conserva toda su belleza debido, a partes iguales, a la suerte, al azar y al sentido común. Los ojos azules, luminosos, y la sonrisa voluptuosa son regalo de la naturaleza. No conocen su cuerpo ni su mente los rigores de una mujer casada: tiene limpia la piel, perfumado el aliento, y la nariz todavía entera gracias a las bolsitas de tripa de oveja que guarda en el tocador, atadas con lacitos verdes y bien enjuagadas después de cada uso. A modo de pipa de la paz, le ofrece a la señora Frost la siguiente reflexión:

—Lo mejor que pudo hacer el duque fue morirse. Y justo cuando la temporada está a punto de empezar.

Su señora de compañía no dice nada. Y a Angelica no hay quien la pare:

—Ahora soy del todo independiente.

—Pues eso es lo que me preocupa. —La señora Frost sigue sin soltar prenda, pero ataca otra vez el pelo de Angelica.

—Anda que no me lo voy a pasar bien así, ¡sin estar atada a nadie!

—Y sin nadie que te mantenga.

—Mujer, Eliza. —Angelica siente los dedos fríos de su amiga en la cabeza. Los aparta y se da la vuelta en la silla para mirarle a la cara—. ¡Que llevo tres años sin ver a nadie! Sin salir, nada de fiestas ni de pasármelo bien.

Mantenida, eso sí, en un saloncito sin lustre ni nada.

—Pero te mantenía muy generosamente.

—Y le estoy agradecida. Pero tuve que sacrificarme, y bien lo sabes: acuérdate de ese pintor que llevó un cuadro mío a la Academia. Y que me habría pintado cien veces más si el duque no se lo hubiera prohibido. ¿Es que no tengo derecho a un poco de diversión?

—Estate quieta, que no voy a acabar nunca.

Angelica vuelve a apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

—He estado en situaciones más comprometidas que esta. Llevo sola por el mundo desde los catorce años, que se dice pronto.

—Sí, sí. —La señora Frost, antes de ser la señora Frost, barría los suelos en el célebre Templo del Himen, del sexólogo James Graham; allí donde Angelica Neal, antes de ser Angelica Neal, bailaba desnuda.

—¿Acaso no tiene su lógica? Si un hombre se fijó en mí, ¿no se fijarán otros también? Pues ahora lo que toca es dejarse ver, frecuentar los círculos que me convienen, que me vean el palmito hasta que vuelva a ser bien conocida, que eso es lo que importa. Porque las grandes cortesanas no son muy hermosas que se diga, ¿sabes? Muy pocas, al menos. Y hermosa sí que soy, ¿o no?

—Lo eres.

—Pues entonces tendré éxito —dice Angelica, y le hinca el diente a un melocotón y se echa hacia atrás en el asiento para ver cómo come y traga su imagen en el espejo.

—Es solo que...

—Pues yo creo que cada vez atraigo más a los hombres —sigue Angelica, embalada—. Tampoco tengo que tener mentalidad de mercenaria y bailarle el agua al primero que llame a mi puerta. Estoy en condiciones de ser yo la que elija.

—Pero ¿es que no...?

—Mejor el lazo azul para el pelo.

Afuera, en la calle, suena mucho ajeteo. Llega dando botes sobre los adoquines un landó azul celeste que tiene grabada en los flancos una esfinge dorada con el pecho desnudo. Angelica da un bote en el asiento y dice:

—¡Es ella! ¡Ha venido! Quítate el delantal. No, mejor pónitelo otra vez.

No quiero que te confundan con una visita. —Sale corriendo hacia la ventana y se va quitando de camino la bata, cuyos frunces caen al suelo a su paso.

Se está poniendo el sol y queda la calle sumida en una bruma ambarina. En el landó, entre la gavilla de jóvenes damas embutidas en muselina blanca, viene la señora Chappell en persona, la abadesa de King's Place. Armada como un sillón, no se viste, se tapiza, y los cojines que tiene por busto suben y bajan enfundados en capas de tafetán color crema y alamares de hilo de oro. Se detiene el landó y ella alza su eminente estatura, abre los brazos y le brillan los anillos de ambas manos. Dos muchachos negros vestidos de librea azul celeste saltan del pescante trasero y llegan raudos a ayudarla a bajar, tomándola cada uno de un codo, mientras las chicas, al ver los festones con los que adorna su vasta grupa, resoplan divertidas. El landó cuenta con un sistema de amortiguación exquisito y la señora Chappell aterriza en los adoquines como una nube de encaje almidonado: corretea tras ella un hato de perrillos y detrás se derraman en tropel las chicas, y todos juntos brincan en la calle con un frenesí de colas emplumadas y emplumados sombreros.

Pasa una lavandera con un fardo de ropa al hombro y aceza entre dientes, pero la aprendiz que la acompaña, tocada con una gorra que le cubre los cuatro pelos, se queda parada en el sitio y las mira con la boca abierta. Cuatro mozalbetes las reciben con un griterío, y los hombres se quitan el sombrero o apoyan el cuerpo en los brazos de la carretilla con una sonrisa pícaro. La de las chicas es de oreja a oreja, muy pagadas de sí mismas. Y hay un rumor de faldas y un revoloteo de abanicos que encandila el aire. Los cuellos se inclinan, los antebrazos muestran lo más blanco de su piel.

Angelica abre la ventana de par en par y saca medio cuerpo, haciendo visera con la mano.

—¡Mi querida señora Chappell! —dice en alto, y el vuelo de las faldas cobra fuerza cuando todas las cabezas apuntan a la ventana. El sol le arranca brillos cobrizos al pelo de Angelica—. ¡Qué detalle por vuestra parte venir a visitarme!

—¡Polly! —grita la señora Chappell—. ¡Kitty! ¡Elinor!

Las chicas se ponen firmes con un despliegue de abanicos y un brillo en los ojos.

—¡Eliza! —grita ahora Angelica—. Hay que retirar de aquí esta mesa.

La señora Frost pone allí los lazos y las joyas, unos encima de otros.

—Una visita muy rápida —dice desde la calle la señora Chappell, y se lleva la mano al pecho para proyectar la voz.

—¡Subid, subid! —las anima Angelica, llamando la atención de toda Dean Street—. Venid a tomar un sorbito de té. —Y de repente mete el cuerpo dentro—. ¡Dios santo, Eliza! ¿Nos queda té?

La señora Frost se sacude del delantal una viruta de papel rosa y dice:

—Nosotras siempre tenemos té.

—Ay, eres una santa. Un encanto. ¿Qué haría yo sin ti?

Angelica agarra un extremo de la mesa y la señora Frost el otro, y así la arrastran entre las dos, dando pasitos como si estuvieran trabadas, para no tener que cambiar de sitio todos los tesoritos que hay encima. La fruta palpita con un temblor en el cuenco y el espejo vibra dentro de su marco.

—Sabes por qué viene, ¿no? —dice con un jadeo Angelica—. ¿Y estamos las dos de acuerdo entonces?

—Yo ya he dicho lo que tenía que decir. —La señora Frost lo suelta con ínfulas de remilgada, pero es que va de espaldas, pasito a pasito, lleva en volandas una mesa cargada hasta los topes y de vez en cuando tiene que mirar atrás para no darse contra la pared.

—Tú déjame hacer a mí, y ya verás cómo te quito un peso de encima. — En el vestidor hacen maniobra con la mesa para sortear la dura camita de la señora Frost—. ¡Deprisa, deprisa! Déjala en cualquier parte, ya la pondremos bien cuando se vayan. Y ahora corre, corre a abrirles la puerta. Y acuérdate de pasar un paño a los platitos antes de servir el té, que María no se da ninguna maña con el polvo.

La señora Frost sale rauda como un fuego fatuo, pero Angelica se queda un instante en el vestidor para mirarse con deleite en el espejo. De lejos tiene buen aspecto, es pequeña y elegante. Se acerca más, apoyando la palma de la mano en el tablero para inclinarse sobre el azogue. El cristal está frío y, con el aliento, forma una nubecilla de vaho que primero crece y luego mengua sobre su reflejo. Ve cómo se le dilatan y contraen las pupilas, observa detenidamente las comisuras de los labios, enrojecidas por la tarea vespertina. Tiene la piel debajo de los ojos de un blanco immaculado, igual que una cáscara de huevo por dentro. Pero en las mejillas le ha salido una arruga,

como la marca de una uña, y entre ambas cejas hay otra que se le señala cuando arruga el entrecejo preguntándose por qué ha tenido que salirle precisamente ahí. Oye las risitas de las chicas en el pasillo de la planta baja y la reprimenda de la señora Chappell:

—¡Menudo jaleo! La que habéis armado en la calle. ¿Es que no os he enseñado yo modales?

—Sí, señora Chappell.

Angelica se coge una mano con la otra y le suenan los nudillos. Vuelve al salón y elige la silla en la que va a sentarse, con los pliegues del vestido extendidos en estudiada pose.

—Y bien orgullosas que estaréis cuando cualquier listillo lo saque en los papeles. Cuando salga impreso en cualquier revista de sociedad que las novicias de la señora Chappell, la flor y nata de la doncellez inglesa, van dando saltos por la calle como las hijas de los taberneros. Vamos que vamos. A ver, Nell, déjame que me apoye en ti, que no estoy yo hoy para estas escaleras.

Entra soltando sonoros estertores en el apartamento de Angelica con la ayuda de Elinor Bewlay, la pelirroja.

—¡Ay, mi querida señora Chappell! —grita Angelica—. Qué grato veros por aquí. Qué honor me hacéis. Estoy encantada de vuestra visita. —Y es cierto, pues la señora Chappell es lo más parecido a una madre que Angelica ha conocido nunca, porque el hecho de que se dediquen a lo que se dedican no empequeñece el mutuo afecto que se tienen. Las madamas no son, al fin y al cabo, las únicas madres que se aprovechan de sus hijas.

—Sentadme, chicas, sentadme —gruñe la señora Chappell, y avanza trabajosamente hacia una diminuta silla lacada, con Angelica y la señorita Bewlay agarradas una a cada brazo, igual que dos muchachas que luchan a brazo partido con una carpa en mitad del vendaval.

—¡Esa no! —dice, forzando la voz, la señora Frost mientras posa la vista alternativamente en las finas patas de la silla y el voluminoso cuerpo de la señora Chappell.

—¡Aquí, aquí! —chilla Polly, la mulata de ojos negros, mientras arrima una butaca que ha visto en un rincón y la desliza en la trayectoria de la señora Chappell justo en el último instante.

La madama, que ya de por sí es corpulenta, ensalza su voluminosa figura con un trasero de corcho de dimensiones considerables que se mete debajo de las enaguas, y que saca una nube de polvo y un ruido sordo cuando impacta en el asiento. En él se hunde con un largo resuello. Luego, todavía sin aliento, sacude las manos señalándose el pie izquierdo, hasta que Polly lo levanta con gracia y lo apoya en un escabel.

—Queridísima mía —dice entre jadeos la señora Chappell cuando por fin recobra el aliento. Tiene los labios morados—. Mi Angelica. Acabamos de volver de Bath. En fin, iré al grano: que tenía yo que ver que estabas bien provista. De preocupada que estaba, ni he dormido. ¿A que no, chicas? No te puedes imaginar lo que he sufrido cuando me dijeron dónde te has tenido que venir a vivir.

—Pero será por poco tiempo —protesta Angelica—. Es todo por culpa de un malentendido financiero. —Les lanza una mirada a las chicas, sentadas todas juntas en el sofá, que no siguen la conversación con la cabeza ladeada como tres pollitas. Tienen la piel libre de toda mácula y los cuerpecillos, en perfecto estado de revista, como tres maniquís debajo de sus immaculados vestidos vaporosos, salvadas de la desnudez gracias a un suspiro de muselina blanca sujeto con un cordoncillo que casi no se ve.

—Todavía no te he presentado a mi Kitty —dice la señora Chappell, y extiende una mano hacia la más pequeña de las chicas—. Anda, levántate.

Kitty le dedica una reverencia bien ensayada. Es una criatura esbelta, tiene el cuello largo y los ojos claros, grises casi, como el borde que queda en la leche cuando le han quitado la nata, aunque se ha marcado las cejas con un tono de lápiz un poco oscuro.

—Delgada sí que es —dice Angelica.

—Y de cuerpo bien formado y elegante —dice la señora Chappell—. La estamos cebando. Me la encontré en el mercado de pescado de Billingsgate, toda llena de escamas, con un pestazo que tiraba para atrás, como cuando baja la marea. ¿A que sí, chiquilla? Venga, date la vuelta. Deja que te vea la señora Neal.

La falda de la chica gira con algo parecido a un susurro y de sus pliegues se eleva un aroma a azahares. Camina despacio, planta con cuidado el pie. En un rincón, la señora Frost sirve el té y el chorro traza un arco musical al caer

de la tetera. Polly y Elinor pasan las piezas de loza y su abadesa habla a empellones, trabajosamente. Lleva la respiración como quien canta un aria de ópera: con cada frase lanza una exhalación, antes de succionar el aire con otro envite desesperado y lanzarlo por la boca:

—Según me dijeron, tuvo la viruela. Pero muy virulenta no sería, digo yo, porque no le ha quedado ni una marca. Esta es de calidad. Fíjate qué porte tiene. Y eso yo no se lo he enseñado: es así de nacimiento. Enséñale los tobillos, Kitty.

La muchacha se levanta el vestido. Tiene los pies pequeños y estrechos, enfundados en unas bailarinas plateadas.

—¿Y habla? —pregunta Angelica.

—En eso estamos —gruñe la señora Chappell—. Porque tiene la boca como cuando baja la marea también. Y no la puede abrir hasta que no se lo diga yo.

Se quedan las dos calladas, mirando a la niña, como si la calibraran. Calladas pero no en silencio, pues la señora Chappell silba como un regimiento de gaiteros hasta cuando está en reposo.

—Tendréis que echar muchas horas en ella —apunta Angelica.

—Así me gustan a mí. Las que vienen ya enseñadas son las que más problemas me dan. Que si han ido a un colegio de señoritas. Que si tocan el piano. Se creen que saben lo que son los buenos modales. A mí que me den las golfillas desharrapadas, hijas de algún chalán. Lo digo siempre: me ahorro tener que andar deshaciendo yo la labor de nadie.

—Yo sí que era hija de un chalán.

—¡Y mírate ahora! Ni una cosa ni otra, porque tú pierdes la cabeza por todo lo que se te antoja. Vamos, que me da miedo saber qué habrá sido de ti de una semana a otra: si te habrás prometido a alguien, o tienes a más de uno que te visita. O si has tenido que volver a hacer la calle... —Contiene la respiración un instante, lo que tarda en dirigirle a Angelica una mirada severa con esos ojos diminutos que le lloran un poco—. Y yo no te eduqué para eso.

—Jamás hice tal cosa —protesta Angelica.

—Se oyen historias por ahí.

—Puede que haya tenido que salir a pasear por la calle. Pero ¿cuál de nosotras no se ha visto en semejante trance?

—Mis chicas no. ¿Y se te escapa acaso que tu reputación se refleja en la mía? —Carraspea, y luego pasa a hablar de negocios—. Al caso, señorita Neal: bien sé que tus desgracias no son culpa tuya, y que muchos de los mejores caballeros que tenemos hablan bien de ti. No paran de preguntarme por ti desde que sufriste tamaña pérdida. «¿Dónde está nuestra rubita favorita?», dicen. «¿Dónde esa compañera de juego tan cara a nos, la de la voz bonita?». ¿Y qué les voy a responder? —Se lleva la mano de Angelica al crespón del regazo.

—Pues decidles dónde vivo —contesta Angelica—. Ya veis que estoy aquí bien instalada. Y bien cerca de la plaza. Vamos, de lo más elegante.

—Sí, Angelica, pero ¡bien sola que estás! Y me da tanta pena ver lo desprotegida que andas. Querida, en el convento hay sitio para ti: siempre lo habrá. ¿No te vas a plantear volver con nosotras?

Las chicas, Polly, Elinor y Kitty, han sido sometidas a una educación de un rigor exclusivo en el mundo, pero cuando notan que nadie las mira, vuelven a ser unas crías y en ello están: no paran de dar botes con delicadeza en el sofá y, con sus devaneos, se incitan unas a otras. Las ha impresionado la glamurosa Angelica, quieren que sea su hermana mayor, que cante duetos con ellas y les enseñe a llevar el pelo de mil maneras distintas. De madrugada, cuando los hombres hayan sucumbido por fin al estupor, quizá preparase chocolate para ellas y les contase historias de sus años de moza casquivana. Miran con atención la mano que la señora Chappell, inclinada sobre su antigua pupila, pone encima de la mano de Angelica:

—Me quitarías un peso de la conciencia si vinieras a vivir bajo mi techo como antes.

—Y ganaríais ese mismo peso en el bolsillo si anunciara mis servicios —dice Angelica con su mejor sonrisa.

La señora Chappell es ducha en llevar la conversación hacia el terreno de la franqueza, pero prefiere ser ella la que hasta allí la conduzca.

—Te digo que no —suelta con un chisporroteo de salivas—. No es eso lo que más me preocupa. Y si lo fuera, ¿qué? Te ofrezco protección, por encima de todas las cosas. Piénsalo, querida. Un médico que se desviva por ti, un flujo continuo de hombres de lo mejorcito que hay, porque a los otros no los dejo ni que entren. Nada de pagar facturas. Ni administradores. —Mira

detenidamente a Angelica con toda la intención, como una gata en plena caza —. Vivimos en una ciudad muy peligrosa. —Le da otra vez unos golpecitos en la mano y sigue en tono desenfadado—: Y cuando te salga otro protector, pues no hay más que hablar. Te liberaré en el acto.

La señora Frost compone en un rincón la viva imagen del desespero. Hace lo posible por captar la atención de Angelica con la mirada, pero Angelica no puede devolvérsela. Y piensa: «No soy tan joven como estas chicas. Me quedan solo unas cuantas temporadas para lucirme en mi apogeo».

Por fin dice:

—Ya sabía yo que ibais a pedirme que volviera con vos. Y creedme, señora, que os agradezco que os acordéis de mí. Sois una amiga del alma.

—Solo quiero ayudarte, mi niña.

Angelica traga saliva.

—Entonces, ¿puedo pedirlos que me ayudéis donde más lo necesito?

He aquí una petición que muchas madres no conceden. La señora Chappell se pone en guardia.

—Sois una mujer de negocios de lo más prudente —continúa Angelica—. Estoy segura de que no se os escapa dónde puedo seros de más valor: ¿creéis que lo sería como una presencia de continuo en su casa? ¿O no sería más bien siguiendo mi propia carrera en el mundo?

Lo deja ahí. Ve cómo le tiembla el pulso en los carrillos a la señora Chappell. Las chicas las observan, bien vestidas y alimentadas, complacientes. La señora Frost ha tomado asiento en el taburete que hay al lado de la puerta. Y Angelica la ve llevarse la mano al pecho, al punto exacto en el que tiene un bolsillo secreto en el corsé donde guarda el fajo menguante de billetes.

—Os propongo un punto intermedio —dice. Todas callan. Lo que va a decir a continuación supone un gran paso para ella y cuenta hasta tres, cuatro, antes de seguir con calma—: Lo que quiero es ponerme por mi cuenta. Es el momento idóneo para mí, eso salta a la vista.

La señora Chappell se queda pensando. Repasa brevemente con la lengua —que llama la atención por el color rosado que tiene y lo húmeda que está— la grisura de sus labios. No dice nada.

—Como amiga vuestra que soy, y solo en calidad de tal —continúa Angelica—, os haré el favor de aparecer por vuestra casa. Podéis hacer saber a la concurrencia que, siempre que así lo deseen, está en vuestra mano mandar un coche a por mí, pero a cambio quiero la libertad. Confío en que los próximos años de mi vida sean muy venturosos. He demostrado que puedo hacer muy feliz a un hombre y, si es el adecuado, lo volveré a demostrar, siempre y cuando sea libre para recibirlo.

—¿Crees que puedes abrirte camino tú sola?

—No del todo. Señora, me hará falta vuestra ayuda. Mas, pues fuisteis vos quien me lanzó al mundo, ¿no os parece oportuno que siga yo con ese lanzamiento? Además, ¿a quién sino a vos y a vuestro magisterio se deberán mis méritos?

Tarda en salir la sonrisa de la abadesa, pero cuando por fin aparece es radiante. Tiene pálidas y gruesas las encías, y sus dientes son de color amarillo, forma alargada y pareja alineación, lo que recuerda las teclas de un clavicordio.

—Y bien que te he enseñado —grazna—. Puta sin más no eres: eres una mujer con envidia, como siempre les pido a mis chicas. La mejor fragatita que boté jamás en Londres... Kitty, Elinor, Polly, sobre todo tú, Polly: fijaos en esto. Se os da la oportunidad de ascender en la vida, y no os queda otra que ascender. ¡Ambición! ¡Ambición siempre! Para las mías, nada de hacer la calle.

A Angelica le va a estallar el corazón debajo del corsé. Levanta la cabeza y todo su mundo flota en torno: nunca se había atrevido a replicar a la señora Chappell. Cuando se va con sus chicas y queda en el aire el vuelo de las manos diciendo adiós y el eco de los cumplidos, Angelica se arroja encima del sofá porque no cabe en sí de gozo.

—Esto bien que lo demuestra —le dice a la señora Frost, que se lleva el juego de té haciendo aspavientos con la cabeza gacha—: no me quiere como enemiga, no se lo puede permitir. Me ha dejado que me salga con la mía.

—No tenías que haber rechazado su oferta —dice la señora Frost. Aprieta mucho los labios, parca en palabras.

—¿Eliza? —Angelica se sienta en el sofá. Busca la cara de su amiga, pero

la otra no consiente que la mire—. Ay, Eliza, te has enfadado conmigo.

—Podías haber pensado en la seguridad de las dos, la tuya y la mía —le escupe la señora Frost.

—Pero si estamos seguras. O lo estaremos. Porque si antes tenía mis dudas, ahora no: la Madre Chappell tiene buen olfato para el éxito. —No le gusta cuando su amiga se enfada así y le da ese pronto tan arisco: se levanta del sofá y la sigue por toda la sala, implorante—: Cariño, palomita mía, anda, siéntate aquí conmigo. Anda, ven. —Toma a la señora Frost por los hombros y hace por llevarla al sofá, pero su amiga no da un paso, toda tiesa como una muñeca holandesa blindada de algodón y calamaco—. Te juro que voy a velar por las dos. Estamos en racha, tú y yo.

Es como si fuera un espíritu: no la oye ni le nota el tacto la señora Frost, quien se ata el delantal más ajustado a la cintura, coge la bandeja con las sobras que han dejado las putas y desaparece.

—Ah, no. Eso sí que no. A mí no me dejes así. Ten piedad de mí —le ruega Angelica, pero oye los pasos de la señora Frost batiéndose en retirada, toda decidida, y recapacita un momento: «Esto sí que le gusta, que me ponga a suplicarle. Menuda bobada». Y dice fuerte—: ¡Pues tú misma! —Y luego, desde lo alto de las escaleras, grita para que la oiga desde abajo—: ¡Pero mira que eres tonta y testaruda! Vaya que sí.

Pero la señora Frost ya no está ahí para oírla.

## TRES

Todas las noches de esta semana el señor Hancock se ha quedado en casa, al amor del hogar con su sobrina Sukie, y esta noche también.

—¿Por qué no vais a la taberna? —pregunta Sukie.

Y no es de extrañar, porque su tío no para quieto un instante. Ni tres minutos aguanta sentado, como si se le hubiera metido una avispa debajo del asiento. Va para un lado del salón, va para el otro; abre esta caja, cierra aquella otra, hasta que se sabe de memoria lo que contiene cada una; apoya el codo en la repisa de la chimenea con un libro abierto, pero se le convierten las páginas en pura palabrería y lo cierra otra vez. Dos veces tiene que ir al rellano de la escalera y desde allí hace que Bridget, la criada, salga y llame bien fuerte a la puerta, hasta que se convence de que si viniera alguien lo oirían.

—No os haría mal pasar unas horas fuera de casa... —insiste Sukie, que se pone melancólica pensando en sus propios planes para la velada, verbigracia: entrar como Pedro por su casa en la despensa, dejar temblando la caja de té y repasar con la cuchara una y otra vez el borde del balde de la leche para atiborrarse de nata.

—Pero ¿y si llega noticia del *Calliope* y no me encuentran...?

—Está por nacer quien quiera esconderse en este pueblo y no lo encuentren.

—Ya. —Se sienta, apoya la barbilla en un puño. Luego vuelve a levantarse—. Me tenía que haber quedado en Londres, en el café, allí siempre tienen noticias de primera mano.

—Tío, ¿me queréis decir qué diferencia hay? —razona Sukie—. En caso

de que se sepa algo esta noche, hasta que sea de día no van a hacer nada. — Es astuta, como su madre, y alza la ceja igual que ella.

—Tengo que saberlo —dice él—. Hasta que no lo sepa, no puedo estar tranquilo.

—Ni vos ni nadie, ya os encargáis de eso. Tío, puede que no sepamos nada en mucho tiempo...

—No. Bien pronto habrá noticias. Estoy seguro. —Y vaya si lo está. Porque le vibra cada nervio que le queda en el cuerpo como una viola de gamba.

Va hasta la ventana y mira fuera, a la calle sumida cada vez en más sombras.

—¡Y venga a no quedarse quieto! —exclama ella, con una frase sacada directamente de boca de su madre, Hester.

Tal es así, que él se pone todo tenso: porque con el gorro blanco y el frunce de la boca, lo lleva diciendo desde hace cuarenta años, y ve la viva imagen de su hermana mayor y la suya de niño.

Entonces Sukie le lanza una mirada pícara.

—Que era broma, tío.

Él siente el aire otra vez en los pulmones y, de puro alivio, suelta una carcajada.

—Anda, tunanta —dice él—. Ya verás como le cuente lo bien que la imitas.

—Pues entonces le contaré yo que vos no salís de la taberna.

—Tú no me harías eso.

Reconoce que le sienta bien tener a alguien joven en casa. Le alegra el día oírlas a las dos, a su sobrina y a Bridget, a grito limpio por la escalera una detrás de la otra, y cuando salen juntas a algún recado las dos tan campantes, cogidas del brazo. Y si hay que comer pastel de manzana de vez en cuando, pues sea: ¿qué cabe esperar de una chica de catorce años? Hay que tener en cuenta que, en todo lo demás, Sukie lleva la casa de maravilla, infinitamente mejor que muchas que ha contratado antes, y que eran todas unas amargadas. De haber sido hija suya la habría enseñado a emplear esa mente despierta que tenía su sobrina en los libros mayores. Aunque sí que es verdad que lo que la niña sepa, poco tardará la madre en saberlo también. Ya tuvo él cuidado en

comprarle un vestido de seda fina y dejar que se lo pusiera para estar en casa: así, con el frufnú, sabe bien por dónde anda.

Sukie, por su parte, está encantada de que la hayan mandado a servir a casa de su tío porque, como hija para todo, esta es la mejor suerte que podía haber corrido. Y con diferencia. Miedo le da el día que su hermano le haga otro niño a la gorda de su mujer y ella, la buena de Sukie, tenga que ir a ayudar en casa de Erith, a fregar los suelos y limpiarle los mocos al niño. Aquí tiene su propio cuarto, y a Bridget, y les sobra el tiempo muchas veces porque un hombre ya mayor y modesto da muy poco trabajo.

—Entonces, ¿os leo algo? —pregunta dando un suspiro—. Porque la tarde, lo que es ella sola, así sin hacer nada, no se va a pasar.

—Me parece muy bien. Los ensayos de Pope, si me haces el favor.

—¡Ay, qué fastidio! Tío, eso no me gusta nada. Eso no. Mejor escoged otra cosa.

Ahora el que suspira es él.

—¿Tú qué sugieres que lea?

Sonríe con picardía y saca de debajo del sillón un librito muy mono que él sabe de dónde ha salido: es uno de esos que venden en Fleet Street.

—Os voy a leer un capítulo de *Selina* —dice, y acerca el libro al fuego para buscar la página—. Ya voy por la mitad, así que tendréis que adivinar las aventuras que vienen antes.

—¿Otra novela de amor?

—Soy adicta —dice ella hecha unas pascuas.

—Pues yo no. —Aunque no es del todo cierto: es un sentimental y le gusta que Sukie le lea en alto, tiene una voz aguda y cristalina, y mueve la cabeza dejándose llevar por la energía del relato.

—¡Esta os gustará, tío! Está toda llena de aventuras. Y se aprende mucho en ella.

—Tiene razón tu madre: te doy demasiado dinero para chucherías. Tienes ya más libros que yo. —En total, la biblioteca del señor Hancock asciende a ocho libros, sin incluir la Biblia, que puede catalogarse como artilugio y no como libro. Aunque, como valora la compañía de su sobrina más que la de Alexander Pope, por fin dice—: Entonces, ¿qué? ¿Me vas a leer o no?

Ella se revuelve en el asiento, se pone cómoda y carraspea:

—Ejem, ejem.

Justo en ese preciso instante aporrean la puerta. El señor Hancock, pipa en mano, se pone en pie tan aprisa que las hebras de tabaco le caen en los zapatos.

—¡Sentaos, tío! —dice Sukie, que también se ha puesto en pie.

—Lllaman como si fuera importante.

—Pues ni aun así. No está bien que un caballero salga él mismo a abrir la puerta. Tenéis que contratar a alguien —dice.

Y en tanto que su tío acierta o no con las palabras, y con la noción de si él es o no caballero y, lo que es más, con el coste de un lacayo de librea y, lo que es más todavía, con lo absurdo que sería eso, vuelve a oírse otra vez el aporreo a la puerta.

—No vayáis —lo previene Sukie, y añade imitando la voz de su madre—: «La que tiene que ir es Bridget, que para eso está». —Pero la niña no puede aguantarse más, se quita las zapatillas de sendos punterazos y cruza a la carrera la sala calzada solo con las medias. Una vez allí, entrea bre la puerta con el dedo gordo del pie y mete la cara en ese hueco: le queda franca la vista del pasillo y la puerta de entrada al pie de la escalera.

—¿Qué ves? —pregunta él.

—Nada. ¡Bridget! —grita a las sombras, con voz que es a la vez chillido y contención.

Vuelven a llamar, y esta vez arrear fuerte de verdad: tiemblan los tablones de madera y las varillas de metal que hay en el montante encima de la puerta resuenan con sordo rumor.

—¡Señor, abran de una vez! —dice una voz fuera—. ¡Soy Tysoe Jones!

—¡Es él en persona! No ha mandado a un chico con el recado. Pero esto es inaudito. Algo hay en ello —dice el señor Hancock, y deja atrás a Sukie en su descenso a trompicones por la escalera.

Está todo a oscuras como boca de lobo, pero lleva subiendo y bajando esas escaleras desde que echó a andar, y un leve resplandor le sigue los pasos: es su sobrina que baja con un cabo de vela para prender los candelabros de la pared.

—Que no halle la casa a oscuras y vea que leemos solo a la luz de la lumbre —va rezongando la niña mientras cumple la tarea.

El señor Hancock baja la escalera haciendo ruido, sin levantar los pies, y se le encogen los pulmones en el pecho con la cantinela: «Algo no va bien. Nunca se ha visto tal cosa». Y piensa: «A ver ahora qué hacemos. Porque como se pierda el barco y todo lo que iba en él, ¡ay, menuda será esa!». ¿Podrá permitirse tamaña pérdida? ¿Y qué pasará con los inversores? Muchos serán los que hayan de sentirse estafados por aquella empresa suya. Va haciendo números en la cabeza cuando llega al recibidor y se detiene delante de la puerta. «Alabado sea Dios», piensa, «por el milagro de la mampostería: porque si las cosas se ponen feas, tendré que vender las casas que tengo arrendadas, y esta también. Aunque, líbreme Dios, líbreme Dios de que haya de ser yo el que venda la casa de mi padre».

Tiene las manos agarrotadas cuando va a echar mano de la llave para abrir la puerta. Es la primera del manajo, y la más grande. Luego quita los cerrojos, situados en ambos extremos de la hoja de madera. El metal se le resiste, le pesa horrores entre los dedos rígidos: tiene que tirar con fuerza una vez, dos veces, para abrir el cerrojo de arriba, que se engancha siempre. «Trae aceite, Sukie, aceite para esta puerta», y entonces se abre de golpe y le da un pellizco en la palma de la mano que le arranca un juramento en arameo. Fuera, el que jura y maldice es el capitán Tysoe Jones, que no para de dar pisotones en el escalón, delante de la puerta.

—¡Ya va! —grita el señor Hancock, y se coge la mano herida con la otra.

Sukie arrima el cabo de vela a la última que le quedaba por encender justo cuando su tío abre la puerta. Brilla un poco más la luz y aparece la silueta mal iluminada del capitán Tysoe Jones. Lleva todavía puesta la ropa de marear: una casaca que ha mudado el color por el efecto del sol y la sal —del azul al gris claro—, y que solo presenta franjas del azul original debajo de las solapas y en los puños. No tiene el capitán menos manchado y descolorido el semblante: es de un tono arcilloso en la cara, endurecido por la intemperie, como las plantas de los pies, y luce una orla de arrugas blancas en las comisuras de los ojos y en la comisura de la boca. Le brilla la barba de varios días, que parece pasto de la escarcha. Sujeta con ambas manos una bolsa de lona y se diría que está profundamente indignado.

—Vale más llegar a tiempo que rondar cien años —dice.

—Perdonadme. Es que no podía... No era capaz de... —El señor

Hancock señala la puerta con gesto de abandono.

—Permitidme que entre. Vengo andando desde Limehouse. —Tiene los brazos encogidos encima del pecho y sostiene entre ellos la bolsa como el que acuna a un bebé dormido—. No tengo intención de quedarme mucho rato.

—¿Habéis vuelto a puerto a bordo del *Calliope*?

—No. —El capitán Jones pasa delante del señor Hancock y entra—. Os lo explicaba todo en la carta.

—No he recibido ninguna carta. Llevo sin saber nada de vos desde que salisteis de Londres en el mes de enero. ¡Lo que se dice nada!

El capitán Jones se quita el sombrero. Lleva escaso fardo para tanto hombre: pesa poco y es manejable.

—Buenas noches, jovencita —le dice a Sukie.

Ella responde mecánicamente, con una reverencia que no es lo más elegante de su repertorio, aunque bien que la ensaya a menudo delante del espejo convexo que hay encima de la chimenea. Se ha quedado de una pieza, como un niño al que le come la lengua el gato: la boca cerrada y los ojos bien abiertos.

—¿Tomaréis un té? —dice por fin.

—Cerveza —dice el señor Hancock, y se siente culpable por corregirla—. Y que saque Bridget la paleta de vaca.

Sukie va a toda prisa a la cocina con la cabeza gacha.

«Si se ha perdido el barco», piensa su tío, «el padre de esta moza habrá perdido las quinientas libras que invirtió». ¿Y qué dirá Hester?

Le hace señas al capitán Jones para que lo siga al despacho, sin caer en que no hay encendida allí ninguna vela. Se esmera en ser hospitalario, pero lo denso de las sombras le arranca las palabras de la boca:

—¿Dónde está mi barco?

—Que me ahorquen si lo sé. ¿No podéis encender un cabo de vela?

Le tiemblan las manos al señor Hancock al prender el candelabro que hay encima de la enorme mesa.

—¿Y qué ha pasado con la carga?

—Ninguna me dieron —dice el capitán Jones, y se sienta con evidentes muestras de alivio—. Os mandé una carta.

Pero ¡si no había llegado carta alguna! Se queda como alelado en su fuero interno, y seguro que ese aspecto es el que tiene por fuera porque el capitán Jones lo increpa:

—Una carta, sí. Os la mandé con el *Rosalie*, que salió de Cantón al poco de yo llegar.

—El *Rosalie* se fue a pique con toda la tripulación. Aquí no ha llegado ninguna carta.

—Ah, claro. O sea, que no estaréis al tanto.

Se quedan los dos callados. El capitán Jones colma su pipa y al encenderla, con cada calada, la leve luz que emana de la cazoleta realza la expresión de ensimismamiento que tiene el marino: las sombras se adentran en las hendiduras de su cara hasta colmar pliegues y arrugas. Suena cada succión de los labios a la cánula, el tictac del reloj, el que hace también la casa de madera, apenas perceptible, que cruje al asentarse en una posición más cómoda. Y en ningún momento se aparta el capitán Jones la bolsa de lona del regazo.

—He vendido vuestro barco, señor —dice.

Y el señor Hancock siente algo parecido a la licuefacción de sus entrañas. Un sudor frío le brota en las palmas de las manos y tiene que repetirse para sus adentros: «Yo de este hombre me fío, es mi agente, y mi destino está en sus manos. Todo lo que haga será por mi bien».

—Había una razón poderosa —dice el capitán Jones—. Y fue que encontré una cosa extraordinaria, pero costaba más dinero del que tenía. Vos me disteis siempre permiso para tomar la iniciativa según yo lo viera oportuno.

—Capaz que sí, pero ¡siempre dentro de lo razonable si la carga lo merece! Un rollo de tela, algo nunca visto que pueda comerciarse aquí... Y si no hay capital para adquirirlo, pues se puede poner en la balanza algo que no implique un riesgo mayor... Pero perder mi barco en el canje, ¡cuando yo vivo de eso!

—Y yo también. —El capitán Jones está como si tal cosa: el viaje de vuelta ha sido largo y le ha dado tiempo a acostumbrarse al nuevo estado de cosas; además, siempre tuvo buen ojo para todo lo extravagante. Se sienta en el borde del sillón y esboza una sonrisa—. ¡Y puedo aseguraros que lo

recuperaréis con creces! No habéis visto en vuestra vida nada igual, ¡es algo que no se ha visto nunca!

—¿Qué es ello? —Y piensa: «Seguro que cualquier estupidez que no habrá quien venda. Un gatito de dos cabezas, algún veneno nuevo o, peor, unos grabados obscenos que darán con mis huesos en la cárcel».

—¿Dónde está la chica? Decidle que venga.

—Si es locura, mejor no dar el espectáculo —dice con un suspiro.

—¡Ese espectáculo requiere que haya testigos! Llamad a todo el personal de servicio. Que enciendan todas las lámparas.

El señor Hancock ya no se tiene en pie de lo atribulado que está. Sale como puede al pasillo, mas no harán falta gritos para llamar a Sukie porque su sobrina y Bridget, que tiene cara de sueño y la cofia torcida, pues de seguro que la ha sorprendido todo dando una cabezada en la trascocina, están ya a la puerta, y hasta han tenido que dejar en el suelo la bandeja con la cerveza para que no tintineen los vasos. A oscuras como están, la cara de una parece un eco pálido de la de la otra: dos óvalos que lo miran expectantes.

—Ya habéis oído —dice él—. Encended las lámparas.

—Sí, señor —responde Bridget. Le nota la voz quebrada, se le ha hecho el aire un nudo en la garganta con los nervios. Coge la bandeja del suelo y los vasos chocan entre sí, salpica el líquido, pero no se oye un ruido cuando posa los pies en la tarima.

—Y cálzate —dice él—. No vaya nadie a pensar que has estado escuchando detrás de la puerta.

Mete él mismo la bandeja y las chicas lo siguen, no sin buscar a tientas en el suelo las zapatillas. El capitán Jones ha dejado la bolsa encima del escritorio y, por cómo caen los pliegues de lona, el señor Hancock cree que el objeto que contiene no es algo duro, que tiene que ser leve como una pluma y caber en el hueco del codo: ¿cómo va a valer eso tanto como un velero de mástiles altos y toda su anhelada carga?

Siente detrás de él a las chicas: se remueven inquietas, nota el abrazo que se dan. Qué manía que tienen estas muchachas de pegarse la una a la otra, como los gatitos cuando la gata los deja solos. Detecta el movimiento que hace Bridget cuando le agarra el codo a Sukie, y él se pone firme. Siente en lo más hondo no tener allí un amigo del alma al que tocarle el brazo.

—Son muchas las cosas raras que he visto en mis viajes —dice el capitán Jones—. Cosas que ni podéis imaginar, jovencitas. He visto vacas con el cuello más largo que muchos árboles. Y he visto que los pies de las mujeres chinas, tan altas como vosotras o como yo, no eran más grandes que un panecillo. Y también he...

—Soltadlo ya —lo interrumpe el señor Hancock.

—¿Está dentro de la bolsa? —pregunta Sukie.

—Vuestra perspicacia es prodigiosa, jovencita. —El capitán Jones observa la cara que pone su público y suelta un suspiro—. Muy bien. Acabemos de una vez con esto. A lo mejor, cuando veáis la maravilla que he traído, me acompañáis en el entusiasmo.

Aparta entonces la lona como quien corre un telón, y al principio no saben muy bien qué es lo que ven. Es algo parduzco y arrugado, como una manzana olvidada en el fondo del tonel, o como esas ratas que halló una vez el señor Hancock emparedadas en la cocina y que llevaban largo tiempo muertas: amojamadas entre los ladrillos, marinadas por la intemperie, y cuya piel crujía si uno arrimaba el dedo.

Es del tamaño de un bebé. E, igual que a un bebé, se le ve la caja torácica debajo de la apergaminada piel. Tiene la cabeza grande, y los puños cerrados le tapan la cara. Pero hasta ahí llega la comparación. Porque no hay bebés con tan temibles garras ni que tengan esa boca amenazadora, de colmillos afilados. Y tampoco hay bebé en el mundo con el torso terminado en una cola de pez.

—Se lo compré a un holandés que conocí en Cantón —dice Tysoe Jones—. Y él, a su vez, a unos pescadores japoneses que lo habían capturado vivo. Lo que siento es que no haya sobrevivido.

—Es cosa del demonio —dice Sukie.

—¿Y eso cómo lo sabéis?

—Porque sé qué aspecto tiene.

Esa noche, cuando se acueste, habrá olvidado que la criatura está muerta: se lo imagina ya, la ve temblar hecha una furia arañando los bordes de la pecera para escapar, dando aletazos en el agua, presa de la impotencia. Y, como si lo hubiera visto con sus propios ojos, sabe que los mares de Java están llenos de criaturas que se le parecen: oye los gritos sordos que dan y

siente toda la furia que los mueve.

—Ahora no hace nada —dice el capitán Jones, y ella se lo queda mirando. Entonces él extiende ambas manos—: Pues ¿no lo traje atravesando el océano? Y no me hundió el barco como dicen que hacen las sirenas, ni me mordió jamás, que eso sí que sé que lo hacen los monos. —Suelta una risotada, pero a ella no la convence—. Acercaos, tenéis que verlo bien.

Los tres rodean el raro fenómeno, la chica con un raspeo en cada inhalación. Lo quieren ver, inspeccionarlo, pero es que no pueden evitar que les dé un poco de asco porque está muerto y más que muerto.

—No veo ni una sola puntada —dice por fin el señor Hancock—. Ni cola de pegar, ni pintura. ¿Cómo está hecho?

—¿¡Hecho?! ¿Vos creéis que esto puede hacerlo alguien? —El capitán Jones está ofendido—. ¿Como el que hace un truco de magia? No, ¡esto no lo ha hecho nadie! Es así, y punto. Si hubiera mano que lo hiciera, sería la de Dios, ninguna otra. —Se le calienta la boca—: ¡Con todas las molestias que me he tomado! ¡Después de cruzar dos veces la mitad del planeta! Lo que, a efectos prácticos, es lo mismo que decir que he dado la vuelta al mundo. ¿Cuándo, señor, os he traído yo nada que fuera falso?

—No, nunca nunca. Desde luego que no. Pero os haréis cargo de que una sirena... En fin, es más que imposible.

—No más que la más diminuta brizna de té de todas las toneladas que os traído sin el menor contratiempo para que colméis vuestros almacenes —dice el capitán Jones, dolido.

—No no. Si yo no me refería a...

—¡Esto no es ningún juguete! —replica el otro—. No es ninguna baratija. No se encuentra en una feria: es una sirena auténtica.

—Lo veo, lo veo.

—Tomadla en vuestras manos, señor. Miradla todo lo que tengáis que mirarla. Os aseguro que no os dejará frío.

Está encima de la mesa, disecada, furiosa, con la boca abierta en una eterna mueca simiesca. El señor Hancock no puede por menos que tocarle el pechito para ver si tiene algo de pulso.

—Adelante. La sirena es vuestra. Cogedla.

Y vaya si la coge: por la cola y con las dos manos, y nota en las palmas

un crujir de escamas. La ve tan seca y frágil que, de repente, le entran ganas de estamparla contra el suelo, mas no lo hace.

—Es que no le faltan ni las uñas —susurra. La criatura tiene mechones de pelo en la cabeza, sedoso y negro. No sabe qué cara poner, porque aquella cosa estuvo viva un día, eso seguro—. Pero ¿qué hago con ella? —se aventura por fin a preguntar—. No es esto lo que os encargué. Y sin duda mucha gente se va a llevar un chasco.

—Para hacer negocios hay que llevarse un chasco de vez en cuando.

—Pero ¡no se ha visto nunca nada igual! Que el capitán venda mi barco por propia iniciativa, y que con lo que le den compre, en mi nombre, una cosa tan rara que tira para atrás: ¿quién me va a respetar por eso? ¿Quién querrá invertir en mis empresas si ya ni siquiera puedo asegurar que quien gobierna el barco sea de fiar?

El capitán Jones se pasa la mano por la nuca.

—Pues en eso no caí.

La exasperación se palpa en el aire.

—¡Tysoe, Tysoe! ¡Habéis tenido año y medio para caer en eso y más! Y vais y me dejáis a mí lo espinoso del asunto, como siempre hacéis. —Siente el ruido que hace Sukie al morderse las uñas y eso le recuerda que sigue allí con la criada. No le importa hablar de negocios delante de Bridget, que no tiene ni curiosidad ni entendederas, pero Sukie...—. Dejadnos solos, chicas —dice, y pone la sirena encima de la mesa.

—¿Es que no podemos...?

—Esto es cosa de hombres. Y seguro que tenéis tarea, ¿no? Fuera, fuera. —Las echa sin atender a sus razones. Luego cierra la puerta con llave y vuelve con el capitán Jones—. ¿Por qué pensasteis que sería de mi agrado esta mercancía? Si no tengo ningún conocimiento en...

—Pero ¿qué conocimiento? —lo corta en seco el capitán Jones—. No hay en el mundo nadie experto en la materia: esta es una sirena auténtica, no tendréis que hacer nada que no hayáis hecho ya. Perder dinero tratándose de una sirena, eso sería cosa de tontos. —Se pasa la mano por el pelo—. ¡Y también sería de tontos enfadarse porque os traigan una!

—Pero ¿qué voy a hacer yo con esto?

—Hombre, pues ¡exhibirla!

—No tengo nada de exhibicionista —dice el señor Hancock todo digno—. Se lo comunicaré a la Royal Society. Porque esto debe de ser un avance importante para la ciencia, pero es que tampoco soy científico.

El capitán Jones hace un gesto de fastidio con la mano.

—¿Y cómo vais a recuperar entonces todo lo que habéis invertido? Mirad, esto es de cajón. Hablad con el dueño de un café y cobrad un chelín a todo el que quiera verla. Imaginaos que os salen trescientos en un día, y eso tirando por lo bajo: eso son noventa libras a la semana. —Ve que el señor Hancock niega con la cabeza, así que apura su razonamiento—. Podéis incluso salir de gira con ella por todo el país, llevarla a las ferias de los pueblos. En provincias, la gente gusta mucho de lo novedoso...

—¿Y decís que noventa a la semana? —piensa en alto el señor Hancock. El alquiler por las seis casas adosadas que tiene en el conjunto residencial que lleva su nombre, su modesto emporio en Butt Lane, le rinde treinta y cinco chelines al mes y le parece una fortuna.

—Cuatro mil al año. Y ya digo, eso tirando por lo bajo.

Le deja sin aliento tamaña cantidad. Parece mentira que algo tan insignificante depare tantos beneficios.

—¿Y puede decirse que sea mía? —dice con voz rasposa. Y mira otra vez a la sirena encima de la mesa, tan pequeña y vulnerable. Va a cogerla, pero se le hacen los dedos huéspedes y se echa para atrás otra vez.

—Vuestra es. Ni de sus padres, ni de los inversores. Vuestra y de nadie más.

¿Y qué dirá Hester si se entera de que ha adquirido aquella monstruosidad? «No son los Hancock gente de circo», parece oírla decir, con tanta nitidez como si la tuviera allí mismo. «Somos armadores, tenemos fama de importar exquisiteces. No nos gastamos los cuartos en ese tipo de rarezas. Conseguirás que seamos el hazmerreír de todo el mundo». El señor Hancock se queda mirando la sirena.

—¿Cuánto os costó esta cosa del diablo? —pregunta por fin.

—Mil doscientas. Pero esperad, esperad, no pongáis esa cara de... porque fue bien barato.

—¿Y vendisteis el barco por...?

—Seis mil. —Y hay que decir en su descargo que el capitán Jones lo dice

con la boca pequeña—. ¡No me quedó otra! Pongo a Dios por testigo de que vos mismo me habríais dado el visto bueno de haberos encontrado allí.

El señor Hancock está como aterido, como si cristalitos de hielo le corrieran por las venas.

—El *Calliope* estaba tasado en ocho mil —dice con voz queda—. Acababan de cambiarle el palo mayor.

El capitán deja gacha la cabeza.

—Lo sé. Era un barco de fiar: bien que me dolió separarme de él.

El señor Hancock se lleva una mano a la cara.

—¿Y por qué lo hicisteis entonces?

El capitán saca una nota del bolsillo de la pechera y la desdobra cuidadosamente, luego la acerca a la luz y dice con tono conciliador:

—Aquí tenéis cuatro mil ochocientas, las cuentas bien claras. Soy una persona honesta. —Levanta una mano para acallar la exclamación que el señor Hancock está a punto de soltar y sigue diciendo, inasequible al desánimo—: Eso es lo que invirtieron vuestros socios en este viaje más el sueldo de la tripulación.

—Pero me seguís debiendo dos mil, más otros dos mil de la carga que teníais que haber traído. Y el barco, que tengo que dar por perdido.

—Hancock, os juro que la sirena... Que no son fuegos de artificio. Hay dinero de verdad en esta empresa, solo tenéis que apostar por ello.

El señor Hancock da un suspiro.

—No me gustan las apuestas. Yo intento ir siempre a lo seguro.

—Ya, pero el caso es que eso ya no depende de vos. —Al señor Hancock le dan ganas de darle un trompazo porque el optimismo de aquel hombre es casi insultante. Lo confirma lo que el capitán dice a continuación—: Es la Divina Providencia la que se ha llevado vuestro barco, y a cambio os ha dado una sirena.

—El que se lo ha llevado habéis sido vos. —Se pone en pie—. Y me parece que ya va siendo hora de que os vayáis a vuestra casa. —Quita el pestillo de la puerta y abre camino delante del capitán hacia el pasillo, donde halla a las dos chicas afanándose como no lo harían ni a la luz del día, mucho menos a aquella hora: Bridget le pasa el polvo con ganas a la barandilla de la escalera, y Sukie cuenta una y otra vez las velas de los candelabros.

—Venga, Hancock —insiste el capitán Jones, sin arredrarse lo más mínimo—. ¿Qué os cuesta intentarlo? ¿Aunque solo sea por un tiempo? Recuperáis lo que os costó el barco; lo dobláis, de hecho, y luego le vendéis el monstruito a otro. Os lo quitarán de las manos.

—¿No os quedáis a cenar? —suelta Sukie con voz de pito, como si quisiera compensar así lo parada que estuvo antes—. ¿O a dormir? Puedo preparaos la cama. —La cama de invitados siempre está hecha, y ella bien que lo sabe: solo falta que Bridget rocíe las acartonadas sábanas con agua de lavanda.

—No, muy amable. Estoy deseando volver con mi mujer. —Lo dice con una sonrisa cariñosa y triste a la vez—. A mi hijo pequeño no lo veo desde que tenía cinco semanas, y me dicen que ahora es todo un muchachito, que le da a la pelota y sabe contar hasta dieciocho. Si no tenéis inconveniente, saldré ahora mismo para Woolwich. —Tiene una mano en el pomo y un pie en la noche—. Y pensad en lo que os he dicho, Hancock.

El señor Hancock mira para otro lado.

—Por supuesto que sí —dice entre dientes—. Vaya si lo pensaré.

—¡Hay que celebrarlo! —exclama el capitán con una sonrisa de oreja a oreja—. Tengo intención de dejarme ver pronto en Londres. Venía todo el viaje dándole vueltas a lo bien que lo pasé en esa casa de baños de Long Acre. ¿No iréis a negarme que una sauna es el sitio perfecto para celebrar el hallazgo de una sirena?

—Haced el favor de hablar bajo, que hay doncellas en casa.

—Buenas noches, señor. ¡Muy buenas noches!

Echa el cerrojo a la puerta con sumo cuidado y vuelve a su despacho, donde halla a Sukie y a Bridget apretujadas en el sillón, volcadas sobre la mesa: la barbilla apoyada en el brazo; la mirada, fija en la sirena. Bridget bosteza todo lo que le da de sí la boca, pero Sukie arruga la frente y no pierde detalle.

—Fuera de aquí —les dice—. No me dejáis ni a sol ni a sombra. A la cama, que ya es hora.

—¿Qué es una sauna? —pregunta Sukie, y estira las piernas.

—Pues un sitio al que van los hombres de bien a que les pongan ventosas. —Las aleja de la mesa con un ligero aspaviento de las manos—. Y les hagan

sangrías, los bañen... Ese tipo de cosas para la salud.

—Ah, vale. —Va acercando el matacandelas a los candelabros del despacho mientras Bridget hace lo mismo con los del pasillo y él cierra las contraventanas—. Y la sirena, ¿nos va a hacer ricos?

—Ricos ya lo somos.

—Pero el capitán habló de muchísimo dinero.

—Bien, pero ¿eso qué quiere decir? Tú eres la pequeña de la casa. Si llevas bien las cuentas, sin saltarte nada, ¿a ti qué más te da cuánto más o cuánto menos haya en la caja?

—Madre dice que no está nada bien que a una mujer no la tengan al corriente de las cuentas de la casa. Que si la van a llevar a la ruina, ella tiene derecho a saberlo.

—Aquí nadie va a arruinarse —gruñe su tío—. Y ni se te ocurra decirle a tu madre nada de todo esto.

—Pues tiene que saberlo, porque padre ha invertido...

—Lo que ha invertido está a cubierto, y si no que venga él en persona a reclamármelo. Y sanseacabó, no quiero oír ni una palabra más de todo esto.

Ella se da la vuelta sin moverse del sitio y ataca la última vela: tiene media cara a oscuras y, en la otra media, la luz le saca brillos huidizos a sus mechones. Lanza entonces una mirada rápida a la mesa, sumida en sombra, en la que se destacan los dedos sarmentosos de la sirena.

—¿Y la vamos a dejar ahí toda la noche?

—Dudo que se vaya a ninguna parte.

A Sukie le da un temblor y, con el matacandelas, apaga la llama.

Él, vela en mano, cubre la ronda de cada noche por toda la casa: va a la cocina y echa el cerrojo a las contraventanas mientras Bridget se hace la cama en un rincón; luego sube a ver que allí todo está en orden y siente que lo sigue el roce de la falda de Sukie, un escalón detrás de otro. No se dicen palabra cuando apagan el fuego en la salita y atrancan bien la puerta que lleva al desván, no vaya a entrar algún ladrón por el tejado.

Cerrado todo a cal y canto, cuando la casa está ya a oscuras, el señor Hancock se retira a su cuarto en la segunda planta y cierra la puerta. Cuelga medias y calzones de una silla, y el edificio se relaja y enmudece: hay un gruñido y un suspiro de las vigas, suena la aldabada del viento en las

chimeneas, y justo cuando está descorriendo el dosel para meterse en la cama siente crujir los escalones. Se queda en el sitio y aguza el oído. Oye de nuevo el crujido, esta vez más cerca: calcula que es el último escalón justo antes del descansillo en el primer piso, allí donde la barandilla cabecea un poco en la base. Algo sube de los cuartos, cerrados con llave y a oscuras, de la planta baja.

Le cuelga el camisón hasta las rodillas, y de esta guisa va a la puerta con el oído atento. En la planta de abajo, un dedo palpa y raspa la madera.

Le llegan los lloriqueos de Sukie a través de la tarima: ella también lo ha oído. La siente cruzar el suelo de su habitación, y al señor Hancock se le eriza el vello de la nuca. No cree que su sobrina se aventure a salir del cuarto. Y, aunque es su responsabilidad cuidar de ella, cuando oye que la chica suelta el pestillo se queda paralizado, en el sitio.

Le llega un suspiro de la primera planta:

—¡Menos mal que estás despierta!

Es Bridget. Pues claro: ¿quién iba a ser? ¿Quién sino ella iba a andar rondando por la casa a esas horas?

—Me has dado un susto de muerte —dice Sukie forzando la voz.

—Seguro que sí, pero tú ponte en mi lugar. No pegaré ojo en toda la noche sabiendo que la cosa esa está ahí tan cerca.

—¿Verdad que es algo extraño?

—No es cosa de este mundo, eso salta a la legua. Pero, Sukie, ¿qué hacemos si viene a por nosotras?

—Tú métete en la cama conmigo. Y mientras una duerme, la otra vigila. Pero no hagas ruido, que vas a despertar a mi tío.

Y suena el pestillo al cerrarse la puerta. Las oye susurrar todavía un rato, le llega el sonido sibilante fruto de los nervios, y al cabo el silencio que lo devora. Vela en mano, el señor Hancock cierra los ojos, por ver si así lo visita la cordura de su hijo Henry: un alma amiga que acuda a su vera entre las sombras, mas nada llega. No hay nadie con él cuando se mete en la cama.

## CUATRO

—¡Eliza!

Son las doce del mediodía y Angelica está despierta. Después de que la señora Chappell se marchase, recibió en casa a un grupo de caballeros y estuvieron divirtiéndose de lo lindo hasta las tres de la madrugada. Sentada en la cama, con cara de pocos amigos, se muere por un platillo de té.

—¡Eliza! —grita otra vez.

Nadie responde.

Se levanta de la cama, tiene el camisón remangado hasta los muslos, lleno de arrugas, y va trotando al vestidor. La mesa sigue atravesada en medio de la sala y no hay nadie en la improvisada cama que la señora Frost se hace en un rincón: el lecho está frío y la colcha, subida hasta el almohadón, en perfecto estado de revista.

«¿Será que no ha pasado aquí la noche?», dice entre dientes Angelica. «Pero ¿adónde puede haber ido?». No se atreve a pensar si será que ya no piensa volver, pero es una idea que la ronda. Entra en la sala, que está en completo desorden después del desenfreno de la noche anterior, con los cojines apelotonados encima del sofá y copas aquí y allá, pegajosas de los restos de ratafía. Avanza hasta el fregadero apurando los suspiros, «Eliza, Eliza», pues sabe que la búsqueda será en vano. Esto no le ha pasado nunca, jamás se ha visto en otra igual.

De pie en el centro del salón, tira de los dedos hasta que las falanges dan un chasquido. Su vieja amiga Bel Fortescue pasará a recogerla en un rato, y las viejas amigas son las que con más atención la miran a una. Además, ahora que el aristócrata que la mantenía ya es pasto de los gusanos, Bel está llena

de vitalidad, le va bien en la vida y, lo que es más, siente por ella la misma devoción que el día que se conocieron.

«No pienso darle pena», dice para sí Angelica. «Porque no es mejor que yo en nada». Aunque tenga que ocuparse ella sola de cuidar su propio aspecto.

Los rizos se mantienen, bastará con cardarlos un poco, y para eso se apaña. Luego empieza a buscar qué ponerse: algo para lo que no haga falta la ayuda de la señora Frost, con sus hacendosas manos y el ojo atento. Y le viene que ni pintado para la ocasión el vestido de gasa porque, una vez que ha embutido la cintura en el abrazo fiel del corsé de seda rosa, no tiene más que meter el cuerpo entre los pliegues de muselina blanca y tapar las fallas en el talle con un ceñidor azul. Las habrá con menos clase que ella que le tengan miedo a un vestido tan humilde y de tan poco vuelo, pero Angelica puede todavía presumir de cara y de figura, y no le hace falta darse aires con ningún vestido: parece una ninfa entre los etéreos pliegues que de ella brotan.

«Y anda que no ha sido fácil, más de lo que yo creía», se dice a sí misma, como felicitándose, mientras se agacha para mirarse en el espejo del tocador y darse colorete en las mejillas, pues no encuentra dónde sentarse ahora que lo han cambiado de sitio. Bien contenta que está ella consigo misma, y no echa en falta para nada a la señora Frost.

Cuando Angelica sube al coche, Bel Fortescue echa un ojo al vaporoso vestido de su amiga y suelta un chascarrillo:

—Pero si vas desnuda, Jellie.

Porque hasta en las picardías pone toda el alma esa mujer pequeñita de melosos ojos castaños, que lleva al menos una década ejerciendo el oficio más viejo del mundo. Tiene la cara redonda y la barbilla apuntada, naricilla de querubín, y de niño también parecen sus manos, diminutas y pulcras. A más de uno ha hecho llorar su dulzura, no exenta de cierta seriedad, pues si hubo alguno que pensó que en todo era una niña anduvo muy desencaminado. Y es que, con dieciséis años, Bel ya era dueña de sí misma, como una reina. Así que cuando llegó a la edad adulta se convirtió en una mujer intocable. La mantiene con mimo un duque que es muy listo y que, aunque le ha puesto casa y llenado de libros los estantes, no se atreve a pedirle que comparta con él el lecho.

—¿Te refieres a esto? —Angelica coge entre el dedo índice y el pulgar un pliegue de muselina, esa gasa que, con hilos invisibles, se mantiene pegada a su cuerpo—. Me parece que es lo más práctico que me he puesto nunca. Ligerito a la par que sencillo.

—Ligerito a la par que sencillo —dice Bel Fortescue—. Es casi como si no llevaras nada.

—Menos he llevado.

—Pero no para ir de paseo por la alameda.

Angelica alza desafiante la nariz.

—Ay, cariño mío —dice con ternura Bel Fortescue—. Me alegro tanto de ver que eres la misma de siempre. —Hubo una vez, en el colmo del despojamiento, que Angelica se permitió no ocultar el llanto en presencia de su amiga. Craso error, pues ahora Bel le escruta el rostro buscando trazas de aquella pena y le pone una mano en el brazo—. Porque estás bien, ¿a que sí?

—Vamos, ¡como un roble me encuentro! —El coche está rematado con líneas suaves que realza el movimiento y casi no hace ruido; tapizado de seda rosa, y con ellas dos en el centro, parece una concha de ostra por dentro. Tiene cortinas en las ventanillas, pero Angelica asoma la cabeza para ver el espectáculo de Piccadilly—. Entonces, Bel, ¿quién anda por ahí? Me lo tienes que contar. Porque me muero de ganas de retomar el contacto con los viejos amigos.

—Pues por ahora está todo muy tranquilo. Todavía no se ha reunido el Parlamento. Y nadie que merezca la pena reseñar ha vuelto de vacaciones. Podrías permitirte prolongar ese retiro tuyo, siempre y cuando los nervios... —Demasiado considerada es esta Bel.

—Pero el caso es que estoy aquí, ¿no? Y a lo mejor me conviene haber llegado antes de que vuelvan todos en tropel, porque no me gusta que me den con la puerta en el trasero.

—Nadie te habría echado en cara que te hubieras quedado en el campo —insiste Bel—. Nos hacemos cargo.

—¡Puaf! ¡Si me quedo un minuto más allí me muero! A mí no me gusta el campo, Bel. Está lleno de animales, y no me favorece nada la luz que hay.

—Pero si sabes que tú...

—¡Y lo bajos que son los techos! Vamos, que estoy encantada de estar de

nuevo en la ciudad. Por cierto, ¿adónde vamos?

—Vamos a Berkeley Square. —A Bel le brillan los ojos—. Te llevo a Negri's para que te atiborres de dulces.

—¡Oh, Bel! —Angelica da palmas de contento.

—Bien sé lo que te gustan: las gelatinas, la leche merengada con vino dulce, las galletas. Y seguro que de eso no hay en el campo. Pero, dime, ¿hace mucho que no tienes visita de la señora Chappell?

—¡Bien! Vamos llegando al meollo de la cuestión. ¿Y a ti qué te importa?

—Me interesa. Y si tuviera todavía el hábito de apostar, me jugaría lo que fuese a que esa mujer querrá clavarte las garras en cuanto sepa que te has quedado libre.

Angelica suelta un suspiro:

—Pues vino a verme ayer.

—¿Y tú le dijiste que...?

—Me negué a volver con ella.

La señora Fortescue es demasiado educada como para echarse a reír, o a sonreír siquiera con desdoro, pero le endereza a su amiga el volante del vestido a la altura del hombro y dice:

—Bien hecho.

Angelica se pone seria por primera vez:

—Bel, ¿tú te imaginas lo que sería eso? ¡Y a estas alturas! ¡Siendo yo quien soy!

—Mal negocio harías —reconoce Bel, poniéndose seria—. Un negocio de lo peorcito.

—Me deja que los precios los ponga yo y que coma a su mesa, y tan amigas...

—... ya, ¡y te hará un pagaré por seis peniques a cuenta de la fuente de naranjas que ha metido en tu habitación!

—Pues sí. Y me hará el favor de decirle a la criada que quite las manchas de mi vestido...

—... lo que te costará media corona que apuntará en tu cuenta.

—Y cada vez que me tome una copa de jerez, lo apuntará también.

—¡La ropa de cama limpia! Ay, ¿te acuerdas de eso?

—¡Sábanas limpias todos los días! —Hace mucho que a Angelica no se le presenta la oportunidad de airear sus penas y le coge la mano a su amiga, presa del júbilo—. Ya solo con la cuenta de la lavandería me tendría esclavizada. Como que si no me saca de ahí mi duque, no creo que yo hubiera salido nunca. Y bien caro que le costó el rescate al pobre. Bel, yo no puedo caer otra vez tan bajo: no puedo ser tan servil. ¿A que no? ¿No crees que es lo prudente?

—Pues claro. De haber querido estar enclaustradas nos habríamos quedado cada una en nuestro pueblo, ¿o no? Además —le lanza una rápida mirada a Angelica—, empiezo a olerme que la gran Madre Chappell está perdiendo ese toque especial.

En eso, Angelica ya no está tan de acuerdo.

—Que no —dice a la vez que niega con la cabeza—. Cómo va a ser así, si la señora Chappell es la primera abadesa de Londres.

—Lo fue —dice Bel—. Ahora es una anciana. Ya no le tiene tomada la medida a los deseos del siglo. ¡Han pasado veinte años! Hay madamas más jóvenes que piden paso, y ella depende tanto de su vieja cohorte de fieles... —Según habla le vibra el cuerpecillo con el pensamiento: ora arruga las cejas en un mohín, ora abre las manos, como si quisiera pesar en una balanza sus argumentos—. No le vamos a negar que tiene buen ojo para la belleza, tanto ahora como entonces, pero últimamente lo que veo es que el ojo lo tiene para esas chicas que obedecen sin rechistar y poco más. Ya no van más allá de ella como hacían antes, ¡como deberían hacer siempre! Tiene las putas más cultas de Londres, pero una puta siempre será una puta, ¿o no?

—Eso seguro —dice Angelica—. Pero entonces ¿para qué me quiere a mí?

—Pues porque tú tienes talento, y eso ni se aprende ni se enseña.

Angelica se remueve inquieta.

—¿Tú crees?

—Sí. Es lo que hace que seas una cortesana y no una mujerzuela. —Se echa hacia delante en el asiento—. La Madre Chappell ya no se atreve a vérselas con chicas con talento porque teme no poder moldearlas a su antojo. Ella lo que espera es que, si vuelve a tenerte debajo del ala, eso te hará más dócil. Y precisamente por eso no debes volver con ella.

—Vaya. —Se queda pensando un momento—. Pues Eliza dice que sí que debo.

Algo parecido al desdén roza la cara de Bel:

—Pero ¿es que todavía la tienes en casa?

—No tiene a nadie más en el mundo. —Angelica no dice nada de la deserción de la señora Frost, no quiere ni pensar en ello.

—Yo creo que no le llega la camisa al cuello de puro miedo que tiene —dice Bel forzando la voz, y coge a Angelica de la muñeca—. Y lo que busca es hacerte de menos. Igual que la señora Chappell. A las mujeres les pasa eso. Sin embargo, los hombres, esos sí que no tienen miedo: se forjan unos a otros, y así se hacen grandes. Mientras que las mujeres creen que no tienen más poder que el de arrancarse la piel a tiras unas a otras.

—¡Qué razón tienes, pero qué razón! Así que me hace falta tu ayuda. Porque si voy a ser independiente de la señora Chappell, ya puedo ir agenciándome mi propia lista de contactos.

—Yo sé de un caballero, que no es tu tipo —se apresura a añadir Bel—, pero te admira, y quizá podías dejarte agasajar por unas horas. ¿Acaso no ha empezado ya la temporada de teatro? Pues el caso es que él tiene un palco en el de Drury Lane.

—¿Y es un buen palco? —pregunta Angelica con cautela—. ¿Uno en el que yo pueda ser vista?

—Que no se te ocurra pensar nunca que haya palco alguno en el que a ti no se te pueda ver.

—Ya sé que soy una tonta y que a mí se me puede ver hasta en el palco del mismísimo príncipe de Gales, si algún día se dignara a invitarme.

—El señor Jennings estará encantado contigo, bien lo sé —dice Bel—. Es un granuja. Bueno, solo un poco. Y si lo que quieres es hacer público tu regreso, él te vendrá a las mil maravillas. Le voy a escribir para que te reserve un asiento esta noche.

Angelica chilla de contento:

—¡Ay, Bel, muchísimas gracias!

—Solo te pido que te comportes y que no me dejes mal. —El carruaje se detiene con un crujido en la zona en sombra de Berkeley Square y, en el acto, a Bel le cambia la cara, como si hubiera escampado—. Mira, ¡ya hemos

llegado! Bien, ¿qué sabor te vas a pedir? Le encargamos lo que sea a mi cochero.

—¿Cómo? ¿Y perder la ocasión de echar una ojeada? —Berkeley Square es una pasarela que aguarda los pies de Angelica—. Quiero entrar ahí yo misma.

—Anda, por favor, no me obligues. Ya no soporto que me miren.

—¡Venga, Bel!

—¿Por qué no podemos encargarlo desde aquí y luego nos lo comemos en el carruaje?

—Porque para eso no hemos venido hasta aquí. —Angelica cierra la boca con un gesto que quiere ser definitivo. Bel hace como que no la ve, pero lo que no puede pasar por alto es la mano de la amiga aferrada a su muñeca. Angelica toma aire—: Llevo tanto tiempo fuera, Bel. Lo necesito.

—Ay, Jellie...

Cuando se apean, la gente vuelve la cabeza a su paso: las chicas refinadas se dan codazos y las mujeres tocan a sus maridos en el hombro.

—¿Te has fijado? —susurra Angelica—. Estamos apartadas del mundo y sin embargo no nos olvidan. ¿No te complace eso?

—No especialmente —dice la señora Fortescue—. Por lo menos ya no me ponen de Jezabel para arriba. Imagino que eso ya es algo.

—Pues a mí me gusta —dice Angelica, y menea las caderas para que la vaporosa tela del vestido marque el contorno de sus piernas: completamente desnudas, salvo por las medias, la combinación y dos capas de muselina. Qué cosa más maravillosa eso de caminar otra vez por Londres, y más aún en compañía de la mujer que encabeza todos los cotilleos de la ciudad. Y que la miren a una, que la miren, ¡que la miren!

El escaparate de la confitería es de cristales abombados y está lleno de tarros altos, colmados de toda clase de caramelos, lacados todos, tintados de rosa. Y hay multitud de esculturas de azúcar que brillan como el hielo y un palacio hecho de gelatina, transparente, con burbujitas que rodean grosellas, albaricoques y uvas suspendidos dentro.

La confitería es un verdadero paraíso del azúcar, y no se adivinan en nada los humos y desvelos, las labores de cocción, colado, destilado, los pesos y las medidas que hacen falta para levantar tamaño templo: porque todo reluce

y nada humea, y hay grupos de mujeres de amables modales y hombres en animada charla sentados a las mesas de mármol. La pared negra del fondo está repleta de licores embotellados y siropes de todos los colores y sabores: bergamota, moscatel, cinabrio, jarabe de rosas... Las leches merengadas con vino dulce colman las frías losas de mármol en la barra. Y de la cocina llega una interminable procesión de exquisiteces: las gelatinas, con vetas de colores, pasan raudas hacia los comensales que no paran de hablar, al fondo; sorbetes burbujeantes, pequeñas bolas de bombón helado, y ratones y leones y torreones de chocolate. Bandejas de cristal colman la barra, bien surtidas de pasteles y caprichos varios: diminutos caramelos ambarinos y tartaletas de natillas traslúcidas, y lustrosos lazos de hojaldre rellenos de fruta con forma de nudos de amor. A Angelica lo que más le gusta son las galletitas de fruta: crujientes nubecillas que no tienen harina, solo azúcar glasé y clara de huevo, y que huelen a agua de azahar, con guirlache de cochinilla, pan de oro, almendras y confites.

—Son como joyas —dice con un suspiro—. Deliciosos rubís. Me llevaré unas cuantas a casa.

Sabe bien, por la atmósfera que se respira en la tienda, que no le quitan el ojo ni el oído de encima; que ha bajado el tono de las conversaciones desde que ha entrado ella y, cuando va hacia la vitrina de la fruta, oye el frufrú de mangas y corbatas cuyos dueños no quieren perder detalle de lo que ven. Los confiteros, cuyo arte reside en el maridaje de la fruta y del alcohol, del azúcar y de la nata, no son tontos y saben lo que vale exhibir lo mejor de lo mejor de los huertos e invernaderos de Londres en su estado más prístino y virginal: melocotones y ciruelas en tal sazón que parece que van a reventar, ristras de grosellas, fresones a los que se diría que han sacado brillo, melones rezumantes del almíbar que contienen, piñas con las hojas entrelazadas en intrincados adornos que imitan una tupida enredadera.

—¡Ay, piñas! —exclama Angelica—. Bel, yo quiero una.

—Pues llévatela.

De pronto Angelica se pone colorada, algo que en cualquier mujer sería todo un espectáculo pero que en ella, dotada de unas curvas que embelesan, causa furor. De modo que baja la voz y dice en un susurro lastimero:

—A Eliza no le va a gustar nada.

—Esa mujer no es la que mantiene la casa —dice Bel con un hilo de voz—. Cómprate una piña.

—Dice que cuesta pelarlas y prepararlas.

—Ya, pero eso es lo que le da de comer: si no te hiciera falta ayuda en la casa, estaría cosiendo sábanas en una buhardilla.

—Además es una tirana con el dinero. Según ella —y cita textualmente—, «en la situación en la que nos encontramos hay que privarse de los lujos».

—Pues no se entera de la misa. Porque cuando no se tiene nada es precisamente cuando hay que tener lujos. ¿O pretende que todo el mundo te vea contar los guisantes del puré para la cena? Lo que hay que oír —dice con un suspiro—. Pero, en fin, si así están las cosas, solo hay una forma de hacerse con esa piña.

A Angelica le tiemblan las comisuras de los labios.

—¿De veras? ¿Tú crees que funcionará el viejo truco después de tanto tiempo?

—Pues claro.

Angelica echa un vistazo alrededor para estar segura de que cuenta con la atención de los parroquianos. Y así es, todos dirigen a ella sus miradas con disimulo: no son solo las mujeres las que no le quitan ojo a las galletas almendradas; los hombres también, y algunos, según aprecia, son lo mejor de lo mejor. Respira hondo y, con una coquetería que corta el aire, suelta:

—La piña es mi fruta favorita. —A Bel le brillan los ojos, así que continúa con renovado afán—. Para mí que es la mejor de todas las frutas. Ojalá pudiera llevarme una para comérmela tan ricamente.

—Quítese de ahí, señora Neal —dice en voz alta Bel, y hace que se estremece con un escalofrío—. Es que no puedo ni verlas. Y no pienso meter una de esas cosas tan horripilantes en mi coche.

—Pero ¿es que me vais a quitar el gusto?

—Os aseguro que sí, señora. Hoy no os lleváis una piña. —Se dan la vuelta y la señora Fortescue alza una ceja—. Una actuación muy buena —susurra.

—¿Tú crees que funcionará?

—Espera y verás.

## CINCO

El señor Hancock lleva treinta años entrando y saliendo de los cafés que rodean el edificio de la Bolsa de Londres y no le cuesta nada dar con lo que está buscando: un sitio adecuado para exhibir su sirena. Es un establecimiento que su padre tenía en gran estima. Entre una concurrencia que anda bien de memoria y no tanto de imaginación, el sitio tiene fama de ser el entorno perfecto para oír a los eruditos hablar de biología en los corrillos próximos. Ha bajado el nivel de los debates, pues ahora atiende a armadores de mediana edad que se las dan de tener inclinaciones científicas: porque ¿qué hombre de posibles no es hoy día hombre de ciencia? Según el dueño, el señor Murray, «se lo conoce como La Piña porque este fue el primer café de Londres en el que pudo paladearse dicha fruta. Y desde entonces hemos expuesto en el local todo tipo de maravillas, para deleite de propios y extraños. La misma señorita Jermy, que tenía la piel a manchas blancas y negras, como una vaca, fue de la casa. Y el muchachito aquel, con manos en lugar de pies y pies en lugar de manos, Dios lo tenga en su gloria. Y la máscara africana, presa de una maldición. Y el zorrillo blanco, que hay que decir que se cargó el rodapié», añade a modo de sentida coda. «Por lo que debo pedirlos una fianza para cubrir los daños, si los hubiera».

—No creo yo que vaya a haber daños de esa índole.

—Ya. Eso dicen todos. ¿Qué se le da de comer? Y el tanque, ¿cómo de grande tiene que ser?

—Pero ¡es que no está viva! —dice el señor Hancock. La trae envuelta en un mantón de la India que en su día perteneció a su madre y, sobre la mesa del despacho que hay al fondo del café, se lo quita con cierta ceremonia.

Espera que el dueño dé señales de sorpresa, aunque el señor Murray se muestra impávido mientras la examina. La mira como el que tiene delante algo tan común como un cesto de manzanas, aunque tiene la deferencia de secarse las manos en los calzones antes de cogerla en alto.

—Ya veo —dice—. Más tragos marinos, ¿eh? Ese nombre le pondría yo.

—No puede decirse que sea de aspecto amable, pero ¿creéis que atraería a la gente?

—¿Y por qué no había de hacerlo? Una maravilla siempre es una maravilla. —Se da un toque en la nariz con aire de entendido—. Según mi criterio, el hecho de que sea tan fea la hace más atractiva. Al público no le importa pasar miedo si luego puede bajar al bar a picar algo y darle a la lengua.

—O sea, ¿que la vais a exhibir?

—¿Y a santo de qué no iba a hacerlo? Diremos que es una sirena, eso atraerá a más gente. Y yo me llevo el veinte por ciento.

## SEIS

La señora Fortescue pide una gelatina aromada al resolí y tintada de rosa. Una vez sentadas, pasa el canto de la cuchara por el borde antes de hincarle el diente con lo que se diría es falta de apetito. Entonces se lleva una cucharadita a la boca y deja volar la imaginación. Angelica escarba en el vino dulce que colma el fondo del vaso de leche merengada y también guarda silencio. Hubiera preferido sentarse más al centro, donde la habrían admirado desde todos los ángulos del local, pero Bel ya no estaba para dar más la nota en público.

—Tengo que contarte algo —dice—. Pero, chis, no pongas esa cara, no es nada. Y no quiero que nos mire esta gente.

—Tú dirás.

La señora Fortescue da unos golpecitos con la cuchara contra la superficie pulida de la gelatina.

—A lo mejor me caso.

—¡Vaya!

—¡Chis! ¡Chis! No hables tan alto.

Angelica pasea una mirada furtiva alrededor y se inclina hacia delante para susurrarle a su amiga:

—Con lord...

—¡No digas aquí su nombre! —Bel se pone tiesa. Los ojos le brillan, a modo de aviso—. Es que no soporto ser el centro de tantos cotilleos. — Entonces mira a un lado y a otro, y adopta un tono más amable—: Desde luego, con Su Excelencia. Dime, ¿con quién más he tenido trato en los últimos tres años? Y como la condesa murió esta primavera pues, la verdad,

ya nada nos lo impide.

—Yo que creo que hay muchas cosas que os lo impiden... —refunfuña Angelica—. Porque veo lo que es él y veo lo que eres tú.

—Seré lo que me dé la gana ser. ¿O acaso no he llegado hasta aquí yo solita?

—¡Pero Bel! —Deja la cuchara encima de la mesa—. ¡Nada menos que tú!

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Es que ya no te acuerdas de lo que decías antes? Aquello de: «Jamás seré la esposa de nadie, Jellie». —Arruga un poco el ceño y blande el dedo índice, aunque la delata el temblor que le embarga la voz—. «Porque es una vida servil, y yo condeno la servidumbre».

Bel suelta un suspiro y apoya la cuchara vacía en la boca.

—Y bien que la condené, solo que la servidumbre no me condenó a mí. Y me he pasado la vida intentando ser libre, pero me he dado cuenta de que, siendo el mundo lo que es, la libertad es algo inalcanzable. ¿No te parece que se llega antes si una opta por lo que más se le parece?

—Pero si ya estás muy bien situada —dice Angelica—. Tienes una casa magnífica para ti sola y un coche que te lleva a todas partes. Ni siquiera te ha hecho cambiar de amigos.

—Vaya que sí. Y leo cuanto se me antoja, y no le da miedo que vea a otros hombres si es por mi bien o para instruirme.

—Entonces, ¿cuándo vas a estar mejor que ahora? ¿Qué es lo que no te convence de tu actual situación?

Bel arruga las achocolatadas cejas.

—Es porque no es seguro.

—La seguridad la da el dinero.

—¿Y eso cómo se come cuando una ya sea vieja y fea, cuando me deje por otra? No tengo nada a mi nombre. Y tú, ¿tú tienes algo de dinero ahorrado?

—¡Ni un penique!

—¿Y qué te crees que va a pasar? Porque no vamos a ser la novedad toda la vida. —Abre las manos con un gesto de súplica—. Jelly, ¡es que me lo pidió él!

—Y tú dijiste que sí. —A Angelica le escuece algo, aunque no sabe el qué. Es como si Bel hubiera roto un voto que habían hecho juntas, algo solemne que se prometieron las dos. Recorre con una mirada nerviosa toda la confitería, y es que con el susto ha olvidado proporcionarle el tono apropiado a sus palabras y movimientos. No quiere dar la impresión de que no se encuentra cómoda.

—Cariño mío, Jellie querida —dice Bel con un suspiro—. He probado todas las formas de prostitución posibles, ¿por qué no esta? Lo veo solo como el mejor contrato que me han propuesto firmar nunca, y es un contrato de por vida.

—¿Su vida o la tuya? —Angelica clava una mirada asesina en los crespones de leche merengada.

—Eso no hay forma de saberlo.

—Será la tuya si te hace un niño —dice Angelica—. Porque esas caderitas que tienes no van a aguantar gran cosa.

—Vale, pues que así sea. Que no se diga que me pasé la vida sin hacer nada, ni que no me sometí a escrutinio alguno.

—¿Podemos irnos ya? Noto que me falta el aire.

—Pues claro que sí, nos vamos. ¿Damos una vuelta a la plaza? —Bel ha mudado la voz y habla con tono amable, mimoso—. ¿O mejor recorremos los escaparates de las joyerías? ¿Qué me dices?

—Vale, me parece muy bien.

Salen asidas del brazo.

—Te he echado de menos, Jellie —susurra Bell—. De verdad que sí, aunque te coges unas rabetas que no veas y nunca lo reconoces.

Cuando vuelve a su apartamento la está esperando una enorme piña que han dejado a la puerta con una tarjeta de parte de don Fulano de Tal, quien «le suplica perdone su..., pero se encontraba esa tarde precisamente en..., donde pudo apreciar que... y le hace llegar este regalo como muestra de su más afectuosa amistad..., etc., etc., etc.», pero sigue sin haber noticias de la señora Frost.

En la sala todavía reina el desorden: las cortinas siguen echadas, la vajilla sucia y desparramada por todas partes. Angelica lo ve, siente la quemazón de

un doble abandono y le falta poco para echarse a llorar.

—Es como para preocuparse —dice en voz alta—. A lo mejor ha tenido un percance. O la han drogado. Y puede que no se dé cuenta de toda la falta que me hace. Tiene que haber un modo de hacerle llegar un recado. —Pero están siempre tan pegadas la una a la otra que no se ha dado nunca el caso. Además, Angelica ni se ha preguntado adónde va su compañera cuando no está a su lado.

Pasa una hora y se pone de los nervios.

—Tengo que aparecer en el teatro esta noche —se lamenta—, y a ver cómo me visto yo sola para eso.

Cruza la sala de un lado para otro hasta que las chicas de la sastrería de abajo se quejan por el mal uso que le está dando a la tarima y aporrean el techo con el mango de la escoba. Se quita entonces el vestido de gasa y la combinación de seda, tan suave que parece una segunda piel, y los deja caer al suelo, dado que no hay nadie para recogerlos. Empieza a atarse el pesado corsé, pero primero se le tuerce de un lado, luego del otro; después la cinta da un chasquido y acaba con ella en la mano, y Angelica, airada, suelta un chillido.

Alguien llama a la puerta con unos golpecitos.

—¿Eliza? —dice esperanzada según sale a abrir, pero no es más que María, la criada, que duerme en la trascocina y come de las sobras—. ¿Dónde está la señora Frost?

—Es ella la que me manda, doña.

—Eso ya lo veo. ¿Y no te ha dicho dónde se la puede encontrar?

—Cosa mía no es.

—Pues mía sí, así que ya me lo estás contando. —Angelica le pone una moneda de seis peniques en la palma de la mano con toda la intención, pero la chica mira bien de cuánto es, se la echa al bolsillo y no suelta prenda—. Dios Todopoderoso. Si llego a ser tu madre, te ahogo nada más nacer. Anda, átame. Pero lávate antes las manos, o por lo menos te las secas, que cuesta más esta seda que todo lo que ganas tú en un año.

A María no le llegan las entendederas para ayudarla a llevar la mesa a su sitio, así que tienen que acicalar a Angelica en el vestidor, donde no cabe ya un botón.

—Ahora tienes que calzármelo, de a poquito —dice Angelica, y abre un tarro de pomada—. Coge un dedo cada vez. ¿Crees que vas a poder?

Pues resulta que no. Porque para María, cada cosa que coge es un mundo: llena el cuarto de laca, que cae como una lluvia blanca, y le da un mamporro a Angelica en plena oreja con el fuelle. Hace lo que puede para recogerle el pelo con alfileres, pero, cuando acaba, la cabeza de Angelica parece un almiar en plena galerna. Al final, se pincha un dedo con el broche recamado y le llena a Angelica de sangre el mejor par de guantes de cabritillo que tiene.

—Mira, ¡así no! —dice Angelica. Nota que le vienen las lágrimas y opta entonces por montar en cólera—: ¡Eres una inútil, no vales para nada! —María vuelca un frasco de carmín en la alfombra—. ¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Es que no sirves para nada! ¡Me valgo mejor yo sola!

—O con otra que te asista —dice la señora Frost, que las mira desde el vano de la puerta mientras se quita el chal.

—Ay, Eliza, Eliza, por fin has venido. ¿Qué voy a hacer? —cacarea Angelica—. Bel me ha concertado una cita en el teatro ¡y estoy hecha un desastre! Tienes que ayudarme. —Su amiga la mira con cara avinagrada, de lo que deduce que todavía no la ha perdonado. Pero es igual, piensa Angelica, «que rabie todo lo que quiera, que a mí no me molesta».

—Fuera —le dice la señora Frost a María, que sale sin apresurarse—. Todavía tiene arreglo.

Empieza a despeinar lo mal peinado con manos rápidas y diestras. Y le pinta la cara a la amiga, y tira de alfileres, ganchos y puntadas para calzarle las enaguas y la falda. Y ahora tiene que agacharse ante una Angelica que no parece la misma, pues ha de encajarle el vistoso redingote a rayas: la agarra por la cintura y va remetiéndolo un alfiler tras otro, perforando la seda, hasta anclarlo en el corsé.

—Has vuelto —dice Angelica, y la señora Frost le hinca otro espetón, justo encima de donde le debe de andar el ombligo. Entonces Angelica nota que el asta metálica del prendedor se ajusta como un guante, en paralelo a la barba de ballena.

—¿De verdad creías que iba a abandonarte?

—Pues quizá no para siempre, pero... —Angelica se da a sí misma el beneficio de la risa—. Pensaba que querías hacerme de rabiar un poco.

—Jamás te haría eso. —La señora Frost sigue un poco tensa.

—Eres muy buena amiga. Puede que no estemos de acuerdo en todo, pero...

—Solo una cosita más. —La señora Frost coge del tocador la vara del corsé, una larga arista de marfil, y se la inserta a Angelica por la parte delantera del vestido, de arriba abajo, con tanta fuerza que la otra casi pierde el pie—. Ahí está. Ahora sí que puede decirse que estás para que te vean.

Angelica queda encantada, y no puede evitar soltar un suspiro de alivio al oírle decir eso.

—Ay, Eliza, cariño mío. Sabes que sin ti no puedo aspirar a la grandeza.

Y logra así arrancarle una sonrisita.

Empieza a rayar el alba cuando vuelve Angelica y el muchacho de la vela, a la carrera delante de la litera que la lleva, está tan cansado que casi arrastra los pies. Pero allá que va a trompicones, con el cirio al hombro sujeto con ambas manos, entre el goteo y el chisporroteo de la cera, tan cerca de la cabeza que asusta: a ver si le va a prender la peluca, que le queda grande y le baila en la cabeza, hasta vencérsele a veces sobre los ojos. Cuando está a la puerta, se deja llevar por la caridad que le inspira el pobre y le da un chelín. «Esto no se lo voy decir a Eliza», piensa con una sensación parecida al triunfo. «Menuda provocación la mía: descabalarle las cuentas con esta monedita».

En teoría, la planta baja de la casa reza como sastrería, pero llegan del fondo del pasillo los gemidos de una mujer y el traqueteo frenético de algún catre. «O sea, que aquí hay otra que está a punto de acabar la jornada», piensa cuando va escalera arriba. Y esa idea la consuela, incluso se siente parte de un orden mayor y más benevolente. La puta acaba el día justo cuando lo empieza la panadera, y cada oficio bajo el cielo tiene su momento y su sazón.

Y lo que toca ahora es reconciliarse, así que va derecha al vestidor, allí donde Eliza duerme tumbada de espaldas, con los dedos de los pies retorcidos hacia dentro y los brazos a lo largo del cuerpo: el blanco camisón tiene volantes en el cuello y en los puños, y pese a ello parece que esté de cuerpo presente. Ni siente ni padece cuando la despiertan: abre rápidamente los ojos sin moverse del sitio, sin quejarse lo más mínimo, y vuelve la cabeza con

calma para encarar la puerta.

—Buenos días, dormilona —le dice Angelica con un hilo de voz—. Aquí me tienes, tan solita. Anda, ven a hacerme compañía.

La señora Frost la sigue al dormitorio y enciende una vela mientras Angelica se quita los zapatos con sendos puntapiés, de tal manera que acaban debajo del armario. Luego empieza a desprenderse de las medias.

—Ay de mí, vaya nohecita, vaya nohecita. Menos mal que me pusiste de punta en blanco, porque se me veía en el palco del señor Jennings desde todo el teatro. Vamos, que casi parecía que el espectáculo era yo. —La señora Frost la ayuda a quitarse el vestido a rayas y ella sigue con su cháchara—. De hecho, había una mujer que se pasó toda la velada mirándome el pelo y la ropa, y cuando llegó el tercer acto sacó una libreta allí mismo y apuntó lo que fuera. ¡Tú imagínate! Casi muero de éxito. Eso sí, a mí no me hizo falta tomar notas, porque yo creo que allí no había mujer más presentable que yo.

—¿Qué tal estuvo la obra? —pregunta la señora Frost—. ¿Te llegó siquiera alguna línea de todo el texto?

—¡Ay! Pues sabiendo que me habían invitado solo esa noche, no perdí ripio. Tenía que haber estado más atenta a lo que se cocía a mi alrededor: creo que me perdí algún cotilleo. Eliza, a ver si doy con algún caballero que tenga un palco bueno de verdad y que me invite todas las noches, así podría dejar de atender a la obra o mirar solo cuando me aburra. —Suspira con ganas—. Por lo menos estoy contenta porque fui el centro de atención. Ya puedes estar segura de que todo el mundo sabe que he vuelto a Londres. Vamos, que no me extrañaría recibir ahora un montón de invitaciones.

—Bien, ¿y qué más pasó?

Lleva solo el camisón de linón blanco, y su cuerpo es como una sombra debajo cuando se pone a llenar la palangana con el aguamanil. La señora Frost sacude el vestido y las enaguas, busca algún sieté que se haya hecho sin darse cuenta, alguna mancha, y los pone a un lado para pasarles la esponja la mañana siguiente.

—Ah, sí, fuimos a bailar. Y luego los hombres se pusieron a jugar a las cartas. No te preocupes, que no aposté nada de dinero. Solo le di suerte al señor Jennings, y vaya si le fue bien. Aunque yo también salí ganando con él. —Planta el pie en un taburete y la vela le arranca brillos dorados a los

filamentos del fino vello que le crece en los muslos: así puesta, se lava su tesorito—. El monedero está en el diván, y me parece que te va a encantar lo que hay dentro cuando lo cuentes.

Se meten las dos debajo de las sábanas. Angelica adopta la posición fetal y se adormece al instante, como un animalillo. Pero la señora Frost está bien despierta. Da una vuelta en la cama y se queda de lado. Entonces dice, como si no hubieran pasado ya varias horas desde que tuvieron esa conversación:

—¿Te lo vas a pensar?

—¿El qué? Ay, ahora no, Eliza. Anda, déjame dormir.

Pero la señora Frost no cede en el empeño:

—Puedes considerarte afortunada de que la señora Chappell te siga queriendo a su lado.

—No pienso volver a una casa de citas.

—Pero es que no es cualquier casa de citas —dice la señora Frost con tono de súplica.

—De noche, todos los gatos son pardos. Lo uno y lo otro viene a ser lo mismo. —El alivio de verse en su propia cama y en brazos de Morfeo la enternece: reptando debajo de las sábanas, se acerca a su amiga—. Ya sé que tú crees que es lo más prudente —dice con la lengua pastosa—, pero es que si vuelvo allí, a lo mejor ya no salgo nunca. Por lo menos hasta que no sea vieja y esté hecha una birria, y sifilítica, y ella me tire como el que tira la basura.

—Podrás cobrar más por tus servicios. —La señora Frost sigue en sus trece. Su amiga le echa un brazo por encima—. Puedes ganar dinero suficiente para liberarte, y en bien poco tiempo.

—Ella nunca lo consentirá.

—¿Por qué no te lo piensas?

Angelica sale a la superficie de entre las sábanas y ahora muestra su enfado:

—Vas a hacer que me arrepienta de haberte traído a la cama conmigo. Estoy en un momento muy delicado, y la señora Chappell lo sabe bien. Puedo volver a un burdel o puedo ponerme por mi cuenta y ser libre. Y por cómo se han desarrollado los acontecimientos esta noche, estoy más convencida que nunca de que me irá bien.

—A mí lo que me preocupa es el alquiler.

Angelica sucumbe a un ataque de ira:

—Pues anda a la calle y empieza tú a ganar dinero. Venga. Una mujer de pulcro aspecto como tú, tan bien hablada, seguro que antes del desayuno ya has hecho dos chelines.

La señora Frost se pone blanca. Angelica abre los ojos de par en par: son como de esmalte azul.

—¿Qué pasa, que no te gusta el plan?

—No habíamos quedado en eso —dice la señora Frost sin apenas despegar los labios.

—No, en eso no. Pero ahora en lo que quedamos es en esto otro, ¿estamos? Y si no te gusta...

La señora Frost deja caer la cabeza.

—Pues eso, querida, te vuelves con tu marido. —Entrecierra los ojos—. Ay, perdona, que tendrías que encontrarlo antes.

—No pienso aguantar esto. —La señora Frost se levanta de la cama y va hacia la puerta.

—Pero al final siempre lo aguantas —dice Angelica en tono de burla—. Es lo que haces siempre: te propones a toda costa dejar atrás esta vida y, sin embargo, al final es aquí donde acabas. ¿Y cómo quieres que me lo tome yo?

Satisfecha, al fin, se duerme sin darle más vueltas.

## SIETE

El señor Hancock pone anuncios en los periódicos y pega carteles por toda la ciudad. Siguiendo el consejo del señor Murray, se hace con una campana de cristal más alta que ancha y allí meten a la sirena, de tal manera que quede suspendida en el aire, de pie. «Con el feliz efecto de que mire a los ojos a todo el que se acerque a verla», explica Murray paladeando cada palabra. La colocan en una mesita en el centro de una sala, con espacio suficiente para que el público pueda rodear a la criatura a su antojo y comprobar su autenticidad antes de salir por donde han venido. «No pide más adorno que este», dice Murray. Pero, aun así, el señor Hancock le encarga a un dibujante vecino que plasme en papel ese momento dramático en el que los pescadores japoneses cobran tamaña criatura en sus redes: el embate de las olas contra el barco, los sombreros picudos de los nipones hechos de juncos trenzados y un fondo de pagodas en la lejanía. La sirena, en la versión final del grabado, se lleva a la boca las garras apuñadas y hace como que suelta los más amenazadores improperios, mientras sus congéneres dan coletazos en el agua para ponerse a salvo. Al señor Hancock le convence cómo ha quedado la escena. Cuelga una copia en la pared del café y pide que hagan varias a color para venderlas de recuerdo.

Y ya están listos para que empiece la función.

—Vos no hace falta que estéis —dice Murray—. Ya me encargo yo de todo.

Pero el señor Hancock quiere ver con sus propios ojos el efecto que causa en la ciudad su nueva protegida. Además, Sukie está que se la comen los nervios.

«Tío, podíais dejar que os acompañara», le dijo por lo bajo, y se le arrimó a un codo mientras él rezaba su oración matutina. «Porque es la presentación en sociedad de vuestra sirena», insistió cuando le llevó el pan recién hecho. «Lo celebramos por todo lo alto», propuso mientras lo seguía hasta el portazgo cuando él salía a atender sus negocios en la ciudad. Aunque no insistiera tanto, él habría cedido a sus ruegos: porque le gusta el puesto de sorbetes en Seven Dials tanto como a ella, y porque está encantado de que su sobrina muestre interés en sus asuntos y vea en ellos incluso cierto glamur.

El señor Hancock le da permiso a la muchacha para que vaya a pie a casa de su hermana mayor en Wapping, pernocte allí tres noches y rebusque en el armario de Rebbie por si encuentra algo para lucirse el día de la presentación de la sirena. Pero también para que se pongan al día, compartiendo misterios por lo bajinis, como hacen dos hermanas cuando ya no viven juntas. Así que nadie más que él tiene la culpa de que la misma mañana que debuta la sirena, cuando se levanta, vea a una mujer que no conoce volcada sobre el espejo de la sala, afanada en darse sombra de ojos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Por todos los santos, Sukie, ¿se puede saber qué haces?

Ella se da la vuelta toda pintarrajeada, satisfecha de sí misma por algo que él no alcanza a comprender. Esperaba encontrársela enfundada en tafetán amarillo chillón o de seda pintada a mano: algo vistoso y de niña consentida, empingorotada de frunces y festones, eso que les gusta tanto a las chicas de ojos vivos. Mas lo que ha elegido su sobrina es un conjunto que lo descoloca por lo refinado y sencillo: una chaquetilla acolchada de algodón blanco estampada de espiguitas negras. No hay ni un solo pliegue en las mangas ajustadas, y le ciñe el talle con un volante y nada más: una prenda tan práctica como una chaqueta de concurso hípico. No tiene queja ni del escote, pues se ha echado un mantón liso de muselina sobre los hombros.

—¿Cómo me veis? —le pregunta ella, y se coge el borde de la falda azul con los dedos, una prenda de una sola pieza que a él le parece sosa y sin vuelo.

—No hacía falta que fueras tan austera contigo misma —dice él—. Yo te habría comprado algo más elegante.

Ella baja las esmaltadas cejas y él sabe en el acto que acaba de ser inoportuno.

—Esto es lo más elegante que hay —dice ella—. Le hemos metido la tijera a la colcha de Rebbie para confeccionarlo. Porque yo sí que sé lo que hay que ponerse para una ocasión especial. —Y deja claro con la mirada que no aprueba la raída chaqueta de lana que lleva él.

—Pues muy bien, porque lo que es yo, no tengo ni idea.

Pero según van en el coche, ella resopla una y otra vez. Y él ve por el rabillo del ojo a una mujer de talle esbelto muy pulcra que viste a la moda. Tal es así que, de vez en cuando, tiene que pasar por la pequeña conmoción que le supone volver la cabeza para comprobar que es su sobrina pequeña y no otra: que lleva una chaqueta elegante, un sombrero de plumas muy grande y baja la vista hasta meter la nariz en una de sus novelas.

Se bajan en la esquina del edificio de la Bolsa, y eso ya le gusta menos al señor Hancock pues parece que todo Londres se haya puesto inusitadamente de acuerdo: la niña va *à la mode*. Teme que la confundan con una de las mujeres adultas que tanta admiración despiertan cuando pasean por la acera con sus vestidos blancos estampados, el redingote muy pegado al talle y fulares blancos atados a la garganta. En un arrebato, para no perderla, le coge la mano y no se la suelta.

—Qué buena eres queriendo acompañarme —dice—. Y estás muy elegante.

—Ay, pero qué mayor y qué sentimental os habéis vuelto —dice ella, y lo toma del brazo mientras las plumas del sombrero van marcando bien por dónde camina la pareja.

Sin apartarse del lado de su tío, la niña mira a todas partes, pues los viandantes crean un conjunto multicolor de gran interés para los turistas: hay judíos portugueses de rizos negros, y turcos mahometanos ataviados con extrañas túnicas y turbantes; sin olvidar a los italianos, tan coloridos y parlanchines, y a los estirados franceses, que acuden allí atraídos por el comercio o para buscar asilo. Se queda mirando también a las mujeres que pasan: el despliegue de cretonas, sombreros, joyas y pelucas desaliñadas.

—¿Creéis que han venido todos a ver a la sirena? —susurra Sukie, y le aprieta a su tío más fuerte el brazo.

—Pues dado que caminan justo en el sentido contrario adonde está expuesta, habrá que pensar que no.

La dirige hacia el café La Piña, situado en una esquina, cuando una vendedora ambulante, una vieja que luce una verruga en el labio de arriba, les mete encima la cesta de mimbre llena de flores desiguales y macilentas, arrancadas de las zanjas de Stepney.

—¿Un ramillete para la dama? —dice la mujer, con voz rasposa.

—No, muchas gracias —responde el señor Hancock y la aparta a un lado.

—¿Qué pasa, acaso no se lo merece? ¿No queréis flores para vuestra enamorada? ¿Una chica tan guapa como ella no se ha de merecer un regalito por lo bien que cuida de vos?

Sukie, que mira por encima del hombro una litera con rosas pintadas que acaba de pasar, ocupada por la emperifollada esposa de un armador, al parecer no ha oído lo que dice la vendedora de flores, pero el señor Hancock se muestra ofendido:

—¿Qué os habéis creído? —dice en tono cortante—. ¡Si es una niña! —Y tira de Sukie dejando atrás a la mujer y al aire festivo que le había contagiado su sobrina.

Pero la mujer los sigue y grita:

—¡Se avecina un cambio!

El señor Hancock tensa los músculos que rodean la columna vertebral, allí donde, de haber sido perro, se le habría erizado el pelo del lomo.

—¿Cómo?

—Me parece a mí que algo que no buscabais ha venido llamando a vuestra puerta, ¿no es cierto? Menuda sorpresa os han dado hace bien poco.

Él sigue caminando para que no vea lo turbado que está, pero Sukie tira del brazo de su tío.

—¡La sirena! —susurra—. ¿Y ella cómo lo sabe?

—¿A quién de esta ciudad no le caído alguna vez algo del cielo? —dice el señor Hancock en tono abrupto.

—¡Un cambio de posición social! ¡Un golpe de suerte! —grita la arpía, y trota detrás de ellos con el baile de las flores dentro del cesto. Lleva una bata corta llena de remiendos, de mangas sueltas que apenas le tapan los brazos, flacos como rabos de escoba—. Tengo el don de ver, y el espíritu me ha dado nuevas de vos esta noche. Si queréis saber más, solo le costará...

—¡Largo de aquí!

El señor Hancock vuelve sobre sus pasos y manotea en el aire para que la mujer se vaya. Siente un sudor frío en la nuca. Entonces tira de Sukie para cruzar la siguiente calleja, y la chica grita al notar que ha pisado una sustancia innombrable en la que se escurre y tropieza.

—Un golpe de suerte —dice Sukie entre dientes cuando ha recuperado el equilibrio—. ¿Habéis oído, tío? Un cambio que no buscabais. Yo creo que hoy es un día propicio de verdad. —Salen a la luz y ella vuelve el pie de un lado y otro para ver cómo le ha quedado el zapato: está echado a perder, y le ha salpicado hasta la pantorrilla—. Qué asco —dice torciendo la boca, y luego alza la vista—. ¿Es este el sitio?

—Sí.

Han llegado al café La Piña. Un cartel pegado en una ventana anuncia a la sirena. Por lo demás, el local presenta el aspecto de siempre, y Sukie pone cara de disgusto.

—Pero si no parece que haya nadie —dice la chica—. ¿Dónde están la muchedumbre y las colas de gente?

—¿Eso era lo que te esperabas?

Ella endereza el sombrero tan absurdo que lleva.

—A lo mejor dentro está lleno.

Él le abre la puerta y la cede el paso, y unos cuantos parroquianos de mediana edad y clase media, embutidos en sus sobrias chaquetas de fieltro, levantan la cabeza del periódico, mas no se los ve ansiosos de poder contemplar ninguna maravilla. Lo más animado que se oye son los grupos que ocupan los bancos y murmuran entre ellos: «¿Qué diríais si yo os soplara que...?», «¿Ha llegado ya el *Richard* con su carga a la altura de Kent?», «Y vos qué aportáis, ¿eh? ¿O es que vais a quedaros con la información que os hemos dado y no vais a compartir la vuestra?». Pero hasta ellos se muestran impertérritos y casi no mueven los labios al hablar.

Basta que sea este el territorio en el que el señor Hancock está a sus anchas para que la joven Sukie se sienta totalmente fuera de sitio. El aire huele a aromas de café recién tostado. El local es acogedor, invita a la calma, y nadie está obligado a consumir nada para participar en el toma y daca de cotilleos y especulaciones, rodeado de esa cómoda quietud tan masculina. Es normal que el señor Murray se haya especializado en la exhibición de rarezas,

porque poniendo cafés no gana para vivir.

—No hay nadie —dice Sukie, y baja sus cejas negras.

—Ven, ya verás como sí. ¿No ves a todos estos caballeros?

Los que ocupan la mesa que más le gusta, hombres de mediana edad, tipos fiables como él, le hacen señas para que se una a ellos. «¡Hancock!», dicen. Y él se acerca, aunque sufre horrores al notar a Sukie detrás.

—Hancock, ¿qué es eso que cuentan de una sirena?

—Pues que tengo una —dice.

—Y os falta un barco también, ¿no es verdad?

—Barco no tengo. —Lo deja ahí—. Barco no, pero sirena sí.

—Menudo negocio habéis hecho.

El señor Hancock alza los hombros con gesto de indiferencia:

—Eso tendréis que decidirlo vos, y os costará un chelín. Arriba la tenéis, lista para que subáis a verla.

—¡Vaya! Fijaos en esto, caballeros: aquí tenemos a todo un hombre del espectáculo que no hace concesiones ni a los amigos de toda la vida. ¿Acaso ahora vais a montar un circo, Hancock? ¿Ya os habéis aburrido del comercio justo?

Les ríe la gracia, pero nota un sudor frío en la palma de la mano y acidez en el estómago. A la puerta de la pieza en la que está la sirena, Sukie lo amonesta:

—Esos hombres lo que tienen es envidia.

Y el señor Hancock se vuelve hacia ella, lleno de agradecimiento.

—¿Te parece?

—¡Pues claro! Pensad en cómo van a sentirse cuando llegue el próximo cargamento que esperan y traiga la misma y triste tapioca de siempre. Mientras que a Jonah Hancock le ha sonreído la Divina Providencia con una sirena. —Voltea los faldones llena de júbilo—. Tengo razón, y lo sé.

No hay nadie más que ellos dos a la puerta de la sala. Solo está Daniel, el chico que el señor Murray ha puesto allí para cobrar la entrada, que ocupa su puesto, despatarrado, y se escarba los dientes con una navajita. Cuando entran, casi ni los mira. E igual de desierta está la pieza en la que se exhibe la sirena. Sukie abre la puerta de par en par y recorre la estancia con un sonoro repiqueteo de pasos sobre la tarima.

—Bueno, pues la muchedumbre todavía no llega —dice—. Así que, ¿qué hacemos ahora?

Llevan una hora sentados a la entrada y no ha acudido nadie. El chico, Daniel, enrolla la chaqueta para que le sirva de almohada y da una cabezadita. El señor Hancock empieza a morderse las uñas, pero tira de un padrastro y se hace sangre. Le duele cada vez más. Sukie se sienta en el borde del asiento y lee el libro, aunque de vez en cuando se levanta, lanza un suspiro y entra en la salita para mirar de nuevo a la sirena.

—¿Para qué entras tanto ahí? —le pregunta su tío, y entierra el pulgar sangrante en el pañuelo—. Si no ha cambiado nada.

—¿Y vos qué sabéis, si no habéis estado mirando?

Dan las once y oyen ruido de pasos abajo, también voces.

—Es aquí, aquí arriba —dice una voz de mujer—. Ten cuidado con las escaleras, cariño. —Y aparecen por fin una madre bien vestida y su nodriza, cada una con un niño pequeño de la mano. Los niños, y uno de ellos es casi un bebé, sin nada de pelo debajo del gorro, suben dando pasitos con cuidado, uno a uno; no paran de resoplar y sacan la lengua, como si les costara horrores poner juntos los pies en cada nuevo escalón antes de atacar el siguiente.

—Son nuestros primeros clientes —susurra Sukie, y une las manos.

Ella y el señor Hancock observan en silencio y sonrientes el lento y precario ascenso de los niños.

—¿Han venido a ver a la sirena? —pregunta el chico de Murray, poniéndose derecho.

—¡Vaya que sí! —Las mujeres zangolotean las manos de los niños para transmitirles entusiasmo—. ¡Una sirena, Harry! ¡Cassy! ¿Qué os parece? —Las dos le sonrían complacidas al señor Hancock—. No hablan de otra cosa, ¿sabéis? Estamos todos emocionados. ¿A que sí, pequeñines?

Los niños se lo quedan mirando, aturdidos.

—Qué delicia de niños —dice el señor Hancock—. Es un espectáculo muy agradable de ver. —Y no puede evitar la coda—: Os lo digo yo, que soy el dueño.

—¡Vos sois el dueño! —La mamá está emocionada—. ¿Y fuisteis vos mismo el que la capturó? ¿Llegasteis a verla viva?

—Murió al poco de que la sacaran del agua —dice él—. La criatura.

—¡Bien! Pues tenemos muchas ganas de verla. ¿Entramos ya, nenitos míos? ¿Entramos a echarle un vistazo a la sirena? ¡Os encantará, ya veréis!

Las mujeres dejan las monedas en la bandeja, llevan a los niños de la mano hasta el interior de la sala y cierran la puerta.

Reina primero el silencio. Luego una de las mujeres lanza una exclamación que se diría interrogante. Después, un aullido a pleno pulmón. Los berridos de los niños reverberan contra las paredes huecas y salen todos en tropel: las mujeres apretujan en sus brazos a los niños, rojos a más no poder, inconsolables.

—¡Sois un monstruo! —grita la madre. Las lágrimas del bebé que lleva en brazos estallan contra el suelo de madera y tiene el labio de arriba lleno de mocos.

—¡Mira que asustar así a estas inocentes criaturas! —lo reprende la nodriza, y bajan las escaleras mucho más rápido de lo que las subieron. Los niños no paran de llorar y las mujeres van soltando exclamaciones de asco y disgusto a los cuatro vientos—: Pero ¡qué sabandija más horripilante! ¡Ya nos ha dado el día!

El señor Hancock hace amago de seguirlas y las llama:

—Señoras, ¿cómo puedo disculparme? ¿No quieren que lo arreglemos y les devolvamos el dinero?

Pero van ya con la barbilla alta y hacen como que no lo oyen. Y en cuanto salen a la calle, escucha cómo le cuentan a todo el mundo con agudas voces el relato del horror que acaban de presenciar.

—¡A los pobres niños les ha metido el susto en el cuerpo! Era una cosa feísima, que daba miedo, y una vergüenza.

El señor Hancock vuelve escaleras arriba y ve que Sukie está de pie y se lleva la mano a la boca, presa del pánico. Ocupa la silla en la que estaba sentado antes, se quita la peluca y se pasa las manos por el espinoso cráneo.

—¡Ay, mi niña! —dice entre dientes, y se tapa la cara con las manos—. Esto ni siquiera ha empezado y ya estamos acabados.

Ella se deja caer en la silla de al lado, entrelaza los dedos encima del regazo y allí se quedan los dos, con expresión sombría.

—A lo mejor no nos va tan mal —se atreve a decir Sukie—. Solo han

sido dos personas.

—Pero han salido a contárselo a toda la ciudad. ¡Maldito sea ese Jones! Esa manía que tiene por todo lo frívolo nos va a llevar a la ruina. Y yo soy peor que él, porque le he hecho caso.

Ella no dice nada más, aunque la azora ver a su tío así de desesperado ante la fría mirada del chico del señor Murray, que, de manera provocadora, zarandea la bandeja, vacía salvo por dos chelines.

## OCHO

Enseguida el señor Hancock recompone su figura. Porque, por muy catastrófico que sea el hecho de perder las ganancias de un año, y el que su reputación haya perdido gran parte de la seriedad que lo acompañaba, ¿acaso no es verdad que, aun llevada tan lejos tamaña locura, los hay que pierden lo que él ha perdido de forma mucho más traumática? Para empezar: ningún barco ha resultado hundido y no hay vidas que lamentar. Y si bien es cierto que su orgullo ya no es lo que era, no hay que olvidar que el orgullo es pecado.

Pero la pobre Sukie, que contempla ahora la vergüenza de su tío con ojos calmos, infantiles, es la que peor parada ha salido con todo esto: aunque ella todavía no lo sabe, la dote que tenía preparada para su sobrina pequeña es lo que le corroe el alma al señor Hancock. Porque ha visto a más de un joven de ardorosos ojos perder de golpe toda fuerza por culpa de una lista de cifras, y se le llena entonces la cabeza de imágenes terribles: la presentación de Sukie en sociedad, los cambios que experimenta su semblante del rubor emocionado a la vergüenza cuando ve que los galanes la miran pero no se acercan, y que las otras jóvenes damiselas no paran de cuchichear al abrigo de los abanicos; Sukie, más mayor y más delgada, sentada a la ventana del salón, a la espera de un amante que no ha cumplido su palabra; Sukie, de nuevo, sola en el lecho marital, escenario de sonoras discusiones, rodeada de manchas de humedad que van devorando las paredes, de niños que lloran de hambre, mientras el marido ahoga sus penas en alcohol. Ay, Sukie, querida, ¡hasta qué honduras no te ha de hundir esta locura de tu tío!

—A ver si así aprendemos —dice, armado de valor—. Te invito a una

empanada de conejo para cenar. ¿Qué te parece?

—No, pero todavía no nos vamos —lo recrimina Sukie—. ¿No vais a dejar que un pequeño traspíes os aparte de vuestro recto camino?

—Yo...

—¡Hay que recuperar ese barco! —lo interrumpe—. Y con esta criatura que la gente pagará dinero por ver... Habría que estar loco para rendirse ahora.

—Pero si nadie quiere verla —dice él con un poso de tristeza.

Los interrumpen varias voces en la planta de abajo:

—¿Se sube por aquí para ver a la sirena?

—Dios santo. —El señor Hancock cierra los ojos preparándose para lo peor—. No puedo pasar por esto otra vez.

Hace amago de irse, pero Sukie lo retiene y vuelve a sentarse.

—¿Adónde queréis ir? —pregunta ella—. ¿Os vais a meter detrás de las cortinas hasta que salgan? Quedaos aquí conmigo, señor, a ver cómo evoluciona todo. Aunque sea solo un rato —añade con más delicadeza—. Hay que intentarlo.

Suben dos oficinistas jóvenes bien acicalados, llenos de entusiasmo. El señor Hancock mira horrorizado cómo pagan y entran en la sala en la que aguarda la criatura. Pero no llega grito alguno de dentro. Sucede un pequeño silencio y luego, cuando aguza el oído, siente la risa, indicio —¿será verdad? — de que se lo están pasando en grande. Los hombres salen tan tranquilos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Jamás vi nada semejante! Y es real, ¿no?

—Como la vida misma —dice el señor Hancock.

—¡Es algo extraordinario! No hay ni por dónde cogerlo. —El joven empleado de rostro rubicundo le da la mano—. ¡Sois un hombre afortunado! Es la cosa más extraña que hay ahora mismo en la ciudad, estoy seguro.

—Gracias —dice con voz queda. Pero luego toma confianza y añade—: Haced el favor de contarlo por ahí, que se enteren vuestros amigos.

—¡No voy a hablar de otra cosa! Y pensar que he sido el primero en verlo. —Salen los dos, sin creérselo todavía ni dejar de hablar, entusiasmados.

Y al rato llega la estampida: viejas doncellas y caballeros ricos,

vendedores de empanadas y vendedoras de flores, funcionarios y turistas. Un estruendo de botas sube y baja por las escaleras; un torrente de voces llena el aire de una emoción desbordante. Exigen ver a la criatura que arrancó lágrimas a los niños, la que hizo que la madre se cayera tiesa de espaldas, la misma que provocó tal ataque a un jesuita que (eso dicen) todavía no se ha recuperado del síncope. Por la tarde se sucede el tráfico de literas que traen a gente fina: caballeros con sus damas; una mujer mayor y obesa sube aupada por su ejército de hijas, todas vestidas de blanco, pues se muere de ganas de ver a la criatura. Y a última hora llegan de la mano los enamorados: las chicas no paran de gritar y los chicos alardean de la ciencia que atesoran. Tienen que hacer cola en la calle, y el señor Murray reparte entre ellos fichas de hueso y les dice que prueben sus viandas en la planta baja: así consigue soliviantar a los parroquianos de siempre e intrigar a sus esposas, que han venido a ver la exposición y de paso a comprobar si lo que sospechaban sobre el antro en el que pasan el tiempo libre sus maridos era cierto.

Bien entrada la tarde, la pequeña sala sigue atestada de gente. Es tal la concurrencia que se pisan unos a otros y arrastran los pies alrededor de la sirena, entre gritos y ojos que se salen de las órbitas al sentir el impacto de su mirada de trago. Llega otro dibujante, con bloc y lápices, y se pone a hacer una serie de estudios para imprimirlos luego a toda velocidad. Casi detrás de él, llega otro en nombre de una sociedad científica; cuyos miembros, por cierto, envían un afectuoso saludo al señor Hancock y esperan tenga a bien impartir un ciclo de conferencias sobre su extraordinaria criatura. Acuden vendedoras ambulantes: primero una, luego todas en bandada, y circulan las naranjas, las empanadas calientes, escaleras arriba y abajo. Y aunque la caja se va llenando a velocidad de vértigo, Sukie no deja que la toque nadie salvo ella, mientras fulmina con la mirada al señorito Daniel Murray y arrambla con las ganancias del señor Hancock, que deposita en una caja de caudales.

El señor Murray garabatea sobre la marcha entradas para días futuros y pregunta:

—¿Y no podíais haber encargado más sirenas? Porque con esta no damos abasto para tanta gente.

Acaba el día, y al armador y a su sobrina les duelen los pies, de tanto ir de aquí para allá, y las mejillas de tanta sonrisa. Casi no se creen el giro que ha

dado su suerte: esa misma mañana les parece muy lejana, de lo poco que tiene que ver con su situación actual. Son las diez de la noche y la cola no mengua.

—¿Qué hacemos? —pregunta Sukie—. ¿Les decimos que regresen mañana?

—Casi que no me atrevo —dice el señor Murray, cuya mirada revela ahora cierto poso de admiración—. Porque seguro que montan una trifulca. Yo dejaría que entraran esta noche todos los que están en la fila. —Piensa en su veinte por ciento y se le pasa en el acto todo asomo de cansancio—. Vos id a casa si os place, la chica está que se cae de sueño.

El señor Hancock se lo pregunta él mismo a Sukie:

—¿Tú te quieres ir a casa?

Sukie se está frotando los ojos:

—Pues no me importaría. Pero dejadme contar antes las ganancias.

Esto provoca en él un ataque de pánico: está claro que la chica se encuentra ya al tanto de sus finanzas, y si le cuenta a la madre aquel despropósito... Pero es que la madre se va a enterar de todas formas, y el señor Hancock se resigna a ello con un escalofrío. Eso si no se ha enterado ya. Decide que, puesto que Sukie ya está implicada, mucho mal no le hará a la niña seguir al tanto, así que la ayuda a llevar la caja de caudales al despacho del señor Murray en la planta baja. Se ha pasado la pobre todo el día llevando un registro por escrito de cada chelín y cada penique que han ingresado, cada cosa en su columna correspondiente en una gran hoja de papel: y ahora se pone a casar monedas y cifras.

—Tendréis que abrir un libro mayor solo para la sirena —le dice a su tío—. Con las entradas y salidas diarias. Y otro aparte en el que conste cada moneda que os dan. Y además tendréis que abrir otro para llevar un registro de las incidencias y la correspondencia, y un fichero para guardar todo lo que se escriba de ella. Y, en fin, un libro más grande todavía para pasar allí una copia de todos los otros libros.

—Esto no se te acaba de ocurrir. Tú has pensado lo tuyo —dice él, impresionado.

—Es sentido común. —Va haciendo torres de inseguros cimientos con monedas de cuarto de penique, todas dentadas, y no levanta la vista para ver a

su tío.

—Eres una chica muy apañada. Algún día serás toda una mujer de tu casa, y no tendrás precio.

—Puede que sí. —La secreta ambición de Sukie es casarse con un caballero de amplia fortuna y escasa salud. Alguien que, después de darle varios hijos, muera pronto y la deje en paz. Dado el caso, a nadie le extrañaría que ella tomara las riendas del negocio y lo hiciera más próspero todavía—. Mirad —dice con el ceño arrugado—. Ahora vos tendréis que hacer otra vez la cuenta, porque me habéis distraído y no me sale la misma cifra.

El señor Hancock acerca a su lado de la mesa una brazada de monedas y empieza a contar de cero. Mientras tanto, ella se levanta y da unos pasos por la sala, con las manos a la espalda. Le aprieta el corsé que le ha cogido prestado a Rebbie, y siente raro el talle. Hay un tintineo de monedas y un bisbiseo en los labios de su tío, quien por fin se echa hacia atrás en el asiento.

—¿Y bien? —pregunta ella.

—¿A cuánto asciende según tú? —Parece impactado.

—Treinta y ocho libras, cuatro chelines y seis peniques.

—Pues eso es lo que hay. O al menos, eso me sale a mí: la recaudación del día. —La chica da un pequeño chillido y él se levanta para abrazarla—. Mi querida sobrina, ¡puede que al final hasta salgamos ganando! ¡Menuda aventura!

A ella le falta poco para ponerse a dar saltos.

—¡Más de lo que pudo suponer vuestro capitán de barco!

—Si seguimos a este ritmo seremos... —¿Seremos qué? Ni se imagina lo que serán—. No. Es mejor verlo como un día entre un millón.

—Y retirarnos dando gracias mientras la suerte todavía nos sonrío —apunta ella, y suelta un bostezo.

—Ajá, ahí te sale otra vez ese sentido común que tienes.

*Aunque estemos lejos, nos tienen siempre en mente. Ellos creen que nos ven hasta cuando no nos ven, y poblamos las historias que no paran de contarse unos a otros.*

*Hay historias de hombres que caminan por la orilla del mar, oyen dulces*

voces en la lejanía, ven que algo blanco, de líneas suaves, les da la espalda y, haciendo caso omiso de los nubarrones, del batir del viento, olvidan las manos de sus hijos, el crujido de la aguja en la labor de sus mujeres: y lo dejan todo por un rostro entrevisto detrás de una madeja de pelo verduzco zarandeada por los vendavales. A veces se tiran al agua y sus camisas flotan alrededor de sus cuerpos; otras veces atraviesan con paso torpe los bajíos, resbalan en las rocas pulidas por las algas y sienten un cosquilleo en las corvas. Y a veces nunca vuelven.

Los que vuelven, ¿cómo van a explicarlo? ¿Qué pueden decir?: ¿que rozaron un cuerpo de un tamaño indescriptible?, ¿que oyeron en la voz de aquel ser que los visitaba un amoroso canto, prístino como las nieves perpetuas, de una perfección tan incognoscible que darían lo más precioso que tuvieran por seguir escuchándolo? Estas hembras, llegadas del otro lado del espejo en el que se mira el mundo, se entregan sin pudor a la concupiscencia. No esperan con recato a ser llamadas sino que, ebrias de su propia belleza, los llaman ellas: «Te deseo, te deseo, ven a mí».

Hay historias de hombres valerosos que apartan la mirada y clavan los pies sobre la orilla, por mucho que les piten los oídos y dé golpes, desbocado, el corazón contra su pecho. ¿Y qué más hay? Hay historias de sirenas desdeñadas que queman iglesias, enmudecen a los hombres, se encargan de que las mujeres ya no tengan descendencia. Son hembras vengativas, crueles, irascibles.

Hay historias de hombres que son todavía más valientes y que, sin ser notados, se acercan a la dama, distraída por el viento y las mareas, ocupada en alzar sus plateados brazos para retorcerse la melena empapada: de tal manera que no siente su asedio hasta que están encima. Hay historias de sirenas que, una vez sumisas, resultan ser buenas esposas recatadas, y buenas madres también, a la altura de cualquiera. Solo que con un sentido del humor muy suyo, pues se ríen a carcajadas de cosas como el celo que guarda un hombre en acumular una moneda detrás de otra; o de la cántara de leche que se agrió con la tormenta, como si tuviera gracia eso. Y por supuesto, al igual que con toda mujer maridada con el mar, hay que estar muy encima de ellas: porque se pondrán nerviosas e irán de un lado para otro como si oyeran todavía la espantosa llamada del agua; y acudirán a la

*orilla y allí se quedarán, con la cara empapada de lágrimas, mientras la espuma marina corretea entre sus recién estrenados tobillos. Cuando nadie las vea, buscarán el retal de piel de escamas que se desprendió de ellas cuando las sacaron del agua. Y si tienen la ocasión de volver al mar, no dudarán en cortar con sus responsabilidades de madre y con los votos maritales: desaparecerán para siempre a lomos de una ola, sin dolerles todo lo que dejan en tierra. Pues las sirenas son, de entre todas las criaturas, las más desagradecidas, y tienen de amor vacíos los corazones.*

## NUEVE

La cosa dura ya diez días. El señor Hancock desatiende los asuntos de su despacho y hace vida en el café, maravillado al ver la gran masa de gente que se congrega allí. Llegan los primeros poco después del alba, y el reguero de entrada a la sala no cesa ni siquiera cuando dan las doce del mediodía en la iglesia de San Edmundo: si no echaran la llave por la noche, estaría entrando gente de sol a sol. Un grupo de católicos acude con la intención de rezar por la criatura y exorcizarle los demonios; mas, por mucho que rezonguen, a la sirena no se le mueve una aleta. Hay estudiantes que han venido de Oxford y ya están borrachos, y la sacan de la campana de cristal para mantener un combate de lucha libre. A partir de ese momento, no le falta la cachiporra en la mano al señor Murray.

Aparece un hombre de la Royal Society que ha venido a echarle un vistazo a la sirena: no dice que lo haya impresionado, pero su cara no miente.

—¡Anda! —exclama triunfal tras varias horas de frenético escrutinio—. Pero ¡si le han puesto unas grapas! Y aquí se aprecia bien que está montada en un armazón de alambre.

—¿A ver de qué otro modo iba a conservarse la criatura? —se pregunta el señor Murray perdiendo un poco los nervios—. Es de carne y hueso, al fin y al cabo; y su cuerpo, tan corruptible como el de cualquiera de las muchas criaturas de Dios que se arrastran por la tierra. Y demos gracias de que la han disecado con sumo cuidado, porque mantiene su aspecto original. Si fuera un simple maniquí, pues no haría falta haber intervenido: ¿o no os parece suficiente testimonio de su autenticidad el que haya dado muestras de descomposición? ¿Acaso no aceptasteis vos un canguro, y eso que os trajeron

la piel curtida y poco más?

—Pero a aquel espécimen se lo vio vivo —insiste el hombre de la Royal Society.

—Y a este seguro que también. No hay población pesquera en Inglaterra que no haya avistado una sirena en algún momento de su historia.

—Fue el mismísimo capitán Cook el que vio el canguro, y la suya es palabra de caballero que no admite discusión alguna.

—Bah, las palabras se las lleva el viento. Y hay caballeros que mienten y granujas que dicen la verdad.

—¡Hubo muchos testigos oculares! —El caballero pone cara de pánico al notar que le faltan argumentos.

—Y todos iban en el mismo barco, qué casualidad —reflexiona en alto el señor Murray—. O sea, que no hubo entre todos ellos ni uno solo que lo viera por su cuenta.

—Señor, ¿cómo iba a haberlo, si nadie había ido allí antes?

—Y eso les vino de perlas. Mirad, señor, no me convence gran cosa que aceptéis la existencia del canguro con tan magras pruebas: algo que no habían visto nunca antes y de lo que no tenían noticia. Y en cambio no la aceptéis de las sirenas, de las cuales, ¿cuántos relatos habréis oído y cuántos marineros han jurado haberlas visto? Hay en los anales —y da unos manotazos en el aire para indicar el amplio vuelo de la historia— centurias de pruebas que dan cuenta de la existencia de las sirenas. Eso sí, ni una sola de qué criaturas puede o no haber en las llanuras de una extensión de tierra dejada de la mano de Dios y que lleva, no hace falta que os lo recuerde, nada menos que el apellido de *Incognita*.

El experto duda un instante.

—Pero ¡miradla bien! —lo apura Murray—. Y decidme si cabe dentro de lo posible que algo así sea nada menos que inventado. —Le da unos golpecitos en el hombro—. Sabed a ciencia cierta que es de verdad, señor.

El experto se marcha mientras murmura maravillas sobre la precisión de la aleta dorsal: dice que es imposible montar en taller alguno una columna vertebral tan compacta como esa; que no hay hombre sobre la tierra capaz de idear una criatura que excede con creces su inventiva... Ya lo han pillado en renuncio antes, cuando afirmó que las crías de león vienen al mundo como

las setas pedo de lobo, y no quiere ser víctima de más escarnio.

Cada día, la recaudación llega a las veinte libras o más. El señor Hancock se siente zarandeado por los acontecimientos, presa de un extraño entusiasmo: las cosas ocurren sin que él pueda hacer nada para evitarlo, y se entrega agradecido a los brazos de la Divina Providencia. Le faltan recursos para llevar la situación a buen puerto con astucia, y por eso se repite a sí mismo, no sin cierto alivio: «Lo que tengo delante es terreno desconocido».

A los once días, en la planta de abajo del café La Piña lo aborda una chica mulata, alta y hermosa, de unos diecisiete años, que le sonrío y le pregunta:

—¿Sois vos el hombre de la sirena?

—Yo... Pues sí, supongo que me podéis llamar así —dice él.

—¿El dueño de esa criatura que acabamos de ver ahí arriba?

—Eso es.

No le sorprende el color de su piel, porque ha visto seres más exóticos merodear por el edificio de la Bolsa, solo se pregunta de dónde será. A lo mejor es la niña de los ojos de un liberto que tiene negocios en Londres y está casado con una mujer de Kent, o la hija bastarda que atesora un caballero rico. Llama la atención lo refinada que es, o sea que no estará entre los pobres diablos liberados del yugo de la esclavitud tras finalizar la guerra de Independencia de los Estados Unidos; los mismos que pasaron de penar en una cabaña virginiana a morir de hambre en una buhardilla de la gloriosa Inglaterra. Porque si aquella criatura llevó grilletes alguna vez, no le ha quedado ni un vestigio en su exquisita persona: lleva un vestido blanco muy elegante (¡y qué manía esa de las jóvenes de ponerse vestidos lisos! Según él, el mejor marco para una cara bonita es un bonito conjunto, ¿a qué viene entonces vestir como una lechera?), y luce ese aspecto radiante de quien come bien y descansa lo suficiente. Tiene todos los dientes, y bien blancos, laca en el pelo rizado, y su mirada es afectuosa e inteligente. No hay timidez en sus ojos cuando los fija en él, como si no albergara ninguna duda de que es digna interlocutora suya.

—Me llamo Polly —dice, y le tiende la mano con la misma confianza que se gastaría una duquesa—. Señorita Polly Campbell. Tengo encargo de llevaros conmigo, si os place acompañarme. —Inclina la cabeza hacia un rincón de la sala, allí donde el señor Hancock se percata ahora de la presencia

de una mujer mayor, aquejada de gota, y su séquito de jovencitas vestidas de muselina blanca, que matan el tiempo bebiendo café a sorbitos y tuercen el gesto cada vez que se llevan la loza a la boca. Destacan entre tanto anciano de peluca polvorienta y mirada de soslayo, mezcla de irritación y curiosidad; entre los dependientes, que se las comen con los ojos, y las damas casaderas, acompañadas de su carabina, que no dejan de mirarlas mientras fruncen con disgusto la boquita—. No quisiéramos molestaros —dice la señorita Polly Campbell—, pero es que a mi señora le gustaría hablar con vos de cierto asunto.

—Tengo un hueco ahora —dice él, y duda de que su vida pueda ser objeto de interés para cualquier desconocido.

—Buenas tardes os sean dadas —dice la vieja cuando llegan a su altura. Vestida de seda verde de pies a cabeza, irradia fríos destellos ambarinos y resopla con cada golpe de aliento, lo que tensa la tela sobre el busto generoso. La tupida peluca que lleva está empapada en laca; no puede decirse que tenga cuello, solo que en el espacio carnosos que ocupara antes esa parte de su anatomía brilla ahora una cruz incrustada de piedras preciosas. Tiende la mano, enguantada en un mitón de punto verde del que emergen los dedos, dotados de una rara delicadeza: sonrosados, regordetes, acabados en punta, como los de un pequeño roedor. Puede que alguna vez fuera hermosa—. Haced el favor de sentaros —pide.

Y él se sienta, en silencio, observado de lejos por la mirada plomiza de sus viejos camaradas de tertulia.

—¿Sabéis quién soy yo? —pregunta ella.

—No —dice él, pero aunque nunca antes ha visto esa cara, sí que ha visto la de otras como ella, y no le cuesta imaginarse lo que es.

—Bet Chappell, así me llamo. Llevo un..., bueno, podría decirse que dirijo un club de lo más selecto. —Pasa un dedo por los bordados del mantel y deja en el aire el repiqueteo de los anillos de esa mano—. Por la zona de St. James. —Observa con cuidado su reacción—. En King's Place.

—¿En el palacio?

—Estamos tan cerca, que colgamos en la misma verja la cuerda de la ropa. —Se ríe ella sola la gracia con un pequeño jadeo—. Antes de este negocio llevé muchos años un café, aunque he de admitir que no se parecía

en nada a este. O sea, que lo mío es entretener a la gente. —Las chicas asienten y juntan las manos sobre el regazo—. Por eso mismo, señor Hancock, tengo una propuesta que haceros. Porque esa sirena vuestra es una auténtica maravilla, algo extraordinario. A nosotras nos ha encantado. ¿A que sí, chicas?

—Ay, sí —dicen—. No vimos nunca nada igual, pero nunca.

—Ahora bien —dice la vieja, y levanta una mano—: requiere que la exhiban con todo lujo de acompañamiento. Y veo que, en ese sentido, no os habéis devanado mucho los sesos.

Él se defiende diciendo que casi se exhibe sola, que su rareza habla por sí misma. Pero en el fondo reconoce que no le gusta ver así a su descubrimiento: en una sala vacía a la que se accede por una escalera carente de todo adorno. Y es que, si una mujer bonita está pidiendo a gritos un vestido bonito, ¿cómo no buscarle a una criatura maravillosa un entorno a su altura?

—Mirad —dice ella—, yo veo cuál es su estrategia, si me permitís llamarlo así. La exhibís en un sitio como este para que a vuestra sirena la vea el mayor número de gente posible. Todo el mundo paga su entrada y vos os hacéis rico. Quizá.

Queda en el aire lo que va a decir a continuación, y él lo aguarda como el que espera los dictámenes de alguien dotado de autoridad, pues la mujer se parece en eso a su hermana Hester: tiene tan buena cabeza como cualquier hombre. Eso sí, mientras que Hester no cuenta con los posibles de un hombre, salta a la vista que la señora Chappell sí. No hace falta más que oírla hablar.

—Lo que a vos se os escapa en un sitio como este, señor Hancock, es el tipo de gente que pueda venir a verla. Porque, a lo que veo, os conformáis con este público. Confiáis en que el boca a boca y las ansias de novedad sean suficientes. Pero ¿cuánto creéis que durará eso?

El señor Hancock vuelve a oír en su cabeza las palabras del capitán Jones: «Cuatro mil al año..., eso tirando por lo bajo». ¿Y qué esperaba él? ¿Que esta fama duraría para siempre? Porque si no alberga tamañas esperanzas para el té que traía de importación, ¿por qué con esto sí?

—Está claro que si quiero que esto siga en boca de la gente he de hacer

algo, porque la novedad por sí sola no durará mucho tiempo —dice con voz queda.

—¡Ahí habéis dado en el clavo! Y yo creo que la solución no está en atraer a las masas, sino a un público de más calidad. Os seré sincera, señor: lo que quiero es alquilaros la sirena.

—Ah. —Él ya sabe que dirá que sí.

—Está bien deleitar a las masas —sigue diciendo la señora Chappell—, pero ¿qué necesidad hay de ir tras ella para ganarse sus afectos? No digo ya conservarlos por mucho tiempo. Lo que se os abre es un campo de mucha más influencia, si tiene a bien hollarlo: porque yo llevaré vuestra sirena no ya a los muchos, sino a los grandes.

Él se da cuenta de que no ha improvisado ese discurso allí mismo, sino que lleva dándole vueltas en la cabeza un tiempo. Es decir, que no es ningún capricho: desde el primer día que la vio, no ha parado de pensarlo.

—Y vos, ¿qué saldréis ganando? —pregunta el señor Hancock.

La vieja sonríe.

—En el campo en el que yo me muevo hay una competencia feroz. La novedad es siempre necesaria, y nadie más tiene una sirena.

Eso lo tranquiliza.

—¿Y qué me proponéis?

La mujer aprieta los dedos con firmeza, lo que arranca otro repiqueteo de los anillos, y se los lleva a los labios como si meditara sesudamente la propuesta.

—Una semana de festejos: veladas en torno a ella, la posibilidad de verla en exclusiva... En fin, algo que ni os imagináis. Vendrán, como es lógico, todos los grandes hombres; puede que también miembros de la realeza. Las fiestas que yo doy suelen aparecer en todas las revistas. —Habla con fingida indiferencia, pero le brillan los ojillos entre los pliegues de los párpados—. La noche de la apertura prepararemos una actuación especial a cargo de mis chicas, y yo misma diseñaré el vestuario, aunque estoy todavía por ultimar los detalles.

—Y qué vais a hacer, ¿cobrar entrada?

La mujer le da un manotazo a la chica más joven, que se ha atrevido a rascarse la nuca, y dice:

—No, no, nada de eso. No voy a exhibirla, lo que haré será compartirla con amigos. Llevaré un registro muy estricto de invitados, pero nada de vender entradas.

Se queda estupefacto:

—Pero yo...

—Claro, claro. —Entrelaza con gesto impaciente las manos de ratita—. Vos no vais a cedérmela por nada, como es lógico. Yo os la alquilo.

¿Y ahora qué? ¿Cómo va a saber si la cantidad que ella le ofrece es justa? En el trabajo de cada día, el señor Hancock tiene olfato para los negocios: le salieron los dientes entre las mercancías, y tiene grabado en el cerebro el precio al que hay que venderlas. ¿Acaso no cabe suponer que cuando su madre estaba embarazada de él y su padre se acostaba a su lado en la cama, le hablaría de porcelanas e inversiones, vientos favorables y pingües beneficios?

De sirenas nunca hablaba.

—Doscientas libras —dice ella—. Una semana. Y empezamos cuando vos gustéis, aunque me hará falta algo de tiempo para prepararlo todo.

Silencio.

—Tengo una pregunta —dice él.

—Faltaría más —se ofrece ella, y le enseña los dientes amarillos, como de marfil añoso, que están pidiendo a gritos unos frotos con zumo de limón—. Vos preguntad.

—Dado que a uno le sale a cuenta no andarse con rodeos en estas cosas... —dice, y tamborilea con los dedos en la mesa—. Vos sois una alcahueta.

—Sí —dice ella sin pestañear ni mirar para otro lado.

Las chicas no mueven ni un solo músculo.

—Y lleváis, como se suele decir, una casa de mala reputación.

—Nadie llama así a mi casa. Tengo una reputación muy buena.

Él piensa rápidamente. Está tan lejos del que era quince días antes...

—¿Era esa la pregunta? —inquire la madama.

—No. Yo quería preguntaros otra cosa. —Entrecierra los ojos. Ha oído lo taimados que pueden ser los elfos y las brujas, y algo le dice que esta mujer, aunque no le quepa duda de que es de este mundo, pues en qué otro la iban a admitir, parece que tuviera poderes sobrenaturales para convencer a los hombres de que acepten a ciegas sus tratos—. Cuando se os acabe la semana,

¿la sirena seguirá siendo mía, o tendréis algún derecho sobre ella?

—Ningún derecho para mí y doscientas libras para vos.

Dado que no hay nadie más en Londres que le pueda agenciar una sirena, no vacila al decirlo:

—Trescientas.

No se sabe muy bien si ella bufa por la sorpresa o es un espasmo que le sale así de los malhadados pulmones. Se lleva el pañuelo a la boca y se le amoratan los labios.

—Trescientas libras —dice al fin—. Voy de acuerdo con esa cifra.

—Ah, me temo que no —remata él con cara de pena—. Yo solo trabajo en guineas.

Lo taladra con la mirada, y luego él ve que en su cara se va dibujando una irónica sonrisa:

—Qué bien nos entendemos, vos y yo. Estamos cortados por el mismo patrón.

«Pues creedme si os digo que no pienso lo mismo», dice para sí el señor Hancock. «Fuisteis vos la que quiso jugar a estas cartas. Yo solo sigo el destino que marcan los hados». Sonríe y le da la mano a la mujer afectuosamente.

## DIEZ

Después de ir con las chicas de paseo por el parque («Es saludable y les sirve de aprendizaje, y si además vale para anunciar nuestros servicios, pues mejor que mejor»), la señora Chappell ha adquirido últimamente el hábito de pasarse por casa de Angelica para vigilarla de cerca y ver que toma las decisiones convenientes.

—No es ninguna molestia —dice mientras las chicas la ayudan a sentarse—. Si prácticamente nos pilla de camino a casa.

—Con tal de que ese «prácticamente» no quiera decir que las pilla «muy a trasmano» —replica Angelica, que está mohína porque la han sacado de la cama.

No hace ni cinco horas que la trajeron a casa desde el Panteón, le duelen los pies de lo mucho que ha bailado y tiene ronquera de tanto reír. Está repantigada en el sofá, ataviada con la bata turca, y ahoga el fastidio intentando concentrarse en la página de «Tête-à-Tête» de la *Town and Country Magazine*. Hay una chocolatera de porcelana encima de la mesa, con el encendedor prendido para que no se enfríe, y el tocador está lleno de jarrones de tulipanes y peonías: las densas fragancias de ambas flores, arcillosa una, etérea la otra, sirven para ocultar a duras penas el olor a pis que sale de una jaula dorada llena de ratones blancos como la nieve. Duermen todos apelotonados: en la masa que forman se adivinan los ojillos cerrados, cual pepitas de frambuesa, entre el eco de espasmos y chillidos que les provoca su sueño de ratones. El sol vuelve a lucir un día más. El vuelo de las palomas en la calle se refleja en las paredes con un parpadeo, y la ventana abierta deja entrar el murmullo de la brisa cuando pasa entre los árboles de

Soho Square.

Angelica, pálida y arrugada, lo vive como un asalto a su intimidad: hay demasiada luz y las chicas están demasiado animadas.

—¿Cómo queréis que tenga éxito en la vida si no me dejáis dormir las horas que necesito? —Aguza la vista, concentrada en las páginas que lee—. Anda, aquí está nuestra Bel, mirad —dice mientras alisa el papel con la imagen borrosa de los retratos de la señora Fortescue y su amante aristocrático—. Como para olvidarnos ni un minuto de ella, no lo quiera Dios. Le choca a una, ¿verdad?, que la prensa ponga el grito en el cielo por lo que considera un escándalo pero le siga dedicando páginas enteras.

—Esa mujer sí que se ha situado bien en la vida —dice la señora Chappell, y lo acompaña con un gesto afirmativo de la cabeza.

—Y yo haré lo mismo —replica Angelica marcando cada palabra.

El perro más negro de los que traen, gordo y peludo, que no había dado un ruido y estaba tumbado con el hocico entre las patas, se levanta de pronto y suelta un ladrido a modo de aviso.

—Mira, ¿no ves? A Fox no le gusta nada ese tono tuyo —dice la abadesa, que lo coge y se lo pone en el regazo para frotarle la cara peluda, como si lo estuviera regañando—. Con eso no quería decir nada. De hecho, tengo tarea para ti en ese frente.

Las chicas, que duermen ocho horas cada noche y no se atreven ni a oler el vino de Madeira que sirven a los clientes, cobran de repente nueva vida y susurran con un ajetreo de faldas y codazos:

—¡Decídselo ya! ¡Decídselo! ¡Decídselo!

Angelica se estira, y la luz del sol juega con las puntas traslúcidas de sus rosáceos dedos.

—¿Qué es eso que me tenéis que decir?

—Pues que me he hecho con el espectáculo más extraordinario de Londres. Y lo voy a exhibir en mi casa una semana entera. Algo raro de verdad, todo un fenómeno de la naturaleza.

—Y lo decís vos, nada menos, que os acostasteis con el conde de Chesterfield.

—Seguro que te has enterado —dice Polly—. Es una auténtica rareza, y sale en todos los periódicos.

—Ah, pues será ese cerdo que sabe sumar.

—Por lo que hace a mí, el cerdo ya puede hasta leer el pensamiento, pero no volverá a pisar mi mármol de Carrara hasta que no controle el flujo intestinal —dice la señora Chappell—. Menudo disgusto nos dio.

—Vamos, di otra cosa, a ver si lo adivinas —apunta Elinor con voz de pajarito.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —gruñe Angelica mientras se restriega los ojos con los puños ante la mirada expectante de las chicas—. Está bien, pues imagino que será alguna criatura que otra.

—¡Eso es! —No caben en sí de contento, y Kitty se mece en el asiento sin decir nada, pero sin poder ocultar su satisfacción.

—¿Por qué tenéis que hacer tanto ruido? —Angelica se da la vuelta en el diván y entierra la cara entre los cojines fríos—. ¿Por qué no os estáis quietas y me dejáis en paz?

—Pero si casi lo has adivinado ya —dice Elinor obstinada: antes de caer en aquella vida de pecado, como la hermana pequeña que era, no daba nunca su brazo a torcer, y ahora vuelve a esos hábitos de antaño con poco que la porfíen—. Piensa en un animal, una criatura mágica.

—Vale, pues un unicornio —dice Angelica entre capas y capas de satén.

—Menuda bobada —corta en seco la señora Chappell—. ¡Un unicornio! Ni que tuviera nadie que cruzar todo el planeta para ir a buscar un animal que tenemos en nuestro escudo. ¿No te da vergüenza ser tan ignorante?

—Pues lo que es yo, jamás he visto uno —dice Angelica.

—Porque las prefieren vírgenes, y virgen ya no queda nadie de aquí a Kent.

Kitty no puede mantener el secreto por más tiempo, y, como le han prohibido abrir la boca en público, le sale la exclamación como un tapón de corcho:

—¡*Tié* una sirena, señorita!

La señora Chappell blande el abanico con tanta fuerza que podría arrancarle la nariz, pero Kitty, que lleva esquivando golpes toda su corta vida, finta con destreza.

—¿Una sirena? —repite como para sí Angelica.

—¡Sí!

—¡Una sirena horripilante! —dice con un graznido Polly—. La hemos visto.

—Y no se parece en nada a cualquier idea preconcebida de una sirena que puedas tener.

—Pero porque es una cría.

—Una cría bien fea —añade Kitty, y se lleva en el acto la mano a la boca ante la mirada fulminante de la señora Chappell.

—Pues igual que tú, Kitty, y sin embargo nos aseguran que te vas a convertir en una bella mujer.

—Tiene los dientes afilados como los de un gatito.

—Es de color parduzco. Está amojamada: muerta.

—¡Muerta!

Sostienen los platillos con toda la calma, pero hay un brillo intenso en sus ojos y se les amontona en la boca lo que quieren decir: o hablan todas a la vez, o se pisan la palabra unas a otras. Les contagian esa energía a los perros, que abandonan el abrigo de las faldas y rodean el diván con sus carreras, arrancándole chasquidos metálicos a la tarima con las patas.

—Ya está bien —dice la señora Chappell—. Salta a la vista que no se os puede llevar de visita. En el futuro, os dejaré en casa para que *madame* Parmentier os meta en vereda con esas clases que os da para caminar de forma elegante.

Reina de nuevo la paz.

—Pues nunca oí semejante cosa de una sirena —dice Angelica, que de niña, en su pueblo de Portsea, sentada en el regazo de su madre, veía a los marineros henchidos de alegría cada vez que volvían a casa. La pequeña Angelica, a la que le brillaban los ojos a la luz de la lumbre, se llevaba el pulgar a la boca y, con el dedo índice, se agarraba la nariz mientras oía a los marineros cantar a voz en cuello canciones de la hermosa doncella que engatusaba a los hombres y los llevaba a la perdición.

Había una más subida de tono que el resto, pero la mujer que sostenía a Angelica en su regazo dijo:

—Esa no. —Y Angelica notó la vibración del aliento en su mejilla de niña—. Y menos en una noche como esta, con el temporal que hace. Trae mala suerte.

—Vamos, cariño —dijeron los marineros—. ¿Acaso no estamos ya en casa? ¿A qué vamos a tenerle miedo?

—Hay barcos que no han vuelto todavía. Y los habrá fondeando desde otros puertos.

Los hombres guardaron silencio, pero durante días los niños del pueblo siguieron con la tonadilla. Recorrían en tropel el muro del malecón azotado por el viento: llevaban en las manos, rojas de frío, palos y muñecas, y cantaban la canción prohibida de la sirena. Abajo, contra las rocas, la grisura del mar rompía en un sinfín de olas, y ellos alzaban la voz para hacerse oír mientras cantaban: «Y tres vueltas dio nuestro barco galán hasta que se hundió en el fondo del mar, del mar, del mar...».

Pero los recuerdos que Angelica tiene de cuando era niña son tan tenues como lo pueda ser una visión o un sueño. Le vienen retazos de ellos: relucientes fogonazos de un tiempo único que le da escalofríos, pues parecen los recuerdos de una vida vivida por otra persona.

Aun así, reconoce:

—Yo siempre he querido ver una sirena con mis propios ojos.

—Y la verás. —La señora Chappell le da unas palmaditas en el hombro—. No tiene el aspecto que una podía esperar, así de entrada. Pero precisamente por eso parece más convincente. Porque no hay que confundir la ciencia con el arte.

—¿Cómo se las ingenió para agenciarse algo así? —pregunta Angelica.

—Es de un pobre armador, uno que no ha salido en su vida de Londres —tercia Elinor—, que la está exhibiendo de la peor manera posible. Es que ni se imagina ese hombre lo que tiene.

—Bah, no te creas, Nell, en eso estás equivocada: tampoco está tan mal.

—Que no me equivoco, ¡si ni siquiera es de Londres! Es de Deptford, ahí es *na*, y está más verde que aquí la Kitty.

—Kitty es una pequeña lagarta, la muy tunanta —dice Polly—. Pero ese caballero es más manso que un corderito. Bueno, lo de caballero es por decir algo, porque acaba de aterrizar en sociedad, casi de un día para otro. Ahora tiene una fortuna que no tenía hace una semana, y que aumenta día a día.

Angelica se sienta erguida en el diván y pregunta:

—¿Y qué os proponéis hacer con él?

—Pues qué voy a hacer... Acogerlo en mi seno —dice la señora Chappell—. Es un alma cándida. —Fox, el perrillo, gira sobre sí mismo en su regazo, hasta tres veces, y ella le coge la oreja entre el índice y el pulgar—. Menuda suerte tiene ese hombre de haberme conocido.

Angelica suelta un resoplido:

—Pobre hombre, qué poco le va a durar la novedad. La semana que viene llegará otro con un niño salvaje, o con un perro que sube por una escalera de mano, y todo el mundo se olvidará de esta fruslería.

—Por eso hay que aprovechar cuando la suerte viene de cara —dice la señora Chappell—. Y pienso tenerla una semana en casa, y dar bailes y hacer veladas.

—Qué poco os pega eso. Últimamente habéis procurado pasar más desapercibida.

—Pues es hora de hacerse ver. —La señora Chappell chasca los dedos porque ha visto a Polly dar de comer de su plato a uno de los perrillos—. Regento un venerable establecimiento.

A Angelica le da la risa por dentro porque se acuerda del comentario de Bel: «La señora Chappell está perdiendo ese toque especial», y decide escarbar un poco en el asunto:

—¿Venerable? —pregunta sin arredrarse—. ¿O *démodée*? —Y mueve los labios, mirando a las chicas, para formar la palabra «moribundo», pero ahí se ha pasado: pues es una palabra relativamente compleja y se limitan a mirarla sin comprender.

—A ver esa boquita, señora mía. —La abadesa hincha la pechuga sin moverse del asiento—. Que una lleva treinta años gestionando una institución de renombre, por muchas caras que pongas tú, y según están las cosas, eso que has dicho solo puede buscarte problemas. —La señora Chappell guarda de nuevo la compostura y se lleva las manos entrelazadas al pecho—. Conozco bien este negocio, y estar atento a las novedades le viene de maravilla.

—Con toda la competencia que hay hoy en día.

—Sí, pero la que tiene la sirena soy yo. Hay que buscar siempre algo de animación.

—¿Y qué pensará ese caballero de estas animaciones vuestras? —

Angelica mira a las chicas al decir esto. Pero a la señora Frost le parece que ya está bien de airear desdenes y se remueve inquieta, arrancándole a la silla de enea un quejido de apremio. Aunque, en opinión de Angelica, si una quiere que pase algo, lo mejor es actuar como si ya hubiera pasado: así que se comporta como si fuera la reina de la alta sociedad.

—Ay, Madre Chappell, me parece que ya estoy viendo al pobre hombre: un alma perdida que vaga por vuestra casa buscando un vaso de cerveza o un poco de puré de guisantes mientras la gente fina se lo pasa en grande. ¡Y pobre de la dama que tenga que hacer de niñera suya toda la noche! —Mira otra vez a las chicas—. ¿Cuál de vosotras será? ¿Quién le va a coger la mano al cándido ese mientras los demás se divierten?

—Señora Neal —dice la abadesa sin pestañear—, tengo que pedir os un favor muy especial.

—¿Cómo? —Por la expresión de su cara, se ve que Angelica va cayendo poco a poco en la cuenta—. Ah, no, *madame*, no contéis conmigo para eso.

La señora Chappell adopta su tono más seductor:

—Este caballero, como digo, es un recién llegado al mundo. Y quiero que le dediques una atención especial, querida mía, que despliegues ante él todo el talento que tienes para la hospitalidad. Nadie en mi casa domina como tú esas artes.

Angelica se cruza de brazos.

—No consentiré que haga de alcahueta.

—Pues claro que no, claro que no. Pero ¿te acuerdas del trato que teníamos?

—Eso sería rebajarse demasiado —dice Angelica—. No podéis tener un concepto tan bajo de mí.

—Solo será una noche.

—Como si es una hora nada más: que me vean con un hombre dejará mi reputación por los suelos. No soy ningún juguete para que pruebe suerte conmigo un arribista de lo más patético.

—No, querida, claro que no. Pero he de recordarte que a mi establecimiento acude lo mejor de lo mejor, mientras que aquí... aquí no vienen. Te ofrezco la oportunidad de que te vean en la fiesta más exclusiva de la temporada.

—Yo debería ser vuestra invitada de honor —dice Angelica con cara de pocos amigos.

—No, querida. La invitada de honor es la señora Fortescue.

Angelica enmudece. Eliza Frost se levanta de la silla tan de repente que se diría que va a salir de la sala —de hecho, Angelica tiene que hacer un esfuerzo para no cogerla de la mano—, pero solo va a sacudir las migas en la jaula de los ratones durmientes. Angelica se vuelve y encara otra vez a la señora Chappell:

—¿Y si os dijera que me es del todo imposible aceptar esa invitación tan generosa que me hacéis?

—Pues, en ese caso, nos dejarías en una situación muy delicada —dice la señora Chappell, aunque tiene aspecto de no haber estado mejor en su vida—. Y supongo que ya no se te harían llegar invitaciones nunca más.

La señora Frost se pone tiesa y cierra la abertura de la jaula.

—Acordamos que te pondrías a mi disposición cuando hicieras falta —dice la señora Chappell—. Porque yo a ti sí te ayudo, ¿no? Les hablo de ti a los caballeros que acuden a mi casa, te dejo que te reúnas con ellos bajo mi techo...

—No hace falta que me lo recordéis.

—Así que también tienes que ayudarme tú a mí.

Angelica lo piensa mientras todas la miran: la señora Frost (con cara de inquietud), la señora Chappell (como un témpano) y las chicas (inquisitivamente). Hay movimiento en la jaula de los ratones, sumado al fino son que se dedican unos a otros. Los perros enderezan las orejas. Las sombras oscilan en las paredes.

—Tomaré una copa de vino con ese caballero, y lo haré gustosamente. Porque me gustan las sirenas y las fiestas. Y por la fiesta de una sirena estoy dispuesta a aguantar mayores contratiempos que ese.

—Ajá, mi chica se aviene a razones. Os estoy muy agradecida, señora Neal. Llegarás lejos, jamás lo dudé.

# ONCE

*Octubre de 1785*

Es raro que con la celebridad que ha conocido la sirena, gracias a los ciudadanos y a los periódicos, la señora Hester Lippard haya guardado un silencio absoluto. En momentos de optimismo, el señor Hancock se conforma creyendo que a lo mejor no le han llegado noticias de la rara mercancía. Aunque lo más seguro es que su hermana tenga demasiadas cosas que decir al respecto, y que lo que diga al final acabe levantando ampollas, por lo que sería aconsejable estar prevenido. Llega el primer jueves de mes, día de su acostumbrada visita, y se crea en el aire una calma igual de tensa que la que precede a una tormenta veraniega.

Angustiado ante la idea de que lo estará esperando en casa y que habrá de tener con ella una incómoda conversación, toma un coche para hacer el trayecto desde Clerkenwell, un gasto que se le clava en la conciencia, pese a todo el dinero que ha ganado últimamente. Sin embargo, con el tráfico que hay en el Strand no consigue hacer el viaje en menos tiempo. El cabriolé traquetea a buen ritmo por Butt Lane, y el señor Hancock entrelaza los dedos de las manos y golpetea con los pies en las tablas del suelo mientras rebota en el interior del carruaje como un guisante en una sombrerera. Se le ofrece un agradable panorama de campos verdes a ambos lados del camino. Hay casas recién construidas, de un gusto exquisito: están allí solas, o en grupos de dos o tres adosadas unas a otras; tienen grandes ventanales y vistas que dan a la placidez de los huertos, y a los puestos de frutas y verduras que sacan algunos granjeros a las puertas de sus casas: porque allí la bruma de Londres es solo

un punto lejano en el horizonte. El señor Hancock, nervioso como está, seguro que se siente como una gallina clueca al pasar por Hancock's Row, la hilera de casas que él mismo construyó el verano anterior. Las tiene alquiladas a un profesor de baile, un capitán de barco, un médico y un comerciante, y obtiene con ellas buenos beneficios. «Ahora podremos hacer una ampliación. ¡Y será Hancock Street!, la calle más selecta de Deptford», piensa.

Se acercan a los astilleros: mengua el tamaño de las casas y aumenta su densidad. Son edificios bajos con fachadas de tablillas, y el vano de las ventanas está cubierto con papel, no con cristal. En un cruce, a apenas quince metros de la misma calle del señor Hancock, hay un grupo de trabajadores con las manos en los bolsillos. Dos de ellos se separan del resto, puede que de camino a casa, donde hallarán la mesa puesta, con pan y panceta, y a su mujer, que les servirá su buen vaso de cerveza. Los demás no parece que tengan mucha prisa, y les da tiempo a llevarse una mano al ala del sombrero, un gesto lacónico dedicado al cochero, mientras uno de ellos termina de contar un chascarrillo y le sigue el corro de risas de sus camaradas.

El cochero se dispone a azotar al caballo en un flanco, pero el señor Hancock da unos golpes en el techo y asoma la cabeza por la ventana.

—Espere, déjelos pasar —ordena.

—Pero si no van en ninguna dirección —dice el conductor del carruaje—. Y yo tengo preferencia.

—Aquí no. Pueden cruzar cuando les venga en gana. —En Deptford, el tráfico se para cuando cruzan los trabajadores de los astilleros; igual que, según dicen, en el Indostán dejan a las vacas ir de un lado para otro por mucho jaleo que haya a su alrededor—. El mundo depende de la existencia de barcos sólidos, de primera calidad —dice el señor Hancock lleno de jovialidad, y el caballo estampa las pezuñas contra el suelo y resopla porque nota la brida tensa—. Las manos diestras de estos hombres llevan el pan a la mesa en todas las casas de Londres.

—Pues a la mía el pan lo llevo yo —murmura el cochero, pero espera a que aquellas glorias de hombres se despidan unos de otros, y todavía se paran en mitad de la calzada y levantan la mano para dar un último adiós.

—Muy agradecidos —dicen al pasar, y lo acompañan con un gesto

afirmativo de la cabeza, como si no tuvieran prisa.

El señor Hancock, que ha apoyado el codo en el marco de la ventana, reconoce al jefe de la cuadrilla, Jem Thorpe, cuya obra maestra, hace de ello veinte años, fue el camarote del tan llorado *Calliope*. Tiene la peluca llena de motas de aserrín, y le cuelga del brazo una bolsa de tela en la que lleva las astillas y las virutas que ha barrido del suelo del taller.

—¡Jem! —lo llama el señor Hancock, que solo de pensar en la futura Hancock Street le dan ganas de contarlo todo a los cuatro vientos—. ¡Hola, Jem! ¿Cómo va el negocio?

—Por ahora se mantiene —dice el otro, que hace de pantalla con el sombrero para que no le dé el sol en los ojos.

—Pues rara cosa es en estos tiempos.

El señor Hancock no quiere dejar a Hester mucho tiempo sola en su casa porque pasará revista al salón, husmeará en las piezas de porcelana que usa, en el tabaco que fuma y en los lomos de los libros, con esa mirada inmisericorde que tiene para las cosas de su hermano. Puede que hasta haya tenido tiempo de entrar en el despacho y esté pasando un dedo por las entradas del libro mayor. No soporta que lo supervise todo como si fuese su casa. Además, su mera presencia ya lo estomaga. Así que debería darse prisa en volver, aunque una conversación como esta, entre hombres, impregnada de cierta autoridad, puede servir de acicate para su amor propio antes de que su hermana se lo haga pedazos.

—Y los del Almirantazgo, ¿os tratan bien?

—¡Quia! ¡Peor que nunca! —Jem se acerca al coche en ademán conspiratorio—. Siempre andan racaneando los sueldos, los beneficios y las horas. Tienen los mejores astilleros del mundo y nos tienen a nosotros. ¿A ver a quién van a encontrar que les haga el trabajo mejor? Pero siguen sin pagarnos lo que valemos.

—Eso siempre ha sido así —dice el señor Hancock, y mueve afirmativamente la cabeza.

—Teníamos que haber colgado las herramientas hace diez años, como hicieron los de Woolwich.

Al señor Hancock le entra un escalofrío.

—Malos tiempos fueron aquellos. —Lo angustia la ferviente militancia

del capataz. Puede que ese orden de cosas no sea el más satisfactorio, pero algún orden tiene que haber. ¿O qué queda, si no?

—Pardiez que sí —dice Jem—. Malos de rabiarse: eso de aplastar a los ciudadanos que dicen lo que piensan, en vez de atender a sus demandas. —Escupe en el barro sobre el que planta los pies—. No son solo los de arriba los que hacen todo lo que está en su mano por que las cosas no cambien: el poder es un contrato entre hombres de todas las clases. Y habrá problemas, ya veréis como sí.

—Bueno, pues... —El señor Hancock tamborilea con los dedos en el borde de la ventana—. ¿Pondrías reparos en trasladar vuestro negocio a tierra?

El señor Thorpe se queda pensando.

—¿Construir casas, a eso os referís? ¿Para vos? Será que andáis dándole vueltas a eso de meteros otra vez en el negocio inmobiliario.

—¡Así es! Porque me ha entrado un dinero con el que no contaba. — Espera a que Jem Thorpe siga la pista de esa liebre que le ha soltado, pero el otro se limita a sonreír y a meter los dedos debajo de la peluca para rascarse algo que le pica ahí—. La construcción es el negocio de los tiempos modernos —continúa el señor Hancock en tono jactancioso—. No es como los barcos: los edificios se quedan ahí plantados, en el mismo sitio en que uno los dejó. Tenéis que probarlo.

—¿Quién, yo? ¿Meterme a casero? Me lo tendría que pensar. —Uno de los caballos del tiro da un resoplido y zarandea la cabeza. Jem se mira las uñas—. Muy bien, señor: contad conmigo cuando se me quede seco el pozo del astillero.

—Cuando os parezca a vos.

—Y mi cuadrilla...

—Eso lo dejo a vuestro albedrío. —Porque los carpinteros de navío son gente leal, y para prosperar hay que trabajar en hermandad: así se explican sus inclinaciones metodistas.

—Está bien. —El señor Thorpe carraspea—. Gracias, señor Hancock. Así me quedo un poco más tranquilo.

—No hay que darlas. Id con Dios, Jem Thorpe.

—Quedad con él, y buenos días. —El señor Thorpe se vuelve y camina

por el barro con paso firme, entre las rodadas y los charcos grasientos, y mece la bolsa de astillas para hacer de contrapeso.

—Seguid camino —dice el señor Hancock, y golpea el techo del coche con el bastón—, que tengo una prisa de mil demonios. Apurad ahora, señor, ¡por el amor de Dios!

Y giran a la derecha para entrar en Union Street, la mejor calle de Deptford hasta que llegaron los palacetes de estuco a Butt Lane, con sus dinteles labrados en intrincados follajes y los precarios querubines en relieve, que brotan uniformes de las fachadas de ladrillo dispuestas a conciencia, en tenue ritmo para el ojo, aunque el del cochero siga impertérrito pues en Londres hay calles así a docenas, de armoniosas proporciones, pero en las que tienen su hogar tejedoras y trabajadores de fábricas de conservas.

—Dos chelines y seis peniques —proclama el conductor con tono apremiante.

—Y bien que os lo habéis ganado. Permitidme que... —Introduce la mano en el maletín y saca una báscula de latón en miniatura capaz de afinar el peso de un grano de arena, cuanto más una moneda dentada—. A ver, dejadme un momento... —Endereza la espalda contra el asiento del carruaje, arruga el entrecejo y se concentra tanto en el fiel de la balanza que casi bizquea.

—Yo me fío de la moneda —dice el conductor.

—Es más por vos que por mí —dice el armador—. ¿O no merecéis cada penique que os habéis ganado?

—Eso sí que no lo voy a discutir.

Al final, la cantidad exacta es pesada y abonada para satisfacción de ambas partes, y el señor Hancock puede por fin apearse y el cochero salir de Deptford, mientras jura y perjura que no volverá a cruzar el río en toda su vida.

Cuando entra en casa, antes incluso de ver a su hermana ya la oye gritar.

—¿Una sirena? —resuena la voz de Hester. Está en jarras en el descansillo de la escalera, ataviada con un áspero delantal de lino que le cubre el vestido—. ¡Una sirena! Pero ¿en qué estabas pensando?

—¿Cómo te has enterado? —pregunta con un hilo de voz.

—¡Como para no enterarse! La vio en la *Gazette* el señor Lippard, la misma mañana que llegó a puerto. «A ver, ¿sabías tú algo de todo esto?», me dice. «Es que no puede ser. Que los Hancock somos gente seria...», le digo yo.

—Ya lo sé —suspira él—. Hermana, no me quedó otra.

Sukie asoma detrás de su madre, blandiendo en una mano el lápiz y la libreta, repleta de anotaciones, en la otra. Lleva el pelo recogido dentro de la cofia y se la ve caída de hombros. Él le busca la mirada mas ella lo esquiva, y acentúa si cabe un poco más la mueca de disgusto con las comisuras de la boca.

—Y aquí la niña —suelta Hester— no me dijo nada, y eso que sabe que toda su suerte depende de la reputación de esta familia.

—Ella no sabía nada —dice el señor Hancock, y Sukie abre los ojos de par en par—. Porque yo lo mantuve en secreto.

—¡Mentira! Si la pusiste a vender entradas. Allí, delante de todo el mundo, como una moza de feria. La señora Williams la vio con sus propios ojos, y ella me lo dijo: que contaba el dinero como si tal cosa, y hablaba y se reía con cualquier hombre que hacía cola. —Sukie está toda colorada y tiene la cabeza gacha—. Qué va a pensar la gente de ella, ¿eh? ¿Te has parado a pensar en su reputación?

—No —dice él—. La verdad es que no me paré a pensarlo.

Apesadumbrado, el señor Hancock sube las escaleras hacia donde están su hermana y sobrina. Incluso ahora que los dos son mayores, se le encoge el alma delante de Hester igual que se le encogía el cuerpo cuando era un niño pequeño y ella, una chica crecida de dieciséis años. Ya entonces, cuando lo agarraba de la muñeca, él notaba la fuerza que tenía su hermana mayor. Le hacía daño, le limpiaba los mocos, pero nunca le daba un beso, y a él le costaba seguirle el paso. Y cuando le enseñaba a rezar, a leer y a escribir, no se alegraba de sus progresos: solo sentía alivio cuando por fin acababa con él y podía dedicarse a sus cosas. Ahora, con cincuenta y cinco años, su hermana es fría y recta, como un alfiler de acero, y tiene diez hijos con los que imponerle al mundo su santa voluntad.

—Tú nunca piensas —sigue diciendo Hester—. A ti todo te importa bien poco. Cuando empiezan a decir cosas de una señorita, luego cuesta mucho

olvidarlas, pero eso a ti qué te importa...

—Anda, ven, descansa un poco —suspira él.

—Tú no, pero yo que me he entregado en cuerpo y alma a esta familia, a estos hijos míos, ¡que tenga yo que ver a lo que hemos llegado!

—¿Dónde está Bridget? —El señor Hancock se apretuja para pasar junto a su hermana de camino al salón—. A ver si nos trae agua para el té. Seguro que te apetece tomar algo.

La señora Lippard no aprueba la costumbre de tomar el té por la tarde — puede que con razón, pues es una ceremonia que consiste en pasar el tiempo sin hacer nada, tomando mucho azúcar y dándole a la lengua—, pero es la mejor manera de tener una conversación cara a cara, y hay muchas cosas de las que quiere hablar con su hermano. Al igual que el resto de piezas en que está dividida la casa, el salón es pequeño y estrecho. Está forrado de madera y, con el paso de los años, ha adquirido un tono de color tabaco muy apropiado para disimular el exceso de hollín de la chimenea, que no tira bien. La mesa de té es antigua y hace ruido, y la vajilla es más vieja que cualquiera de los Hancock que quedan con vida. El esmalte, de color blanco matado, tiene pintarrajeadas filigranas azules que intentan evocar escenas chinas. Y, si bien suplía en tiempos la carencia de esa porcelana luminosa que el señor Hancock importa ahora en grandes cantidades, fina como una concha marina, está más que pasada de moda: el azucarero tiene muescas en el borde y deja ver la basta arcilla que hay debajo.

El señor Hancock ve que su hermana no quita ojo a todo lo que los rodea: sabe que ha visto los flecos de telaraña en las alas del serafín que culmina la escalera, y al que Bridget no llega con el plumero si no se sube a un taburete de tres patas. No le ha pasado desapercibido que está entreabierta la puerta de la cocina y que, dentro de esta, la que da al jardín está abierta de par en par, de tal manera que un perro descarriado, o incluso un niño, podría entrar y llevarse lo que se le antojara. También ha visto que no limpiaron bien el rodapié antes de pintarlo, y que por eso ahora presenta esa superficie granulada en la que ha quedado atrapado el polvo. Cosas ha visto que a él ni se le pasan por la cabeza, y que descubrirá con gran pesar cuando ella se haya ido a su casa: y lo peor es que ha visto que su hermano deja mucho que desear.

Entra Bridget con el agua caliente en un recipiente de estaño y el señor Hancock se muestra orgulloso al ver que la criada no saca los pies del tiesto y que, aunque lanza un par de miradas de súplica a Sukie, no abre la boca y sale igual que ha entrado.

—Quiero que encargues un pedido semanal a la carnicería —dice Hester—. Que no falte carne en esta casa una vez a la semana. Apunta, Sukie: los martes, carne.

—Huy, no —dice él—. ¿Qué necesidad hay de eso? Es mucha molestia y no viene al caso, porque solo somos tres, contando a la chica, y yo estoy muchas veces fuera. Compramos la carne según nos va haciendo falta.

—¡Todos los hombres dicen lo mismo! —exclama Hester con un resoplido—. Y yo deploro tanto desaliño. ¡Ellos qué van a pensar en la economía doméstica, si no saben hoy lo que van a comer mañana! No les gana nadie a poca vergüenza.

—Pero ¿quién se va a comer tanta carne?

—Me importa bien poco quién se la coma —dice Hester con firmeza—. Porque es menester que Sukie aprenda. Y así tendréis que someteros a un orden establecido que, desgraciadamente, en esta casa brilla por su ausencia. —Suelta un suspiro—. Y es que hay veces que no sé cuál de los dos es más ingrato: como si la falta de cuidado de uno se le contagiara a la otra. Bien sé que en el caso de Sukie no es por cómo la crie, y si no ahí están sus hermanas, todas sin tacha. Pero es que esta niña... Vamos, que cuando vi cómo me traía los puños hoy...

—Te pido perdón —dice, casi de manera automática, el señor Hancock, aunque a él no le va nada en esas cosas de mujeres.

—Hay que tener cuidado —dice Hester—. El tejido de algodón está en contacto directo con la piel. ¿Y qué va a pensar la gente cuando vea un puño tan sucio como el que me llevaba ella esta mañana?

—Pues que no me dio tiempo a cambiármelo después de fregar las escaleras —contesta Sukie, y suelta una especie de gruñido al tiempo que deja la vista perdida en algo que ve por la ventana—. Eso es lo que tendrían que pensar.

—¿Y tú qué haces fregando la escalera con los puños buenos? Me costaron tres chelines en la feria de mayo del año pasado, y no vas a volver a

verlos, eso te lo aseguro, hasta que no los pagues con tu propio dinero.

—Me los estaba probando —dice Sukie por lo bajo.

—Pues es bien de lamentar —dice el señor Hancock, con gesto de impotencia.

—De lamentar es poco. Vergüenza me da tener algo que ver con esta casa, te lo digo de verdad, y bien que me duele que el nombre de mi marido, el señor Lippard, se vea ensuciado con tanta mugre.

Sukie da un respingo casi imperceptible, como de picadura de pulga.

—¡Y menuda la has armado tú ahora! —Hester cae en la cuenta de cuál fue el motivo que la hizo montar en cólera—. Has echado a perder el mejor barco que tenías por una locura, ¡y vas y la exhibes por toda la ciudad!

—¿Y qué quieres que haga? No volveré a tener una sirena en mi vida —dice el señor Hancock sin convencimiento.

—¡Al diablo con ella! Vergüenza había de darte. Menos mal que nuestro pobre padre no vive para ver esto.

En este punto él tendría que alzar la voz, pues ella no tiene ningún derecho a hablarle así. No obstante, no puede tratarla como lo que es, una mujer que ya no sirve para nada, unida en yugo marital a la fortuna de otro hombre y con muchos hijos que atender antes de poder pensar siquiera en los intereses de su hermano. Acuna la taza de té en el regazo y la ve transfigurada, como una gallina en el punto de mira de una serpiente. Relucen los alambres de oro que mantienen unida su dentadura y no para de hablar: que si «una desgracia de lo más inesperada», que si «un insulto, si una se para a pensarlo», que si «un ultraje». Solo se detiene cuando, después de cada frase, se le desplaza el aparato a un lado en el paladar y tiene que ajustarlo con un disimulado golpe de mandíbula. Por fin concluye:

—Y apuesto a que no te dan un penique por ella.

—Pues ya me lo han dado.

—¿Cómo dices?

—Que he conseguido lucrarme gracias a ella.

Su hermana lanza un resoplido y se sirve más té con un vigor desproporcionado para semejante tarea. Han caído unas gotas en el mantel, y el señor Hancock ve cómo lo empapan despacio.

—Jamás servirá para pagar todo lo que has perdido —dice Hester.

—Pues ya ha pagado la mitad.

Sukie mueve afirmativamente la cabeza:

—He visto las cuentas, mamá, y es cierto.

«Bueno, casi», viene a decir la mirada que le lanza a su tío desde el otro lado de la mesa, porque ha sido la aportación de la señora Chappell lo que más ha engordado sus ganancias.

—Pero ¡si no hace ni tres semanas que la tienes!

Él se da un toquécito en la sien.

—Le he sacado el mejor partido posible a lo que se me trajo. No olvides que soy un hombre de negocios.

—Y yo solo espero que tú no olvides que tienes un deber para con los tuyos —dice Hester, sorbiendo el aire por la nariz, mientras se fija una vez más sin perder detalle en la calidad de la alfombra que cubre el suelo, en el reloj, en el marco y la repisa de mármol de la chimenea—. ¿O es que con este golpe de suerte has decidido que la familia de los Hancock se reduce solo a uno?

—Sé de cuántas personas se compone mi familia —dice él con cierto hastío. Porque a un hombre que no tiene mujer ni hijos a los que mantener en casa, le salen un montón de otras bocas que llenar fuera de ella. Le quedan tres hermanas vivas, y cada una tiene más hijos de los podría sacar adelante contando solo con la fortuna del marido—. Y no me olvido de la dote de Sukie, quiero que pueda elegir mejor partido. ¿Y acaso no le busqué al chico de Rachel un puesto en la oficina? ¿No le asigné una suma a tu Jonathan, que podrá emplear en lo que guste, de manera que tenga las manos libres para elegir esposa?

—Ya —dice ella.

—Y voy a invertir en tierras, para tener más propiedades —sigue diciendo él sin alterarse—. Quiero un colchón para mis ganancias. La mar es muy traicionera con el que quiere hacer fortuna en ella.

—Sí, pero nuestro padre logró sacar la empresa a flote, y su padre antes que él —dice Hester, con una confianza que espanta en una mujer que decidió casarse con el dueño de una fábrica de cerveza.

—Yo no pienso conformarme con los logros de mi padre —responde él, y según lo dice, comprende que lo dice en serio—. Yo superaré esos logros. Es

hora de aspirar a una posición más elevada. Esta es una época en la que un hombre puede ascender en la escala social.

—¡Paparruchas! ¿Adónde quieres ascender tú?

—Pues me da igual. —Se le están cayendo las anteojeras de un día para otro, y ve que ha pasado la mayor parte de su vida en la periferia de las cosas, en un oscuro planeta por cuya órbita inconstante pasan hermanas, y sobrinas, y criadas, y amas de llaves hasta que, una detrás de otra, todas se van adonde las llama su destino. Y ese no es sitio para el hombre, pues su enclave natural está en el puro eje de todo lo que rueda—. He vivido siempre entre algodones. Y ahora se me presenta una gran oportunidad: sería de locos no querer aprovecharla y aspirar a más.

Lo que más le ofende a su hermana es que haya dicho en alto esas palabras. Pues Hester Lippard ha pasado toda su vida luchando por ser el sol que más lucía en el centro del planetario de la existencia, el poder que impelía a los otros a moverse en órbitas cerradas a su alrededor. No había visto nunca antes un deseo así en su hermano, y siente un escalofrío: como si ella ahora estuviera enterrada y él pisoteara su tumba.

—De locos sería aspirar a una posición que no es la tuya —dice ella—. La ambición es muy peligrosa.

—Todos tenemos que morirnos algún día. Y no quiero dejar el mundo igual que lo encontré al nacer.

—Razón de más para llevar una vida prudente, y dejar bien cubiertos a los que quedan atrás.

—Atrás no queda nadie —dice él—. Los tengo a todos delante todavía: he de avanzar.

## DOCE

En el desahogado salón de King's Place, Polly Campbell y Elinor Bewlay están cosiendo, volcadas sobre la labor. La señora Chappell se ha retirado para dormir una siesta reparadora, y a las jovencitas que tiene a su cargo las cuidan los lacayos, de impecable librea azul pálido: entran en el salón sin hacer ruido y salen con el mismo cuidado, atentos a la serenidad de sus deberes. En la ventana, la pequeña Kitty de ojos claros estudia atentamente el catecismo que le ha mandado leer *madame* Parmentier: «Padre nuestro, q-q-que... estás en...».

—¿A ti no te parece que la señorita Neal se ha rebajado un poco? — reflexiona en alto Polly Campbell.

—¿El qué? —Elinor le pasa la lengua a un cabo de hilo que acaba de cortar antes de enhebrar la aguja.

—Porque ni siquiera ha visto al caballero, si es que se le puede llamar caballero, y ahora tiene que pasar con él toda la noche. Yo pensaba que no iba a dar su brazo a torcer así sin más.

Elinor alza los hombros con indiferencia y dice:

—En eso no es tan distinta de nosotras.

—Pues claro que sí. No se parece en nada: porque ella puede hacerle un desplante a quien le plazca.

—No te creas que está tan bien situada: depende todavía mucho del favor de la señora Chappell. Y la señora Chappell depende del favor del señor Hancock. O sea, que la señorita Neal no tiene escapatoria.

—Vamos, Nell, pero ¡si ese hombre no es más que un armador! ¿No le viste la peluca, agujereada por la polilla? ¿Y esa chaqueta tan horripilante,

que además le estaba grande y tenía coderas?

—El dinero es el dinero.

—Una mujer de su posición debería estar por encima de eso. Lo que es yo, no me rebajaría. —Polly borda un pequeño dechado de muy compleja labor, con pájaros y enredaderas. En su país, en el frescor que brindaba la casa colonial, la madre la puso a bordar en cuanto la niña fue capaz de coger la aguja. Afuera, en los campos que vedaban las contraventanas, las mujeres cantaban mientras trabajaban la tierra, y la madre de Polly repetía involuntariamente esos cantos con un tarareo. Brillaba el anillo de oro en su mano, y la aguja que entraba y salía de la tela de lona. Es todo lo que Polly recuerda—. Es que tengo buen ojo para la nobleza —dice ahora.

—¡Bah! Pero ¡si están todos llenos de deudas! Se juegan hasta el último penique, todos sin excepción, y no paran de beber, tanto que apestan; y sus mujeres son igual que ellos. El duque de Devonshire tiene que pedir pagarés para saldar las deudas de su mujer, y ella le pide prestado al príncipe de Gales para devolvérselo a él. Aunque, claro, el dinero raras veces le llega: están todos tan empantanados en sus miserias que jamás saldrán de ellas.

—¡Imposible!

Elinor se mete el pelo detrás de la oreja y levanta los ojos de la labor con ese brillo que anuncia secretos maravillosos.

—Tengo hombres que me confían sus números —susurra—, y creo que esa pareja de memos debe un total que ronda los sesenta mil. Hala, ya lo he dicho.

Polly suelta un pequeño silbido, y *madame* Parmentier vuelve la cabeza para dirigirse a ella:

—Me sorprende que tengáis esos modales tan toscos —dice en tono cortante. Polly aprieta fuerte los labios, y luego los abre en una sonrisa de satisfacción—. Que no os vuelva a oír yo nada semejante.

Las chicas se miran, divertidas. Están tan orgullosas de haber escapado, por edad, a la jurisdicción de su antigua niñera; eso sí, ponen buen cuidado en bajar la cabeza y concentrarse en la labor, hasta que ven que la institutriz ha centrado de nuevo toda su atención en la accidentada lectura que Kitty hace del catecismo.

—Porque si ni siquiera son capaces de mantener a su propia mujer,

imagínate a una amante. Yo misma me metí a esto para librarme de una temporada a la sombra, en la cárcel de Fleet. Pero, dime, adivina cuánto debe..., no sé, por ejemplo el señor Moses Garrard.

—¿El judío?

—Sí, pero eso no hace al caso. Porque para el asunto en cuestión vale cualquier comerciante, por modesto que sea, al que le hayan ido bien los negocios. Aunque título no tienen, y al nacer no heredaron más tierra de la que heredamos tú y yo. —Al oír esto, Polly se muerde la lengua, pues ¿cómo sabe Elinor cuánta tierra le corresponde a ella de nacimiento?—. Lo que sí tienen es crédito sin tasa, y siempre lo tendrán, te lo aseguro. La riqueza de los nobles es pura fachada, y se sostiene gracias a los bancos; pero un hombre hecho a sí mismo siempre se asegura de que cada penique que reza en la cuenta está ahí y no en otra parte.

—¿Y entonces por qué no vas tú misma detrás de ese hombre de la sirena?

—¿Cómo? ¿Yo? Ni hablar: es grotesco.

—Será grotesco, pero tiene fortuna e influencia.

—Hablo en general. Hubo un tiempo, ¿sabes?, en que la ramera y el israelita vivían furtivamente y no salían a la luz, pero ahora la una puede acostarse hasta con un príncipe y el otro, aspirar a un título nobiliario.

—En cuyo caso, ¿qué podría estar a mi alcance? —Esta tenía que ser una pregunta que Polly se hiciera a sí misma, pero va y la formula en alto.

—¿Tú, la ramera mulata? Tú tienes el mundo a tus pies. —Elinor Bewlay antes pensaba que era un demonio por ser pelirroja; pero ahora, sentada al lado de Polly, un ejemplar tan raro, con la piel de color chocolate y esos toques dorados que asoman en los rizos prietos de su raza, se da cuenta de que es la mismísima Virgen María, blanca como la leche.

—Pues entonces... —dice Polly—, me gustaría acabar con un judío de Portugal. Porque me parece que son la mar de galantes.

—Supongo que les recuerdas a las damas moras —dice Elinor—, a las que seguro echan de menos.

—¿A quién? —las interrumpe desde el otro lado de la sala Kitty, que se repantiga en el asiento y parece muy pagada de sí misma.

—Ni que hubiera muchas damas moras en Threadneedle Street —dice

Polly en tono de burla—. Y ni que supieras tú qué pinta tiene una dama mora. Porque a veces tiras para atrás de lo ignorante que eres, Elinor Bewlay.

—Tú sí que tiras para atrás. —Puede que Elinor tenga todo el aspecto de una vaca roja cuando pasta plácidamente, pero lleva un año viviendo con Polly y sabe bien cómo provocarla—. Ni que no pudieras ser tú su dama mora... Porque eres es un capricho que se dan, y serás lo que ellos quieran que seas. —No lo dice con malicia, solo por puro aburrimiento; y oculta el deleite que le produce ver el creciente rubor en las mejillas morenas de Polly y el brillo en sus ojos.

La riña adquiere proporciones más ariscadas en la mente de Polly que en la sala, donde nadie, al parecer, le presta atención.

—Mi padre era escocés —escupe justo cuando la señora Chappell vuelve de la siesta—, y no recuerdo que nadie me haya pedido nunca que baile la danza escocesa. —Tira al suelo la labor de costura y se pone a dar vueltas alrededor de la abadesa, que no sale de su asombro—. Pero vos me obligáis a hacer de hurí una noche, y de hotentote la siguiente.

—Yo intento darle gusto a todo el mundo —dice con voz balsámica la señora Chappell, sin perder la compostura—, pero es que nunca en todos estos años ha habido ningún hombre que me haya pedido una danza escocesa. Cuando llegue ese momento, ten por cuenta que la recomendada serás tú, mi querida Pol.

A Elinor le bulle la risa en la garganta y la pequeña Kitty se ríe con ella, aunque atendiendo a la debida prudencia de no abrir la boca.

—Escocesa o africana, ¿qué tanto da? —pregunta Elinor—. El caso es que descienes de los salvajes de las colinas por los cuatro costados, ¿qué razón para el orgullo puede haber en eso?

Polly coge el abanico cerrado y se abalanza sobre ella para darle en la mejilla mientras grita:

—¡A mí no me agravia nadie!

Pero Elinor se retuerce hasta casi llorar de risa, con los ojos cerrados y los puños aferrados a sendos pliegues de la falda.

—¡Ay, Dios! —boquea entre espasmos—. ¡Ay, Dios, menuda pataleta le ha entrado!

—Ya basta —dice la señora Chappell—. Estáis hoy que tenéis el

demonio en el cuerpo, chicas. —Se vuelve para preguntarle a *madame Parmentier*—: ¿Es esta semana cuando les toca la luna? —Y a las chicas—: ¿Qué ha pasado aquí?

—Que desprecia a los hombres que tienen un oficio —dice Elinor.

—Que me niega mi dignidad —sentencia Polly.

—Válgame María Magdalena si no sois las chicas más tontas que he tenido nunca a mi cargo. Olvídate de tu dignidad, ya la recuperarás cuando te hayas hecho rica. Y en cuanto a desprecios, en mi casa no hay sitio para eso. Este mundo pone en un pedestal al hombre hacendoso, y si sois bien listas, también os pondrá en un pedestal a vosotras. ¡Desprecio! ¡Dignidad! Jamás oí que nadie discutiera por eso. Y bien, ¿vais a hacer las paces?

Las chicas siguen calladas, como una yunta de mulas.

—¿Sí? Porque yo os traía buenas noticias: la sirena ya ha llegado.

Kitty, nada más oírlo, echa la silla para atrás y se dobla hasta el paroxismo, de pura y silenciosa emoción.

—¡Simeon! —clama con algo parecido a un ladrido la señora Chappell, y entonces entra el más alto de los lacayos.

Lleva en las manos un cojín en el que yace el tétrico cadáver. Se arremolinan a su alrededor las chicas, exaltadas por los nervios: pero entre las cuatro paredes de su casa, en aquel espacio limpio y seguro, el pequeño ser parece más bien una rareza que nada que dé miedo. Polly le toca la nariz con un dedo impertinente, y todas se retiran entre risotadas. La joven no mira a Simeon a los ojos, pues el criado inspira en ella tanta irritación que ni siquiera es capaz de expresarlo con palabras.

—Pienso ponerla en la salita aneja al salón principal —dice la señora Chappell—. Y voy a tapizar las paredes como si fuera una gruta subterránea, con un tesoro hundido y ristras de perlas. Y vosotras, chicas, saldréis disfrazadas de sirenas, pues pretendo que seduzcáis a la concurrencia con vuestro canto.

Se quedan todas calladas un instante, con los ojos clavados en la criatura.

—¿No os parece que es..., bueno, una sirena de una clase distinta? Nadie se disfrazaría de ella —dice Elinor.

—No es de las seductoras —añade Polly.

—Tengo ojos en la cara —dice la señora Chappell.

—Y los clientes también. Yo creo que se darán cuenta de que es algo grotesco. Un diablillo.

—No como nosotras.

La señora Chappell las mira muy seria.

—Todavía estoy esperando a que me ayudéis a sentarme. Mi sufrimiento no es una prioridad para vosotras, al parecer. Ayudadme, haced el favor. — La cogen de los codos y la llevan al sofá—. No importa el aspecto que tenga. ¿Qué prefiere la gente que sea una sirena? —Se echa el chal sobre los hombros—. ¿Una bella criatura? ¿O una pequeña bestia llena de malevolencia?

Las chicas no dicen nada.

—Vosotras ya sabéis cuál. Así que, ¿qué les damos? ¿La sirena tal y como es, o la sirena que ellos desean ver?

—Pero es que... ¡es muy fea! —dice Polly.

La señora Chappell se saca de la cintura una latita de caramelos de lavanda y se mete uno en la boca.

—Abanicadme —dice, y la pequeña Kitty se pone a ello con ritmo constante—. Tienen toda la vida para mirar a la fealdad a la cara. Y en mi local no pienso consentirlo. Porque voy a hacer que sea el espectáculo más lujoso y extraordinario que jamás he montado. Bien, Polly, tú que eres mi oradora de andar por casa, ¿por qué no me recitas el último soneto que te hayas aprendido de memoria?

—¿En latín o en inglés, señora? ¿O en francés?

—En inglés, en inglés. Hoy me noto la bilis, no tengo estómago para otra cosa que no sea Shakespeare. Y tú, Elinor, toca un poco para mí, por lo menos hasta que traigan el té. ¡Kitty! Se acabó tanta ráfaga: tú frótame los pies.

Samuel, el segundo lacayo, aparece en el vano de la puerta.

—Señorita Polly —dice—, hay alguien que os espera abajo.

—Vaya. —Entorna los ojos con gesto de fastidio—. Otra vez llega pronto. —Se vuelve a sus comadres—: ¿Estoy presentable?

—Ven, ven aquí —la llama la señora Chappell, y escupe en el pañuelo. Luego le sujeta la barbilla a Polly y frota una mota que tiene en la mejilla. La chica se inclina con la flexibilidad de una vara de sauce para dejar hacer a la

dueña—. Será el capitán Tremaine. No falla los jueves por la tarde, ¿verdad? Lo invitaría a que se sentara con nosotras un rato, pero es que no me fío: porque no estáis hoy para finuras de conversación. Bien, ese sombrero tan soso no vale. ¿Dónde tienes el turbante?

Polly arruga la frente.

—Es que es muy incómodo.

—Ya, pero sin él no puedes ser la reina de Cartago. Vamos, sube a la planta de arriba. El vestido que está encima de la mesa, en el vestidor, es el que quiero que te pongas. Y tienes que hacer lo posible, todo lo posible, para que se vaya antes de las seis: porque te hará falta tiempo para cambiarte otra vez de ropa.

—Pues cuanto antes baje, antes habré acabado —protesta Polly, y se aparta de ella.

Pasa luego con un frufú al lado del piano y Elinor no puede contenerse:

—Entonces, ¿tú que eres? ¿Una bella sirena o una criatura malévola? —Y ahora la que no se aguanta es Polly, que le da un pellizco en el antebrazo por toda respuesta—. ¡Ay, eso me parecía a mí! —dice Elinor.

## TRECE

—¿Adónde vais? —pregunta Sukie, y pilla al señor Hancock desprevenido.

Es la primera hora de la tarde, él está en su despacho, fuma en pipa y calcula cuánto le costarían las obras del nuevo edificio que quiere construir.

—Pues a ninguna parte, ¿no lo ves? Estoy ocupado.

—Después. Bridget os tiene los puños buenos planchados y almidonados. Eso es porque vais a alguna parte.

Él pasa la cánula de la pipa de un lado a otro de la boca y se inclina sobre los libros. Esa noche exhiben por primera vez a la sirena en casa de la señora Chappell, un sitio del que Sukie ni siquiera debe tener noticia, no digamos ya poner un pie en él. Es más, el señor Hancock no le ha dicho a su sobrina que la sirena ya no está bajo la custodia de Murray: pero es que eso pone todavía peor las cosas, porque la niña intuye que algo le ronda a su tío, pero no sabe el qué, y está muy atenta a cualquier indicio. Lamenta el señor Hancock que no pueda exhibirla en un sitio a la altura de su probidad como objeto raro y precioso, un sitio al que poder llevar a Sukie para que se codee con gente importante: allí la admirarían como a la sobrina del hombre de la sirena. Le faltaría tiempo para irles con el cuento a su madre y a sus hermanas, y estaría toda orgullosa de haber sido agraciada con ese golpe de fortuna. En vez de eso, lo que hace es corretear furtivamente por la escalera a oscuras, fijarse sin perder detalle en la ropa y en el comportamiento que tiene su tío últimamente, esconderse detrás de la puerta del despacho...

—Pues ya me lo podíais contar —dice la niña de apenas catorce años con los brazos en jarras—. Porque igual que os ayudé antes, podría también acompañaros ahora, ¿o no?

—¿Quién manda en esta casa? —corta él por lo sano.

Ella da un pasito atrás.

—Ay, pero si yo solo...

Nunca antes le ha hablado en ese tono y lo mira sin comprender, como si le hubiera levantado la mano.

—Estás fisgoneando —dice él—. Y eso no está bien. Además, ¿para qué quieres saberlo? Ahí afuera está mi sitio. —Mueve los brazos en un gesto que abarca los astilleros en la lejanía, al otro lado de la ventana—. Y el tuyo, aquí. Yo salgo, tú te quedas. Yo atiendo mis deberes, tú los tuyos; y así se vive en armonía. ¿Estamos?

Su sobrina lo fulmina con la mirada. «La he mimado demasiado», comprende el señor Hancock. «Se le ha subido a la cabeza».

—Susanna, si quieres conservar tu puesto de ama de llaves aquí o en cualquier casa, no te excedas en tus funciones. No pienso consentir más presunción por tu parte. —Ve que a la niña le tiembla el labio de abajo. «Ay, Dios, te lo pido por favor, que no se ponga a llorar delante de mí»—. Yo tengo que salir a mis cosas —dice en tono más amable—. Y no puedes venir conmigo. —¿Es que no le va a contestar? Porque no cree que aguante mucho más en aquella posición de autoridad—. Anda, vete. Vete a prepararme la ropa: saca una camisa de buen lino y cepíllame la mejor de mis chaquetas. Esta noche me esperan en Londres a las nueve.

Por su parte, en lo tocante a las putas, el señor Hancock siente inclinación natural por la planta de arriba de una taberna de confianza. Allí las chicas que ejercen no son residentes, sino más un acompañamiento de las timbas: una alegría para los ojos, un atolondramiento; ellas allí, tan sueltas, luciendo el escote. Pero incluso aunque estuviera acostumbrado a las casas de putas —y no lo está, pues no entró en ninguna en los años más tenebrosos de su viudedad, ni ahora que los burdeles se extienden por doquier en torno suyo —, el convento de la señora Chappell no se parece a nada que haya conocido nunca. Ubicado en un patio estrecho detrás de King Street, está decorado con lujo, tanto por fuera como por dentro, igual que el palacio de un duque: de hecho, casi podría serlo de lo cerca que está de la Corte. Y las calles que allí llevan no es que estén asfaltadas, es que parece que les han sacado brillo de

limpias que están. Ve pasar a la gente a pie o a caballo entre el parque y el palacio, y son todos distinguidos: van las mujeres con sus vestidos relucientes para ser recibidas en la Corte; y sus maridos, tan altos y elegantes, visten de azul y ante, y caminan sin miedo a mancharse ni a ser injuriados. Las mujeres no tienen que recogerse las faldas para no mancharse con la porquería de las calles; ni miran los hombres a un lado y a otro, atentos a esquivar a los pilluelos desbocados que podrían llenarlos de barro o algo peor. Al señor Hancock, que ha cogido una litera nada más salir del barbero con el fin de evitar que dejara huella en sus ropas impolutas el trasiego de la ciudad, el alivio que siente le sabe a gloria.

No es el primero que llega al convento de la señora Chappell esa tarde: el callejón que lleva a King's Place es muy angosto, de tal manera que se apelotonan los carruajes en la calle desde la que se entra a él: en la tensa espera, los caballos resoplan, los cocheros discuten, y saltan a la vista los blasones pertenecientes a las más nobles familias. Desde su litera, el señor Hancock ve que un caballero, cuya cara le resulta conocida por asidua en los escaparates de las imprentas, saca medio cuerpo del carruaje y llama por su nombre a un viandante.

—Y sale así, a la vista de todo el mundo —dice con tono de desaprobación—. Como si estuviera orgulloso de ello... —Entonces da un golpe en el techo de la litera y ordena a los porteadores—: Es imposible pasar con ese atasco, bajadme aquí.

Entra al patio y se dirige a una casa elegante con fachada de estuco: hay antorchas encendidas a ambos lados de los escalones y faroles de vidrio soplado colgados en todo el perímetro. Está igual de nervioso que si tuviera dieciséis años y fuera esta su primera visita a la diosa Venus. «Pero si es solo la versión elegante de lo mismo de siempre», se dice para infundirse ánimo. «Debajo de todo este despliegue, lo que hay es solo una velada entretenida en compañía de mujeres solícitas, y el resultado final no será muy distinto».

Le abre la puerta un lacayo negro, vestido de librea de color azul pálido, dotado de una estatura y una elegancia fuera de lo común.

—Por aquí, señor —le indica con voz musical pero bien modulada, suave, y aun así penetrante.

Tiene un don de palabra que para sí querría el señor Hancock, y huele a

lilas. Se percata entonces de que la chaqueta que le ha sacado su sobrina, con ser la mejor que tiene, está gastada en los puños, y se duele al comprobar que los hilos dorados que adornan los bolsillos están negros por el uso. «Mas ¿quién va a reparar en mí?», se había dicho al vestirse, sin ni siquiera prender una vela para tan mecánica tarea. Ve ahora que fue un error, porque luce una mancha de un marrón amarillento en la media, a la altura de la pantorrilla.

El suelo de mármol del atrio lo han pulido tanto que parece un estanque helado. Las mesas tienen labores de taracea en los tableros, y casi no se ven de tantas flores como hay encima: de vistosos colores como pájaros tropicales, no sería capaz de nombrar ni una sola de ellas. Todo está lleno de velas, espejos y lámparas de araña que duplican la luz una y otra vez. Mira hacia arriba, allí donde la escalera se pierde en espiral y no llega la luz, y oye cuchichear a las chicas y el vivo repiqueteo de sus pasos: las suelas de corcho contra el suelo de madera.

Acude a saludarlo la señora Chappell, un sapo de enormes dimensiones cubierto de muselina blanca con los brazos regordetes estirados hacia él, y unas piernas que sacuden las faldas a cada paso que dan sobre el suelo reluciente.

—¡Muy señor mío! —dice—. Qué placer veros, pero qué placer. —No le gustan las busconas, esas mujeres que fueron corrompidas en la juventud y empujan a la siguiente generación a idéntico destino, pero siente cierto alivio de que su sirena sea presentada en sociedad bajo la supervisión de una experta. Si ha lanzado a una carrera estelar a innúmeras mujeres, puede hacer lo mismo por aquel monstruo amojamado suyo—. Creo que vais a estar encantado con lo que le hemos hecho a su cosita —le dice ahora, y le da unos golpecitos en la mano—. Está arriba, en el salón. Pero ¿me permitís ofreceros antes algo de beber? Estamos de celebración en mis aposentos privados. Poca cosa, solo los más íntimos, ¿sabéis?, pero es tan raro ver a todas estas luminarias juntas entre cuatro paredes.

—¿Les ha gustado mi sirena?

—Ay, es que les encanta la novedad: son adictos. Y este es el más raro espectáculo desde que el señor Lunardi hizo su viaje en globo el año pasado. Porque antes, me atrevería a decir, no habíamos visto nada igual desde que volvió el capitán Cook.

—O sea, ¿que creéis que es posible que esta criatura mía sea al cabo un éxito? —pregunta.

—Señor, si la alta sociedad de Londres está maravillada con ella, el mundo también lo estará. No se hable más: la sirena es toda una sensación.

Él parpadea.

—Muy agradecido. —Es todo lo que se le ocurre decir.

Ella le da un golpecito en la espalda con lo que parece ser un flemático arranque de júbilo, y se le ven otra vez los dientes amarillos, dispuestos como una hilera de nudillos desnudos.

—¡El caballero está agradecido! Pero señor, si soy yo la que tiene que estaros agradecida a vos. En fin, venid conmigo, venid por aquí. Tomad una copa. —Ha aparecido una bandeja de la nada—. No, tomad dos.

Es un alivio hallar el salón de la señora Chappell tan limpio y bien dispuesto: las tablas del suelo relucen y el papel pintado de las paredes, con un motivo floral entrelazado, gozaría de la aprobación de cualquiera de sus matronales hermanas. Esta noche brilla en todo su esplendor, sobre todo gracias a la concurrencia.

En un rincón se encuentran sus pupilas: la pelirroja, que se afana al teclado y lleva el compás con la cabeza, y la criolla (o mulata, o lo que quiera que sea, pues a esas edades seguro que hay un nombre para cada permutación), la que se acercó a él en primer lugar, que pasa las páginas de la partitura con gesto huraño. Ha llegado a oídos del señor Hancock que las chicas más jóvenes pagan su manutención limpiando las chimeneas y haciendo las camas; en cuyo caso, el leve entrechocar de cubos y el chapoteo del agua que llega del otro lado de la puerta disimulada en la pared habla de la delgada línea que separa a la criada de la puta.

Pero casi ni repara en ese grupo de chicas, pues junto a la puerta están sentadas unas mujeres vestidas con galanura y afectadas de esa languidez de las hembras de primera, iluminadas por la tenue luz de las pantallas que cubren las velas. Estaban departiendo tranquilamente y se han callado al verlo entrar, mas lo miran sin la menor señal de azoro.

—Señoras —dice la señora Chappell, y ellas se levantan sin dudarle ni un instante, con elegancia, en completo silencio, como cuando la mar se encarama a una ola: todas al unísono hacen una reverencia con idéntica y

sencilla gracia, y queda en el aire el susurro que hacen los tejidos de satén y encaje. Huelen a oporto y almendras amargas.

Lo miran muy serias, sin dejar de abanicarse, y a él le parece que en toda su vida ha visto mujeres así. Son cinco, a cual más hermosa, sin esa belleza límpida de las chicas más jóvenes que él ha visto allí, pero todas dotadas de su propia singularidad: una es alta y esbelta, tiene algo masculino y cierto aire melancólico; hay otra con el lustre y la pujanza de un martín pescador; suave y sonriente la otra, con ese candor que uno guarda como recuerdo impoluto de su adorada madre. Le suena cada una de esas caras y, sin embargo, le son del todo novedosas, pura rareza y delicia para los ojos. Y comprende, quizá por primera vez, lo mucho de gusto e intelecto que hay en la apreciación de la verdadera belleza, pues estas mujeres son complejas en toda su hermosura. La señora Chappell dice sus nombres según él va besándoles la mano tendida, pero él ya las conoce: la primera es una dama de la Corte que se rebajó hasta ser la mundanal dama que ahora es; la segunda es una actriz cómica; la tercera, una que fue en su día amante del mismísimo príncipe de Gales. La cuarta es una pequeña criatura que rebosa finura por los cuatro costados, de suaves ojos oscuros y un brillo rosáceo en el pelo. «La señora Fortescue», la presenta la señora Chappell, y las plumas de avestruz con las que adorna su peinado asienten por ella. Y por último, la quinta, que primero se le antoja pequeña pero enseguida le parece radiante: una pechugona de mejillas sonrosadas, a la que le cae el pelo sobre los hombros y le enmarca el rostro con un balanceo de hebras doradas cual las nubes que tiñe una puesta de sol.

—Vos —dice él con voz rasposa, y a ella se le forma una pequeña arruga en lo alto de la nariz.

—Perdone, pero yo no... ¿Nos conocemos?

—No, no. —Le sube un calor por el cuello que le enciende las orejas, las mejillas. Cree haberla visto antes, le resulta familiar su cara, pero no sabe de qué.

—¡Ah! Ya sé. Habréis visto mi retrato en la Academia. Lo vio mucha gente el año que estuvo expuesto.

Él no va a la Academia. No le entusiasma que lo zarandee la concurrencia, ni gusta de alzar el cuello todo lo que le da de sí para ver a una duquesa pintada a la que no tiene por qué conocer, o un paisaje que se parece

tan poco a la vista de Londres que por fuerza ha de ser pura invención; las escenas históricas le vienen grandes, lo abruman con la masa de cuerpos retorcidos y el frenesí de tanto movimiento. Pero ya sabe dónde la ha visto: colgada en un café, en un grabado amarillento con las esquinas dobladas y manchado por las huellas de muchos dedos. *La musa cómica*, así se titula, y muestra a una chica sonriente, con la misma barbilla puntiaguda que tiene Angelica, a la que le cae la bata de un hombro regordete, una gasa ondulada que apenas si le tapa el pecho. Nunca creyó que representara a una mujer de carne y hueso, más bien una ensoñación creada con trazo alegre y atrevido, pero parece ser que sí: que aquella mujer es esta mujer.

—He visto vuestro retrato —dice.

Ella sonrío y parece un rastro de estrellas en el agua.

—O sea, ¡que todavía se me reconoce! Y por un único cuadro. Llevo un tiempo apartada del mundo y, sin embargo, no se han olvidado de mí. ¿Sabéis cómo me llamo?

Él se mira los zapatos y ella suelta una risita alegre, pero el señor Hancock siente que su mirada, más intensa de lo que debería, lo está sopesando y calibra su valor.

—Soy la señora Neal —dice—. Y yo de vos lo sé todo: sois el señor Hancock, el hombre de la sirena.

Angelica se ha vestido para la ocasión teniendo en cuenta la rusticidad del señor Hancock: lleva un vestido de seda color crema con felpilla de flores en los ribetes de los puños y del cuello, arracimados como matas florecidas en la cuneta de un sendero rural. Presenta en ojos y mejillas el sano color de alguien que sale al campo. Todo el mundo vuelve a sentarse y a él lo invitan a tomar asiento en un sillón orejero, a un lado del cual aparece ella con una copa de ratafía. El líquido palpita viscoso entre las pulidas paredes de cristal, y a él le quema la garganta al dar el primer sorbo. Angelica Neal arrima entonces una silla de enea a su lado.

—He aquí a mis chicas. Bueno, las que fueron mis chicas... —suelta de repente la señora Chappell, como si le costara terminar con el preámbulo de las presentaciones—. Las he hecho llamar para esta noche tan importante, que puede decirse, señor, que es vuestra noche, y han venido sin dudarlo un instante. Porque en realidad nunca dejan de ser mis chicas, ¿veis?, aunque

luego vayan por el ancho mundo.

—Más ancho para unas que para otras —dice la actriz, y aunque se nota que las divierte el comentario, ninguna decide llevarlo más allá.

—Hay que ser de una pasta muy especial para aguantar el tipo —dice la señora Chappell—. Aunque, ¡alcemos la copa por nuestra pequeña Bel, que nos abandona dentro de poco!

—No digáis eso —replica Bel Fortescue según sienta las posaderas—. Es solo que me caso.

Las mujeres se muestran igual de melosas que antes, pero hay algo en el aire que punza los sentidos: el señor Hancock no puede adivinar qué se están comunicando unas a otras, pero sabe cuándo las mujeres hablan sin recurrir a las palabras. La señora Fortescue también lo sabe, y le tiemblan imperceptiblemente las comisuras de la boca en un esbozo de sonrisa.

—Señor Hancock —dice la amante de Su Alteza el príncipe Whig, alzando la voz más de lo que haría falta en un espacio tan pequeño—, llevo toda la noche muriéndome de ganas de felicitaros por vuestra sirena.

—Una criatura maravillosa —asienten las otras, y se vuelven hacia él como harían sus tías, con su mejor sonrisa.

—Realmente es algo fabuloso.

—De gran valor para la ciencia, sin duda.

—¡Qué suerte tenemos!

—Señor Hancock —insiste la señora Fortescue, y hay una nueva intensidad en sus ojos y dulzura en la sonrisa que le dedica—, ¿estáis de acuerdo en que las mujeres están condenadas a ser serviles?

A él no lo abandona la sonrisa de estupefacción que tiene dibujada en la cara hasta instantes después de que el pánico se apodere de su mente. No esperaba que fueran a hacerle preguntas, y no halla nada en su cabeza que pueda acudir a socorrerlo. Por lo general, en su día a día, el señor Hancock no ve qué necesidad hay de cuestionarse las cosas, y evita la compañía de los que llama «hombres inteligentes»: esto es, hombres que piensan en el porqué de las cosas y gustan de debatirlo con otros. Así que no está preparado para enfrentarse en ese momento a alguien inteligente que además es mujer. Antes de plantearse siquiera apuntar una respuesta, tiene que vérselas con lo que habrá querido decir esa pregunta.

—¿Serviles? —balbucea.

—Es una pregunta filosófica —dice la señora Fortescue con tono jovial, pero si lo que quería era tranquilizarlo, ha logrado el efecto contrario.

—No hace falta que la responda —tercia Angelica Neal, y él percibe a su vera el aroma a aceite de rosas—. Es que es muy seria, tal vez demasiado. Y hoy nadie quiere entrar aquí en esa clase de debates. —Le pone una mano en la manga.

—Pero si todos somos serviles —suelta él de pronto—. Los hombres también.

—¿Y a qué servimos? —Bel Fortescue clava en él sus ojos oscuros y resueltos, y nota cómo lo va arrinconando pregunta a pregunta—. ¿A qué servís vos? Señor Hancock, ¿creéis en la idea del libre albedrío?

—¡Sujeta esa lengua, Bel! —la corta en seco Angelica—. Nos lo estamos pasando bien, ¿por qué no puedes...?

—Esta mujer ha perdido el seso —susurra la Whig, y eso levanta un murmullo entre las otras.

«Llevo años diciéndolo...».

«Está como ensimismada con sus pensamientos...».

«¿Por qué la siguen invitando...?».

—Al dinero.

—¿Cómo decís?

—Que yo sirvo al dinero. Porque si me preguntáis si soy dueño de todos mis actos, os diré que no. A mí lo que me guía es el dinero. —No sabe si la respuesta es sincera, solo que en cuanto logró entender la pregunta, eso fue lo primero que se le ocurrió decir. Piensa, ya tarde, que la respuesta correcta hubiera sido «A Dios», y se propone rezar más a menudo.

—¿Y eso os preocupa?

—No, eso es lo que hay.

—Sí —dicen las mujeres, afirmando con la cabeza convencidas—. Sí, eso es lo que hay.

Bel Fortescue sigue mohína, pero la señora Chappell se remueve en el asiento.

—Pues eso, que somos todos libres —dice con tono categórico—: libres en ese pequeño mundo que cada uno se ha labrado para sí. —Vuelve la

cabeza hacia donde está sentada Angelica Neal, quien le coge de repente al señor Hancock la mano.

—¡No me aguanto ni un minuto más! —exclama—. ¡Me muero de ganas de ver vuestra sirena! Porque aunque vos no lo creáis, todavía no he tenido ocasión. ¿Me acompañáis?

Se lo lleva sin esperar respuesta, y el pelo le va rebotando sobre los hombros. Tiene la mano cálida y un poco húmeda, pero la sensación de que lo tomen a uno esos dedos delicados le hace sentir al señor Hancock un pequeño cosquilleo muy agradable que le sube por las corvas.

Lo lleva hasta el descansillo de la primera planta, otro espacio amplísimo, con las paredes tapizadas de rojo adamascado y cuadros que cuelgan con pinturas históricas de lo más desasosegante: telas rasgadas, espadas desnudas y caballos encabritados con los ojos en blanco. No le merecen mayor comentario que otras que ha visto, pero aun así puede apreciar que son obras de calidad, copiadas directamente del original, y, sin duda, hechas de encargo.

—¡Es un poco bruja! —le dice Angelica—. Yo nunca sé de qué habla.

El que no sabe qué responder es él.

—¿Hace mucho que la conocéis?

—Pues sí que hace. Nos criamos juntas en esta casa. Claro, que entonces no se llamaba Bel: su verdadero nombre es Harriet y tiene más bien poco pecho.

En el descansillo hay una puerta de dos hojas que está cerrada pero llega el ruido de una fiesta al otro lado: un cuarteto de cuerda, risas, el tintineo de las copas. Otro negro, igual de exquisito que el primero e impertérrita pose, abre las dos hojas de la puerta y los invita a entrar moviendo las manos enfundadas en impolutos guantes de cabritilla. «Nunca me habían intimidado de esta manera», piensa el señor Hancock: nada de matones chupados de cara que ponen a los clientes en su sitio, solo negros que infunden con su presencia un respetuoso silencio.

Angelica sigue a lo suyo:

—Ay, es que siempre está hablando así: «ligado por servidumbre» y «prostitución legal» y bla-bla-bla. Hace que una se pregunte cómo ha llegado tan alto, con lo bajita que es. ¿Si ni siquiera es tan guapa...? —Al darle a

estas últimas palabras tono de pregunta, lo mira por encima del hombro con sus ojos grandes y claros. Tiene la mejilla suave, como un albaricoque, realizada por el colorete; pero a él se le pone pastosa la lengua y le patina el cerebro, no acierta a pronunciar las palabras que le gustaría decir y que ella espera: «No es tan guapa como vos».

El señor Hancock, cuando se ve apurado por la situación, lo que hace siempre es aplicar el ojo que tiene para los negocios. Por eso, al entrar en el enorme salón de la señora Chappell, él no ve las esquirlas de luz trufadas de colorines que rebotan en las paredes, sino los pedruscos de cristal que cuelgan de la araña que las han derramado por toda la estancia; ni ve tampoco el cuello desnudo y el busto de las chicas, sino la gasa de muselina que tan generosamente los cubre. Ve candelabros de cristal con forma de columnas salomónicas y se dice: «Murano». Ve jarrones de porcelana pintados de rosa y verde y piensa: «Eso es de la fábrica de Bow». Observa la finísima tapicería de seda... y aguza el olfato. Francesa, sin duda, y de contrabando. ¿Y no da ello idea de cuánto puede la dueña de todo esto? Repasa la casa de arriba abajo: la seda que recubre las ventanas; las licoreras de malvasía, oporto y brandi; las mesas de duramen jaspeado: los enumera y tasa mentalmente, como si pudiera colegir el efecto que tiene en él la maquinaria que los produce. También se fija en la gente, cómo no, pero en ambos sexos encuentra motivo para la sorpresa. No son de su clase, «aunque a lo mejor ahora he de intentar hacerme yo de la suya», se dice. Cada una de aquellas mujeres presenta un acabado perfecto y resplandece ataviada con modas que son nuevas para él, y hace por memorizar cada detalle del vestido y el peinado para poder describírselo luego a Sukie, siempre ávida de conocer lo que está a la última en la ciudad. Solo que a él eso no se le da bien, y ella acaba preguntando: «No, pero ¿que cómo era la cola del vestido?»; o bien: «¿Y no os fijasteis en si llevaba o no abanico?», y termina pensando que su tío la ha dejado en la estacada una vez más.

—Observaréis que está aquí medio gobierno. Solo les falta ir en comandita al Parlamento —dice Angelica.

Él se fija con más detalle, y es verdad: todos los hombres que van desfilando delante de sus ojos son gente de alcurnia, y le suenan tanto sus

caras que es como si él también formara parte del carrusel de rostros caricaturizados en los panfletos que se pasan de mano en mano en la tertulia del café. Además, a varios los ha visto en persona alguna vez, cuando ha tenido que acudir por cuestiones de negocios a la parte más occidental de Oxford Street, o a las elegantes plazas llenas de árboles al norte de dicha calle. Otras veces, en la hedionda y ensordecedora marabunta que frecuenta las peleas de gallos o las exhibiciones. Pero están hechos de otra pasta, eso lo sabe bien: no hay que tocarlos ni hablar con ellos, por muy cerca que pasen de uno.

—¿Están todos..., están aquí por mí? —pregunta con tono apocado—. ¿Por mi sirena?

—Así es —dice ella—. No se habla de otra cosa en la ciudad.

—Con todo lo que tienen que hacer estos señores tan importantes, ¿y lo dejan para venir aquí?

—Para ver vuestra sirena.

Él no da crédito. Miembros del Parlamento, licenciados, dotados del intelecto más agudo y de la ambición más elevada, han acudido a ver algo que él, el señor Hancock, les ha traído de lejos.

—Jamás lo hubiera imaginado —dice, y ella le aprieta la mano como a un niño pequeño que llevan a ver una casa de fieras porque ha sido bueno.

—Pues a partir de ahora, ya podéis ir os acostumbrando —responde ella.

Dicho esto, tampoco es que le parezcan nada del otro mundo. Llevan todos esas casacas azules combinadas con camisolas y pantalones de ante, y le parecen poco más o menos lo mismo, le cuesta distinguirlos; aunque algunos son jóvenes y altos, y otros están entrados en carnes y rozan ya la mediana edad. Además, los ve sucios y desaliñados: tienen aspecto de no haber pegado ojo la noche anterior, con manchas en la pechera y en los fulares, y sueltan por el aire un olor acre a cuerpos tan embebidos en alcohol que les sale por todos los poros. Cuando se pasa la mano por el mentón, comprueba que es posible que lo tenga mejor afeitado que muchos de los que están ahí, salpicados de una barba de tres días o más.

Lo observan cuando se mueve entre ellos —siente sus ojillos clavados en él—, pero no saben dónde meterlo: ¿es un comerciante que se ha equivocado de puerta y ha entrado dando tumbos donde no debe? ¿Un borracho

recalcitrante que viene buscando alguna acólita de Venus? ¿O quizá un padre airado que acude a sacar a su hija de allí y devolverla al buen camino? Como no adivinan quién es, renuncian a acercarse a saludarlo, le dan la espalda y siguen cada cual con su conversación.

—¿Vos os hubierais imaginado que acabara siendo semejante cosa? —dice uno alargando las vocales.

—¿Y que acabara aquí? —responde su interlocutor—. Nunca se vio que encanijaran tanto a una criatura.

Lo que está claro es que si al señor Hancock le choca su forma de hablar es porque le falta cultura: es culpa suya si no puede entender esa forma tan infantil que tienen de articular las palabras, sus juegos vocálicos para distinguirse y recalcar la esmerada educación que han recibido. Dado que lleva dos años apartado de todo contacto con los *Whig* y sus refinamientos, se le puede perdonar que le suene a pura cacofonía trufada de paródicos estornudos: ponen todo el énfasis en pronunciar la primera sílaba y luego arrastran lo que sigue, como si en algún punto entre la primera letra de una palabra y la última hubieran perdido toda convicción en lo que estaban diciendo. Es consciente —y se avergüenza a la vez— de que no los soporta, porque él es *Tory* hasta la médula, como lo fue su padre antes que él. Es lo que hay que ser cuando uno es patriótico y honesto. Aunque nunca hasta ahora se ha sentido raro por serlo.

En un extremo de la sala se apelotonan unos cuantos delante de otra puerta de doble hoja. Entonces se hace un claro para abrir paso a una pareja que sale, con la cara roja y cierto atolondramiento.

—¿Cómo es? —gritan los que esperan.

Pero desde donde está no es audible lo que farfulla la pareja: le llega solo la risita histérica de la chica, que casi ni respira y se lleva los puños a ambos lados de la cara, una burda imitación del *rigor mortis* de la sirena. Hay jóvenes de ambos sexos que se asoman para echar un vistazo por la puerta entreabierta.

—¡Ah, eso sí que no, tenéis que esperar vuestro turno! —Y allá que entra un trío de chicas que no se sueltan de los brazos. Una vez dentro, suena un chillido a coro y salen las tres de golpe, clamando a los cuatro vientos que no esperaban ver nada tan horripilante.

—Toda esta gente ha venido a ver a vuestra sirena —dice Angelica Neal—. Han venido por vos. —Tira de él sin miramientos y lo lleva entre la concurrencia, volviendo la cabeza para hablarle por encima del hombro—: A estas chicas las cautiva vuestra criatura, les encanta pasar miedo. Seguro que tenéis un montón de historias extraordinarias que contar.

Le mira la boca un instante y entonces se vuelve, encara la puerta y empieza a aporrearla:

—¡Dense prisa los de ahí dentro, que nosotros somos más importantes! —Se pone de espaldas a la puerta para poder mirarlo a él—. Me pregunto si así consigue que los hombres se sientan más seguros de sí mismos —dice—. Me refiero a Bel, a esa forma que tiene de ridiculizar la situación de las mujeres. Si es para que vean a las claras que es ella la que ha elegido esta vida.

Y una vez más, él no tiene nada que decir.

—Pues es posible —deja caer.

—Yo sí que lo elegí —dice ella con ternura. Entonces se le acerca y él siente que lo embriaga el olor a almidón, la esencia de rosas, el mismo aroma maduro que desprende su piel—. ¿Sabéis por qué?

Él responde que no con la cabeza.

—Porque nunca soy más feliz que cuando un hombre me tiene en sus brazos. No hay placer en el mundo que se iguale a ese.

Sus cuerpos casi se rozan. Ella planta las manos en la puerta a ambos lados de las caderas, de tal manera que se queda justo enfrente de él. El señor Hancock hace lo posible por no mirarle el busto, pero en ningún momento lo logra y lo recorre con un rubor en la mirada, la garganta, la barbilla, los labios: con cada golpe hondo de aliento que da Angelica, le palpitan los senos, pálidos y suaves, y un temblor agita las flores en el borde del vestido.

Entonces se abren las puertas y se cae hacia atrás dando con sus posaderas en el suelo.

Salen tres jóvenes marinos, con las casacas de terciopelo índigo y los calzones blancos, y cuando Angelica se estampa contra la tarima, casi encima de ellos, se los ve debatirse entre la consternación y el júbilo.

—¡Cielos! —dice uno de ellos que tiene el pelo negro todo descolocado mientras los otros, con la alegría que da el vino, se llevan las manos a los

costados y ríen hasta que se les saltan las lágrimas—. Debéis tener cuidado con la marea, señorita, ¿qué estabais haciendo para caer así?

El señor Hancock se queda paralizado, sin saber qué hacer: porque una cosa es que se caiga al suelo su acompañante, pero la presencia de hombres jóvenes con casacas azules siempre lo pone melancólico. Ya en su primera juventud albergó la ambición de que un hijo suyo fuera a la Marina; y pudiera ser que el joven Henry se estuviera corriendo ahora una juerga en algún puerto extranjero, convertido en guardia marina, con los rizos alborotados igual que los que tiene delante.

Como ve que el señor Hancock no mueve un dedo para ayudarla, el teniente de pelo negro se agacha para tomar a Angelica de la mano.

—No os molestéis —protesta ella toda alborotada.

—Perdonadme —dice el señor Hancock, y da un salto a destiempo para ayudarla, pero con los enormes faldones que lleva y el corsé, Angelica no puede doblar el tronco, se debate en un mar de sedas y no alcanza a levantarse.

Los hombres forman un semicírculo a su alrededor y se la quedan mirando; uno no puede parar la risita nerviosa, mientras ella sigue hecha un ocho en el suelo y el armador, sudoroso, le tira del brazo.

Pasan unos instantes y, por fin, el teniente toma la iniciativa:

—Permitidme, os lo ruego. —Y así, él tirando de un brazo y el señor Hancock del otro, la levantan del suelo en un santiamén.

—¡Por fin la botan! —grita uno de los hombres.

—Brindo por ello —dice otro, y se alejan los tres a carcajada limpia llenando el aire de vítores.

—¿Os habéis hecho daño? —dice el señor Hancock.

Angelica se sacude las faldas y procura cardarse el pelo con las manos, y lo que está es furiosa.

—Cerrad la puerta, os lo ruego —suelta—. Que no deseo dar más el espectáculo.

—¿Y me quedo aquí con vos? —se atreve a preguntar, pero ella no para de sacudirse el vestido refunfuñando, y no le contesta.

—Hay que ver, ¿quién habrá invitado a esa tropa tan desagradable? Hace diez años no habrían tolerado tanto jolgorio en este establecimiento. Está

claro que la clientela ya no es lo que era...

Y en ese instante ella lo encara con tanta inquina en la mirada que a él le parece que debe dejarla a solas. Aunque le da miedo salir sin escolta al salón, atestado de gente, y decide que le conviene más la compañía de una mujer airada que la multitud condescendiente, así que cierra la puerta, echa el cerrojo para estar más seguro y se quedan solos en la gruta de la sirena.

Comprueba que lo han montado todo muy bien: la señora Chappell se las ha ingeniado para conseguir muchas peceras de distintos tamaños, llenas de agua verde y plateados peces. Esas sombras azuladas son las que brillan en todas las velas: la media luz le aporta al entorno una rara frialdad subacuática, y las paredes están forradas de seda cruda y ristras de perlas. Lo que es la sirena, la tienen izada encima de un pedestal, rodeada de pedazos de coral rojo y blanco, y el titilar de las velas da la impresión de cierto movimiento: como si el coral flotara en las mareas y la sirena se escurriera llevada por la corriente. Suena, además, el borboteo de una fuente en algún punto de la sala.

Y entonces se oye el canto.

No ve a ninguna chica por allí, pero hay voces de féminas que se enhebran unas con otras y lo rodean con una melodía sin palabras: como si todas las sirenas se hubieran conjurado para atraerlo a sus costas. Los ruidos de la fiesta al otro lado de la puerta se los ha tragado la tierra.

—Vaya —dice ella. Recompuesta la figura, tiene los ojos clavados en el cuerpo retorcido de la pequeña sirena—. O sea, que este es el aspecto que tienen.

La luz cambiante le borra el contorno, como un aura trémula. Y cuando se percata de que la está mirando, sonrío como si nada la hubiera importunado antes.

—¿A vos os gusta?

—A mí sí —responde el señor Hancock.

Ella avanza hacia él, y un gemido de sedas inunda la estancia.

—Venid —le dice—, que deseo mirarla más de cerca. —Y lo toma de la mano y lo lleva delante mismo de la criatura.

Aunque él intenta adoptar una expresión sesuda, la verdad es que ha visto tantas veces a la sirena que le cuesta percibir nada nuevo en sus formas y posa en ella los ojos ya sin verla. Al tener a Angelica tan cerca, y más cerca

que se le acaba poniendo todavía, le cuesta pensar en nada que no sea la proximidad de su cuerpo; y le duele cada nervio de los dedos mientras ella los acaricia y les arranca un canto nuevo. La tiene justo al lado, sus brazos se tocan, y lo arrebatada la calidez de su cuerpo, toda la gama de sensaciones que sugiere esa piel. Sube tenuemente el volumen del canto invisible, y él piensa: «No es de sirenas esta música, sino de ángeles». Ella lo mira muy seria y aproxima su cara a la suya: es tan linda que le apetece posar los labios en esa arruguita que tiene entre ambas cejas. Pero sigue inmóvil, y ve cómo Angelica entreabre los labios y los ojos de ella buscan sus ojos.

Él ya se siente morir solo de tenerla tan cerca, pero entonces ella se contonea levemente, y el corsé cae y le libera los senos. Una de dos: o es una consumada experta en lo que hace, o hay cosa de ingenio en la ropa, algo que no llevan todas las mujeres, porque lo consigue con un único y rápido movimiento, y sin dejar de mirarlo. Asoman luego dos centímetros más de su cuerpo, solo eso; mas quedan los pechos turgentes contra la tira de felpilla bordada de flores, y el olor a vainilla y agua de rosas inunda la estancia junto con otro olor, lo que le parece ser el olor de su cuerpo: algo parecido a la fragancia que desprende la fruta arrancada del árbol, ciruelas o duraznos, un aroma curado por el sol, una especie de promesa. Todo está en su sitio en lo que alcanza a ver de sus pechos: colmados y pálidos, surcados por una o dos vetas perladas, apenas si se estremecen con el pulso que palpita en sus venas.

—Traed —susurra, y le coge la mano y se la pone directamente en el busto.

Y por un momento, al sentir su piel en la de ella, pierde la cabeza. Hace el corsé el efecto de apretarle los pechos, uno contra otro; nota el leve rocío del sudor que los impregna y cómo ceden al avance de sus dedos con un pequeño respingo. De ser más atrevido, los sobaría, presionaría, estrujaría y colmaría las palmas de sus manos con ellos: pero es que está lo que se dice petrificado.

Completamente inmóvil, igual que un niño al que sorprenden en mitad de una travesura, se queda así, incapaz de retirar la mano del cuerpo de ella. La nota tan suave... En fin, ¿con qué es posible compararla? No es suave como el terciopelo o la seda, ni como la lana virgen. Es suave como la carne humana, y no hay más: piel cálida y blanca que cubre con un manto su ondulada enjundia de mujer; y más hondo todavía, están sus tendones y sus

músculos, su sangre caliente y el bombeo de su corazón.

—¡Alma mía! —susurra el señor Hancock, y el canto se interrumpe unos instantes, se diría que por una risita nerviosa.

En la luz verde que empaña el ambiente, ella lo mira a la cara con una expresión muy precisa que pudiera indicar picardía o pura adoración.

—Lo que yo deseo que vos me hagáis... —susurra, y él ya no puede controlarse más.

Se apretujan un poco más uno contra otro. El pelo de ella rodea la cara de los dos, como una orla, a la luz enhiesta de las velas. La sirena contrae el cuerpo en una mueca oscura debajo de la campana de cristal, pero ninguno de ellos repara en ella.

—Aunque aún queda noche por delante —murmura Angelica, intercalando entre una y otra palabra los besitos que le da con la lengua en los labios y en la cara. Son besos firmes, delicados, como su boca: él siente la precisa curva que hace el labio de arriba con solo sentirlo posado en la piel—. Llevamos ya mucho tiempo encerrados aquí dentro y hay otros que esperan su turno para entrar. —Lo coge otra vez de la mano—. ¿Volvéis conmigo a la fiesta?

Él la atrae hacia sí: la agarra por la cintura y no puede aguantarse, y recorre con las manos su espalda, sus caderas, hasta que las sube despacio a sus pechos. Hay algo que lo atrae en la forma de su cuerpo: su simetría, sus dimensiones, la pura curva que la habita, hasta tal punto que cree que podría pasarse todo el día tocándoselo, sin cansarse nunca.

—Venid conmigo —dice ella, y se aprieta contra él para comprobar que está duro como un poste.

—¿Y no podría yo...? —pregunta él—. Aquí nadie nos ve. No tardaría mucho.

—Pues supongo que sí podríais. —Y le brillan un poco los ojos con una invitación a que no lo haga. Él cree que a lo mejor se ha expresado mal, pero es que siempre ha pensado que agradecen que un caballero no tarde demasiado. Ella se aparta, como si eso le hiciera más fácil decir lo que tiene que decir—: Ahí fuera hay una fiesta en vuestro honor. La señora Chappell ha preparado muchas cosas que vos no habéis visto todavía, y además me apetece bailar. —Ya está descorriendo el cerrojo, pero antes de abrir la puerta

del todo lo mira una vez más con esos ojos tan grandes que tiene y dice—: Cuando obtengáis vuestro placer conmigo, señor, quiero que tardéis todo el tiempo del mundo.

Él ve el destello que lanzan los dientes de ella cuando entreabre la boca. Luego es ella la que estalla con una mirada traviesa.

—¡Vamos! —dice Angelica—. Que empieza el espectáculo.

## CATORCE

Lo primero que nota, nada más regresar al gran salón adyacente, es que todos los miembros de la pequeña orquesta están vueltos contra la pared. Siguen tocando y le dan la espalda a lo que acontece; hasta el director tiene los pies a apenas un centímetro de la pared, de tal manera que cuando sufre un raptó de inspiración con la batuta raspa los nudillos contra el yeso.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta el señor Hancock, con su mano todavía en la de Angelica.

La concurrencia ha dejado libre el centro de la pieza. Se ha arrimado a las paredes y forma un círculo que en algunos tramos tiene hasta tres o cuatro hombres de anchura. Los hay que están recostados en divanes; a algunos les tocan el pelo y las solapas amorosamente algunas de las chicas. Pero incluso estos últimos están a la espera de algo, con una rara atención que los lleva a estirar el cuello todo lo que pueden para no perderse ni un ángulo del salón.

—Pues que está a punto de empezar el espectáculo —dice Angelica.

Y justo en ese momento la emoción cuaja en el ambiente con un pequeño fragor y la señora Chappell, a voz en cuello, anuncia:

—¡Un baile! De sirenas y marineros.

Los lacayos abren las puertas de par en par y primero entran ocho hombres jóvenes muy animados, desnudos de cintura para arriba: lucen pañuelos y calzones blancos de loneta que tiemblan como con un aleteo a la altura de los tobillos. Sube el tempo el director de orquesta y ellos empiezan con las evoluciones de un baile de marineros que hace ondear sus pañuelos y llena el aire con un estruendo de pies estampados contra el suelo. Les brilla el sudor en la espalda, en la leve depresión de la espina dorsal, y por encima del

zapateo se oye la sincronizada pauta de sus respiraciones. Son rostros jóvenes, bien lavados, apenas asoma la barba en los mentones, y tienen el cuerpo terso y depilado.

—¡Esos chicos no han montado nunca en barco! —se mofa el señor Hancock cuando el público rompe a aplaudir, pero Angelica le clava el codo en las costillas.

Quedan los bailarines inmóviles un instante, con los pies separados, y suben y bajan los pechos desnudos bajo el fulgor de los candelabros.

Se vuelven a abrir las puertas y llena el salón el sonido agudo y envolvente del canto femenino. Murmura el público, y al señor Hancock le parece que la temperatura ha subido uno o dos grados. Los hombres son todo ojos, hay un parpadeo constante, un anticiparse la mirada a lo que se avecina, un frenético escrutinio de todos los rincones de donde pudiera venir: la luz se posa en la miríada de estrellas que salpica de humedad los ojos de los presentes.

Y en esto que entran cantando ocho hermosas chicas, las potrillas de la cuadra de la señora Chappell. Vienen todas con un peine en una mano y un espejo en la otra; les cae el pelo por hombros y espalda, y están prácticamente desnudas. Llevan aljófares al cuello, y los cabellos los traen llenos de ramitas de coral y ristras de perlas, pero lucen impunemente pechos y vientres. En las muñecas tienen prendidas madejas de gasa de color verde mar que quedan flotando en el aire a su paso, y atados a la cintura lucen ingeniosos cinturones de madreperla: entretejidas, a modo de escamas, van muchas conchas iridiscentes que chocan entre sí con apagado ruido metálico cuando las sirenas mecen las caderas. Algunas de estas piezas de nácar caen a popa y a proa, más por recato fingido que por verdadera modestia, pues el señor Hancock ve a las claras que el vello que cubre sus montes de Venus se ha tornado verde por arte de magia, como el musgo que rodea una pileta en la costa rocosa.

—¡Ay, qué bien hechas están! —grita Angelica, y empieza a aplaudir.

—Tanto que solo les falta tomarse una buena dosis de arsénico —dice el señor Hancock, aunque no tan alto como para que se oiga más allá del cuello de su camisa. Y en voz más alta añade—: Nunca vi cosa igual. —Lo cual, si bien es más diplomático, no es menos sincero, pues cierto es que ha quedado

tan espantado con la visión de estas sirenas como quedó con la suya y verdadera.

Espantado y poco contento: reconoce entre las chicas a las que ha visto antes, a la mulata de abajo, por ejemplo, que tiene los pezones negros como uvas pasas y cierra los ojos antes de acometer una lánguida danza. Y lo incomoda mirar a estas damiselas tan jóvenes, a las que cuesta imaginarse como algo más que criadas echadas a perder, o niñas que se han fugado de casa. Salta a la vista que tienen todas un cuerpo hermoso, pero a él eso no le dice nada, solo siente lo que sentiría un tío que se preocupa por una sobrina: ponerle las manos encima a un ser tan púber, a su edad, le parece a la vez indecoroso y de mal gusto. «Mas ¿quién soy yo para decir nada? No me toca a mí el papel de árbitro del gusto; de eso se encargan los próceres que hay en esta sala», se dice a sí mismo.

Las chicas forman una sola fila, situándose cada una delante de un marinero, y al son de la música que no cesa, atacan una nueva canción.

—Ahora empieza la seducción —susurra Angelica, y justo cuando las sirenas empiezan a cantar y a hacerles señas, los marineros se acercan despacio a ellas con toda la intención. Las chicas se miran, coquetas, a los espejos; tiran con el peine de largos mechones de pelo y dejan que les caigan sobre los hombros en una sincronía perfecta.

Es entonces cuando el señor Hancock percibe que el entusiasmo que sienten los marineros por las sirenas no es fingido: porque debajo de todos los calzones de loneta se adivina idéntica hinchazón; un bulto que crece con cada repaso que le dan las sirenas al pelo y con cada amoroso movimiento de caderas.

—¿Qué está pasando? —pregunta con tono cortante.

Porque no se ha disipado la atmósfera que embargaba el salón, esa mirada de anhelo atenta y vigilante que ya vio antes de que entraran las chicas. De hecho, es ahora más intensa si cabe. Los hombres están más atentos y emiten una especie de vapor sudoroso, en una tensa espera que les corta el aliento. Hay quien hasta suelta un leve quejido. Las chicas semejan ninfas bailando en un río, tal y como aparecen recogidas en los frescos de la Antigüedad; les tiembla el busto sobre la cavidad de las costillas, y se bambolea o cede a la presión que ejercen cuando estiran los músculos. Pero es que todos los

hombres que las miran, salvo en señor Hancock, las miran con una mano metida dentro de los calzones.

—¿Qué locura es esta? —susurra.

El hombre que tiene al lado besa y le mete la lengua a una de las damas jóvenes, y ella alarga su mano con carácter de urgencia hacia la hebilla del cinturón de él. El resto no pierde detalle de la danza; ni pierden vigor sus muñecas mientras las sirenas desfallecen en brazos de los marineros. Y conforme las manos de los ocho marineros van subiendo por los flancos de las ocho sirenas en sincronización perfecta, y ocho pezones relucientes son apretados por la combinación de ocho dedos índices y ocho pulgares, los viejos empiezan a quitarse las casacas y a aflojarse las corbatas. Se diría que las sirenas van nadando en brazos de sus amantes, que sus cuerpos se frotan contra ellos y ondulan de forma parecida a una danza perfectamente orquestada, pero que tiene ya poco de danza.

El marinero emparejado con la chica mulata es el primero que se desabrocha los calzones, pero los otros lo siguen en rápida y coreografiada sucesión.

—Algo me dice que estos no van a parar —dice el señor Hancock.

Angelica mira atenta con ojo crítico, como si asistiera a la representación de una nueva obra de teatro.

—¿Parar? —dice—. Pero si apenas acaban de empezar...

Por toda la sala, a la altura de la cintura el ajeteo es palpable. Los hombres se alivian como si estuvieran solos, con los faldones de la camisa colgando sobre las velludas tripas. El señor Hancock descubre por fin cómo les gustan los tocamientos a los once miembros del Parlamento. Algunos siguen de pie para no perderse ni una de las evoluciones del baile; otros ocupan ya los divanes y desatan las cintas de los blancos vestidos de sus damas: caen las telas como espuma de mar dejando a la vista sus cuerpos, y las hermosas ninfas se ponen manos a la obra para que no decaiga el ánimo de sus amantes.

Están ya en el suelo los calzones de los marineros. Hienden el aire los baupreses.

—¡A envainar! —brama la señora Chappell—. Si no os pertrechasteis de protección al entrar aquí, hacedlo ahora. Como vea a alguno que entra en la

sima sin armadura, puedo asegurar que ese ya no dará más envites. —Una criada, ataviada para la ocasión, corretea por la sala con una gran vasija de mármol llena de leche, en cuyo fondo reposan empapados los preservativos para aumentar su elasticidad. La señora Chappell coge uno y lo sacude hasta dejarlo seco, momento en el que lo sostiene en alto para que lo vea todo el mundo—. ¡No valen excusas!

Los marineros agarran a las sirenas por las caderas, los prebostes de la primera fila sacan al aire sus miembros, y el señor Hancock se dirige dando tumbos hacia la puerta. Se abre paso entre hombres que están a cuatro patas, rijosos como babuinos, sin mirarlos: pero sobre todo haciendo cuanto le es posible para no tocarlos, y así avanza con los brazos en alto para taparse la cara, mientras tira de codos y antebrazos a modo de machete en la espesa jungla.

Angelica sale detrás de él.

—¿Adónde vais? —pregunta cuando llega a su altura en el descansillo de la escalera.

El señor Hancock da grandes bocanadas de aire, como un nadador que se debate entre las olas y por fin sale a flote.

—Me marchó —dice.

—¿No queréis...? —Le pone una mano en el brazo—. ¿Por qué no os quedáis? —dice con tono meloso y dulcísimo ademán—. Si esto no es de vuestro agrado, podemos retirarnos. Hay habitaciones privadas en la planta de arriba —añade, y su voz es ya puro arropo.

—No. No y no. —Ahora ya no la desea. Le parece que está mancillada, que su belleza es profusa en exceso, visible para todos. Nada en ella es secreto ni íntimo: ve lo que es, una chuchería para cebar el deleite de los viejos, nada más. Se le ha mudado la sonrisa por un mohín en la boca, y la arruguita ha sentado sus reales entre ambas cejas, pero le da igual ya qué cara ponga—. Me he equivocado —dice sin más.

—Venid —lo apura ella, con la voz más seductora, suave y aguda que tiene—. Venid a sentaros conmigo.

—Este no es sitio para un hombre como yo.

—Venid a tomar una copa de algo bien rico.

—He de irme.

Antes de que ella pueda rogarle más, él se suelta de su mano y va derecho a las escaleras. Y ella lo ve desde la barandilla, ve cómo le alcanzan el sombrero y el abrigo los lacayos. Se inclina entonces sobre los barrotes.

—Corazón, no os vayáis —dice en voz alta, pero él no vuelve la cabeza, y recibe por única respuesta el apresurado ruido que hace al bajar la escalera de mármol; luego, la visión fugaz de su coronilla cuando pasa debajo de ella y sale por la puerta.

## QUINCE

Puede que Angelica se crea lo que ha dicho: que para ella no hay placer mayor que sentirse rodeada por los brazos de un hombre. Sin embargo, el hecho de que lo crea no quiere decir que sea verdad. Porque ha tenido que aguantar encuentros con muchos hombres que no fueron de su agrado: breves algunos, demasiado largos otros; más de uno violento, y más de dos en los que casi ni se enteró; varios fueron exóticos y muchos resultaron tediosos. Ha procurado el placer a hombres que le daban asco porque les apestaba el aliento, o por el hedor a alcohol que emanaba de ellos; hombres de axilas hediondas, rociados con litros de agua de colonia rancia. Y les ha dejado que se vacíen, de distinta guisa, por sus senos, en su vientre, a sus pies, en las sábanas, en el pelo y en la baja espalda; además de en prácticamente todos los orificios que se les antojaran. Se ha puesto el tricornio de un almirante, ha fingido ser inocente como una niña de uniforme, y ha llegado incluso a bajar a hurtadillas la escalera de atrás en camisón para ir en busca de una vara apropiada, un batidor o un sacudidor de alfombras cuando le pedían mano dura en la cama. Ha tenido que aguantar a perversos que no se daban tanta maña como decían a la hora de trabajarle los bajos con los labios, con la lengua (y, ¡válgame Dios!, con los dientes), horas y horas seguidas, y ha tenido que arrimar la boca a cosas que, de ser por ella, jamás habría catado.

En resumidas cuentas, que su coital carrera no ha sido lo que se dice un camino de rosas. Aun así, con todos los sinsabores, el tedio y el horror que tenga que sufrir en atención a sus clientes, todo queda eclipsado con creces por el disfrute inherente al ejercicio de su profesión. Ser puta le viene al carácter de Angelica como anillo al dedo por muchas cosas: le gusta vivir

rodeada de otras mujeres y compartir secretos con ellas; le gusta cantar, beber y bailar; le gusta que la mimen; le gusta que la miren.

Y lo que más le gusta es que la deseen.

Le encanta ver cómo los hombres entontecen cuando se la quedan mirando, los ojos de cordero que le ponen, cómo se atropellan al hablar. De hecho, no es que le encante, es que la pierde. Comprobar que sus ojos, su cuerpo y el ademán que tiene es lo que los saca de quicio; sentir que les sudan las manos cuando se quitan los guantes; o ver la crispación involuntaria de sus miembros cuando se acerca a ellos; descubrir ese ultramundo secreto del toma y daca en el que tiene casi tanto poder como ellos, si no más: todo esto provoca en ella una excitación sin límites, y los incita a caer en pasiones todavía más grandes, enfebrecidos de renovada furia. Disfruta cuando la persiguen, mas no se siente capturada nunca, pues ella y nadie más que ella decide si le ponen o no las manos encima.

Por eso la inquieta esta situación: porque no se ha visto nunca en otra igual. No tenía otro plan para esta noche, y no comprende cómo puede haberse torcido. «Y eso que no es más que un pobre armador», piensa al entrar como una exhalación en la enorme y, a estas horas ya, orgiástica cámara. «Me lo tenía que haber trajinado en un periquete. No sabe ese hombre lo que se ha perdido, pues bajo ningún concepto pienso dejar que se me acerque nunca más».

Y ahora, ¿qué va a hacer? Han entrado ya todos a matar, sin más preámbulo. Aunque hay allí más de uno con el que podría tener un encuentro, pues llevan tres años viéndola sin poder tocarla, tan dócil en un rincón del saloncito del duque en su retiro campestre: los pechos ocultos debajo del encaje y el pelo sin ningún adorno. Y qué hombre con sangre en las venas no desea a la amante de su amigo, después de todo. Y qué hombre de ventura y ambición no mete lo que haya que meter toda vez que su amigo ya no está allí para defender la plaza. Tiene ahora Angelica ocasión de volver al firmamento: flirtear, seducir y negociar, pues ha de haber quien la proteja entre los que no le quitaron ojo durante tanto tiempo.

Pero descubre que ya no tiene cuajo para eso. «¿Qué fue lo que le dio tanto asco a Hancock para que le fuera tan fácil irse así, sin más? ¿Tuvo que ver con la escena que estaba presenciando o con algo de lo que yo carezco?

¿Qué me falta a mí, será mi modo de actuar o mi semblante?».

«¿Será que soy demasiado vieja?».

Y se queda en un segundo plano, en la penumbra, limitándose a sonreír si la llaman a gritos sus admiradores aquejados de priapismo. Piensa, como quien no quiere la cosa, en el oficial de la Marina de pelo negro: joven y guapo, quizá también impresionable. Porque es cierto que la mirada que se intercambiaron cuando la ayudó a levantarse no cayó en saco roto. En eso no hay engaño que valga: algo se comunicaron en ese instante; mitad saludo, mitad pregunta. Seguro que él también lo sintió.

Mas no, no va a ir a buscarlo. Porque si un pobre hombre con tripa no responde a sus encantos, seguro que un crápula en plena juventud se reirá en su cara.

Así que sube apesadumbrada a los aposentos privados en la planta de arriba, donde las criadas salen a pares por la puerta disimulada en la pared con grandes brazadas de ropa de cama, mientras la señora Chappell las manda de un lado para otro sin alzar mucho la voz, conteniendo el aliento:

—¿Que también está ocupada la habitación azul? Pues entonces no se hable más, no se hable más: habrá que darle uso también a mi propio cuarto.

Polly, con un repiqueteo de escamas, embadurnada toda de verde, no para de bailar sin moverse del sitio, llena de angustia.

—¿Y entonces adónde voy a llevar al almirante, si esta —fulmina con la mirada a Elinor, igual de embadurnada que ella— se retira a vuestro cuarto?

—¡Señor, Señor! Está la casa que no cabe un alfiler. —La señora Chappell se lleva los puños a los ojos un instante, luego alisa el delantal de gasa con gesto decidido y calmo—. Vale: Lucy y Clarinda, preparad las habitaciones del servicio para que las ocupen también los clientes. Las camas no aguantan mucho y las escaleras son muy empinadas, o sea que nada de llevar allí a los viejos porque, una vez que suban, no habrá quien los baje.

—¡Si solo fuera por eso! —dice una de las chicas con un resoplido de sorna.

Pero la señora Chappell le quita importancia al comentario con un manotazo al aire y sigue dando órdenes:

—Después sacáis al descansillo el sofá de mi cuarto, y que se apañen ahí para una emergencia. En cuanto a ti —se vuelve hacia Angelica—, si lo que

buscas es una cama, menudo disgusto que se va a llevar el señor Hancock: porque no hay rincón en esta casa que no haya sucumbido al vicio.

—No tenéis que inquietaros por lo que a mí concierne.

—Entonces, ¿qué haces aquí atosigándome? ¿Es que ha pasado algo? ¿No entretienes al caballero como es debido?

—Sí, sí. Por supuesto que sí.

—Porque no tiene que faltarle nada a ese hombre. No se te ocurra abandonarlo, señorita, que esta es su fiesta y lo quiero bien contento. Esa sirena nos hace buena falta.

—Está que no cabe en sí de gozo.

La señora Chappell entrecierra los ojos.

—¿Dónde está?

Angelica duda un instante, pero salen las chicas con el sofá, sin ver muy bien por dónde van, y tiran un biombo japonés: corta el aire un chasquido terrible, y uno de los paneles lacados se parte en dos.

—¡Cielo santo! —exclama la señora Chappell—. ¿Ahora qué me habéis hecho, zopencos? —Las chicas están lívidas, y una se echa a llorar en el acto—. Vete de aquí —suelta la señora Chappell dirigiéndose a Angelica—. Sea lo que sea lo que hayas venido a hacer, no tengo tiempo para eso. Haz algo de utilidad: llámalos a cenar, que los viejos ya se han excedido bastante, me parece a mí. Van todos como alma en pena de un lado para otro y solo esperan que les demos de comer. A ver si para la medianoche los hemos mandado a su casa.

—Y entonces sí que empezará la fiesta de verdad —dice Elinor loca de contento, pues se muere por una copa de algo fuerte, y sabe que no puede beber mientras esté de servicio.

Angelica mira una vez más por si ve al oficial de Marina. Luego baja las escaleras y le da un golpe al gong que hay en el descansillo de la primera planta.

—Venid a tomar un refrigerio —anuncia a la concurrencia del gran salón, allí donde algunos se tientan la ropa y parpadean desorientados—. En la planta de abajo, todo lo que gustéis.

Han sacado una mesa larga como por arte de magia que ocupa el enorme atrio de entrada a la casa; dispuesta para cincuenta comensales, no faltan

empanadas y pasteles, pollos asados, gelatina y helados. La única sentada por el momento es la señora Fortescue, que tiene el plato vacío pero se ha llenado la copa hasta el borde.

—Vaya —dice Angelica, y se sienta a su lado mientras los invitados van bajando afectados de distintos grados de desnudez—, si tenemos aquí al fantasma de la fiesta.

Bel escudriña la escena.

—¿Qué le ha pasado al hombre de la sirena?

—Que se ha ido. —Hay una torre de frutas caramelizadas a esa altura de la mesa, y Angelica se lleva una a la boca. Cruje entre sus dientes y suelta todo el sirope del que está rellena. Coge entonces otra y se lame los dedos—. Tanta lascivia no fue de su agrado —añade, y tiene en la voz un tono de aplomo.

—No me extraña.

—Yo solo sé que me importa bien poco. —Cuesta entender lo que dice, pues tiene la lengua ocupada en despegar una castaña confitada que se le ha pegado al paladar—. Puedo aspirar a algo más que un tendero remilgado y viejo que tiene la peluca chamuscada. —Consigue tragar—. Y pienso hacerlo, esta misma noche.

Bel se pone seria hasta cuando cotillea.

—¿Te ha llamado alguien la atención? —susurra—. Veamos, señálmelo. Arriba los abanicos. Y así, camufladas, recorren la sala con la mirada.

—Al lado del piano —dice Angelica, y sonrío de tal manera que, a aquella distancia, podría estar simplemente intercambiando algún cumplido—. El oficial de Marina, el del pelo negro.

—¿El que está hablando con el señor Winstanley? —dice la señora Fortescue, y lanza una mirada afable justo en la dirección opuesta—. Conozco a ese hombre.

A Angelica le entra un pequeño ataque de nervios, pero la señora Fortescue endereza el gesto y dice que no con la cabeza de manera casi imperceptible.

—Nada que hacer ahí —dice—. No tiene dinero.

—Pero bueno, eso no importa. También tengo derecho a pasármelo bien.

—Eres una avariciosa, y no sabes controlarte —la reprende la señora

Fortescue—. Siempre quieres llevarte el bollo más gordo del plato. Pero querida, en tu situación...

—¡Ya, mi situación! ¡Siempre a vueltas con mi situación! Y que tengo que dejarme llevar por el sentido común y procurar que mis decisiones sean acertadas por el bien de mi futuro. Te pareces a Eliza, ¿lo sabías? —Echa un ojo otra vez a los dulces que hay en la mesa y saca un confite de lavanda muy logrado. Saliva aun antes de llevárselo a la boca: siente cómo se le desmenuza entre los dientes, y el jugo que suelta le empapa la lengua—. Quiero disfrutar, Bel, al menos un poco. ¿No te acuerdas de lo bien que nos lo pasábamos? Placeres, desenfrenos... Porque el día de mañana ya no seré tan joven. —Mira al oficial y pregunta—: ¿Cómo se llama?

Bel suelta un suspiro y eleva la mirada solemne hacia el cielo:

—Rockingham. George Rockingham.

—Ah, o sea que de buena familia.

—Para lo que le vale, porque es de la rama más pobre. Conozco a su tío, que es su mentor, y te puedo asegurar que lo mantiene con una paga mísera. Y no tendrá acceso al resto de su fortuna hasta que cumpla los veinticinco. — Se inclina para susurrarle a su amiga al oído—: Es más joven que tú.

—Mejor más joven que más viejo —dice Angelica con un resoplido—. Hace demasiado que no gozo de un hombre vigoroso. —Y aprovecha la ocasión que le brinda esa intimidad momentánea, rodeadas como están de gente, para preguntar—: Porque, Bel, ¿no lo echarás de menos?

—¿El qué? ¿El vigor?

—No, no. Todo: todo esto. Al casarte sacrificas muchas cosas, creo yo.

La Fortescue sigue observando a la concurrencia. Difícil es adivinar, por la carita triste y pensativa que tiene, qué estará pensando: porque hasta cuando se lava las medias pone en ello toda el alma.

—Para mí todo esto ya ha acabado —dice.

—Pues yo no veo cómo —dice Angelica. Pero las palabras de la señora Fortescue se le han clavado en lo más hondo. Piensa en todo lo que se esfuerzan las jovencitas, y siente que la inunda una ola de hastío.

—¿Acaso no lo ves? Pues yo lo que veo es que esto —extiende las manos y abre los ojos con gesto de súplica— es una gran farsa. Esta pantomima huera en la que participé diez años, ¡creyendo que era libre!

—No estuvo bien que montaras esa escena antes —dice Angelica.

La señora Fortescue se ríe:

—¿Por qué no? ¿Cómo le voy a poner buena cara a todo esto?

—Pues deberías. Porque algunas de nosotras somos felices aquí.

—¿Ah sí, quién? Dime una sola persona.

—Bah, tú solo lo ves como algo glamuroso. —Angelica sabe cuándo poner fin a una conversación—. Soy tan libre como yo quiero; mucho más que cualquier mujer casada.

—Pues claro que sí.

—¿De verdad! Porque ahora me dispongo a elegir al hombre con el que quiero acostarme, y eso no es algo que pueda hacer una mujer casada...

—Algunas sí.

—¿Sin sufrir las consecuencias? No lo creo. Yo soy libre como un pájaro. —Se levanta y al hacerlo, tira la silla al suelo, porque tiene una falda de amplios vuelos y una sobriedad de andar por casa.

—Y tú, ¿tú no vas a sufrir también las consecuencias? —pregunta Bel con voz queda, pero su amiga ya ha salido disparada.

Tocada por el brillo de la emoción, Angelica mira una única vez hacia atrás.

—Ya verás cómo lo hago —dice.

## DIECISÉIS

Nunca alcanzará a gozar la gente virtuosa de ese placer tan especial que sienten dos extraños cuando, sin tocarse ni hablar siquiera, acuerdan pasar la noche juntos. Porque Angelica y George no hace falta que se persigan: simplemente se encuentran. Cuando ella irrumpe y toma asiento con el resto del grupo, se saludan los dos con los ojos, pero no hay más intercambio entre ambos. Ella demora el saludo a su vieja amiga Lucy Chadwick, otrora amante de tres príncipes del reino, que hace los honores a alguno de los marinos más jóvenes con un flirteo galante. Rockingham hace lo propio con la joven Kitty, la de Billingsgate, a la que llevará la dueña a acostarse en casto lecho bien pronto; pues no está madura todavía para ser presentada en la sociedad del vicio, aunque no tardará en estarlo. El oficial no se arredra por la mudez que ensaya la jovencita y sorprende a Angelica con los límites de su paciencia de marino; cree detectar un bienhumorado destello en sus ojos castaños, pero procura evitarlos. Ya habrá tiempo de sobra. El grupo acaba de sacar un dado, un objeto prácticamente de contrabando, pues la señora Chappell no autoriza el juego en su establecimiento.

—Pero por muy estricta que sea, seguro que no le importa que echemos una partida en broma —los anima uno de los marinos—. El que saque el número más bajo echa un trago.

Pasa de mano en mano el dado por todo el corro, rebota en el tablero, mientras los que lo lanzan aguantan la respiración o estallan en gritos de júbilo, y Angelica y Rockingham son conscientes en todo momento de la presencia del otro. Cuando ella ríe, él entreabre la boca involuntariamente con una media sonrisa; y cuando él aplaude los lances del juego, se la ve a

ella juntando las manos también. Denle un dado a esta gente y no podrán resistir la tentación de hacer apuestas. Así que van cogiendo restos de la comida que el servicio todavía no ha retirado de la mesa.

—Me juego esta nuez a que la señorita Chadwick saca el número más bajo.

—Apuesto un puñado de cerezas a que a Carter le sale un cuatro.

Dan manotazos en la mesa, y la bebida pasa de una copa a otra, sin pararse a mirar si ese era el contenido que tenía antes. Toda reunión social tiene su propio ritmo de flujo y reflujo de gente —unos se suman a la fiesta, otros la abandonan; los hay que buscan la intimidad de algún cuarto, otros salen de ellos vigorizados—, y es esta marea que ellos no ven y tampoco solicitan la que arrima a Angelica y a su teniente, cada vez más cerca, sin que tengan que hacer nada. Se llevan a la pequeña Kitty, pese a sus protestas; Lucy Chadwick considera que los ha deleitado con su presencia lo bastante, y que además tiene dos niños acurrucados en el campo, cerca de Hampstead, que en unas horas estarán pidiendo el desayuno: o sea, que pone rumbo al carruaje que la espera fuera. La reemplazan Elinor Bewlay y Polly Campbell, sirenas por un tiempo, que lucen nuevo peinado y han restaurado su recato con dos piezas de seda gemelas, y sueltan su risita nerviosa, emocionadas ante la noche de escándalo y desenfreno que las espera, ahora que la señora Chappell está a buen recaudo en la cama, con sábanas limpias. Al principio, Angelica se encuentra a cinco sillas de Rockingham; luego a tres; finalmente, cuando el reloj da un cuarto pasadas las cuatro, los sorprende sentados uno al lado del otro en medio del grupo, que se ha ido vaciando poco a poco.

—¿Será ya tarde para que mudéis la primera impresión que os he causado? —dice ella.

El oficial luce en la cara la más afable de las sonrisas.

—Pero ¿por qué? A mí me gustó, porque ninguna mujer se había puesto a mis pies antes.

—Pues tened por seguro que nunca más pienso hacerlo.

—Rockingham —dice, y se lleva la mano de ella brevemente a los labios.

—Teniente Rockingham —repite Angelica moviendo afirmativamente la cabeza, después de parar la vista en su uniforme.

—¿El qué? ¿Esto? —Se mira la casaca y se ríe—. ¡No! Solo me lo he

puesto para venir aquí: es que era una fiesta de sirenas, ¿no? Estuve en la Marina hace tiempo, pero no toleraban mi carácter campechano. —Se frota el pelo con aire pícaro y le dedica a Angelica una sonrisa de querubín—. Ahora estudio Leyes, por el momento.

—¡Vaya! O sea que cuando acabéis, seréis abogado. —Pero él le dirige una mirada burlona, y ella teme por un momento haberlo dicho en un dialecto tosco y provinciano; como le pasaba cuando era joven, algo que a ella la hacía sufrir horrores y a los clientes, estallar en risas.

—Espero no tener que ganarme nunca la vida con eso. Un caballero tiene que ir a la universidad para aguzar la mente, nada más. O quizá, si quiere entrar en el Parlamento.

«Vaya, vaya», piensa ella. «O sea, que Bel no estaba en lo cierto: desde luego que tiene dinero. Y que Dios lo bendiga, porque es guapísimo».

Ella sonrío y él sigue diciendo:

—También es conveniente viajar, por supuesto. Pero al final uno se cansa de tanto paisaje y tantas curiosidades sin fin. Lo cierto es que me alegré de salir de Nápoles, os lo aseguro. Porque no hay más que turistas, diletantes, gente en busca de placer: ni uno solo de ellos sentía verdadero aprecio por el lugar.

—Claro, claro.

Una cabeza se vence sobre la otra, hasta que la mutua fascinación que los une acaba envolviéndolos. Se olvidan de los amigos, de los viejos amantes, del sufrimiento y de las angustias, y sus mundos respectivos les ponen en bandeja este espacio único en el que él es el mejor amigo de ella, y ella lo es de él.

—Señora Neal —dicen sus amigas—, Angelica: os toca.

Ella no escucha, y tienen que abrirle la mano y meterle el dado dentro para que deje de mirar toda arrobada al amigo de pelo negro.

—Si no hay más remedio.

—No lo hay: ¡tirad! ¡Tirad el dado!

—Está bien. —Se muestra reacia a separarse del hombre, «pues suya soy, en realidad». Eso viene a decirle con su actitud, pero está encantada de que la vea desenvolverse en una mesa de juego. Aprieta los labios, cierra los ojos y frota el dado entre ambas manos antes de lanzarlo sobre la mesa.

Da uno, dos botes.

Está a punto de caer al suelo y se detiene justo al borde de la taracea: allí resplandece con un único punto que casi le sonrío a la concurrencia. Todos aúllan de contento. No queda ya ni una sola peluca derecha, y muchas ruedan por el suelo. Qué raro se hace ver a estos dandis reducidos a la condición de chicos despeinados: tienen el pelo recién cortado y es fascinante, se los puede tocar. Uno lo tiene rapado, como la tripa de un cachorrito; el del otro parece una maraña de cobrizos rizos.

—¡A beber! —gritan—. ¡Tenéis que beber!

—Ay, no —dice ella—. Ya no quiero más. —Porque está instalada en una cómoda embriaguez y no quiere perder el seso más de la cuenta.

Pero sus compañeros de timba no tienen piedad de ella.

—Las reglas son las reglas. ¡Bebed!

—Pero ¿a qué estábamos jugando? —Vuelve la cara a Rockingham con una mirada de súplica.

—¡Al que pierde, bebe! —rugen las amigas—. Y tú más no puedes perder. O sea que ¡bebe, bebe!

Gime a modo de protesta:

—¡No puedo! ¡No me hagáis beber más!

—¡Que beba!

Rockingham, aunque no tiene nada de teniente sí lo tiene de galante. Porque le planta a Angelica una mano en el codo y dice:

—Si una dama no quiere beber, no hay que obligarla a hacerlo.

Sus camaradas lo abuchean, y ella abre el abanico porque, de repente, le ha entrado un calor repentino. El teniente le suelta el codo.

—Las reglas son las reglas —sigue diciendo Rockingham—. Y estamos todos de acuerdo en que la que no quiere beber, tiene que pagar una prenda.

—¡Una prenda! —dice ella soltando una bocanada de aire, y le propina un golpetazo, con tanto atrevimiento que se queda medio atolondrada—. ¿En qué lío me habéis metido?

—Chicos, damas, ¿qué prenda tiene que pagar?

Elinor Bewlay y Polly Campbell cuchichean algo, y enseguida prorrumpen en sendos chillidos de júbilo.

—Ya lo sé —dice Elinor—. Que haga de sirena.

—¿Cómo dices?

—Si nosotras podemos hacerlo, tú también —dice Polly, que tiene las puntas de los dedos todavía manchadas de verde—. Tienes que salir afuera...

—... ir al jardín —interviene Elinor.

—... meterte en la fuente.

—... y dar tres vueltas nadando.

—Desnuda —dice Polly, que no cabe en sí de contento.

—Pero bien desnuda.

—No pienso hacerlo —dice Angelica—. No puedo. La fuente no cubre casi nada.

—¡La sirena! —empiezan a corear las chicas—. ¡La sirena! ¡La sirena!

—Pero si estamos casi en octubre —protesta Angelica. Pero se han levantado de la mesa y ella va detrás, riéndose con ellas—. No seáis ridículas. Me dejaré la enagua puesta.

—Las sirenas no llevan enagua —dice Polly, y salen todos en tropel al jardín.

Los hombres las siguen, piden faroles; con las mujeres solo va Rockingham, pues ha de estar siempre al lado de Angelica.

—Está bien, pero yo no tengo nada de sirena —dice Angelica—. Me meteré en la fuente y no me quitaré nada de nada. —Aunque quiere y no quiere desnudarse delante de ese hombre. A Angelica la tienta mostrarle un vislumbre de su cuerpo en un momento en el que no puede tocarla ni abandonarse; pero es que tenía esperanzas de saborear esos preámbulos todavía un poco más. Porque, especialmente esa noche, se habría pasado horas flirteando, llevándolo a algún rincón oscuro para que la besara hasta que se echaran los dos a temblar. Habría dejado que la tocara, primero con la ropa puesta, en la tibia penumbra de su cuarto, y luego que la desnudara, o no, según dictara su pasión de hombre. Tardarían un tiempo en descubrirse el uno al otro. Y si la ve desnuda ahora, se habrá acabado la mitad de la fiesta antes de empezar—. Me parece que nada de nada —insiste.

Él le alcanza una botella de brandi.

—Adelante —dice—, yo cierro los ojos.

Salen los hombres con antorchas y faroles y salpican el pequeño jardín con una luz amarilla. Hay en las voces un crujido que llega con las noches sin

nubes, y rebota en los altos muros. El aire es terso y fresco, pero no tanto como para impedir que lo haga.

Angelica se quita las zapatillas, luego las medias. Se le clavan en las plantas de los pies las losas; si bien le llega como un escozor, o eso cree: es el último calor que el sol ha enterrado en la piedra.

—Bueno, no hace tanto frío —dice Angelica—. Ayudadme, chicas.

Y la rodean todas para desatarle el corpiño, despojarla de la falda y las enaguas, que pisan sin cuidado al tirar de los nudos del verdugado que le ciernen las caderas. Elinor sostiene en alto aquel enorme cuenco invertido de satén y todas estallan en risas.

—No me lo perdáis —dice Angelica con tono severo, mientras los hombres se lo tiran unos a otros entre caras de pánico, y de cierta perplejidad también—. Ni lo estropeéis, que me lo hice a medida y no hay otro igual. Os repito que no hay otro igual, así que no os toméis esas libertades.

Solo lleva el corsé encima de la enagua, y a las chicas se les hacen los dedos huéspedes desatando hilos, soltándolos, quitando las varillas que sujetan la única prenda que separa ya su piel del aire. Le llega hasta un poco por debajo de la rodilla; es de mangas ajustadas y sin adornos, y eso hace que parezca una mujer recién estrenada, como una nueva adquisición para la cuadra de la señora Chappell. Las chicas mueven torpemente los dedos para librarla de esa última capa también, pero ella chilla y las aparta a manotazos.

—Al agua con ella —dice el capitán Carter—. ¡No os arredréis, que la superáis en número!

La fuente ostenta un diámetro de casi cinco metros, con forma de gran cuenco festoneado como la concha de una vieira gigante. Tiene un delfín en el centro, en plena cabriola, y escupe a presión por la boca el agua negra, que en la noche parece de plata. En el fondo nadan peces de colores, adormecidos ahora como apagados espíritus. Angelica se sube al borde. Nota el agua fría y resbaladiza por las ovas, casi grasienta.

—¡Puaf! Entonces qué, ¿me meto ya?

—¡Ya!

Le ondea el pelo sobre los hombros. El agua le salpica la cara, los brazos y los pechos, y los pezones endurecidos parece que se le hubieran enganchado en una puntada de la costura.

—Está fría como un demonio.

Apoya el culo en el pretil, pasa las piernas por encima y mete los pies en el agua, luego los tobillos y las pantorrillas.

—¡Ay de mí! —grita, y suelta una gran bocanada de aire. El frío del mármol le entumece las nalgas. Entonces se zambulle del todo.

Está fría, pero que muy fría. Tanto que se le contrae la caja torácica y respira a trompicones. Siente un frío plomizo en el tesorito, la parte más caliente del cuerpo de una mujer; y en el contorno de los pechos y en la cara interior de los muslos, un frío que le traspasa axilas y corvas. Alza entonces las manos.

—Ya estoy en el agua, ¿a que sí? ¡Y soy vuestra sirena!

—¡Que nade! —gritan todos a coro levantando las botellas—. Que dé tres vueltas nadando. —Y eso les recuerda una canción, vedada en buena hora a todos los marineros, y empiezan a cantarla todos a la vez con energía:

*Y tres vueltas dio nuestro barco galán,  
una vuelta y dos vueltas más,  
y tres vueltas dio nuestro barco galán  
hasta que se hundió en el fondo del mar, del mar, del mar.*

Nota que le tiembla cada uno de sus órganos. No puede nadar en un agua tan poco profunda, pero va arrastrándose con las manos y siente que se le mete la arena viscosa debajo de las uñas, que se le resbalan las palmas; casi roza la tripa con las piedras del fondo, y le flota la camisa como una medusa. Los peces despiertan de su sueño acuático y salen disparados a ambos lados de ella, que siente los vientrecitos fríos rozarle los antebrazos. Suena el estruendo del chorro que cae y le golpea en los hombros, como si fuera una lluvia de cantos rodados, hasta empaparle el pelo y apelmazar la laca y las horquillas. Entonces empiezan a castañetearle los dientes, pero sigue dando vueltas, rebozándose en el barro, ahora de espaldas, cantando lo que le dan de sí los pulmones:

*Y allí descubrimos a una preciosa doncella*

*con un peine y un espejo en la mano, muy bella, muy bella.*

Entonces cae en la cuenta:

—Y el peine, ¿dónde está? —pide a gritos, y se tumba en el borde de su enorme concha de mar—. ¿Dónde está el espejo? —Pero ya no puede parar de lamentarse porque se muere de frío—: Ay, ya no aguanto más. ¿A que he sido valiente?

Busca con la mano a las chicas, pero ellas se apartan.

—¿Tocarte yo, con esta seda? —dice Polly, y se arrebujá dentro de su espléndido manto—. Me lo mancharás y se estropeará.

—Y costará un ojo de la cara —dice Elinor—. Bien sabes lo que vale.

—Lo sé, lo sé. Os hacéis trescientas libras al año y no podéis decir que sea vuestro ni el vestido que os cubre el cuerpo —gruñe Angelica—. Bien triste es que una mujer de posibles no pueda echar a perder un vestido o los que haga falta. —Entonces se vuelve hacia los hombres y grita—: ¿Cuál de vosotros tiene lo que hay que tener para socorrer a una sirena entre sus brazos?

Y cuál de ellos había de ser, claro está, sino el señor Rockingham, que se planta a su lado antes de que pueda concluir la súplica, armado con una enorme toalla de algodón y un guiño de su apuesto ceño. La coge por el antebrazo y deja que le ponga las manos encima para salir y pisar tierra firme y seca.

—¡Uf! —dice ella, aguantando la respiración, y se le pone la piel de gallina en los brazos.

Mas, aunque él sostiene en alto la toalla, como si fuera una barricada frente al ejército de mirones, no la tapa del todo. Tiene la enagua traslúcida pegada al cuerpo, y le hace bolsas de aire en las partes que se le pliegan entre ambos pechos, y en el hueco que queda entre la caja torácica y el ombligo. Él la recorre con los ojos, sin decir una sola palabra; y ella no siente ni vergüenza ni desilusión por enseñárselo todo, solo sabe que es la mayor travesura que ha hecho nunca. Esboza involuntariamente una enorme sonrisa de satisfacción y siente que le arden las orejas. La cara de él es un espejo, y compite con la suya su sonrisa, aunque mantiene la cabeza gacha para ocultarla. Y por un instante se quedan así, muy juntos, sintiendo cómo los

envuelven las redes de la alegría, el deseo y el júbilo, y que esos lazos se estrechan. Entonces él la arroja con el manto de algodón y le frota los hombros y la espalda.

—Venid —dice él—. Voy a buscaros una taza de vino caliente para que entréis en calor. Pero es que no tenéis nada que poneros.

—Ni el más mísero trapito —reconoce Angelica.

Hay diez jóvenes alojadas en el hogar de la señora Chappell, y un vestuario completo para que elijan qué ponerse como mínimo tres veces al día. Así que, le está mintiendo descaradamente.

—Pues a ver qué hacemos. Habrá que llevaros a la cama.

—Es una lástima —susurra ella, que va dejando un rastro de agua allí por donde pisa—. Porque me lo estaba pasando tan bien.

## DIECISIETE

Están echadas las cortinas del dosel que cubre su cama, y si el alba se acerca —tal y como sugiere la cháchara de los pájaros—, no le llega ni un rayo de luz. Se acostó con la camisa, dejó los calzones y los puños tirados en un rincón, y ahora cierra los ojos con todas sus fuerzas. Puede que se sienta inclinado a zafarse de las mantas y dar vueltas por el dormitorio, o eche mano de una vela y un libro. Podría también refugiarse en su despacho si así lo quisiera; o caminar por las calles con la amanecida. Podría, pero no se atreve: porque esta es la hora del sueño y él obedece, como es su deber.

Solo que el sueño no viene y no puede dejar de pensar.

«He cometido un error garrafal: poner lo que tengo de más valor al servicio de ese nido de desmanes y permitir que se asocie mi nombre con tamaña índole de actos bárbaros».

Gime y es bien audible su gemido. Cierra los ojos y se le nubla la visión con nubes de color. «Mas ¿qué he de hacer? Porque si quiero que mi sirena salga airosa, he de aprender a moverme en semejantes círculos».

—No será que no tengo pérdidas que recuperar —dice en alto, como si la mullida estancia fuera su interlocutor.

Y se queda pensando en esto último, espantado, hasta que oye la campana de la iglesia de San Nicolás a un lado y la de San Pablo al otro, y comprende que es hora de levantarse. «Aunque, ¿a santo de qué tiene mi sirena que salir airosa? ¿Acaso no puedo dejarla en un rincón, como se hace con los trastos viejos, y olvidarme de este triste episodio?».

Da unos golpes en la puerta de Sukie al pasar:

—¡Arriba! ¡Hay que levantarse! —dice elevando la voz, pero bien poco

le importa que se levante o no.

«Pues por el dinero, ¿por qué si no? Porque mi hermana se ha disgustado conmigo y mi sobrina depende de mí. Poco más me queda de valor en esta vida, y dado que me ha caído en suerte el monstruo este, pues he de sacarle provecho». Y vaya si le ha aprovechado: no en vano, una de las sacerdotisas del amor más diestras de toda Inglaterra, modelo de mujer donde las haya, se lo quería llevar a la cama anoche mismo. Como si un hombre como él, un armador, vecino de Deptford, ¡tuviera ocasión de tocar algo así todos los días! Y se amilanó como un imbécil. «La rechacé y la humillé. ¿Acaso no dice eso bien poco de mí y mucho de ella? ¿Será que me falta ese refinamiento que a otro tipo de hombres les sale con la mayor naturalidad?».

Bridget ya está levantada: lo sabe porque le muerde las orejas una corriente de aire frío según baja las escaleras. Como siempre, la criada ha dejado la puerta del patio abierta mientras va a por agua al pozo. Ya la ha reprendido por esa dichosa costumbre varias veces, pero a ella no se le mete en la cabeza. «Es que tardo más si la cierro», responde siempre, y se mira los pies. Y él piensa: «Una mujer de su casa bien que la obligaría a obedecer». Todavía no ha abierto las contraventanas y entra solo algún cabo del alba: el señor Hancock tiene que llevarse el manojó de llaves casi hasta la misma frente para distinguir una de otra, y conforme las intuye echando mano del tacto, un retal de sombra se desprende del rodapié y le envuelve las pantorrillas, suave como el terciopelo, derecha a él como una flecha.

—¡Dios santo! —exclama, y alza los pies como una vieja doncella entrada en carnes saltando a la comba.

Abre por fin la puerta de la calle: entra la luz a raudales, y la gata sale en estampida.

—¿Adónde irás? —bufa el señor Hancock, pero la sigue y cierra la puerta al salir.

Por la noche, la ponzoñosa miasma que cae sobre Deptford lo apelmaza en su manto, como el lógamo se posa en un estanque; pero con la salida del sol, los efluvios se disipan y el señor Hancock se abre paso como puede por ese denso hedor a horno de pan, barro podrido, sangre seca y madera recién aserrada, con la gata a su vera, que va de puntillas. «¿En qué mundo vivimos, cuando una puta se echa a los pies de un hombre honesto?», va pensando, y

se diría que echa chispas. Es el Apocalipsis, y lo anuncian signos de ese cariz: puro desconcierto, el hombre tira del yugo, la zorra huye de la liebre que la persigue. Lo ha visto también grabado en las lápidas de los cementerios: un corazón dado la vuelta, el mundo al revés.

Hoy no está para aguantar barqueros, ni para apretujarse en el coche de caballos que lo llevaría al corazón de la ciudad con un traqueteo detrás de otro. Mucho menos para tomar el sendero que discurre por la orilla del río infecto, donde lo conocen por su nombre y sus milagros todos los trabajadores de los astilleros y los que están apostados en los escalones que bajan al agua. En vez de eso, decide ir por el camino más largo, y desdeña las multitudes de Southwark con su aire pestilente, para atajar campo a través. Tal es así, que toma el camino de Butt Lane, a cuya entrada ve correr a los repartidores del horno de pan, como sonámbulos sobre las losas, con los faldones de la camisa ondeando en el aire. Ve una pila de naranjas a la puerta de una de las chozas de listones de madera: tienen la piel llena de arrugas y manchas, y deben de ser las naranjas más tristes de toda la Cristiandad, con la pulpa bien seca, sin duda, hecha ya pura fibra. No son aptas para la venta; pero a nadie le extraña, pues nadie piensa comprarlas. Son simplemente un reclamo moral, pues cuelga en la pared, encima de ellas, la señal que llama a los marineros al desahogo; y dentro, la última y más depravada de las putas se estará lavando el camisón antes de meterse en la cama, sola, por fin. El señor Hancock arruga los labios al pensarlo: de buena gana escupiría a la puerta.

En la parcela contigua, los carpinteros de navío ya están en plena faena: se los oye cantar mientras alzan las vigas. «El mundo al revés, vaya que sí. Y el primero de todos, el mío», piensa. Porque aquí los carpinteros trabajan en tierra firme, y no reina entre ellos la jerarquía al uso de reyes y lores, solo la de su maña: no hay clases, únicamente la clase que ordena la cuadrilla de cada uno. Aquí los trabajadores aprecian la porcelana buena que atesoran, los libros que guardan en la balda; aquí las mujeres se quedan sin marido dos de cada tres años, cuando salen rumbo a ultramar; aquí los mástiles de los barcos son más altos que los campanarios. Y aquí está él, Jonah Hancock: un marido sin mujer, un padre sin hijo; cabeza de familia de un hogar a cargo de dos chicas que son casi unas niñas, un hombre que en años de asiduo trabajo no

ha logrado acumular una fortuna comparable a la que un pequeño fenómeno de la naturaleza con cara de trago le puede brindar.

Le queda casi un kilómetro para el portazgo de New Cross y ya hay bastante tráfico en la carretera. Un muchacho sale a toda prisa de la caseta enjalbegada del peaje para levantar la barrera cuando ve que viene a todo galope la diligencia de Dover: detrás, avanza a paso lento una carreta llena de sacos y cajas atadas con cuerdas; y subido a ellas, con la cara pálida, va un grupo de gente que acude por primera vez a la ciudad. Hay un viejo harapiento que se ha atado al cuerpo enjuto una tela de costal de harina y no para de mascar con la desdentada boca; una madre que acuna a su bebé, arropado con el mantón que le cae por los hombros; dos campesinas jóvenes muy guapas que buscan en los fardos monedas para pagar el último tramo del viaje. Miran, perplejas, todo lo que las rodea. —«¿*Ande* estamos, en Londres ya?»—. Se pellizcan las mejillas para que les vuelva el color y enderezan los pañuelos que traen anudados al cuello. «Que las damas elegantes no quieren doncellas si no están bien lozanas, y bien decentes que tienen que parecer», le dice una a la otra al pasar la carreta.

Por el oeste se extienden los campos hasta las mismas lindes de la ciudad, y hay retazos de un verde aterciopelado, pero también pardas extensiones sin sembrar, o recién sembradas ahora que llega octubre; los árboles, que todavía tienen hojas, han perdido ya toda la fruta y abren las ramas, como brazos vacíos. Hasta las moras han desaparecido de las cunetas, y se encojen los zarzales que coronan las zanjas. Hacia el sur, en la lejanía, las velas de los barcos surcan, trémulas, el río.

El señor Hancock sigue su camino, y de pronto lo asalta un pensamiento que se lleva por delante todo lo demás. Porque no se puede negar que anoche una mujer joven y bella —bella hasta más no poder, con esa viveza que emana de lo bello— le cogió la mano y lo miró a los ojos. Luego lo besó en los labios, aquella chica de hermosos pechos tan encantadora. Y ahora podría él estar solazándose entre sus brazos: hechos un hato los dos entre la ropa de cama de ella, mientras su brazo descansaba en el pecho del señor Hancock. Y podría ella estar cerniéndose sobre él: entonces caería en cascadas sobre ambos su pelo dorado, en cuyas hebras prendería una mecha la luz del sol. No deja de pensar que ha tenido la oportunidad de pegar su piel contra la piel

de otro ser vivo, de entrelazar los cuerpos, de conocer el tacto y el pensamiento de otro ser enredado a él. A eso renunció anoche. No ya a una puta o a un galardón, sino a un instante de puro contacto entre un hombre y una mujer. «¡Maldito seas!», escupe para sí, y levanta de una patada la tierra del camino, lo que asusta a las dos hermanas solteras que han llegado dando pasitos desde la casa que hay en medio de un campo de remolachas.

—Mil perdones —dice—: es que me dan mucho miedo las hormigas. Un miedo cervical que no pueden imaginarse.

Sumido en esta nube de confusión, llega al camino de Kent, sombreado por grandes árboles. Hay hombres de su condición que bajan los escalones de la entrada de casas de ladrillo muy bien puestas para subirse al carruaje que los espera. Es este un nuevo tipo de hombre, que prefiere plantar su casa en el campo en vez de apretujar a la familia en los aposentos que quedan encima del despacho que regenta en la ciudad: sus hijos reciben clases de pintura, van a un internado. No obstante, pese a tener los arrostros de poner un llamativo «Sr.» delante de su nombre y apellido, ninguno de esos hombres habría desaprobado el comportamiento que el señor Hancock presencié la pasada noche. «Por desgracia, vivimos en dos planos distintos de moralidad. ¿Y cuál de ellos lleva al recto camino?», piensa. Lamenta ser tan probo y provinciano, y que el recuerdo del priapismo de los marineros le meta el susto en el cuerpo y le espante el alma: pues más felices son ellos que él.

Es más (reflexiona cuando llega a la zona de Borough, allí donde los campos dan paso a estrechas callejuelas y patios que no ven la luz del sol, y la ciudad se hace presente y opresiva; y más allá, al Puente de Londres, ya con las pantorrillas doloridas, al bullicio comercial de Lombard Street); es más, elija uno el camino moral que elija, la forma en que trató a Angelica Neal —rechazando su generosidad en una fiesta organizada en su honor— es inadmisibles. «Le pediré que me escuche», se dice a sí mismo. «Pediré perdón por mi comportamiento. A lo mejor se hace cargo del estado de confusión en el que me encontraba». Sí, eso parece convencerlo. Intenta no pensar demasiado en las opciones que se le abren si ella lo deja entrar en sus aposentos: si, una vez en la intimidad, ella volverá a guiar su mano como un lazarillo por las curvas de su cuerpo; y si, cuando se corran las cortinas y ordene a los criados que se retiren, recordará ella lo que se les quedó

pendiente la noche anterior.

Sin embargo, es esto lo que le ocupa la mente mientras completa el recorrido mañanero por los cafés, como lleva haciendo de forma metódica desde hace veinte años, sin pasar por alto ningún periódico, ningún cuchicheo con otros hombres. Hay un callejón detrás de los jardines del colegio jurídico de Gray's Inn, y por allí accede a la sede de la sociedad mercantil del señor Hancock y su socio, el señor Greaves, que emplea a seis oficinistas y al chepudo supervisor, Scrimshaw.

Se aloja la oficina en un edificio alargado de ladrillo rojo, de unos cien años de antigüedad. Y puede que en su día fuera imponente, pero se le ha echado la ciudad encima hasta rodearlo por todas partes y dejarlo acorralado, con sus tres plantas y su minúsculo patio, como un rinoceronte en una conejera. Sí que es cierto que los edificios colindantes están mejor contruidos que las desvencijadas casas levantadas prácticamente de la noche a la mañana en las barriadas, al abrigo de la iglesia de San Martín, que corren el riesgo de caerse entre una tremolina de polvo y ladrillos en cuanto cualquier inquilino se dé la vuelta en la cama con un poco de brío. Pero nadie se pararía a admirar esa manzana en la que está su oficina, pues son viviendas de paredes finas y escasa ornamentación, con ventanucos por los que entra escasa luz. Sin embargo, en ellas vive gente decente y sin pretensiones: dos hermanas que llevan siempre mitones de ganchillo, y en su día regentaron una escuela de pueblo sin mucho futuro; y un pasante de pluma que se las ha ingeniado para meter a la mujer, el perro y siete hijos en el escaso espacio disponible una vez traspasada la puerta de la calle. Tres miembros de esta prole están jugando en el patio cuando llega el señor Hancock. Son dos niños y una niña: hacen corro alrededor de unas marcas de tiza en las losas y se turnan para tirar sobre ellas piedrecillas y palitos con no poca fuerza.

—Buen día —les dice.

Ellos casi se caen al hacerle una reverencia.

—Buen día, buen día tengáis vos —pían los tres.

Qué majos son estos niños que visten ropa limpia y remendada, y piensa casi involuntariamente: «De haber tenido yo niños, aquí los habría traído». Siente algo parecido a una corriente de aire que le zarandea los faldones de la levita: como si unos pequeños seres, fervorosos en sus juegos, corrieran

detrás de él para que no se les escapara. Ya no es solo Henry el que camina a su lado hoy: hay toda una piara de hijos putativos, todos los que no nacieron por culpa de su misma inactividad. Sube al fin él solo las escaleras que conducen a la entrada del edificio.

En la oficina se respira normalmente un aire plácido y silencioso, y más en un día como hoy, que el señor Greaves no está porque ha salido a bordo del *Lorenzo*, un barco del señor Hancock, a supervisar en persona sus propios negocios en lo que ahora se llama los Estados Unidos de América. Por lo que respecta al señor Hancock, ya antes de la guerra se negó a pasar por el aro del comercio con las colonias americanas: porque una defección de tamaño calibre lo afecta a uno de forma personal, y dolorosa; o sea, que los negocios que comparte con Greaves cada vez son menos. Tampoco se oyen en el piso de arriba los pasos de los hijos de Greaves; ni interrumpen la labor de oficina las tareas de intendencia, los repartidores de queso y leche y los profesores de música: así que el portal está libre de visitas y del olor de los fogones. La oficina huele solo a la cal de las paredes, a pergamino y arena; no hay nada más que un ruido de papeles, un rasgueo de plumas, y el constante sorberse la nariz de Oliver, el empleado más joven.

A la izquierda, según se entra, han puesto un comedor para que los clientes tomen algún refrigerio. El tablero de la mesa brilla lustroso y los candelabros están vacíos, en sosegado abandono. A la derecha está propiamente la oficina, en la que Scrimshaw, el pastor del rebaño, se encorva en su pedestal arropado con el sayón negro que se agenció en el reino del pasado Jorge, y los oficinistas ocupan sus taburetes delante de él. Hay dos de mediana edad, empleados de la compañía desde que entraron de jóvenes, de modo que han conocido todas sus variantes (pues los Hancock y los Greaves, como buenos y eficaces armadores, han de plegarse al perfil de sus empresas y a los socios que han elegido para sus negocios); los otros son nuevas incorporaciones, hombres jóvenes de ánimo sereno y perspectivas de futuro, entre los que siempre hay uno o dos sobrinos Hancock. Prefiere no contratar a hombres de ambición declarada pues son reacios a quedarse a hacer horas extra, pero disfruta viendo cómo los chicos que entran con paso flojo acaban saliendo como hombres seguros de sí mismos: atesora su arte de convertir a una joven promesa con los números en todo un hombre de negocios.

Se levantan todos cuando lo ven entrar.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

Lo miran expectantes, pues aunque la llegada de la sirena no tiene apenas consecuencias en el día a día de la oficina —aparte del papeleo que ha conllevado la pérdida del *Calliope* y la carga que nunca llegó—, todos muestran un interés sincero por la suerte que corre la criatura. Y lo contemplan ahora con esa mirada de obediencia pero también de premura, como un hato de perros bien entrenados mira a su amo mientras devora un plato de tajadas de oveja.

—¿Alguna novedad? —dice Scrimshaw con voz rasposa, y se arranca alguna gota de cera seca de las velas que le ha caído en la peluca.

—¿A propósito de?

—La pasada noche —dice Oliver, el benjamín.

—Fuisteis a King's Place, ¿no es así? —dice Jonathan, el sobrino.

—Allí fui.

—¿Y? —No hay nadie entre esas cuatro paredes que haya visto por dentro el convento de King's Place; ni es probable que lo vean, a no ser que asciendan meteóricamente en su carrera. Aunque bien es cierto que es esta la época de los ascensos improbables—. ¿Cómo fue la exhibición? ¿Cómo la han montado? Y las mujeres, ¿qué?

Se queda pensando un instante.

—Bien montado sí que está. Y la sirena despertó mucha admiración: la tenían expuesta de forma teatral, pero con bastante buen gusto.

Todos asienten, satisfechos.

—Pero ¿y las mujeres?

Chisporrotean inquietos los pedazos de carbón en el brasero.

—Yo... —Piensa en Angelica: la recuerda con la espalda apoyada en la puerta, sin dejar de mirarlo. Le da un ataque de náusea, como si tuviera fiebre o le picara todo el cuerpo—. Me pareció un sitio de lo más inmoral.

—¿Qué eran, unos malhablados todos? ¿Unos borrachos?

—Yo no puedo aguantar que una mujer beba —asiente el oficinista que tiene la misma edad que el señor Hancock—. He ahí la verdadera encarnación del mal: la falta de delicadeza.

—Nada que ver —dice él—. Son buenas chicas.

—Todas lo son, al menos cuando empiezan —dice el oficinista Brown. El mismo año que el señor Hancock se casó con Mary, Brown tomó esposa, y ha engendrado con ella doce niños como doce soles—. Jamás conocí a una furcia que empezara siendo mala, pero me he encontrado a unas pocas que han acabado así: cosas de hurtos y demás.

Los otros sueltan un murmullo de asentimiento.

—Las que abundan en maldad son las alcahuetas —dice Scrimshaw—. Esas sí que son corruptas: que se pasan toda la vida en el negocio y luego, en vez de sacar a sus comadres del pecado, van y las meten más adentro todavía.

—Pardiez que sí, son las que lo lían todo —asiente Brown—. ¿Quién sino ellas son las que convierten a una mujer en puta? Yo, a una mujerzuela le doy el perdón de Dios, pues sus razones tendrá, pero ¿a una madama? —Chasquea los labios—. Nunca. Porque está en el ajo por su propio beneficio. Se benefician de nosotros y de ellas. ¿Y quién le da el castigo que merece?

—Lo que no me gustó fue tanto lujo —dice el señor Hancock, y siente los ojos de sus empleados clavados en él—. Tenía todo un aire decadente, como cuando la caída del Imperio romano: esos excesos de alcohol y mujeres desnudas por todas partes.

—¡Los ricos! —gruñe el señor Scrimshaw—. ¡Los influyentes! Y, sobre todo, ¡los políticos! El ocio y el exceso les nublan el sentido. Viven en un mundo de fantasía.

—Eso es —dice el señor Hancock, y mueve afirmativamente la cabeza—. Tenéis toda la razón.

—No tiene cabida en ese mundo un hombre de seso —dice el joven Oliver, con tono melancólico.

—Es mejor que no nos enteremos de lo que hacen.

—Así es —dice el señor Hancock—, eso pensé yo talmente. Y no tengo intención de volver por allí. ¿Han puesto la lumbre en mi despacho?

—Puesta está, y bien vivo que está el fuego —dice Oliver, que se encarga de todas las comodidades en la oficina.

—Pues me pongo a trabajar ya. Que tengáis un buen día, caballeros —dice.

Entra en el despacho contiguo, que comparte con su socio, y al cerrar la

puerta los oye susurrar, nerviosos, como si quisieran sacarle punta a lo que ha dicho y opinar ellos a su vez.

Por lo que respecta al señor Hancock, lamenta que Greaves esté en Boston porque esa mañana le pesa el silencio como una losa. Se sienta a su mesa, presidida por el retrato de su padre y el del padre de Mary, su mujer, y bajo la mirada de la evanescente miniatura de su hermano Philip, que se ahogó en el río Deptford cuando volvía una noche a casa haciendo el tonto. Y se lleva a la nariz un pañuelo que le ha bordado su querida Sukie mientras piensa: «Aquí estoy tan ricamente, entre gente honrada. Y por mucho dinero que gane, nunca dejaré esta vida que llevo».

Tiene delante el correo matutino, pero no sabe si leerlo o no. Lo primero que hace es afilar la péñola con más cuidado que nunca: le arranca virutas blancas hasta que le place el trazo, firme y enérgico, que a buen seguro dejará esa punta en el papel. Luego saca una fina hoja de papel blanco y escribe lo siguiente:

*Querida señora Chappell:*

*Lamento comunicaros que me veo obligado a retirar el objeto de mi propiedad que exponéis en vuestra casa. Surcamos vos y yo mares muy distintos, señora, y por cómo evolucionó todo la pasada noche, no puedo consentir que mi nombre se asocie más al vuestro. Renuncio a la suma que acordamos por mis honorarios, y os ruego me enviéis mi criatura de vuelta a más tardar mañana por la mañana.*

Lo lee otra vez y luego saca otra hoja para hacer una copia en limpio, solo que en esta no va a poner nada de «lamento», y cambiará el «os ruego» por un «os exijo».

Porque la clase social es como una burbuja, una membrana que lo cubre a uno. Aunque uno pueda crecer dentro de esa membrana, y hasta toparse contra sus paredes, lo que es imposible es romperla. Y la nobleza de un hombre está siempre en su alma, por muy bajo que caiga. Así, un hombre de origen humilde tendrá siempre un alma hecha a su medida, por mucho que ascienda.

Firma con su nombre, y con un vuelo tal de la pluma que salpica de tinta

la hoja. Luego espolvorea arena secante para que se seque antes, sopla, sacude el papel en el aire, lo dobla y le planta el sello. Solo entonces se levanta del asiento.

—Oliver —dice, y este entra en la oficina—. Llévadle esto a la Madre Chappell.

Vuelve a su despacho antes de tener que dar más explicaciones. Ha puesto las cosas en su sitio, ni más ni menos. Y volverá a ser lo que era antes. Ya no andará perdiendo el tiempo en paparruchas. Aunque no acaba de saber, mientras vuelve a sus libros y abre la primera carta del día, si eso lo llena de contento o lo atormenta.

## DIECIOCHO

¡Menudo gozo remolonear en la cama con el hombre que una ha elegido y no con otro! Que le toque la cara a una con sus manos cálidas; poder maravillarlo con la dilatación de las pupilas y tenerlo ahí, abocado a la ternura rosácea que le emana a una de los labios: que la meta a una en calor frotándole las manos con las suyas, y que le caliente a una los pies con los suyos.

Menudo gozo, también, ver cómo se le arrugan los ojos cuando sonrío; y besar esa pulgada de piel, pálida y suave como la de una niña, que queda entre el borde rosáceo de sus labios y la línea cuidadosamente afeitada de la barba. Y descubrir la cicatriz de la barbilla, que se hizo al caer de un árbol a los seis años; y que tiene el dedo meñique un poco torcido porque se cayó del palo de una escota a los diecinueve. Enterarse una de estos secretos que él tiene.

Primero duermen en casa de la señora Chappell, en uno de los cuartos preparados a tal fin. La cama, de grande que es, parece ya de por sí un dormitorio, y está equipada con unos somieres sumamente ingeniosos de los que la señora Chappell guarda la patente. Angelica se quita inmediatamente la enagua empapada y la deja caer al suelo de tarima sin pararse a pensar. Todo lo que el teniente alcance a ver esa noche de su cuerpo desnudo antes de meterse entre las sábanas será solo un fogonazo, pues le puede a ella el deseo de entrar en calor mucho más que cualquier asomo de seducción. Además, tampoco es que haga falta mucha seducción. Fue una atracción a primera vista, y ahora lo que están deseando los dos es la intimidad del contacto físico. Se desnuda el teniente cuando el alba acaricia King's Place

con sus rosáceos dedos, y Angelica lo mira por el rabillo del ojo, el otro ya casi cerrado de sueño. Es de los de cuerpo magro y largos miembros, con una franja de vello oscuro que le recorre los muslos, curvos, igual que un arco armado.

Cuando se mete en la cama, ella ya está casi dormida y apoya la columna vertebral en el vientre de él. Se abrazan desnudos, el uno contra el otro, pero no pasa nada: les encanta la bendición de sentir la piel desnuda del otro, nada más; y él le hunde los dedos en el pelo espeso y allí los deja enredados, mientras ella engancha la mano en la parte de atrás de su muslo. Él pone su cara junto a la suya y, con la nariz, le hace cosquillas en la oreja: le roza con los labios el cuello y van los dos pautando la respiración hasta aquietarla.

Así se quedan dormidos, y así despiertan. No haría falta decir mucho más puesto que todos los amantes son iguales, y constituye cada uno el único interés del otro, pero en este caso sí hay algo que decir: ¡Angelica Neal nunca se ha sentido así!

Y si alguna vez lo sintió, lo ha olvidado por completo.

Ella, que ha hecho una profesión de esa precisa forma de ser tocada, de ser mirada, y casi nunca se ha resentido por ello, había olvidado hasta ahora lo maravilloso que es. Se siente hecha de pegamento, o de algún imán muy potente; pura yesca ávida de recibir la primera chispa que la prende: y asiste perpleja a este espectáculo, como si fuera todo un descubrimiento. Más tarde dirá entre susurros que no quiere estar con ningún otro hombre nunca más. He ahí la droga que, administrada como gotas de rocío sobre los párpados, hace que el ayer no tenga ninguna consistencia, que el mañana sea cierto y el hoy, oro puro.

Angelica y George (pues por la noche se desvistieron también de toda formalidad) siguen en la cama, entre suspiro y suspiro, hasta bien entrado el mediodía: oyen a lo lejos el taconeo de las chicas según las montan en el carruaje para que les dé el aire, y el ajeteo del servicio por los pasillos al otro lado de la pared poniendo en orden lo descabalado esa noche. Se entregan el uno al otro por primera vez justo cuando un perrillo gime y araña la puerta para que lo dejen entrar, y se quedan dormidos un rato antes de entregarse de nuevo. Solo los interrumpe una criada que les lleva chocolate y panecillos, y que luego sale a escape de la habitación.

—Tenemos que irnos —susurra Angelica, y lleva las puntas de sus dedos a las puntas de los dedos de él, tal y como están tumbados, cara a cara.

—Yo no quiero separarme de ti —dice George.

—Ni yo pienso —dice ella—. Pero no me apetece que Madre Chappell me controle. —Se quedan callados un instante—. ¿Qué compromisos tienes? —pregunta ella mientras aprietan una palma contra otra.

—Nada que no pueda esperar a mañana y a pasado mañana.

Ella se anima.

—Ni yo. Vente conmigo a mi casa.

Él la atrae hacia sí, busca con los dedos ese punto de la anatomía de ella que ya tanto le pertenece, el hueco de su baja espalda: aunque le pertenece todo su cuerpo, y a ella el suyo.

—Pasemos tiempo juntos, todo el que podamos —dice él—. En ninguna otra parte querría estar.

—Tengo un apartamento. Nadie nos molestará allí.

—Pero sigamos un rato más aquí, solo un rato más.

Bien entrada es ya la tarde para cuando quieren levantarse y ponerse la ropa. En el patio ya no da el sol. Salen a la ciudad y les parece que llevan fuera mucho tiempo; no reconocen los usos de la gente, tampoco les importan: habitan en un mundo de dos. Cogen un coche y se apretujan dentro el uno contra el otro, y se dicen cosas en voz baja entre beso y beso mientras ven pasar por la ventana una vida que les parece otra.

## DIECINUEVE

No han pasado ni dos horas desde que le mandó la misiva a la señora Chappell y el señor Hancock ha vuelto ya a la Bolsa. Oye allí que lo llaman por su nombre, mira a ver quién es y ve que uno de los apuestos lacayos de King's Place avanza con paso decidido hacia él. Le brilla la levita azul celeste como la mañana más virginal que quepa imaginar. La peluca que lleva es blanca, tal las alas de los ángeles. Tiene la piel morena y suave como una castaña.

—Señor Hancock —repite.

La gente se aparta para dejarle paso. Y este hombre, que se llama en realidad Simeon Stanley, no es el único de color que hay en la sala, pero puede que sea el más elegante. Lo que más llama la atención de él es su olor. Huele a almidón. También huele a agua de lavanda, jabón de sebo de vaca, lana mojada (pues la humedad ha dejado un reguero de gotitas en los lustrosos hombros de su gabán) y un moderado toque de agua de colonia de mediana calidad. Eso sí, a lo que no huele es a su olor corporal de hombre. Está tan limpio que es como un milagro caído directamente del cielo azul: ni un ligero tufo a sudor sale de él; no tiene el menor rastro de cebolla en el aliento, nada que dé el menor indicio de que ha cruzado la calle a toda prisa. El azul celeste de los calzones muestra que se los acaba de poner, pues los pantalones enseguida delatan a un hombre por lo intrincado de las arrugas y las manchas de sudoración. Puede que Simeon Stanley parezca un hombre de carne y hueso, pero nada en cómo huele dice que lo sea: desde el fular hasta la punta de las medias, podría perfectamente estar hecho de calicó relleno de plumón de ganso.

—Me manda la señora Chappell —dice.

—Eso es que ha recibido mi carta.

—La ha recibido, sí, y se ha disgustado mucho. Os ruega que la hagáis saber el motivo que os ha hecho cambiar de opinión.

El señor Hancock no sabe qué decir.

—Vos mismo conocéis el talante de esa casa —dice.

—Por supuesto que sí, y estoy orgulloso de trabajar en ella —dice Simeon—. La señora Chappell cuenta con el beneplácito de hombres que...

—Sí, de hombres que son mejores que yo —lo interrumpe el señor Hancock—. Que yo y que vos. Ya me lo han dicho muchas veces, solo que no me lo creo. No soy yo menos honorable que esos hombres cuya actitud de absoluta degradación vi con mis propios ojos.

El señor Stanley se atiene a la literalidad de su recado.

—¿Sentís que se os engañó? A mi ama le pesaría enormemente que así fuera. Si hay algo que podamos hacer... para que todo vuelva a su cauce. Señor Hancock, ¿qué os gustaría?

—Nada, solo que me devuelvan mi sirena.

El hombre negro entorna los ojos y pone todo su empeño en lo que dice:

—La señora Chappell haría cualquier cosa para teneros contento.

—Pues eso es bien fácil —replica el señor Hancock—. Y ahora dejadme seguir con mis asuntos, que soy un hombre muy ocupado.

Simeon carraspea. No es que sea muy corpulento, pero es alto, y al estirar la espalda se le ensanchan los hombros. Cierra el puño con total delicadeza —y se le ven los nudillos llenos de marcas y rozaduras, algo que sorprende en alguien por lo demás tan refinado— y lo encaja en la palma de la otra mano. Queda en el aire el ruido que hace la piel contra la piel.

—Mi ama os ruega que tengáis en cuenta el trato que hicisteis con ella —dice sin alterar el tono de voz—. El contrato que firmó para alquilaros la sirena una semana, y la suma de trescientas guineas que acordó pagaros en buena ley.

—No creáis que me intimidáis —dice el señor Hancock sin apartar los ojos del puño cerrado de Simeon—. Yo soy un hombre de negocios, no tengo nada que ver con matones.

Esto escuece.

—¿Me estáis llamando matón, señor?

—¿Y qué otra cosa iba a llamaros? Os ha contratado una madama para intimidar a sus clientes. Si conocéis una palabra más apropiada, me encantaría saber cuál es.

—Yo soy un profesional —dice Simeón muy serio—. Un sirviente, tan bueno como lo pueda haber en las mejores casas de Londres.

—No dudo de que lo seáis. Así que dejaos ya de matonismos. No suelo romper mis compromisos, pero la necesidad me obliga, ¿no os parece? Hay veces que está en juego el honor de uno, y romper un trato puede ser más honorable que cumplirlo.

—Mi ama os pagará más —salta Simeon al quite, pues la señora Chappell le ha dado instrucciones claras de cómo tentar al armador para que vuelva a ser tratable—. Cincuenta libras más, ¿qué os parece?

—Guineas. Ella y yo siempre hablamos de guineas...

—Pues cincuenta guineas.

—Pero eso es lo de menos. Sigo negándome.

—Cien.

El señor Hancock mira para otro lado. El lacayo lo contempla sin perder detalle, a la espera de la siguiente negativa, mas no hay tal. Ladea la cabeza, y una tenue sonrisa de perplejidad le saja la cara.

—Seguro, señor, que eso os parece aceptable, ¿verdad?

—Quiero que me devuelvan mi sirena —dice el señor Hancock, y encara la calle con paso firme.

El lacayo lo sigue a duras penas, fintando entre la multitud de hombres de negocios e, intentando recordar qué era lo siguiente que podía ofrecer.

—Si lo que queréis es conocer a personas influyentes —dice casi sin resuello—, contactos, en fin, que ella puede ayudaros...

Esto le da al señor Hancock una pequeña tregua. Mira a Simeon con más interés que antes.

—Muy bien, decidme —suelta por fin, y carraspea—: os recorréis de arriba abajo la ciudad, vais de una casa a otra, a cuál más elegante, ¿no es así?

—Así es. —Simeon detecta intrigado el cambio de tono, pero hará lo que esté en su mano para tener contento al caballero.

—Entonces, ¿cuál diríais que es la zona que está de moda? Imaginaos que alguien quisiera construir porque tuviera dinero, pero no conociera el negocio inmobiliario en Londres, ¿dónde creéis que debería construir?

Simeon disimula la sonrisa porque le divierte este paleta con su peluca deshilachada, y pone todo su empeño en responder con amabilidad:

—A lo mejor Snow Hill, señor. O el ensanche de Mile-End Road: hay muchos capitanes y armadores de barcos en esa zona que necesitan casas de categoría.

Enojado, el señor Hancock niega con la cabeza:

—No, no. Yo quiero construir casas para gente elegante. Nada de marinos ni comerciantes.

—Perdonadme. ¿Un vecindario de moda en la ciudad? Pues yo diría que Mary-le-Bone, al noroeste de donde nos encontramos ahora: se respira aire puro, pues casi está metido en el campo.

—¿Ahí construiríais?

—Yo no me atrevería a tanto. —Simeon saca pecho—. Pero algún día tendré una taberna ahí, si Dios quiere. Está muy bien situado.

—Mary-le-Bone —repite el señor Hancock—. Pues muy agradecido, de verdad, muy agradecido. Mary-le-Bone. —Luego se encasqueta el sombrero—. Y de la cuestión de la sirena, lamento deciros que estáis perdiendo el tiempo. Porque quiero que me la devuelvan. Decídselo a vuestra ama...

—Pero ¡es que está también la señora Neal! —suelta Simeon.

Al oírlo, el señor Hancock se queda parado en el sitio.

—¿Qué pasa con ella? —Sin pensar, se lleva un dedo al labio de abajo.

A Simeon ya no le queda ninguna carta por jugar, es consciente de ello y bien que lo lamenta. Angelica tiene otras artes de persuasión, muy diferentes de las suyas, y quizá consiga mejores resultados. Sea como fuere, él estará encantado de endilgarle este engorro.

—Que arde en deseos de veros —dice.

El señor Hancock patea el suelo, inquieto.

—¿Ella...? —Niega con la cabeza—. No, no. No lo creo.

—¡Os digo yo que sí! —asegura Simeon—. Desea volver a veros. ¿Por qué no vais esta noche?

—No puedo.

—Señor, ¿sabéis cuántas veces se da el caso de que la señora Neal le pida a un caballero que vaya a verla? Pues casi nunca. Son ellos los que solicitan ir a verla a ella. Pero a vos, a vos os espera. Deberíais ir.

El señor Hancock suelta un suspiro.

—No son más que maquinaciones de esa ama vuestra.

Simeon alza los hombros con indiferencia. Sabe que es una baza segura y no hace falta cargar las tintas.

—Vayáis o no a verla, ella os espera: y aquí es donde se encuentra. — Saca del bolsillo interior de la chaqueta una tarjeta en la que está escrita la dirección del apartamento de Angelica (con la misma letra de la señora Chappell, aunque eso el señor Hancock no lo sabe) y se la ofrece—. Cogedla.

El señor Hancock se la queda mirando y dice:

—Tengo trabajo esperando.

—¡Cogedla! ¡Cogedla! ¿Qué mal os puede hacer eso? Y entonces ya sí que os dejo en paz.

La verdad sea dicha, ¿qué otra opción le queda al señor Hancock? Así que, con temblorosa mano y el corazón acelerado, coge la invitación de Angelica.

## VEINTE

Simeon ve alejarse al señor Hancock entre la multitud de hombres similares a él, que lo acaba absorbiendo hasta hacerlo indistinguible del resto, y él emprende el regreso a buen paso. Su presencia despierta cierto interés, y lo sabe: porque gasta librea del color del cielo y le saca media cabeza a casi todos los que lo rodean. Si bien, según observa, esto se debe a que casi todos van encogidos: «Si tuvieran algo de amor propio no me mirarían tanto», se dice.

Pero eso no quita para que lo que hagan algunos sea burlarse:

—¡Ahí va el joven príncipe! —grita un aprendiz.

—¡Copito de nieve: levanta bien los pies!

Y es cierto que tiene que mirar por dónde pisa para salvar la porquería, y arruga la cara con gesto de asco cuando cruza la regadera por la que corren los efluvios en la mediana de la calzada. Pasa frente al edificio de la Marina Mercante, le llega el olor del río, y algún que otro callejón le permite ver los velámenes blancos. Deja atrás los talleres de cordobaneros, las imprentas alrededor de la iglesia de San Pablo, las carretas cargadas de fruta en San Clemente, y por dondequiera que va, con el paso ligero y liviano que lleva y la cabeza bien alta, todos los que lo ven en el barullo de las calles saben que ahí camina un hombre importante; y que por la ropa tan elegante que viste, debe de ser el mensajero favorito de alguna familia influyente. Simeon se sacude con dos dedos el hollín de un hombro y sigue camino.

Bordea San Gil, un sitio para andarse con cuidado, pues podría acabar por accidente con alguna estocada en el cuerpo. Pasa a toda prisa por delante de un marinero de origen indio que pide limosna en una calle, y que se levanta la

pernera de los bombachos para mostrar una herida ulcerosa encastrada en el fino hueso que asoma. No lleva nada debajo de la chaqueta, y se le ve la piel flácida y coriácea que le cubre el costillar. Tiene descoloridos los globos oculares, como aguados en té; y las comisuras de los labios, escamosas y pálidas. Y si bien Simeon no ha montado nunca en barco, ve a las claras que ese marinero no volverá a hacerse a la mar. «Hermano», implora el hindú, y adelanta la escudilla. «Hermano, ayúdame». Pero Simeon arruga la nariz. Piensa en cómo les describirá la escena luego a sus amigos, los lacayos, tenderos y ebanistas de su propia raza: todos ataviados con elegantes chaquetas de lana, chalecos bordados y polvos de almidón en el pelo. Duda de las palabras que empleará, aunque sabe que al final no les contará nada. Porque ¿cómo contarlo? ¿Y qué sentido tendría? Se aleja del pordiosero sin mirar atrás, pero el recuerdo de ese marinero hindú se hará fuerte en el estómago de Simeon todavía por un tiempo.

Nada altera, en apariencia, la compostura con la que llega a Dean Street cuando ve la quejumbrosa cara de la señora Frost, casi comida por las sombras, en una ventana de la primera planta. Cuando ella lo ve a él, la abre sin mayor demora y saca medio cuerpo fuera.

—Tengo un mensaje para la señora Neal —dice.

—Pues has echado el viaje en balde, porque todavía no ha vuelto de King's Place.

—Pero si vengo de allí. —Y se señala la chaqueta azul, por si ella no se ha dado cuenta. Pero a la señora Frost no le cambia lo más mínimo la expresión de la cara—. Bajad, que no quiero andar a gritos.

Ella desaparece como por arte de magia y al cabo de unos segundos sale por la puerta, igual que un muñeco en un reloj de cuco.

—¿Qué es ello, pues? —suelta de buenas a primeras, pues no pierde el tiempo con finuras cuando se trata de criados.

—La señora Neal conoció a un caballero anoche —dice Simeon—, y mi ama tiene mucho interés en convencerlo a él de algo. Le dije a ese caballero que viniera aquí de parte de ella, para que la señora Neal sea más persuasiva con él de lo que he sido yo.

—O sea, ¿que he de esperar a un caballero?

—Eso he dicho, y habrá que decirle a todo que sí. Así conocerá él gran

desahogo: porque algo se trae con mi ama que lo preocupa.

La señora Frost carraspea ruidosamente.

—La señora Neal tiene que mirar por sus propios intereses. ¿Cuántos favores más espera la señora Chappell que le haga?

—Este es el único favor ya.

—Sí, pero es que anda justa de tiempo.

Él abre las manos en señal de abandono.

—Pues explicádselo vos a mi ama. O a la suya.

—¡Mi ama! ¡Habrase visto descarar! Yo no trabajo para ella, es mi amiga. Simeon la mira de arriba abajo.

—Pues bien que os sienta a vos esa amistad —dice, y le dedica su mejor sonrisa.

Al señor Hancock, como hombre, es fácil impresionarlo, cierto es, y en menos de cuatro horas ya ha decidido que le hará una visita a Angelica Neal esa misma noche. No sabe qué le va a decir ni tampoco qué hará. «Pero ella me espera allí», piensa. «No puedo hacerle el feo dos veces rechazando su invitación. Está claro que no pienso ceder en el asunto de la sirena, pero ¿acaso no es una ocasión pintiparada para volver a verla?». Ha llegado a la conclusión de que, por mucho que lo escandalice el mundo en el que ella se mueve, él tiene que estar por encima de eso y mostrarle toda su galanura. «Pues yo, aunque no sea de clase social alta, sí soy mejor persona que ellos. Y jamás trataría de ese modo a ninguna chica ni me divertiría así entre los míos: porque estoy bien al tanto, a diferencia de esos caballeros, de que todo cuesta en esta vida, también los placeres».

Se dirige allí lo más rápido que puede, pero a lo largo de todo el Strand las chicas empiezan a salir a hacer la calle con la caída de la tarde: se apostan en los portales y en el alféizar de las ventanas; o forman corrillos y se pasan una botella mientras dan vuelo a las faldas de brillantes colores para enseñar las enaguas de encaje que llevan debajo. Las hay que incluso aguardan al borde de la acera (cuando hay acera), hechas un manojo de nervios, atentas a todo lo que pasa: miran desde allí, ora a este hombre, ora al otro, igual que los ojos de un animal otean el horizonte buscando el sitio más seguro. Procuran cautivar la mirada de todos los viandantes, y ellos a su vez les

arrancan una sonrisa cuando las miran. El señor Hancock va con la cabeza gacha, pero eso no impide que se acerquen a él y le pongan una mano en el brazo cuando llega a su altura.

—¿Me lleváis a casa? —pregunta una.

—Tengo lo que vos queréis, señor —le confía otra.

Las que salen a la luz del día no tienen nada de qué avergonzarse, muestran lo que salta a la vista: lucen caras jóvenes y poco maquillaje, y los vestidos que llevan aguantan una primera mirada, aunque no una segunda. Las más castigadas por el tiempo y la intemperie —melladas, enfermas, viejas y sucias—, a esas no se las ve: se ocultan en los callejones más turbios, o bien esperan hasta altas horas de la madrugada, cuando a lo mejor consiguen camelar a algún alma perdida con la promesa del alcohol y las sombras.

Gira por Half Moon Street, y una joven invade su camino. No es ni guapa en demasía, ni condenadamente insulsa, solo una chica de pueblo con el pelo castaño, de unos dieciséis años de edad, que lleva un pañuelo gastado atado al cuello y un corsé al que se le transparentan las varillas metálicas. Camina junto a él con un trotecillo alegre y, aunque él acelera, ella aviva el paso y mece los aros de la falda, que serán prestados.

—Señor —le dice—. ¿No queréis pararos un ratito?

—Gracias, pero no —responde él casi sin aliento, pues no está acostumbrado a llevar el paso tan rápido y quiere escapar de ella.

Mas la chica no ceja.

—Sé de una cervecería cerca de aquí —dice ella—. Un sitio decente para pasar una hora. —Retuerce los dedos de forma lastimera: no lleva guantes, tiene las manos blancas y huesudas, con líneas negras debajo de las uñas—. Hay un cuarto en la planta de arriba.

—Vete por donde has venido. Conmigo esto no funciona.

Pero la putilla sigue persiguiéndolo.

—Seis peniques y un jarro de vino, no os pido más —dice—. Y os trataré bien.

Él se detiene, y ella casi se da de bruces: no es de extrañar, pues los zapatos le están grandes y le bailan en el talón cuando camina. La mira a la cara: ve que la tiene lavada, y que un reguero de pecas le recorre la nariz.

—¿Para quién trabajas?

—Para nadie —dice ella.

—¿Es cierto eso? ¿No tienes chulo ni madama?

—No, señor, yo trabajo sola.

Él suspira y rescata un chelín del bolsillo. Lo sostiene en alto para que ella lo vea.

—Con esto te llega para ponerte a cubierto y comer algo. Hasta para una vela quizá. Es para ti sola y para nadie más, ¿me oyes?

La chica no se mueve del sitio. Él nunca ha visto a nadie mirar una moneda con tantas ganas.

—Y ahora vete —dice, y se la tiende. Ella lo mira sin comprender—. No quiero nada de ti, me conformo con no volver a verte por la calle esta noche.

La chica abre la mano, y cuando le cae la moneda, los dedos se cierran como una trampa. Entonces se lleva el puño al pecho.

—Gracias, señor.

Hace una reverencia y se aleja deprisa: irá a alguna panadería a comprarse una empanada; o puede que vuelva al mismo punto de la acera en el que empezó su jornada. «Aunque dudo que se lo vaya a gastar en otra cosa que no sea ginebra», piensa el señor Hancock mientras la ve desaparecer entre el gentío. «Como que valen doce peniques para sacarla de la miseria, a la pobrecilla. ¿Dónde estará su familia? ¿Y por qué no vuelve con ellos? Maldita sea, a un hombre respetable no tendrían que acosarlo cuando camina por la calle».

Y allá que va por el Soho, irritado al ver lo blando que ha sido. De camino a Dean Street, no dejan de palparle los puños manos femeninas ni de decirle zalamerías al oído. Parece que no hay hoy una sola mujer en la calle que no se abra de piernas si le dan la oportunidad. Las sombrereras, con la mercancía ya empaquetada, susurran: «Esta noche tengo todo el tiempo del mundo». Y las ayudantes de camerino que no han encontrado trabajo hoy en el teatro porque no hacía falta más gente sueltan: «¡Como hoy hay pocas noches! Aprovechad, que no se os volverá a presentar una oportunidad como esta».

Y sin embargo, lo rodea una actividad que no cesa: ve aprendices de imprenta con los dedos manchados de tinta, herreros, vendedores de

empanadas, albañiles y abogados. Los médicos invaden las calles con pelucas que parecen coliflores; los boticarios sacan cucharadas de grandes tarros de mayólica; por el parteluz de los escaparates, ve a los vendedores de muebles sentados, felices, dentro de las tiendas. Solo que, entre este orden aguerrido de las cosas, están los que no han hallado su sitio en él y han caído al arroyo, como caen los tornillos de una compleja maquinaria. En esta ciudad de un millar de oficios, las mujeres siempre acaban recalando en uno solo, como si sintieran la llamada de algo.

Llega a Dean Street: en el número quince hay un ventanuco abierto en la primera planta y una mujer sentada dentro, con el codo apoyado en el alféizar.

—Buenas tardes tengáis —dice el señor Hancock alzando la voz desde la calle, y le dedica un saludo con el sombrero.

La mujer no levanta la vista en el acto, prefiere acabar de garabatear lo que sea en una libreta: pero entonces el parpadeo de irritación que lo recibe se parece al de Hester cuando ha perdido las gafas, aunque esta es mucho más joven.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Vengo a ver a la señora Neal —grita él.

Y, no sin cierta alarma, cae en la cuenta de que hay más gente en la calle: las lavanderas de buen corazón y los tenderos; las costureras que hacen vestidos y salen corriendo a la ventana del apartamento justo debajo de la señora Neal, como si fuera un palco en el teatro. Y qué pena que no sea consciente de la vuelta de una risueña Angelica a sus aposentos, no hace ni dos horas, arropada en una manta de lana, con la ropa mojada en una mano y el señor Rockingham de la otra.

—Es el caballero que conociste en casa de la señora Chappell, supongo —le dijo la señora Frost en cuanto se quedaron solas en el vestidor.

—A ti no veo qué te importa —replicó Angelica—. Fíjate, debo de haberme dejado el vestido en casa de la señora Chappell. ¡Menudas bromas nos gastamos anoche! A lo mejor puedes mandar a alguien a ver si lo han encontrado.

—Pero ese caballero...

—¡Sí! Por caridad, Eliza, sí, es cierto: lo conocí en casa de la señora

Chappell, y hoy pienso pasar la noche con él aquí. ¿Te parece bien? Pues, hala, déjanos en paz.

Y ahora, dos horas más tarde, la señora Frost abre el bastidor de la ventana y saca medio cuerpo fuera sin apartar la vista del señor Hancock.

—¿Y qué queréis de ella? —Siempre acierta cuando calibra a uno de sus clientes. Este hombre, que la mira con los pulgares enganchados en los bolsillos, no parece ni caballero ni alguacil; pero si tuviera que elegir, se decantaría por esto último.

—Pues yo... Yo quería verla. Hablar con ella, si es posible. Nos conocimos la pasada noche.

—Vos, como tantos otros. ¿Y os llamáis?

—Hancock. —Se quita el sombrero y le da la vuelta entre las manos. «El hombre de la sirena», querría añadir, pero se muerde la lengua pues cree que sería como decir una tontería.

—Jamás oí hablar de vos. —Nada más decirlo, aparta la cabeza de la ventana. Porque dentro, aunque él no tiene forma de saberlo, Angelica Neal se ha encerrado en su cuarto, como una crisálida, en brazos del amor—. El caso es que no está libre.

—Nos conocimos anoche —repite él—. Y yo no la traté como ella se merece, por eso...

—Hoy no —dice la señora Frost—. Hoy no está para nadie.

Al señor Hancock le sorprende lo poco que tienen que hacer las chicas de la sastrería, porque ahora abren la ventana todo lo que da de sí y apoyan los codos en el marco para ver el ir y venir de la gente por la calle. Mientras él, a escasos dos metros de su acuciante interés, cambia el apoyo de un pie a otro y procura darse prisa con las averiguaciones.

—Pero a lo mejor, si vos le decís que yo...

—Si tuviera que irle a la señora Neal con todos los ruegos que me mandan para ella, coja me quedaría de los dos pies —suelta en tono cortante la señora Frost—. Hoy no es vuestro día, señor. Venid en otro momento, si no hay más remedio.

Entonces cierra la ventana y lo deja en la acera. Y él no sabe ni por dónde le da el aire.

—Pero bueno, señor —tercia una de las costureras que han presenciado la

escena—, ¿no iréis a marcharos a vuestra casa después de cómo os han humillado?

Él se estira los faldones de la chaqueta y no dice nada. Pero ellas sacan más el cuerpo y lo animan:

—Porque aquí no os íbamos a decir que no.

—¿Cómo dice...?

—Os haríamos un buen precio.

—¡Entrad, entrad! —susurran, dándose codazos la una a la otra entre grandes risotadas.

Y él recula con la cara roja, avergonzado y perplejo.

# LIBRO II

## UNO

—¡Por tu culpa me he quedado sin sirena!

La señora Chappell está hecha una furia, y le tiembla la barbilla al cruzar torpemente el suelo de mármol, ataviada con una bata y las zapatillas de piel de conejo. En vez de peluca, lo que lleva es una cofia de encaje almidonada, y los quevedos le cuelgan justo al borde de la nariz: y así, desprovista de joyas y maquillaje, tiene un aspecto menos imponente pero mucho más severo. Porque ni la cara lavada, ni la piel flácida de las mejillas, ni la arruga que se le forma en la frente traslucen signo alguno de debilidad: de hecho, tiene todavía más aspecto de alcahueta.

—¿Por eso me habéis mandado llamar? —dice Angelica, bastante molesta.

Había dudado de si acudir al reclamo de la abadesa, tan absorta como estaba con el señor Rockingham. «Pero es que le prometí que le haría ese favor, y yo también saldría ganando», se había dicho a sí misma. Dos días en el quinto cielo de los brazos del teniente le han disparado el entusiasmo a Angelica, y el amor propio también: lo que le apetece es rodearse de gente amiga y sentir la ebriedad de su propio magnetismo. Y si hubiera recordado que la señora Chappell no recibía visitas antes de las dos de la tarde, de haber caído en la cuenta de que dedicaba la mañana a los asuntos más anodinos, habría venido preparada para ese recibimiento tan poco cortés en King's Place, escenario de sus últimas y esplendorosas victorias.

La casa está en silencio, algo poco común; como si las chicas y los perros que corretean en el piso de arriba hubieran perdido hoy algo de su viveza de siempre. Y al lacayo que avanza hacia ella para hacerse cargo de su abrigo le

falta ese brío que lo caracteriza.

—Pero ¿de qué estáis hablando? —pregunta—. ¿Cómo que se ha quedado sin sirena por mi culpa? Porque si he sido yo, me temo que lo desconozco por completo.

Suena en lo alto de las escaleras el frufrú de un vestido y asoma Elinor.

—Buenos días —la saluda Angelica—. ¿O es que han dado ya las doce del mediodía? —Pero la señora Chappell le lanza a la chica una torva mirada de aviso, y Elinor vuelve grupas hasta desaparecer por donde entró—. Pues no le ha sentado muy bien que digamos —bromea Angelica, que ha puesto ella misma esa cara muchas veces.

Siente entonces la comezón de la culpa, y le viene a la mente por primera vez el señor Hancock, el hombre de la sirena, a quien tuvo a su cuidado antes de que la abandonara, recuerda ahora, con cajas destempladas. Aunque tampoco hace falta declararse culpable hasta que no quede demostrado más allá de toda duda.

—Haz el favor de acompañarme a mi cuarto —dice la señora Chappell muy tiesa.

—Menudo enfado tenéis —apunta Angelica sin alzar mucho la voz, pero sigue sin rechistar a la abadesa hasta el saloncito empapelado de verde.

Han abierto las cortinas y el fuego está encendido, pero no ve por ninguna parte el servicio de té, ni el Madeira con las galletas, y la señora Chappell no se molesta en pedirlo.

—Por tu culpa me he quedado sin sirena.

—¿Me permitís que me siente?

La abadesa carraspea con ostentación, y Angelica toma asiento en un brazo del sofá. En semejante postura, nota que le duele el tesorito, y siente la piel escocida en el punto en el que se rozan los muslos. «Demasiado jolgorio». Pero no puede dejar de sonreír. Y quizá sea para bien que Rockingham haya vuelto a sus estudios por unos días: pues, aunque ya esté componiendo mentalmente la carta que le va a mandar, no le iba a dar el cuerpo para tanto ardor.

—Siéntate como es debido —suelta la señora Chappell—. Y a ver si te quitas esa expresión de descaro. Que yo nunca me he portado tan mal contigo. Nunca me he portado tan mal con ninguna de mis chicas.

—¡Ya no puedo aguantar más tanto suspense! Señora, ¿qué es lo que he hecho?

La señora Chappell la apunta con el dedo y parece que va a dar rienda suelta a toda su furia:

—¡Pues lo que has hecho...!

—¡No, no! No hace falta que me lo repita. No me he expresado bien, porque eso ya me lo habéis dejado claro: que por mi culpa os habéis quedado sin sirena. Pero ¿qué he hecho yo para que haya sucedido tal cosa?

—El señor Hancock no quiere que se exhiba más en esta casa.

Angelica recuerda cómo trastabillaba el pobre hombre al alejarse de ella, presa de un pánico absurdo, y cómo se abría paso a duras penas entre la gente.

—¿Y ha de ser mía la culpa de eso? —dice con el ceño fruncido—. Puede haber sido cualquier cosa lo que lo haya contrariado. La maestra de ceremonias de toda la velada fuisteis vos, al fin y al cabo; yo solo tuve un papel muy secundario.

La señora Chappell entrecierra los ojos.

—Basta ya de tanta cháchara —dice—. Ese descarro con el que me vienes hoy no me gusta nada. El caso es que no te ocupaste del señor Hancock como yo te había pedido...

—¿Y qué iba a hacer, si no le gustó el espectáculo?

—¡Pues conseguir que le gustara! Porque si hubiera creído yo que nada podía escandalizarlo, lo habría puesto al cuidado de la tontina de Kitty. Si te elegí a ti fue precisamente porque tenía confianza en que, de torcerse algo, sabrías cómo reconducir las cosas y que el hombre se sintiera bien.

—Pero si yo...

—Ningún caballero tiene que salir de esta casa descontento —dice la señora Chappell—. Y lo sabes. Pero el señor Hancock no solo se fue descontento, sino disgustadísimo. Y te lo envié al día siguiente para que pudieras hacer que las aguas volvieran a su cauce; y eso que, fíjate lo que te digo, él estaba deseando ir a verte. Es decir, que tenías ya la mitad del trabajo hecho. Y entonces, ¡vas tú y lo mandas a paseo por segunda vez!

—¡Yo jamás hice tal!

—¿Ah, no?

Angelica hace memoria: le llega el recuerdo de los vapores del vino, un fragor entre las sábanas y dos cuerpos sudorosos.

—Ni siquiera lo vi —dice, convencida de sus palabras—. Ni lo oí. Por no saber, ni sabía que había ido a verme.

—Eliza Frost tenía instrucciones muy claras de que lo dejara entrar.

—¿Hablasteis con ella?

—Se lo dijo Simeon.

—Pues entonces la culpa es de ellos. ¡Yo no sabía nada!

Es el momento de abandonar la discusión con elegancia, de decir que fue un malentendido: la ocasión para que una u otra lo achaque todo a la mala suerte, pues a cualquiera le puede pasar. Pero no les llegan las palabras a la boca. Angelica ladea la cabeza, como dándole pie a la señora Chappell para que se disculpe, mas la abadesa mira para otro lado.

—Tenías que ser tú la que comandase el barco —suelta la madama—: la que se asegurara de que estas cosas no pasaran en tu casa.

El orgullo herido le nubla a Angelica el entendimiento:

—Ni en la vuestra tampoco, señora.

—Sí, pero es que yo no te necesito a ti tanto como tú a mí —dice la señora Chappell, y aunque pone cierta medida en el tono, queda claro que lo dice con toda la intención—. Cuando tú no habías nacido todavía, ya tenía yo ganada mi fama en este mundo; cuando no había nacido ni tu madre, seguro. Tengo un nombre. Pero tú, si tienes algo de reputación es solo porque has trabajado para mí. Yo te di todo lo que tienes: así que harías bien en complacerme.

Pero Angelica no está para atenciones de ningún tipo.

—Creed lo que queráis, si así os quedáis más tranquila —dice—. Pero desde que regresé a Londres, me dijisteis que yo podía seros de valor, y en eso quedamos. Y ahora que vuelvo a estar en sociedad me da la sensación de que ese valor ha aumentado. Porque, si yo quisiera, me situaría como se ha situado Bel Fortescue. Así que mejor será que no intentéis cortarme las alas echándome la culpa de algo que no he hecho. —¿Le contará a George el contenido de esta conversación? No lo tiene todavía muy claro. Porque a lo mejor es poco delicado hablar de estos temas con él: no vaya a pensar que es una furcia de las que van por ahí regateando sus servicios en plena calle. No,

sería mucho más elegante no decirle nada, y que vea con cuánto respeto tiene que tratarla la que antes fue su alcahueta—. Fuisteis vos la que hicisteis ese trato con él —dice a modo de remate, paladeando cada palabra—. Vos le arrendasteis la sirena a ese caballero, y él fue el que se la llevó por donde la había traído. Así que allá vos.

La señora Chappell junta las manos en un sonoro palmetazo, un gesto que revela, más que puro contento, la conciencia de que lo que va a decir a continuación le escocerá a su antigua protegida.

—O sea, que quieres llegar tan alto como la señora Fortescue, ¿eh? Pues ya podías imitarla siendo tan humilde como ella, porque una ambición sin humildad acaba en nada, ¿sabes?

—¡Puaf! —Angelica pateo el suelo como una niña de trece años. La presencia de la señora Chappell saca lo peor de ella, su lado malhumorado y quejilloso. Y ante el más mínimo consejo que le da la abadesa, adopta una actitud de hija zaherida, con el grito que lleva resonando una generación detrás de otra—: ¡Porque ella siempre fue vuestra favorita! —Se levanta de sopetón y logra contener alguna que otra lágrima antes de seguir con la diatriba—. ¡Con lo que yo me esfuerzo para teneros contenta! Y nunca tenéis bastante, Madre Chappell, ¡nunca!

—De eso nada —dice la madama, que ha forjado la carrera de cientos de chicas a lo largo de su dilatada vida—. Diga ella lo que diga, si Bel Fortescue ahora es alguien, se debe en buena medida a que siempre me ha hecho caso.

—No, a eso no. Vos la ayudasteis a abrirse camino, pero luego fue ella la que llegó adonde ha llegado. Lo cual no quiere decir que ahora esté con vos o contra vos. —Angelica no sabría cómo expresarlo con palabras, pero sí es cierto que anhela lo que tiene Bel, y que la envidia por ello: por haber ganado su propio lugar en el mundo, por haber sabido alinear sus encantos de tal manera que todos la celebren por ser quien es sin ayuda de nadie.

—Pero tú no eres Bel —dice la señora Chappell—. Tú eres Angelica Neal. Y bien que te has valido de mí hasta ahora, ¿o no?

Angelica se yergue todo lo alta que es.

—Pues ahora me valgo bien yo sola, tal y como os dije el otro día.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y he conocido a un hombre maravilloso y atento que cuidará de mí.

—Cruza los dedos entre los pliegues de la falda—. Olvidáis, señora Chappell, que ya nunca volveré a ser vuestra mercenaria, y que no haré negocios para vos si a mí no me convienen.

La señora Chappell ha oído discursos como ese antes, y tiene ya buenas espaldas, o sea que no le presta demasiada atención.

—Pues no se hable más —dice—. Ábrete camino tú sola. Aquí tendrás siempre la puerta abierta. Pero todas somos mercenarias, querida, no hay quien se libre de ello.

—¡Yo no!

—¿Cómo que no? Tú tendrás que ser la más mercenaria de todas. La bondad tiene su precio, señora Neal. Y una mujer que empieza ahora tan en precario haría bien en no olvidarlo.

—De precario, nada —contesta Angelica—. Lo decís solo para incomodarme.

—Pues prepárate, querida. Tú prepárate.

## DOS

Y así es como el señor Hancock decide vender la sirena.

Ha sido el mismo Simeon quien se la ha traído a la oficina, y la tiene ahora en el aparador del despacho, dentro de su campana de cristal, a la espera de volver a Deptford con ella. Cuando está apagando el brasero oye unos golpes en la puerta que dejan temblando todo el edificio, como propinados con un bastón de mango de hierro. Ha cogido ya el abrigo y se dispone a salir, pero duda al oír el extraño vocerío de afuera.

—El señor Hancock —dice una voz—, el hombre de la sirena: ¿dónde puedo dar con él?

No espera la visita de nadie, pero deja el abrigo en la percha y abre la puerta.

—Pues aquí estoy —dice.

En la sala grande de la oficina hay cuatro hombres de señorial aspecto. No lucen lujo alguno en su vestimenta, pero la calidad del paño salta a la vista. Los abrigos son de un azul marino que delata su procedencia; llevan pañuelos al cuello de un blanco nívico y vaporoso, y pelucas immaculadas, libres de toda arruga o mancha.

—Caballeros —dice, aunque apenas acierta a enlazar una palabra con otra —, ¿en qué puedo ayudaros? —En su tribulación, llega a pensar: «¿Los manda la señora Neal? ¿Me pide así que vaya a su lado?».

—Estamos aquí por un asunto de negocios —responden.

Los empleados del señor Hancock se afanan en seguir con la tarea, pluma en mano, si bien no pierden detalle de todo lo que oyen: porque están acostumbrados a alguna visita de cierto postín, pero que se presenten

miembros de la aristocracia, y más tratándose de caballeros de la Corona, eso sí que es una novedad en aquella oficina tan poco transitada. Tal es así, que el señor Hancock observa a Oliver Hay con no poco desconcierto, pues el joven sigue escribiendo sin apartar los ojos de ellos.

—Podemos hablar en mi despacho —dice el señor Hancock, y allá que van los cuatro delante de él, uno detrás de otro. Una vez dentro, no tiene ni idea de qué hacer. La sirena lo observa todo desde el aparador—. Sentaos —dice, tanteando el aire con aquella sola palabra.

—Bien, pues no vamos a entretenerlo mucho —empieza el que parece llevar la voz cantante, el hombre mejor afeitado que el señor Hancock ha visto nunca. Casi no tiene sombra de barba en la cara: tiene la piel tersa como un muchacho, aunque debe de rondar los cuarenta—. Queremos hablaros de su sirena, retirada hace poco de la casa de una tal señora Chappell.

El señor Hancock hace un ademán para señalar a la criatura con la cabeza. Los hombres se vuelven y él nota, por la cara que ponen, que un destello de turbación se apodera de ellos, aunque enseguida recuperan la compostura.

—Os lo ruego, caballeros —dice—. Contadme.

—¿Tenéis intención de venderla?

Cuando se trata de transacciones comerciales, esa pregunta raramente lo pilla desprevenido. Y aunque podría decirse que el asunto de la sirena le privó en un principio del recto sentido comercial, ha recuperado ahora una agudeza rayana en lo temerario: porque entiende que, justo cuando piensa que está pidiendo demasiado, es hora de pedir más todavía.

—Pues eso depende —responde. Los hombres se muestran impasibles—. Comprenderéis que me aporta muchos ingresos, y pensaba sacarle todavía un poco más de rédito.

—Dinero tenemos.

—¿Quién os envía? —pregunta, aunque cabe deducirlo sin margen de error por las coronas bordadas. Además, en el pasado tuvo que grabar ese mismo emblema en cien fichas de juego troqueladas en madreperla.

—Alguien que está interesado.

—¿Y acabará en una colección privada? ¿En algún gabinete de curiosidades? Porque yo creo que esta criatura puede serle útil a la ciencia.

—No irá a ninguna parte donde los hombres de ciencia no puedan dar con

ella.

Casi se echa a reír a carcajadas. Porque las manitas de la sirena no han traído más que disgustos al pequeño mundo del señor Hancock, y se da cuenta en ese instante de que quiere perderla de vista para siempre.

—Bien, pues ya conocéis cuál es mi posición —dice—. Así que, pasadme una oferta.

El de más autoridad coge una hoja de papel del escritorio.

—¿Me permitís? —Moja la pluma del señor Hancock en el tintero, y escribe con trazo elegante y fluido ante la mirada muerta de los hombres retratados en la pared.

El señor Hancock mira esas caras pintadas, como si entre sus antepasados y él se trajeran entre manos alguna conspiración: «Es la venta más extraña que he hecho en mi vida», les confiesa. «Seguro que ninguno de vosotros lo habría creído posible».

El visitante le alcanza el papel, y el señor Hancock contempla durante un segundo la cifra. Es un instante eterno en el que un profundo silencio se apodera del despacho, como si una boca muy grande hubiera succionado todo el aire y creara una calma densa que le encoje el corazón. La cantidad asciende a dos mil libras, más de lo que le costó la sirena. Mira otra vez la cifra.

—Os lo ruego —dice el caballero del rey—. Estamos abiertos a una contraoferta por vuestra parte. Adelante.

¿Se atreverá a doblarles la cantidad? ¿O incluso a cuadruplicarla? Porque con ocho mil libras se podría comprar un barco que no tuviera nada que envidiarle al *Calliope*; hasta podría financiar una nueva expedición, si así lo quisiera. Habría suficiente para no tener que tocar la dote de Sukie; ampliaría su modesto emporio inmobiliario con un par de casas más. Él será la cabeza pensante, sentado en su despacho, y Tysoe Jones capitaneará sus barcos por esos mares de Dios: será como si la sirena no hubiera traspasado nunca el umbral de su casa.

Ay, ¿cuánto pedir? ¿Seis mil, ocho mil, diez mil?

Recuerda la noche anterior a la llegada de la sirena: el silencio, la soledad, la sensación de pérdida insoportable que lo rodeaba en el despacho de su casa.

Va hasta el escritorio y toma asiento.

Coge la pluma, que todavía conserva el calor de la mano del visitante, y añade otro cero.

Hecha la enmienda, deja la hoja de papel encima del escritorio y le da un empujoncito, con tanta turbación que casi se le nubla la vista.

El escudero del rey lee la nueva cantidad y dice:

—Me parece bien.

El señor Hancock tiene que morder con fuerza para que no se le caiga la mandíbula y quedarse con la boca abierta. Jamás hubiera pensado que costaría tan poco conseguir esa cantidad. Ha vendido el capricho del capitán Jones por veinte mil libras: con eso se podrían pagar todas las deudas contraídas por un aristócrata; y contratar a un cocinero que le haga la comida todos los días durante un siglo entero. Con eso podría ser otro Jonah Hancock, muy distinto del que ha sido hasta ahora.

—Vuestro amo —le dice a su interlocutor—, quienquiera que sea...

—¿Sí?

—¿Ha visto..., ha visto con sus propios ojos este espécimen?

Los cuatro se giran para contemplar a la criatura.

—Ha oído maravillas de ella —dice el caballero—. Además, ¿qué importancia puede tener eso?

—No tiene un aspecto muy bello que digamos. Quiero decir que no es lo que se espera de una sirena.

La visita se impacienta.

—Pero es una sirena, que es lo que cuenta. Él quería una y ya la tiene.

—Es algo, si me permitís decirlo así, monstruoso.

—Pero es de verdad. —El visitante se estira el cuello del abrigo y mira a sus hombres—. Poco importa qué aspecto tenga. Es algo que desea todo el mundo, pero le pertenece solo a él. ¿Podemos retirarnos ya, señor Hancock? ¿O tenéis alguna otra pregunta?

—Os lo ruego. Quedo más que contento. —Ve que los hombres no le quitan ojo a la sirena, y da un paso para ponerse delante de la criatura—. Pero hoy no se la llevan: esperaré a que efectúen el pago.

—Desde luego, desde luego.

—Permitidme que os acompañe a la salida.

Atraviesan la oficina, donde la mirada atónita de los empleados no se despega de ellos. En el patio, los hijos del vecino y su perro negro juegan a perseguirse: cruzan el suelo de baldosas entre agudos gritos y los brincos que da el animal entre todos ellos. Los visitantes tienen que caminar esquivando a la chiquillería, y lo hacen tiesos, sin perder la compostura, apartándose a un lado cuando uno u otro niño se les acerca demasiado. Al final, uno de los más pequeños embiste sin querer contra las piernas del hombre que llevó las negociaciones; este pierde el paso y se cae al suelo, y se lleva una mano a la rodilla. Justo en ese momento, el señor Hancock cierra la puerta. Sus benefactores ya están fuera. Él se apoya para recuperar el resuello y que sus empleados no lo vean respirar entrecortadamente. No sabe qué hacer: se mira las manos y ve que le están temblando.

## TRES

Unos niños dan golpes con los dedos en la ventana del despacho del señor Hancock. Oye el repiqueteo que hacen cuando pasan la punta de los palos por las rejillas de la acera y la conversación que traen, tan animada y divagante. Si se diera la vuelta, sentado al escritorio, vería deslizarse sus figuras al otro lado del vidrio soplado, como cuerpos sumergidos en el agua que se desvanecen: vislumbraría los reflejos del sol en su cabello y sus medias arrugadas cuando echaran a correr, dejando de nuevo vacío el recuadro de la ventana.

Es domingo, un día en el que todo el mundo sale de casa, y las familias de Deptford se entregan con ahínco al cultivo de sus placeres: hace bastante bueno, y puede que tarden en volver a ver el sol antes de que llegue el invierno. Las mujeres lucen vestidos grises y cofias recién bordadas, y los hombres llevan a los niños más pequeños a hombros mientras el perro corretea a su lado, seguido por los mayores. Van equipados con bates y pelotas, redes y abanicos. Llevan el pan envuelto en un paño limpio; los peniques, contados uno a uno y puestos a buen recaudo. Mujeres robustas y entradas en años van del brazo de sus maridos, felices como colegialas; los pretendientes cortejan tímidamente a sus amadas. Y hay grupos de aprendices de los astilleros que descorchan hoy la primera cerveza de la mañana con las camisas abiertas. Allá que van, todos a una, entre el camino y el río, rumbo a los jardines de recreo en Vauxhall o hacia el verdor de la colina que baja hasta el río a la altura de Greenwich, buscando la brisa que recorre Blackheath, donde bailan en el aire cometas de colores. La gente llena las calles con el fragor de sus pisadas, y sus gritos y risas cruzan el río, lleno de

destellos por mucho que apeste. En las barquitas, las mujeres chillan y se llevan las manos al sombrero, y los chicos saltan de popa a proa como si tal cosa.

El señor Hancock sigue acodado en su escritorio. Después de vivir muchos años viendo cómo pasaba por sus manos el dinero de otros, ahora es rico. Aunque su posición no lo lleva a ser pródigo en excesos (más allá de encargar panecillos a las hierbas rellenos de pasas, ahora que va haciendo cada vez más frío, y muda nueva de lana): ha apartado un dinero para la dote de Sukie; y otro para los primos de ella, que no les falte nada en el aprendizaje de un oficio. Pero, aparte de eso, no ha cambiado gran cosa en el tenor de sus ambiciones. Si acaso, en el alcance: por supuesto, seguirá construyendo casas, y en vez de una hilera levantará dos. Pero no aquí. Porque, ¿para qué iba a molestarse en edificar en Deptford, cuando posee medios para hacerlo en Londres?

Y tiene mucha tarea, o sea que no se levanta de la mesa de trabajo.

Además, ¿con quién iba a ir de paseo?

Cuando era un muchacho, abría camino delante de sus hermanas y se sumaba al fragor del gentío en el paseo dominical: ni siquiera entonces se libraba de Hester, que iba detrás de él regañándolo. El padre rara vez salía con ellos, y la madre hacía tanto tiempo que había muerto que apenas se acordaban de ella. Las chicas —Grace, Dorrie, Rachel y Susan— también echaban a correr a veces, e iban todos marcando el paso: parecían una jauría de cachorros, les dolían los pulmones de tanto correr y reír, pero Hester hacía bien en llamarlos a su lado.

—No os alejéis de mí —decía forzando un poco la voz aquella chica finústica, que ya entonces era tan apañada como ahora—. Caminad derechos, y no vayáis en tropel, que luego dicen que en nuestra familia no hay orden.

—Pero ellos están corriendo —decía él, y señalaba con la mano abierta a los otros niños que desaparecían a la carrera por el camino dejando tras ellos una nube de polvo.

—Porque ellos sí tienen madre.

Entonces él y Philip (que tenía la piel tensa como una vejiga cuando salía del agua, de color casi azul, mordisqueada por los peces), y Rachel (a la que se llevaron a Bristol como por arte de magia y de la que nunca más se supo

en la familia), y Grace (que al dar a luz a su primer hijo empezó a sangrar y ya no paró hasta que se le secaron las venas), y Dorrie, y Susan, y hasta la misma Hester, que era quien lo había dicho: todos callaban de repente y se cogían de la mano. Aun así, retozaban por ahí, pero timoratamente, y no podían ir dando saltos y brincos libres de todo cuidado como hacían los otros niños.

Sukie ha salido a pasar el día fuera: esa misma mañana, a la hora del rezo, ya tenía su chal favorito, el de lunares, echado sobre los hombros y bien atado con un nudo en el pecho; y mientras él seguía entonando sus oraciones, los pies de la niña echaban chispas en la tarima cuando salió corriendo a encontrarse con sus hermanas en el portazgo. Últimamente está un poco rara. Como la gata cuando está de mal genio, su sobrina lo mira con desconfianza y no dice nada. Y sabe que es por la venta de la sirena.

—Vaya —dijo Sukie cuando se lo contó.

—¿Vaya? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Yo pensaba que estarías encantada.

La niña alzó los hombros y se llevó la uña del pulgar a la boca.

—Es mucho dinero —le explicó él, al ver que ella salía del despacho sin decir nada más.

Entonces se dio la vuelta y, casi con tono acusador, le dijo:

—Pero yo fui la que os ayudó.

—Y bien que lo hiciste: porque para lo pequeña que eres, me has sido de gran ayuda. Aunque yo también arrimé el hombro...

Pero Sukie ya no presta atención y sale por la puerta.

—¡Era mía y por eso la vendí! —exclama cuando su sobrina ya ha desaparecido de su vista.

Espera que este día al aire libre le devuelva la alegría a la niña.

El señor Hancock oye un piar extraño que llega de algún punto de la casa. Sigue escribiendo, y la pluma rasga el papel cuando vuelve a oír el mismo ruido. Suena como un gorjeo y, enseguida, reina otra vez el silencio. Deja la pluma en el escritorio y sale del despacho en dirección al pasillo, donde el gorjeo se ha vuelto risa aguda y es secundada por un pequeño coro de más risas. Hace frío en la cocina, y en la penumbra resalta la luz radiante que entra del patio: Bridget tiene abierta la puerta y mira al exterior, apoyada en

el palo de la escoba, de espaldas a él. Todavía no ha recogido la cama en el rincón: las mantas han quedado hechas un ovillo a los pies, y se ve el hueco en el colchón que ha dejado al dormir. Hay migas encima de la mesa, unas gotas de leche, y platos sin lavar.

Él cruza la cocina hasta situarse a escasos pasos de la puerta del patio y Bridget sigue sin percatarse de su presencia, de lo absorta que está en alegre conversación con un corrillo de chicas jóvenes. Han dejado caer, un poco a la buena de Dios, los chales hasta la altura de los codos, y disfrutan del cosquilleo del sol en los antebrazos con cierta conciencia culpable. Llevan la cara pintarrajeada. Aunque son criadas, de eso no cabe duda, también son una reproducción paródica y en miniatura de sus señoras: van vestidas al detalle con la ropa que ya no se ponen sus amas, aunque dejando mucho que desear. Reconoce en una de ellas el vestido azul de angora que gustaba llevar a la difunta mujer del médico; el ribete rojo y negro del vestido que la señora Lawlor lució con orgullo hasta que se le quemó la manga con un cabo de vela; la falda de espiga que se fueron pasando cada una de las cuatro hijas de un veterano carpintero de navío, hasta que la última se deshizo de ella. Pobre Bridget, piensa el señor Hancock, qué mal vestida va. Milagro que no haya salido corriendo de esta casa.

—¿Qué sucede aquí? —pregunta, y cesan las risitas.

Bridget apenas se da la vuelta, pero las otras se asoman por encima del hombro de ella para verlo.

—Buenos días, señor —dicen las chicas, y hacen una reverencia las tres a la vez.

—Y qué bueno hace —añade la más atrevida.

—Sí que lo hace, sí —dice él—. ¿Y qué os trae por aquí?

—Hemos venido a dar los buenos días. ¿A que sí? —dice la chica de la señora Lawlor, y menea la falda del vestido—. Porque vamos a pasar el día a Greenwich.

Bridget suelta un sonoro suspiro.

—Estaremos de vuelta a las seis, señor —dice la chica del vestido azul de angora, que se le ajusta a los flancos después de muchos apaños.

—Van todas —dice Bridget—. Como sus amos han salido a pasar el día por ahí, ellas tienen libertad de movimientos.

Las chicas mueven afirmativamente la cabeza, y ella le dirige una torva mirada al señor Hancock.

—Muy bien —dice él—. Pero yo no he salido a ninguna parte, y Bridget ya tuvo el jueves toda la tarde libre, ¿o no fue así?

—Pero me necesitaba mi madre —se queja ella—. No pude ir por ahí a mi aire.

—El caso es que tuviste tu día libre, y no es asunto mío en qué lo empleaste.

Las chicas se quedan calladas.

—Pero ¿no puedo...? —Bridget mueve las manos en un gesto significativo que incluye a las chicas, los vestidos, la luz del sol, como si quisiera llamar la atención de su amo sobre algo que él ha pasado por alto.

El señor Hancock da un paso atrás y se aparta de la puerta para que las chicas vean lo que hay en el interior de la cocina.

—Hay migas en la mesa. —Hace lo posible por parecer jovial, pero tiene que esforzarse para que no le tiemble la voz. No se encuentra cómodo en esta situación: él no debería ejercer el dominio que tiene sobre Bridget de una forma tan directa; igual que el dominio de Dios sobre sus criaturas, que conoce de la intercesión de otros para así no tener que vérselas directamente con cada uno de sus fieles. Lo malo es que en esa casa no hay nadie que interceda, así que prosigue—: Y la cama está sin hacer, aunque ya hace tiempo que se os habéis levantado. No, mi joven damisela, no creo que vayáis a dejar las tareas sin hacer antes de salir por la puerta de la calle.

Las criadas guardan silencio. Y Bridget también, con un colorete ardiendo en cada una de sus mejillas.

«Qué tonto», piensa él, y nota que se le acelera el corazón. «Mira que tener miedo de una pobre chica».

Mas no puede consentir motín alguno. Eso sí, piensa en el disgusto que se llevaría Sukie si Bridget abandonara la casa, y lo mucho que le costaría encontrar criada: porque él no cuenta con el privilegio de pertenecer al círculo de damas de Deptford, que se recomiendan unas a otras a las chicas más dignas de confianza, y comparten experiencias para formar a las que no lo son. Ya solo de pensarlo, sabe que su severidad está condenada al fracaso.

—¿Me prometes que harás lo que dejes pendiente en cuanto vuelvas? —

le pregunta a Bridget—. ¿Y que la cocina se quedará tal y como la señora Lippard querría hallarla en caso de que viniera de visita mañana mismo?

Las chicas tiemblan de contento al oír esto, pero Bridget se limita a asentir porque ya se está desabrochando el delantal.

—Por supuesto —responde, y deja el mango de la escoba apoyado en la pared. Entonces saca de debajo de la silla de la cocina la chaqueta con puntilla de Sukie, hecha un ovillo, y mete un brazo en la manga.

—¿Así pues? —dice él mientras ve cómo se anuda las cintas.

—¿Sí?

—¿No me vas a dar las gracias por lo amable que he sido contigo?

Lo mira un instante, sin comprender.

—Gracias —dice—. Gracias, gracias, le estoy muy agradecida. —Y desaparecen con ella las palabras de agradecimiento en cuanto sale y cierra la puerta: dejando la cocina a oscuras y un eco de la algarabía de risas.

Él vuelve a su mesa de trabajo, nada contento consigo mismo.

## CUATRO

Como es lógico, el señor Rockingham se ha dado cuenta de que la austera señora Frost le ha cogido algo de manía. No le hizo falta más que fijarse en su tono de voz cuando, la tercera noche consecutiva que pasó en la cama de Angelica, ella dijo: «Ah, pero ¿todavía estáis aquí?». Y ahora, una semana después, él se acurruca al lado de su dama, y la que fue compañera de fatigas de Angelica no se cansa de llamar a la puerta.

Están jugando a los palitos chinos en una bandeja lacada que colocaron en la cama para eso, pues forman una pareja inclinada a los juegos infantiles y frívolos. Él tiene la mano apoyada en ese punto de la anatomía de Angelica en el que la cadera se hace muslo; y ella hace un ostentoso y coqueto esfuerzo por sacar un palito de la parte superior de la bandeja: vano empeño, pues cada vez que suelta su risa histérica los palitos caen unos encima de otros. Justo en ese momento, la señora Frost insiste a la puerta.

—¿Qué sucede? —pregunta Angelica.

—He de hablar contigo.

Angelica suelta un gruñido.

—Dile que se vaya —susurra George, y para reforzar sus argumentos mete el dedo debajo del camisón de Angelica.

—Aguarda un momento —le dice Angelica—. A lo mejor quiere decirnos algo que conviene saber. —Se da la vuelta y alza la voz—: ¿Qué quieres ahora?

—Sal un momento, que tengo que hablar contigo.

—Sea lo que sea lo que tengas que decirme, puedes hacerlo delante de Georgie.

La puerta se abre unos centímetros y asoma la cara de la señora Frost. Angelica y su amante se mecen entre las sábanas, como focas hinchidas de sol en una playa de arena, y él esconde la mano debajo del camisón de ella. La señora Frost fija la vista en un punto en la pared, un poco a la izquierda de la cama, y dice:

—La señora Chappell ha mandado una litera. Te esperan en King's Place. Angelica se queda un instante pensando.

—¡Qué interesante! —No ha vuelto a ver a la señora Chappell desde que discutieron por la pérdida de la sirena, y su talante no le permite atisbar que el envío de la litera para recogerla es un gesto conciliatorio—. No pienso ir —dice sin más, y le da a George unos golpecitos con el dedo índice sobre el labio inferior—. Esa mujer no se lo merece.

—¿Estás segura de que...?

—¡Vete!

La señora Frost cierra dando un portazo. Y espera un momento antes de insistir:

—La litera está abajo.

—¡Por todos los santos! —Angelica se escabulle del lecho y se echa una bata por los hombros—. Ahora te toca a ti —le dice a Rockingham, y empuja la bandeja de palitos hacia él—. Me fío de ti, sé que no me harás trampa.

Sale descalza y suena el reguero de sus pasos, amortiguados en la tarima del pasillo, donde la aguarda la señora Frost.

—¿En qué estás pensando? —dice con voz casi inaudible.

—En que mi deber es recordarte cuáles son los tuyos —dice la señora Frost muy digna.

Angelica la coge del codo y la lleva con un suave tirón a la sala de estar.

—No tienes ningún derecho —susurra hecha una furia—. Ya te lo he dicho antes: cuando George esté aquí, mandas a paseo a todo el que venga. Y nada de preguntas.

—La señora Chappell puede mandar recado de que vayas a verla siempre que ella quiera.

—¿Incluso aunque fuera tan maleducada conmigo? No, señora, no puede.

—No la contraríes. Te quiere dentro del redil, y deberías agradecerérselo. Que te vean en su casa, que atiendas allí a tus citas... es un privilegio...

—Un privilegio que no me hace falta —dice Angelica—. El señor Rockingham ahora es el depositario de toda mi atención. Mándale la litera de vuelta. Y dile a la vieja Madre Chappell que no pienso bailarle el agua nunca más.

—¿Y de qué comemos? —quiere saber la señora Frost.

—¡Ay, qué dramática! ¡Que de qué vamos a comer! ¿Cuándo hemos pasado hambre?

—Todavía estamos a tiempo de pasar hambre.

—No, no lo estamos. George cuida de nosotras. Y Eliza, sé lo que te ronda por la cabeza: haces como que te preocupa el dinero y apelas a la sensatez y a la prudencia, pero no es eso, ¿a que no? Lo que te inquieta es que le dedico más tiempo a él que a ti.

—Nada de eso.

—Estás celosa.

—Intento protegerte.

—¡Tú! ¡Protegerme a mí! Yo soy la que te protege a ti, la que te proporciona ropa, la que te ofrece cobijo, a cambio de bien poco por tu parte. Y sin embargo, no haces más que retarme. Parece que hayas olvidado dónde estarías sin mí.

—Le estás dando la espalda a los buenos contactos que tenías —dice en tono de súplica la señora Frost.

—Sin mí estarías en el arroyo —la pincha Angelica—. Ahí es donde estarías.

Pero la señora Frost no entra en provocaciones.

—Te estás quedando sola. No deberías aislarte tanto, tienes que permanecer donde el mundo te vea y te socorra, porque cuando te encierras te...

Angelica cierra con tanta fuerza los puños que se clava las uñas en la palma de las manos: tiene la cara roja y le pitan los oídos.

—¿Tú qué quieres que sea? —pregunta con insistencia—. Primero me vienes con que voy por ahí ofreciéndome como una puta barata y que tengo que buscarme a alguien respetable que me mantenga; y ahora que le tengo ley a un caballero, me dices que no me dedique solo a él. ¿En qué quedamos?

No da la impresión de que la señora Frost se lo haya tomado muy mal,

pero sí se ha puesto pálida.

—¿Cuántas noches has salido esta semana?

—Salí hasta el alba el miércoles.

—Con el señor Rockingham, porque nunca sales sin él. Pero no respondes a ninguna invitación: no le correspondes a la señora Chappell, que es muy buena contigo; no recibes en casa a hombres que podían ayudarte a abrirte camino en el mundo.

—No quiero abrirme ningún camino, lo que quiero es ser feliz.

—Pues has elegido mal, porque la felicidad que te puede dar este hombre no vale la pena.

—Anda, ¡sal de mi vista, Eliza Frost! ¡Sal de mi vista! Ni que supieras tú algo de eso.

Angelica vuelve a su cuarto hecha una furia: le rebota el pelo en la espalda y va limpiándose las lágrimas con la manga del camión. Dentro, Rockingham está sentado en la cama.

—¿Qué te pasa, corazón? —quiere saber, y ella se pone a llorar a moco tendido, haciendo aspavientos. Él le tiende los brazos—. Anda, ven aquí, criaturita mía.

Ella se pone de rodillas en la cama y desfallece en brazos de su amante.

—Quiere que te deje —dice entre grandes sollozos.

—¿Eso te ha dicho?

—¡Casi al pie de la letra!

—Y tú, ¿qué le has respondido?

Angelica recuesta la espalda y se enjuga las lágrimas.

—Que no, por supuesto. Que ni pensarlo. ¿Qué placer me quedaría a mí en este mundo sin ti?

Él le limpia las lágrimas con el pulgar, que bien poca cosa es como pañuelo.

—Espera —dice, y le pasa la sábana por la cara—. ¿Y por qué no me quiere contigo?

—Ay, pues porque es un incordio de mujer, tristonera e ignorante. —Sorbe fuerte por la nariz—. Y siempre se está preocupando por el dinero.

Él frunce el ceño.

—¿Y tiene razones para ello?

—Ella piensa... Bueno, es una tontería: ella cree que si tú no estuvieras aquí, pues yo podría atender a más hombres y así..., así estaríamos mejor de dinero.

—¿Acaso atiendes a otros hombres? —Por la expresión de su cara, parece verdaderamente sorprendido.

Ella lo mira con recelo y se ríe para restarle importancia.

—¡Si apenas me queda tiempo! ¿No crees que tú lo sabrías? Si viera a más hombres, quiero decir.

—Pero los verías, ¿no? —Retira la mano que tiene posada en la de ella, como si fuera una brasa ardiendo.

«¿Qué otra cosa podría hacer?», piensa. «¿Cómo cree que me gano la vida, si no?». Pero lo que dice en alto es otra cosa:

—¡No, no, no! —Como no tiene a qué agarrarse, anuda con dedos nerviosos las sábanas empapadas en lágrimas—. No lo haría salvo que me hiciera falta el dinero.

—Yo no... —La mira estupefacto—. Yo no pensaba que...

«Esto siempre es igual», piensa ella. «Los tratas como si fueran el centro del universo y enseguida se lo creen. Menuda vida de cuento viven estos hombres, si no han sentido nunca la necesidad de mirar debajo de la superficie de las cosas».

Como sabe que lo que viene a continuación es la expresión de la ira por parte de él, busca como puede algo que decir.

—No veo qué otra cosa podría hacer —dice, a modo de tentativa—. Tienes que ponerte en mi lugar. Desde luego que no obtendría ni un segundo de placer de mi trato con otros hombres; y desde luego que me partiría en dos, se me haría añicos el corazón porque sentiría que te estaba traicionando.

Aunque esto no es cierto. Angelica no tiene ningún problema en pasar una velada de halagos mutuos con un desconocido: al contrario, en gran medida lo disfruta. Además, sabe bien que si una vuelca su deseo en los brazos de un hombre, eso no agota las existencias para ofrecérselo a otros, porque la atracción física nada tiene que ver con la mutua exclusividad; y, por tanto, nada malo hay en entregarse cuando aparece. Aunque es cierto que no ha conocido a muchos hombres que estén de acuerdo con ella en esto.

—¿Y qué harías con ellos? —quiere saber él—. ¿Te..., te acostarías con

ellos, como haces conmigo?

—¡No! —(Aunque quizá sí). Se cruza de brazos para taparse los pechos desnudos. Y dice con relativa frialdad—: Yo no soy una puta, no señor, no vendo mis encantos al mejor postor. Haz el favor de no tener un concepto tan bajo de mí.

—Pues ¿qué haces entonces? ¿Qué les haces para que te paguen tan bien? Angelica alza los hombros.

—Disfrutan de mi compañía. Eso es todo: toco algo de música, les doy conversación... Puede que vaya con ellos al teatro o a alguna fiesta, si eso les agrada, y siempre que a mí me plazca que me vean en público con ellos.

Y él que pensaba que no le sonreía a ningún hombre como le sonríe a él.

—Pues también podrías abrirte de piernas para ellos.

Ella empieza a llorar otra vez, puesto que a lo largo de su carrera ha desarrollado un notable talento para el dramatismo.

—¡Ay, Georgie! ¿Cómo puedes decirme algo así? Dejo que me hagan compañía, eso es todo. Un privilegio que tú disfrutas gratis. —Levanta hacia él los ojos empañados en lágrimas, y comprueba que George tiene la mirada clavada en la ventana—. Y si me hacen presentes —sigue diciendo con voz temblorosa—, es porque saben lo difícil que le resulta a una mujer sobrevivir en esta ciudad, pero no porque esperen ningún favor mío. Eso solo se lo concedo al único hombre al que de verdad he amado. —Pero sus palabras se las lleva el viento: porque él se levanta de la cama, y ella alcanza a ver un instante, antes de que se ponga la camisa, sus gloriosos glúteos. Y empieza a entonar como un lamento—: ¡Apestosos vejestorios, que se tiran pedos en sueños y no hacen más que hablar de cuando capitaneaban la caballería! ¿De veras crees que se puede disfrutar ni un segundo de eso?

—Pues entonces, no lo hagas —dice él, y se abrocha los calzones.

—No tengo otra forma de salir adelante. —Se seca las lágrimas en la muñeca, y añade con un susurro que busca horrorizarlo—: Algunos tienen pelos en la punta de la nariz.

—¿Qué mujer decente llega a verse en esa situación, saliendo adelante ella sola? —inquiere él—. El mero hecho de que tengas que valerte por ti misma ya es indicativo del tipo de mujer que eres. Me voy.

—Pero ¿adónde vas a ir? —Se levanta de la cama, presa de un pánico que

no es fingido—. Espérame... —Coge la ropa—. ¡Espera!, que deseo ir contigo.

—Ni se te ocurra seguirme. No soportaría que me vieran contigo.

## CINCO

Por la tarde, cuando las familias vuelven rezagadas a casa y los amantes siguen a lo suyo entre los setos, Jem Thorpe llama a la puerta del señor Hancock. Planta una mano en el marco y deja el puño de la otra apenas apoyado en la cadera. El aspecto que tiene lo delata: es un hombre al final de un día de asueto, sereno y sonriente, como si todo el sol que ha acumulado en la piel ahora habitara dentro de él y su cuerpo se nutriera de ese calor.

—He venido siguiendo instrucciones vuestras, señor. Ahora estoy libre para construir esas casas que vos dijisteis, y a los muchachos los tengo deseosos de empezar. —Alza la mano y le toca la barriguita a uno de los querubines gemelos que adornan el dintel, puestos ahí por su abuelo, y cuyo revoloteo sigue, imperturbable, presidiendo la entrada a esa casa.

—Ah, pues no hará falta ya —dice el señor Hancock, que ante la ausencia de las chicas ha encargado para cenar una empanada, y se sacude ahora las migas de los puños de la levita, como si lo delataran por algo que no querría haber hecho.

El señor Thorpe se comporta como un hombre que sigue a la espera de cumplida respuesta. Permanece impertérrito un instante, luego pestaña y dice:

—¿Y cómo es eso?

El señor Hancock alza los hombros con indiferencia. Sobre su cabeza, los querubines parecen congelados de puro arrobó: blanden entre las manos rollos de papel, compases, listos para trazar los planos de edificios todavía no imaginados.

—Si es que ya no tenéis en mente levantar casa alguna, yo estoy

dispuesto a hacerle cambiar de idea —dice el señor Thorpe lleno de entusiasmo—. Porque ahora es el momento, señor. Hay mucha gente que carece de una vivienda elegante, y os encontraréis en una posición inmejorable para ofrecérsela.

—En dicha posición sí que estoy —dice el señor Hancock—. Pero es que me he comprado una hermosa parcela en Mary-le-Bone, y allí será donde construya.

El señor Thorpe retira la mano del querubín y se la lleva a la peluca.

—Muy lejos está eso de aquí —dice.

—Bastante —coincide el armador—. En Londres, o por allí cerca, que tanto da. Es ancho el campo en esa parte, y hermoso; y bien cerca que está de las concurridas plazas. Todo caballero que se precie quiere una casa en el campo, y vais bien encaminado: ahora es el momento. Vaya si lo es.

Jem Thorpe se aferra a la idea que lo llevó allí.

—Queda muy lejos eso para mi cuadrilla. Porque supongo que... —Pero sea lo que sea lo que supone, no acaba de cuajar en su magín—. Que encargaráis los trabajos a otros —acaba diciendo sin más rodeos—. Que no tenéis intención de que lo hagan mis hombres.

—Me temo que eso sería poco práctico. —El señor Hancock está sufriendo porque se le enfría la empanada de paloma que ha dejado encima de la mesa de trabajo, y tiene ganas de hincarle el diente a esa piel empapada en su propio jugo—. Una pena, la verdad, pero ¿qué se le va a hacer? Y ahora, si me permitís...

—Hacer, lo que se dice hacer, se puede hacer mucho —dice Jem Thorpe—. ¿Acaso no sois de aquí? Sí, señor, aquí nacisteis. Y yo os conozco, y conozco a vuestra familia. Y vuestro padre nunca habría tratado a mi padre como vos me estáis tratando a mí.

Cuando oye hablar de su padre, el señor Hancock siente una punzada en el alma. Cambia el apoyo de un pie, indefenso, ante la andanada del carpintero de navío, que no se arredra:

—Si todo el que ha nacido aquí hiciera lo que vos, no quedaría ninguna casa en pie. Que hagáis vuestra fortuna en Londres está muy bien, señor, nadie os echa en cara eso: pero ¡no os la gastéis allí también!

—He de mirar por mis intereses.

—¡Vuestros intereses son también nuestros intereses! —El señor Thorpe pone los ojos en blanco—. ¡O así debía ser! Señor, ¿por qué tenéis que construir allí cuando podríais hacerlo aquí?

Niega con la cabeza. «¿Quién quiere un burro cuando tiene dinero para pagarse un caballo de carreras?».

—Porque allí hay más posibilidades ahora mismo —dice.

—Pero a vos el dinero no os falta. —Jem blande el dedo en el aire—. O sea, ¡que sois el que elegís dónde están las posibilidades! —Mira a ambos lados antes de seguir—. Bien claro os lo digo: nos hacéis tanto daño como el Almirantazgo. Porque ellos nos escatiman el trabajo que nos deben, y ahora vos hacéis lo mismo.

El daño que esas palabras le causan al señor Hancock es indescriptible.

—Aquí también he comprado tierras. Buena tierra de cultivo en Ladywell. Plantaré árboles frutales y verduras, y harán falta puestos de trabajo para...

—¡Temporeros de fruta! —escupe Thorpe—. ¡Eso no es trabajo de hombres, sino de niños y de viejas! Mis hombres no tienen parangón en su oficio. No, señor: ya que no podemos hacer barcos, por lo menos hagamos casas.

—Si os contrato, será por caridad —dice el señor Hancock.

—¡Por unidad! —El señor Thorpe está a punto de plantar un pie en el umbral, pero se lo piensa dos veces y echa mano del sombrero, y de la peluca también. Una vez destocado, lo aprieta todo contra el pecho: le brilla la cabeza hasta la coronilla, despoblada salvo por algún canoso rizo que otro—. Convendréis conmigo, señor, en que así, sin un trabajo fijo, no podemos vivir.

—Lo siento —dice el señor Hancock.

Se quedan los dos con cara de consternación, sin saber qué decirse. Jem Thorpe sí sabe a ciencia cierta lo que diría, pues toma aire un par de veces y cambia el peso de un pie a otro como si estuviera a punto de entonar otro discurso: pero lo que no sabe es si debería decirlo, y permanece en silencio.

Entonces, calle abajo, se oye una voz que viene de más allá del camino, casi como el rasgueo de un piar de pájaros, completamente indescifrable en la distancia. Pero Jem Thorpe sí oye lo que dicen y vuelve la cabeza. Suena otra

vez, más cerca ahora:

—¡Padre!

—¡Vaya! Ahí vienen mis hijos. —Y aparecen al final de Union Street: una niña con un delantal blanco, y un niño que lleva leotardos del mismo color. Y ponen tantas ganas en llamar a su padre que casi se doblan en dos.

—¡Vuelva a casa, padre! —exclaman llevándose las manos a la boca para hacer bocina—. Que está preguntando madre por vos.

—Mis hijos —repite—. No pensáis en ellos. Imagino que tampoco tenéis por qué. ¡Ya voy! —Les hace señas con una mano. Y al señor Hancock le dice—: Ahora sí que veo que no compartís ninguna de nuestras inquietudes. Pero ¡ninguna! Y eso no dice nada de vos, y mucho de nosotros.

El señor Hancock siente que lo han abierto en canal. Él solo ha procurado sacarle el máximo partido a la novedad que supuso la sirena, para que no se hiciera escarnio de su nombre y, de paso, subir un pequeño peldaño en la escala social. De hecho, está deseando ver qué le deparará el destino, y vive con ilusión pensando que va a construir en un sitio en el que sus antepasados no pusieron jamás el pie, para gente con la que no comparte ni el vínculo sanguíneo ni la posición social. Y eso le parece un futuro muy prometedor. Porque, ¿a santo de qué no va él a construir en Mary-le-Bone si así le place?

Sin embargo, el coste de todo ello es mayor de lo que puede cargar a sus espaldas.

—Jem —dice cuando ya el señor Thorpe ha emprendido el camino de vuelta—. Jem, esperad un momento. —Baja el escalón que da acceso a su casa y sale detrás del carpintero de navío, que sacude la mano con gesto escéptico—. Ahora que lo pienso, sí que tengo trabajo para vos.

—¿Lo tiene?

—Lo tengo. Porque perdí mi barco. —Patea la mugre de la calle, y cae en la cuenta de que hasta ese momento no había reparado en la necesidad de reemplazar el *Calliope*: y es una decisión que le sale de las mismísimas entrañas—. Me hará falta un barco nuevo.

El señor Thorpe guarda silencio un instante. Luego arruga los ojillos y calibra al hombre que tiene delante: como si el señor Hancock fuera una operación matemática difícil de calcular.

—Lo digo en serio —insiste el señor Hancock—. Tengo trabajo para vos

y tantos como necesite: eso lo dejo a vuestro albedrío. No pienso meterme en vuestros métodos, ni por asomo.

—¿Y nos pagaréis lo que valemos?

—Claro. Y todo el aserrín, las astillas, toda la madera que sobre, eso también es vuestro.

—Como tiene que ser.

—Como tiene que ser.

Llegan corriendo en ese instante los hijos del Jem Thorpe, y se mete cada uno debajo de un brazo del padre. Les brillan los ojos por el esfuerzo, y suben y bajan los hombros con un movimiento rítmico mientras recobran el resuello. El señor Thorpe le pone la mano en la nuca al niño con cariñoso gesto.

—No se hable más —dice—. Que ya es hora de volver a casa.

—¿Y quedáis contento? —pregunta el señor Hancock.

Los niños miran sin comprender muy bien a qué se refiere.

—Contento quedo —dice Jem Thorpe, y aunque no alcanza a sonreír, sí desaparece la arruga que le ensombrecía el entrecejo, y parece hasta más alto—. Ese es el tipo de trabajo que quiero.

—Muy bien, Jem. Pero esperad, que hay otra cosa.

—¿Y qué es?

—Pues que me ronda la cabeza una nueva expedición y necesito un barco con urgencia. Algo que sea modesto y esté bien fogueado en alta mar, para hacer singladuras solo en el mar del Norte. No creo que tuviera que ir mucho más lejos. ¿Se os ocurre algo?

El señor Thorpe entrecierra los ojos.

—¿El mar del Norte? Pero no soléis navegar por ahí.

—Hay que estar siempre dispuesto a hacer cambios. Así sobrevive uno.

—Y que lo digáis. Pues supongo que os puedo buscar un barco. Está el *Unicorn*: lo tiene Mitchell en su muelle, aunque todavía no ha encontrado ningún comprador. Si queréis, podéis ir a verlo.

—Os quedo muy agradecido.

Jem Thorpe se aleja con un niño de cada mano, y por cada paso que da el padre, tienen que brincar y saltar dos veces los hijos. El señor Hancock hace pantalla con la mano para ver cómo se recorta su triple figura contra la

inminencia del ocaso. Y mientras, oye las voces de las mujeres que vuelven al hogar, a los amorosos brazos que allí las aguardan, y las campanas de San Pablo y las de San Nicolás repiquetean a la vez, como si entraran en conversación unas con otras. Y llega del camino al que da el patio el repiqueteo de unos pasos de niño que corren de vuelta a casa. Vuelve también el señor Hancock: mas no hay mujer esperándolo a la puerta con los brazos abiertos ni niños que lo aturdan con todo lo que han visto ese día.

Menos mal que la gata sale de cualquiera sabe qué sombra y comenta la llegada del amo con un maullido insolente. Él se agacha para frotarle las orejas, pero la minina está reacia: le embiste la mano, y cruza la tarima con el lomo erizado y la cola tiesa.

—Pues tú misma —murmura, y va a paso quedo en busca de la empanada, que ya estará fría.

De pronto le viene a la mente una visión de Angelica Neal, como si le acabara de dedicar un suspiro desde la penumbra del pasillo según pasaba. Y piensa: «¿Hasta cuándo voy a seguir atado a este poblacho? Que el cielo me asista: porque no pienso aguantar mucho más tanta soledad». Y vuelve a pensar, algo que sabe desde hace ya mucho tiempo: «No hay ni una sola mujer en Deptford que sea de mi agrado».

## SEIS

Angelica está de los nervios. Nunca había visto cosa igual. Lleva dos días de un lado para otro en el apartamento, llorando por los rincones. La pena le devora el pecho por la noche, igual que un demonio hambriento, y de día le aplasta los hombros hasta que la más mínima cosa la hace llorar. La primera noche se apodera de ella tal sensación de pánico que pierde el control: le escribe y paga a alguien para que le lleve la carta; mas, aunque se queda toda la noche despierta al lado de la ventana, y hasta bien entrada la mañana, no hay respuesta. La comida le sabe a ceniza. A la señora Frost no puede ni verla. Y su amiga apenas oculta lo mucho que se alegra de la partida definitiva del señor Rockingham.

—Podías ver si saliendo un poco se te pasa —dice la señora Frost con el tono más persuasivo del que es capaz—. Ir al teatro, eso te gusta. ¿Quieres que le escriba a tus amistades? Seguro que alguno tiene un palco para ti.

—No, no. Al teatro no. Tengo que quedarme en casa, por si manda recado.

—Y dicen que los jardines de recreo están llenos de gente, ahora que han vuelto las sesiones al Parlamento.

Angelica cierra los ojos y grandes lágrimas le corren por las mejillas.

—No puedo. No voy permitir que me vean en semejante estado. No quiero saber nada de todo eso.

—Bueno, pero tendrás que intentar...

—¿Y por qué había de intentarlo? ¿De qué me serviría? Claro, para ti es todo tan fácil: para ti es como una victoria, ¿no? ¡Como no te han partido el corazón!

—Angelica, pero si no has estado con él más que dos semanas... Bueno, ni siquiera ha llegado a eso.

—Julietta estuvo tres días con Romeo.

—Y si en lugar de estar tan atenta al público hubieras prestado algo de atención a la obra, deberías saber que nada bueno salió de eso. Te estás comportando como una boba.

—Y tú, como si fueras de piedra.

—Mandaré recado a la señora Fortescue —dice la señora Frost—. Ella seguro que tiene más sentido común.

—¡No! —exclama Angelica, presa del pánico—. ¡A Bel no! Te lo ruego: no permitas que Bel se entere de esta desgracia. Y además —suelta con desdén—, ahora está nada menos que casada. Menuda boda la suya, en Hanover Square, y menudos gastos... No querrá saber nada de mí ahora que ha ascendido.

—Bueno..., pero a lo mejor sí...

—¡Déjame en paz! ¡No quiero nada! Solo quiero esperarlo. —Angelica se mete en su cuarto sin atender a razones.

Y digna es de perdón. Porque si los primeros brotes de una pasión amorosa la pillaron de sorpresa; sentirse rechazada por el objeto de sus más ardientes afectos, eso ya ha podido con Angelica Neal y toda su capacidad de entendimiento. Hasta el más juicioso de los mortales siente cómo el amor le arrebatara de las manos el seso y la experiencia acumulada: ¿qué esperanza le queda, pues, al resto?

Al tercer día, por la mañana, él vuelve.

Ella está encerrada en su habitación: tiene los ojos al rojo vivo, enmarcados por oscuras ojeras. El camisón que no se quita desde hace días apesta y está lleno de manchas: y es que ni se le ha pasado por la cabeza cambiárselo, pues solo ahora cae en la cuenta de que lo lleva puesto. Toma nota de ello con cierto interés: porque eso quiere decir que la angustia no debe de ser fingida. Hasta el pelo lo tiene hecho un desastre.

Cuando, de repente, oye al otro lado de la puerta la voz de él, su suave cadencia, cree que el corazón se le va a salir del pecho; que la inusitada violencia de cada latido de la sangre en las venas se las va a reventar una por una. Tiembla tanto que casi no se tiene en pie; pero alcanza la puerta, y hasta

allí le llega la voz de la señora Frost:

—Está muy disgustada..., no tiene tiempo para verlo... Déjela en paz.

Angelica abre la puerta de par en par: en la sala, el señor Rockingham tiene un aspecto igual de lamentable que el de ella. Sombrero en mano, se lo ve cansado, y con la cara demacrada.

—Buenos días, señor —dice ella; y el mero hecho de mirarlo es pura agonía. No sabe si él aún le pertenece; y cree que no podrá soportarlo si ha venido solo para volverse a ir.

Él la mira, una y otra vez, y entreabre la boca con gesto de abandono. No aparta los ojos enrojecidos de ella, y alarga una mano por fin.

—Llevo sin dormir desde que nos separamos —confiesa con voz rasposa.

—¿Ah, sí? Han sido largas las timbas, que lo han tenido ocupado noche tras noche —dice la señora Frost.

—Vete de aquí, Eliza —susurra Angelica.

—Se conoce a la legua por cómo apesta —dice la amiga—. Este ha estado por ahí pimplando, y no penando por ti. Abrid los ojos de una vez, señora mía.

Angelica no aparta los ojos de su teniente. Le cuesta tragar.

—He dicho que te largues.

Están desnudos en la cama, tumbados de frente; con los vientres apoyados, uno en el otro; y el señor Rockingham le acaricia la espalda a Angelica con mano que no cesa. Deja un instante los dedos encajados en la depresión que forma la columna vertebral; y nota allí la carne que se derrama, cálida y sedosa, hasta colmar caderas, cintura, costillas. Ella tiene los ojos cerrados; y hay un brillo de sudor en el hueco del codo, allí donde apoya la cara como en una almohada. Con el pelo recogido, los rizos no asoman; pero sí las arrugas en los pliegues de la cofia: las comisuras de los labios presentan una leve curvatura ascendente.

—¿Por qué aguantas a esa mujer en casa —pregunta Georgie—, cuando salta a la vista que no os lleváis bien?

Ella suspira, y hay un revoloteo en sus párpados.

—Porque la mayor parte de las veces sí nos llevamos bien —susurra—. Es mi mejor amiga. —Y no es la primera mujer que hace de la necesidad

virtud y confunde la mejor amiga con la única.

—Le tienes demasiada ley.

—No, no. —Aparta la cabeza de su apoyo para mirarlo, se lleva las rodillas al pecho y parpadea amorosamente—. Hace mucho que nos conocemos, desde que llegué a Londres.

No va a hablarle de los días que compartieron de criadas de un magistrado, porque le gusta guardar en lo más secreto de su corazón la historia de su vida. El pasado, pasado está, y ya nada puede hacerse: le parece poco galante, impúdico, innecesario, sacarlo a la luz. Por eso mismo, no le va a decir que fue la señora Frost la que la animó antes que nadie a hacerse acólita del Templo de Venus, y acabar así en King's Place. Siente una oleada de afecto cada vez que recuerda cómo eran las dos de jovencitas: la risa contagiosa que las sacudía por dentro; y el hecho dormir las dos juntas en un estrecho camastro y despertar al alba; los secretos que se contaban, entre cómplices susurros. Por eso, se limita a decir:

—Fue muy buena conmigo cuando nadie más se ocupaba de mí.

—Ya.

—Puede que haya perdido la alegría de antes. —No quiere que George piense que elige a sus amigas al tuntún—. Por eso a ti te cuesta más que a mí ver lo mucho bueno que tiene. No sabes tú lo dura que es la vida para una mujer a la que abandona su marido.

—¡Abandonada por el marido! —dice Rockingham—. Tonterías. Cómo va a buscar uno nuevo si tú la tratas tan bien.

—Más haría por ella si yo pudiera —dice Angelica, llena de orgullo—. Porque también podía haber seguido su camino, ¿o no?, cuando murió mi protector y me quedé sin blanca. Y no lo hizo. Fue ella la que me buscó este sitio; y aquí estoy, bien situada. —Cierra los ojos de nuevo, y engancha los dedos en los de su amante—. Me ha ayudado en muchas cosas; cosas que no te imaginas.

Él insiste:

—Sí, pero ahora no puede decirse que te ayude mucho. —Le pica más la curiosidad por la historia tan tierna de la señora Frost que la mención del amante previo de Angelica.

—Puede que no.

—Y, además —se aprieta contra ella y tira de la sábana hasta que les tapa las cabezas—, ahora me tienes a mí. Yo estoy aquí para ayudarte. Y soy tu amigo; y pienso ser también quien te mantenga.

Son palabras que le aceleran el pulso a Angelica.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena. —Él le toma la cara entre las manos—. Ya no tienes que pasarlo mal. Ni hace falta que veas a otros hombres. Yo te pago.

—¡Oh!

—Cualquier cosa, lo que sea: no tienes más que pedirlo. —La toma por las muñecas, y ella siente que su miembro se endurece otra vez. Angelica está desbordada con un amante así: le pasa los dedos por el pelo; siente el aliento de él en la mejilla, el tacto de una nariz contra otra, el choque de los dientes y el roce de las pestañas—. No quiero que te falte de nada, ni un mísero alfiler —dice él.

—Eres tan bueno, amor mío: mi amor. —Está como embrujada: no sabe qué hacer con ese calor que nota en el pecho, ese dolor que le embarga el corazón.

—Y mía serás —susurra él, y mete una pierna entre las suyas, de tal manera que se las abre: ella lo acoge entre sus brazos—. Toda, lo que se dice toda para mí: ¡ay, cariño mío!

Pero allí está la señora Frost, con un recado, a la puerta:

—Angelica —dice, cuando llama con unos golpecitos—. Angelica, tienes que salir: hay alguien que te busca aquí fuera.

Rockingham suelta un gruñido y se deja caer de espaldas contra la cama.

—¡Otra vez esa mujer!

—Puede que tengas razón —dice Angelica—. Es demasiado mandona. —Se sienta en el lecho—. ¿Quieres que salga a ver?

—No, no salgas. —La acaricia—. Quédate aquí conmigo.

—Creo que debo salir; porque, si no, no va a quedarse tranquila. —Angelica abandona desnuda la cama y abre la puerta tal y como Dios la trajo al mundo—. A ver, ¿ahora qué pasa, patas largas? —pregunta. Tiene un cuerpo rollizo y delicioso, de proporciones clásicas; si bien, quizá las piernas son un poco cortas; y, aunque han pasado ya varios años desde que cautivó la mirada de artista del señor Reynolds en King's Place, sigue siendo vivo

testimonio del buen gusto que ha tenido siempre ese pintor.

La señora Frost ni la mira: clava la vista en el pomo de la puerta.

—Que hay aquí un hombre que quiere verte.

Angelica se apoya contra el marco de la puerta, con un brazo detrás de la cabeza; lo que le eleva los pechos en un ángulo delicioso.

—Que hay ahí un hombre que quiere verme —la remeda—. Pues no sé ya cómo decirte que no tengo yo el cuerpo como para recibir a nadie.

—Ha venido antes. Varias veces. A lo mejor lo conoces... Dice que es el hombre de la sirena.

Angelica se echa a reír.

—¡El hombre de la sirena! Georgie, ¿has oído eso? Gracias a ese caballero nos conocimos tú y yo: ha venido a verme nada menos que el hombre que descubrió ese trasgo marino tan horrendo. Bueno, pero si antes no me podía ni ver, no sé qué mosca le habrá picado ahora. —Se lleva una mano a la boca—. ¡Anda! A lo mejor es que cree que ahora puede permitirse estar conmigo. ¿No ha llegado a mis oídos que van a vender la birria esa? Querrá cambiar una curiosidad por otra: ¿te das cuenta, Eliza? Tendría gracia la cosa. ¿Lo has hecho pasar?

—No, sigue en la calle.

—Pues mejor aún. Porque, ¿a ver qué le voy a decir? A ver qué hago, Eliza: ¿me entrego en cuerpo y alma a George, y renuncio a la compañía de todo hombre que no sea él? ¿O te hago caso a ti, y me pongo a disposición del primero que llegue con unas cuantas libras en el bolsillo? —Pasa al lado de su amiga, que se aparta como en un acto reflejo, y va al salón. Con el movimiento que les imprime al andar, le tiemblan los muslos, justo debajo de los glúteos—. ¿A ver a quién dejo contento? O ¿será mejor, quizá, establecer una especie de compromiso?

La embriaga verse a sí misma así, desnuda en aquel cuarto, atender solo a su santa voluntad; porque hasta que el teniente no empezó a visitarla, casi nunca iba ligera de ropa aun dentro de casa. Y es que un hombre que se molesta en recoger los alfileres uno a uno según la desnuda es una joya difícil de encontrar.

Se echa el chal sobre los hombros y va hacia la ventana abierta.

—Al fin y al cabo, no soy un número de circo para que venga ningún

pervertido a mirar por un agujerito —dice para sí, y apoya las manos en el alféizar con la intención de asomarse a la calle. Allí está el señor Hancock, como un mueble chato y robusto, y un tanto desvencijado, lleno de anhelo hacia ella.

—¡Marinero a la vista! —exclama Angelica—. ¡Maravilla de ultramar! —Se le cae el chal de un lado, deja al descubierto un hombro, y ella realza el escote cruzando los brazos por debajo del busto.

—Esto..., yo... ¡A la vista, a la vista!

—¡No sabe ni dónde meterse! —cacarea Angelica por encima del hombro. Y luego, en dirección a la calle, dice en voz alta—: Me pilláis ocupada. ¿Qué os trae a mi puerta después de ausentaros la otra noche con tantas prisas?

—Quería veros —dice él—. Veréis, es que han pasado varias cosas, y me veo a mí mismo..., quiero decir que pensé..., me preguntaba si...

—¿Es audiencia lo que quiere usted de mí?

Angelica llama a Rockingham con un gesto casi imperceptible de la mano, y él acude a la ventana y se asoma sin que lo vea el pretendiente tan poco atractivo que le ha salido a su amada; un pobre hombre que ahora asiente vigorosamente con la cabeza:

—Eso es: exactamente eso. Acaba de dar usted en el clavo.

Angelica retuerce entre los dedos un mechón de pelo con aire tristón, capta la mirada sarcástica de Georgie, y sigue diciendo:

—Ay, señor, es que he subido los precios desde aquella noche que me ofrecí a vos a cambio de nada.

—¿Cuánto pide? Yo solo quiero..., solo quiero sentarme a vuestro lado.

—¿Sois un hombre rico, señor?

En la calle, el señor Hancock zarandea el ala del sombrero y mira temeroso a un lado y a otro. Hay bastante gente que contempla la escena con notable interés.

—Pues, podría decir..., en fin..., que me parece que sí.

—O sea, ¿que el dinero para vos no es un problema? Bueno, pues no importa, porque yo ahora mismo lo que quiero no es dinero. —Se lleva el dedo índice al labio de abajo—. A ver, déjeme pensar. Lo que quiero es... su sirena. —Esto la divierte, pero no tanto como para perder el control de la

situación. Así que asoma unos centímetros más por la ventana y remata—: Dadme la sirena y yo os concedo una hora conmigo.

Incluso desde ahí arriba ve que al señor Hancock se le muda la expresión de la cara y se entristece.

—Pues ¿cómo, señor? —pregunta ella—. ¿No creéis que yo valga tanto?

Abajo, en la calle, al señor Hancock lo consume la angustia.

—Es un pobre hombre —susurra el teniente, cuyos temores han menguado, en cierta medida—. No irás a dejar que te toque, ¿no?

—Chis —salta Angelica como con un resorte. Y le pregunta otra vez a quien fuera pretendiente suyo por una noche—. ¿Y bien?

—La verdad sea dicha, señora: es que la he vendido.

—¡Que la habéis vendido! Pero bueno, ¡eso es una tragedia! Porque, ¿sabéis?, ahora mismo solo cobro en sirenas, ninguna otra moneda acepto, tal y como está la economía.

—Os puedo ofrecer muchísimas cosas —dice como buenamente puede—. No soy yo menos que nadie que venga a visitaros. —Al oír esto, George suelta un resoplido, pero el señor Hancock, que sigue sin percatarse de su presencia detrás del marco de la ventana, añade—: He entrado en el negocio inmobiliario. —Saca pecho: pues ve ante sus ojos, la imagen rutilante de las casas que quiere construir.

—A mí solo me vale una sirena —dice Angelica, y él la mira sin saber todavía a qué atenerse.

—Yo creo que estáis jugando conmigo.

—¡En absoluto! Preguntadle a cualquiera: a mí, no se me consigue así como así.

Angelica se inclina un poco más hacia delante, y asoma la palidez de sus hombros debajo del chal: el pelo le cae sobre el alféizar. Así se quedan los dos, mirándose uno a otro un demorado intervalo de tiempo.

—Me parece bien —dice él—. Os ruego que me disculpéis, pero es que tengo que hacer un recado muy importante. —Se pone el sombrero y sale disparado entre la multitud que ha acudido a la puerta de Angelica: y se ve que le cuesta abrirse paso, que no está acostumbrado a tamaño derroche físico, pues tiene un andar indeciso y patoso. A Angelica le da un ataque de risa.

—¡Hala! —exclama, ya de vuelta al salón—. ¿Estaréis contentos los dos? Acabo de aceptar las insinuaciones de otro hombre. —Mueve afirmativamente la cabeza mirando a la señora Frost—. Solo que los términos del acuerdo —dice guiñándole un ojo a Rockingham— son imposibles de cumplir. Así que, ¡ahí lo tenéis! Y ahora tráeme la bata, Eliza, que me congelo.

—No deberías tratarlo así —dice la señora Frost—. Porque es un hombre decente.

—Puede que lo sea, o puede que no —dice Angelica, y mete los brazos en las mangas de la prenda que sostiene en vilo para ella—. Pero conmigo ese hombre no tiene cuentas. Georgie quiere ser mi único protector, ¿no es maravilloso?

—¿De veras? —La señora Frost se vuelve hacia el teniente—. Y ¿cuáles son los términos de ese acuerdo?

—Todavía no lo he pensado —dice él.

—Pues debería. Podemos pedirle al abogado que venga esta misma tarde a redactar el contrato.

—¿Un..., un abogado? —repite como un estúpido—. Yo no había... Mirad, la verdad es que yo no... ¿Hace falta un abogado?

—¡Dios, claro que no! —responde Angelica entre risas—. Eliza se lo toma todo demasiado en serio; es que ella es así, ¿sabes? No me hace falta ningún acuerdo formal; yo sé que cuidarás de mí. —Y acude solícita a refugiarse otra vez entre sus brazos.

—Todo se reduce a que te dé una asignación de dinero o a que no te la dé —dice la señora Frost. Y al teniente—: Tendréis que ponerle usted una renta vitalicia: doscientas al año estaría bien para empezar, pero solo para empezar. Y el vestuario, aparte. No la tendréis exclusivamente para vos por menos que eso.

El joven pone los ojos como platos: toma la mano de Angelica y la aprieta con fuerza, como una muestra más de pánico que de puro afecto.

—¡Eliza, me estás dejando como una mercenaria! —dice Angelica—. De él me fío. Nos amamos. ¿No basta con que pague lo que vayamos necesitando?

—Pues claro que no, faltaría más —dice la señora Frost—. No pienso

arrastrarme para contar con su aprobación cada vez que me haga falta un rollo de encaje si hay que bordar una cofia. No tiene ni idea de cómo se lleva una casa: ¿por qué íbamos a consultar con él esas cosas de mujeres?

—Por si no se han enterado, sigo aquí —dice el teniente—. De haber sabido la que se iba a formar, no habría dicho nada. Tened. —Mete la mano en el bolsillo—. Aquí van los gastos de intendencia para la casa. —Le entrega un puñado de billetes arrugados quitándole importancia al gesto—. Bien poco me importa a mí el dinero. —Echa mano de otro bolsillo, y saca un puñado de calderilla—. Mi recaudación en el club Almack es excelente; si necesitan más, solo tienen que pedírmelo.

—¿No ves? —dice Angelica, mientras la señora Frost alisa con cuidado los billetes, que ascienden a un total de ciento siete libras y una libra francesa—. ¿Estás conforme? ¿Por qué tienes siempre que ser tan desconfiada?

—Prudente, es lo que soy —dice la señora Frost, y se guarda el dinero en el bolsillo.

—No haces más que crear problemas.

—Ya me dirás más adelante: y verás que lo que hago es ahorrármelos. Ninguna sabemos qué nos puede deparar el destino.

—Pues entonces, ¿por qué actúas como si lo supieras?

—Y esto —dice el teniente, sin parar mientes en la presencia de la señora Frost— es para ti, cariño. —Vuelve a hundir la mano en el bolsillo, y saca una cajita de cuero negro con un estampado en seco.

—¡Georgie! —exclama Angelica con un arrullo—. ¿Qué es?

—Ábrelo.

La tapa se abre sujeta con una bisagra. Dentro, hay un pequeño alfiler con forma de flecha de Cupido; esmaltado de diamantes auténticos a lo largo del asta.

—¡Oh, George!

—Porque Eros me tiene perdido por ti con su flecha —susurra.

A la señora Frost le da un escalofrío.

—¿A quién habéis desplumado para ganaros eso? —pregunta.

Pero Angelica acude rauda a los brazos de George y se lo come a besos de camino del dormitorio, mientras va murmurando:

—Ay, pero qué bueno eres, y qué atento: la primera joya que me regalas,

cariño mío y solo mío. ¡Y son diamantes de verdad! Nada de bisutería, Eliza.  
¡Nada de bisutería!

## SIETE

Una tarde, el señor Hancock se propone dar con Tysoe Jones. Le cuesta poco encontrarlo, pues cuando está en puerto, el capitán es un asiduo del bar Pelican, en Wapping: y allí lo halla ese mismo día, sentado delante del amplio mirador que da al río, su sitio de siempre desde que era joven. Le gusta ponerse allí porque tiene una vista inmejorable del muelle en el que el Almirantazgo ejecuta a sus reos: piratas, traficantes y amotinados. Porque el capitán Jones siente debilidad por todo lo que sea un espectáculo público; pero sobre todo, por el pataleo de los condenados que penden de una corta sogá, celebrado varias veces al año en la zona de pleamar. Afortunadamente, la marea está alta cuando llega el señor Hancock; es decir, que la horca ha quedado sumergida, y solo rompen la superficie del agua las puntas hinchadas de los dedos de algún pirata. Y el capitán Jones no está solo, sino rodeado de barqueros ataviados con chaquetas de color verde chillón. Porque los de su calaña que no se hacen a la mar se muestran atentos a la llamada de divinidades acuáticas de segunda fila, y surcan en sus botes el río. Nada más verlo, el capitán se levanta con una expresión de sorpresa dibujada en el rostro.

—Pero bueno, ¡si habéis vuelto! —exclama—. ¿Qué habéis venido, a darme las gracias por la criatura que os traje? Pardiez que sí; y me juego lo que sea a que habéis cambiado de opinión desde la última vez que nos vimos. ¿A que da sus buenos beneficios una sirena?

—Pues, la verdad —dice el señor Hancock, ya saliendo de la taberna para dar un paseo por el puerto—, me ha rendido más de lo que yo esperaba.

Se les echa el invierno encima: el agua tiene un color de pedernal, y

también el cielo; hasta el frío deja algo pétreo en el aire. El capitán Jones ríe con ganas y toma a su amigo del brazo.

—¿No os conté? Nadie habla de otra cosa. Vaya donde vaya, de Woolwich a Richmond, todo el mundo la ha visto; y si no la han visto, actúan como si la hubieran visto. Os traje una maravilla, vaya que sí.

—Maravilla es. —El señor Hancock camina unos pasos en silencio—. Y ahora quiero otra.

—¿Otra sirena? —pregunta, consternado, el capitán Jones.

—Eso es.

—Pero si no queráis la primera.

Hancock alza los hombros con indiferencia.

—«Tysoe» —lo imita el capitán—. «Pero ¿qué voy a hacer yo con esto? ¡Mirad que yo no tengo nada de exhibicionista, Tysoe!».

—He cambiado de parecer —dice el señor Hancock sin que le flaquee la voz lo más mínimo—. Y quiero una.

—¿Os dais cuenta...? Seguro que sois consciente de que aquello fue una oportunidad entre un millón, y que di con la última que quedaba. No creo que vuelva a ver ninguna más, ni en esta vida ni en la otra.

—Si hubo una, habrá más.

—No, no. Yo ya tengo dinero suficiente para retirarme, y ver crecer a mis hijos.

—Pues no veo a vuestros hijos por ninguna parte —dice el señor Hancock—. Venga —añade, sabedor de que su amigo no puede parar quieto: es consciente de que el capitán Jones arde en deseos de volver a hacerse a la mar. Solo hay que saberlo llevar al caladero indicado—. Me he hecho con un barquito de lo mejor, el *Unicorn*, que está bien aparejado y listo para zarpar, rumbo a una nueva aventura, y ¿quién lo va a capitanear si no sois vos?

—Otros hombres hay. —El capitán Jones aviva el paso y pisa la acera con ganas: tentado está casi a decir que sí. Pero entonces el señor Hancock lo lleva por otro ángulo:

—¿Es que no queréis celebrar vuestra última singladura como os merecéis? Porque el último viaje que hicisteis fue de lo más accidentado: no os quedó ni siquiera la satisfacción de traer el barco de vuelta a puerto. ¿Qué forma de despedirse de la mar es esa; vos, que le habéis dedicado la vida

entera?

Sonríe el amigo, y se levanta el cuello del abrigo para combatir el frío.

—Mi mujer tiene planes para el futuro. Compraremos una finca en el campo, y allí construiremos una casa a nuestro gusto: con un par de vacas que pasten en el prado, y matas de frambuesas para los niños. Y pienso implicarme en la educación de mis hijos, y llegar a conocerlos bien; porque un niño tiene que verle la cara a su padre todos los días, y no cada equis años.

Mas el señor Hancock no admite disuasión alguna.

—Tenéis tiempo para todo eso cuando me traigáis mi sirena.

—No, no, yo no puedo hacerlo. Prometí que no volvería nunca más a Macao. Es que son otros dos años lejos de aquí, Jonah, seguro que os hacéis cargo de...

El señor Hancock se queda pensando.

—A lo mejor no hace falta ir tan lejos —dice.

—¿A qué os referís?

—Pues a que parece evidente que no tenéis por qué ir hasta Macao a buscar una sirena, cuando hay pruebas más que de sobra de su existencia en nuestras propias aguas.

Llegan al final del muelle y se sientan: aunque ya no son tan jóvenes como antes, dejan los pies colgando encima mismo del agua mientras colman las pipas. El capitán Jones aprieta la cánula entre dos dedos diestros.

—Y entonces, ¿qué querríais que hiciera? —pregunta paladeando cada palabra—. ¿Que elija a la tripulación, y surquemos de arriba abajo la costa de Inglaterra? —Suelta un bufido ante tamaña locura, pero el señor Hancock sigue muy serio.

—Inglaterra, pero también Escocia e Irlanda. Podéis llegar hasta Groenlandia si así os place. —Calla un momento para ver qué cara pone el otro, y sigue con ánimo de convencerlo—: Vamos, capitán, sabéis que no es un plan tan descabellado. He hecho un estudio, y tengo una lista de todos los pueblos de estas islas en los que se han avistado sirenas últimamente: lo único que tenéis que hacer es ir de uno a otro. —Saca sus notas—: Fijaos, tengo aquí anotados esos puntos en los que aparecen las sirenas con regularidad, y hasta salen del mar y llegan a la playa. Os lo he puesto bien fácil.

El capitán Jones dice que no con la cabeza:

—No, no. No he surcado estos mares desde que era grumete.

—Pues encontrad hombres que los conozcan bien. Greaves tiene tripulaciones que navegan hacia el oeste, y que conocen el mar del Norte; y hasta el Atlántico, si os vierais obligados a llegar tan allá. —Mira a un lado y a otro—. Seguro que si entráis en cualquier *pub* por estos lares, encontraréis diez marineros con experiencia y ganas de trabajar. Y balleneros también.

—Pues preguntadle vos a uno.

El señor Hancock le da una calada larga a la pipa y el humo le tapa la cara.

—Pero quiero que os encarguéis vos, Tysoe. Sé que lo que os pido no es cosa de todos los días; no confío en que nadie más sea capaz de traerme eso que quiero: sois vos el que conocéis el percal. Ya me ha traído una sirena; pues traedme otra.

—No es tan fácil como eso. Pensaréis que tengo la cabeza llena de pájaros, pero sé cuándo una empresa merece la pena, y ya os digo que esta no.

—¿Cómo podéis estar tan seguro de que no vale la pena? Yo os pagaré bien: no en vano estoy dispuesto a poner tres mil libras en esta empresa.

—¡La madre que me parió! ¡Tres mil! Pero ¿es que os habéis vuelto loco?

—La necesito —dice, con tesón en la voz; y nota que una expresión de niño enfurruñado le tensa los músculos de su cara de pánfilo.

—¿Habéis perdido la chaveta? —dice el capitán—. ¿Tan vacía de contenido está vuestra vida? ¿Es que no encontráis otra forma de gastar vuestra fortuna que con rarezas inalcanzables? Ya he oído hablar de esto antes: es algo que hacen los caballeros, esos que se llaman coleccionistas; que disfrutaban convirtiendo las maravillas más perfectas en su sola posesión, y hacen acopio de ellas en polvorientos gabinetes. ¿Es esa vuestra intención, amigo? ¿Así os gastáis la fortuna, mandando a otros por el ancho mundo a cazar vuestros caprichitos?

—¡No! —Al señor Hancock le ha escocido el comentario—. No, no; yo solo quiero darle curso a mi dinero: y eso es, al fin y al cabo, para lo que vale el dinero. He entrado en el negocio inmobiliario y seré dueño algún día de medio Mary-le-Bone.

—Pues entonces es otro tipo de locura. —El capitán Jones se frota el mentón y se le queda mirando un rato largo al señor Hancock—. Y una mujer no creo que sea.

No hay respuesta.

—¿Es una mujer? —pregunta el capitán Jones, y pone los ojos como platos. Le propina un golpetazo en el omóplato que casi lo tira al agua—. ¡Pero bueno! Jamás creí que algo así os fuera a pasar a vos. Y ¿quién es dicha dama? Alguna viudita que está de buen ver, seguro; y que seguro que marcha bien también. Una mujer muy exigente, puesto que estáis dispuesto a tanto; y bien lista que será, si os hace pasar por el aro. ¿Estoy en lo cierto?

—Exigente sí que es. —El señor Hancock oculta la barbilla debajo del cuello del abrigo, porque no sabe qué decir. Y piensa: «Soy rico: tengo derecho a cualquier rareza que se me antoje».

—¡Bien hecho, sí señor! Y ¿qué obtenéis a cambio; si conseguís lo que ella os demanda?

El señor Hancock dice que no con la cabeza; porque la verdad es que no quiere nada concreto de la señora Neal, solo su atención. ¡Es esta vida anodina que lleva! Esto de ser un hombre sin efecto alguno en el acontecer del mundo: sin nadie que dependa de él, bien atendido por criadas y parientes, ¿quién lo iba a culpar (se pregunta) por desear esas atenciones que uno espera en una mujer? La ciudad está llena de hombres que se sientan tan campantes a fumar en pipa, con sus damas al lado. Es esa una compañía que no lo seduce: el yugo marital, que podría haberlo unido a una viuda llena de prudencia, o a una vieja criada que no hiciera más que trabajar, eso no lo atrae lo más mínimo últimamente. La señora Neal no es ni prudente ni trabajadora: es algo completamente distinto.

—¿Tres mil libras puestas en esta empresa?

—En efecto.

—Eso es muchísimo dinero. —El capitán Jones da un hondo suspiro—. Pero es que, también, dejar a mi familia para adentrarme en aguas que no conozco... Pasar tantas calamidades por el capricho de otro hombre. Y los peligros que ello encierra; cuando ya he dicho que soy reacio a ese viaje.

—Pero ¡pensadlo! —El señor Hancock cada vez está más entusiasmado con su nuevo proyecto—. Nunca estaréis fuera de casa más de dos semanas.

—Tres, siendo realistas. O hasta cuatro...

—... sin ninguna responsabilidad comercial por vuestra parte; ni tener que preocuparse de ningún cargamento; nada de racionar los víveres meses y meses. —Hace el gesto de extender la mano en la que sostiene la pipa—. Tomadlo como una búsqueda personal. Una novedad. Algo nunca visto antes: ¡la caza y captura de una sirena!

El capitán Jones mira a su amigo de soslayo. Luego estira los pies y contempla la puntera de las botas; le da otra calada a la pipa.

—A mí me correspondería algo a la altura de tamaña empresa —dice.

—Decidme cuánto, decídmelo.

Sus ojos delatan la rápida expansión del pensamiento.

—¿Estáis seguro de que esto es lo que queréis? —pregunta.

—Completamente.

—Pues entonces para mí serán mil. Mil libras y la promesa de que no me buscaréis más para comandar ninguno de vuestros barcos. —El señor Hancock le tiende la mano, y el capitán Jones se la estrecha con firmeza: tiene la palma rugosa y fría como el cuero sin curtir. El apretón de manos sella su contrato. Luego, siguen allí sentados un rato largo; mirando el agua que brilla, fría, debajo de sus pies colgantes. El capitán Jones le da una calada a la pipa y sonrío—. Aquí tenéis una apuesta más segura: que el río se helará otra vez este invierno. Nunca ha fluido tan lento. —Suelta una risotada—. ¿Os acordáis de la última vez, cuando íbamos caminando hasta el Puente de Londres como si el Támesis fuera un camino más?

—Qué jóvenes éramos entonces.

—El mundo es como cosa de encantamiento —dice—. Ahí fuera, todo lleno de sirenas; y aquí, en el cauce helado, caballos y carruajes río arriba y río abajo. —Mueve de un lado a otro la cabeza—: ¡Las maravillas que habré visto uno!

*Perdidas estamos.*

*Cruzamos el agua a toda prisa, como peces en un estanque.*

*Los hay que tienen una visión fugaz de nuestros rostros desde la costa, mar adentro, entre las olas; o ven la silueta oscura de nuestros cuerpos a*

*varios metros de profundidad, que vira y se dispersa como un banco de peces; y los hay que insisten.*

*Sí, no es que fuera algo animado de vida, ¡es que era humano!*

*Era una de ellas, a ciencia cierta, y no cualquier animal marino privado de conocimiento; ni un témpano de hielo, una maroma suelta, o restos de algún naufragio: nada de eso. Me llamó, dicen, me saludó con la mano, me conocía; luego desapareció en ese vacío gélido del más allá, se la tragó la profundidad infinita de un espacio abisal inimaginable.*

*Nuestro aliento es el cabeceo del mar en noche oscura, que mece los destellos de la luna entre sus ondas. Somos el blanco emplasto de la espuma que se extiende y cabriolea: chocamos contra el acantilado y saltamos en mil pedazos. Somos el susurro salino y prolongado de la marea cuando se retira de la costa: saltan los guijarros al pasar nosotras; ruedan las rocas. Somos el aroma de las algas que esparce la brisa, su púrpura florecida. Pulidas y tersas nos tendemos sobre el agua. Tiramos una y otra vez, hasta volcarlos, de los cuerpos vigorosos. Gracias a nuestro tacto suave, inagotable, le damos amorosa forma a la madera, lamemos los bordes de las cosas hasta bruñirlas: corroe nuestro aliento el candado más acérrimo.*

# OCHO

*Noviembre de 1785*

Con la llegada del invierno, cada día aprieta más el frío; pero Angelica ni lo siente. Se sabe dichosa y feliz en brazos de su amado George. Cuando viene a verla la señora Chappell, con las chicas enfundadas en pellizas rellenas de plumón de cisne, los halla a los dos despanzurrados en el sofá, con los miembros entrelazados, dándose de comer, el uno al otro, pastel borracho. Polly, Elinor y Kitty no apartan los ojos del espectáculo: la señora Neal, que lleva una bata bordada con motivos de palmeras, y el señor —¿el señor qué?—, con monos bordados en la suya, se chupan los dedos el uno a otro y ríen a carcajada limpia. Es obsceno: constituye para ellas un espectáculo bochornoso y, sin embargo, no pueden dejar de mirarlos con los ojos bien abiertos. Nadie se fija en lo rojas que tienen las caras; y es que el deseo los atenaza de tal manera que hasta la señora Chappell, poco dada a escandalizarse a estas alturas, se ruboriza. Cuando la depositan en el sillón más grande y más feo del apartamento, la señora Chappell le coge a la señora Frost del brazo e intercambia una mirada con ella. Aunque no puede decirse que sea un intercambio, pues la señora Frost baja los ojos con una expresión funesta en la cara que viene a decir: «Esto no tiene nada que ver conmigo».

Las chicas no saben dónde meterse.

—Sentaos —dice la abadesa, y se dejan caer allí donde pueden, ocupado como está el sofá. Rockingham coge el periódico y lee con aire distraído, mientras toma la mano de Angelica y le acaricia los dedos, uno a uno.

Kitty echa tanto el cuerpo hacia delante que los codos le llegan a las

rodillas: entrelaza las manos y se los queda mirando. «Vale ya», la reprime Polly, sin vocalizar las palabras, solo moviendo los labios, pero la benjamina no le hace ni caso.

—No os veo desde hace mucho tiempo —apunta Angelica, mientras acaricia la palma de Rockingham con la suya; sin dejar de mirar, con expresión de honda franqueza, a la señora Chappell. «Porque, claro, ha venido a congraciarse conmigo», ha pensado nada más verla llegar—. ¿Os vais a quedar mucho rato? —pregunta.

—¿Por qué? —pregunta la abadesa—. ¿Es que tienes otro compromiso?

George levanta la vista del periódico y mira a Angelica, y los dos al unísono sueltan un sonoro y desafiante:

—No.

—No te vamos a entretener mucho —dice la señora Chappell—: solo hemos venido para que no te olvides de nosotras.

—Todo un detalle por vuestra parte, sí, señora. —Rockingham le aprieta la cintura a Angelica a la vista de todas, pero vuelve a posar los ojos en el periódico.

Ella viste de manera exótica, *à la turque*: luce un pañuelo a modo de turbante enrollado en la cabeza y le sienta muy bien. Son colores que no llevaba antes, rojo sangre, mostaza y verde jade; y la señora Chappell no acaba de acostumbrarse a ellos. Además, ¿adónde va a parar, ese rubor en las mejillas y en los labios, ese brillo de los ojos? Todo en Angelica rezuma un lustre nuevo, y parece más definida y a la vez más llena. «Es una presuntuosa», piensa la señora Chappell. «Mira que dar así el espectáculo. Me parece excesivo». A ella, sus chicas le gustan de vestido blanco. El desenfreno sartorial es para esas mujeres que pueden elegir cómo y quién las mira.

Ha pasado un tiempo; y, sin embargo, Angelica se resiente ante la mirada inquisitiva de la abadesa.

—¿Qué pasa? —pregunta con un filo en la voz.

—Nada, solo te estaba mirando.

—¡Solo! —Angelica alarga el brazo para alardear de la caída que tiene la manga: profusamente bordada con zarcillos y frondas alrededor de un centro de encaje blanco, tenue como la espuma. Tiene los nudillos llenos de joyas, y

resplandecen—. Vos siempre estáis pensando en algo —dice—, bien que lo sé. Así que, ahora, ¿qué pensáis?

—Pues que es una tela muy delicada.

—Me la compró Georgie.

La señora Chappell lo mira: está muy concentrado en la lectura; pero le pasa la punta del dedo a Angelica por el borde de la oreja, y ella se echa a temblar y lanza un pequeño chillido.

—¿Ah, sí? —dice la señora C., mirándolo—. Y todo esto también... — las alfombras turcas, las estampas de colores que adornan las paredes, las pilas de libros, lazos y chales, las flores—... ¿también lo habéis pagado vos, señor?

—Que no le falte de nada —dice él sin levantar la mirada del periódico.

—Pero lo que quiero es llevar yo la casa, Georgie. —Saca el labio de abajo con un gesto de apremio—. Una casa en la que vivamos tú y yo, los dos solos.

—Paciencia. —Dobla el periódico para que quede legible el artículo que le interesa, y lo zarandea en dirección a Polly, aunque hasta ese instante no había dado muestras de percatarse de la presencia de la joven en el salón—. Mirad —dice—. ¿Qué opináis vos de esto?

—¿De qué?

—Del problema de los negros: de que hay demasiados en esta ciudad; de que no quieren trabajar.

—Yo de eso no sé nada. —Polly baja la mirada.

—¿Es que no tenéis familia? Muy ricos no pueden ser; porque si no, no os veríais en semejante posición...

—Familia no tengo —dice. Elinor intenta captar la atención de la joven, pero Polly no la mira: solo le arde la cara con una emoción que no alcanza a definir exactamente. Y hace lo posible por no sentir nada.

—Pues entonces estáis mejor que queréis —dice él—; porque vuestros hermanos los indios y los negros no encuentran trabajo, y los tenemos a todos pidiendo por las calles. Mirad. —Blande otra vez el periódico apuntándola a ella—. Han abierto una subscripción para ayudarlos. ¡Una subscripción pública! Para darles comida, y cama, ¡y todo lo que les haga falta en un invierno tan frío como este! Hasta un traje de quita y pon, si se empeñan. Los

hay que dicen que es una caridad bien merecida, y yo digo que...

—Y es cierto que se lo merecen —dice Elinor con valentía—. Porque lucharon con nosotros en la guerra contra las colonias americanas, y han tripulado nuestros barcos, y nos han servido en todo lo que han podido. A nosotros, que los hemos esclavizado, y que somos los que los hemos traído aquí. Les damos la libertad, pero ¿de qué les vale la libertad si los condenamos a la miseria?

—Un discurso muy bonito —dice Rockingham—. Pero no entendéis ni la mitad de lo que decís.

—Les debemos una vida digna —dice Elinor.

—La mayor parte son poco más que fugitivos —dice él—. Y no les debemos nada. Es más, lo que han hecho ha sido robarnos. Mi tío tiene una plantación en Jamaica, y no puede traerse ni a su esclavo favorito cuando viene a Londres; porque, ¿qué haría el esclavo? Se escaparía a la primera de cambio. No solo eso, es que, además, ¡la gente aquí lo ayudaría! No saben lo que es la lealtad, no tienen ni pizca de respeto: los mantiene toda la vida una buena familia, los viste, les da una educación, un sitio en el mundo y, sin embargo, no lo valoran nada porque en cuanto pueden se escapan.

—Ningún hombre será ya esclavo en suelo inglés —dice Elinor.

Rockingham se vuelve hacia la señora Chappell.

—¿Esto lo fomentáis vos? —pregunta—. Tiene la lengua muy suelta; así nadie la querrá por esposa.

—Los hombres ya tienen a sus esposas en casa —dice la señora Chappell sentando cátedra—. No vienen a nosotras buscando más de lo mismo. —Y a Elinor, le dice—: No contradigas a este hombre, que parece que no le gusta.

—Además, yo no me refería a ella —dice Rockingham. Y vuelve a señalar a Polly—. Yo lo que quería saber es qué pensaba esta otra del suplicio que está viviendo su gente.

—No sé nada de eso.

—Yo los metería a todos en un barco y los mandarí a su pueblo, eso es lo que haría. Si no pueden ganarse la vida aquí, no los queremos.

—Pues entonces habría que meter a todos los mendigos en un barco —dice Elinor en tono triunfal—. A los blancos también. Y a las madres que van pidiendo por la calle y que no podemos mantener, y a los ciegos, y a los que

tienen problemas mentales, y a los tullidos: todos esos que van de una parroquia a otra hasta que caen muertos, y entonces surge otra discusión, porque, a ver quién paga el entierro. Los gastos y los problemas no vienen solo de los negros pobres.

—¿Vos quién os habéis creído que sois —pregunta Rockingham— para pensar que sabéis algo de eso? ¡Ah, ya sé! Es porque sois la favorita de un abolicionista, ¿a que sí? ¿Os habla de emancipación con arrullos al oído cuando se acuesta con vos?

Se acerca bastante a la verdad, pero maldita la gana que tiene Elinor de reconocerlo: pues se ha fijado en ella un hombre que escribe cartas a los periódicos en relación con el tema.

—Lo que pasa es que yo leo —dice—. Y observo el mundo que me rodea. —Y hay que decir que eso también es cierto.

Angelica no ha estado muy atenta a la conversación, pero cuando entra en escena otra mujer que se acuesta con alguien y que no es ella, eso la ofende.

—Tenemos intención de formar un hogar —repite—, y nos lo impiden circunstancias absurdas, porque, ¿sabéis que Georgie no tendrá acceso a la herencia que le corresponde hasta que no cumpla los veinticinco? Si una se para a pensarlo, es un escándalo que se vea privado de lo que es suyo por derecho, y encima de esa manera: a base de una paga, como si fuera un crío. Y tú no eres ningún crío. —Se vuelve hacia George como si fuera a regañarlo—. Y no deberías verte apartado de tu propia fortuna.

—A lo mejor es porque los que tienen el control del dinero saben en qué se lo iba a gastar —dice la señora Chappell.

—Y ¿qué queréis decir con eso?

—Andad, señor, no me vengáis con esas. Con lo que les gusta a los hombres jóvenes andar con mujeres y entregarse al derroche. Os digo yo que esas personas saben bien lo que hacen.

—Yo de derrochador no tengo nada. Si por lo menos se tomaran la molestia de hablar conmigo...

A la señora Chappell no se le ocurre otra cosa que reírse, una especie de ladrido ahogado que la deja unos instantes sin aliento.

—Y yo lo apoyo en eso —insiste Angelica—. George ha hablado con su tío, con toda su familia, de hecho, de esta felicidad doméstica que hemos

hallado los dos, ¿a que sí, Georgie?, pero se niegan a verme de manera categórica.

—De manera categórica, sí —dice él, que se deja hacer, mientras ella entrelaza los dedos en su pelo, y las chicas lo miran de hito en hito.

—¡Y todo porque tuve la desgracia de nacer donde nací! ¿Por qué tengo que cargar toda la vida con la falta de posición social de mi padre?

—No deberías —dice Rockingham, enamorado como un tonto—. Porque tu intelecto es tan refinado, y tu sensibilidad y tu belleza no le desmerecen a las de cualquier heredera de una gran fortuna.

—Os agradezco el cumplido —dice la señora Chappell—. Se aplicó mucho en las clases que le dimos.

—Ah, no, señora, no me refiero a eso. Me refiero a que lo que en ella brota naturalmente, en otras es producto del artificio. Su perfección le sale de dentro.

Angelica no cabe en sí de gusto.

—¿No veis? Él sí que me entiende. Vamos en serio con lo de la boda, ¿sabéis? Lo que pasa es que su tío lo trata como si no supiera todavía qué es lo que le conviene; como si no fuera más que un niño. Pues bien, señora, no dudo en declarar que lo haremos con la aprobación de ese hombre o sin ella.

Las chicas sueltan un murmullo de emoción; aunque no saben si es de aprecio o de puro horror.

—Bueno... —dice el señor Rockingham—, a lo mejor si...

Angelica le tapa la boca con la mano y le apretuja una mejilla.

—¡Te preocupas por pequeñeces! —dice, y acerca la nariz a la de él, de tal manera que solo la palma de la mano separa una boca de otra. Él la mira como los Reyes Magos miran a la Virgen—. Pequeñeces, pequeñeces —le canturrea—. Porque, ¡cómo te gusta preocuparte por todo! —Se vuelve hacia su público y sigue diciendo—: Sea como sea; en apenas dos años ya tendrá edad, y entonces habrá escapado a su control. Así que el que ríe el último ríe mejor. Pero, a ver, ¡Eliza! Eliza, querida, ¿me traes unas cuantas de esas galletas que probamos antes?

—Ya no quedan —dice la señora Frost con gesto de hastío.

Angelica gime como un perro.

—Pero ¡es que yo quiero más! —Se da la vuelta, tumbada como está,

apoyada en el brazo del sofá para ver dónde está la amiga. La bata, retorcida entre sus piernas, le deja al aire las pantorrillas desnudas—. ¿Tenemos algo más? ¿Queda tarta?

—No. Hay manzanas —dice la señora Frost—. Y queso en la tabla. Pero también puedo...

—No, no, no. ¡Tiene que ser algo dulce! Esos pastelitos de crema de castaña..., esos te gustan, ¿verdad, George? Eliza, Georgie tiene hambre, ¿por qué no sales a por unos...?

—¿Dónde está la criada? —pregunta la señora Chappell en tono cortante.

—¿María? Ay, es como si no la tuviéramos, de lo poco que hace.

—Le pedí que viniera solo por las mañanas y a última hora de la tarde —dice la señora Frost. Angelica y su amante se dicen algo entre susurros; y la señora Frost aprovecha que no la ven para frotar el pulgar y el índice en un significativo gesto—. Así que los recados los hago yo.

—Y ¿qué pasa si tiene visita...?

—Ya no recibo a nadie —la interrumpe Angelica—. No acepto visitas, ¿a que no, Georgie? —Estira el cuello por encima del respaldo del sofá—. Eliza, ¿sigues ahí?

La señora Frost ve la calle gélida al otro lado de la ventana y va a buscar el abrigo.

—Nosotras ya nos vamos —dice la señora Chappell—. Chicas. —Levanta los codos y la aúpan entre todas, clavándole los dedos en las axilas; mientras se le hincha la cara y resopla cada vez más rápido, hasta que le queda un hilillo de respiración.

A Rockingham le cuesta trabajo ahogar un ataque de risa cuando la oye soltar un gemido en pleno esfuerzo. Angelica lo mira un instante, luego se tapa la boca con elegancia para ocultar la sonrisa cómplice.

Las chicas abarrotan la escalera con sus enormes pellizas: rodea a la señora Chappell un frenesí de roces y gemidos, y queda en el aire la fragancia de rosas y lavanda. La señora Frost sigue las evoluciones del descenso con la mirada: en el último escalón, la señora Chappell se agarra con las dos manos al poste de la escalera, sin aliento casi, como un náufrago se aferraría a la playa en la que lo arrojó la Divina Providencia. Da grima oírle respirar, a bocanadas cortas y rápidas; y cuando habla, vibra la flema en su garganta.

—Frost —dice—: contadme, ¿cómo la mantiene el mequetrefe ese?

—Pues no os lo sabría decir —responde la señora Frost—. Yo no me fío de él, señora; él dice que podemos contar con él, pero no tiene ni idea de lo que es...

—¿Han puesto algo por escrito?

La señora Frost no sabe si contarle las locuras de su amiga, pues serán recriminadas en el acto.

—Algún tipo de acuerdo habrá al final —dice—. Porque ella tan tonta no es.

—Supongo que reciben algún estipendio con cierta regularidad por parte de él. Y que lo cumple: ¿una cantidad que se haya acordado en determinada fecha? ¿Mensual? ¿Trimestral?

El silencio de la señora Frost habla por sí solo, y la señora Chappell suelta uno de sus gruñidos.

—Para darle sus caprichos sí que vale —dice la señora Frost, como si quisiera excusar a Rockingham—: dulces, lazos, vestidos..., cualquier cosa que se le antoje. Le compra todo lo que ella le pida; y bien sabe usted que no le pide precisamente alfileres y tiras para el corsé.

—Pues menudo acuerdo más absurdo es ese —dice la señora Chappell, como compadeciéndolas—. Ni siquiera es un acuerdo: un descontrol doméstico de la peor calaña, eso es lo que es.

—Porque él no se hace una idea de lo poco que duran las medias —dice la señora Frost, arrimando el ascua a su sardina; ya que, la verdad sea dicha, acumula mucho resentimiento, y no suele tener oportunidad de darle rienda suelta—. Y, fijaos, que no me deja que se las cosa: tienen que ser siempre a estrenar, dice Angelica, todo nuevo, nada de remiendos —alza un poco la voz, y se le pone la cara roja según va contando—. Y si le pido algo más de dinero, él se cree que lo estoy estafando: «Seguro que se las da a la criada para que las venda», dice. «No es posible que dos mujeres gasten tantas medias ellas solas». —La señora Frost se levanta la falda y muestra las cicatrices del reguero de remiendos de perfecta factura que luce en las medias; y hasta un agujero que se le acaba de abrir en la corva—. Total, que la que se pone las medias nuevas es ella, y yo gasto las que ya no quiere.

—¡Demonio de hombre! —dice la señora Chappell, buscando ofrecer un

poco de consuelo.

—Yo ya no puedo seguir pidiéndole su aprobación para todo lo que hay que hacer: ¡ni que supiera él mejor que yo lo que hace falta en esta casa!

—Pues claro que no, porque ese hombre no tiene ni idea.

—Nada de pan, aquí solo pasteles —se lamenta la señora Frost; y la verdad es que se ha disgustado mucho, casi le da hipo de la emoción—. Cerveza no, mejor malvasía; y si tienen que ser alfileres, con cabeza de diamantes. Eso sí, la cuenta del carbonero, a ver quién la salda: porque ellos no se privan, y tienen la lumbre puesta noche y día a todo meter. ¡Si se pusieran más ropa!

—Sois muy buena mujer. Y me parece una afrenta a lo mucho que os afanáis en vuestras labores que os sometan a tanta presión.

—Yo hago lo que puedo —dice la señora Frost—. Pero es que me preocupan las cuentas, la lavandería, y la criada: ¿cómo voy a llevar esta casa, si ellos se creen que lo puedo hacer con cuatro perras, y se meten conmigo si les pido más?

—¿Cuánto necesita? —dice la señora Chappell, y sumerge la mano entre los pliegues de la pelliza hasta que alcanza a ver el monedero, que toma entre sus deditos puntiagudos.

—¿Cómo dice?

—A él no le pidáis nada. ¿Con cuánto dinero os apañaríais para cubrir los gastos por ahora? ¿Diez libras? ¿Veinte?

—¿Estáis segura? —La señora Frost se lleva las puntas de los dedos a la garganta. ¿Qué diría Angelica si se entera de que le ha contado lo de sus finanzas a la abadesa? Por si fuéramos pocos, ¿encima aceptar dinero de ella? —. Yo... —dice que no con la cabeza—. No puedo. No me parece... hacer que ella os deba nada a vos.

—Tonterías. Ella nunca se enterará. Digamos que es un regalo; un regalo que yo os hago a vos: para que os quedéis tranquila.

—Me da vergüenza —dice la señora Frost.

—¡No hay de qué sentirla! Yo sé cómo son estas cosas. En este mundo, solo nos tenemos los unos a los otros; y a mí lo que me toca es proteger a Angelica: para salvar la reputación de todas nosotras.

En el alma de Eliza Frost, manda más lo pecuniario que lo honroso.

—Pero ella quedaría peor —dice, midiendo las palabras— si no mediara dinero alguno y no pudiéramos pagar las cuentas.

—Pues ahí lo tenéis: nada hay más vergonzante que una mujer que no puede ni mantener su propia casa. Coged, obrad como es debido. Ella no tiene por qué enterarse.

—Pero es que me siento... —La señora Frost mira de soslayo, como si Angelica alcanzara a verla por entre las vigas del techo; y se muerde el labio de abajo.

—No os preocupéis más —dice la señora Chappell. Le toma la mano a la señora Frost, y le pone en ella un saquito que tintinea lleno de monedas—. Eso sí: rezad por que el caballero se avenga a ser más espléndido con sus finanzas.

La señora Frost, dinero en mano, respira, con renovado espíritu. Tanto es así, que le falta poco para abandonarse a una risita nerviosa.

—O para que desaparezca del todo —dice.

—Uf, me temo que eso sí que es inevitable.

—Gracias. —La señora Frost echa un ojo a la bolsa y la oprime con fuerza contra el pecho. Le escuece algo la conciencia, pero que la alivien a una de la necesidad es un bálsamo infalible—. Gracias, señora. No olvidaré lo amable que habéis sido. Si os lo podemos devolver...

—¡Andad, no digáis eso! Ni se os pase por la cabeza en este momento. Nada más que seguid ahora lo mejor que podáis: ya soplará el viento de otra parte. Eso seguro.

## NUEVE

Guarda las apariencias y la cara sonriente hasta que sale por la puerta; pero nada más auparla al carruaje, la señora Chappell se permite algún comentario provocador:

—¡Es pura obstinación! —les dice a las chicas, apretujadas las tres en el asiento, enfrente del suyo; y que no paran de pestañear desde lo más profundo del plumón de cisne—. No son más que ganas de obstinarse en que están locos el uno por el otro.

—Pero están enamorados —dice Elinor, quien, pese a la discusión con Rockingham, sigue un poco impresionada: porque, comparado con su cohorte de asiduos, la verdad es que el teniente es verdaderamente un *homme comme-il-faut*, tan guapo y tan joven.

—Solo porque se han empeñado en estarlo —dice su ama, y sorbe el aire por la nariz mientras se remueve, inquieta, en el asiento—. ¡Ay, de mí! ¡No tenía que haber bebido tanto té! A casa no llego. Que pare, chicas, que pare... Pol, pásame el adminículo.

El orinal de la señora Chappell es de fina porcelana blanca, y tiene dragones rampantes en el borde. Se le multiplican los pliegues de los faldones y enaguas, y es casi imposible saber dónde tiene las piernas. Cuando por fin aparecen, lo que se ve de ellas por encima de las ligas, muestra unos muslos grandes y salpicados de hoyuelos, como la masa de pan, y hasta un poco violáceos.

—Iba cada uno buscando su *affaire du coeur*, y no me extraña que hayan dado el uno con el otro —dice, con un resoplido, a la vez que levanta un poco el cuerpo para acoplar la vasija contra la coliflor de aspecto áspero y grisáceo

que luce entre las piernas.

Hace fuerza con los cuartos traseros contra el asiento, y eso le provoca un temblor. Entonces tira con las manos regordetas de las faldas, hasta que caen y le tapan las rodillas, y el chorrito de pis colma el carruaje con un ruido inconfundible.

Elinor tiene la delicadeza de mirar por la ventana; pero Polly arruga la nariz, se baja la capucha hasta que le tapa casi toda la cara y guarda para sí el mohín que le arruga el entrecejo. Kitty, a la que han sacado hace bien poco del lodazal de Billingsgate, sigue como si tal cosa, y aprovecha la ocasión para hacer algún comentario de su propia cosecha:

—Pues pegan el uno con la otra —apunta sin saber muy bien lo que dice.

—¡Qué van a pegar! Ni con cola —dice la señora Chappell. Hay algo mineral, estabulado, en su orina, que se les mete a todas en la nariz; suena un goteo que podría anunciar el final de la micción, pero entonces surge otra vez el chorro con nuevo brío—. Lo que pasa es que son los dos jóvenes y guapos, ¿a ver qué milagro hay en eso? Se incitan el uno al otro, no hay nada más: y así se dan licencia para saltarse el control de los sentidos. Toma, sujétame esto. —Le alcanza el orinal a Polly, que lo mira un instante largo y demorado—. Bueno, ¿qué? —dice la dueña; y le da un buen meneo, lo que levanta un pequeño oleaje del líquido ambarino entre las paredes de porcelana.

Polly baja los ojos y lo toma en sus manos: nota el calor que desprende la porcelana al sostenerlo por debajo con ambas palmas; y eso, en un día frío como ese, pudiera ser de agradecer, pero lo que verdaderamente siente la joven es una ira sin fin.

—Y ¿qué hago con ello? —pregunta con frialdad.

—Tíralo por la ventana —dice Elinor—. Trae, pásamelo, que ya lo hago yo.

—¡No, por Dios! —La señora Chappell se limpia entre las piernas con la punta de las enaguas, y vuelve a colocarse las faldas, toda digna—. ¡Ni se te ocurra! ¿Aquí, en una calle del centro, y en mi propio coche, para que lo vea cualquiera y luego me saquen coplas? No, Pol: no estamos lejos de casa, aguántalo hasta que lleguemos.

—Bien podía haberse aguantado usted —gruñe Polly, pero solo para el cuello de su pelliza.

Elinor se da cuenta del enfado que tiene su amiga.

—Solo hasta que demos la vuelta a la esquina —dice, a modo de consuelo; y le pone la tapa al hediondo objeto—. Luego lo dejas debajo del asiento, y que se encarguen de ello los criados.

Polly no dice nada: aprieta los labios; pues, aunque sujeta la tapa con fuerza, nota que con cada empujón que da el coche, el pis de la abadesa se encrespa dentro de aquel recipiente de tan poco fondo. Nota también el reguerito que sale y le hace cosquillas en un dedo, pero decide cerrar los ojos y no mirar.

Elinor retoma la conversación de antes:

—Por lo menos el caballero la tiene bien provista a la señora Neal —dice —; y a eso es a lo máximo que podemos aspirar cualquiera de nosotras.

—¡No! ¿Es que no lo habéis oído? ¡Ese hombre no se puede permitir el lujo de mantener a Angelica! A ver si os quitáis el cerumen, jovencitas: que la gente no habla por hablar. Si tenéis el privilegio de oír algo, debéis tener también las entendederas para saber valeros de ello. —Cruza los dedos sobre la tripa y suspira—. Y nada de eso, Nell: que la mantengan a una no es suficiente. ¿Cuánto crees que va a durar el idilio? ¿Hasta que se canse de ella, o ella de él? Perpetuidad, eso es lo que os hace falta. Dignidad. Algo que llamaré... ¡un tesoro escondido!

—Pero ¡amor también! —dice Elinor.

—Ay, bobas, ¡mira que enamorarse! Cosa de niños, de perros y de los que ya están gagás. Lo que os hace falta, chicas, cuando os llegue la hora, es un caballero capaz de haceros sentir única. Alguien que admire vuestro verdadero valor, pues ¿para qué habéis sido creadas, si no es para que os admiren? Tenéis que preguntaros: «¿Podrá este caballero valorar todo lo que soy en su justa medida?». Porque debería valoraros por encima de la porcelana de Sèvres; más que las antigüedades, más incluso que los perros de pura raza que tenga. Lo que tenéis que encontrar es un caballero que aprecie precisamente eso que él ha visto en vosotras; que entienda la responsabilidad que contrae con vosotras. Sois damas que no tienen nada que ver con lo que hay por ahí.

—Y ¿es que Rockingham no...? —pregunta Kitty.

—Bah, ese no valora nada. ¡Si es un chiquillo! Cualquier putilla de

pueblo tiene las tetas blandas y el coño calentito: y eso es lo único que él quiere, lo sepa o no, tanto da. Él no valora en nada a la señora Neal; y, o mucho me equivoco, o esta relación no va a prosperar para beneficio de ninguna de ambas partes. Vosotras estad bien atentas, chicas: ya veréis cómo van los dos a la ruina, uno en los brazos del otro.

Ya están a la puerta de casa, y bajan todas del carruaje; solo que a unas les cuesta más que a otras. Polly sigue sentada dentro. Simeon, el lacayo, viene a ayudarla y, nada más verlo con el hato de perros, todo ufanos a su alrededor, la joven se pone todavía de peor talante.

—Aquí tenéis un tarro de pis —dice, y se dispone a entregárselo—. Haced el favor de deshaceros de ello.

Él lo mira; y luego, a ella.

—Mandaré que venga una criada —dice el lacayo.

Polly sorbe el aire por la nariz.

—¿Qué pasa? ¿Que a vos se os van a caer los anillos?

—No es una de mis funciones.

—Ni una de las mías tampoco. Pero ya veis, la meona de la Chappell me ha obligado a guardárselo como oro en paño todo el camino de vuelta, y aquí sigo: con ello en brazos. —Cuando ve a Simeon, Polly siente siempre una punzada de rencor. Es algo que tiene que ver con la librea: por lo limpia que la lleva siempre, y por cómo se regodea ataviado con ella. Y es que, además, las palabras de Rockingham la han soliviantado: eso de hablar de «sus hermanos», como si tuviera ella lo más mínimo que ver con africanos, esclavos y demás indigentes que ensucian las calles.

Él se da cuenta de que la expresión de la joven no augura nada bueno. No le gusta la cara de odio que pone al sostener el orinal en alto.

—Dejadlo encima del asiento, os lo ruego —dice él—. No le voy a decir lo que la habéis llamado. Andad, dejadme que os ayude.

Pero ella no se mueve del asiento, y sostiene el orinal como si fuera un arma.

—No debería tratarme de esta manera —dice Polly—. Seguro que nunca le pediría a Kitty ni a Elinor que se lo llevaran. Es como si yo fuera menos que ellas; aunque sé de buena tinta que los hombres pagan el doble por mí que por ellas.

Simeon tiene acceso a los libros de citas: es cierto que pagan más, eso lo sabe él, pero también lo es que hay menos hombres que la eligen a ella.

—Esta es una buena casa —responde—. Tenéis que estar agradecida.

—Habláis como si fuera una sirvienta —dice ella.

—En absoluto. Estáis en inmejorable posición para llegar a ser alguien que no tiene nada que ver con el servicio. —Levanta las enguantadas manos para inspeccionarlas, y las vuelve para uno y otro lado, buscando alguna mota de polvo—. Yo solo quiero ser amigo vuestro.

—Pues que se os vaya quitando de la cabeza.

—Lo que pasa es que no somos muchos los que trabajamos en casas de este nivel —dice él.

—¿Los que trabajamos? —Le tiemblan a Polly las aletas de la nariz, molesta por ese comentario; dice que no con la cabeza y se arropa con la pelliza como si estuviera a punto de salir del carruaje—. No, no, señor —dice ella, y él tiende la mano presta para ayudarla a bajar—: vos y yo no somos en absoluto lo mismo.

Tampoco sabe por qué lo hace, pero el caso es que, aparta los brazos como con un resorte, y suelta el orinal, que cae de su regazo. Lo primero que choca con el suelo es la tapa; luego la sigue el contenido, en precipitada lluvia de destellos.

Simeon da un grito y un salto hacia atrás, pero no se libra: la orina se derrama en la acera, le empapa las medias y le salpica hasta los calzones. Los perros salen espantados hacia la casa, dejando a su paso un reguero de huellas mojadas. No se salva ni Polly, que está en alto, todavía sin bajar del carruaje: tiene manchado el borde de la pelliza y el del vestido también. Hay por el suelo trozos de porcelana esparcidos en un metro a la redonda, como cuando cae un huevo.

—Pero ¿qué habéis hecho? —exclama Simeon, que parece que tiene el baile de San Vito, horrorizado al ver cómo le chorrean las pantorrillas. Entonces se da cuenta de que le ha caído un poco en los guantes, y da rienda suelta al asco contenido, sacudiendo primero una mano, luego la otra. Hay charquitos entre las losas, y trozos del orinal desparramados entre el vaho que sueltan las piedras—. La señora Chappell hará que paguéis por esto —dice, y suena más a reproche que a puro enfado.

—No me importa. —Y ahora sí baja del carruaje, de un salto; y pasa de largo hacia la casa, alejándose de él con el elegante baile de sus pasos para esquivar el charco.

Simeon, cuando se queda solo, mete el pulgar debajo del puño de un guante y se lo quita con toda meticulosidad. Luego deja que caiga al suelo, y repite la operación con el otro. Entonces hace chascar los labios con gesto de desaprobación, y empuja los guantes con la punta del zapato; mas, cuando se da la vuelta, ve que Polly todavía no ha entrado en la casa. Está apoyada en la barandilla, mirándolo. Tiene una expresión sombría en la cara, como si estuviera a punto de echar a correr.

—Venga —dice él, y respira aliviado cuando la chica encara con pocas ganas la puerta de entrada—. Venga, entrad. No os quedéis ahí parada: no pongáis las cosas peor de lo que están.

# DIEZ

*Diciembre de 1785*

—Es que no entiendo por qué te tienes que ir precisamente ahora —dice Angelica, y sigue a Rockingham hasta el salón—. Estamos a las puertas de la Navidad: toda la aristocracia está de vuelta, no falta nadie. ¡Nos lo podemos pasar tan bien! ¡Hay tantas fiestas! —Le sobran motivos para ponerse melancólica: porque es la primera vez que le pilla la Navidad en Londres desde hace años.

Es tiempo de aprender nuevos bailes; ver caras nuevas que acabarán siendo amigas: por todas partes surgen diversiones inusitadas. Y es que, además, echa de menos su antiguo círculo de amistades: porque la relación sigue tirante con la señora Chappell, y Rockingham no deja que se acerque ni a sus propios amigos. «Es igual que cuando vivía con el duque», piensa, y se deja llevar por la frustración. Aunque enseguida se le pasa: porque no, no es ni mucho menos igual.

Entonces él dice lacónicamente:

—No me queda otro remedio. —Ya está vestido para salir de viaje; pues ha recibido una desaprensiva carta de su tío, que lo convoca a su presencia sin ningún miramiento—. Sigo sin saber quién puede haberle hablado de ti —dice Rockingham, y cruza la estancia buscando el reloj, el pañuelo, la libreta—. Sin duda alguien le ha llenado la cabeza de pájaros.

—¿Quién puede querernos tan mal? —dice Angelica, recién salida de la cama; con los rizos a buen recaudo dentro de la cofia, y la bata bien apretada para combatir el frío.

—¿Estás segura de que no habrá sido ninguno de tus viejos admiradores, para quitarme de en medio?

—¡No, no! —Lo sigue, y se aprieta contra él, de tal manera que la rodean los pliegues de su capa de viaje. Huele a lana y a caballos; y a las empanadas y al tasajo que son condimento indispensable de los viajes largos.

Afuera, el cielo está lleno de nubes negras, a ras de tierra; y la escasa luz que queda es grisácea, cargada de plomo y un mal presentimiento.

—Ya. —Él deja la barbilla apoyada en la cabeza de ella—. Pues el caso es que es un fastidio de lo más inoportuno. Quienquiera que sea ha convencido al viejo tonto de que me estás llevando por el mal camino, y de que tengo que ser yo el que me enderece. ¿Quién puede haberle escrito con semejante ponzoña?

—A lo mejor es uno de sus viejos amigos del Parlamento. Ay, qué frío —dice Angelica, con un tiritón, aprovechando la circunstancia para apretarse más contra él y echarle los brazos a la cintura—. Esto es peor que Groenlandia. ¿Cómo voy a entrar en calor yo sola en la cama?

Solo de pensarlo, a él le llevan los demonios; y ella lo deja que la agarre fuerte de la cintura y suba las manos por la caja torácica hasta tocarle los pechos.

—¡Maldita sea! —dice él, y lanza un suspiro—. Tengo tan pocas ganas de dejarte aquí sola como tienes tú de verme ir: pero es que no nos queda otra. Porque seguro que si voy en persona, me será más fácil convencer a mi tío. Puede que sea en buena hora, y así lo convengo también para que me suba la paga...

—¿Y podremos alquilar una casa para los dos solos?

—Claro que sí. —La besa en la punta de la nariz.

—¡Por fin!

Angelica tiene los tres cuartos de que consta el apartamento de Dean Street llenos a rebosar de todo tipo de lujos. Grueso brocado en las cortinas, con labor profusa de pájaros y flores; y un dosel con flecos todo lo ancho de las ventanas. Y guarda en el aparador tantas copas para beber que le faltan días: con el tallo labrado en volutas trenzadas de cristal blanco, delicado como un encaje; copas de balón con rosas grabadas; y copitas de licor, pegajosas, que acumulan el hollín y la pelusa, en todos los rincones. No hay

ni una sola silla que no tenga al menos un chal encima; como si, una vez que Angelica se ha quitado uno, ya no se lo pudiera poner nunca más. Una caja de caoba derrama su contenido de láminas pintadas que lucirían colgadas en las paredes; de no ser porque la superficie radiante está rallada y llena de lamparones; un clavicordio rebosa de partituras con todo tipo de música. Hay vistas de Italia y Grecia que se disputan las paredes; flores que se marchitan; los abanicos colman, desportillados, los rincones. El amor del señor Rockingham cuaja en innúmeras chucherías, prendas de amor, frascos de perfume; y Angelica lo guarda todo, y pide más y más.

—Debes tener paciencia —dice él—. En estos asuntos tan delicados, hay que pasar como de puntillas. Estaré fuera unas semanas, puede que un mes: ¿vas a poder aguantar tanto tiempo sin mí?

—¿Un mes?! Ay, pero eso es... —Se aprieta fuerte contra el pecho de él, pues se ha quedado muda solo de pensarlo—. Y encima quieres que pase yo sola la Navidad.

—El resto del año estaremos juntos y lo pasaremos bien. ¿Qué más nos da la Navidad?

—Pues, ¡nada menos que es la mejor parte del año!

Él le toma la barbilla en una mano con ánimo de besarla.

—Confía en mí, ángel mío. Resiste, hazlo por mí.

—Te echaré de menos —susurra ella.

—Y yo a ti, pobrecita, cariño mío. Pero ¡piensa lo bien que nos puede venir! —La lleva a la ventana—. Y, mira: lo que te dejo por compañía. —Al otro lado del cristal, en la calle helada, hay un carruaje de color verde pistacho que tiene en las puertas angelitos pintados. Está enganchado a dos caballos tordillos de preciosa planta que patean el suelo y tiritan de frío.

—¡Ay, Georgie!

—Recién estrenado. Lo tienes a tu disposición, si te gusta. —Mueve con gesto imperioso una mano, y el cochero hace chascar el látigo: el carruaje avanza—. ¿Cómo te iba a dejar sin medio de transporte para ti sola, con este invierno tan frío? Se acabó lo de viajar en litera.

—¡Nunca vi nada igual! —Viajaba mejor en tiempos del duque, que Dios tenga en su gloria, pero no viene a cuento decirlo—. Y ¿cómo te lo voy a agradecer?

—Pues, es que te voy a poner unas cuantas condiciones —dice él.

Transcurre un demorado instante en el que ella se mira las uñas. Luego dice:

—A ver, dímelas.

—Puedes ir en él adonde tú quieras —dice él—; excepto a los jardines de recreo...

—Pero ¿cómo, en mitad del invierno?

—Ni al Panteón tampoco puedes, listilla; ni a ninguna fiesta. No pienso dejar que vayas a ninguna parte en la que corra la bebida, el juego y el baile.

—¿No puedo ir a bailar? Anda, George, déjame que me divierta un poco... ¿Tú no me negarías una noche o dos de salida en sociedad? ¡Y nada menos que todo lo que dure la Navidad! ¿Desde ahora hasta después de Reyes? ¿Es que no voy a poder ir a ninguna parte?

—No pienso dejar que mires a otros hombres. Es esta la estación más licenciosa del año.

—Pero si solo para ti tengo yo ojos.

Se muestra impertérrito: ella lo sabe por cómo pone la boca.

—El coche lo pago yo; o sea, que es mío, en realidad —dice él—. Así que seré yo el que elija adónde vas.

Ella lanza un suspiro.

—Muy bien: nada de bailes, ni de fiestas. ¿Y tengo que estar aquí todo el rato encerrada en casa? ¿No puedo hacer vida social: visitar a mis amigas, salir a hacer recados?

—Tanto como gustes. Quiero que seas feliz. —Le toma las manos y le repasa los dedos con los suyos como hace siempre—. Es solo que me acuerdo de en qué circunstancias nos conocimos tú y yo.

Ella baja la mirada, pero se dibuja una sonrisa en sus labios.

—Yo también me acuerdo —dice ella, y le aprieta los dedos con fuerza—. Y yo, ¿yo no te puedo poner a ti mis condiciones?

Él suelta una risotada.

—Pero qué bromista eres. —Luego recupera la seriedad otra vez, la atrae hacia sí, y susurra—: No me olvides.

—¡Eso nunca!

Media luego el abrazo, las lágrimas que se derraman por ambas partes; y

entonces, él se tiene que marchar, dejando a Angelica sola en su salón, abarrotado de cosas, cogiéndose una y otra vez las manos. Hacía mucho que no se quedaba así: sola, consigo misma; y se le echan encima las horas de soledad que la esperan. Porque, ¿cómo las va a colmar? Ni siquiera se hace a la idea de lo que es el tiempo, si no es para pasarlo con él; o preparándose para su encuentro; o amortiguado por la distancia cuando él se ha ido. Camina ahora un rato, el hábito nervioso de antes, y echa más carbón al fuego; un trozo tras otro, y entonces se pone de cuclillas para ver cómo se llenan de vetas rojas que resplandecen y sueltan calor. Afuera, el cielo está preñado de nubes negras de verdosos tonos; y parece que fuera a apelmazarse contra la calle con cada segundo que pasa: como si alguien le pusiera una tapa al día. Dentro de poco, el frío y la noche caerán sobre ellos; por eso siente un gran alivio cuando la señora Frost regresa de esos misteriosos recados que requiere siempre una casa; con la nariz y las mejillas rojas, y el pelo todo desaliñado debajo de la capa que ha zarandeado el viento.

—Se ha ido —dice Angelica con un deje trágico en la voz, y parece que fuera a desplomarse, como si le diera un desmayo.

—Y bien a tiempo que se ha ido —dice la señora Frost, como corrigiéndola en tono brusco—. ¿Cuándo tendremos noticia?

—¡No lo puedo soportar! ¡Tanto tiempo sin él! ¿Qué voy a hacer? Yo creo que se me va a partir el corazón en dos.

—¿Nos va a avisar de lo que decida hacer con el dinero? —insiste la señora Frost; que se acerca al fuego y abre las manos para calentarse los dedos—. Ay, Dios —suspira, flexionándolos al calor de la lumbre—: no me queda ni una gota de sangre en las manos. ¡Y cómo me duelen!

—¡No tienes corazón, eres una interesada! Va a hacer un viaje muy largo para exponer nuestro caso y defenderlo: para dejarlo todo bien atado y que podamos vivir felices mucho tiempo, y a ti solo se te ocurre largar: «¿Cuándo tendremos noticia? ¿Cuándo tendremos noticia?». Y yo qué sé, Eliza. ¡Si no hace ni quince minutos que ha salido de aquí! ¡Con las ganas que tenías de que se fuera, ya podías dar las gracias!

—Dando las gracias no paga una el alquiler.

—Ya lo sé que no. Ha dejado veinte libras debajo del frutero.

—Muy bien, y ¿para cuánto tenemos con eso? —No obstante, la señora

Frost agarra el dinero y se lo guarda en la pechera—. Sabe Dios si va a volver, y cuándo.

—Un mes, nada más —dice Angelica; pero por dentro, tiembla—. Si somos muy buenas, y no salimos mucho, ni invitamos a nadie, veinte libras nos pueden durar dos meses. ¡Si a María no le pagamos ni la mitad de eso en un año!

—Ya me gustaría a mí verte llevar la vida que lleva María.

—Si lo tengo a él, no necesito nada más. Venga, Eliza, vamos a demostrarle con cuánta fe lo esperamos de vuelta: cómprame alguna revista, y unos libros; si me ayudas, podemos cortar los patrones para un vestido nuevo, y así nos ahorramos tener que pagar a una costurera.

El cielo se raja; la nieve cae y golpea en la ventana. Ni aunque lo hubieran querido, no hay manera de salir de casa esa noche.

—Menudo invierno más espantoso —dice la señora Frost, y corre las cortinas, como si quisiera protegerse de él.

## ONCE

Polly está en la pequeña habitación del ático que comparte con Elinor; y que, en cualquier otra casa, sería el cuarto de la criada. Las camas son pulcras y estrechas; y Polly ha sacado de debajo de la suya la caja en la que guarda lo poco que tiene. No hay ni una moneda, ni una sola piedra preciosa —porque la señora Chappell se enteraría en el acto si la hubiera—, pero sí muchas cosas de un valor incalculable. Dos novelitas y tres lazos de cinta ancha, apretados uno contra otro, atravesados los tres por un mismo alfiler: moneda de curso legal en el universo femenino, en caso de tener que intercambiar algo o sobornar a alguien. Su cajita de alfileres; las tijeras, en su estuche de piel de zapa, las gafas y el lapicero. Tiene también un par de guantes de cabritilla, todo sucios, hechos una bola: cada vez que abre la caja, los aprieta entre las manos con airado gesto, pero no se deshace de ellos. Pensó que eran muy elegantes el día que llegó a esta casa; pero ahora son crudo vestigio de lo tonta que fue: un poderoso imán de aquellos días que no consentirá le sea arrebatado. Tiene también un pequeño breviario, envuelto en un pañuelo de lunares. Aunque lleva tiempo sin abrirlo, atesora dentro el nombre de su madre, firmado con primor en la primera página. Quiso aplicarse y sacar la mejor letra, la pobre, un trazo fluido y florido; pero todo esfuerzo fue en vano, pues la pluma trastabilló en el rabo de la ele; en las volutas de la ce y de la y griega, y dejó ahí sendos borrones de tinta.

Alguien llama a la puerta.

—Estoy ocupada —dice Polly; porque no son ni las seis, y contaba ella con un pequeño intervalo de tiempo antes de que su presencia fuera otra vez requerida escaleras abajo.

Simeon asoma la cabeza por la ranura de la puerta.

—Solo quiero un minuto de vuestro tiempo.

—No tenéis permiso para entrar aquí.

—Solo un minuto.

Entra en la habitación, y ella lo recibe con cara de pocos amigos. Una vez dentro, mira, nervioso, hacia el descansillo; luego cierra la puerta, y ella no puede evitar hacerse un ovillo cuando oye el chasquido de la cerradura.

—¿Qué queréis? —pregunta, y cada fibra de su ser protesta por tener que estar ahí encerrada con él, los dos solos: siente que el pestillo se ha cerrado como una mano que le oprimiera la muñeca.

—Ayer —dice él, que no ha percibido lo incómoda que la hace sentir con su mera presencia—. En el carruaje. Cuando...

—El pis —dice ella, y nada más decirlo, él se pasa la mano por la librea, como si todavía le quedara algo de porquería. Polly se sienta derecha en la cama—. ¿Qué pasó en el carruaje?

—Vi la mirada que teníais. —Lo siguiente lo dice con un susurro—: Si algún día quisierais salir de aquí...

—¿Por qué decís eso? —Tiene todavía la caja en el regazo; y coge con una mano el estuche de piel rugosa que guarda las tijeras—. No tenéis permiso para estar aquí —insiste.

—Conozco a gente —dice él, y saca del bolsillo del chaleco un papelito—. Mirad: una dirección a la que acudir. Si queréis iros de aquí, ellos os ayudarán.

Se lo alcanza, pero ella no se levanta para cogerlo.

—¿Cómo os atrevéis? —dice ella—. Entráis aquí, ¡cuando no tenéis ningún derecho! ¡Y me habláis de esta manera!

Él levanta las manos en señal de paz, con el papelito prendido entre dos dedos.

—Desde que llegué aquí, os habéis arrogado una especie de parentesco conmigo que, francamente, señor, me ofende. Y esta gente, que ayuda a los esclavos, a los fugitivos. ¿Por qué creéis que iban a ayudarme a mí?

—Porque ayudan a los negros pobres, a nuestros hermanos...

¡Esa palabra otra vez!

—Yo no tengo hermanos, ni soy pobre.

Él la mira, ve que no suelta la caja, que la aprieta fuerte contra el pecho.

—Imagino que es ahí donde guardáis el dinero. Venga, ¿no me digáis que no es esa una forma de esclavitud? Os tienen aquí, no cobráis un sueldo, ni tenéis ninguna posibilidad de abandonar la casa...

—Y Nell, y Kitty, y las otras chicas, ¿también diríais que son esclavas? ¿A ellas también las ayudarían en esa dirección?

Él dice que no con la cabeza.

—He puesto todo lo que he podido de mi parte para congraciarme con vos. —Ella no alcanza a comprender cuánto le ha costado a él acercarse así. Simeon sabe que, en cualquier otra parte del mundo, él está en una categoría por debajo de ella, porque desde el primer día que la vio sabe lo que es: hija de una mujer elegida, a la que sacaron de los campos de cultivo para compartir la cama del amo, ponerse ropa bonita que pudiera agradarlo, y darle hijas que serían acogidas con cariño pese a su color de piel; hijas cuyo padre les pondría pendientes de oro en las orejas, y encaje en las muñecas, libros en las manos; mientras se lamenta que por su culpa no puede ascender en la escala social. En Carolina, el mismo Simeon fue un simple esclavo en el servicio de una casa, valorado, mas no acogido con cariño. Lo intenta de nuevo—: Aquí, en Londres, aquí nos va bastante bien.

—¿Nos? —repite ella sin dar crédito a sus oídos, entornando los ojos oscuros; sin darse cuenta de lo mucho que le cuesta a Simeon hablar con tanta franqueza.

—Se vive bien; podemos entablar conversación unos con otros. Tengo amigos que, si los conocierais...

—No tengo ninguna gana de conocerlos —dice ella—. Tenéis todo el derecho del mundo a ser feliz con esta vida: ¿quién soy yo para impedir que os juntéis con gente de vuestra raza y hagáis piña? Pero no le veo ventaja alguna. Yo quiero juntarme con todo el mundo...

—Con los blancos...

—... y que me juzguen solo por méritos propios. Quiero que hablen conmigo y lleguen a conocerme, y me acepten por ser quien soy y por nada ni nadie más.

—Entonces no seréis nada más que una rareza.

—Mejor que ser parte de la masa. La teoría está muy bien, señor: pero un

desgraciado no puede hacer nada por otro desgraciado; porque si pudieran, las chicas como nosotras llevaríamos una vida muy distinta.

—Nos queda la camaradería —replica él—. No es poco entrar en contacto con otros que entienden cómo nos sentimos.

—Pero eso es imposible —dice ella con firmeza—. ¿Qué aspecto de vuestra vida es comparable a alguno de la mía? Si creéis que el color de la piel, o el supuesto ancestro común que hayamos compartido, nos une, entonces sois más tonto de lo que yo creía. —Se inclina una vez más sobre sus escasas pertenencias y, cuando levanta la cabeza, lo mira con las gafas puestas, y una expresión fría en el rostro—. Gracias, Simeon: ya os podéis retirar.

Él la mira a los ojos y se asegura de que lo ve dejar el papel en el lavamanos.

—Os agradezco que me hayáis escuchado —dice él.

Ella sigue sentada como está, sin mover un músculo, en lo que él sale de la habitación. Y cuando lo oye bajar las escaleras, se lleva la mano al corazón y nota que late con fuerza. Por fin, segura del todo de que se ha ido, va hacia la puerta y echa el cerrojo.

*¡Ay, de mí!*

*En cierta ocasión fui un nosotras. Nos movíamos en aguas turbulentas, donde no llega la luz del sol, y oíamos la llamada de nuestras hermanas. Así supimos que estábamos vivas. Lejos, muy lejos estaban, en otra era de la historia, pero nuestras voces nadaban juntas, nuestros cantos se trenzaban los unos en los otros. Cada pensamiento que teníamos era acogido por un coro de pensamientos; hablar era estar de acuerdo, recibir la réplica; oír, tener cumplida respuesta. Por muy lejos que estuviéramos unas de otras, formábamos un banco, igual que los peces, una unidad, un todo; y salían nuestras voces disparadas, abriendo surcos en el agua: ringleras que se entretejían unas a otras hasta alcanzar el oído de los ahogados. Todo lo que bajaba al fondo lo abrazábamos: íbamos como un banco de peces hacia el cuerpo en su descenso, lo rodeábamos; acunábamos en nuestro canto la espalda curva del cadáver que tenía los dedos apuntados hacia la superficie,*

*como para llegar a ella todavía; y entrábamos en tropel por los boquetes operados en los barcos hundidos, y nos aferrábamos con los percebes al más preciado botín.*

*Investigábamos todo lo que bajaba a las profundidades, y nos decíamos entre susurros, unas a otras, a través de los espacios abisales:*

*Esto es un hombre, arrojado en lino...*

*Esto es un gran barco partido en dos...*

*Esto es una cadena que ha caído a la deriva...*

*Estos son los cuerpos de los niños, desollados...*

*Esto es sangre, aquí en el agua.*

*Y todo lo sabíamos, todos los entresijos del agua.*

*Veo que soy un yo. Uno solo. ¿Cómo ha llegado a suceder? Cerrada sobre mí misma estoy. Grito, y mi grito no atraviesa el agua, no sale nadando a toda prisa lejos de mi boca; rebota y vuelve a mí. Atrapado está conmigo; y con él exploro el espacio en el que me encuentro, aunque la verdad es que no es espacio ni nada. Atrapada en una burbuja estoy, en una caja, en un barco, y ya no hay expansión, nada que puedan surcar las voces de mis hermanas para llegar hasta mí. Ya no las oigo llamarme, no les puedo preguntar ya: esto que cae, ¿qué es? Pues no saben ellas dónde me encuentro, y sola estoy.*

*Grito y está la nada informe.*

*Grito y oigo el eco de mi propia voz.*

## DOCE

*Enero de 1786*

A Polly y a Nell las han contratado para celebrar la noche de Reyes en una gran casa de Portland Square, y las chicas llegan poco después del mediodía, volubles y alegres como es de desear. Las han peinado siguiendo instrucciones de la señora Chappell, que supervisa en todo momento la operación; y las divierte horrores el crujido y el frufú del papel de estraza con el que las han envuelto: para proteger contra los azares del viaje los delicados vestidos que llevan. Los jóvenes, que son catorce en total, se asoman para verlas llegar, presa de ese nerviosismo contenido de una jauría de perros de caza. Les dan un bullicioso recibimiento a sus compañeras de juegos, y las admiran, aunque no se atreverían todavía a ponerles la mano encima. Por puro instinto, Elinor entraría de cabeza a la fiesta; y busca la portezuela del carruaje cuando los caballos se detienen, saludando con gritos de júbilo al aire frío. Pero Polly le pone una mano en el brazo, y dice en alto, para que la oiga el cochero:

—No vamos a bajar aquí, que nos vean en plena la calle; queremos primero que nos lleven a nuestros aposentos. —Tiene grabadas en la memoria las instrucciones de la señora Chappell: «No accedáis a todo lo que os pidan que les hagáis; porque no sois ni sus criadas ni sus putas. Negadles para empezar los pequeños favores: así los iréis metiendo en vereda».

—Os rogamos que nos dejéis unos minutos para arreglarnos —les dice a voces Elinor, según pasa el carruaje delante de las mismas narices de los dandis que se asoman solícitos a la ventana—: entonces contaréis con toda

nuestra atención. —Y el coche las lleva raudas hacia la calleja a la que da un lateral del edificio.

Acceden por la puerta de atrás en un *hall* que está vacío, y enseguida comprueban que la casa no tiene nada que envidiarle a la maravilla que es la de la señora Chappell.

—O incluso más bonita —dice Polly—; porque aquí se ve que han cultivado mucho el buen gusto.

Se refiere a las antigüedades de Portland Square, esculpidas en mármol de verdad, y que ostentan miembros de perfectas proporciones. Huele en toda la casa a especia de clavo, y a naranjas; a carne asada, y a la resina de las ramas que adornan las paredes: se oyen los alaridos y las carcajadas de los hombres que llegan de uno de los salones señoriales, a un lado de la puerta principal.

—Date prisa, Nell, que no nos vean así —susurra Polly; y es que el forro de papel que llevan, aparte de lo raro que es, mata todo el encanto.

Suben a toda prisa la gran escalera hasta lo alto de la casa; para agobio de los lacayos que las siguen como pueden, cargados con el baúl de sus enseres. Una vez en la planta de arriba, hallan las habitaciones contiguas que les han preparado.

—A mí me gusta tener mi propio rincón para estar tranquila —dice Polly, según se quita el papel de encima, y ahueca los rizos delante del espejo, mientras salen los lacayos, sudando a mares.

—Pues a mí me gusta todo —dice Elinor, y prueba la dureza del colchón—. ¿Tú crees que habrá mucha tranquilidad?

—Pues no, la verdad. —Y sueltan las dos una risita tonta—. Y, fíjate, tenemos nuestra propia campanita para llamar al servicio.

—Y ¿eso para qué es? ¿De verdad es para nosotras?

—Pues claro, aquí somos invitadas. ¿Quieres que llame para pedir algo? —Ríen las dos con su risita nerviosa—. ¡Ay, es que no me atrevo! ¡Si nos acaban de dejar solas ahora mismo!

—¡Venga!

Polly tira con todas sus ganas y luego se echa hacia atrás de golpe, llevándose una mano a la boca.

—¡Ya está, ya lo he hecho! Y ahora, ¿qué digo, qué digo?

—¡Viene alguien! —exclama Elinor.

—Pues sí que se dan prisa. Habla tú, anda, que yo no me atrevo. —Se oyen ya los pasos del criado en la escalera—. ¡Me voy a esconder! —susurra Polly—. Porque si tengo que mirarlos, me voy a morir de risa. —Entra corriendo en la otra habitación, y cuando llega el lacayo, a Polly solo se le ve un mechón de pelo empolvado que asoma por el marco de la puerta. El criado llega un poco con la lengua fuera después de este segundo ascenso.

—¿Llamabais, señora?

—Lo llamé, sí. —A Elinor le tiembla un poco la voz; porque, ¿cómo va a mantener la compostura?—. Pues es que nos ha dado hambre y sed, después del viaje. ¿Haríais el favor de traernos un poco de vino de Portugal?; pero que sea bueno, porque en cuanto lo pruebe sabré si lo es o no; y también un plato de naranjas; pero bien lleno.

Se oye un chillido que viene de la puerta de Polly; y a Elinor le tiemblan un segundo los músculos de la cara, pero enseguida le da las gracias al criado con una inclinación de la cabeza y su sonrisa más imperturbable.

—Desde luego —dice el criado—. ¿Hay algo más que le gustaría que os subiéramos? Lo digo para que no tenga que llamar otra vez.

—Nueces. Me apetecen unas nueces; y una copia del periódico vespertino.

—¿Algún periódico en concreto?

Ella se queda pensando.

—Todos. —La delata un pequeño temblor: si quiere salir airosa de este lance, tiene que decir lo que sea rápidamente—. Y una jarra de chocolate a la taza, y nada más. Muchas gracias y adiós. —De un portazo, le da con la puerta en las narices, y se apoya luego en ella llorando de risa. Polly sale trastabillando del otro cuarto, con la cara roja; se muerde el puño para no aullar de risa, pero ahora se apoyan la una en la otra y ríen hasta quedar sin aliento—. ¡Nueces! —dice Polly con un hilo de voz—. ¡Nueces y periódicos!

—¡A mí me gustan las nueces! —replica Elinor.

La tarde tiene como un aire festivo: llega la comida —en bandejas de plata relucientes, con gruesas servilletas de lino—, y casi les da vergüenza tocarla, porque saben que es una travesura. Pero se quitan los zapatos y toman asiento con cuidado en la cama de Elinor, con las faldas extendidas y nerviosos golpecitos que se dan en el pelo. Empiezan entonces a cascar

nueces y leerse el periódico en voz alta la una a la otra. Rara vez se ven así, totalmente solas y a su aire, y seestean felices una hora.

—Qué bien nos tratan aquí, Nell —suspira Polly—. A lo mejor no volvemos. —Un comentario al que, de haber sabido Elinor lo que descubrirían más tarde, quizá le habría dado más importancia. Pero como no tiene el don de adivinar el futuro, se limita a soltar un murmullo y darse la vuelta en la cama.

## TRECE

Es noche de Reyes. Rockingham lleva dos semanas fuera, y Angelica se aburre. Sí que es cierto que la señora Frost y ella se han embarcado en la empresa de cortar los patrones para un vestido nuevo; y que han apartado los muebles para dejar espacio en el centro del salón. Por todo el suelo está desparramada la tela de damasquino color marfil, y allí está de rodillas la señora Frost: zas, suena el filo de las tijeras al cortar la luminosa fibra; zas, zas, zas. Afuera, suenan risas en la acera, y huele a brandi caliente y a *plumcakes*. Por la noche les llega el ruido de una fiesta, pero Angelica y su amiga obedecen y no van a ninguna parte. Entonces Angelica se levanta, se aparta el pelo de los ojos y pregunta:

—¿Cuánto nos queda?

—Hasta que esté acabado —murmura la señora Frost.

—¡Me parece que lleve toda la vida cortando este vestido! ¡Y seguimos igual que cuando empezamos!

—Espera a que llegue la labor de costura.

—Eso lo haces tú, porque yo ya he tenido bastante.

—Pero si eras tú la que querías un pasatiempo: pues aquí lo tienes. ¿No te parece que a tu George le encantará ver lo laboriosa que eres?

—Una mujer como es debido no se cose ella la ropa. —Tira al suelo las tijeras—. Ay, ¿qué puedo hacer?

—Lee un libro.

—Ya me los he leído todos.

—Pues coge una revista.

—Me aburre tanto dispartate. ¡Quiero salir, Eliza!

—Espera un rato, y jugamos otra vez a la taba.

—¡Ay! —Le entra una especie de ataque de júbilo que acaba en puro pánico—. No, no, ¡ya no aguanto más! ¿Qué podemos hacer?

—Pues dar un paseo en coche por el parque; eso no te lo prohibió, ¿no?

—Uf, demasiado frío. Y me temo que si quiero ir al teatro tendría que convencer primero a un caballero para que me llevara. ¿Por qué no me ha alquilado un palco para mí sola?

—Porque no quiere que te miren. Podemos ir de visita a alguna parte donde no hayamos estado antes: una casa de fieras, quizá; o a la Academia de Arte, a ver una exposición.

Angelica suelta un gruñido.

—Y ¿para qué? Con todo el lío que tenemos que montar para llegar hasta allí; y total, luego para volver aquí. Todo palidece si no está aquí Georgie. —Va a la ventana como alma en pena y corre las cortinas con un movimiento seco y decidido: para ver la calle en calma—. Toda la ciudad a mis pies, y lo único que puedo hacer es jugar a la taba.

Llega de abajo una voz atenuada que llama: «Marinero a la vista».

—¿Quién es? —Angelica escruta la calle, de arriba abajo, y ve venir trotando al señor Jonah Hancock: vestido con una capa de color verde oscuro; quien va dejando nubecitas heladas cada vez que respira—. ¡El hombre de la sirena! Vaya, ¡pues sí que ha pasado tiempo desde la última vez que estuvo aquí abajo! —Abate el bastidor de la ventana y saca medio cuerpo fuera—: ¡Hola! ¿Qué hacéis vos en la calle con este frío?

Dentro, la señora Frost la previene:

—Angelica, ni se te ocurra. ¿En qué estás pensando?

—Tenía algún negocio que resolver —dice el señor Hancock—. Y ahora, ya de vuelta, pasaba por aquí y pensé venir a ver qué tal os iba.

—¿Negocio? ¿Qué clase de negocio? ¡Si nadie ha dado un palo al agua en estas últimas semanas! —Se asoma más afuera todavía, feliz de ver una cara amiga—. ¿Y mi sirena, dónde está?

—¡Angelica! —dice en tono cortante la señora Frost.

Angelica mira por encima del hombro: todo lo que encierran esas cuatro paredes le parece muy deprimente. Sabe que tiene que aguijar el deseo que él siente por ella, porque muy posiblemente, estando tan entregado, podrá

llevarlo todo a su terreno.

—Y ¿qué vais a hacer ahora? —pregunta ella.

El señor Hancock gesticula con tanta vehemencia que le falta poco para darse un abrazo a sí mismo.

—Nada, no tengo nada que hacer. Estoy lo que se dice libre.

—No me puedo creer lo que estoy viendo —dice en tono severo la señora Frost—. Tú no sabes dónde te metes.

—Pero sí que sé que me moriré de aburrimiento si sigo así —responde Angelica, forzando la voz. Entonces, saca otra vez medio cuerpo por la ventana y se la oye decir—: No puedo recibir a nadie en este momento; pero si volvéis en veinte minutos, me hallaréis mejor dispuesta. Dispuesta solo a hablar, ¿me comprende? Subid a entretenerme y marchaos cuando yo os lo diga.

Cierra entonces la ventana, y lo ve alejarse dando saltitos, todo orgulloso, como un cuervo se pasea por un canalón. Ha pasado unas cuantas veces por delante de la casa desde la última vez que se vieron; pero nunca había luz en la ventana, o solo asomaba la cara adusta de la señora Frost, a la que no se atrevió —después de aquello— a importunar con el requerimiento de más favores. De la señora Neal sabe en realidad tan poco que ignora que tiene quien la mantenga: aunque toda la ciudad habla de ello, él, que desconoce que son los dos tratantes en un comercio muy parecido, va por las tabernas y los cafés atento a ver si escucha hablar de este barco o de aquella póliza, mas nunca del nombre de Angelica Neal. No se le pasa por la cabeza que, de haber querido tener noticias de ella, le habría bastado con preguntar: y, al cabo, le habría llegado información de al menos media docena de fuentes. Pero él no: él cree que Angelica Neal es un secreto que solo él guarda.

Cualquier hombre astuto tendría alguna pregunta que formular; y eso que él lo es ahora más que cuando se conocieron. Porque tiene tanto dinero como el que más y, por consiguiente, derecho a pretender sus servicios. Además, aquella visión de medio pecho desnudo en el pedestal del alféizar le sigue turbando el sentido; aquello, y cómo apretó con sus dedos los suyos; y lo poco que faltó, en el santuario de la sirena, para que él la...

Por eso, cuando vuelve, después de dar una vuelta por la plaza del Soho unos quince minutos, y lo conduce su amiga sin mediar palabra a la

mismísima puerta de la señora Neal, el señor Hancock espera instrucciones en el vano de la puerta.

—¿Estáis lista para recibirme? —pregunta.

—Lo estoy —responde Angelica desde el salón. Lleva el vestido blanco; y le brilla el pelo, con más almidón encima del que él ha visto nunca, con un moldeado perfecto en el flequillo—. Venid, sentaos conmigo —dice ella.

Se acerca, dubitativo aún. Y le parece que esa sala, en la que nunca ha estado antes, es de lo más peculiar: hace calor, es espaciosa, tiene grandes ventanales; pero se muestra abarrotada de todo tipo de lujosos objetos.

—Qué bien instalada que estáis aquí —dice él.

No se le pasan por alto los marfileños hilos desperdigados aquí y allá por la alfombra turca. Mas, lo que no se imagina es que, solo diez minutos antes, se hallaba allí tendido el boceto de un vestido; ni que las distintas partes que lo componían se encuentran ahora amontonadas sin orden ni concierto en el pasillo que lleva al dormitorio de Angelica.

—A mí me gusta. —Ella lo mira expectante. Él se sienta enfrente, con una mano encima de otra—. Y muy buenos días tengáis vos —dice ella. Y en la calma densa del salón, su voz suena suave y bonita.

Tiene una mesita redonda a la altura del codo, con el servicio del té preparado, y se inclina para verter el agua caliente en la tetera: le rozan las pestañas la mejilla de forma cautivadora.

—¿Cómo es que me habéis invitado a subir? —pregunta él.

—Porque no tenía con quién hablar —dice ella, y alza los ojos para dedicarle una sonrisa—. Aparte de que quería conoceros mejor. Porque nos vimos tan poco; y es que no me ha dado la vida para más desde que volví a Londres. —Sirve una taza y se la ofrece a él, que tiene que levantarse para alcanzarla, de lo lejos que están sentados uno del otro—. Imagino que no habréis parado esta Navidad.

—No —dice él. En Navidades es cuando más se siente como un perro descarriado: y cada año le parece que el suplicio dura más. Hay un reguero interminable de niños a los que coger en brazos y alabar; los enamorados se abrazan debajo del muérdago—. Llevé a mi sobrina a casa de su madre, y eso la agradó mucho a ella y me agradó muy poco a mí.

Angelica no pasa la Navidad con ningún pariente desde que tenía catorce

años; en la edad adulta, ha acudido siempre allí donde la llamaban y era admirada: hasta sentirse ella misma parte de la fiesta, como el bizcocho de jengibre o el desenfreno de las canciones. Es por eso que sigue viviendo la celebración de la Navidad, en muchos aspectos, igual que si fuera una niña: un chorrito de leche de almendras; jugar al frío-frío; comer *plumcake*, pochársela a la gallinita ciega, y pelar las castañas que salen con la cáscara ardiendo de entre las brasas. Y reír, reír sin fin y no sentir pena por nada: quiere ser ella la que prenda todas las velas, la última en abandonar el baile, sin escatimar en gastos ni dar cabida al resentimiento. Así que no dice nada.

—¡Ah! —Olvidaba el señor Hancock el regalo; saca una caja de tartaletas, un poco reseca, y se la da—. Son para vos.

Ella suelta una risita, pero a él no le parece que sea de burla; más bien, de agradecimiento.

—¡Muchísimas gracias! Me gustan mucho a mí las golosinas. Mirad, ¿me acercáis un plato? —Le señala el aparador, y él se levanta con sumo cuidado a por uno.

Toda la vajilla que tiene es preciosa hasta decir basta: de New Hall, con rosas estampadas; que no es china, pero es la que más se le parece. Solo que no está muy limpia del todo: hay vetas en la loza, allí donde el agua del fregadero ha dejado marcas.

—Ah, por cierto: venía también a deciros que he encargado una sirena para vos —dice, como quitándole toda importancia, o eso le parece a él; mientras le alcanza el plato, y ella pasa allí las tartaletas una a una, tomándolas con sumo cuidado, con el índice y el pulgar.

Aunque desde que Tysoe Jones salió de Londres, no ha dejado de pensar que hay pocas posibilidades; que es un plan descabellado, que nunca volverá a tener criatura semejante entre sus manos. Solo que ahora, sentado tan cerca de su dama, rodeado de tanto lujo, se siente con ánimo de hacer alardes: y queda encantado cuando ella ríe con ganas.

—Deseando estoy que me la entreguéis —dice ella, y mira hacia el aparador—. Ahí es donde pienso ponerla: la montaré de tal manera que se la pueda bajar, y la pasen de mano en mano con el fin de que aprecien tan extraordinaria criatura. —Lo deja ahí un instante, y clava los ojos en él: con esa mirada vaporosa suya—. Y estaremos en deuda vos y yo, me parece a mí.

Él abre la boca para decir algo, pero ella se echa hacia atrás, como respondiendo a un avance de él que no ha existido, y se pone en pie de un salto.

—Entonces a lo mejor puedo empezar mi colección —sigue diciendo, y camina de un lado a otro delante de la lumbre; de tal manera que se oye el suspiro del vestido en puro roce. ¿Es que se está riendo de él? Le brillan los ojos a Angelica—. A ver, ¿qué otras rarezas me podéis traer?

—Cada cosa a su tiempo —dice él.

—No, no —dice ella; y él ve cómo le tiembla el busto, de una delicadeza semejante a la crema pastelera—. ¡Todo de golpe! A mí me gusta así. Las flechas de los elfos, forradas de plata para que no se claven; y un elefante por montura; y una mantícora, y una centícora y un grifo.

—Ah, no —dice él—: esas criaturas no se hallan en los caladeros a los que mando a mis barcos.

—Pues, abrid más el campo de captura, señor. —Ladea la cabeza como un pajarillo de vivo plumaje.

—No, no. —Ha sido empezar a jactarse, y no puede evitar que se le llena la boca de su vida y milagros—: Pienso dejar el negocio en unos años; las inversiones que he hecho me rinden lo suficiente, y puedo permitirme estar ocioso hasta el final de mis días.

—Me alegro mucho por vos.

—De hecho, me da para tanto que he donado una cantidad a una escuela de niños pobres, y pienso construir casas de beneficencia. —Hasta ese momento, sus obras de caridad han sido cuantiosas, como todo miembro comprometido de cualquier parroquia: el hecho de que haya fracasado a la hora de traer progenie al mundo no ha tenido ningún efecto en sus donativos para el mantenimiento de las iglesias de Deptford, las viudas, las monedas que da a los niños pobres el día de San Valentín, las bolsas bien repletas de dinero que tiene siempre dispuestas para el carpintero ambulante al que le han robado las herramientas, o para los recién casados que han perdido la casa en un incendio.

—¡Vaya! —dice Angelica, mostrando cierto interés—. O sea que no se lo queda todo usted.

—Pues claro que no. —No se le ocurre qué cosa pueda ser la riqueza si

no viene acompañada de estos gestos, que, más que tasar el incremento de sus finanzas, son justo emblema de ello. Ya en sus primeros recuerdos, todo lo que tenía, por poco que fuera, quería compartirlo con el prójimo: pues el dinero está para propagarse—. No tengo mujer ni hijos. ¿Qué haría yo con todo ello?

Ella alza los hombros.

—Algo ha de haber que os haga falta.

—No, no, yo estoy colmado así. —Sostiene la taza de té en la palma de la mano y le da un pequeño meneo—. Aunque no hay en casa ninguna pieza tan delicada como esta que tengo en la mano.

Ella apura la suya.

—Pues ahí empieza la verdadera diversión —dice su interlocutora, y se pasa la lengua por los labios húmedos—: con la adquisición de objetos de calidad.

Él mira todo lo que lo rodea: hay tantas cosas entre aquellas cuatro paredes que escapan hasta al inventario; la abundancia de texturas y colores es como un clamor: de buen gusto y de pésimo gusto; de innúmeras partes que, juntas, se combinan para ofrecer un efecto ligeramente agobiante para los sentidos, pero muy atrayente para su alma de mercader. «Salta a la vista la afluencia, eso para empezar». Una dama que tenga asegurados sus ingresos, a lo mejor adquiere un servicio de té para cada época del año. Pero comprarse tres de golpe, eso es dejar que a la economía la pueda la angustia; la cual busca imaginar y anticipar toda pérdida posible, toda pieza que se rompe, todo cambio en la moda que los años puedan acarrear.

—Por lo que veo, vos tampoco sois de las que deja el dinero quieto —dice él.

—No hay dinero mejor invertido que este. Quién sabe lo que pasará mañana: una puede arruinarse; y entonces, jamás habrá disfrutado de tantos esplendores como estaban a su alcance.

—Hay otra vida que aguarda en el más allá —dice, lo que en sí mismo ya es un asomo de creencia, pues es una realidad que más cierta parece cuando menos se la mienta.

—Pues los que mandan en esas cosas me dicen que, lo que es a mí, no se me espera. —Esto lo deja descolocado.

—El arrepentimiento —se aventura a decir— es siempre una posibilidad.

—Lo es, pero entonces, ¿de qué iba a vivir yo? Además, una mujer que se gana la vida por su cuenta siempre ha de quedar en renuncio: mi madre buscó a toda costa un trabajo digno, pero acabó cayendo en desgracia.

—¿Por qué se vio vuestra madre obligada a trabajar?

La arruga que se le forma en la frente a Angelica es deliciosa, como si dudara entre contárselo o no.

—Mi padre —dice, y respira hondo después; de tal manera que esas dos palabras ocupan por un momento la estancia: allí, sentadas entre ellos, hasta que Angelica sigue diciendo—, que se fue a buscar fortuna a las colonias.

—Y os dejó sin medios.

—Estuvo allí más tiempo del que pensaba. Es el mar, ¿sabéis? —Y él asiente, pues la comprende, y eso es lo que ella quiere de él—. Y nos vimos obligadas a buscar trabajo de finura: coser y demás; y cuando eso no bastó, mi madre quiso trabajar de maestra en la escuela. Pero a la gente del pueblo, eso no le gustó. «¿Cómo puede ir por ahí con el nombre de su marido por montera?», le preguntaban. «¿Cómo puede pregonar a los cuatro vientos que las ha dejado desvalidas? ¿Dónde está su sentido de la lealtad hacia él?».

El señor Hancock la ve ahora con renovado interés. De repente, le parece que ella tiene bastante en común con sus propias hermanas y sobrinas; pensaba que se trataba de una mujer diferente; a la que había que aplicar una vara de medir bien distinta, pero puede que no sea así.

—Se portó mal vuestro padre —dice.

—Bueno, es que era un aventurero —explica, con un poso de orgullo, Angelica—. Tenía otras inquietudes que, a nosotras, se nos escapaban.

—Aun así; cuando un hombre es bueno, no se olvida de los que de él dependen. —Ahora le parece muy frágil, con su vestido blanco, el poco maquillaje que lleva; y el pelo, que le cae de los lazos con los que está sujeto, en una cascada de rizos naturales de color dorado. Y qué aspecto de mujer normal y corriente que tiene: la piel, como la de cualquier mujer; y así las pestañas y cada movimiento: se la imagina perfectamente en una calle como la suya, entre otras mujeres de su entorno—. ¿Dónde estaban vuestros tíos, vuestros abuelos? La situación en la que quedó vuestra madre... Ellos tenían que haberse ocupado de eso.

Ella dice que no con la cabeza:

—No teníamos a nadie. —Luego añade, como si sopesara las palabras; o como si la sorprendiera oír las de su propia boca, tan urgentes y afiladas le parecen—: Y una mujer pobre y sin protección es casi lo mismo que una puta, aunque no haya caído al barro todavía. Con que cualquier pequeño detalle vaya mal, esa puerta siempre está abierta. Todo el mundo sabe que ese momento llegará: no importa lo honrada que seas, porque el sambenito ya lo tienes encima. Y al final, lo que una siente es que no le queda otra.

Cuanto más habla, más le parece a él que la comprende.

—¿Volvió vuestro padre de América?

Ella aprieta los labios y mira por la ventana, y la luz fría le da a sus ojos matices del gris más pálido.

—¿Hasta cuándo tenía que haberme quedado allí para poder saberlo? Me vine a Londres, a buscar yo mi propia fortuna.

Él da gracias al Cielo de que tiene a todas las hermanas casadas, y a sus sobrinas protegidas bajo el manto de la propiedad inmobiliaria y las relaciones familiares. Porque Sukie, ella sola por el mundo, ¿cómo se...? La niña tiene dos dedos de frente, se convence a sí mismo; es mañosa y cuenta con una educación esmerada..., pero es que ha oído que hay chicas a las que engatusan con cualquier pretexto: luego las drogan y las violan.

—¡No os aflijáis! —dice ella—. Es todo cuestión de economía: ¿qué es mejor, estando una completamente sola: ser pobre y sentir vergüenza de una misma, o rica, y no sentirse así en absoluto?

Puede que vaya con su atolondrado carácter el sentir una especie de empatía por ella. Aunque la gente como él lo que más admira en una mujer es el pragmatismo, y por eso asiente con aprobación:

—Me atrevería a decir que habéis actuado con bastante prudencia. Y la castidad no es la única de las virtudes femeninas —añade, sintiéndose generoso.

—Pero sí que es la virtud más importante que una mujer posee.

—Bien poco tienen las mujeres que les pertenezca, eso para empezar —dice él, y al decirlo se para a pensar si verdaderamente lo cree o no—. Y hay mujeres muy buenas que se ven obligadas a hacer cosas que no desearían; yo creo que la redención es posible.

—Cuando yo me case —dice Angelica, y le tiembla el labio con una enigmática emoción—, quizá sí sea posible. Es mucho más fácil arrepentirse cuando se tienen medios de sobra para la subsistencia. Por el momento —añade, y señala con las manos toda la cornucopia que invade el salón—, disfruto con este glamur tan terrenal. Aunque, señor, se nos ha acabado ya la hora del té.

Él se cala el sombrero sin rechistar. Luego duda; saca un billete como prueba de sus buenos modales y pregunta:

—¿Dónde os dejo esto?

—De vuelta a su bolsillo, señor.

—Pero...

—Yo nada os he pedido —dice ella con ternura en la voz.

—No. —Y, de hecho, él no esperaba llevar a cabo transacción alguna. Es solo que si aspira a la condición de esos caballeros que tienen a su alcance visitar a una cortesana célebre y departir con ella, tiene que corresponder con la facultad que se les supone: que puede pagarlo—. Un regalo —dice.

—No, no. —Siguen un poco más así, separados, sin decirse nada. Ella baja los ojos, y un poco también las comisuras de los labios—. No todos los encuentros que tengo son abonables.

—Permitidme —dice él, y le toma la mano—. Mis intenciones son de la más afectuosa amistad.

Ella suspira.

—Hasta los amigos más afectuosos tienen sus limitaciones. —Pero conforme le estrecha la mano, se ve que muda el viso por uno más alegre—. Podéis volver a visitarme —dice—. Eso me agradaría.

## CATORCE

En la casa de Portland Square hay una fuente enorme de vino caliente especiado en la que flotan manzanas asadas; y hay música de violín, y una gaita. Además de ellas, están invitadas otras tres chicas que ha suministrado la casa de la señora Rawson: entre ellas, la señorita Clark, que no llega al metro y medio, famosa por el tamaño minúsculo de sus pies; más una joven malaya tocada con un turbante de seda.

—¡Ay, qué bien lo vamos a pasar! —dice Elinor; que le toma a Polly de la mano y tira de ella hasta el centro del salón, donde los hombres prorrumpen en grandes vítores—. ¡A bailar, a bailar! —exclama Elinor; y a bailar que empiezan, hasta que el aire se caldea como un horno, y Polly tiene que apoyarse en el banco encajado en el amplio ventanal, entre jadeos y grandes risas.

Viene a sentarse con ella un joven caballero que le pregunta:

—¿Estáis cansada?

—Es que hace mucho calor, nada más —dice ella, y es cierto que tiene la frente salpicada de perlas de sudor. Saca el pañuelo y se las enjuga a toquecitos; y cuando levanta la vista, se da cuenta de que el joven la mira con especial interés—. ¿Qué pasa? —pregunta en tono cortante. Pero él dice que nada con la cabeza y baja los ojos rápidamente para mirarse los zapatos. Vuelve a secarse el sudor con la misma delicadeza, y él la observa y se fija de pronto en el contraste del pañuelo con su piel.

Se lleva entonces una mano a la cara y luego le muestra a él los dedos.

—Es mi piel —dice con el mismo tono abrupto de antes—. Y no se quita con un pañuelo.

Se pone todo rojo y sigue sin mirarla a los ojos.

—Lo que pasa es que no suele verse por la ciudad a damas con ese color de piel.

—Será porque no vais donde sí las hay —replica ella.

—Menos mal que hemos podido contrataros para esta fiesta —dice, y le toma la mano—: porque ninguno de nosotros lo ha hecho antes con una negra.

De repente, la boca de Polly es como la de una botella a punto de descorcharse. Tiene que guardar la compostura, así que busca con la mirada a Elinor, que le devuelve un gracioso saludo con la cabeza.

—Y ¿por qué encargaron a la señorita Bewlay?

—¿Esa con piel de alazán? —Se acerca para hacerle una confidencia—. Es que tenemos entendido que tienen un apetito voraz.

Ella se ríe a carcajadas, pero sigue sintiendo una presión muy fuerte en las sienes.

—Somos rarezas, ¿verdad? Algo exótico que añadir a vuestras colecciones.

Y él sonrío aliviado, pues no percibe la ira que le bulle a ella por dentro.

—Sí —dice—; claro que sí, se trata precisamente de eso. Sois vos una mujer fuera de lo común, como no hay otra igual por aquí: y queremos probar todas las clases de mujeres que hay en el mundo.

—Eso será muy instructivo —dice, y se levanta.

Elinor, que se debate en broma entre los brazos del joven señor Hammond, el anfitrión, ve que sale y le pregunta:

—¿Vas a tomar un poco el aire? Espera, que salgo contigo.

—Salgamos todos —dice el señor Hammond—. Aquí dentro hace un calor de mil demonios.

Y a la terraza que van. Polly busca con la mirada el brillo en la cabellera de Elinor como referencia, pero su amiga está reclinada contra la barandilla, en plena conversación con un joven dandi, y no alza la mirada. Polly sigue entre todos ellos, y cree que le vendrá bien un paseíto para no perder los nervios; por eso se fija en el jardín, en los senderos señalados con luces parpadeantes. En el centro, hay un pequeño cenador culminado por una veleta en el tejado: tiene una preciosa celosía en un lateral, por la que serpentean las

hojas oscuras de la enredadera. ¿Podrá sentarse allí un rato para estar tranquila? ¿Estará demasiado aislado? No quiere que a ninguno de los caballeros se le pase por la cabeza la idea de seguirla hasta allí.

—¿Qué es, un pabellón para el verano? —pregunta, y los hombres ríen a carcajadas.

—¡Es el reservado! —dicen—. ¿A que está muy bien disimulado? Seguro que nunca habríais pensado que era eso.

—Qué ingenioso —dice ella.

Vuelve a ponerse a su lado el joven de antes; que le toma ahora la muñeca, un gesto demasiado atrevido para ella. Le acaricia los dedos con vehemencia y dice:

—Señora, ¿puedo pedirlos un inmenso favor?

—Me parece que, podáis o no, me lo vais a pedir —dice ella.

—Es sobre lo que dije antes: porque tenemos entre todos una porfía por ver quién es el primero que va a estar con vos. —Mira hacia donde está el señor Hammond, que regala los oídos de Elinor con alguna anécdota muy celebrada por ella—. Y la verdad es que yo fui el primero que hablé con vos...

—Señor —dice Polly, con una sonrisa—, no hay un primero ni un último, aquí nadie da la vez: porque yo no soy un juguete que va de mano en mano. Soy un objeto de gran valor y rareza que muy pocos hombres tienen la inhabitual fortuna de poseer algún día. Si me queréis, tendréis que hacerlos merecedor de mí. Y ahora, disculpadme, os lo ruego —añade, y señala con la mano el pequeño reservado de rústico diseño—: tengo que excusarme en su pabellón de verano.

Echa a andar —y esta parte del recorrido no la pasan por alto varios de los presentes— por el sendero de ladrillo en espiga que bordean setos de boj, de una altura hasta los tobillos, y da la vuelta a la caseta hasta encontrar la puerta. Dentro está oscuro, apenas si hay un cabo de vela que sigue encendido, y entra la corriente por debajo de las tres paredes que no llegan hasta el suelo. No huele a nada: solo a aserrín recién esparcido y lavanda seca. Polly, que no echaría mano del servicio ni aunque le urgiera, pues ha de pensar en los faldones del vestido, apoyada un momento en el borde del banco, se ahueca el pelo, temerosa de que se le haya deslucido un poco el

peinado. «Dios santo, lo que tiene una que aguantar». Piensa que luego se lo dirá a Elinor: «un apetito voraz», lo contará imitando la voz del joven, y seguro que se ríen las dos, aunque a ella no le hace ni pizca de gracia.

Cierra los ojos. Se quedaría allí sentada toda la noche. Fuera, sigue el ruido de la fiesta —los hombres ríen a mandíbula batiente de algo que ha contado alguien—, y le llega el chillido agudo y alegre de Elinor. «¿De veras tengo que volver?», piensa. «Ay, sí, no me queda más remedio».

Sale sigilosamente, con la esperanza de ver qué está haciendo la concurrencia, prepararse para unirse a ellos en su jolgorio, pero según vuelve la vista a la derecha, hay algo que le llama la atención: es una puerta practicada en la pared alta de la casa; una puerta de madera, sin más, pequeña, por la que apenas si cabe el jardinero, y está abierta de par en par.

¿Qué habrá ahí dentro? Difícil saberlo.

Mira otra vez al grupo, pero siguen jugando y dando gritos, sin parar mientes en ella. Elinor le ha quitado algo a uno de ellos, pero cuando él se abalanza para recobrar su posesión, la joven lo esquiva y sale corriendo hacia la casa con el botín en alto.

—¡A por ella! —gritan todos—. A coger a esa fresca.

Y se pelean por entrar por la angosta puerta, detrás de la fugitiva. Nadie echa la vista atrás, al jardín sumido en sombras. Polly se mira el vestido blanco, y piensa que llamará mucho la atención en la oscuridad y podría alertarlos..., pero ya sabe qué hacer.

Se remanga los faldones con ambas manos y va a toda prisa por el camino hacia la puertecilla, a paso decidido. En apenas diez zancadas, ya la ha franqueado, y accede a una calleja con altos muros a ambos lados. Su instinto le dice que tire hacia la derecha, y toma así en dirección opuesta a la casa de la que escapa: va a paso vivo, con la cabeza bien alta, pero no echa a correr. El sendero de ladrillo se torna camino de gravilla, y le da ese olor mineral en la nariz, con una acerada nitidez: huele a piedra mojada y al musgo que crece entre las piedrecillas. Las altas paredes que forman la calleja le impiden ver lo que hay detrás; pero la luna brilla en lo más alto, y el gajo de luz que le queda justo encima derrama sobre ella una claridad que no había visto nunca antes. Llega a los boxes de las caballerizas y pasa por delante, todo lo largo que es ese trecho, sin miedo de ningún tipo, aunque se halla muy expuesta: va

sobre un lecho de paja, y siente los gemidos que dan los caballos en sueños, los pedos que se tiran; le llega el olor de sus respiraciones cuando resoplan, con tanta nitidez, que es como si pudiera ponerles las manos en los flancos. Como notar la seda del pelaje si lo pasa hacia un lado; y el contrapelo áspero, hacia el otro. Ella sigue caminando, y se sube el chal para cubrirse la cabeza, procurando que el calor le llegue lo más abajo posible del cuerpo. Hace un frío horrible, ese que cala hasta los huesos, y ya la escarcha ha empezado a cubrir, como una gasa resplandeciente, el suelo y las paredes. El aire corta como un cuchillo. «Pero no importa».

Llega a una plaza amplia con suelo de baldosas, y ahora sí que tiene miedo, pero se dice a sí misma: «No voy a pensar en eso ahora; luego lo pienso si no hay más remedio», y toma aliento y se dispone a atravesarla. Suenan sus pasos. Detrás de las barandillas, asume cada casa que da a la plaza su porción de sombra. Los criados echan ya las contraventanas; y, detrás de cada puerta, suena el ruido del cerrojo; aunque en algunas casas se oye ruido de festejo, como en la que ella estaba invitada. En esos hogares, parpadean las ventanas con luces de Navidad, y se oyen risotadas y canciones dentro. Si la sorprendieran así, en una noche de fiesta como esta, ¿se darían cuenta nada más verla de que algo raro estaba pasando? Una chica sola —una chica negra, además—, que se escurre a toda prisa entre las sombras. Porque no lleva vestido de criada. ¿Qué dirá si le preguntan? No se le ocurre nada: así que niega con la cabeza, sigue adelante sin ningún miramiento, con gran determinación. Y así va, sin ser notada, una plaza detrás de otra, todas en sucesión. Un sereno se da la vuelta cuando oye sus pasos, pero ella se escabulle rápidamente y sigue camino: y en los rayos del farol, la escarcha estalla en una profusión de estrellas.

## QUINCE

Dado que, a la mañana siguiente, las calles no están nevadas, ni hay tanto hielo como para hacerlas intransitables, Angelica se decide a dar una vuelta en su coche. Llega lleno de alfombras; han calentado los asientos, y hay una bolsa de plumas para los pies. Va sin más demora a casa de Bel Fortescue (condesa, si se hace honor a su estatus legal, aunque son pocos los que utilizan ese tratamiento). Como ha hecho el camino en un carruaje tan lujoso, le es posible, en cierta medida, cerrar los ojos a los altos muros de la casa de su amiga, el amplio patio interior, la fachada de columnas y el pórtico en el que la espera Bel. Es fácil hacer caso omiso a los muchos laureles, con sus copas bien recortadas; y a los criados, ataviados con librea, que Bel tiene a su servicio: pues está convencida de que, cuando Rockingham tenga acceso a su fortuna, también le estarán reservados a ella semejantes lujos. Es decir, que conversa con Bel sobre cosas íntimas de igual a igual.

—Hablar de dinero es tan aburrido, ¿no te parece? La cantidad de viajes que George tiene que hacer tan solo para que le den lo que es suyo. En fin, que casi merece la pena pasarse sin ello.

La condesa Bel alza una ceja.

—Espero, por tu bien, que se lo entreguen pronto.

—Lo querría igual, aunque no tuviera ingresos —dice Angelica categóricamente—. Es que tú no sabes lo que es: ni te lo imaginas. De hecho, eso es lo malo, que nadie se hace una idea. Estamos viviendo algo muy especial, y que no es frecuente que se dé. Somos almas gemelas: como Beatriz y Dante; Romeo y Julieta, Tristán e Isolda... —No tiene muchas lecturas acumuladas; ahí es donde falla—. No podría estar con ningún otro,

sea cual sea la situación a que nos aboque el destino.

—Y ¿él? ¿Él sí que tiene otras?

—Pues claro que no.

—Ya, pero tienes que estar segura: mira que no está atado a ti de ninguna manera. Y los hombres viven esto de manera diferente.

—Él no —dice Angelica toda decidida—. Te perdono tanta incredulidad, porque hay muy poca gente que pueda entender lo que nos une a George y a mí.

En Berkeley Square, Angelica realza con los dedos la muselina blanca que le cae por las solapas del redingote; y, aunque hace frío, lo deja abierto por delante. Lleva atado al cuello el dardo de diamantes que le regaló Rockingham, y se asegura de que lo vean. Bel la toma del brazo mientras pasean, e insiste:

—¿Ha fijado ya la cantidad que va a asignarte?

—¡Eso me pregunta todo el mundo! Y es ese precisamente el motivo de que haya tenido que ausentarse. Qué pena que tuviera que irse ahora que la ciudad está tan animada. Seguro que tú misma te acuerdas, Bel, de lo incómodo que es que a una la busquen a todas horas; porque, claro, en cuanto me quedo sin protección un instante, caen todos sobre mí; y, como pudieran, querrían estar conmigo.

—¿Ah sí? —Bel se caracteriza por tener una paciencia infinita. Sea lo que sea lo que le pase por la cabeza, no muestra sus cartas, y Angelica sigue diciendo:

—Hay un caballero: el hombre de la sirena, ¿te acuerdas de él? Ya me ha visitado en una ocasión, e insiste en que volverá esta tarde.

Su amiga arruga el entrecejo.

—¿No lo dejarás tocarte, espero?

—¡Ni hablar! Y él tampoco lo intenta.

Han pasado unos días, pero sigue de lo más perpleja al recordar cómo acabó su entrevista con el señor Hancock. El dinero que él le ofreció la habría ayudado a mejorar la situación económica; aun así, lo rechazó sin darle más vueltas. Y, de haberlo hecho por lealtad hacia Rockingham, estaría ahora felicitándose a sí misma por lo virtuosa que era: pero, como los motivos para decir que no lo aceptaba tenían más que ver con ella misma, y con el propio

señor Hancock, ahora se siente un poco culpable. Porque se ha rebajado a entablar conversación con un hombre de condición social inferior a su amante, y que la entiende en honduras íntimas que Rockingham no alcanza a comprender. Además, delante de él, se ve a sí misma recordando episodios concretos de su vida que mejor sería olvidar. Ojalá hubiera nacido ya formada a base de la más pura espuma de mar. Le disgusta que haya tenido que hollar caminos tan desagradables y traicioneros hasta llegar a ser Angelica Neal.

—Él sabe de la existencia de Georgie —dice como para tranquilizar a su amiga, y la lleva en dirección al escaparate de la confitería.

—A ver si se conforma con una amistad —insiste Bel—. Porque no me pareció el tipo de hombre que conoce esos límites.

A Angelica le borbotea la risa en la garganta.

—En cuanto se le pone cara de eso —dice—, me acerco así y le digo: «Quiero una sirena». Le rozo la mejilla con el aliento y le digo: «¿Dónde está mi sirena, señor Hancock?». ¿Qué te parece que el pobre imbécil ha mandado un barco a buscar una para mí? —En realidad él no se ha propasado nunca hasta la fecha; pero le viene bien a Angelica tener una respuesta preparada ante cualquier eventualidad. Como su amiga no dice nada, cacarea a toda prisa—: Venga, Bel, ¿a ver qué esposa en el mundo no se ha visto obligada a cosas mucho peores, al menos una vez en la vida? Y, fíjate que lo hago solo por fidelidad a George; que si lo que me preocupara fuera la seguridad, lo dejaría en el acto. —Lleva a su amiga del brazo, y entran las dos en la tienda, y allí remacha sus argumentos—: En todo lo demás, somos tan fieles como una pareja de tortolitos. —Le ha echado el ojo a una torre de galletitas de fruta que hay en el mostrador, y a la que la llevan sus pasos sin más demora. Y a la dependienta de mandil almidonado que hay al otro lado, le dice—: Cuarto de kilo de estas, haced el favor. Y apuntadlo en la cuenta del señor Rockingham.

La mujer, que había empezado a poner las galletas sobre una hoja doblada de papel de gasa, se detiene al oír el nombre y dice:

—Ah, no, señora. Aquí ese hombre no tiene crédito.

—¿Cómo decís?

—Que no tiene crédito. Si queréis hacer esta compra, tendréis que

abonarla en efectivo.

Angelica se pone derecha, todo lo alta que es.

—Supongo —dice con tono ácido— que no sabéis quién soy yo.

La mujer la mira con sus ojos pálidos, fríos.

—Sí, sí. Sé de sobra quién sois vos, señora. Es solo que la persona que os mantiene no goza aquí de buena reputación. Todavía estamos esperando a que pague una cuenta que tiene bien larga.

—¡Por caridad, pero si son solo unas galletitas! —suelta Angelica—. ¡Ay que ver qué míseros son los comerciantes! Es una vergüenza, ¿no te parece, Bel? —La gente que está en la tienda, casi todas damas respetables, al principio mira con discreción hacia donde las dos mujeres discuten; pero, conforme sube el tono, ya no se privan de mirar abiertamente.

—Galletas —dice la dependienta con tono severo— que lleva sin pagar desde hace más de un año. Por no hablar de tres tarros de melocotones en almíbar, treinta y nueve gelatinas, cada una con su vaso, que no ha devuelto ninguno, una tarta de soletillas hecha de encargo de casi un metro de alto, siete cajas de mostachones, y copitas de licor del caro, hasta un total de... — hace una pausa para tomar aliento—... trece. Con lo que la cantidad adeudada asciende a quince libras y ocho chelines.

—Y ¿eso es todo? ¿Me sometéis a un bochorno como este por quince libras?

—Si dejara que todo el mundo se escabullera sin pagar la cuenta, ¿dónde acabaría yo?

Angelica suelta un suspiro.

—Tiene que haber habido una confusión, y seguro que más por culpa vuestra que de él. Pero es igual, ponedlo a mi nombre. Mandaré a la mujer que me lleva las cuentas a que lo pague.

La dependiente dice que no con la cabeza.

—Si él no puede saldar sus deudas, imagino que tampoco las vuestras. ¿O es que tenéis ingresos de otras fuentes?

—¡Cómo os atrevéis!

Bel la toma del brazo y le dice por lo bajo:

—¡Chis, Jellie! —Con idea de que la oiga solo el pañuelo que lleva su amiga al cuello.

—¡No pienso callarme! ¿Es que no has oído lo que ha dicho? —Angelica habla con voz distorsionada y aguda; voz que retumba en cada campana de cristal y en cada baldosín. Los clientes no es que miren la escena con indisimulado interés, es que asisten absortos al espectáculo—. ¡Cómo os atrevéis! —repite Angelica.

—Si no tenéis el dinero en efectivo —dice la mujer—, no puedo seguir atendiendoos. —Planta una mano en el paquete a medio hacer, y el papel cruje.

En los bolsillos, Angelica tiene una libreta con hojas de marfil; un mazo de cartas en miniatura; una cajita para recoger los alfileres que se le caen; un espejito, porque nunca se sabe; un retrato en miniatura de su amado Georgie; un pedazo de cinta roja y un frasco de carmín. Lo que no tiene es ni un triste penique. Ya no está acostumbrada a llevar dinero encima: casi no sabe ni qué aspecto tiene; para ella el vil metal es solo una cascada que cae de sus labios cual desenfadada ristra de promesas.

—¿Por qué os empeñáis en que todo el mundo tenga que llevar dinero encima? —le suelta a la dependienta—. Eso dice mucho de la clase a la que pertenecéis.

—Yo sí que tengo —dice la señora Fortescue.

—Ay, Bel, pero no...

—Dos chelines en total —dice la mujer.

—¿Las galletas? —pregunta Bel con amabilidad, y abre el monedero.

—No, no. Yo pago la diferencia —dice Angelica.

Pero Bel da un paso rápidamente para ponerse delante de ella y deja una moneda en el mostrador. Angelica tiene las orejas coloradas: casi parece cosa de arteificio, como si se las hubieran caramelizado también. Y los ojos, velados por una película que le nubla la visión, perdida en el paquete atado con hilo rojo. Entonces la señora Fortescue se lo pone en la mano y dice:

—Un regalo.

—Tiene que haber habido un error —susurra Angelica mientras salen tranquilamente—. Un error, seguro.

Mas le tiemblan las manos, y un sudor frío le cubre la frente. Recuerda lo mal que lo pasó cuando salió publicada la muerte del duque en los periódicos y las tiendas le negaron el crédito; la hiel que notó en la garganta, y el

acelerado latir del corazón: como si todo el pánico que sentía hubiera quedado atrapado en su seno, igual que un pájaro en el tiro de la chimenea. Recuerda también, y le viene a la mente sin querer, aquella vez que, siendo todavía una niña, tuvo que atravesar la calle mayor del pueblo en el que nació, empujando por la alta efigie de los edificios, y entrar en la carnicería, donde apenas si llegaba al mostrador, y allí, darse de bruces con el olor de la sangre y la manteca rancia.

—¿Os sobra algún hueso?

—¿Que si tengo el qué, señorita?

—Huesos, para el puchero. Solo huesos. Los que sean.

—Eres la hija de Morgan, ¿a que sí? O sea que tu papá no ha vuelto a casa.

—Está haciendo fortuna, para nosotras.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo voy a hacer yo la mía, si te doy mis sobras a cambio de nada? Así no hago negocio.

—Poca cosa es lo que pido.

—Y ¿qué tienes? ¿Ni una mísera moneda? Ah, pero seguro que tienes algo de valor que darme a cambio, ¿a que sí? Una jovencita siempre tiene algo que vale la pena.

Y se le cae el mundo a los pies.

—Tranquila, querida, tranquila. —La señora Fortescue le pasa un brazo por los hombros a Angelica, y le dice al oído, como quien le habla a un caballo asustado—: Párate un momento; así, respira, tranquila.

Ella coge aire a bocanadas; siente el efecto balsámico que le produce acompañar la respiración. Baja la vista, pues hay mucha gente por la calle, y tiene miedo de que la reconozcan en tamaño apuro. Al cabo, se serena.

—¿Vamos a casa? —le pregunta la señora Fortescue—. Mi casa no queda lejos de aquí.

—No, no. No vamos a permitir que esto nos estropee el día. —Se esfuerza todo lo que puede por soltar una risita, y la señora Fortescue hace como que se cree que le quedan ganas de reír—. Era una dependienta un poco soberbia, no hay más. Sigamos con el paseo.

—Pero, a lo mejor...

—¡No saques ninguna conclusión de esto! —Angelica se enjuga la frente

con el pañuelo—. Sigue paseando conmigo, Bel. Ya nunca nos vemos. Llévame a tu joyería favorita. Quiero comprarme algo para que me lo vea puesto el señor Hancock: diamantes, creo; aunque solo sea por mí; porque lo que es él, no distinguiría si son de verdad o es bisutería.

—Y ¿no sería mejor que alquilaras una joya? —dice Bel, con ánimo de calmarla—. O te dejo yo algo mío.

—¡No! ¡Yo no voy por ahí alquilando diamantes! Ni los tomo prestados. ¡Como si fuera la mujer de un don nadie a la que sacan una vez al año al baile de máscaras! Venga, Bel, que me quiero comprar algo bonito de verdad... Rockingham se lo merece.

Pero en todas las tiendas le dicen lo mismo: mueven de forma discreta la cabeza a modo de negativa; o bien, un pañero que pasa el dedo por el índice del libro mayor dice, compungido: «Lo siento señora, pero no está en mi mano». El nombre de Rockingham cierra las puertas de todos los establecimientos en Bond Street.

—No sé qué puede haber pasado —dice Angelica, un poco aturdida porque no se lo esperaba, ya a cubierto en el carruaje—. Te juro de verdad que no lo sé. ¿Será que alguien se la tiene jurada a George?

—O que otro alguien se ha cansado de pagar sus caprichos —dice la señora Fortescue—. Si es que se los pagaron alguna vez.

—Ay, no, eso no puede ser. Él tiene su paga, ¿sabes?

—¿Una paga? Una paga que no asciende más que a... ¿cuánto? ¿Un chico joven como él? Me juego a que le dan poco más de quinientas al año; y fíjate que solo en la joyería ya debe cien libras. Abre los ojos, Jellie. No tiene medios para saldar sus deudas.

—Dios. —Angelica deja caer la cabeza entre las manos—. No, no, medios sí que tiene. Me ha mantenido como a una reina: no tengo nada que temer en el mundo.

La señora Fortescue da unos golpes en el techo del carruaje y asoma la cabeza por la ventanilla.

—Dé dos vueltas al parque —le ordena al mozo. Cierra bien la ventanilla, y le toma la mano a Angelica—. Querida: es ese exactamente el tipo de cosas que suelen decir.

—Georgie, no. Tú lo dices para protegerme, Bel: pero eso no es cierto.

¿Te crees que eres la única que ha encontrado a alguien que la mantiene como es debido? A mí me quieren por lo menos tanto como a ti; tanto o más.

Hay mucha ternura en los ojos marrones de Bel.

—Está bien. De acuerdo: se trata de un joven que tiene problemas de dinero; pero ¿quién no los tiene? Se puede arreglar.

—¿Cómo?

—Pues que sea ese su problema, no el tuyo.

Angelica se tapa los ojos.

—¿Dónde queda ahora todo lo que decías sobre la libertad femenina? ¿Quieres que deje mi futuro en sus manos y ya está?

—Me parece que eso fue exactamente lo que hiciste en cuanto te fiaste de su palabra, y de nada más: eso de que no te hacía falta velar por tus intereses. Jellie, Jellie, no llores más. No quería disgustarte. Pero es que si te has convertido en un objeto de su propiedad, cómo se gaste el dinero él a ti no te concierne. Nadie le echa la culpa al coche de caballos porque el caballero que lo toma no pueda pagarlo.

Angelica ahoga un grito:

—El carruaje —susurra, y hay en la expresión de su cara un alarmante tono de apremio—. ¡Este mismísimo carruaje en el que estamos ahora! Chis: que no nos oiga el conductor, porque si no nos echará a la calle, por temor a que no le pueda pagar el alquiler del coche.

—Vamos, Jellie: tampoco sabes si la situación es tan desesperada —dice la señora Fortescue—. Además, nadie a quien hayas alquilado sus servicios va a ponerte de patitas en la calle: es gente que tiene su poco de sentido común.

—¡Chis, chis! Baja la voz, Bel. —Angelica se lleva los brazos a los costados, en un desesperado intento por abrazarse—. Y del sentido común no creo que se preocupen si el dinero no lo van a cobrar. Ya viste cómo me denunció esa mujer en la tienda: a voces. Será igual en todas partes: bien que me lo sé. —Se clava los dedos en la parte superior de los brazos y los nudillos se le ponen blancos—. Se crecen con la desgracia de una. —La señora Fortescue procura calmarla con caricias y llamadas a la tranquilidad, pero Angelica sigue presa del desasosiego, y gime—: ¡Ay, esto es muy grave! ¡Esto es muy grave, muy grave! —Porque la propia enormidad de la

situación le hiela los huesos: se ve ella sola con las deudas de él, y ni palabra de cuándo va a volver a Londres—. ¿Tú crees que lo tenía planeado? —Y mira a Bel con cara de súplica.

Su amiga duda antes de decir:

—No, querida; eso no.

—¡Si tan solo pudiera hablar con él! Todo sería mucho más fácil si supiera qué se le pasa por la cabeza. O ¡si me hubiera dejado más dinero en efectivo!

—Yo te puedo dar...

—¡No! —La pobre tiene las mejillas al rojo vivo—. Me sobran los vestidos, le diré a Eliza que empañe algo por el momento.

Si estuviera él allí, le reprocharía su falta de fe. Ya, pero el problema puede ser ese: ¡que le ha sido demasiado fiel! ¡Por una vez se convenció a sí misma de que todo lo que él le decía era cierto! Y mira ahora cómo se ve. Nota que Bel le acaricia con una mano la espalda.

—No te pongas en lo peor. Cuando vuelva...

Angelica tiene el pañuelo empapado; busca otro en el bolso, y Bel le pone el suyo entre los dedos, bordado con el escudo de su marido. Parpadea, una y otra vez, y las lágrimas le nublan la visión: perdida en aquella coronita tan hermosa, en unas iniciales que desconoce. Pero entonces lo aprieta con fuerza en el puño ardiendo y lo tira al suelo.

—¡Qué estúpida soy! —dice—. Mira que ahogarme en un vaso de agua. Cuando seguro que basta con escribirle y contarle cuál es mi situación. Sufrirá horrores cuando se entere. Porque yo le soy tan fiel como él me lo es a mí: somos almas gemelas.

—Pero, hasta que venga, si necesitas ayuda...

Angelica ya ha dejado de llorar del todo.

—Si de verdad me quieres ayudar, deja de ser tan negativa —dice en tono cortante—. Porque no has pronunciado ni una sola palabra de ánimo en toda esta aciaga tarde; te pones siempre en el peor de los casos cuando se trata de George.

—Lo hacía movida por la prudencia; no serías la primera dama de cuya confianza abusan...

—¿No ves? Es que nunca te alegras por mí, ni siquiera un instante.

Bel deja de pronto de estar tensa: encorva un poco los hombros; y, aunque casi no se le nota en el porte, su actitud corporal ha decaído.

—Todos estos años que llevamos siendo amigas —dice con un hilo de voz—, si tú estabas contenta, yo me alegraba por ti; y cuando llorabas, lloraba yo contigo.

—Entonces, ¿por qué me contradices ahora en todo lo que digo? Alégrate, ¿no? ¡Alégrate por mí! ¡Estoy mejor que he estado nunca!

Acaban el trayecto en completo silencio; y, cuando Angelica baja del carruaje, lo hace con un adiós poco audible y menos sentido. De haber sabido que iba a ser esta la última vuelta en coche con su amiga —que ya no se van a ver más en esas circunstancias—, ¿se habría mostrado más afectuosa con la señora Fortescue? Pero entra en casa y cierra la puerta sin mirar atrás.

## DIECISÉIS

Mientras tanto, la señora Chappell ha tenido que ir corriendo a la casa de Portland Square, porque Polly lleva doce horas desaparecida: puede que los adornos de Navidad, ramas de árboles, estrellas, cubran todavía cada plano y superficie; pero, lo que son las puertas, hasta las de los cajones más pequeños, están abiertas de par en par, y hay hombres registrando los desvanes y dando golpes en las paredes, buscando compartimentos secretos. La señora Chappell llega hecha un guiñapo, tiene los nervios a flor de piel y un sofoco tremendo después de atravesar los dos kilómetros que separan ambas casas: y es que, si hay algo que no soporta, es que la lleven a toda prisa de acá para allá. Nada más ver la conmoción que se ha creado, le falta tiempo para pedirle a Elinor que la acompañe a la biblioteca y le cuente todo en privado, mientras apura una copa de licor rebajado con agua. Hasta ese espacio tan cerrado lo tienen lleno de ramas de tejo y muérdago: patético espectáculo, a la vista del fracaso de la fiesta; y eso hace que Elinor se ponga más nerviosa todavía.

—Yo ayudé a Pol a elegir el corsé para la fiesta —dice, entre sollozos—. Y me preguntó: «Nell, ¿cuántos pares de medias te vas a llevar? Yo tendré que llevarme el doble que tú: porque pienso estar toda la noche bailando». Echó doce pares de medias sin estrenar, señora, y están todos todavía en el baúl que trajimos.

—Y qué importará eso ahora —dice con un resoplido la señora Chappell.

—Trajo los tres tomos de *Evelina* —insiste Elinor, que tiene la apremiante sensación de que no da abasto a llenarse de aire los pulmones—. Nadie que tenga en mente desaparecer el primer día que llega echa en la

maleta los tres tomos.

—Deja de llorar —dice la señora Chappell—. Que así te pones peor.

—Pero ¡es que yo no sabía que iba a irse! —se lamenta Elinor.

—Y te creo —dice la señora Chappell, esa fórmula mágica que obra milagros para que toda lengua se suelte—. Pero es importante que me cuentes todo lo que sabes. Porque fuiste la última persona que la vio.

—Los caballeros también —insiste Elinor—. Todos: estuvimos juntos desde las siete hasta que desapareció.

—¿Y luego qué pasó?

—Ya os lo he contado.

—Pues cuéntamelo otra vez.

Elinor se retuerce las manos.

—Serían sobre las diez —dice, y va de un lado a otro dentro de aquel espacio tan reducido; como si quisiera así entresacar, con los pasos, los recuerdos—; o puede que las diez y media o las once. Ya habíamos cenado, y habíamos bebido algo; y seguro que recuerda lo clara que era la noche, aunque fría también. —Al llegar a este punto, duda un momento, y luego sigue, con voz menos firme y más aguda—: Por lo menos aquí hacía una noche espléndida; imagino que en St. James haría más o menos lo mismo, aunque a veces dicen que diluvia en Whitechapel cuando está soleado en Threadneedle Street, así que quién sabe si...

La señora Chappell hace chascar los dedos.

—Te vas por las ramas, Nell. Por favor, vuelve a retomar el hilo de la historia.

—Los hombres corroborarán que hacía la noche que digo que hacía. Y entonces dijeron: «¿Por qué no salimos a la terraza, para ver el jardín?».

—¿Estabas borracha?

—¿Quién, yo? ¡No, señora!

—Pero a Polly sí le gusta beber, ¿no? Y tiene un vino un poco inquieto, ¿a que sí?

Elinor la mira con cautela: ¿cómo responder adecuadamente a eso?

—¿Vos creéis...? —Lo deja ahí, pero le revolotean las ideas en la cabeza, sin orden ni concierto, como un montón de pájaros en desbandada, y se queda sin aliento cuando intenta atraparlas todas—. Pero eso no quiere decir que

actuase premeditadamente; puede que hasta no saliera por su propio pie de la casa; o que se le subiera a la cabeza el vino caliente... Y si llegara a arrepentirse de lo que hizo, ¿vos qué...? —Le sudan las manos, y se aferra con ambas al delantal—. Vos la perdonaríais, ¿verdad?

—Pero el caso es que no ha vuelto —dice la señora Chappell.

—Es que a lo mejor está metida en un lío —dice Elinor—, algo que no sabemos.

—¿En qué lío iba a meterse? Yo siempre he velado por su seguridad, ¿no es así? Por la de ella y por la de todas vosotras. No le ha faltado nunca de nada, y ha contado siempre con mi protección: siempre.

—A lo mejor la han raptado —dice Elinor—. ¡Unos gitanos! —añade esperanzada.

—Y ¿para qué la iban a raptar?

—¡Ay, señora, pasan cosas tan terribles en el mundo! Cuando una chica de cara bonita desaparece de esta forma, ¡seis de cada diez veces acaba sabiéndose que las han drogado y se las han llevado unas viejas que las corrompen y las tienen cautivas! Y luego venden su honor y le sacan provecho. Esto pasa todos los días en esta ciudad; y ninguna chica está a salvo de ello.

La señora Chappell suelta un gruñido.

—Tú, de niña, nunca fuiste muy observadora. Anda que... ¡raptada! Quítate esa idea de la cabeza. Se fue porque quiso.

—Pero ¿por qué salir así, sin más...?

Aunque lo que en realidad piensa es: «Pero ¿por qué me dejó?». Lo que piensa es: «Pero yo no sabía que había estos secretos entre ella y yo». Lo que piensa es: «Pero si llevábamos la misma vida; yo no hacía nada que no hiciera ella. Entonces, ¿por qué ella estaba tan descontenta si yo no lo estaba?». Y empieza a llorar a moco tendido.

—Yo no sé nada, señora, nada de todo este asunto.

## DIECISIETE

—Es que no tenías que haberlo dejado subir el otro día —dice la señora Frost, después de echarle el último nudo al vestido de Angelica.

—Yo hago lo que me da la gana. —Angelica no piensa contarle a la señora Frost nada acerca de los descuidos financieros de Georgie, porque reaccionaría de tal manera que no habría quién la aguantara.

Aun así, sufre horrores cuando le pregunta la amiga:

—¿Y tu protector? ¿No es acaso él el dueño de tu corazón? —La señora Frost da una vuelta alrededor de Angelica: va ajustando con precisión el vuelo de la muselina. Porque, aunque está disgustada, no se le pasa por la imaginación dejarla poco menos que en perfecto estado de revista, tanto como esté en su mano.

—¡Dueño y señor! ¡Nadie rivaliza con él en eso! A este caballero lo mando subir porque me aburro, me aburro hasta el punto de poder hacer cualquier tontería.

—A ti el decoro te importa bien poco —dice la señora Frost—. Hay que estar siempre entreteniéndote. Siéntate: que aún no he acabado con el pelo.

—Olvidas que decoro no tengo. —Angelica se deja caer en la silla; apoya los codos en el tocador, y aparta las cajitas de bisuterías varias, sin que le importe gran cosa dónde caen—. Hace ya mucho que lo perdí; y, por lo tanto, tengo plena libertad para recibir yo sola en mis aposentos a caballeros desconocidos. —Suspira—. Tú tampoco eres un dechado de virtudes, Eliza; solo que sí sabes dónde y en qué te juegas los garbanzos, no hay mayor diferencia que esa entre tú y yo. Jamás te había visto antes ponerte de parte de Georgie; y si ahora lo haces, es porque crees que de ello depende tu sustento.

—¡Cómo te atreves! Si algo me queda es mi virtud. He procurado siempre ser una persona recta; y me duele ver cómo rompes tus compromisos a la primera de cambio.

—Cállate, Eliza. —Tampoco está para monsergas de ese tipo en su propia casa.

—¡No, pero es verdad! Ya me gustaría a mí ver que te comportas por una vez como una mujer decente. Pero empiezo a pensar que te dejas llevar por tus apetitos, y que son más bajos de lo que debieran. Yo te hacía más comedida...

Angelica pone la vista en el cielo.

—Yo solo sigo tu consejo —dice—: anunciándome a toda la ciudad; no me escondo de aquellos cuyo conocimiento puede que algún día me venga bien.

—Pues ahora sí que te tendrías que esconder —dice la señora Frost—. Pones en peligro la posición de que gozamos cuando...

—¿Has acabado ya? —Angelica se pone en pie de golpe; y, al hacerlo, da un pequeño topetazo con el pelo en la barbilla de la señora Frost, aunque hace como que no lo ha visto y se sacude de los hombros el mandil que protege la ropa de los polvos de talco—. Sí, parece que has acabado, porque me veo bien. Me has vestido de maravilla. Para eso sí que vales. Ahora voy a esperar al caballero que viene a visitarme. —Se mira en el espejo, y alisa los pliegues del vestido—. Ah, y a propósito: quiero que empeñes un par de vestidos. Porque mi protector, el único que tengo, nos mantiene la mar de bien.

—Algo os pasa hoy —dice él.

—Pues en verdad que sí, ¿y qué? —Se deja caer en el sofá, y raspa con un dedo el barniz en las volutas de madera: le da la luz de la ventana en una mejilla, pero en la otra no. De hito en hito, mira hacia la ventana: es una mirada un poco abatida, que se demora un instante allí prendida, y luego acaba con un suspiro, y que a él le recuerda a Sukie, cuando no vienen a buscarla sus amigas—. Me pasan a mí muchas cosas en la vida.

Él alza los hombros.

—Cada uno es como es. Yo mismo, tampoco tengo hoy el día.

Y es cierto. Porque ha dormido mal. No tiene noticias del capitán Tysoe

Jones desde que el *Unicorn* completó su periplo por la costa oeste y dejó atrás Irlanda; y, como es un viaje tan fuera de lo común, tampoco sabe cuándo le llegarán más novedades. Aunque el invierno tan frío le ha llenado la cabeza de amojamadas y deformes sirenitas: las oye chillar, cada una encerrada en su oscura cuna; y, cuando las libera de las ataduras, descubre que sus cuerpecillos son solo un puñado de hojas muertas.

—¿A vos? ¿Qué puede irnos mal a vos? —pregunta Angelica.

—Pues, no sé; y a vos, ¿qué os va mal?

Ella pone cara de enfado.

—Para empezar, que no tengo sirena.

—Paciencia —dice él lacónicamente.

—Una virtud de la que tengo yo pocas reservas hoy. —Mira otra vez por la ventana—. Perdonadme, señor; pero es que no me para la cabeza quieta. Espero algo; algo que puede que no llegue a cuajar nunca, pero mi suerte depende de cosas que están pasando lejos de aquí: y no hay forma de tener noticia de ello, ni nada que yo pueda hacer para alterar el curso de los acontecimientos.

—Yo llevo así toda la vida —dice él.

Ella lo mira de soslayo, frunce los labios.

—Pues yo no me acostumbro. Porque, si no sucede aquí mismo, delante de mis ojos, por mi propia mano, ¿por qué tiene que afectarme?

—Es la Divina Providencia —dice él, y hace un gesto de impotencia con los hombros—. El mundo es grande, pero solo vemos un rinconcito.

—Pues a mí eso no me deja tranquila. —Empieza a morderse la uña del pulgar; pero entonces se saca el dedo de la boca, con gesto culpable, y en vez de eso, le da una bofetada a un cojín—. ¿Es que no hay nada que me podáis traer mientras tanto? —inquire—. ¿No me podéis comprar por ahí nada que me divierta, nada para ahora mismo? Si no hay sirena, ¿por qué no una piel de *selkie*<sup>[1]</sup>? Esas las hay por todas partes en Escocia: no os costaría nada traerme una.

—Huy, no —dice él—. ¿Cómo os iba a traer eso actuando de buena fe?, ¡si luego la pobre criatura no podría volver con los suyos al mar!

—Y ¿a mí qué me importa? —responde ella con insolencia—. Es un lujo que bien pocos de nosotros podemos permitirnos. —Con el rabillo del ojo,

nota movimiento en los cuartos adyacentes, e interrumpe la conversación: es la señora Frost, que no para quieta. Va tomando vestidos de aquí y de allá; los lleva en volandas como si estuvieran vivos: con los faldones sobre un brazo, y el cuerpo encima del otro. Él se fija en el de bordado de felpilla que Angelica llevaba puesto el día que se conocieron—. ¿No veis? —dice Angelica—. ¡Allá que van esas pieles de foca mías!

—¿Adónde las lleva?

La señora Neal mira para otro lado. Él no le ve la expresión de la cara, pero sí percibe que ha perdido algo de esa viveza que la animaba antes.

—Ah, pues —dice, y palidece el escaso brillo que tenía antes en la voz— los va a guardar porque ya no me los pongo. —Sonríe, feliz con la explicación que se ha inventado, y vuelve a sentarse. Tiene los brazos abiertos encima de los cojines, con las muñecas vueltas hacia arriba: la piel ahí es especialmente blanca; y las venas, del color de las lilas—. Es que esta temporada tengo tantos vestidos —sigue diciendo—, que ya no me caben todos aquí. Al final, no le queda a una espacio para todo el lujo que atesora. Además —echa la cabeza hacia atrás y se le ve la palidez de la garganta—, me canso de ellos.

La señora Frost resopla, lo que él no encuentra muy de su agrado, pero ya va camino de la puerta.

—Los llevo a casa de su tío —dice, volviendo la cabeza, con tono irónico.

—No le hagáis ni caso —interviene enseguida Angelica—. Me hace la vida imposible; o viceversa: porque últimamente me está cogiendo manía.

—No sabía que teníais un tío en Londres. Dijisteis que no teníais familia aquí.

Ella hace una mueca de disgusto.

—Es una forma de hablar.

Él se queda un instante pensando.

—Ah, ya veo. —Hace una especie de cuña juntando las manos, con las yemas de los dedos hacia arriba—. ¿Gozáis de buena situación económica, señora Neal? ¿Tenéis para poder manteneros como corresponde? —Sabe que no tenía que haber preguntado; pues se le pone a ella tal expresión en la cara que no le habría sorprendido que abandonara el salón con un portazo. Se le

baja ese mismo rictus al cuerpo: hunde las manos en los pliegues del chal; pero él alcanza a ver que no para quietos los dedos—. Os ruego que me perdonéis —dice—. Fue muy poco delicado por mi parte.

—A cualquier otra dama no le habríais preguntado eso.

—No, es cierto: no creo que me hubiera atrevido. —Pero ¿acaso no es este el problema candente que acosa a la señora Neal? Desde la última vez que se vieron, él no puede quitarse de la cabeza la idea de que es una mujer normal y corriente; que algún día fue una niña tan acreedora de protección como lo puedan ser ahora Sukie o Bridget, o cualquier chica con limitados medios. Es una mujer fuera de lugar, esta Angelica Neal; una pieza que no acaba de encajar en un mecanismo gigantesco. Porque no tiene las inquietudes que tienen otras mujeres—. No tenía que haber abierto la boca —admite.

—Bien cierto es, no teníais que haberme hecho esa pregunta. —Ella se levanta, y el chal cae al sofá—. Me he dado cuenta de que olvidé que tengo un compromiso, señor Hancock, y casi no me va a dar tiempo a prepararme. He de pedir os voyáis.

Él no se mueve, sin embargo; y hasta osa quedársela mirando.

—No —dice el señor Hancock—. Algo os turba. ¿Qué problema tenéis, señora?

Ella dice que no con la cabeza; mas le tiembla el labio, y tiene los ojos empañados en lágrimas.

—Decidme, os lo ruego. —Y se pone de rodillas con pésimo estilo al lado del sofá. Pero Angelica tiene la cabeza gacha, y un temblor en los hombros.

—No pienso echarme a llorar —dice entre fuertes sollozos—. No me miréis, señor, os lo ruego... Ay, no me hagáis ni caso.

A él no se le ocurre nada que decir; y lo único que puede hacer es mirar para otro lado para no evidenciar más todavía el apuro de ella; mientras le da golpecitos en el brazo y se aventura a balbucir algún consuelo:

—Ya lo sé —dice el señor Hancock—. Lo sé: dura cosa es mantenerse a flote en este mundo. Bien dura de verdad. —Hasta que ella pierde ya todo su aplomo, humilla la espalda y hunde la cara entre las manos, y un enorme soponcio le sacude los hombros—. Vamos, vamos —susurra él, y planta la mano con más firmeza en la manga de ella. Y aunque no levanta la cabeza, y

las lágrimas le caen a borbotones en el regazo, Angelica saca la mano de entre las guedejas de pelo suelto, y la deja, con un temblor, sobre la mano de él.

## DIECIOCHO

Llaman a la puerta; y el secretario del señor Hammond, a quien, por desgracia, han agitado la fiesta, asoma la cabeza:

—Señora Chappell —dice, y hace una reverencia—. ¿Alguna noticia?

—Ninguna —gruñe ella—. Ni la habrá hasta que no haya acabado de interrogar a mi chica.

—Pues daos prisa —dice él, y lanza una rápida mirada a Elinor, que tiene todavía en la cara regueros de lágrimas—. Podéis imaginaros que una situación como esta afecta tremendamente a todos los implicados: no es precisamente el ambiente en el que uno espera celebrar la Navidad. Deja un amargo sabor de boca.

—Qué me vais a decir a mí —afirma la señora Chappell—, que he perdido a una de mis mejores chicas.

—Me hago cargo, me hago cargo —dice el secretario—. Doscientas guineas. Es mi intención solicitar la devolución de todo el reembolso; pues vuelta de hoja ya no hay: la semana está echada a perder.

—A ver, a ver; no hace ninguna falta, ninguna —dice la señora Chappell—. Comprendo que os pueda parecer así, pero mandaré a otra chica; y os habréis olvidado de esto enseguida. Os lo aseguro, no hay nada como un poco de música y una buena juerga para que se reanude la fiesta.

—¿Doscientas guineas? —pregunta una estupefacta Elinor.

—¡Elinor, no me seas vulgar! —la corta en seco la señora Chappell—. El dinero es lo que menos importa.

—Cien de entrada por la que no está; y otras cien por vos —dice el secretario—. Y a pagar idéntica cantidad después si era todo del agrado de mi

amo, lo cual no ha sido el caso. En fin, que os dejo a ambas, señoras, para que decidan las dos cómo enmendar la presente situación. —Y sale raudo por la puerta.

Suena el pestillo de la puerta al cerrarse, y Nell mira a la señora Chappell buscando confirmación, mientras se seca las lágrimas con los nudillos.

—Yo nunca habría pensado que fuera tanto. ¿Veremos nosotras algo de esa cantidad?

—La vida está muy cara —dice la señora Chappell.

—¡Menuda! Pero doscientas por barba, no iréis a...

—Y más cara que va a ponerse si las chicas salen corriendo con ropa que no les pertenece —sigue diciendo la alcahueta—. ¿Qué vestido dices que llevaba puesto? ¿El blanco, el de las lentejuelas? Eso solo ya cuesta cinco guineas. Enaguas: quince chelines; medias: casi una corona; y súmale el corsé, los zapatos, el chal y lo que llevara en los bolsillos. Que, por cierto, ¿qué se había echado a los bolsillos? Seguro que alguna moneda: y eso sin contar las joyas... Todo asciende a más de diez guineas que llevaba puestas encima y que no le pertenecen, que me ha robado a mí. Puede que el doble, quizá.

—Andad, no digáis que os lo ha robado —le reprocha Elinor.

—Si no me lo ha robado, entonces ¿qué ha hecho? Ha cogido lo que no es suyo. Esa ropa era de mi exclusiva propiedad. Ay, menuda situación más injusta es esta. Porque Polly me ganaba sus buenos dineritos, y le daba prestigio a la casa. ¿Cómo pudiste dejar que escapara así?

—¿Yo? —Elinor se echa a temblar—. ¡Jamás la habría dejado de haberlo sabido!

—Y yo sola nunca la encontraré. —La señora Chappell apoya la barbilla en el puño—. Como haya llegado ella sola a esas calles, a lo mejor la tenemos que dar por perdida para siempre. —Levanta entonces la cabeza y mira a Elinor a los ojos—. Aunque con ayuda de este Hammond..., porque su padre conoce a todos los policías de Londres.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta Elinor con voz lastimera. Porque quiere a toda costa volver a casa. «Ay, Pol, cuántos problemas por tu culpa».

—Meterles un petardo por el culo a estos —dice la señora Chappell—. ¡Ay, querida! No me mires así. Hablo de forma figurativa, para que se den

prisa. Anda, dile a ese hombre que vuelva; que ya sé cómo convencerlo para que salgan a buscarla.

Nell va trotando hasta la puerta, medio atontada, y encuentra al secretario comiendo uvas de invernadero de la mesa que hay fuera. Cuando vuelve a entrar el hombre, la señora Chappell ha cambiado de actitud y está sentada muy tiesa: la única que se da cuenta de cómo le tiembla el brazo derecho es Elinor, que ve que lo tiene que apoyar encima de la mesa para componer la figura.

—A ver, caballero —ladra la buscona—: le decís esto a vuestro amo. Que lo hago responsable de la pérdida de una persona muy valiosa de mi servicio.

—Bueno, pero el servicio, cuando quiere volar, no hay puerta que se les cierre.

—Nunca había expresado deseo alguno de abandonar mi casa. Siempre se la vio satisfecha. La señorita Bewlay, aquí presente, lo puede asegurar. —Elinor dice que sí con una leve afirmación de la cabeza; y la señora Chappell continúa—: No puedo por más que pensar que algo tremendamente impropio le ocurrió mientras estaba entre estas cuatro paredes. —Alza una ceja entonces—. Pero hay más: porque llevaba puesta ropa de gran valor; y cabe esperar que sea vuestro amo el que restituya esas prendas.

—No podéis afirmar que sea responsabilidad de mi amo.

—¿Por qué no? Fue negligencia suya que desapareciera mi chica.

El secretario no da crédito a sus oídos.

—Pero, señora: ella estaba a vuestro servicio...

La abadesa levanta una mano.

—¡Todavía no he dicho todo lo que tengo que decir! Espero que el señor Hammond abone el total de la pérdida que esto supone para mí: y no me refiero solamente al valor de la ropa que llevaba puesta, ni a los honorarios por este servicio que le tenía estipulados a ella. Es que también tendrá que pagarme las deudas que tenía contraídas conmigo. Porque a lo mejor se os escapa que, dado que esta joven entró hace dos años a mi cargo, llevo ese tiempo alimentándola, dándole ropa y enseñándole las refinadas artes que tanto constituían deleite de vuestro amo. ¿Creéis vos que todo eso no cuesta nada? ¿Pensáis acaso que todos los costes que he invertido en su formación son puro capricho mío? Alcanza a cuatrocientas libras lo que llevo gastado en

la manutención, cuidados e instrucción de la señorita Campbell; y ella no me ha devuelto todavía ni un penique de todo ello. Así que, ¿cómo lo recupero yo? —Al ver la cara que pone, alza los hombros con un significativo gesto, y remata—: Uno de esos dandis vuestros no pediría ni un penique menos que esa cantidad si yo le hubiera extraviado uno de sus caballos de carreras. ¿En qué se diferencia esto de lo que yo os exijo?

Se quedan mirando el uno al otro. Y sorprende la seriedad del gesto de la señora Chappell: la boca, reducida a una mera y áspera arruga en la cara y el brillo de sus ojos diminutos. Elinor, que hace acopio de valor para mirar al secretario, lo ve bastante descompuesto, y que aparta al cabo la vista y va hacia la puerta. Una vez allí; con la mano a salvo, asentada en el pomo, dice:

—Es una criada. —Entonces, envalentonado al abrir la puerta y plantar un pie fuera, en el salón, añade—: Ni siquiera eso. Es una puta. Y si os ha robado, pues bien: no otra cosa debíais haber esperado de ella.

La señora Chappell ni pestañea.

—Es una deuda que tendrá que saldar vuestro amo —dice con total frialdad.

—Se arriesga usted a enemistarse con él. Y conoce a las personas que miran para otro lado y así podéis seguir al frente de vuestra casa disoluta...

—¿La autoridad de quién convocáis para así amenazarme? —pregunta ella—. A mí me protegen. Siempre me han protegido.

—No estaría yo tan seguro —dice él.

—Eso sí: si me la devuelven sana y salva, no tendré motivo alguno para seguir adelante con mi reclamación —dice la señora Chappell—. Decidle eso a vuestro amo. Puede que al final todo quede en nada.

Elinor cierra la puerta cuando ha salido el secretario y aguanta la respiración, compungida. Se vuelve luego hacia la abadesa, que ahora está más inclinada sobre la mesa y ha cerrado los ojos un instante, y dice:

—Menudo enfado lleva.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? Las reglas no las pone él. —Se limpia la frente con el retal que usa a modo de pañuelo—. Todos los grandes hombres saben que tienen ellos más razón para tenerme a mí contenta que yo a ellos; porque no hay madama en St. James que les dé el servicio que yo les doy. Estamos salvadas.

—Pero ¿qué pasaría si...?

—¡No hay si que valga! —A la señora Chappell le duelen las articulaciones y le cuesta respirar. Tiene que reconocer que este follón la ha alterado más que si la hubiese pillado más joven. «¿Será que me he excedido?», se pregunta. «Ya no tengo la mente tan despierta como antes»—. ¡Ay, Polly! —suspira—. Jamás lo habría pensado de ella. Pero, en fin, siempre fue un poco contestona, y no se dejaba llevar tal y como la habría querido llevar yo. Pero ¡robarme a mí! ¡Robarme un vestido! Eso, jamás lo habría pensado.

—Pues si no tenía otro —intenta camelársela Elinor—. A ver, ¿qué podía...?

—¡Podía haberse quedado aquí dentro! —dice, con atronadora voz, la señora Chappell—. ¡No debía haber abandonado esta casa estando a mi servicio, como si fuera una vulgar criada respondona! —La voz acaba sucumbiendo en una especie de graznido, y se desploma en la silla, llevándose la mano al pecho, entre dolorosos jadeos. Tiene la cara lívida, los labios amoratados, y Elinor se asusta.

—¡Señora! —Se pone en cuclillas a su lado. La abadesa tiene la piel fría y sudorosa; mas le tiemblan los párpados, que no alcanzan a cubrir las legañosas órbitas de los ojos—. ¿Le traigo las sales?

—Agua —pide con voz rasposa. Elinor sirve una copa entre terribles temblores, y llena la alfombra de gotas y le mancha las zapatillas. Cuando la señora Chappell ha dado un sorbito, ha tosido, ha dado otro sorbito y se lo ha tragado todo de golpe, presenta mejor aspecto—. Nada de preocuparse por mí, señorita —dice—. Ya estás saliendo por esa puerta y a ver si consigues que esos caballeros olviden el mal trago que han pasado.

—Pero ¿qué pasa con Polly?

—Tú eso déjalo en mis manos —dice la señora Chappell.

—¿Volverá?

—Das por sentado que, antes de eso, la vamos a encontrar. Como haya entrado en los barrios inmundos, no volveremos a verle la cara nunca más. Pero es que ni aunque la encontremos: en mi casa no pisará más. Ya te puedes ir olvidando de que era tu amiga.

*Una noche sueña con el agua gris del mar: con las olas, que dan brincos en la superficie; con su hondura incomparable. En las profundidades, ve una sombra negra, de una vastedad como no ha visto ni concebido nada nunca antes. La escala que tiene no es de este mundo, pues es más grande que las fábricas, más que las montañas; deja pequeños los barcos que van creciendo en los astilleros hasta empequeñecer su diminuta casa de Deptford. El agua, en sus sacudidas, en su mudanza, le oscurece la silueta: pero es tan grande que, al verla, le cuesta tragar, y siente un hormigueo en las yemas de los dedos. Porque sube, irremediabilmente, hacia él.*

*En el sueño, esta oscura criatura se eleva cada vez más hacia la superficie, a un ritmo majestuoso y cada vez más rápido, hasta que su sombra es todo lo que se alcanza a ver debajo del agua. Tiene que estar a punto de romper la línea de las olas, de llenar el aire de blancas volutas de espuma, y entrar, imparable, victoriosa, en su propio reino, hasta colmar el horizonte y tapar el sol.*

*Mas se despierta justo antes de eso.*

*Ha amanecido ya, y el cuarto está lleno de una luz difusa; y perdura el sueño todavía en la cabeza del señor Hancock: siente la opresión de una extraña tristeza en el pecho, sobre los hombros. Ha visto lo pequeño que es, lo vano de sus empeños. Se frota los ojos, se da un masaje en el esternón para desatar el nudo de pena que se le ha formado ahí dentro. Cuando se sienta en la cama, dispuesto a levantarse, ve allí al lado a un niño de ocho años: está muy pálido y muy serio, tiene el pelo rizado, oscuro, y le llega a los hombros.*

*El señor Hancock da un grito. Se zafa a patadas de las mantas. Tiende la mano para asir el aire, siente que se le va a salir el corazón del pecho. Pero ya no hay nadie.*

## DIECINUEVE

—¡Señor Hancock! —La señora Neal lo mira, inquieta, y deja apoyada la cara en el brazo—. ¿Alguna vez habéis estado enamorado?

Él se afloja el pañuelo que lleva al cuello. Siente que Henry lleva todo el día a su lado; y, si bien ya han pasado varias horas desde que despertó esa mañana, sigue tan turbado que la mención de la palabra «amor» en labios de una hermosa mujer lo lleva a pensar no en lo que quizá debiera, sino en su hijito, Henry, aquella primera y única mañana que lo acunó en sus brazos. Porque a aquella hora de la tarde, del mismo día en que nació, ya estaba muerto; y el pobre rastro de su sangre crepitaba hasta formar escueta costra sobre el costurón que le habían abierto en la cabeza. «Y no es cosa de quejarse», dijo el cirujano (aunque no fue culpa suya, no había nadie a quien echar la culpa, pues pagaron para que atendiera el parto el mejor de Londres). «Porque si el bebé hubiera venido todavía más pegado al útero, tendría que haberlo sacado a cachos. O sea, que dé gracias de que puede usted enterrar algo dignamente». Y gracias había de dar, ¿o acaso no?; porque, aunque lucía aquella descarnada herida, y los labios se le ponían cada vez más grises, y el diminuto hombro presentaba una rara fractura, este Henry, el gran hijo deseado, era tan perfecto como cualquier niño vivo. El señor Hancock recuerda el cuerpo de Henry, envuelto en un chal, encajado perfectamente en el hueco del codo, como si todavía lo llevara allí. Y piensa: «Será lo último que sienta antes de morir».

Pero nada de esto le puede contar a Angelica, que ignora, al fin y al cabo, el más mínimo roce de un dolor semejante. Así que se lleva los nudillos a la frente y dice:

—Lo estuve, sí. De mi mujer. Se llamaba Mary. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Y ¿qué le pasó a Mary?

No suelta prenda.

—Perdonadme —dice ella—. No es asunto mío.

Está a punto de asentir con la cabeza y cambiar de tercio en la conversación, pero entonces piensa que ella no pudo evitar llorar delante de él; un recuerdo que ha tenido presente, como en la distancia, desde la última vez que la vio. Nunca habla de Mary, y menos de su hijo: pero le ha visto las telas del alma a Angelica Neal, algo que ella, *motu proprio*, jamás le habría enseñado; y, cuando le cuenta su propia historia, lo hace en la estela de ese mismo espíritu:

—Estuvimos cuatro años casados —dice—, y muy felices; pero no teníamos niños, aunque los queríamos con toda el alma. Y por fin, cuando al cabo quedó encinta, no había en el mundo pareja más dichosa que nosotros.

La señora Neal se lleva el puño al mentón y escucha. Es demasiado tarde: él ya no puede dejar de contarlo; piensa en los chicos que forman una hilera en el malecón, los días calurosos, para tirarse al agua tibia y quieta. Recuerda bien el salto aquel: el momento en que los pies dejaban de pisar las tablas, y el tiempo se había detenido y no era nada ya; y nada ya podía alterar la trayectoria que lo llevaba derecho al agua. Se le acelera el corazón. Lleva tantos años sin pronunciar esas palabras que todavía le escuecen; pues recordar la pérdida, aun a quince años vista, es igual que volver a vivirla.

—Esta historia no tiene un final feliz —la previene—. La señora Hancock fue llevada al lecho y el parto duró días; y al final, ya no tuvo más fuerzas y desfalleció. Puede que fuera demasiado mayor. —Fuerza una sonrisa—. Pero hay mujeres bastante mayores que ella que paren todos los días sin ningún problema. A lo mejor era la constitución física que tenía.

—Algunas mujeres no están preparadas para el parto —dice la señora Neal, muy compasiva.

—¡De haberlo sabido! Me habría quitado de la cabeza toda idea de tener hijos y habría dado gracias de semejante destino. —El pobre Henry, que tenía la cara hinchada, llena de crueles moratones; y los ojos cerrados en perpetuo gesto de incomprensión; y que se llevó a la tumba su secreto: de qué color

serían, azules, marrones o grises. ¿No habría sido mejor que nunca lo hubieran concebido?

—Ay, no. Pero vos, ¿cómo ibais a saberlo? En fin, ¿qué pasó?

—No hay nada más que contar: que enterré a la vez a mi mujer y a mi hijo; y que hallo algo de consuelo en pensar que al menos descansan en la misma tumba.

—Pensaba que, a lo mejor, el niño había sobrevivido —dice la señora Neal.

«Y entonces, ¿dónde estarías ahora, Henry Hancock?». Sería un joven delgado, como la madre, piensa el señor Hancock; y con su mismo pelo oscuro, seguramente; pues así lo tenía el día que nació. «Sí», piensa, «se habría alistado en la Marina», y eso hace que se sienta feliz y orgulloso. De haber vivido, y haber llegado a ser un jovencito, ahora estaría al lado de su padre; habrían postergado el dolor de la separación, pero eso no la habría evitado. Pudiera ser que Henry Hancock no esté muerto en este mismo instante, sino solo lejos, muy lejos, y que la brisa de un océano antípoda le esparza los rizos castaños.

—Hubo quien pensó que, dadas las circunstancias, fue mejor que el niño muriera —dice él—; que así me quedaba yo libre para empezar una nueva vida.

—Pues yo no lo pienso —dice Angelica—. Porque un niño vivo siempre trae buena fortuna. —Arruga el ceño y lo mira a la luz plena de sus ojos azules—. Os han pasado cosas muy tristes.

—Nada peor que lo que les ha pasado a muchos otros.

—Puede, pero eso no quiere decir que usted lo sufra menos.

—Me tiene cuenta olvidar —dice—, pero con el sufrimiento, me queda también el recuerdo: si no, no tendría nada.

Ella todavía tiene la cara apoyada en una mano; se sienta más derecha y dice:

—¿Queréis que os diga lo que pienso?

Mas no lo oirá al cabo, pues en ese preciso instante, la puerta se abre de golpe, y ocupa todo el salón la presencia de un caballero ataviado con un abrigo rojo. Es muy apuesto; mira al señor Hancock, y dice solo una palabra:

—Fuera.

—¡Georgie! —exclama Angelica—. Pero ¿qué modales son esos?

Rockingham coge al señor Hancock del brazo y lo pone en pie a la fuerza.

—Que os larguéis —dice. Y se lo suelta tan a la cara que el señor Hancock le ve la cabeza blanca a la espinilla que tiene en el mentón. Entonces se vuelve a la señora Neal y le dice—: ¿Cómo que qué modales son esos? Para modales los tuyos, que metes a un hombre en casa.

—¡Y no hago nada malo con ello! Estamos aquí sentados, hablando, nada más. —Mira al señor Hancock.

—Así es —dice él—. He venido sin la menor intención.

—¡Primero les ofreces compañía! —escupe el teniente—. Así se empieza: tú misma me lo contaste. —Vuelve a encarar al señor Hancock—. Y vos, so imbécil: ¿qué os creéis que puede hacer ella por vos?

—Me voy. —El señor Hancock sale del salón con las manos en alto—. No paréis cuentas en mí.

—Y tú, ¿qué tienes que decir en tu defensa? —exclama la señora Neal—. Que vienes sin decir nada... y me buscas problemas para los que no estoy preparada... Tú, ¡que me has abandonado! —Sigue hablando atropelladamente—: A ver, ¿de qué me acusas? ¿De que acudo a uno de mis semejantes para descargar mi pecho...? —Le lanza una mirada por encima del hombro al señor Hancock, que está ya en el descansillo de la escalera—. Porque sola no podía con ello. Escuchadme, señor, tengo con vos mucho de qué hablar...

El señor Hancock sale de allí, y la puerta del apartamento se cierra con un portazo. Una vez en la calle, mira hacia arriba: no ve nada en la ventana, mas juraría que oye la voz de la señora Neal, que habla y que habla, y está muy nerviosa.

## VEINTE

—No tenías que haber venido así —dice ella, recomponiendo la figura; pues, si no adopta un tono conciliatorio, todo ha de darse por perdido—. Tenía planes para celebrar tu vuelta, Georgie: debías haberme dicho que venías.

Él se tira en el sofá; y, del peso, lo desplaza hacia atrás unos centímetros.

—Para que estuvieras sobre aviso, ¿no? —murmura él, pero lo dice casi sin ganas. «Algo va mal», piensa ella. Lleva un tiempo intuyéndolo, aunque se ha hurtado a sí misma esa especie de premonición: pero ya no hay manera de seguir ocultándolo.

Acude a sentarse a su lado; pero él la mira de tal manera que se queda parada en el sitio.

—¿Qué pasa? —pregunta Angelica; pero antes de que le dé tiempo a él siquiera a tomar aliento, lo suelta de golpe—: Porque si es lo de las facturas, ya lo sé. —Toma asiento al lado de él; pero enseguida siente que la mera forma que tiene él de sentarse, de responder a sus movimientos, ha cambiado. No puede decir qué es, pero lo sabe. Y vuelve a soltar lo del dinero—: Pero no pasa nada. No estoy enfadada. Es solo que enterarse así fue una conmoción, pequeña, más bien. Si me hubieras dicho algo, jamás me habría enfadado.

—Voy a dejarte —dice él.

—No —dice ella.

—Tú bien poco tienes que decir en esto —dice, con un resoplido—. Porque si me voy, me voy. Tan sencillo como salir andando por esa puerta.

—Pero es que yo... —Piensa que ojalá no le hubiera dejado al señor Hancock marcharse de allí. Porque entonces George no habría tenido ocasión

de pronunciar esas palabras; y, de haber explotado, habría sido por cualquier otra razón; cualquier otro motivo que habría quedado aclarado en el acto. Y todo seguiría igual que antes—. Si es por el dinero —dice a modo de tentativa—, podemos hallar la forma de solucionarlo.

Él dice que no con la cabeza, y vuelve a soltar el aire por la nariz, como si le sonara a algo absurdo lo que dice ella. Nunca lo había visto tan frío.

—La única forma de solucionarlo es esta: dejándolo. Y no intentes razonar conmigo porque harás el ridículo.

—Pero ¿cómo puedes dejarme así? —lo apremia. Ojalá pudiera aferrarse, como a un clavo ardiendo, a la seguridad que ofrece siempre la ira; pero es que lo necesita a su lado, y no puede mostrar ni siquiera la emoción más contenida. Coge aire y le toca el puño del abrigo—: Si soy casi como si fuera tu mujer.

Deja ahí los dedos temblando, un segundo que dura una eternidad, dos segundos. No alcanza a sentir nada más: solo eso, rezar para que ese tacto dure para siempre. Pero él quita la mano.

—No —dice él—. Tú eres mi amante. Y gastas sin tasa, y no conoces la moderación en tu modo de comportarte; en definitiva, que por ti me he arruinado. No puedo pagar las deudas que has contraído.

—¡Me vas a permitir que discrepe! Ha sido tu mala cabeza la que...

Él se pone en pie.

—Necesito una mujer que posea una fortuna, no una que me deje sin blanca.

—Por favor, George. —Ahora baja la voz—. Habla conmigo. ¿Has decidido tú esto o ha sido tu familia? ¿Es que quieren que te cases con otra? Porque sabes bien que no sería un obstáculo insuperable; hoy en día, ya nadie es fiel; a mí no tienes por qué dejarme. —Él mira la pared de enfrente, impasible. Sabe, por la señora Frost, que Angelica no soporta que la persona que esté a su lado no le haga caso. Ella sigue atropellándose al hablar—: No te pediré nada, ni me pondré celosa. Podríamos seguir como hasta ahora.

—Podríamos —dice él—, si no estuviera ya harto de ti.

Ante eso, se queda sin palabras. Pero por dentro, siente que se apodera de ella un gran vacío, que quizá sea mejor que colmarse del puro sentimiento.

—Pues entonces no tengo nada que decir —suelta ella, midiendo las

palabras—. Imagino que tu familia pagará tus deudas.

—Ni que te importase mucho eso a ti.

—Pero es que también deberían pagar las mías. Prometiste que me mantendrías; y hasta hiciste que te pasara mis gastos: lo que no sabía era que estaba contrayendo una deuda al hacerlo.

—Están a tu nombre esas facturas, ¿no? Pues las pagas tú. Y no me vengas ahora con que no sabes cómo.

Ella ya no tiene conciencia de nada más de lo que él dice. Por un momento, es como si no sintiera nada y, a la vez, como si fuera presa de una gran agonía: y tiene la sensación de que dos puños le retuercen las vísceras. Recuerda que lo sigue por el apartamento mientras él recoge las últimas de sus pertenencias. La señora Frost, de vuelta de algún mandado, los mira impassible. Y es ella la que lo acompaña a la puerta; Angelica va a la ventana y lo ver caminar a grandes zancadas todo Dean Street adelante. Las floristas, las dependientas del pañero y las putas engalanadas se acercan a él, le ponen las manos encima; o si no, caminan a su lado un trecho, pero en ningún momento vuelve la vista atrás.

Lo ve alejarse a buen paso, hasta que desaparece: nota un fondo negro que le nubla los bordes de la visión y un escalofrío que le recorre todo el cuerpo, como si se estuviera ahogando. Podría estar perdida en alta mar, porque debajo de ella, lo que hay es un vacío gigantesco y frío; y teme que le falten fuerzas para no ser succionada por aquella sima que se abre. «¿Me estoy muriendo?». Podría ser. Cierra los ojos y traga con todas sus fuerzas, luego se aparta de la ventana y dice en voz alta: «No, no; así no puede ser».

Y se pone manos a la obra. Va corriendo al tocador, y abre, toda decidida, un cajón tras otro, busca dentro las joyas más delicadas: el collar de cuentas de cristal veneciano; el brazalete de oro; los pendientes con sendos rubís engastados. La caja en la que ella tiene las labores de bordar, y la que él usaba para guardar el rapé, y los libros, y pone patas arriba la caja de costura para ver de qué puños y de qué petos puede deshacerse. Suspira horrores al hacerlo, pues cada trozo de tela que toma entre sus manos es ahora igual de hermosa que cuando la eligió; solo de ver la belleza que encierra cada flor bordada, cada estrella o festón, le duele el alma. Todavía no se ha cansado de ellos, no ha menguado ni un ápice la alegría que le da saber que realmente

son suyos: sin embargo, los empaqueta con todo el cuidado del mundo en una cesta para perderlos de vista y que se los lleven de allí.

—Eliza —la llama—, ayúdame. —Cuando llega la señora Frost, le da la cesta—. Empéñalo —dice—. Véndelo, lo que mejor convenga. Y esto, y esto.

—¿Es necesario deshacerse de todo así? —pregunta la señora Frost.

—¡Tú sabrás, que eres la que lleva las cuentas! —Rebusca en un cajón lleno de abanicos, y los va tirando sobre la alfombra, uno a uno, sin ni siquiera mirarlos. Luego le toca el turno a la ropa de algodón—. Vendrán a exigir que pague las deudas si se enteran de que me ha dejado; y a ver de dónde saco yo el dinero. Debe de ser un centenar de libras lo que debo, o miles. Y vendrán los administradores. —Gira sobre sí misma, con un amplio vuelo de la falda: ya no se controla—. Pero ¿es que tienen que enterarse? A lo mejor se puede evitar. —Va de un lado para otro, se retuerce los dedos sin cesar; y cuando habla, lo hace en desenfadada parla—: Ay, a lo mejor podemos pedirle que nos deje unas semanas de gracia..., que no le diga a nadie por el momento que ya no me mantiene... Si tuviera buen corazón y se hiciera cargo... No, mejor me voy de Londres por una temporada... ¿Al campo?... pero ¿adónde?

Está tan fuera de sí que a la señora Frost le da casi miedo. «Va a hacer una locura», piensa; y, para serenarla, la toma primero por los hombros, y luego la abraza. Está rígida; y el pánico se ha apoderado de cada centímetro de su cuerpo.

—Me parece que no —dice la señora Frost, con ternura—. Ya no nos va a ayudar más: se ha ido.

Angelica abraza fuerte a su amiga unos instantes, y luego se serena un poco.

—Pues entonces —dice en tono decidido—. Si no quieres que vaya a la cárcel, me tienes que ayudar.

—Pero seguro que hay alguien a quien puedes acudir —dice la señora Frost.

—¿A quién, Eliza? Ya no me queda ningún admirador. Como no he prestado atención a nadie más, ahora... —Le tiembla la voz, y da bocanadas, pero no llora—. Ahora he vuelto al punto de partida —acaba por fin la frase—. Solo que estoy bastante más entrada en carnes. Y esa arruga de la frente

está ahí a todas horas, no solo cuando arrugo el entrecejo. Sé lo que pasa cuando a una mujer como yo la abandonan. Llegan los administradores, y tiene que volver, lo quiera o no, al convento a abrirse de piernas; y, conforme envejece, los hombres que allí quedan a su alcance son cada vez menos, hasta que la abandonan del todo, hecha una ruina, una verdadera ruina. ¡Ay, Eliza! ¡Yo no quiero acabar así! ¡Todavía soy joven! Me parece que tenga quince años, ni uno más, y mira ahora cómo me veo.

—Puede que no sea tan malo como tú lo pintas —dice la señora Frost con cara de disgusto—. Porque si me llevo todo esto, es con la esperanza puesta en que lo recuperemos en un mes como mucho. —Se alegra de tener a Angelica con la rodilla hincada en tierra; eso hace que sea más tierna con ella, mucho más. Siente deseos de tocarla otra vez, y le pasa a la amiga la mano por los hombros—. Todo va a ir bien —dice—. Todavía eres joven; y eres bonita.

Angelica se da golpecitos con los nudillos en la frente.

—A mí me da la sensación de que he errado el paso. Tengo ya veintisiete años; y si estaba llamada a llegar a lo más alto, ¿no debería haber llegado ya? La verdad es que iba bien encaminada. Pero pasar del duque a Rockingham, jugar tan mal mi baza cuando estaba en mi sazón y todo el mundo me deseaba... ¡Ay, qué tonta he sido!

Por muy ufana que esté la señora Frost, de verse refrendada en su diagnóstico de la situación, no lo demuestra.

—Ese cachorrillo es un don nadie, un momento de enajenación que tuviste y que superarás. Te habrás olvidado de todo el asunto en seis meses. Y ascenderás, estoy segura de ello.

Angelica hace un esfuerzo por sonreír.

—Gracias, mi querida amiga; mi amiga del alma.

—Espero seguir siéndolo por mucho tiempo. —La asalta un pensamiento—. Lo que voy a hacer es mandar recado a la señora Chappell.

—¡Ay! —Angelica siente que necesita como el aire una figura materna; y le valdría cualquiera—. No —dice—. Eso sería una pésima idea: solo me faltaba que viera la abadesa en qué estado me encuentro.

—A lo mejor podría ayudarte.

—Claro, y bailar una gavota también podría, ¿no? Ni hablar. Lo que

tenemos que hacer es darle la menor importancia posible a este episodio. Se ha cansado el señorito de mí, ¿y a mí qué? Que vea todo el mundo que me trae sin cuidado. —Pasa revista a la habitación, ahora más serena; y, con los ojos, va haciendo acopio del botín que tiene allí acumulado—. Con un poco de suerte, a lo mejor no es necesario arramblar con todo esto —dice—. Porque si quiero recibir, me hará falta algo de esplendor. —Le falla otra vez la voz al sentir que, de nuevo, la invade la vergüenza—. Llévate solo estas joyas que tengo aquí apartadas, Eliza. Son de mucho valor. Vuelve a la joyería, ¡y les dices que no estoy nada satisfecha! Que no son de tan alta calidad como me habían prometido. Y exige que te devuelvan el dinero.

—Pero si no les pasa nada.

—Pues mejor que les pase algo a las joyas que a mí. Porque me hace falta el dinero. Con eso pagaré la primera factura que llegue. Y luego, a ver por dónde tiramos. Ah, y... —Se lleva la mano a la garganta y desabrocha el dardo de diamantes que lleva prendido al peto. Le tiemblan las manos, y no es capaz de mirar a la señora Frost a los ojos según le devuelve la primera prueba de amor que le regaló Rockingham—. Mira a ver cuánto te dan por esto.

Se queda sin voz. La señora Frost tiene la delicadeza de llevarse el broche y no decir nada; y sale de la habitación, dejando a Angelica sentada al borde del sofá, presa todavía de un ligero temblor, como si sintiera que ya no es suyo. Pasa los dedos por la mancha que dejó al caer un vaso entero de ratafía. «No estoy en la ruina; ni nunca lo estaré», se dice a sí misma. «Siempre hay una salida».

## VEINTIUNO

El callejón no tendrá ni un metro de ancho; y se respira en él ese aire tan particular que invade los barrios inmundos: un olor a frío; pero, sobre todo, a humedad entreverada de una peste a vegetación, como si le pusieran a una la mano de un ahogado debajo de la nariz. Huele a más cosas: primero, a los charcos secos de pis, con su tufo ahumado; luego, a un hedor tenebroso, como de cosas que se están pudriendo y no se ven. Polly no sabe si dar gracias o no por la oscuridad que lo oculta todo: ¿no será mucho mejor así, para ahorrarse la visión de todo el horror que una está a punto de pisar?

Según camina, siente detrás el aliento del hombre que ha pagado por estar con ella los próximos diez minutos; y se alegra de no tener que mirarlo a la cara: se trata de algún oficial carpintero, y la miró sin concesiones cuando ella le hizo las preguntas que le enseñó la señora Chappell: «Dale conversación a un hombre, y así lo halagas. Tienes que ganarte primero su intelecto; más te valorará así. Cualquiera chica puede follar, pero él no viene aquí por eso».

—Aquí mismo —dice entre las sombras, y nada más.

—Pero, señor, si tengo un cuarto justo al lado: ¿no preferís una cama y una copa de algo? Cantaré para vos si... —acaba en un hilo de voz.

—¿Para qué, para robarme? Ya os conozco yo a las de tu calaña. —La aprieta contra la pared, y ella grita instintivamente, sin poder evitarlo. Él le tapa la boca con la mano, y ella empieza a temblar y susurra:

—No, por favor, no me hagáis daño. —E intenta retirar la boca de la mano de él con una mueca del labio que es lo más parecido que puede ofrecer a modo de sonrisa—. Perdonadme —susurra—, perdonadme.

A él le huele tanto la dentadura cariada que es como si su boca fuera una fresquera, y un ama de casa un poco descuidada se hubiera dejado olvidada dentro una loncha de tocino ahumado.

«Busca, lo primero de todo, que te admire; y después, que te valore. No permitas en ningún momento que se olvide del preciado objeto que tú eres. Muéstrate en tu mejor sazón: como enviada de la mismísima Venus, y él no puede entrar en el templo si tú no lo invitas primero a cruzar ese umbral». No tiene por qué esconder el asco que le produce, lo cual, por un lado, es una bendición; pero es que, por otro, en casa de la señora Chappell nunca tuvo que disimular tanto. Porque a este hombre le huele la boca, pero también la ropa: a agua estancada y leche agria; a la salsa que le ha caído encima mientras comía una empanada de carne, y a su propio y espantoso olor de hombre, como el de un animal que lleva demasiado tiempo encerrado en un espacio reducido, y se revuelca en su propio sudor y en su propia mugre.

Nota detrás de la cabeza la humedad del liquen que crece en la pared. Ha perdido la cuenta ya de a cuántos hombres se ha ofrecido así: paralizada por el horror, con la sola idea en la cabeza de que ese sería el último. Pero las monedas se desvanecen de su mano, como por arte de encantamiento, a las pocas horas de habérselas agenciado; y todo, para pagar los gastos del día a día. Cortezas de pan, cabos de vela, ginebra: y ya no le queda nada, y tiene que volver a la calle a por otra ronda. ¡Qué pronto se ha convertido eso en rutina para ella! Mientras se levanta la falda, piensa: «Esto no puede seguir así». Todavía tiene la nota de Simeon en el bolsillo, aunque se ha jurado a sí misma no volver a mirarla siquiera. «En cuanto pase esta noche, me iré a toda prisa de la ciudad. Aquí soy presa fácil».

Se está desabrochando el cinturón, y ella alarga la mano para guiarlo, pero él se la aparta de un manotazo y, apoyándole un codo contra el pecho, la embiste. La sujeta tan fuerte contra la pared que ella cree que le va a hacer algún daño irreparable; le oprime con el brazo los hombros de tal manera que teme que acabe lastimándole el esternón. Y cuando intenta cambiar el apoyo entre sus brazos para ponerse más cómoda, él suelta una maldición y la sujeta todavía más fuerte. Según la está follando, ella da con la cabeza contra la pared; y querría ponerse un brazo detrás, para que hiciera de almohadilla, pero tiene miedo de que eso vuelva a impacientarlo. «Pero si acaba en un

santiamén», se dice a sí misma, «entonces, serán míos los seis peniques». Así que aguanta, con la cabeza dando golpes contra la pared, preguntándose cómo ha llegado a parar allí. Porque fue dejar atrás la protección de la señora Chappell y entrar, sin saber, en un mundo que, aunque se parece a Londres, nada tiene que ver con Londres; igual que sus habitantes, que nada tienen que ver con los londinenses que ella conoció. «Aquello era como vivir en un ensueño», piensa, «una especie de glamur». El hombre empuja ahora más rápido; oye cómo le chocan los dientes, entregado a la consecución de un único fin; y oye también la respiración, rasposa, en la garganta: ha avistado su presa y se ciernen sobre ella. «Aunque quizá —y a sí misma se sorprende de pensar tal cosa— era mi propia vida la que tenía ese glamur. Camas de plumas y caballeros galantes; leche caliente para desayunar; riqueza que llamaba a más riqueza, y solo había que alargar la mano para cogerla. No es posible que todo aquello fuera verdad. No es posible que yo haya sido tan afortunada».

Cuando él acaba, ella camina sola por el callejón. Le tiemblan las rodillas, y le arde el sexo; los restos de él le van bajando por la cara interior del muslo: cálidos primero, pero fríos en cuanto se impone la temperatura exterior. Para un momento a limpiarse con las enaguas; y, al agacharse, le da el denso olor a hueva de pescado y hongos tan característico de la esencia de un extraño, que va formando costras ya en los pliegues del vestido de lentejuelas. «A lo mejor me llevan a la horca por esto», piensa. «Ya solo las enaguas valen quince chelines. ¡Con eso compraría leche para el desayuno! Debo de haber estado soñando», y le suenan las tripas. Se apoya contra la pared y agacha la cabeza, como si fuera a vomitar: pero solo escupe, y cierra los ojos porque el mundo le da vueltas. A modo de consuelo, mete la mano entre la falda y busca la faltriquera, que cuelga contra la piel del muslo, porque quiere sentir de nuevo el tacto del papelito en el que Simeon dejó constancia de su pulcra letra. No había pensado antes recurrir a ello, pero ahora, después de este golpe que le ha dado la vida, uno más en los últimos días, el mero hecho de pensar en lo amable que fueron las intenciones del lacayo es puro bálsamo para ella; y lo coge con los dedos, aunque no hay luz suficiente para atisbar qué quieren decir aquellas letras pequeñas y retorcidas que él garabateó allí. «¿Pensaré acaso en mí?», se pregunta, y se arroja con el escaso abrigo que le

proporciona el chal. Entonces, mientras vuelve a ocupar su sitio en la calle, sacude la falda vaporosa, y piensa: «¿Es momento ahora para ir a ese sitio que me ha indicado él?».

¡Ay! ¿Cuántos mundos contiene la Tierra y cuántos tendrá que atravesar ella antes de llegar al próximo?

## VEINTIDÓS

Una semana después, llega una carta de lo más singular a la oficina del señor Hancock, que acaba de volver en diligencia nada menos que de Oban. La abre sin sospechar lo que contiene, y halla la letra florida de Tysoe Jones, que se despliega por todo el papel como una enredadera que abrazara la página. Lee:

Querido amigo:

¡Maravilla de maravillas! Disculpad que no respete el protocolo epistolar, pero es que tengo algo tan extraordinario que contaros, que no acierto ni a comenzar esta carta. Prefiero meterme de lleno en la historia a narraros: ¿no lo preferís también vos?

Después de llevar mis pesquisas a varios puertos, me hice amigo de unos balleneros que faenan bien al norte de las islas escocesas; y al tercer día que salí con ellos a marear, dimos con una vera sirena. Había quedado atrapada en las redes de un barco de pesca, que la tomó por un banco de arenques, de lo grande que era y por cómo le brillaba la piel. La izaron a bordo, cual si fuera un tesoro de plata, todo brillante; pero nada más tocar cubierta, reventó la red y saltó al agua otra vez. Como fuera que la atraparan de segundas, empezó a chillar, cruzando la bahía de arriba abajo, igual que un mistral, arrastrando el barco detrás de ella: y así toda la noche; hasta que, por fin, al alba, sucumbió de cansancio.

Es muy grande, y está en perfecto estado, y pardiez que no se parece a nada que haya visto uno antes; aunque bien se conoce lo que

es.

Os saluda,

## CAPITÁN TYSOE JONES

Cree, por un instante, que va a desmayarse, pero enseguida logra sobreponerse. Ni se molesta en calarse el sombrero, mirar el correo diario o ver cómo tiene la agenda: simplemente se levanta de la silla, se pone el abrigo y sale de la oficina.

Jamás en su vida ha caminado tan aprisa. Debería tomar un birlocho, pero tampoco ahorraría mucho más tiempo, porque las carreteras están más atestadas que nunca. En vez de eso, lo que hace es abrirse camino entre carretas y carruajes, y lecheras con las vasijas colgando del balancín, a trote tan vivo que le parece que le va a estallar el corazón. Lo pilla desprevenido un lechón medio salvaje, de magro cuerpo y pelo hirsuto y negro, que sale de un corral e impacta contra su rodilla; y cuyo peso le hace perder el equilibrio, y trastabillar, ante el pinchazo de dolor. Pero el cerdo sigue su camino, chilla hasta enronquecer, y le deja una mancha repugnante en los calzones.

En Dean Street, va derecho a casa de Angelica; y una vez allí, llama con el bastón. Pero algo ha pasado, porque la puerta está abierta, y llega de dentro ruido de una gran conmoción: un traqueteo de pies nerviosos, voces en alto. Empuja la puerta y entra al pequeño recibidor de paredes oscuras. No hay nadie, ni siquiera la cara vigilante de la señora Frost, que pone siempre tanto cuidado en acechar para ver quién sube por las escaleras.

Allí parado, aguza el oído. Vuelve a escuchar ruido de pies a la carrera en el piso de arriba. Y la voz de Angelica, cascada e histérica:

—¡Ay! ¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

—¡Cálmate! —llega la voz de la señora Frost, casi tan estridente como la de Angelica.

—Pero ¡si me dijo que me amaba! ¡Me dio su palabra!

—Y tú no le hiciste firmar un acuerdo, o sea que eso ahora no vale para nada —dice otra voz, bastante más calma. Y el señor Hancock reconoce en esa voz a la de la señora Chappell.

Llega un nuevo golpe de sollozos, y el señor Hancock ya no aguanta más:

sube a toda prisa las escaleras. Cuando entra en el salón de Angelica, lo halla casi sin muebles: ha desaparecido el sofá, y los armarios, el escritorio, las copas, la jaula dorada. Hay un extraño eco entre aquellas cuatro paredes, desprovistas como están de todo obstáculo que impida la propagación del sonido: suena a hueco. Hay montones de desechos apilados en el suelo aquí y allá: vestidos hechos un ovillo, pilas de libros; y la señora Frost va de uno a otro, metiendo lo que le interesa de cada uno de los montones en un saco grande.

En el centro de la estancia, la señora Chappell lo contempla todo en jarras, con aguerrida pose, mientras mira con cara de disgusto a Angelica, arrodillada a sus pies en compungido gesto. Tiene los rizos enmarañados, y han perdido brillo; y la bata de cretona está abierta y deja ver que solo lleva un camisón debajo. El señor Hancock no la había visto nunca en ropa ligera de estar en casa: hace lo posible por no mirar, pero le ve el contorno del busto y las nalgas, porque se le transparenta la fina tela.

—¡Ay, señora Chappell, querida señora Chappell! —exclama Angelica, entre grandes sollozos—. Llevadme de vuelta a King's Place. Os daré todo lo que gane. No os privaré ni del más mísero penique. Les enseñaré a las chicas lo que vos me enseñasteis, haré lo que sea. ¡Lo que sea! Pero, por favor, ¡sáqueme de la penuria!

—No tengo sitio para ti.

Angelica se dispone a soltar otra andanada de sollozos, y echa los brazos a las pantorrillas de la señora Chappell.

—¡Salvadme! —gime—. Sois lo más parecido a una madre que he tenido nunca...

—¡Oh, salvadme! —la imita la alcahueta, y se la sacude de encima—. Ni aunque fuera tu madre: se me ha agotado ya la paciencia contigo. No, señora: me has fallado varias veces; has demostrado que no puede una fiarse de ti, que tienes un carácter pésimo. No puedo tenerte en mi casa porque todos los hombres saben que te gastarás siempre el doble de todo lo que te den. Estoy aquí solo para ver con cuáles de tus posesiones me quedo, y que puedas así devolverme algo, y cuando digo algo, es solamente algo, de todo el dinero que puse en ti. Y es el último favor que te hago.

—¡Devolveros el dinero! —pregunta Angelica—. Pero si ya quedamos en

paz. El duque, él pagó por mí.

—Me refiero al dinero que he donado para mantenerte estos últimos meses, puesto que Rockingham no podía.

—Pero yo no... ¿Eliza? —Angelica se vuelve hacia la amiga.

—Nos hacía falta —dice la señora Frost con cara de impotencia—. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿Le pediste dinero a ella? —Angelica sucumbe entre grandes espasmos; es como si las muñecas y los antebrazos los tuviera de gelatina, y cae al suelo—. Ay, Eliza, pero ¿cómo has podido hacerme esto?

—Con bastantes pocos escrúpulos por su parte, por cierto —tercia la señora Chappell paladeando cada sílaba—. Y me debes ciento veinticinco libras; así que, como comprenderás, he venido a recuperar lo que es mío. —Va arrastrando los pies hasta el dormitorio, con la señora Frost pegada a sus talones.

Angelica no puede parar quietos los hombros; baja la cara al suelo, y deja la frente pegada ahí, como si fuera un musulmán en plena oración; y, de hecho, eso es lo que suspira:

—¡Oh, Dios; oh, Dios! ¿Qué puedo hacer?

Por fin, el señor Hancock se atreve a abrir la boca:

—¿Qué ha pasado aquí?

Angelica se levanta como por un resorte. Tiene la cara empapada y llena de manchas rojas, y los ojos hinchados.

—¿Cómo dice usted, señor? ¿Señor Hancock? —acierta a balbucir, y se limpia la nariz con el dorso de la mano. Hace por sonreír, y suelta, como en un torrente de palabras—: Señor Jonah Hancock, el hombre de la sirena: hoy no os esperaba.

—¿Qué está pasando?

Ella se pone de rodillas, busca desesperadamente un pañuelo.

—Si os digo la verdad, señor, que creo que estoy en la ruina. —Se empapa a golpecitos la cara; luego ensaya a soltar una risita. Le chorrea la nariz: recoge los mocos con el puño, pero suelta más, y se le llenan los ojos de lágrimas—. Me han abandonado: un amigo de lo más mudable en sus caprichos. Y, por tanto, mis cuentas están sin pagar, y tengo acreedores por toda la ciudad, deudas de las que no tenía noticia ni siquiera hace una

semana. Hasta la señora Chappell —deja de hablar para tomar aire, igual que haría una caballa que sacude la cabeza en la cubierta de un barco—, hasta ella ha contribuido a mi penuria. Hasta Eliza. ¡Me han empujado, de cabeza, a las fauces de mis deudores! Y no me ayudan.

—Vaya. —Está dubitativo en el vano de la puerta. Llega del dormitorio el ruido de las otras dos, que miran a ver qué queda que valga algo.

—Hay un almohadón mejor que ese —se oye decir a la señora Frost—. ¿No advertís que tiene un remiendo? Pero, esperad, dejadme mirar aquí: yo creo que hay un cajón entero de ropa de cama que podría servirlos...

—¿Lo veis? —dice Angelica toda enfurruñada, y se limpia los mocos con un pliegue de la bata—. ¿Qué os parece? Por ellas, como si estuviera muerta. Menudos buitres: les falta tiempo para caer sobre mis cosas.

—Quizá es mejor que me vaya —dice él.

Los ojos enrojecidos de Angelica, empañados en lágrimas, los tiene clavados en sus manos, con las que se aferra al regazo.

—Sin duda alguna —suspira ella.

El señor Hancock retrocede hasta el descansillo. Dentro, oye el ruido que hace la blanda espalda de Angelica al caer sobre la tarima; y luego, un reguero de sollozos que ella apenas logra sofocar. Él se retuerce las manos, angustiado, en el pasillo a oscuras. Luego vuelve con paso quedo a la sala. Se agacha al lado de ella y mete en el pequeño puño de Angelica su propio pañuelo, áspero y voluminoso, como una vela desplegada.

—Pero ¿quién va a cuidar de vos?

Ella alza los hombros en señal de impotencia; la cara, medio oculta entre los pliegues de tela.

—Me las arreglaré bien —dice—. Ya encontraré la manera.

—¿Queréis decir que no hay nadie?

—Parad la vista en torno, señor —dice—. ¿Veis aquí a algún alma samaritana? Pues no, señor. Cuando el barco se hunde, las ratas lo abandonan. Hasta mi fiel adúladora, la señora Frost, me ha abandonado.

—¿Y qué pasa con vuestras deudas? ¿Eso quién lo paga?

—Pues ¿quién si no yo?

—Pero si no tenéis medios.

—Pues entonces iré a la cárcel.

El señor Hancock es de talante pecuniario: a eso se reduce todo. Solo oír la palabra «deuda», ya le mete el frío en el cuerpo; es un agujero negro, una maldición, un cómputo horrísono siempre esa palabra. Nadie puede ir con la cabeza en alto después de haberse arruinado, pues todo el mundo sabe que hubo juicio y se pasó sentencia, y fue hallado culpable. Solo hay concebible algo peor, y es la muerte, que la supera solo por un estrecho margen. Pero no es culpa de la señora Neal; ella solo ha quedado fuera del orden natural de las cosas; y esa red de ganancias y herencias que tenía que haberla salvado de cualquier salto mortal, ha desaparecido debajo de sus pies.

—Yo os pagaré las facturas —dice el señor Hancock.

Ella se suena la nariz con ganas.

—¿Vos? ¿Lo haríais? —Y se acuna sobre él, dejando reposar la cabeza en el hombro del señor Hancock. Entonces él la rodea con el brazo y vuelve a sentir esa suave y deliciosa cadencia de su cuerpo, liberado del corsé—. Mis deudas ascienden a mucho dinero, señor. No tenía yo conciencia de que llegarían a tanto.

—No importa. Puedo pagarlas.

Vuelve hacia él la cara mojada; en este preciso instante, no es muy bonita, cierto; pero lo enrojecido de los párpados le resalta los iris azules.

—Y ¿por qué ibais a hacerlo? —pregunta ella.

Porque para él es algo obscuro ver que una persona se arruina dos veces; y porque si está en su mano corregir este desequilibrio en el mundo, eso sería miel sobre hojuelas.

—Ah —dice él—. Os he conseguido una sirena.

—¡Una sirena! —exclama ella, como haciéndole burla; mientras se enjuga los ojos y sucumbe al hipo de las últimas lágrimas—. No es cierto.

—Lo es. —Saca la carta, y ella entrecierra los ojos al leerla, mientras él dice extasiado—: ¡Es una señal! Dos sirenas en solo una vida, no está mal el promedio, ¿a que no?

—Tiene todo pinta de ser un completo dislate —dice ella, con un resoplido—. ¿Qué es toda esta palabrería que ha escrito? Seguro que cuando llegue, no será más que el cadáver de algún macaco; como el que aquí la señora os alquiló a vos, y que nos llevó a todo esto.

—No, no: nada que ver... —Y es que, aunque apenas pueda dar crédito a

sus ojos, lo que le van a traer es una sirena viva: con ese cuerpo pulido y aerodinámico de los peces; robusta como una ballena; y no es una burla, sino lo mejor que sueña todo Londres, y que le van a entregar en mano a él y a nadie más.

—Y este capitán, ¿quién es? Porque, que os tiene bien embaucado, eso sí que es cierto. Así se expresan los charlatanes, no os quepa duda.

—Me fío incondicionalmente de él —dice el señor Hancock con cierto enojo—. Esta criatura es auténtica, sin duda. Y será vuestra.

—Y ¿ahora para qué la quiero? Esto que ha pasado me ha quitado las ganas de sirenas. —Angelica pasea la vista de nuevo por el apartamento vacío; pero se arrepiente de lo que ha dicho en cuanto le ve la cara al señor Hancock, viva expresión del más completo desconsuelo—. Bueno, pero me da igual. —Sorbe fuerte el aire por la nariz, y empieza a pasarse los dedos por el pelo, hasta que logra parecerse bastante a la imagen que él guardaba de ella. Ya no tiene esas manchas rojas en la piel; y los ojos, aunque siguen enmarcados por líneas rojas, han recobrado el brillo y la viveza—. Porque me habéis traído justo aquello que os pedí, aunque pensé que sería imposible. — Y le aprieta la mano: tiene los dedos mojados y calientes. Luego le empieza a temblar el labio de abajo; al parecer, de manera involuntaria, y dice, como si se estuviera ahogando—: Sacadme de aquí, os lo ruego.

—Así es, en efecto: debéis venir a casa conmigo —dice él. Pero luego duda—: ¿Sabéis que mi casa no es señorial? No tiene nada que ver con vuestra presente situación.

—¡Mi presente situación! Pero mirad a vuestro alrededor, señor, y decidme: ¿qué tengo? ¿Qué hubo aquí que alguna vez fuera mío? Por favor, os lo ruego: si estáis seguro de que os vais a quedar conmigo, no me importa adónde me llevéis.

Vuelven la señora Frost y la señora Chappell, con los brazos llenos de almohadones de pluma de ganso. Saludan las dos al señor Hancock con una leve inclinación de la cabeza: Angelica les lanza una mirada, pero sigue de rodillas, sin soltar la mano del señor Hancock.

—Una petición sí que tengo que haceros —dice—, y además es urgente.

—Hacedla.

Fulmina con la mirada a las que antes fueron sus amigas, que se debaten,

allí de pie, entre el asco y la preocupación.  
—Quiero que os caséis conmigo.

# LIBRO III

# UNO

*Febrero de 1786*

—Eso no es posible —dice en tono cortante Hester Lippard, que no gana para ruedas, de todas las veces que tiene que ir a uña de caballo a casa de su hermano. Ni se ha quitado la capa al entrar, y sigue impertérrita en el pasillo: una zona de tránsito que a él no le parece nada apropiada para ponerse a discutir—. Esa mujer aquí no puede vivir.

El señor Hancock está de muy buen humor, y no perderá la sonrisa así como así.

—Buenas tardes, hermana. ¿Cómo estás hoy?

—¡Ay, Dios! Pero mira que ni el menor asomo de contrición veo en ti. Jamás os tuve yo por un libertino, señor mío: pero es que además de echarte una puta, te la has traído a vivir a esta casa y le prodigas todo el dinero de la familia Hancock. —Mira a su alrededor, buscando pruebas de la depravación en la que ha caído su hermano: una liga por el suelo aquí, quizá; o un balde de ponche lleno a rebosar, más allá—. Recién pintado, ¿a eso huele, no?

—Hemos llevado a cabo algunas reformas.

—Vaya, ¡o sea, ya está bien instalada la señora! Menudas libertades que se toma, en una casa que ni siquiera le pertenece. —Está cargada de tanta electricidad, que parece un milagro que no rompa a arder con una de las chispas que echa literalmente por la boca.

—La casa es mía —dice él sin alzar la voz.

—¡Es de nuestro padre! ¡De nuestro abuelo! ¿En qué estabas pensando para meter a esa lagarta en nuestro nido? Imagino que bien poco te importa

echar a perder a Sukie: dirás que eso no es asunto tuyo.

—Nadie va a echar a perder a nadie —dice.

—A la ruina nos vas a llevar a todos —pontifica ella, con evidente deleite.

—Hermana, tú no dependes de mí.

—No puedo llevar la cabeza alta entre las personas de mi entorno. ¡No puedo! Sales del fuego para entrar en las llamas. ¿Te crees tú que los clientes del señor Lippard no se dan cuenta? «Hoy monta un espectáculo circense; mañana se busca una amante. ¿De qué familia venís, señora Lippard?». Eso me preguntan. Es más, la señora en cuyo negocio está de aprendiz mi William, y menudos seis meses de sacrificio que lleva el pobre, está muy fría con él últimamente, y solo cabe deducir que tiene todo que ver con tu conducta. Y bien sabes tú lo que le cuesta a William que una mujer se fije en él; por no hablar de que la dama en cuestión está nada menos que en doscientas al año. O sea, que si, después de esto, no lo quiere más en su casa, la culpa será tuya.

—Pues que lo sea —dice él.

—¿Cómo dices?

—Si así te lo tomas, yo no puedo hacer nada.

—Ay, ¡que ni siquiera lo sientes! ¡Ni un tanto así! Pero ¿a ti qué te pasa?

Angelica está arriba, en su cuarto, abrochándose ella sola el corpiño de un vestido liso de color óxido, pues Bridget ha tenido que bajar a abrir la puerta. Lleva diez días en la casa, pero ya ha ordenado que pinten la oscura pared del dormitorio, y cambien las cortinas que cuelgan del dosel de la cama por una tela de flores de lana de la India. Un detalle delicado, seguro, pero que dista mucho de ser un derroche. Los barcos crecen a su alrededor, y ella vive en una especie de convalecencia: se va pronto a acostar y se levanta tarde; y come platos con poco condimento, nada ostentosos, como un inválido o un niño pequeño. Viste pulcramente; lleva la cara lavada, y una vida tranquila, irreprochable, en esa casa de robustos cimientos que parece salida también de un astillero. No hay nada que se acerque lo más mínimo al lujo al que ella está acostumbrada, pero que no se lo toquen: a veces va de un cuarto a otro solo por acariciar la madera de la que están forradas las paredes; los macizos muebles, el vidrio soplado de las ventanas. Pasa rozándolo todo con las

yemas de los dedos, y piensa: «Esto es mío, y esto, y esto». Puede ir desde el salón (que ha mandado pintar en verde pistacho) al despacho del señor Hancock siempre que se le antoje: y ver allí la caja de caudales, y los libros mayores, y la misma espalda del señor Hancock volcada sobre la mesa de trabajo, enfundada en paño de color ante; y, aunque él no haga que Angelica se sienta como la han hecho sentir otros hombres, le basta con que esté contento de verla, que quiera tenerla allí, que la haya elegido como parte de su familia. Los años de Londres, con sus desmanes y porfías, son casi ya tiempo pasado para ella: ni ha sentido ganas de escribir a sus amigas, ni pena por no recibir noticias suyas.

Le llega, de dos plantas más abajo, el tono intimidatorio en la voz de una mujer, y no le cabe ninguna duda de quién pueda ser. Todavía no conoce a la señora Lippard; mas, por la descripción que le hizo el señor Hancock, y por cómo se comporta con ella Sukie Lippard, tiene una idea bastante precisa de qué tipo de mujer pueda ser.

—¡Sukie! —ladra la señora Lippard—. ¡Susanna! —Y Angelica siente agitarse a la niña en el salón, debajo de ella.

«Voy a bajar yo también», piensa, «y a ver si me gano a esa mujer». Se ahueca el pelo, ata el delantal que le cubre la parte delantera del vestido, y se dispone a bajar las escaleras. Sukie asoma en ese instante por el descansillo del piso de abajo, con un libro en la mano.

—¿Es tu madre? —pregunta Angelica.

—¿Cómo lo habéis adivinado? ¿Queréis bajar vos también a conocerla?

Angelica todavía no tiene catalogada a Sukie; sobre todo, porque Sukie no sabe todavía qué pensar de Angelica. Nota que nada de lo que haga en presencia de la niña le pasa desapercibido a esta. Sea la que sea la información que va acumulando sobre la nueva adquisición de su tío, lo que intuye de ella cuando la ve extender la mantequilla en el pan, leer una carta, sacudirse el polvo de la capa, o cerrar las contraventanas, la niña no suelta prenda. Está claro que ha visto de Angelica más de lo que a esta le habría gustado mostrarle, y eso desconcierta a la antigua cortesana.

—¿Qué le has contado de mí? —se aventura a preguntar, dejando que Sukie baje la escalera delante de ella. Por eso no le ve la expresión de la cara.

—¿Yo? Yo no le he contado nada.

—Sukie. —Hester Lippard—. Por fin te dignas a unirte a nosotros.

—Estaba en el salón —dice Sukie—. Está la lumbre encendida. ¿Por qué no subís?

—Ah, pero ¿puedo subir? ¿Cómo voy a osar? ¿No es ahora la casa de esa...? —Justo en ese momento, Angelica asoma por la escalera. Y la señora Lippard se vuelve hacia su hermano—. ¿Es esta la joya que has traído? Te pasas años y años negándote a aguantar a una mujer en esta casa, por ahorrarte las molestias y el dinero, ¿y ahora te nos echas una amante?

—No es mi amante —dice el señor Hancock—. Es mi esposa.

Angelica jamás ha visto a nadie ponerse lívido en tan poco tiempo. La señora Lippard, que nunca gozó de una cara muy rubicunda, ahora la tiene verde.

—No lo dirás en serio —susurra.

Angelica baja los últimos escalones con los brazos extendidos.

—Buenas tardes, hermana —exclama—. Es un placer para mí llamarme pariente vuestra. He oído hablar tanto de vos, y veo que todo se ajusta a la verdad.

Hester se ha quedado casi sin palabras, pero le queda alguna para verbalizar su desaprobación:

—Pues vos sí que no os parecéis a vuestro retrato; aunque, claro, será porque ahora estáis vestida.

Angelica sabe lo que le cuesta a una mujer construir un imperio. Sabe también que una mujer que tiene enteramente en sus manos las riendas del destino jamás recurre a los malos modales, por eso irradia ahora una especie de satisfacción. Estrecha la mano de la señora Lippard, y le dedica la más meliflua de sus sonrisas. Sukie no da crédito a sus ojos; apenas si puede reírse por lo bajo, muda de asombro.

—No sé de qué te ríes —dice la madre—. Porque lo que está dilapidando tu tío es precisamente la parte que a ti te toca: toda la fortuna que tu abuelo tardó tanto tiempo en amasar; y de la que no veremos nunca ni un penique, una vez esta mujer haya acabado con ella.

—Yo también he hecho mucho dinero por mi cuenta últimamente —tercia el señor Hancock.

—Por mucho dinero que tú hagas, ella se gastará el doble —lo corta en

seco la señora Lippard, y vuelve sin demora a su interrogatorio—. O sea, que casados. Y ¿cuándo? ¿Cómo es que no nos hemos enterado?

—Hace tres días. Sin decir nada a nadie, antes de desayunar...

—Ah, pero esto ya es demasiado. ¿Un matrimonio legal, lo que se dice legal?

—Así es.

—Pues no me lo creo. Porque no he leído que se hayan corrido las amonestaciones. Si no, ya me habría enterado yo.

—Ah, no —interviene Angelica—, nos casamos sin amonestaciones. Es mucho más rápido. Y no tan vulgar: porque mira que hacer que todo el mundo se entere de la vida privada de cada uno y que chismorreen sobre ello.

—Y bien orgullosa que estaréis vos, ¿no?, de que vuestros paños sucios no se laven en público en una iglesia. —Hester vuelve a centrar su atención en el señor Hancock—. ¡O sea, que te ha cazado pero que bien cazado! Y has pagado tu buen dinero para acelerar esta boda, porque imagino que no te has parado a preguntarte cuántos maridos llevará ya a sus espaldas la puta esta.

—¿Vais a consentir que me llame eso? —interpela la esposa—. ¿A permitir que ofenda así a mi honor?

Las tres mujeres se lo quedan mirando: Sukie, presa del embeleso —eco de la mirada inadvertida que le dedica a su amo Bridget, entreabriendo la puerta de la cocina—; Hester y Angelica, luciendo cada cual idéntica afrenta a su feminidad. El señor Hancock le tiene miedo a la ira de su hermana desde la más tierna infancia; pero la de su recién maridada, todavía no la conoce. Hay un brillo fiero en sus ojos, y es como si el pelo se le hubiese erizado y tuviera llenas de espinas las faldas.

Hester, que ve a su hermano dudar, vuelve a la carga:

—¿Cuál es su dote? ¿Qué puede aportar ella al matrimonio, si viene cargada de deudas? Y ¿vas a criar tú de tu bolsillo los hijos bastardos que tengas con ella? ¿Cómo vas...?

El señor Hancock ya ha oído bastante.

—No, eso no lo pienso aguantar —dice en tono cortante—. Le estás faltando el respeto a mi mujer, y eso no te lo voy a consentir.

—¡Anda! ¡Eso me gusta! ¿Que le falto yo el respeto? —dice Hester, como si estuviera conmocionada. Angelica, por su parte, da una palmada y se

lleva ambas manos al cuello.

—Y a ti misma también —dice el señor Hancock, a quien el gesto divertido de su mujer sirve de acicate—, que hablas así de mal a una mujer que te ha abierto las puertas de su casa.

A la señora Lippard le tiembla una vena en la sien.

—Pues amén. Si tú no echas a esta mujer de tu casa, no me queda otra que llevarme a mi hija de aquí.

Se quedan todos sin habla.

—Pero Hester, no hace falta ponerse así.

—Venga, Sukie —dice la señora Lippard, como si no hubiera abierto la boca hasta ese momento, y toma a su hija del brazo—, que te llevo a casa. — Sukie suelta un grito, se zafa de la mano de su madre, y sale corriendo escaleras arriba. La señora Lippard mira a su hermano—: Aquí no va a quedarse ni un minuto más. Ninguna hija mía tiene por qué aguantar un entorno tan ponzoñoso.

—La chica se quiere quedar —dice Angelica, pero la señora Lippard sale escaleras arriba, en pos de su hija. Ascende la refriega y el estrépito de pasos según va subiendo Sukie, y se les ven los pliegues de la falda, ondeando cual banderas, entre los barrotes.

—Dios santo... —Angelica se palpa el vestido, buscando el abanico; hasta que cae en la cuenta de que ya no usa, y se da aire con las manos—... Yo pensaba que iba a llevar una vida más tranquila. —En la planta de arriba, se oyen los gritos que dan madre e hija mientras discuten—. ¿Y bien? —El señor Hancock no se mueve del sitio, petrificado, al parecer—. ¿No vais a poner orden en todo esto?

—No es asunto en el que deba terciar.

—¡Terciar! Sois el hombre de la casa, ¿o no lo sois? Vuestra palabra es la ley.

Él la mira, impotente.

—Dejémosle que se salga con la suya.

—¿Y vos? ¿Vais a dejar que se la lleve? ¿Eso es lo que queréis: que se la lleve?

—¡Chis! —Se lo ve violento, fuera de lugar—. No quisiera perderla por nada del mundo, pero no hay quien razone con mi hermana cuando se pone

así. Mejor dejar que se salga con la suya y traer a la niña de vuelta otro día.

—No creo que la solución sea esa. —La señora Lippard baja por la escalera, y trae del brazo a Sukie, que no para de llorar—. Decid algo —lo apremia Angelica con un hilo de voz, pero su marido se lleva la mano al pañuelo anudado al cuello y no suelta palabra: no se atreve a mirar a la pobre Sukie a los ojos.

—Sukie —proclama la señora Lippard—, ¡fíjate bien lo que te digo! Prefiere a la puta antes que a los de su propia sangre. Es difícil de creer, pero así es la vida.

A la pobre Sukie la zarandean como a una gorra que todo el mundo se prueba en un mercado de feria. Se tapa las manos con la cara.

—No dejéis que se me lleve —dice—. Por favor, tío, decidle que no.

Bridget no se resiste a salir corriendo de la cocina y abrirse paso, desplazando a su amo, hasta el centro mismo de la escena, donde se abraza a su amiga: las dos niñas se lamentan a una, mientras Hester Lippard tira, tenaz, del brazo de su hija.

—¡Tío, tío, no la dejéis! —suplica Sukie, entre grandes sollozos, pero la que da un paso al frente es Angelica.

—A callar —dice, con voz de gran autoridad—. A callar todo el mundo y óiganme.

La señora Lippard lo toma como una afrenta y se le encara. En la calma tensa que se crea, lo único que se oye son las espasmódicas boqueadas que da Sukie.

—Vos ¿qué es lo que queréis? —pregunta Angelica.

—Pues ¿qué he de querer? Mantener a salvo la virtud de mi hija.

—¿Y si yo os dijera que no peligrata cosa?

—No os creería. Además, la mujer del César no solo tiene que ser virtuosa, tiene que parecerlo. Y no pienso consentir que viva en esta casa.

—Cierto: las apariencias lo son todo. Así que, ¿cómo podemos salvaguardar las de esta niña? —Angelica mira a su marido—. La sociedad tiende a pasar por alto todo tipo de carencias y rarezas si hay dinero de por medio.

—¿Qué sugerís? —inquire él con gesto serio.

—Sí, por cierto: a mí también me gustaría saberlo —dice la señora

Lippard.

—A ver, ¿se le ha asignado ya una dote? Y no me digáis que tiene, ¿cuántas?, seis hijas más. Porque supongo que ya se han llevado la parte del león de lo que unos padres tan entregados han podido ahorrar a tal fin.

—Es verdad que sus perspectivas no son tan halagüeñas como las de sus hermanas mayores —admite Hester Lippard.

Angelica niega con la cabeza:

—E imagino que sus maridos os han vaciado a vos las arcas al pedir una cantidad más elevada...

—¿Y cómo se lo íbamos a negar, si están casados con nuestras hijas, y tienen que sacar adelante a nuestros nietos? —se lamenta Hester—. Los hombres jóvenes de hoy día se manejan a las mil maravillas con el dinero de otros.

—Y entonces, ¿cuánto le queda a su Sukie? —pregunta Angelica—. Porque el futuro de la benjamina de la familia siempre pende de un hilo, de tan vulnerable como es ante los caprichos del destino. Me hago cargo de la sensación de culpa que tendréis y de vuestras tribulaciones.

—Pero es que mi hermano ha jurado siempre que le dará dinero para la dote a Sukie.

—Y vaya si lo va a hacer. —Angelica sonrío con una alegría que desborda—. Ya me encargaré yo de ello, os doy mi palabra. De hecho, le puedo asegurar la cantidad de...

—Señora Hancock —la previene él. Porque le preocupa la vena espléndida que se gasta Angelica; y que no conozca medida a la hora de aplacar la aflicción de su cuñada. ¡A ver cuánto dinero le va a ofrecer hablando en nombre de él, que es su marido!

—... en fin, que estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo que satisfaga a todas las partes. Venid, señora Lippard, ¿no queréis que hablemos de esto arriba, como Dios manda? Lleváis mucho rato de pie; hora es ya de sentarse y, por lo menos, tomar algún refrigerio. Bridget —dice, y alza una ceja hacia donde está la criada, con la cara todavía hundida en el cuello de Sukie—, haz el favor de subir unas galletas y agua caliente al salón. Hermana, ¿tenéis la bondad de seguirme?

Y en aquella sala de paredes color pistacho, asomadas a una mesa de té

recién estrenada, poblada de pequeñas tazas de inmaculada loza blanca, las dos cuñadas, tan dispares como dos mujeres lo puedan ser, discuten cada detalle imaginable de la dote de Sukie y su prometedor futuro; mientras el señor Hancock ocupa un sillón junto a ellas, rodeado de sus libros mayores, pipa en mano, y asiente a lo que le piden; o bien, arruga el entrecejo mientras tacha, compungido, más cifras. La señora Lippard da voz a su pesadumbre, y la señora Hancock prueba con ella el bálsamo de su paciencia.

—Ay, lo sé, lo sé, es una situación de lo más lamentable: y lleváis cargándola sobre vuestras solas espaldas tanto tiempo. Porque las de mi generación no somos así: yo jamás habría tenido tanto aguante, señora Lippard. Os aseguro que no.

Cuando acaban, ha quedado acordado que Sukie Lippard será mucho más rica de lo que jamás esperó ser.

—Y por lo que respecta a su educación... —dice Angelica.

—Cumplida está —dice la señora Lippard—. En esa escuela a la que va ya no le pueden enseñar nada más.

—Y nada he aprendido —gruñe Sukie.

—Te has leído todos los libros que tenían.

—De haber sabido que eran tan pocos, habría leído más despacio.

—Bien, pero el caso es que leer libros no sirve para mucho —dice Angelica—; y las hay que fingen haber leído lo que no han leído cuando la ocasión lo requiere. Yo pensaba más bien en contratar a un profesor de baile. Porque tiene la jovencita prometedor porte, señora Lippard: percibo que, con bien poco que la aleccionen, esa forma de andar y esa gracia natural que tiene al moverse ganarían mucho. Y un maestro de canto también; y no debemos olvidarnos del pianoforte, que ahí es donde se muestra a las claras lo poco pulidas que están tantas jóvenes. Para las clases de música, una siempre ha de decantarse por un maestro francés: afortunadamente, hay muchos en esta ciudad últimamente. Vos dejádmelo a mí, dejádmelo a mí, que yo tengo contactos. —Se apoya en el respaldo del sillón, con un brillo en los ojos—. ¿Os habéis quedado ya más tranquila?

Hester Lippard va convenciéndose de las ventajas de dejar a Sukie en casa de su hermano. Ciertamente, allí tiene mucho más que aprender; y ella misma no dispone de tiempo para enseñárselo. Y además, no soporta ver que

un hijo suyo está ocioso, cuando hay tarea para ellos allí o donde sea: porque, ¿qué iba a hacer ella con Sukie en Southwark, todo el rato pegada a sus faldas? Y ello sin pararse a considerar siquiera el gasto de tener que alimentar una boca más, con todos los hijos y nueras y aprendices y criados que ha de mantener.

—Pero es que su educación moral..., su bienestar espiritual —tantea—, el alma de esta pobre niña...

—Afortunados somos de estar tan cerca de dos iglesias nada menos. Eso por no mencionar a nuestros hermanos cuáqueros; y he de mostrar mi sorpresa al ver la cantidad de no conformistas y predicadores espontáneos que veo por estos lares. Su alma no dará abasto con tanta oferta espiritual.

—Y vos...

Ni siquiera ante eso pierde la compostura Angelica. Inclina la cabeza y sonríe.

—Entiendo vuestra preocupación, señora Lippard. Pero, miradme. —Y al decir esto, señala el sencillo vestido que lleva, el pelo sin empolvar, la total pulcritud y delicadeza de su persona—. Vuestros ojos no os engañan, señora: porque veis que no soy tan distinta a vos. Hasta María Magdalena acabó redimiéndose. Y eso, querida, será una lección bien bonita para el alma de vuestra hija.

La señora Lippard, que la mira obediente, no deja de tener sus sospechas. Pero es que, ¿acaso no las tiene también con muchas de las mujeres que conoce? Y si se lleva a Sukie de esa casa, la estará privando de la gran oportunidad de conocer de primera mano cómo corrompe a su tío su linda esposa.

Conocer cosas es la mejor arma en esta vida. Y Sukie apenas si se ha visto nunca hollando la senda del daño. No ha pasado hambre, ni la han maltratado nunca; tiene su propia habitación, y la oportunidad de recibir una educación muy completa. Y respecto a lo que puede que vea u oiga en casa de tan renombrada ramera, en fin. Los niños son fuertes. Y cuando una lo suma todo, sería de lo más cruel sacarla de esa casa y negarle dicha oportunidad.

La señora Lippard acaba concluyendo que su hija tiene integridad moral de sobra para aguantar los embates de la tentación y el libertinaje. Hasta

puede que sea una prueba de fuego para ella: y si cae, pues suyo será el pecadillo. Porque eso será que estaba de Dios.

—Se queda —dice—. Pero como llegue a mis oídos la más mínima cosa que no sea de mi agrado...

—No habrá tal —la tranquiliza Angelica—. Somos una familia de una moral escrupulosa. No os arrepentiréis, señora: haremos de esta niña un dechado de virtudes.

Al señor Hancock lo sorprende en cierta medida cómo se comporta Sukie con él a partir de ese momento. Nunca lo había tenido la niña tan alejado de su favor, y al tío lo asusta la mirada de odio que le lanza la sobrina cuando se dispone a pasar la tarde en el banco encajado en la ventana sin dirigirle la palabra. «Cree que no di la cara por ella lo bastante», piensa, temeroso. Hace lo posible por hablar del tema con un golpecito que le da en las costillas:

—Bueno, al final salió todo bien, ¿eh? —Mas ella ni siquiera se digna a responder.

—Ojalá no se lo tomara tan a pecho —le dice a Angelica cuando se acuestan—. Se comporta como si la hubiera echado de casa.

—Dejó bastante que desear vuestra respuesta, la verdad —dice su mujer, mientras mete las gruesas trenzas debajo del gorro de dormir—. Yo misma me sentí avergonzada de vos. —Y se lleva las manos a las caderas, aunque no hay enfado en ese comentario tan inmisericorde, y su cuerpo se pega al camisón de manera harto tentadora—. No volváis a comportaros así. Me dijisteis, antes de que nos casáramos, que estabais dispuestos a proteger a la señorita Sukie para que nada malo pudiera pasarle.

—Y dispuesto estoy.

—Pues hoy no la protegisteis.

Él lanza un suspiro.

—Mi hermana es una mujer más que difícil. Si dejo que se salga con la suya, eso no quiere decir necesariamente que haya capitulado ante sus condiciones.

—Pues muy mal hecho. Y ojo con lo que acabo de decir. —Se mete en la cama al lado de él.

Pasados unos instantes, el señor Hancock se vuelve, admirado, hacia ella.

—Verdad es, señora Hancock, que podéis vos conseguir toda clase de cosas que a mí, por ser hombre, me quedan fuera del alcance.

—Ajá. Y pensad en qué podéis hacer vos que yo no pueda.

—Os adorna una delicadeza en el talante que a mí me está vedada, y un entendimiento que tenéis también. Hacía años que no veía tan contenta a la señora Lippard como la he visto hoy. Estoy encantado de teneros aquí. —Y es cierto, piensa, cada vez más cierto, que ya hace años que tenía que haberse vuelto a casar: porque le parece que lo que pueden conseguir juntos es mucho más que lo que les queda al alcance a cada uno por separado.

—Bah, estoy muy acostumbrada a tratar con las de su cuerda —dice Angelica—. Es fácil tenerla contenta: todo el mundo quiere al cabo lo mismo. —Se muerde una uña y mete el cuerpo más todavía debajo de las sábanas—. Pero en una cosa tenía razón, señor: en que me elegisteis a mí por encima de Sukie, y ojalá que no hubiera sido así.

—Vos sois mi esposa, y ella ni siquiera es hija mía. Si su madre quería llevársela de mi casa, ¿qué iba a hacer yo?

—Por lo que yo veo, a esa pobre niña le ha tocado ir de casa en casa, según conviniera; cuando debería tener un lugar fijo en el que crecer y formar parte de una familia.

—¡Os ablandáis enseguida! ¿Qué sentido tiene que esté sin hacer nada en una casa, cuando hay trabajo que hacer en la otra? Tiene que buscarse tarea aquí, hasta que forme su propia familia.

—El blando sois vos —dice Angelica, y se mete en el hueco del brazo de él—. Porque no creo que pudierais pasaros sin ella. —Lo que no le confiesa es que es ella la que necesita en gran medida de Sukie: porque la chica sabe mucho de cómo llevar la casa, mientras que ella no tiene ni idea.

—Y ¿qué hay de esa promesa que le hicisteis de instruirla y refinarla? —se mofa él.

—Eso es una inversión. Cuanto más lista sea, mejor casará. Y eso traerá sus buenos beneficios algún día. —Ya bosteza Angelica: cada vez puede sostener menos el peso de la cabeza—. Le buscaré buenos tutores.

Él duda. La gata sale de debajo de la cama y, de un salto, se sube encima; y, una vez allí, busca su sitio cómodamente entre los pliegues que forman ellos con los pies, debajo de las mantas.

—¿No serán..., no serán los mismos que les buscó la señora Chappell a sus protegidas? —pregunta, todo nervioso.

La gata gira sobre sí misma, se hace la cama hundiendo las patitas en la mullida colcha, y Angelica siente que la habita el espíritu rebelde y pragmático de Bel Fortescue: «Al fin y al cabo, ¿no va todo encaminado a un mismo fin?». Pero se limita a decir que no con la cabeza:

—No tenéis nada que temer, señor. Oíd —y, dándose la vuelta, lo mira a la cara con total franqueza—: hoy habéis hecho una obra buena: defendisteis vuestro hogar y a vuestra familia. Al final lo hicisteis. ¿No os parece que es una forma harto auspiciosa de empezar nuestro matrimonio? —Y lo dice con total sinceridad; y es algo novedoso, y un alivio también, que el hombre que ahora la mantiene se haya negado a prescindir de ella. Porque no podría haber soportado a otro como Rockingham, que se cambió de chaqueta a la primera de cambio. Por encima de las mantas, le toma la mano y le da unos golpecitos con ternura; se sonríen el uno al otro, y componen la viva imagen de la felicidad mercantil—. Y vale ya de gastar la vela —dice ella.

# DOS

*Marzo de 1786*

Resulta que a un caballero de apellido Brierley lo sorprenden un día infraganti con el mozo de caballerizas, o hasta hubo quien dijo que con el caballo; sea como fuere, no cabe en esta historia tamaña preocupación por los detalles. Lo único que importa es que el tal señor Brierley se ahorcó, salió a la luz el montante de sus deudas, y la viuda puso en venta la casa con todo lo que contenía a un precio muy razonable. La noticia llega a oídos del señor Hancock una mañana, cuando trabaja a primera hora en su despacho.

—Os la voy a comprar —le dice una mañana a su mujer, sentados a la mesa del desayuno.

—Que no —dice ella—. No me la compréis. No hace falta.

Qué bonita está hoy, piensa él, cuando la ve con las mejillas sonrosadas, tan rellenita, y el vestido blanco de flores de estar en casa. Y sus hábitos también son bien bonitos, pues cuando él acaba de despachar lo que sea a primera hora, lo ha acostumbrado a tomar el té con ella en su dormitorio, a las diez o a las once, y hay panecillos recién hechos. Él se sienta con cuidado en una de las sillas de aspecto frágil que ella ha incorporado al mobiliario, con una pierna a cada lado de la mesita redonda, y toma la taza de té entre el índice y el pulgar; mientras Angelica —recién levantada— unta en el panecillo la mantequilla y la mermelada. Para ella, el desayuno es una novedad, pues en su antigua vida casi nunca se levantaba antes del mediodía, y a él le gusta ver la importancia que le da al pan caliente, a las confituras frías.

—Os prometí que viviríais en un sitio mejor —dice él—. No pensaba teneros en Deptford toda la vida.

—Bueno, pero aquí estoy a gusto.

—Y también por Sukie —que no desayuna con ellos, pues, de hecho, todavía está enfadada con él—; así podrá conocer a gente distinguida y se hará más culta. —Para sus adentros, lo preocupa que su sobrina no se conforme con cualquier cosa después de la promesa que le hizo Angelica de buscarle un profesor de baile; y, además, se siente un poco culpable porque esa iniciativa no salió de él.

—Podemos aspirar a más —dice—. Debemos. Yo ya no soy el de antes, señora Hancock. Ahora soy terrateniente y dueño de varios inmuebles: las propiedades que tengo en Mary-le-Bone suben de precio de tal manera que en poco tiempo podré retirarme de los negocios que atendía hasta ahora en la ciudad. Y es una tontería —insiste— que un hombre de mi fortuna siga viviendo en una casa como esta; y más todavía, con una mujer como vos. Os veo cada día sentada delante de la chimenea, y me digo: hay que buscarle un bello engarce a esta gema tan bella.

—Andad, dejadme. Ya os lo he dicho, estoy muy a gusto aquí.

—Que estéis a gusto ya es un buen comienzo —dice el señor Hancock—, pero yo os haré feliz. Os daré todo lo que queráis.

—La felicidad no existe —dice ella, y unta de mantequilla otro bollo de pan—. Siempre se quiere más y más.

Él no sabe qué responder. Esboza una media sonrisa, como un perrazo que no entiende del todo lo que quiere su ama que haga: aguarda fielmente a que ella diga algo más inteligible.

—Además, ¿cómo voy a creer cualquier cosa que me digáis —bromea ella—, si nunca me trajisteis la sirena que me habíais prometido?

—Porque sois una impaciente. La sirena está en camino. Nos la trae a casa el *Unicorn*.

—Y ¿dónde está el *Unicorn* en este momento?

—No se sabe —reconoce él—. Pero eso da igual. Porque era un viaje que el capitán no había hecho nunca. Tiene que estar ya en el último tramo de su singladura. Tiene que ser así; ¿dónde, si no, va a haber ido?

—Las sirenas hacen que naufraguen los barcos —dice ella.

—No digáis esas cosas —la amonesta el señor Hancock, y da un golpe encima de la mesa—. Ni en broma.

—Anda, no me miréis así, tesoro mío. ¿Que no llegué nunca a tener una sirena? Bueno, y ¿qué? Tampoco fui nunca reina de Francia; y miradnos, tan a gusto aquí los dos con lo bien que nos va. Llegará ese barco a puerto, y si trae una sirena a bordo o no, bien poco importa. Porque yo me he casado con vos. Comprad la casa, señor, si os place; y yo viviré con vos en ella, y seré muy feliz, estoy convencida.

—¡Y yo también! Nunca estuve tan convencido de algo —dice él, muy animado—. Yo creo que no sabéis bien lo mucho que os va a gustar.

Ella pone una mano en alto, como para tranquilizarlo, y él ve que se le ha quedado pagado algo de mantequilla en la muñeca. Porque Angelica tiene miedo a las emociones fuertes: la palabra «felicidad» le da tanto miedo como «amor». No quiere nada que sea tan volátil.

—Tenemos que vivir de acuerdo a nuestras posibilidades —dice ella.

—De eso no tenéis que preocuparos.

—Por favor, señor Hancock: no contraigáis deudas. Yo no necesito esplendor: si hay que buscar casa nueva, que sea algo que nos venga bien, tal y como estamos ahora.

—Sois una mujer de lo más sensata.

Y de qué buena gana se sorprende al ver esta armonía que comparten. La sensación aquella de sus primeros días con Mary, que no sabía que había olvidado, le viene últimamente toda de golpe: es, sobre todo, saber que no está solo la mayor parte del tiempo. La forma que tiene ella de tomarle la mano, así, sin pensar; oír que carraspea en el cuarto de al lado; sentir, medio dormido, que ella se ha levantado a hacer pis en mitad de la noche. Y también, tener a alguien que lo escuche, mientras le cuenta un chiste o cualquier problema; y que ella siempre esté de su parte. Angelica no es Mary, no se parecen en nada; pero el día a día como marido de su segunda esposa le trae a la memoria a la primera, y tiene de ella un recuerdo vívido.

Tocan a la puerta, y Bridget asoma la cabeza.

—Ha llegado una carta para vos, señora —dice.

—¿Para mí? ¿No es para el señor Hancock?

—Es para vos. —Bridget se la entrega—. Hay un chico a la puerta, y

espera contestación.

Es un pliego grande y rígido, nada que una pueda llevarse al bolsillo y dejarlo allí olvidado. Angelica se lo acerca para verlo mejor.

—El sello no me suena. —Mete un dedo debajo—. Esto es de lo más raro. ¿Quién me escribe?

Se le encoge un poco el corazón: ¿y si es alguien del pasado; y si es George (¡su George!, ¡su George!); qué querrá de ella, ay, a ver qué dice? Bridget queda a la espera, atenta a su respuesta; el señor Hancock mira por la ventana y se da golpecitos con un dedo en los dientes, pero seguro que enseguida va a ver...

Mi niña:

(Pero es que no es la letra de él; está escrita con mano rápida, pulcra, y no hay faltas de ortografía. Ni borrón o mancha alguna en el papel de color crema. No la ha escrito el joven George Rockingham). Perdona que no te haya escrito antes. Pienso en ti a menudo, con mucho cariño, y ahora tendría tiempo de ir a visitarte. Si te viene bien, podría llegar a tomar el té en tu casa a las cuatro hoy mismo.

Tu vieja amiga,  
ELIZA FROST

—La señora Frost. —Le salen las palabras por la boca con una gran exhalación—. Me ha escrito la señora Frost.

—¿Ah, sí? —dice el señor Hancock.

—Y, además, pone la dirección que tiene ahora en St. James. Imagino que no le habrá costado nada colocarse en una buena casa. ¿Qué os apostáis a que es ama de llaves? Es un trabajo a la medida para ella. Y seguro que los señores de la casa no saben que me manda el recado con uno de sus criados.

Como Angelica está casada ahora, con todo lo que eso conlleva, guarda siempre un lapicero de plata en una cadenita, atado a la cintura. Le pasa la lengua a la punta, y duda qué escribir.

—¿Qué le digo?

—¿Perdón?

—Quiere venir esta tarde. ¿Qué le digo?

—Pues decidle que sí.

—Es que nunca me había escrito.

—Porque a lo mejor no podía. —El señor Hancock no presta mucha atención.

Angelica traga saliva, porque nota un sabor amargo en la garganta. «¿Por qué me escribes ahora?», se pregunta.

Tiene sensaciones encontradas, entre buenas y malas. Si fuera capaz de precisar exactamente lo que siente, sabría que la mera idea de ver a la señora Frost la pone nerviosa. Lo malo es que son muchos los sentimientos que se debaten en la cabeza de Angelica, y ella no alcanza a desentrañarlos.

Toma otra vez el lápiz. Y dice en alto:

—Me gustaría volver a ver a la señora Frost. Fue mi gran amiga mucho tiempo; y se entendía muy bien con mi pelo.

## TRES

El señor Hancock tiene una cita con el agente de la señora Brierley, justo al final de Blackheath, una ligera meseta de color tostado, azotada por el viento, que desciende hacia los bosques de Greenwich.

—Está de moda —comenta el agente, que ha oído hablar del señor Hancock y se cree capaz ya de clasificarlo como un hombre al que le queda grande la vida que lleva.

—Muy de moda —admite el señor Hancock—, y eso a mi mujer le encantará. Porque le gusta estar en sociedad.

—Eso seguro —murmura el agente; y añade, con total cortesía—: El caserón está ahí mismo, al otro lado de ese campo.

¿Duda acaso el señor Hancock? A lo mejor es que desvía su atención un arrendajo que cruza en vuelo, de un árbol a otro. El caso es que, por unos instantes, deja prendida en el pájaro la vista, y luego arruga esa cara grande y roja que tiene con una sonrisa de satisfacción.

—Todo este campo aquí, impoluto —comenta—. Muy agradable. Me parece muy bien. —Se queda un rato mirando lo que lo rodea, con los puños cerrados dentro de los bolsillos, mientras siente el viento batir contra la vieja levita de ante. Entonces se vuelve hacia el agente y le dirige una mirada amable—. Vamos a ver si esa casa está a la altura de la señora Hancock. Llevadme allí, señor.

Franquean el portón de la finca y suben por el camino que lleva a la casa que el señor Hancock le va a comprar a su mujer, de color blanco y cuadrada forma, con cinco amplias ventanas en saledizo, a tramos regulares. El agente mete la llave en la cerradura y ensaya un florido gesto para abrirla; pero hay

un chirrido en los engranajes, que ofrecen cierta resistencia por falta de lubricante; y, después de un forcejeo, logra que se abra de manera bastante aparatosa. Con la mano, invita al señor Hancock a entrar, y los recibe un atrio con suelo de baldosas negras y blancas y paredes de color gris claro. Y si esperaba impresionar a este hombre tan anodino y tripón, debe de haberse llevado un chasco, porque el señor Hancock se queda como si tal cosa: sigue con rostro inescrutable a su guía entre las paredes de techos altos, y resuenan sus pasos ante la muda presencia de las sábanas que cubren los muebles.

—Es de proporciones muy elegantes —le explica el agente de vez en cuando; o si no, aclara—: No ahorraron en gastos. *À la mode, à la mode.*

Pero el señor Hancock ya lo sabe, y si no, tampoco le interesa mucho. Recuerda las instrucciones de Angelica: «tal y como estamos ahora», mientras se limpiaba la mantequilla que tenía en la muñeca. Aunque somete la casa a escrutinio, como haría con un envío de porcelana de Cantón: en él es inevitable esa mirada más de portero de la finca que de propietario. Ante semejante situación, lo primero que piensa el señor Hancock no es «¿me gusta?», sino: «¿estoy haciendo lo que debo?». Y como comprende que es verdaderamente lo que debe hacer, al ver que la casa —que tiene biblioteca, establos, cinco espléndidos dormitorios, por no hablar de las mujeres de carnes generosas que aparecen pintadas en el techo de la sala de música— es exactamente lo que debería poseer Angelica Hancock, la mujer de un caballero armador muy rico; pues entonces, pasa a la siguiente pregunta: «¿es de buena calidad?». Da toquecitos en el rodapié, o se pone en cuclillas para inspeccionar el parqué; y pregunta hasta la saciedad, cosas que el agente no puede contestarle: ¿El mármol es italiano? ¿Qué ebanista hizo los muebles del dormitorio? Estas manchas, ¿saldrán?

—También os podemos dejar a buen precio los caballos del señor Brierley, y el faetón —apunta, temerario, el agente.

—Sí, sí, me harán falta. —Y vuelve a comprobar si los ventanales cierran correctamente, o hay corriente—. Espero que la cocina esté bien equipada. Porque, como no quede contenta, la cocinera no hará un plato a derechas. — Esta perla de sabiduría es de Hester.

Finalmente, salen por la puerta del jardín y lo contemplan desde lo alto de los escalones que hay en la parte de atrás de la casa. Es un día frío, luminoso,

y el mármol ha absorbido el sol: lo expulsa ahora en forma de vaho que le sube por las pantorrillas al señor Hancock, y le saca en las medias manchas de sudor a la altura de las corvas. El césped cae en suave pendiente hasta el bosquecillo; y la vista de Greenwich —las copas de otros árboles, más campos— queda empapada de una bruma azul. En el horizonte, resplandece el Támesis, surcado por velas blancas hinchadas al viento, con evanescencia de ángeles.

—¿Y bien? —dice el agente.

—Todo parece en su sitio.

—¿Puedo llamar vuestra atención sobre el pequeño pabellón? —pregunta el agente, y señala un templito a lo Palladio que queda medio oculto por la maleza—. No es cualquier cosa —sigue diciendo—, porque desde dentro..., pero permitidme que os lo muestre. Venid.

La hierba cede, espesa y tersa, debajo de las botas del señor Hancock. Es el tipo ideal de hierba, observa: no tiene esa aspereza ajada que dejan los animales cuando pastan; no, es tupida y fresca, como la lana recién teñida. Se la imagina por un momento lamiéndole los pies desnudos a un niño descalzo.

—¿Qué tipo de hierba es esta? —quiere saber—. ¿Dónde venden las semillas?

—Pues, no sé. No es más que hierba —dice, sorprendido, el agente.

Será que no conoce la otra, la que sirve de pasto: para él, la hierba es césped, algo que uno pisa cuando está ocioso. Hace tiempo que no la cuidan; y, según va descendiendo hacia el rincón en sombra que ocupa el pabellón, la hierba es más alta, y se cierra, con aterciopelado susurro, sobre los tobillos de ambos hombres, empapada aún del frío de la tierra en las raíces; de tal manera que el señor Hancock va acumulando en las suelas todo el rocío y el barro. Lo que se imagina son los pies de un niño, un niño que corre a su lado entre el frufurú de la hierba, ataviado con un camisón blanco. Siente la respiración entrecortada y emocionada del niño; vislumbra el rápido rasgueo de los rosados dedos de sus pies, y piensa lo que nunca antes se le había pasado por la cabeza: «Esta es la vida que yo le podía haber dado a Henry». En esa otra versión de su vida, en un jardín tal y como este, hay un niño que baja corriendo por la colina y acude raudo a sus brazos: siente el pequeño golpe que le da en el pecho al abrazarlo, la candente mejilla al lado de la

suya, el delicado peso de las pequeñas costillas y el corazón que late debajo de la palma de sus manos.

Y entonces se da cuenta de que no es en absoluto demasiado tarde. Porque no es que haya perdido ese instante fantasmagórico de la visión que acaba de tener; es que es algo que está por pasar. Tiene esposa, ¿no?; tiene una gran fortuna, y en cuanto hable con el banco, tendrá casa también. ¿Por qué, entonces, iba a ser inalcanzable para él la posibilidad de tener un hijo? «Lo tengo ahí, delante de mí. Es algo que lleva esperándome todo este tiempo». Eso piensa el señor Hancock mientras el agente lo lleva entre las elaboradas columnas dóricas y lo hace pasar por el umbral del pabellón.

Dentro huele a moho, con esa humedad densa de los sitios que no ven casi nunca la luz del sol. Hay restos de las hojas muertas del otoño anterior, amontonadas en los rincones, y en la base de las patas de un gran banco de piedra. Los baldosines del suelo están sucios y llenos de grietas; y los nichos con forma de concha que recorren todo el perímetro de las paredes aparecen vacíos, salvo uno de ellos, en el que vibra, como con un castañeteo de dientes, la descolorida vértebra de una paloma, zarandeada por alguna corriente atrapada de viento.

—Le hace falta una buena limpieza —dice el señor Hancock—. ¿Para ver tanta dejadez me habéis traído hasta aquí?

—Por supuesto que no, señor. Hay mucho más.

Y vaya si lo hay: porque, detrás del banco aparece una hornacina; y empotrada en ella, ennegrecida por el hollín y cubierta de una cortina de telarañas, está la entrada a una pequeña escalera de caracol.

—¿Eso qué es, la carbonera?

—No no. A esto, señor, lo llaman la Curiosidad, con mayúscula.

—¿La Curiosidad?

—Una rareza, no hay nada parecido. Asomaos, señor.

La escalera, que se tragan las sombras, es estrecha, de desiguales peldaños. Huele a roca húmeda.

—¿Queréis que baje por ahí? —pregunta el señor Hancock.

—Ya habéis visto todo lo que había que ver en el resto de la casa —dice el agente, no sin cierta malicia—. Pensé que no querríais perderos esto. Es el único recinto irregular que hay en la casa y sus terrenos aledaños.

—Muy bien, muy bien.

El agente rebusca en los bolsillos con cierta urgencia y saca, de uno, una caja de yesca, y del otro, el cabo de una vela de sebo. Encorvado sobre todo ello, sopla, y hace pantalla con las manos, como el que guarda algo secreto. Cuando logra prender la vela, la alza entre los dedos y se queda mirando la llama.

—Yo creo que valdrá con esto —dice—. No os hará falta mucho tiempo. Bajad y echad un vistazo. —Pone el cabo de vela en la mano del señor Hancock, y lo lleva hasta el primer escalón—. Y perdonadme si no os acompaño: es que está todo un poco sucio.

La luz de la vela no es muy potente: los escalones, bastante empinados, bajan hasta desaparecer de la vista, bordeados por un techo y unas paredes enfoscados de yeso crudo. Una superficie que, según va plantando, dubitativo, los pies en cada escalón, da paso a... ¿qué? A una especie de ventrudos medallones: como si el muro estuviera esculpido en la roca, o no..., como si estuviera forrado... sí, eso es, forrado de conchas marinas. Conchas cubiertas de una capa espesa de mugre, que, cuando sopla encima de ellas para verlas mejor, comprueba que no son especímenes exóticos, sino comunes y corrientes; conchas de mejillones, berberechos, ostras y bígaros: los restos de miles de cenas humildes. Pero enseguida ve que no están pegados como si tal cosa a la pared, sino que siguen un diseño muy cuidado: círculos concéntricos de mejillones y berberechos, y otra vez mejillones; motivos heráldicos en forma de cabrios, franjas y rosetones. Nota que trastabilla, debido a lo estrecho y accidentado de la escalera, y pega la espalda contra la pared de dentro, extendiendo los dedos en un vano intento por seguir bajando, rodeado de conchas y de sombras, alargando siempre el pie con dificultad y sin saber si va a encontrar suelo debajo; ni si aguantará su peso. Hay un escalón podrido: y, al apoyar la planta del pie en él, se desmenuza; y el señor Hancock, por un momento, pierde el equilibrio y cae, con el corazón en un puño porque cree que su propia muerte sube a su encuentro y no había esperado que la tuviera tan cerca, ni que le pudiera provocar tal ataque de pánico.

Pero entonces, vuelve a caer, y se da un dolorosísimo golpe en la espalda contra el borde de un escalón: rebota en la pared y desciende todo el último

tramo de golpe, hasta dar en el suelo de piedra. Reina un silencio fuera de lo normal, un silencio elemental y denso como la oscuridad misma; pero que lo hace sentir más y más dolorosamente consciente que nunca de su propia corporalidad. Queda tendido boca arriba unos segundos, a los pies de la escalera, y se levanta como puede, tambaleante, con un crujido de huesos. No tiene nada roto, aunque nota un desgarrón en los calzones a la altura de la rodilla derecha, y una corriente de viento subterráneo que le acaricia la rozadura que se ha hecho en ese punto. También tiene levantada la piel de los nudillos; y, al llevárselos a la boca, los nota pegajosos, con un sabor metálico. Ha oído hablar de la agonía que se padece en el fuego del infierno, pero nunca de lo que supondría pasarse toda la eternidad con la piel en carne viva. El purgatorio sería el sitio ideal para unas rodillas desolladas, pero es que él no cree en el purgatorio. «Si estuviese muerto», se consuela a sí mismo, «tendría más conciencia de ello».

Ya no tiene la vela en la mano, pero va orientándose poco a poco, y comprueba que algo sí que se ve. Un resplandor verdoso ilumina el suelo de ladrillo y las paredes forradas de conchas, dispuestas de tal modo que forman leones y urnas, frondas de acantos y mujeres con cola de pez. Pero es una luz rarísima, como no ha visto nunca otra igual. Emanada de un punto indeterminado a su izquierda, a unos diez metros. Y, a pesar del dolor que siente en la rabadilla, echa a andar hacia el arco del que, al parecer, la luminosidad brota e impregna la oscuridad en torno. Al principio, le da un poco de miedo alejarse del pie de la escalera, su vía de escape de regreso a la superficie; mas el peligro nos suele cercar cuando vamos hacia las sombras, no cuando nos alejamos de ellas: y, al acceder a la cámara contigua, la halla dispuesta de idéntica manera, quizá algo más iluminada. La luz se derrama desde el arco contiguo. Y hacia allí va él. Bajo tierra, el silencio es estremecedor, casi ni reconoce el ruido de sus pasos. Hay como una densidad, cierta pesantez del aire, agitado por leves corrientes. Y él sigue avanzando.

En total, son cuatro cámaras. Todas tienen el techo abovedado, con caprichosas formaciones rocosas de rugosa superficie, y paredes incrustadas de conchas: y encuentra cada cámara un poco más iluminada que la anterior. Por fin, en la última, llega a la fuente de luz: irrumpe con un débil parpadeo de la pared del fondo; y desde allí, cubre el suelo con un temblor. Se extiende

por el espacio en sombra en pequeños semicírculos que ondean y van saliendo uno de otro, luego se expanden y por fin desaparecen.

¿Qué puede ser? Lo tiene casi debajo de los pies ya: y nota que el aire allí es mucho más frío.

—¡Es la herida de Dios! —llega la voz del agente; que, al final, lo ha seguido escaleras abajo—. Tened cuidado, ¡no vayáis a caer!

—¿Caerme?

—Sí, en la pileta. No caigáis en la pileta. ¿La ve?

—Ah, sí. Claro que la veo. Vaya si veo la pileta.

La tiene justo delante ahora: una cuña negra de agua excavada en el suelo negro de la gruta, dotada de su propia luz, que rezuma y palidece, y forma estrellas con sus diminutos haces luminosos: tremosos puntos que tiritan un instante antes de dispersarse.

—¿Qué es? —pregunta el señor Hancock.

—Es vuestro pabellón —dice el agente.

—¿Cómo decís?

El agente pone la misma cara que el mago cuando ve que su truco favorito no ha causado la impresión deseada.

—¡Vuestra gruta! —explica—. Una gruta de conchas. Pertenece a la casa.

—¡Esto! —El señor Hancock señala la pileta, y casi no acierta a pronunciar palabra, de tanta confusión como lo embarga—. ¿Cómo está hecho?

—No sabría decirlo, señor. No soy ingeniero.

—Pero... —Traza con la mano en la pared el mismo recorrido que hace la luz. El agente alza los hombros en señal de impotencia.

—No lo sé. Pero ingenioso sí que es.

—¿Para qué es?

—No es para nada.

—¿No tiene ninguna función? ¿Ninguna razón de ser?

El agente lanza un suspiro.

—El señor Brierley era una persona llena de curiosidad, adicto a lo novedoso y a toda forma de diversión —explica con detenimiento.

El señor Hancock tiene la cara blanca como la leche. Este hombre, con los dedos manchados de tinta, que pidió un metro para medir los dormitorios,

no acaba de darse cuenta de que, a veces, una cosa es bella precisamente porque no vale para nada; es un hombre que carece por completo del refinado instinto que lleva a una persona a poseer algo por el mero hecho de llamarse dueño y señor suyo.

—Preguntad a vuestra mujer —dice el agente—. Vuestra esposa lo entenderá perfectamente.

Pero también lo entiende el señor Hancock. Su mujer, sí, suya es. Y la casa, pardiez que lo será en bien poco tiempo. Y el hijo con el que siempre soñó, en verdad que puede un día ser de carne y hueso. Pero si esta gruta va a ser suya, debería tomarla como señal de algo muy especial. Se le dibuja en la cara una sonrisa de deleite y embeleso cuando se da cuenta de que estaba reservado para él por una única razón: que también espera una sirena.

## CUATRO

Deptford, al pie de la colina, justo al borde del agua, no es un sitio fresco azotado por el viento, sino gélido y húmedo; y en casa de los Hancock, el frío se hace fuerte en los rincones, cala la tarima del suelo y se acumula en las habitaciones vacías, como si fuera otras tantas telarañas. La señora Hancock se refugia en la cocina huyendo del frío, lleva un chal echado sobre los hombros y ha arrimado la silla todo lo que puede al hogar. Estira las piernas hacia el calor del fuego, y el vestido le forma arrugas en las pantorrillas. Las medias, bastante limpias y con apenas un par de remiendos, crujen cuando retuerce de gusto los dedos de los pies. Hace ganchillo, un paño pequeño; mece la cabeza volcada sobre la labor, y frunce los labios. En la nuca, que queda al descubierto según baja la frente, entre la tosca cofia de linón y el tosco cuello del vestido, asoman unas hebras de dorado pelo, medidas por el aire caliente que suelta la lumbre. Aparte de los mechones rubios, bien poco sirve para identificar a la que fuera el diamante más rutilante de Dean Street: eso, y la escasa maña que se da con la aguja.

Y allí, sentada delante del fuego, Angelica piensa: «A Eliza le encantará ver en qué me he convertido». La señora Frost, una mujer sensata donde las haya, sin duda aprobará la ropa modesta que su vieja amiga lleva puesta, y el calmo afán de su laboriosidad. «Estoy muy a gusto», imagina que le dice. «Siento que soy yo misma». Pues, si bien nunca antes se ha parado tan poco a pensar en su propia persona, Angelica tiene la sensación de que por fin se encuentra en la senda que siempre quiso seguir. Cualquiera que la viera en este momento de su vida, pensaría que su padre había sido un párroco de pueblo; o si no párroco, al menos sí un acomodado granjero; o el mejor

considerado de los dos sastres que tuvieran tienda puesta en una ciudad boyante y en pleno crecimiento. Porque, aunque no le apetece en absoluto echar la vista atrás a sus orígenes, lo tiene presente en cada fibra de su cuerpo. Se siente como la esposa de clase media que nació para ser, que no para quieta ni cuando está sentada, y es seria y formal, serena y bien limpia.

—No hace falta que me cambie de vestido —le dice en alto a las dos chicas, cada una absorta en su faena en la cocina—. No hay ningún protocolo que cumplir con Eliza.

Está deseando enseñarle toda la casa a la señora Frost: la cocina y la sala, el despacho y el dormitorio; pieza de la casa, esta última, bajo su total supervisión. Y qué limpio que estará todo: a la señora Frost se le arrugará la cara de tanta sonrisa, y dirá: «Siempre supe que te abrirías camino en el mundo, palomita mía; que saldrías adelante con la cabeza bien alta».

—¿Están barridas las escaleras? —le pregunta a Bridget—. Quiero que sea todo de lo más acogedor para la visita. ¡Venga, a barrerlas! ¡Vamos!

—Y ¿yo qué hago? —pregunta Sukie, torciendo el gesto—. Yo también soy la señora de la casa aquí. Si viene una visita a tomar el té, yo también debería estar presente.

Angelica duda un instante: porque no sabe qué esperar de ese encuentro con la señora Frost; y no quiere contar con la presencia de Sukie, a cuyos brillantes ojos no escapa ni un solo detalle.

—Te aburrirás con nosotras.

—¡Bah! ¡Aburrirme yo con vos! Yo sé lo que...

—Tú no sabes nada. Ahora soy una mujer mayor; ya no soy nada interesante. Tenías que haberme conocido hace cinco años.

—Y ¿qué le escribo a mi madre? Como no le mande pronto un boletín, me parece que va a presentarse ella misma en persona.

—¿De qué has tomado nota hasta ahora?

—Que en vez de escabechar las sobras del pato que cenamos el otro día, se lo comió la gata de vuestra propia mano. Y eso fue un derroche y un capricho. Y también que cuando limpiasteis el armario de la ropa de cama, no cambiasteis los papeles que había en las baldas; y, en vez de eso, pusisteis los viejos después de pasar el cepillo...

—Para una carta, con eso vale. No le mandes todos los cotilleos de golpe:

tienes que mantenerla con ganas de saber más para la siguiente entrega.

—Pero ¿no puedo tomar el té con la visita y con vos?

—No.

A Sukie se le nubla la expresión de la cara. Es una chica fácil de llevar; pero, desde que casi la saca de allí su madre, está más nerviosa: más dispuesta a considerar la necesaria compartimentación de la nueva vida en el hogar como una forma de orquestada exclusión.

—La próxima vez que venga —dice Angelica para aplacarla, pero ya sale la niña hecha una furia de la cocina.

En el vano de la puerta, se da la vuelta, y coge aire, pero le falta coraje y no dice nada.

—Sukie —la llama Angelica—. Todos te queremos aquí.

—Todos menos él.

—Que sí, que el señor Hancock también te quiere.

—Ahora os tiene a vos.

Angelica siente una punzada de dolor.

—Se llevaría un disgusto si te oyera decir eso. —Le tiende una mano a la pequeña de los Hancock—. Anda, ven, ven a sentarte aquí conmigo, y lo hablamos.

Sukie dice que no con la cabeza y cierra la puerta. Y se oye el ruido de sus pasos, cada vez más lejanos, escaleras arriba. Angelica vuelve entonces la cara hacia el fuego. Deja caer los dedos, para que la gata se frote contra su mano, y siente tal cansancio que casi le cuesta moverse. Todavía no sabe que el ministerio que su marido ejerce sobre ella en dosis breves y bruscas la ha puesto en estado de buena esperanza. Por el momento, en su natural florecer, lo que alberga no es mucho mayor que esos primeros filamentos de musgo que brotan en una pared de piedra. Y, si bien Angelica se nota pesada y somnolienta por la noche, y siente cierta tirantez en las articulaciones, no se ha parado todavía a pensar qué pueda ser ello.

Primero oye a la señora Frost, que llama con insistencia a la puerta; luego la huele: una densa ráfaga de algo floral se abre camino hacia Angelica en la cocina, como quien deja caer al suelo un frasco de esencia de jazmín; o como tener en el suelo del salón todos los tocones de los jardines de Ranelagh.

Puede que no sea ella, porque nunca se ponía perfume.

—He venido a ver a la señora —llega la vocecita sincopada de la señora Frost.

—Aquí estoy —exclama Angelica, que utiliza la tetera a modo de espejo y se pellizca las mejillas—, aquí estoy.

Mas, cuando sale al pasillo, ve que la señora Frost que tiene delante no es la señora Frost que ella recuerda. Viene con la cara pintada, también los labios; viste de negro, bermellón y blanco, la falda de seda saca chispas con su brillo, el pañuelo al cuello es un temblor de espumas, y el pelo cardado deja por doquier un rastro a polvo de lavanda: como una tormenta de nieve desencadenada en lo alto de su cabeza. Bridget estornuda.

—Eliza —dice Angelica—. Tan finústica como siempre. —Y se echa para atrás.

El aura que tiene la señora Frost la hace más grande; el pasillo se llena de ella cuando exclama:

—¡Ay! Pero ¿es esta que tenemos aquí la pequeña Angelica? Querida, no te habría reconocido.

«Porque me miras con malos ojos», le habría gustado cortarle en seco a Angelica. Pero le pilla todo tan de sorpresa —los ojos fríos y escudriñadores de la señora Frost, su propia ira repentina— que no dice nada.

La señora Frost echa la vista en torno.

—¿Por qué es tan oscuro este pasillo? ¿A qué viene el marrón de las paredes?

—Es muy práctico.

—Yo te conozco, Angelica —tiene un tono juguetón en la voz—. Y te encantan los colores luminosos. No podrías ser feliz con un papel pintado tan oscuro en las paredes.

—¿Cómo? Y luego tener que pasarle todos los días el trapo. No, gracias.

La señora Frost la mira casi escandalizada, como si hubiera dicho alguna grosería; y Angelica no se lo esperaba, pues quería alardear de su nuevo sentido de la economía doméstica para que su vieja amiga asintiera sorprendida. Levanta la barbilla, con una pose insolente de colegiala que se jacta: «Mi casa la barro yo».

—Bridget —dice—, vamos a mi saloncito. Pon agua a hervir para el té. Venid por aquí, señora Frost.

Al pie de la escalera, pasan delante de la puerta del despacho del señor Hancock. Angelica ya no siente ganas de enseñárselo a su amiga, porque ¿qué habría que enseñar? Una caja de caudales de lo más cómica, ribeteada de negro; encima de la mesa, un lío de papeles y cintas, y cera de sellar hecha añicos; la desagradable posibilidad de que haya alguna botella de cerveza, los restos hediondos del tabaco de pipa. Según va subiendo por las escaleras, se remanga la falda con las dos manos, sujeta los pliegues con fuerza para subir mejor: entonces nota que el algodón le empapa las palmas mojadas, y que le saldrán arrugas, pero la sigue, sin perder escalón, la neblina de la señora Frost.

Se encuentran en el descansillo con Sukie, que sube con un libro en la mano.

—¿Y esta quién es? —pregunta la señora Frost—. Angelica, querida, no me dijiste que había una señorita Hancock.

Sukie arruga la nariz.

—Mi marido no tiene hijos. Es su sobrina, la señorita Lippard.

—Ah, pero ya veo el parecido. —La señora Frost le estrecha la mano a Sukie—. ¡Un placer! ¡Qué niña más encantadora! Y tienes, ¿cuántos años, querida?

—Catorce.

—¡Catorce! —repite entusiasmada la señora Frost—. ¡Quién tuviera otra vez catorce años! —Angelica no la había visto nunca adular así a nadie: le bulle algo a Eliza que, en cierto sentido, le resulta conocido a Angelica.

—Los catorce son llevaderos, diría yo. —Hay cierta suspicacia en el tono con que lo dice Sukie.

Angelica mira a la niña como diciendo «No se parece en nada a la señora Frost que yo recuerdo», pero está como perdida en la extraña atmósfera que se ha creado entre las otras dos. Así que decide recurrir a las palabras:

—Vamos a tomar el té —le dice a Sukie—. ¿Nos acompañas?

—¡Ay! —exclama la señora Frost—. Pero eso sería maravilloso, porque quiero saberlo todo de ti.

Sukie mira a la señora Frost como a un perro loco.

—Gracias, pero no —dice—. No tengo tiempo en este momento para tal cosa.

—Pero un poco de tiempo sí que tienes —le suplica Angelica—. Y, en tanto que una de las damas de la casa, lo suyo es que ocupes tu lugar en la mesa del té.

—Me tendréis que perdonar, señora, pero no —dice Sukie, y sale escopetada escaleras arriba.

Una vez a salvo en el siguiente descansillo, se queda mirando a la señora Frost y le dedica un mohín a Angelica, que le responde arrugando el entrecejo. Después, lleva a la visita al salón.

Es esta una pieza de la casa que mantiene bastante alta la dignidad gracias a que Angelica en persona eligió la decoración: en colores elegantes que sabe que están de moda; con una moqueta pintada que raya uno o dos niveles por encima de la que tenían ellas en el último apartamento que compartieron. Quizá por eso, la señora Frost se muestra ciertamente ofendida. Hace alarde de lo mucho que le cuesta quedar a flote en el sillón, entre el zarandeo de capas de faldas y enaguas, que mece de un lado para otro.

—Qué bien estás tú así —dice—, con ese vestidito tan sencillo. Porque estos sillones no se hicieron para llevar amplios vuelos.

—No —dice Angelica en tono conciliador—; no los hicieron para eso. Pero has venido muy arreglada, Eliza. Se nota que la vida te trata bien.

Escruta la cara de su amiga, pintada como una puerta: las cejas, las mejillas y los labios; de tal manera, que no queda ni un solo punto vulnerable en toda su fisonomía, ni medio centímetro de piel libre de polvos. «Yo antes dormía con esta mujer», piensa Angelica. Recuerda la piel tan pálida y suave que tenía en la parte superior de los brazos, y que ahora empieza a perder firmeza; las arruguitas en las comisuras de la boca; el único pelo que le salía de la barbilla, y que Angelica tenía que quitarle siempre.

—Es Londres el que me ha tratado bien —dice Eliza—. Te he traído algo para que no te olvides de la ciudad.

Le entrega un paquete atado con una cinta roja que huele a azahar. Angelica pega ahí la nariz: cierra los ojos y le tiemblan las comisuras de la boca.

—Galletitas de fruta —susurra. Desata los nudos de varios tirones y la cinta cae al suelo. El papel de envolver es de color dorado, y también acaba en el suelo cuando lo abre: los dulces que contiene se ofrecen en toda su

crujiente palidez, y emana de ellos un aroma perfumado, y un olor a caramelo —. Y hay pan de plátano —chilla, y pesca una rebanadita dorada que, más que por el horno, podría haber pasado por el infierno. Lo aprieta contra los labios un instante, y luego lo sujeta entre los buenos molares que tiene. La pasta cruje con un chasquido que lo parte en dos, y ella deja que se ablande un poco en la lengua. Paladea los distintos sabores que se deshacen en la boca: canela, nuez moscada, trozos de almendra—. Antes esto me lo comía en la cama. —Se sonroja de contento, alza los hombros y arruga la naricilla que tiene, bien bonita todavía, como si un amante la besara en el cuello.

—¿Hace cuánto que no comías estas cosas?

«Quiere que diga: desde antes de casarme. Y quiere que le diga también que eso me entristece enormemente».

—No te olvides de lo aplicado que fue el señor Hancock a la hora de aprenderse mis gustos. —Busca en la memoria aquella sonrisa de labios prietos que tenía antes, para ponérsela ahora en la cara—. Ni te olvides tampoco de que yo sé cómo hay que pedir las cosas.

—Pero ya estás casada con él. Ahora no tiene esa obligación que tenía antes de darte todos tus caprichos.

—Da porque disfruta dando. —Le propina otro mordisquito al bizcocho. Nota el gusto a canela y almendra en la boca; y la ráfaga de agua de rosas y almidón que emana de la señora Frost. La Angelica que era antes, sombra de la que es ahora, está sentada allí mismo, a su lado. Con que desplazara el cuerpo unos centímetros hacia ella, volvería a habitar su cuerpo de antes, y a ver el mundo con sus ojos.

Llega Bridget con el agua caliente.

—¿No tenéis vino dulce? —La señora Frost sostiene la galleta en la mano mas no se la lleva a la boca—. Me costó mucho la dentadura como para arriesgarme a que se me parta con esto.

Angelica ya no siente deseos, como antes, de beber madeira a sorbitos con su amiga.

—Solo tenemos cerveza —dice.

—¡No puede ser!

—Para bebidas fuertes, ya tenemos el té.

Espera a que salga Bridget, y saca el manojito de llaves. Una de ellas abre

el aparador en el que guarda las tazas y la caja de té; otra abre la caja misma. La señora Frost la mira hacer, con una expresión divertida dibujada en la cara.

—Ay, qué amita de casa que estás hecha.

—Es lo que he querido ser. —Sabe que las tazas, de porcelana china, con un motivo floral más las misteriosas letras que trazan los artistas del Lejano Oriente, no tienen nada que envidiar a las que utilizan en las casas señoriales: y así debería ser; no en vano, el señor Hancock es el proveedor de todas ellas. Y el té también es motivo de orgullo—. Esto nos llega directamente del puerto. El señor Hancock es íntimo amigo de un caballero de la Compañía de Indias. ¿Qué tal te sabe?

Beben el té a pequeños sorbitos. Cuando traga, el broche que tiene la señora Frost en la garganta lanza un brillo furtivo, prácticamente sepultado entre los pliegues del pañuelo. Es un broche de piedras auténticas, nada de baratijas.

—Y ¿cómo es que te has ido a vivir a St. James?

A la señora Frost se le ilumina la cara.

—Porque tengo casa allí —dice.

—¿Que tienes casa? ¿Te refieres a que trabajas en una casa?

—A que tengo casa. A que es mía; que la alquilo.

La señora Frost inclina la cabeza, casi imperceptiblemente, y la luz vuelve a prender en el broche. Desde ese ángulo, se ve a las claras el diseño de la joya: una flecha de Cupido con un acabado perfecto.

¿Es un truco? ¿Un chiste? Angelica no puede preguntar: porque tiene la sensación de que eso es precisamente lo que quiere la señora Frost. En vez de eso, lo que hace es seguir con su interrogatorio particular.

—Pero ¿qué haces tú con una casa entera para ti sola?

—Para alojar a mis chicas. —La señora Frost deja que el silencio se adense en torno a ella durante un par de segundos—. De hecho —sigue diciendo—, acabo de encontrar una esta misma mañana.

—¿Una chica?

—Quince añitos: una piel preciosa. Es una pena que no sepa leer; y que vaya tan desarreglada. Pero tiene una voz bonita y delicados modales, una cualidad que no abunda mucho por aquí. Aprenderá enseguida todo lo que le

enseñemos, en cuanto deje de llorar.

—Eliza: nunca pensé que recurrirías a eso.

—Lo que me sorprende es que no te hayas enterado. Es una casa muy nueva, cierto; pero ha llamado mucho la atención.

—Ya no leo esas revistas llenas de calumnias. ¿Para qué?

—Entonces no te habrás enterado de que a mi Lolly me la solicitan tanto que la primera vez me dieron cincuenta guineas por ella. Cincuenta guineas, señora Hancock.

—Pues sí que has ascendido rápido.

—Porque tenía bastante experiencia.

Pues claro que la tenía. ¿Acaso vivió Angelica con la señora Frost pegada a las faldas a sol y a sombra? ¿No se había encargado ella de conocer todo sobre ese mundo, y a todo el mundo también? Angelica dice que no con la cabeza.

—Pero esta casa que dices ahora que tienes, esta casa tan especial, después de quedarnos sin un penique ninguna de las dos: ¿cómo conseguiste el dinero?

La señora Frost no parece incomodarse lo más mínimo.

—Tenía un poco ahorrado.

«Yo sí que no tenía nada ahorrado», piensa Angelica. «Por no tener, no tenía nada de nada». Mas no puede decirlo. Se le vuelve pastosa la lengua en la boca cuando trata de buscar las palabras para decir lo que sigue:

—A ti se te dio siempre muy bien el dinero. Mejor que a mí.

—Tú tenías otros talentos.

—¡Me llevabas tan bien las cuentas! —Escupe las palabras, entrecierra los ojos, pero la señora Frost se limita a sonreír y sorber el té. No está dispuesta a reconocerlo: como si no hubiera pasado; como si no llevara puestas tampoco las propias joyas de Angelica.

Allí siguen sentadas las dos.

—Me pareció —dice Angelica— que venías con la intención de anunciarme algo. ¿Hay más cosas que quieras contarme?

«¿Es algo que has planeado», le gustaría preguntarle, «o se te ha ocurrido sobre la marcha?».

—No —dice la señora Frost—. Lo que ves es lo que hay, nada más.

Aunque, bueno, imagino que no te has enterado de lo que le ha pasado a nuestra vieja amiga, la señora Chappell.

—¿Qué le ha pasado? —Angelica siente que se le hiela la sangre en las venas—. ¿Está bien?

—Bastante bien, dentro de lo que cabe. Pero ha tenido problemas. Con la ley. —Cuenta con deleite lo que sabe, pero Angelica le quita importancia.

—¿Los cargos de siempre? Eres una bendita, Frost, te queda mucho que aprender todavía de este negocio. Porque pagará la multa y no se hable más.

La señora Frost entrecierra los ojos con una mueca perversa.

—Me cuesta compartir esa confianza que tú tienes. Porque ya no goza del favor de antes.

—Tonterías. —Angelica la mira de soslayo—. La señora Chappell siempre tendrá a sus protectores. No hay quien la iguale en el alcance de sus influencias.

En la planta de abajo, el reloj da las seis. Suena la puerta de la calle, y después los pisotones y gritos que da el señor Hancock en el pasillo.

—Tu marido ya está en casa.

Viene escaleras arriba, y va llamándola:

—¡Angelica! ¡Angelica! Señora Hancock, ¿dónde os metéis?

—Aquí —intenta decir ella, pero la voz no le responde.

Se siente muy agobiada. Él abre la puerta de golpe y aparece en el vano, aturdido y emocionado, rodeado de una nube de entusiasmo y un halo de sudor con reminiscencias caballunas. Tiene un siete en los calzones, y se le ve la rodilla regordeta, con una costra de sangre seca. Le da a su mujer una palmada en el hombro, y un beso en los flecos de la cofia. En la mejilla, el señor Hancock luce una mancha que podría ser de hollín.

—Buenas noticias —exclama—. ¡Buenas noticias, palomita mía!

—Está aquí la señora Frost —dice Angelica.

—Buenas tardes, señora Frost, buenas tardes.

—Ha bebido —suelta la señora Frost con una sonrisa de satisfacción. Pero a Angelica le da igual. Porque nada la puede apartar de su marido, este marido suyo, tan bobo y honesto. Revolotea a su alrededor, entre una nube de polvo, lo ayuda a quitarse el abrigo y sacude la prenda.

—¿Dónde habéis andado? Mirad lo que os habéis hecho.

—¡Chitón! Que eso no es nada, solo que me caí.

—¡Y los nudillos! —baja la voz, hasta que roza un marital susurro—. ¿Os habéis pegado con alguien?

—¡Nada que ver!

—He de irme —dice la señora Frost, que, al parecer, está encantada.

El señor Hancock pide perdón por sus modales:

—He sido de lo más impertinente —dice, y la cara le llega hasta el suelo —: interrumpirlas de esta manera cuando no tenía que haber abierto la boca.

—En absoluto —dice la señora Frost, y se levanta—. Hora es ya de que me vaya.

—¿No os quedáis a cenar? —pregunta el señor Hancock.

—Tengo un compromiso. Solo vine a ver un momento a vuestra esposa.

—Os acompañaré a la puerta.

—Sí, señor Hancock, haced el favor, y acompañadla a la puerta —dice Angelica—. Y adiós, Eliza.

El señor Hancock baja las escaleras con un traqueteo, y se lleva en su estela la gran nube de perfume de la señora Frost. Angelica se queda a la puerta del salón: indecisa, deja la mano a mitad de saludo de despedida, y al final se la lleva al pecho. Oye cerrarse la puerta de la calle; luego, a su marido que la llama:

—¡Angelica! Mujercita mía. Venid a mí, dejadme que os cuente cosas de vuestro nuevo hogar.

—¿De qué nuevo hogar habláis, señor Hancock? —Baja corriendo las escaleras oscuras—. Hay que encender aquí unas velas.

—Os he comprado una casa, ángel mío. Le he pasado revista de arriba abajo, y es lo que vos merecéis: ¡una mansión! Os ruego que me perdonéis esa forma mía de interrumpiros, pero es que me parecía que eran noticias que no podían esperar, aunque veo ahora que no fue muy caballeroso por mi parte. Está en el campo, con vistas a Greenwich, señora Hancock. Y cumple con vuestros gustos al milímetro. *À la mode*, querida, *à la mode*.

—¿De verdad habéis comprado una casa?

Huele a taberna, y lleva aserrín pegado a las suelas de las botas.

—De verdad —dice él.

—Pero entonces, ¿por qué no lo anunciasteis mientras estaba aquí esa

mujer tan horrible? Me hubiera gustado ver qué cara ponía. ¡Ja! Seguro que le habría dado que pensar un buen rato. ¿De verdad que es nuestra? ¿Y de tanta categoría?

—Pues claro que sí. Os vais a quedar de una pieza cuando la veáis. —Se quita el sombrero y la peluca, y pasa las palmas, como un cepillo de púas, por el cráneo de cerdas erizadas—. ¡Ay, qué alivio! —dice, y mete los pulgares en los puños de los calzones, que le aprietan—. Y mucho más alivio sería si pudiera beber algo. —Da unos golpes con el bastón contra el suelo para que lo oigan en toda la casa—. ¡Bridget! ¿Dónde está Bridget?

—Basta ya de tanto golpe. Venid a sentaros al lado de la chimenea; que os traeré yo algo.

Y así, la otrora Angelica Neal, que viste ahora bata y cofia, y tan feliz, se echa un trote a la despensa para llevarle a su marido una botella pequeña de cerveza y un poco de carne fría. Cierra las contraventanas y apaga las luces, toma asiento a una mesa de madera oscura en el comedor, donde ya hay puestos dos platos de estaño y una hogaza de pan. El señor Hancock atiza el fuego y despliega el plano de la casa sobre la mesa, poniendo, para que no se cierre, un candelabro en una de las esquinas; y en la otra, el tarro de la mostaza. Y allí se sientan marido y mujer, codo con codo, y su sabrosa cena de carne regada con sorbitos de cerveza.

—Esto es el comedor —dice el señor Hancock, y pasa la zarpa grasienta por encima de la pieza en el plano—. Y esto, la habitación de música, y la escalera. Pensaba yo que estos cuartos podían ser para vuestro uso personal, pero podéis elegir los que más os gusten cuando la veáis en persona. Son espacios muy apropiados para nosotros, querida, nada lujosos; vos por eso no os preocupéis.

—Bueno, un poco de lujo no viene mal. Siempre que sea de buen gusto.

La luz de la vela y el golpeteo de la lluvia que cae en el ajado jardín al otro lado de la ventana son soporíferos: Angelica se apoya en el hombro de su marido, que la rodea con un rollizo brazo y reposa los dedos en la muñeca de ella. Ahora está ya más segura de lo que siente por su vieja amiga, la señora Frost. Y como no tiene a nadie a quien contárselo, se vuelve hacia su marido y murmura:

—No quiero volver a ver a esa mujer nunca más.

—¿A qué mujer?

—A la señora Frost. No creo que sea buena persona.

—Pero era vuestra amiga del alma. —Acompaña esas palabras con un parpadeo de sus pestañas rubias, pero no es por contradecir a su mujer: quiere oír lo que ella le tenga que contar. Angelica deja caer la cabeza en el regazo de su marido.

—Estuvo diez años recordándome que tenía que ser distinta a lo que soy. Cuando no le parecía respetable, me desdeñaba; y ahora que ya lo soy, va y se burla de mí.

—¿Que se burló de vos en esta casa, de la que sois dueña y señora?

—Le gustaría verme como un fracaso. Avergonzarme, eso es lo que le gustaría. Y ¿queréis que os diga una cosa?

—Adelante, decídmela. —Mete los dedos debajo de la cofia y le acaricia el pelo por encima de la oreja.

—Cuando me arruiné, cuando me casé con vos; pues ahora no creo que estuviera tan arruinada como parecía.

—¿Qué queréis decir?

—¿No habéis visto el cambio que ha experimentado? Es rica.

—La habrá ayudado alguien.

—¡Sí, mi propio bolsillo es lo que la ha ayudado! Me llevaba todas las cuentas, y la casa. Ella no tenía un penique; de no haberla ayudado yo, estaría en la calle. ¿Cómo es entonces que cuando yo me quedo en la miseria, ella saca a relucir sus ahorritos?

—Eso no quiere decir que lo cogiera de vos.

—Pues hoy llevaba mi broche. El de diamantes. Tan pancha que viene a mi casa, con mis propias joyas encima. Nunca le importé gran cosa, y ahora le importo todavía mucho menos.

—A ver, niña.

—Es una hipócrita —dice Angelica, y suena a que da por concluida la discusión—. Ya no hablaré de ella nunca más. —Cruza los brazos encima de la mesa y apoya en ellos la barbilla—. Contadme más de esa casa nuestra.

—Tiene un pabellón —dice él—. Como un templete para el verano.

—¡Ay! Eso me va a encantar. Allí podré comer helados.

—Y, debajo del templete, una cosa de lo más curiosa.

—¿Qué es?

—Una gruta forrada de conchas.

Da una palmada y abre los ojos de par en par.

—¡Eso sí que es grandioso!

—Sabía que os encantaría. Tiene hasta una pileta pequeña dentro, y hay que llenarla en primavera. El agente dijo que no tenía ninguna función, pero yo sé mejor que él qué función tiene: es para nuestra sirena.

—Esa sirena nuestra que todavía no nos ha sido concedida. El inventillo que nos tienen prometido.

—Esto tiene que ser una señal.

—Pues a mí me vale con que sea solo una gruta. Yo seré su ninfa. ¡Ojalá llegara a oídos de la señora Frost! Porque ella grutas no tiene ninguna. ¿Qué más hay en esa casa?

—Hay un huerto con árboles frutales. Tendréis ciruelas todo el verano. Y también tiene establos, y un faetón para que yo os lleve de paseo. Y ¡hay muchos dormitorios!

—Pero visitas no quiero —dice ella—. Visitas ni una, solo vos y yo.

—¿Nadie más?

—No —Le da un vuelco el corazón: porque, ¿a quién invitarán? ¿A la señora Chappell, a Bell Fortescue? ¿Para que se burlen...?

—Y ¿niños tampoco?

Pone demasiada intención al decirlo. Y no quiere mirarla tan fijamente a los ojos, pero es que no puede evitarlo. Ella se encuentra en una posición delicada, y no sabe qué hacer. Ni siquiera sabe si quiere o no tenerlos.

—Puede —dice ella, y es consciente de que eso que ha dicho se parece bastante a la respuesta esperada, porque él le toma la mano bien fuerte.

Dentro de Angelica, algo se multiplica.

—Y ¿qué pasa con los gastos? —inquire ella.

Le gusta cuando él se pone a hablar, y ella lo escucha; se deja caer todavía con más desgana encima de la mesa, y hunde la mejilla en el hueco que forma con los dos brazos. La voz ronca que él tiene no suena precisamente musical, pero lo que dice es puro bálsamo para Angelica.

—Pues ya está cerrado el trato —dice él—, todos los detalles bien aclarados... Y pagado a tocateja... para no tener que preocuparnos de nada...

O sea, que todo irá sobre ruedas ahora, imagino.

Mientras él habla, ella le pasa los nudillos con cariño, pero a la vez con firmeza, por el mentón, nota cómo le pica la barba, y bosteza, y sonríe, y piensa: ¿tan raro será que se le pase por la cabeza la peregrina idea de que a lo mejor está enamorada de él?

## CINCO

Él mismo lleva a Angélica al campo. Se ven las evoluciones de un milano en pleno vuelo: la cola listada cierra la estela que el ave abre en lo alto. Justo debajo, en la mullida hierba, los niños dan gritos mientras juegan a perseguirse. El viento hincha las faldas de Angelica, la convierte casi en una cometa a ella también: va por el sendero dando pasitos, y así intenta ofrecer resistencia a la brisa que se la quiere llevar; que le suelta el pelo sobre los ojos, y la obliga a llevarse ambas manos a la cabeza para no perder el sombrero, hasta que llega a su nueva casa y ríe sin poder parar.

Él encarga al *Eagle* que le traiga una vajilla de porcelana con sus iniciales grabadas. Le encarga al *Angel* cretona de primera calidad. Y a Angelica y a Sukie, les encarga que salgan a comprar cubertería nueva.

La primavera, que empezó con un día luminoso y tibio, vio llegar después una semana de lluvia, seguida de buen tiempo; los ha regalado ya varios días espléndidos. Y hay momentos en los que el señor Hancock se pone nervioso por lo que le pueda haber pasado al capitán Tysoe Jones a bordo del *Unicorn*. ¿Por qué tarda tanto en volver? A veces, apoya las manos en el escritorio y asoma la cabeza por la ventana abierta: recorre entonces la hilera de mástiles que se mecen con el cabeceo de otros tantos barcos, más allá de los tejados de Deptford, y pide al Cielo que todo vaya bien. Por la noche, sueña que el agua negra de la gruta que se ha comprado rebosa de sirenas de Java, como si hubieran criado allí. O sueña con una belleza maciza de cola de pez que tiene trozos de coral en el pelo, rubio y ondulado, y un busto mecido por la mar con un movimiento tibio y lánguido. En sus sueños, ella está en una bañera de madreperla; y, cuando él la saca de allí, pesa y se le escurre en los brazos,

con un peso frío y muerto que no logra atrapar. Y en un sueño en concreto, la levanta y cruzan la sala, en forma de concha, mientras se tambalea con ella en brazos, torpemente, de un lado para otro, y ella tira siempre hacia abajo de él, y le empapa la camisa, y los envuelve un olor a ostras. Y cuando ella vuelve la cara fría y húmeda hacia él, a quien ve siempre es a Angelica.

## SEIS

Una semana antes de la mudanza a la casa nueva, Angelica y las chicas, Sukie y Bridget, suben al desván que hace las veces de trastero, en lo que ha sido el hogar de los Hancock durante tres generaciones, y pasan revista a las posesiones de la familia.

—No hay nada aquí que merezca la pena llevarse —dice Angelica—. Nada que tenga valor, ni el más mínimo gusto. —Con el dedo del pie, toca una cuna de madera que empieza a mecerse, llena de polvo—. Hay que tirarlo todo.

—Mi madre dirá que ni hablar —dice Sukie.

—Tu madre que se ocupe de su propio desván. Este ahora es mío, y yo seré la que diga lo que hay que tirar.

—A alguna mujer le vendría bien —añade Bridget con consideración.

—¿Tú crees? Si es todo bastante feo.

—Pero de buena calidad —dice Bridget—. Y nadie le haría ascos a una buena manta de lana como esta; o a la ropa de cama, cuando la que tienen está ya que se transparenta casi.

—¿Que se transparenta? ¿Te refieres a que deja ver lo que hay al otro lado?

—A que pasa la luz, y se ve la forma de los cuerpos, allí donde han estado echados. En casa de mi madre, cortábamos la parte gastada y la cosíamos del revés, porque así las sábanas duraban el doble. Pero estas son buenas, señora: habrá quien les pueda dar mucho uso todavía.

—¡Menuda pobreza! Yo nunca pasé tanta miseria como para tener que cortar las sábanas por la mitad. —A Angelica la ha impresionado lo que

cuenta la criada—. Llevamos siempre una vida pobre pero digna, si he de ser sincera.

—¿Ah, sí? Y ¿qué os pasó? —pregunta Sukie. Porque Bridget y ella sienten un interés casi enfermizo por la ocupación previa de la señora Hancock.

—Poco importa eso —dice, y sorbe el aire por la nariz—. Hice lo que tenía que hacer.

—¿Hasta que el tío os rescató?

—¿Que me rescató? —Angelica se echa a reír—. ¿Es eso lo que crees?

—Pues claro —dice Sukie—: sí, que os rescató; así ahora os podéis reformar y ser buena.

Angelica se siente un poco incómoda. Pues, si bien es cierto que estaba en una situación desesperada —y feliz de que el señor Hancock tuviera la percepción de que la había rescatado—, jamás llegó a pensar que no saldría ella sola de tanta tribulación.

—Menudo héroe está hecho... —dice sin mucho convencimiento.

—¿Qué es mejor, señora? —la interrumpe Bridget—. ¿Vivir aquí con nosotras, o volver a Londres; allí, con todos los dulces y los galanes?

—En los dos casos hay que privarse de cosas, me parece a mí. Lo mejor es vivir donde una esté más a gusto. Pero, dime, Bridget, esta gente tan pobre que no tiene ni para sábanas: ¿qué han hecho para verse en semejante necesidad?

—Pues ¿qué van a haber hecho? Nada.

—¿No tienen culpa?

—Como no la tiene nadie, el mundo es lo que es.

—¡Amiga! Pues en eso es en lo que yerran. Y ¿sabes dónde viven?

—Lo sé.

—¿Cerca de aquí?

—Ni a diez minutos andando.

—Muy bien, Bridget: tú te encargas de ver quiénes son los que más lo necesitan, y les llevas esto ahora mismo. Sukie, tú tendrás que ayudarla. —Angelica le pone en los brazos a la sobrina de su marido un fardo de sábanas y mantas—. Y ya que vas, buscas una carreta, y la mandas para acá, y la llenamos con todo esto.

Bridget sale tambaleándose del desván, con la barbilla mirando al techo, de toda la ropa que carga en los brazos, y Sukie la sigue, escaleras abajo.

—Cuidado con las escaleras, chicas.

Sola en el desván, Angelica se pasa las manos por los pliegues de la falda. Está a gusto consigo misma; y una cálida sensación que no conocía la invade: la de hacer el bien a los demás. Nunca antes había dado nada a los pobres, y es esta la primera acción de verdadera generosidad por su parte. «Y cuando esté instalada en la casa grande», piensa, «esto será lo habitual en mí». Se ve a sí misma en la puerta, la viva imagen de la amabilidad, mientras deposita en manos de un niño que guía a su madre ciega, unas monedas recién acuñadas. Por Navidad, mandará siempre un jamón al hospicio. Y cuando muera, encargarán anillos para conmemorar su fallecimiento, y llorarán por ella los huerfanitos.

Abajo, hay alguien a la puerta. Puede que lleve un rato llamando, pues los golpes son bastante insistentes.

—Demonio de gente —murmura—. No pienso abrirles.

Pero podría ser esa mujer que vende los bollos que tanto le gustan.

Se lo piensa un instante, y baja corriendo las escaleras, mientras mete como puede debajo de la cofia los rizos que tiene sueltos. Dejan un instante de llamar; mas, cuando solo le queda por bajar un tramo de escaleras, vuelven a la carga.

—¡Tengan paciencia! —grita, y abre la puerta de par en par.

Y allí está la señora Frost, vestida toda de color lila, dándole vueltas a una sombrilla cuyos radios ruedan detrás de su cabeza como una noria.

—Buen día —dice, con una sonrisa. Se ha puesto un diente de oro.

—Eres tú.

—La misma. Es que pasaba por aquí, y pensé... qué bien estaría venir a ver a mi vieja amiga.

—¿Que pasabas? ¿De camino adónde? ¿Al muelle de aprovisionamiento? ¿A la tenería? O ¿es que pensabas comprarte una barcaza? No se me ocurre, señora Frost, adónde podíais dirigiros para que mi casa os quedara en el camino.

La señora Frost suelta una risotada que lleva tiempo ensayando para que suene así, como una campana.

—Qué aguda eres. Está bien, he venido a visitarte, porque quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar? —Y ya ha metido un pie dentro de la casa—. Es arriba, ¿no? Ese saloncito tan... mono.

—Té no puedo ofrecerte —dice Angelica, y la sigue escaleras arriba—, porque tengo a la criada en un recado. Va a llevar unas cosas a los pobres: el señor Hancock y yo tenemos la bendita suerte de que nos sobre de todo.

—Ya veo, ya.

Se sientan una al lado de la otra. La señora Frost lanza a Angelica una mirada perspicaz y demorada, como la directora del colegio miraría a una niña revoltosa.

—Tú crees que te he abandonado.

Angelica arruga el entrecejo.

—Crees que me he aprovechado de ti y luego te he dejado tirada. Ah, ah, ah, no digas nada todavía, querida, escucha antes lo que tengo que decirte. Porque no ha sido así, palomita: no ha sido así. No me he olvidado de ti ni un solo momento. Todo lo que tengo te lo debo a ti.

—Eso sí que es cierto.

—Lo admito sin tapujos. No hablo de otra cosa cuando estoy en Londres. Todo el mundo lo sabe. Pero desde que me separé de ti..., no sabes lo que habré llorado; y todo lo que habré pensado en ti, aquí tú sola: y lo cruel que fue esa forma que tuvimos de decirnos adiós.

—Podrías haber venido aquí conmigo también tú. Él te lo ofreció. Pero tú no quisiste.

—Angelica, tú tenías que mirar por ti. No hay por qué avergonzarse de eso. Yo te perdono.

—No quisiste venir conmigo.

—Desde que te cambió la suerte —la señora Frost habla un poco más alto ahora—, no he hecho otra cosa que pensar en cómo devolverte a tu posición de antes. Porque caíste tan bajo. Y llevo un tiempo luchando para que se den las condiciones y puedas regresar.

—Pero yo vivo aquí ahora.

—Exacto. Y yo puedo sacarte de aquí. —Se acerca a Angelica, que recibe en pleno rostro una ráfaga de pastillas de violetas y dientes cariados—. En mi gran casa, una casa muy bonita y muy lujosa..., allí tienes todo lo que te hace

falta: tu propio apartamento, un criado jovencito para ti sola, un muchacho abisinio, de esos que tanto te gustaban; y lo vestiremos de librea, y le puedes enseñar a hacer trucos. Eso te ofrezco. Y podrás entrar y salir cuando quieras, ir al teatro todas las noches, si gustas.

—Pero aquí estoy muy feliz.

—No hace falta que finjas eso conmigo. Porque yo te conozco.

—Tú no conoces nada. No me quiero ir de esta casa.

—Ni te imaginas cuántos de tus antiguos amigos se mueren de ganas de tenerte otra vez como amiga. No hacen más que preguntarme: «Aquella Angelica Neal, ¿cuándo va a volver con nosotros?».

—Y, sin embargo, a mí no me han llegado noticias tuyas.

—Te puedo ofrecer buenos honorarios; mejores que los de las jovencitas que tutelo ahora, y sé bien que no tendrás ningún problema en ganar dinero. Y puedes comprar tu libertad en cuanto quieras.

—¿Quieres que me haga puta?

—No diría yo tanto como «puta». Porque nunca te vendiste al mejor postor, eso bien lo sé. A ti no había quien te doblegara.

Angelica no da crédito.

—¿Quieres que me haga puta y trabaje en tu casa?

—Es lo menos que puedo hacer por ti. Tendrías total libertad de elección. Tengo tantas chicas con encanto, y que se pliegan a todo lo que les piden, pero ninguna se ha hecho todavía un nombre en el negocio. Si pudiéramos contar con un buque insignia, un nombre famoso, para atraer a la gente...

—No, no. Yo ya no tengo nada que ver con todo ese mundo, señora Frost —dice, y se pone de pie—. Haced el favor de marcharos.

—Siempre tendrás abiertas las puertas de mi casa.

—Estoy casada.

—¿Cómo que casada, para siempre? —A la señora Frost le palpita una vena en la sien—. ¿Cuánto tiempo crees que puedes seguir así? En esta casita tan ridícula, con ese hombre, que es medio tonto. A lo mejor te crees virtuosa. Pues no lo eres. Lo único que has hecho es bajar el listón de las cosas que le pides a la vida. ¿Angelica Neal rodeada de pintura marrón en las paredes y hule en las mesas? Esa no eres tú.

—Me parece que estás celosa.

—¿Celosa? Y ¿por qué iba a estarlo? ¿Celosa de que seas tan guapa? ¿De que estés casada?

—Celosa. Vienes a mi casa toda crecida, como un gato que se topa con un terrier; intentas por todos los medios persuadirme de que no soy nadie, de que tú eres alguien, y al final es que no me lo creo.

—¿Tú sabes —dice la señora Frost— cómo hablan de ti? La señora Neal, dicen todos, esa que se humilló y contrajo matrimonio con un don nadie. La que tiró por la borda las muchas oportunidades que tenía; y todo, porque no aguantaba los sacrificios que este trabajo conlleva. Eres el hazmerreír del mundo entero, querida.

—Me parece que no estás enterada del todo: mi marido me ha comprado una casa en Greenwich. Porque la vida nos va bien y estamos ascendiendo en sociedad. No te necesito; ni a ti, ni a la señora Chappell, ni a nadie: porque soy libre.

—Atada de pies y manos es lo que estás. Y mantenida: te arrimas al árbol que mejor te cobija, como has hecho siempre. A lo mejor te crees que eso es la independencia, mas te equivocas: sigues siendo una puta.

Angelica le da un bofetón, un golpe rápido y seco, como un latigazo.

—Fuera. Vete de aquí. Sal de mi casa.

La señora Frost ni se inmuta. Cruza con paso distinguido la estancia, con la huella de la mano de Angelica visible, como un ligero rubor, debajo de la costra de albayalde.

—Fuera —dice Angelica, esta vez más alto. Coge la escoba que hay en el descansillo y se le viene encima, como si fuera detrás de un escarabajo negro.

La señora Frost da un chillido, y un salto, y sale disparada hacia las escaleras, pero Angelica corre detrás de ella, dándole palos en la falda hasta que llegan abajo; momento en el que la malhadada alcahueta pierde del todo la compostura y grita:

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir! —Mientras abandona la casa a toda prisa y da con sus tundidos huesos en Union Street: allí halla al lacayo orinando con cara de satisfacción en una calleja, y a un perro sin dueño que hace lo propio contra la rueda de su carroza—. ¡James! James, volved a vuestro puesto, que nos vamos.

Angelica está toda roja y tiene un brillo fiero en los ojos; el pelo rubio le

sale a borbotones debajo de la cofia. De pie en el escalón de entrada a su casa, escoba en mano, grita a los cuatro vientos:

—¡Esta mujer es una alcahueta! Lleva un convento de la peor fama, y me acusa a mí, ¡a mí!, que llevo una vida decente.

Los pocos transeúntes que hay en Union Street —y es una calle muy buena, en la que vive gente de buena familia— vuelven la cabeza. La señora Frost entra casi a gatas en el carruaje, se escurre al pisar el pescante; agarra, nerviosa, el marco de la puerta. La gente se asoma a la ventana; y un muchacho apoya la carretilla en el suelo para ver mejor.

—Una vieja solterona que se enriquece a costa de las jovencitas —sigue diciendo Angelica, ronca casi—, que comercia con la virtud de otras mujeres. ¿A ustedes les parece justo? ¿Les parece siquiera posible? —El lacayo sacude las riendas, y el carruaje se aleja calle adelante, dando botes—. Eso, ¡váyase! —grita Angelica—. ¡Y no vuelva; que aquí no se le ha perdido nada!

Bridget, que regresa del recado de casa de los pobres, viene a toda prisa calle abajo: Sukie, algo detrás de ella, echa a correr y se lamenta:

—¡Ay, no, señora Hancock, en la calle no!

Cuando llegan a la altura de la casa, rodean a Angelica, casi sin resuello, consternadas.

—¿Qué ha hecho? —pregunta Bridget.

—Entremos, os lo ruego —susurra Sukie, y mete a la criada en casa. Pero Angelica, henchida de ira, sigue en la puerta.

—¡Antes de entrar, quiero despedir a esta mujer!

—¡Adentro! —dice Bridget—. Que ya se ha ido. Señora: ya se ha ido. —Entre las dos chicas, una a cada lado, meten despacio a Angelica en la casa.

—Echad el cerrojo —dice nada más traspasar el umbral, con la cara lívida y en relativa calma.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Sukie, y le echa a su tía un chal sobre los hombros.

—Es una mujer vil y grosera. Y esta es una casa respetable: mi marido es un caballero.

—Por supuesto. Venid a la cocina. Sentaos. Voy a prepararos algo de beber. Y os puedo preparar un reconstituyente.

—No, pero estoy bien. Solo algo nerviosa. La eché de esta casa, chicas.

—Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano; y sonrío, satisfecha—. Esa aquí ya no vuelve. Pero os daré un consejo, y más os valdría que me hicierais caso: ¡proteged vuestra virtud, que es lo más sagrado! Proteged vuestra virtud. Y ¿sabéis por qué?

—Pues claro —dice Sukie, que ha leído muchos libros sobre el tema—. Porque...

—Os voy a decir por qué: porque si no lo hacéis, las sabandijas como la señora Frost se aprovecharán de ella. Y eso si tenéis suerte, fijaos lo que os digo. Porque si no, os veréis en manos de un hombre al que llaman Quebrantahuesos, o el Caballero. Y son muy mala gente. No quiero que les deis ni la más mínima oportunidad de que se aprovechen de vosotras.

—No, no, nunca.

—Eso es, nunca. Aprended de mí. Y ahora sí que tomaré ese reconstituyente.

# SIETE

*Abril de 1786*

Una mañana, a mediados de abril, Angelica se sincera consigo misma: «Ya va siendo hora de que me haga a la idea: estoy embarazada».

Está en la cama —pues el señor Hancock ya se ha levantado para empezar la jornada—; sentada, con la espalda apoyada en el cabecero: ve pasar las nubes blancas en el cielo, una detrás de otra, al otro lado de la ventana, y es entonces cuando dicho pensamiento cuaja en su cabeza, ya formado, sin mayor preámbulo. Todo se aclara entonces. Porque comprende que, en su fuero interno, lleva ya un tiempo echando cuentas, no sin cierta alarma; que conoce perfectamente bien los síntomas, y que el hecho incontestable de que va a ser madre de manera inminente era algo a lo que no prestaba la menor atención; pero que ahí estaba.

Se tumba de espaldas y apoya una mano en el estómago, que siempre ha estado ahí, porque es rellanita; o sea, que no se le nota nada, aunque ella sí que lo nota. Y dice para sus adentros: «Esto es absurdo». En Dean Street ya habría tenido ella más cuidado; y habría caído enseguida en la cuenta de qué le pasaba. «En Dean Street esto nunca habría sucedido», piensa, y se recrimina como una tonta por pensarlo; pues ya no tiene el instinto aquel que la empujaba a interrumpir como fuera este desarrollo en particular de los acontecimientos. No obstante, no sabe muy bien cómo sentirse.

Angelica sabe todo lo que hay que saber sobre los métodos anticonceptivos, igual que otras chicas se saben de memoria el catecismo. Guarda siempre una esponja empapada en vinagre en el tocador, y sabe cómo

se pone un condón. Tiene cronometrado hasta el último segundo lo que va a tardar un hombre en descargar su esencia. Y los deja vaciarse sobre la parte de su persona que más admiren; en ocasiones excepcionales, ha llegado a darles el capricho de practicar para ellos lo que se conoce como el vicio francés. En caso de descuido, siempre podía retirarse al reservado sin ningún aspaviento, y darse un baño sentada de agua muy caliente o recurrir a la ginebra; y, caso de ser más urgente, pedirle a la señora Chappell que le comprase un buen purgativo. O bien, si era necesaria más ayuda, nunca se sentiría dejada a su suerte; porque todas las mujeres que conocía tenían un consejo al quite, junto con un misericordioso vaso de malvasía; y hacían correr la voz hasta dar con la mano experta y los utensilios adecuados. No sería agradable, y unas veces lo sería menos que otras; pero, pasado un momento inicial de frenética actividad y no menos angustia, se solucionaría el problema: todo resuelto, siguiendo sus mismas indicaciones y no otras.

Ahora, sin amigas, ni la más mínima idea de cómo encontrar una comadrona especializada, no en abortar, sino en propiciar la venida al mundo del ser que lleva dentro, Angelica está fuera de su elemento. «¿Qué voy a hacer?», se pregunta, temerosa, una y otra vez; hasta que acaba deduciendo que no puede hacer nada, que no tiene que hacer nada. Solo esperar a que nazca el bebé. Al principio se pone muy nerviosa —¡tanta falta de iniciativa por su parte!—; y no para quieta, no se duerme, da vueltas en la cama, hasta que se levanta y echa a andar por el dormitorio. Porque, si es que va a ocurrir un acontecimiento de tal calibre, algo más tendrá que hacer ella, ¿no?

Pero por fin comprende que esto es el fin de Angelica Neal; y que en ese punto preciso se alzan los cimientos de la señora Hancock. Al principio, se imaginó que lo único que haría el matrimonio sería sacarla de la situación anterior en la que se encontraba: pero la verdad es que la ha llevado a una situación totalmente nueva, que se está gestando puntada a puntada debajo de su misma piel, que cada día conoce una nueva alteración. Tiene bajo su control menos cosas de las que ella esperaba; y ve ahora, conforme pasan los meses y los años, que cada vez serán menos. Ya no volverá nunca a ser la misma de antes: porque a la cortesana Angelica Neal, dotada de personalidad propia, le han compartimentado la vida, y le reclaman esos pedazos un parentesco tras otro. Es «la mujer de» y «la tía de»; y en poco tiempo será «la

madre de»: probablemente un joven lleno de ambición y energía, cuyos logros nadie pensará en asociar a ella, que fue la que lo parió. Y la nómina de parentescos, y lo que de ella exijan, en lugar de restarse, se multiplicará: será la suegra, la abuela, la viuda, la carga familiar de alguien. Y, de igual modo, su persona será compartimentada una y otra vez, hasta que ya no quede nada de ella.

—Bueno, pues hecho está —dice.

Se echa el chal a los hombros y mete los pies en las zapatillas; y de esta guisa baja la escalera para ir al despacho de su marido. Una vez llega a la puerta, llama con unos golpecitos.

—Adelante —dice él.

Ella entra y lo ve encorvado encima de la mesa de trabajo, como siempre, sin peluca, absorto en sus pensamientos, acariciándole a la gata ese punto debajo de la barbilla. El animalito cierra los ojos de puro goce, y tiene las patas una encima de otra.

—Buenos días —dice Angelica.

—Buenos días. —Él no levanta la vista. Con la punta de los dedos manchados de tinta, le pasa la mano a la gata por el cuello, rodeándole la mandíbula, y empieza a frotarle detrás de las orejas. El ronroneo que emite el animal es atronador.

A Angelica no le para quieto el estómago, de los nervios que tiene.

—¿Listo para el desayuno?

—Esto..., a ver, dejadme ver. —Con la mano que tiene libre, rebusca entre los papeles, sin dejar de acariciar a la gata—. Pues precisamente hoy tengo el día muy ocupado. A lo mejor..., ¿a lo mejor podemos cenar juntos? —Alza los ojos para pedirle perdón con la mirada—. Tengo tanto que hacer, querida.

—Señor Hancock —dice Angelica con más firmeza. Pero entonces se percata de que no sabe muy bien qué decir—. ¿Qué diríais vos...? —tira por ahí a ver qué tal—. En fin, si fuerais..., pues eso que creo que yo...

Él se vuelve para mirarla, y apoya el brazo en el respaldo de la silla.

—Escupidlo —dice.

—Pero es que no sé cómo decirlo.

—¿No son malas noticias?

—No, no, no. Buenas, buenas. Me aventuro a pensar que os gustará mucho oírlas. —Se da cuenta de que le arde la cara, la tiene roja, y con las mejillas ha esbozado una sonrisa respingona. Porque se anticipa a la alegría que le va a dar a su marido, y eso la marea un poco—. Señor Hancock —tira ahora por este otro lado, y junta las manos a la espalda—. Ay, señor, ¡que lo estoy del todo, del todo!

—¿Cómo decís?

—¡Que voy lo que se dice en aumento!

—¿Que estáis...?

—¡Un hijo! ¡Que vamos a tener un hijo!

—¡Oh! —Él se levanta de la silla con un solo movimiento; la gata escapa, y el tintero se derrama encima de la mesa. El señor Hancock toma a su mujer en brazos, le besa la cara y el pelo—. Ay, palomita mía, mi amor. ¡Qué noticias más buenas! Y ¡qué lista que es ella!

—Yo estoy encantada —dice ella, tanteando. Y entonces lo repite—. Pero encantada de verdad.

Y cierto es que lo está. Porque ha hecho llorar de alegría, de pura y desinteresada alegría, a un tipo de hombre especialmente tibio en la expresión de los sentimientos: y eso es algo de lo que estar encantado. Si va a dar a luz a un hijo, pues que sea de un hombre que choquee por él.

—¿Cuándo? —dice él, y la coge por los hombros.

—A tiempo para celebrar la Navidad con él, creo.

—Ay, querida. Seremos tan felices. Vos y yo, mujercita mía, y un hijo nuestro. No se puede pedir más.

—Pues la verdad es que no.

—Os dije que os haría feliz. Y más que contenta estáis, ¿a que sí?

—Ay, señor mío. —Se da toquecitos en los ojos con el pañuelo—. Pues claro que sí.

## OCHO

Esa misma noche, el señor Hancock encarga unos confites, y empanadas de carne; y manda aviso a los vecinos para que se unan a ellos, y así celebrar juntos la buena noticia en una pequeña reunión informal. También manda a por su hermana Hester, quien se esfuerza por ser amable; si bien, nada más llegar, no puede evitar preguntarle con un hilo de voz:

—Y ¿cómo sabes que es tuyo?

Los invitados forman un grupo de lo más variopinto. Eso sí, de clase social más elevada que el común de los vecinos de Deptford con los que tenía trato antes; y es que, podría decirse, su estrella brilla cada vez más alto. Allí están todos los inquilinos de Hancock Row; o, más bien, los hombres: el profesor de baile, el médico, el hombre que acaba de abrir una tetería en la misma Butt Lane. Jem Thorpe y el maestro carpintero de navío también están presentes, y miran al resto con el ceño un poco arrugado. Porque antes solo había un tipo de hombre en la sociedad de Deptford: mañoso con las manos, rápido en hacer cuentas; alguien que, si no se ganaba la vida en o con un barco, no podía afirmarse que tuviera ni vida ni nada. Pero estos hombres de secano un tanto ociosos son una raza aparte. ¿De dónde han salido? Y ¿por dónde cogerlos?

En una cosa están de acuerdo, sin embargo: en que todos y cada uno de ellos han acudido solos, sin mujeres, hermanas ni hijos.

—A ver —dice el señor Hancock—, ¿aquí qué pasa? Porque en esta reunión andamos muy justos de damas. —Los amigos incorporados al círculo más recientemente sonrían, copa de coñac en mano, y dicen entre dientes que no han podido traerlas—. ¿Cómo? —pregunta el anfitrión—. ¡Hablen en alto,

señores, en alto! Ni uno de ustedes ha acabado la frase.

Angelica lo toma del codo y se acerca a susurrarle al oído:

—Las mujeres no habrán querido venir por mi culpa.

—¡No! Pero es absurdo.

Ella alza los hombros.

—Muy sensato es lo que es. Porque yo no soy compañía decente para esas damas.

—¿Sois mi mujer o no lo sois?

—Lo soy, mas... —suspira Angelica—. No querrán conocerme. Y tampoco lo querrán sus maridos. —Aunque, cuando se da la vuelta, los halla con el cuello estirado, mirándola fijamente, pues han oído hablar de ella, y han visto también el retrato que todos conocen—. Podéis estar bien seguro de que tienen instrucciones muy precisas: les habrán dicho que memoricen todo lo que vean, para así contarles a la vuelta con todo detalle.

—Pero... ¿no van a venir nunca a visitaros? Tenéis que relacionaros con otras mujeres.

Angelica solo anhela una cosa a ese respecto, y es ver a su querida Bel, preguntarle: «¿Cómo se apaña una con esto?». Bel seguro que tendría respuesta a esa y más preguntas; y sería amable con ella. Pero es que Bel ahora se relaciona solo con la aristocracia, gente con título y tierras. No con las esposas de hombres de clase media un poco provincianos; sino que constituyen una raza aparte.

—A lo mejor no dan su brazo a torcer —dice ella—. Yo me esforzaré por ser una de ellas. Si hoy causo una buena impresión, no me harán el vacío, estoy convencida de ello.

Sukie, que prepara el clavicordio, los ve decirse cosas al oído; y ve también el amor con el que su tío mira a su mujer. A la niña, la compañía de Angelica no le resulta odiosa, pero está un poco deprimida al ver lo rápido que el señor Hancock ha desviado la atención de la sobrina a la esposa, porque pensaba que era un elemento central en la vida de él. Está desconcertada al ver lo poco que ha tardado en olvidarse de ella.

—¡Brandi! —exclama el señor Hancock, y así brindan todos juntos por el niño que está en camino: él, con la mano en la cintura de la señora Hancock; ella, roja como un tomate, y muy bonita. Hasta a la señora Lippard se le

escapa alguna que otra sonrisa, y alguna risa también.

Puede que el bebé no sea ahora mucho más que un cigoto, pero sella su unión como nada más podría hacerlo. Ya no hay quien pueda desbancar a la señora Hancock.

Bridget entra en la sala; y, tirándole de la manga al señor Hancock, lo informa de que hay un caballero a la puerta.

—¿Más visitas? —dice el señor Hancock—. ¡Qué divertido! ¡Que pasen, que pasen! —Pero cuando Bridget lo lleva por fin con ella al pasillo, en el piso de abajo, ve que no es más que el recadero—. ¿Hay que enviar la respuesta contigo? —pregunta el señor Hancock.

—No, señor, solo debo entregarle este mensaje. Es importante.

—Ya veo, ya veo. —El señor Hancock mira la nota: lleva la marca de un ancla. Alabado sea Dios, el sello del capitán Jones—. Gracias. ¿Queréis una copa de brandi?

—No, señor, muchas gracias. Tengo que marcharme.

Cuando el chico ha salido, el señor Hancock vuelve a mirar el sello. «Son nuevas de mi barco», piensa, y bajan por el hueco de la escalera las notas mullidas del clavicordio, seguidas de las risas y el rumor de las voces de estos nuevos amigos que ha reunido en su casa. «Una noticia de lo más trascendente, quizá. Como si me hiciera falta más trascendencia en la vida». Recuerda con cuánto fervor pidió que le trajeran otra sirena; y la alegría indescriptible cuando llegaron nuevas de que habían encontrado una. ¿Y ahora? «Pues ahora no importa. Tengo todo lo que quiero: sumarle a todo ello una maravilla como esa no me va a hacer más feliz en absoluto».

Y si son malas noticias, pues igual: si han extraviado a la criatura, o resulta que es una falsificación, entonces tampoco importa gran cosa. Aun así, algo lo incomoda, y sube arriba a hablar con su mujer. La encuentra donde el clavicordio, pasándole las páginas de la partitura a Sukie: se ha vuelto para mirarlo cuando ha sentido que regresaba a la sala, y ahora lo mira con una expresión plácida y feliz dibujada en el rostro.

—¿Quién era? —le pregunta con voz queda, para no interrumpir la actuación de Sukie. Mas, al ver la cara que trae su marido, se aparta del instrumento y le pide al profesor de música que la reemplace.

—Traían una nota, pero todavía no la he abierto. Yo..., yo pensaba que a

lo mejor podíais abrirla vos. Es del capitán Jones.

Ella abre mucho los ojos.

—¿Ha vuelto ya?

—¡No lo sé! ¡Abridla!

Mete un dedo debajo del sello y desdobra con cuidado el papel, húmedo y sucio, escrito con mano descuidada. Dice así:

Señor Hancock:

Señor, vuestro barco, el fiel *Unicorn*, ha llegado a puerto sano y salvo. Ruego os reunáis conmigo en el muelle de Groenlandia mañana a las siete de la mañana, a fin de que os sea entregado el cargamento, raro y voluminoso como pocos, que porta en su bodega el barco.

Os saluda, etc.

CAPITÁN TYSOE JONES

P. D.: ESTÁ VIVA.

*Dentro de esta burbuja de calma, algo está creciendo.*

*Se dobla, se redobla y se vuelve a doblar, sin ser visto; y un momento detrás de otro, y de otro, y de otro, es más ello mismo cada vez. Se extenderá despacio, dará un estirón como el que da la raíz central que germina de una semilla; o quizá se hinche como un renacuajo, que tiene los miembros anudados todavía al cuerpo; mas, por mucho que se parezca a estas cosas, cierto es que no es ninguna de ellas. Es ello mismo y nada más.*

*Si piensa, no sabe que está pensando. Si siente, no sabe que está sintiendo. Mas pugna, sin saber que está pugnando: crece hacia la vida sin saber lo que será la vida; y aunque no tiene conciencia de qué sea el logro, su solo instinto es lograr ser algo. Nada sabe de edades, mas conquista segundos, y minutos, y horas; vive en el ahora, en el ahora, y en el ahora: cada instante rezuma en el siguiente, y cuando ha pasado ya se olvida. Podría ser la cosa más vieja del mundo, no lo sabe. O la más nueva quizá.*

*Esta cosa que duerme en la oscuridad, y que hasta para sí misma es secreta. La gente que no la ha visto nunca se la imaginará con dedos,*

*pestañas, con una voz, pero ¿ellos cómo lo saben? ¿Qué sabe nadie que hará en su burbujita, si ni siquiera a sí misma se sabe? Habrá quien diga que tiene su propio código moral, que tiene sus motivos, un propósito divino, un alma que merece la pena robar. Piensan que las reglas que lo rigen serán las mismas que los rigen a ellos. Están equivocados.*

*Es una semilla que tiene comprimido en sí todo lo que algún día podrá necesitar; y así duerme en su lecho; así nada, y así vuela: ciega, sorda y muda en su mundo sensorial, navega en las mareas del sueño. Conoce, o no conoce, el turbio embate del fluido que lo contiene, y el golpe seco y el fragor de cierta marea eterna que le da consuelo. Lo que sabe es que forma parte de algo más grande.*

*Lo que sabe, si es que lo sabe, es que algo está a punto de pasar. Está preparado a cada momento para algo que tiene que pasar.*

*Algo que está a punto de pasar.*

## NUEVE

Al señor Hancock jamás le ha hecho falta que lo despertaran al rayar el día: al alba es una hora tan lógica para despertarse que lo hace sin quejarse lo más mínimo, y sin que le cueste nada hacerlo. Esta mañana en concreto, abre los ojos como por un resorte cuando las campanas en la torre de San Nicolás están dando la tercera campanada de las seis que tocan: y ya está completamente despierto; como si, no hace ni tres segundos, no hubiera estado profundamente dormido.

—La sirena —dice, completamente a oscuras, y se sienta en la cama. No ve gran cosa, pues es casi de noche todavía, y el dosel está abierto solo a medias; pero a Angelica sí la siente: cálida, sudorosa, acurrucada a su lado; y le toca lo que supone que será el hombro—. Que ha llegado vuestra sirena —susurra—. ¿No queréis venir a verla conmigo?

—No hay sirena que valga —murmulla en sueños, y se vuelve de espaldas.

—Despertaos, señora Hancock.

—No, señor.

—¿No os voy a convencer?

—Id vos, y convenceos de que es de verdad. Yo no pienso ir hasta allí para ver un juguetito.

—Imagino que el descanso para vos es sagrado —dice él— en el feliz estado en que os encontráis. —Abre el cortinaje del dosel y sale de la cama; Angelica ocupa el espacio que ha dejado vacante, y él va a la pata coja, con un pie metido ya en la pernera del calzón, haciendo el menor ruido que puede. Al salir del dormitorio, se da en la espinilla contra el arcón de las

mantas y escupe con voz ronca un juramento.

—¡Chis! —dice Angelica.

—¡Perdón! ¡Perdón!

Baja de puntillas, liviano, como una bailarina. Bridget viene de la cocina, con un cubo colmado de carbón.

—Buenos días —dice él, sin poder contener la alegría; pero ella lo mira esquinada y con los ojos todavía velados por el sueño, y no dice nada. Por lo menos ha abierto las contraventanas; y, en el salón, entra a raudales la luz de la primavera—. Un día glorioso —comenta, y la gata lo sigue cuando sale a la calle—. Y un día importante. Porque por fin voy a ser padre, y porque mi barco, el *Unicorn*, ha llegado a puerto; y eso es lo más importante.

La gata va en zigzag de una a otra alcantarilla, con el hociquillo pegado al suelo y un temblor en los bigotes: tiene hambre.

—Tú te crees que todo esto a ti no te afecta —dice el señor Hancock—, pero es este negocio lo que te mantiene a base de cortezas de panceta.

Cuando se topan con los altos muros y el aire viciado del muelle de aprovisionamiento del Almirantazgo, el señor Hancock y la gata van cada uno por su lado: el animal se precipita hacia las sombras, con la cola más tiesa que un mástil y él tira campo través, donde el aire es denso y huele a humedad y a verde. Lo saluda el clamor de los pájaros, y tres vacas rojas lo ven pasar con los ojos velados por enormes pestañas: observan cómo salta una cerca y pone a prueba la costura de los calzones. De allí, toma una avenida jalonada de árboles que conduce al muelle de Groenlandia, y camina tranquilamente, dando patadas al polvo del camino, mientras entrecierra los ojos y el rojo resplandor del sol le perfora los párpados.

Se va acercando, y el aire rezuma un olor a aceite que se posa en la ropa y forra los conductos nasales con un aroma grasiento a aguas profundas. Y cuanto más se acerca, más insoportable se hace ese olor, hasta que explota en un espantoso hedor a podredumbre: las gigantescas tiras arrancadas a las ballenas en el hielo de Groenlandia llevan días, semanas, acumuladas en los barcos que las trajeron a puerto; y la carne hiede, suda y supura a partes iguales. En los muelles, los operarios del puerto las van alzando una a una de la pila; mientras aguantan las arcadas y se tambalean unos contra otros porque les da en la cara el azote de las bolsas de gas y los fluidos grasientos

liberados al mover la carne. A estos hombres les cae la dudosa suerte de conocerse al dedillo la anatomía de los grandes cetáceos, aunque en su vida han visto uno vivo: grasa de ballena para hacer jabón y lámparas; de cachalote, para las velas que no sueltan nada de humo; barbas de ballena que sus enamoradas llevarán en el corsé.

Ya están al rojo vivo los hornos en los que se fundirá la grasa; alojados en edificaciones alargadas de ladrillo construidos junto al mar; y los trabajadores echan en las tinas las esponjosas tajadas. El señor Hancock se acerca a un grupo que se ha tomado un respiro al borde del muelle.

—Buenos días, muchachos —los saluda.

—Buenos os sean dados. Ya no os vemos por aquí tanto como antes.

—La verdad es que no. Y hoy tampoco contaba con venir por aquí. Pero me han convocado por un asunto de lo más misterioso. El capitán Tysoe Jones, ¿lo han visto?

Uno de ellos apunta con la cabeza en dirección al muelle; y allí lo ve, al lado del agua: un hombre alto y de cuerpo angosto; él solo, rodeado de todo este ajetreo, impertérrito y con la cara blanca. No hace más que darle vueltas al sombrero, como si no pudiera parar las manos quietas, enfrascado en una especie de plegaria ritual.

—Muy bien no ha vuelto —dice uno de los trabajadores del muelle.

—Ha tenido mala singladura —añade otro.

—A veces se ponen así. —Y se lleva una mano a la sien—. Enloquecen.

—Ya veo —dice el señor Hancock, que conoce ese tipo de reacciones—. Lo que le hace falta es descansar.

Se acerca a su viejo amigo, con una sonrisa de oreja a oreja y la mano tendida; mas, si bien el capitán Jones tiene todo el aspecto de alguien que está esperando, y se le van los ojos a todas y a ninguna parte, inquietos, expectantes, es como si no lo viera a él.

—Tiene toda la pinta de que el viaje ha sido duro —comenta el señor Hancock—; ¿eh, Tysoe? Pero ya estáis en casa.

Su amigo deja prendido en el aire el punto invisible en el que tenía clavada la vista; y, penosamente, la fija en la solapa del señor Hancock. Queda callado un momento, y hay un músculo de la mandíbula que se le tensa sin querer.

—Sí —contesta al cabo—. Se podría decir así.

—Pues el caso es, Tysoe —el júbilo del señor Hancock se desborda antes de que él pueda contenerlo—, que me ha cambiado mucho la vida, no os lo vais a creer. ¡Tengo esposa, señor!

El capitán Jones sigue impasible.

—Y ya hemos mandado recado a la cigüeña —insiste el señor Hancock—. Voy a ser padre. ¿Qué os parece, eh? —Pero, puede que, por primera vez en su vida, el capitán Jones no tiene nada que decir. Asiente, con la mente en otra parte, y le deja al señor Hancock en un incómodo silencio que este intenta llenar a base de balbuceos y toses, hasta que por fin pregunta con tono apocado—: Y ¿cómo fueron esos viajes?

—Extraños. —Su viejo amigo no lo mira a los ojos, dice algo entre dientes; luego, vuelve a dejar la vista prendida a medio camino entre el muelle y la línea del horizonte.

—Pues, bien sabéis —el señor Hancock duda un momento; le preocupa esa extrañeza que se ha apoderado de su amigo—, que os llevó más tiempo de lo esperado volver de regreso, ¿no es así? —Echa de menos aquel afectuoso apretón de manos, la palmada en la espalda; y lamenta que su amigo no se alegre por él de ese logro entre los logros de la masculinidad. Porque lo que importa es que algo ha salido mal.

El capitán Jones se encoge de hombros:

—Y ¿qué hora es, al cabo?

—Además, no es aquí donde soléis atracar con mis barcos —apunta el señor Hancock.

—No. Porque no es este un cargamento al uso. En fin... —Se quedan un minuto más así, los dos en silencio. Entonces el capitán Jones dice—: Venid conmigo.

Echa a andar como movido por un pequeño resorte, y avanza bastante rápido, arrastrando los pies con prisa: hay algo mecánico en sus miembros, algo de títere, y no levanta los pies del suelo. De esta guisa lleva al señor Hancock hasta el final del muelle, donde los barcos se mecen los unos al lado de los otros, como un rebaño, y hacia un desvencijado almacén que hay al fondo. Cuando están solo a unos metros, el capitán aminora el paso y acaba deteniéndose. Y allí se queda, inmóvil, con la vista clavada en el suelo.

—Os traje lo que queríais —dice—. La encontré. Pero yo creo..., yo creo que no deberíais quedárosla.

—¿Cómo?

—No va a ser lo que vos esperáis. Porque no es tampoco lo que yo esperaba, bien lo sabe Dios.

—Yo nada espero. Lo que esperaba era que estuviera muerta.

—Pues os aseguro que muerta no está. —Suelta un resoplido irónico por la nariz—. No sé si se podría decir que esté viva, pero muerta no está.

Entran en el almacén, sumido en penumbra. El señor Hancock tiene que entrecerrar los ojos para poder distinguir algo dentro: una de las panzudas tinas de cocción, arrastrada desde el murete en el que estaba instalada, ocupa ahora el centro del galpón, y ha dejado en el suelo de piedra una hilera de marcas, como rasgones de hollín. El señor Hancock avanza despacio. Sorprendentemente, el capitán Jones sigue contando:

—A todo marinero le llega el día de la morriña, al menos una vez en la vida. Pero es que este ha sido con diferencia el viaje más melancólico que he hecho yo.

Llega del agua que, a buen seguro, hay en la tina —pues no suena como si fuera grasa de ballena— un ligero chapoteo, como si algo muy grande se diera la vuelta dentro.

—La instalamos en la bodega, como a una reina. Al principio, la tripulación estaba muy animada. Si bajaba a verla, siempre sorprendía a alguno de mis chicos asomado al tanque, mirándola: solo hacían eso, mirarla. Pero pasado un tiempo...

La tina le llega al señor Hancock a la cabeza, y no ve lo que hay dentro: da un manotazo a la pared chamuscada del enorme recipiente.

—¿Tenéis por ahí una escalera? Me gustaría echar un vistazo.

—... bueno, pues todos los hombres que íbamos en ese barco acabamos sucumbiendo a la pena, a una especie de vacío melancólico. Como si a todos nos hubieran eviscerado igual que a un pez, y lo que palpitaba caliente dentro de nosotros, toda la enjundia, la hubieran sacado para tirarla por la borda. — El capitán Jones no se ha movido del vano del portón, ni un centímetro más adentro del haz de luz que el sol escarba en el umbral. Empieza otra vez a dar vueltas al sombrero entre las manos—. ¿Cómo describíroslo si no lo habéis

sentido nunca? —dice. Aunque quizá se lo esté diciendo solo a sí mismo. Pero sí que quiere descargarse y ser oído, porque habla alto, y le embarga la voz cierto tono de urgencia—. Es como cuando uno cae en la cuenta de que ya no está enamorado. Y quedó en el aire esa inquietud. Nadie miraba a los ojos a nadie; no hablaban, y cesaron los cantos de la tripulación. Fue como si todos y cada uno de los que íbamos en ese barco hubiera tenido de repente noticia de que había un gran amor esperándolo, solo para él; pero que el mundo era tan grande que jamás lo encontraría.

—No os hacía yo a vos hombre de vena tan poética —dice el señor Hancock. Entonces coge un barril vacío, lo arrima a la tina, se sube encima, y ve lo que hay dentro.

El agua se mueve: parece negra en la oscuridad, surcada por microscópicos fragmentos de mica que flotan en su seno, igual que estrellas. Al principio, piensa: «Pues vaya, si aquí no hay nada». Entonces el tanque da como un suspiro muy hondo, hay una cascada de arcoíris que atraviesa el cobre del agua, y la ve: es difícil distinguir una forma exacta, pero sin duda está allí. Parece un banco de peces diminutos cuando se propulsan todos al unísono en la corriente marina, y relucen como un solo cuerpo con cada movimiento: una masa enorme que se forma y se transforma y piensa en absoluta sincronización. A veces se distinguen los brazos; pero, sobre todo, los remolinos de pelo. Ve la plateada ondulación de la pesada cola. Y se queda asomado al agua varios minutos, oyendo cómo suspira, cómo da vueltas y vueltas.

—Vaya —dice.

—Y en cuanto tocamos tierra anoche —continúa el capitán Jones—, todos supimos... que no volveríamos a echarnos juntos a la mar nunca más. Con lo que éramos nosotros, que parecíamos hermanos. No sé dónde irán todos; de vuelta a casa no, pues no hay ya casa para ellos que sientan que es su hogar. —Se queda pensando un instante eso que ha dicho, antes de repetirlo, darle la vuelta, como si fuera un raro objeto que tuviera que analizar —: No hay ya casa para ellos que sientan que es su hogar. —Luego se pone derecho—. Lleváosla. Tenéis suerte de que no hayamos abierto nosotros mismos una boca de agua para hundir el barco: que de muy buena gana lo habríamos hecho. Tengo intención de volver a marear tan pronto como me

sea posible. ¿Qué me queda aquí ya? ¿Para qué quiero ahora el dinero?

El señor Hancock no lo está escuchando.

—Tengo que decírselo a Angelica —murmura en alto, y escruta las aguas con los ojos entrecerrados una vez más—. He de irme ahora mismo.

Aun así, sigue asomado a la tina todavía varios segundos.

## DIEZ

—¡Uf! —Angelica Hancock despierta de pronto y se oye a sí misma emitir ese sonido, uf, mientras abre los ojos.

Algo está pasando.

Porque le duele muchísimo.

—¡Uf! —repite, y se levanta de la cama. No le obedecen las piernas; hay algo que le contrae el vientre. Hinca la rodilla y vomita en el orinal, pero no mucho—. Uf —gime otra vez, y le sale del mismo diafragma.

Se queda allí, de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo: escupe, y la saliva traza una pequeña parábola entre su boca y el borde del orinal; los hilillos se estiran y quedan colgando, pero no se parten. Espera a ver si le vienen más arcadas, pero no. Se limpia la boca con el dorso de la mano, y vuelve a meter el orinal debajo de la cama, para no mancharse el pelo suelto, pero no puede levantarse. Sigue en la misma posición, con el cuerpo hecho un ovillo, y los pies debajo de las nalgas; las rodillas, a la altura del pecho: como si quisiera hacerse un paquete de regalo y envolverse a sí misma, recomponerse. El dolor del vientre es algo fuera de este mundo.

—Ya sé lo que es —dice en alto. Y eso la exaspera, porque no es la primera vez que lo siente.

Logra levantarse un poco del suelo, se lleva una mano al estómago, y mete la otra entre las piernas. Sale llena de sangre, más de lo que cabía esperar; reluce delante de sus ojos, como el caparazón de un escarabajo: cuando abre los dedos, se expande entre las falanges como una red roja y mucosa.

—¡Ay, Dios mío! —Le sube el llanto y le atenaza la garganta. Y al alzar

la vista al cielo, ve con el rabillo del ojo las sábanas, llenas de grandes lamparones rojos, negros—. Ay, Dios. —Menudo desastre: ¡en qué estado ha quedado la ropa de cama! Eso no saldrá al lavarlo.

Se queda un rato largo allí, en cuclillas, volcada sobre su propio dolor, como si la sola función de su cuerpo fuera sufrirlo y contenerlo. Le tiemblan los tobillos, y deja caer la cabeza; de tal manera que lo único que ve es el valladar de su propio pelo. Pasado un rato, arranca la sábana de la cama y se la mete entre las piernas. Gira sobre sí misma en el suelo para ponerse de lado, y adopta la posición fetal: apretando las rodillas contra el pecho; las manos, contra la cara. Nota pegajosas las líneas de la mano, le huelen a lo que ha salido de ella.

Pero no llora. En cualquier otra circunstancia, ya habría roto a berrear como un cordero hambriento, pues tiene Angelica poca tolerancia al dolor, y rara vez se ha sentido tan indefensa, pero hay algo que le impide hacerlo. Sabe lo que está pasando; y siente una tristeza infinita.

—Quédate conmigo —susurra, y las lágrimas le resbalan por el puente de la nariz, le empapan las mejillas, forman un charco en las tablas del suelo—. Quédate conmigo. Ay, ¿qué voy a hacer yo sin ti?

Por supuesto, no hay forma de detenerlo. Solo se le ocurre pensar lo que le han enseñado antes, en otras ocasiones, después del rito acostumbrado: tomar baños calientes, caminar a paso vivo, probar algún tónico prescrito para esos fines. «Respira. ¡Que respires! Te sentirás mejor. Coge aire. Échalo. Inhala; vacíate los pulmones», le decían, «hasta que no te queda nada de aire dentro». Y soltaba una exhalación larga, a un ritmo constante, hasta que se vaciaba de aire y pensaba que se le juntarían las paredes de la caja torácica. Cuando pasaba eso, había otras mujeres a su alrededor; que le daban friegas en la espalda y le decían al oído que tranquila, que tranquila: entonces aullaba, pero era solo de dolor. Luego había vino dulce, una cama limpia y risas, ya al final.

Ahora está ella sola en el piso de su cámara matrimonial. Echa todo el aire de los pulmones en una larga y demorada exhalación. Y así consigue soportar el dolor, más o menos; aunque solo sea para ser testigo de este tránsito.

Sukie debe de haberla oído desde su cuarto, porque asoma la cabeza por

la puerta, y ve que tiene la sábana manchada de sangre, retorcidas entre las piernas; y la cara, llena de las marcas grasientas de los dedos.

—¡Señora Hancock!

Angelica sigue en posición fetal, sin levantarse del suelo.

—Me parece que ya lo he perdido —dice—. Que ya es demasiado tarde.

—Dejadme que os ayude.

—No, no. Me puedo levantar yo sola; no me toques.

—Vamos, señora. —La levanta cogiéndola por las axilas y le va desenredando la sábana, con cuidado, de entre las piernas. Angelica llora al ver que la separan de su misma entraña—. Tranquilizaos, tranquila. No os preocupéis; no miréis, no miréis: yo me encargo.

Allí estará, en algún pliegue de la sábana manchada de sangre; si es que tiene tamaño suficiente y se lo puede ver, reconocer, si es que es de una pieza: esta ranita hecha un coágulo diminuto que Angelica llevaba dentro.

—Venid a la cama. Iré a por algo para lavaros.

—Demasiado tarde ya —repite Angelica.

—No hay nada que pudiera hacerse. Son cosas que pasan, a veces.

—Ay, ¿cómo lo sabes tú?

—Y ¿cómo lo sabéis vos? —la corta en seco Sukie.

Angelica se deja llevar por un ataque de llanto.

—Tu tío... —dice. Cuánto le habría gustado tener un hijo vivo. Le habría encantado. Y cuánto la habría amado a ella por dárselo. Pero ya no lo puede tener... Aquella familia de apenas dos meses que alojaba en sus entrañas se la han arrancado, como la carne a una ostra—. No debes contarle nada de lo que has visto —le dice Angelica.

—Pero ¿entonces...?

—Si vuelve a casa esta mañana, dile que no me encuentro bien. Y a Bridget también, diles eso. No hace falta que él se entere de todo todavía. Me voy a echar un rato, a ver si se me pasa. Estaré bien. No quiero que me vea perder la compostura.

—Y ¿si viene a buscaros? Para que veáis a la sirena: porque querrá enseñárosla.

—Eso no hay ni que pensarlo —dice Angelica, y se levanta como puede para meterse en la cama—. No hay sirenas. Ni las ha habido nunca.

## ONCE

—Entonces, ¿cómo es? —le pregunta Angelica a su marido a la hora de la cena, esa noche.

Él ha vuelto como alma en pena, bastante tarde, con la mirada perdida, pero no está en condiciones de darse cuenta de eso, pues ella misma se ha levantado de la cama apenas hace una hora; y apenas hace una hora que se ha limpiado los últimos trazos de lo que ha perdido esa misma mañana. Siente como el estigma de la culpa en esas manchas, las marcas de los dedos empapados de sangre: en la pila de la cocina, intentaba quitarlas a base de agua, jabón y cepillo, y apretaba los dientes para no echarse a llorar. O sea que es una cena un tanto peculiar, no como suelen ser las suyas, felices y a dos carrillos; aunque lleva su mejor vestido de cretona y le ha pedido a Bridget que le eche polvos en el pelo.

—¿El qué?

—Vuestra sirena.

—¡Ah, eso! —Traza caprichosos círculos con el tenedor en el plato—. Difícil de explicar.

Porque la verdad es que no sabe qué pensar. Quería salir corriendo, pillarla todavía en la cama y contarle que era una cosa que no sabía por dónde coger, pero algo lo mantuvo allí, pegado a la tina: sin moverse, minutos, luego horas enteras, buscando en el agua las evoluciones de aquella extraña criatura.

Ella no lo presiona. De hecho, casi ni oye lo que dice, porque se le va la mente a otra parte: a sus mismas entrañas, a aquella punzada de dolor que siente en el centro de su cuerpo. Y vuelve una y otra vez sobre ello, porque

no acaba de creérselo: que apenas le era dada esa cosita, y ya se la arrebatában. ¿Qué podía haber hecho para evitarlo? ¿Sería que salió demasiadas veces de paseo a última hora de la tarde, cuando ya refresca? ¿Que se movió demasiado, o no lo suficiente? ¿O fue que envenenó ella misma al niño con el pensamiento? ¿Comprobaría el hijo por venir, aun en su estado embrionario, que no estaba preparada para ser madre? ¿Pasó acaso hambre de ese amor que ella tardó todavía un tiempo de darle incondicionalmente? «Oh, Dios, ¿o será un juicio por mis pasadas obras?».

La comida le sabe a ceniza, y aparta el plato.

Su marido ni la mira. «A lo mejor lo sabe, y está enfadado». Intenta buscarle la mirada, pero la tiene perdida: no ve nada de lo que le ponen delante de los ojos. De hecho, lo que piensa es dónde va a meter esta sirena que le han traído; porque está claro que en el muelle de los balleneros no puede quedarse. Lo que necesita es una pileta de buen tamaño; pero, claro, al dar con esa respuesta, se abren todavía más interrogantes: ¿cuánto viven las sirenas? Y, dado que esta casi no parece que esté viva, ¿a lo mejor no se muere nunca? ¿Tiene que estar en agua salada? Porque, a fin de cuentas, es una criatura marina.

Ojalá fuera científico.

Aunque, seguro que es un fenómeno que la ciencia no puede explicar. Se le va la mente una y otra vez a aquello que sentía cuando estaba asomado a la tina. Pensó que contenía algo mucho más grande de lo que parecía, como si se abriera un vacío enorme allí donde antes todo era sólido y compacto. Le recorre el cuerpo una extraña inquietud, y piensa de repente en Henry, en Mary, muertos en mitad de la vida. «La futilidad de la existencia nos rodea por todas partes», piensa. «Lo que florece un día, es talado sin más al día siguiente». Y dado que a un hombre lo puede sorprender la muerte en plena tarea en cualquier momento, lo único que cabe esperar es que deje huella de su paso por el mundo: en la superficie que ocupa un edificio, o en el corazón que late dentro del pecho de su propio hijo. Porque, si nada deja, ¿quién puede decir siquiera que ha vivido?

Nota la boca seca. Nunca ha tenido miedo en este tiempo que lleva casado con Angelica; pero ahora, de repente, lo tiene: como una certeza de que lo más frágil que posee pronto le será arrebatado, otra vez, de entre las

manos. Hay palabras dentro de su cabeza que él no ha puesto ahí, pero no acaba de saber qué dicen exactamente. Suspira, y busca la mano de su mujer encima de la mesa.

## DOCE

*Mayo de 1786*

Se pasa el día entero fuera de casa. Ella no sabe dónde ha ido, pero cuando despierta, él ya no está en la cama, y va de una a otra habitación, las atraviesa todas, varias veces, aunque sabe que no lo va a encontrar ahí. Siente entonces una punzada en el corazón, como si la hubiera abandonado. Se prepara para la mudanza con Bridget y Sukie, pero avanza tan despacio, va tan perdida, que las chicas enseguida se cansan de esperarla.

—¡Haced el favor de moveros! —le dice Sukie, el día que Angelica permanece veinte minutos en medio del salón, con una taza de té en la mano—. No es justo que yo tenga que hacerlo todo. ¡Todas las cosas que pongo en una lista que luego vos ni os molestáis en leer! Todo lo que he tenido que preparar yo sola y que seguro que es asunto vuestro, y no mío. Y él no está mucho mejor que vos.

—Lo siento —susurra una ojerosa Angelica.

Siente que haber perdido el niño fue un presagio; y cuanto más se acerca el día de la partida, más miedo le entra. Su marido quiere que se instale en una gran casa, que sea la joya que resplandece en el centro de un engarce labrado con primor, y ella piensa: «No puede ser. No estoy a la altura de nada de todo ello; allí pecaré por defecto igual que aquí he pecado por exceso». El miedo casi la asfixia; se sienta, y ni siente las piernas: no tiene fuerzas, ni ganas, de levantarse otra vez.

La sala está escasamente iluminada, y le parece ajena: todos los muebles están tapados con sábanas blancas. Angelica coge una de ellas y la estruja en

su seno; entonces se vuelve a Sukie con la agonía dibujada en los ojos:

—Por favor, te lo ruego, no le cuentes lo de..., lo que ha pasado.

—Tiene que saberlo cuanto antes.

Pero su tía baja la cabeza.

—Déjame al menos un tiempo. No puedo decepcionarlo así, no puedo.

Y Sukie, que guarda ahora en su seno el angustioso secreto de Angelica, tiene que velar ella sola por los asuntos del hogar: subir y bajar a la carrera con todo tipo de recados, sin dejar de anotarlos todo en la libreta, para que su madre esté orgullosa de ella. Cuando el señor Hancock vuelve a casa, como en trance, Sukie la toma con él:

—¿Dónde habéis estado? ¡Ocupaos de vuestra esposa, que no se encuentra bien!

—¿Ah, sí?

Se ha pasado el día entero asomado al tanque de la sirena. Tiene los pies cubiertos de sabañones, por culpa de toda la porquería que hay en el suelo de la nave; y le duelen los ojos de tanto escudriñar la superficie negra del agua. Lleva días sin empolvase la peluca, sin ir a la barbería, ni cambiarse de ropa; pero es que siente que cuanto más tiempo se quede así, mirando a la sirena, mejor escuchará lo que susurra. Por la noche, despierto, tumbado al lado de su mujer, que también está despierta, cree oír la voz de la sirena —porque tiene que ser su voz—, que apenas llega al susurro que emite alguien cuando está en un sueño muy profundo. Muy pronto sabrá lo que dice.

—¿No oís lo que os digo? —Sukie está de pie delante de él; pero ni siquiera oyéndola hablar es capaz de fijar la vista en ella. Es como si se lo estuviera tragando una gran masa de agua y lo llevara a lo más hondo—. Que vuestra mujer os necesita. Y eso que creo que no os estáis enterando de lo que os digo.

Y cierto es que no se entera: pues no acude al lado de su esposa, ni le pregunta cómo está.

Justo ese día, llega un mensajero a la oficina del señor Hancock en Londres.

—Traigo aquí una nota para el caballero —dice el hombre.

—¿Con qué particular? —pregunta Scrimshaw.

—El uso que está haciendo de la nave en el muelle de Groenlandia.

—Pues no está aquí.

Casi nunca está allí estos días; no ha preparado ningún otro viaje, ni tiene ninguno listo para zarpar. Los empleados se ponen nerviosos; siguen atendiendo el negocio lo mejor que pueden. «Será que los hombres se vuelven así cuando se hacen refinados», piensan.

El mensajero sacude un tanto los hombros.

—Es que mi amo quiere que le entregue el mensaje en mano. Hemos colgado notas en la misma fachada del edificio, pero él sigue utilizándolo. ¿Qué guarda allí dentro?

—Ni que fuera asunto vuestro —lo ventila rápido Scrimshaw, que no tiene ni la más remota idea—. No sois vos quién para andarse preguntando lo que hace un caballero con un edificio de su propiedad.

—Si acaso fuera suya. Porque, de hecho, el capitán Jones ya no paga el alquiler, y lo ha dejado lleno de maromas podridas, y tinas y Dios sabe qué más. No somos unos cualquiera, ¿sabe usted? —Blande la nota con más fuerza ahora—. Somos hombres de negocios, igual que ustedes. ¿No os podéis encargar de que atienda a lo que se le pide aquí con la mayor brevedad?

—Y ¿por qué no se lo dan allí mismo en mano? ¿Qué os parece, no es mucho más práctico eso?

—No nos escucha cuando le hablamos —contesta el mensajero—. Va como un bendito por la vida. O sea, que lo que está puesto por escrito, y lacrado —saca pecho al decirlo—, eso no tendrá más remedio que escucharlo.

—Dejádmelo a mí —dice el señor Scrimshaw—. Que tarde o temprano vendrá por aquí.

—No, quiero que se lo lleven ahora mismo.

—Pues llevádselo vos.

Los empleados se remueven inquietos en sus asientos; atienden con relativo interés a la conversación. «Eso es», dicen entre dientes, «que se lo lleve el mensajero».

—A mí me pagan por carta entregada —replica este último—. Y me van a pagar lo mismo si tengo que caminar más para entregarla en mano. Además —añade, y deja la carta en el atril de Scrimshaw—, es asunto vuestro, mío

no.

Scrimshaw suelta un suspiro.

—¿Oliver? —Le hace una señal con los ojos al empleado más joven.

Oliver mira preocupado por la ventana, pues el cielo se ve cada vez más negro, y las primeras gotas de lluvia golpetean en el cristal.

—Se la llevaré cuando entregue los otros papeles al señor Peyton —dice—. No tengo tiempo para salir a dos recados.

Scrimshaw entrecierra los ojos y mira al mensajero con una especie de desafío.

—¿Qué? Estaréis contento, ¿no? Somos gente ocupada. —En un rincón, el señor Jarrold le da vueltas al chiste subido de tono que el señor Percy ha garabateado para que lo lea en la parte de atrás de una factura.

Al final, Oliver se echa al bolsillo la nota y sale a hacer sus recados en dirección a los muelles de St. Catherine. Va a buen paso hasta que llega al Puente de Londres; pero se nubla el cielo, y las primeras gotas de lluvia le rocían la cara: en una noche así, no le apetece mucho seguir con su labor de recadero; mejor meterse en una taberna y esperar a que escampe, echarse una cerveza y unas risas. Así que le pasa la nota, y unas cuantas monedas ya bien sobadas, a un chico que se ha puesto a cubierto en el porche de la iglesia de San Magno Mártir; y ese chico la lleva un tramo más allá, y cruza el puente, arropado con el abrigo de su hermano mayor, que le queda grande y arrastra por el suelo el borde deshilachado, hasta que queda empapado con el agua de todos los charcos. Moquea de manera prodigiosa, y mancha varias veces la tinta de la carta. En su camino, siente cómo el viento eriza las aguas del río, que saltan dentro de los muros dispuestos a ambos lados de su cauce, como un caballo nervioso al desencadenarse una tormenta.

En el muelle de Groenlandia, lo que menos le preocupa al chico es la lluvia: porque nada más llegar, lo envuelve una nube de tristeza que le oprime el gaznate. ¡Ay!, pero ¿qué es? Parece la niebla, que cae con todo su peso sobre los edificios y los barcos, llena los ojos de lágrimas y de sollozos la garganta. El chico, que tiene a la madre enferma en el habitáculo en el que malviven en un sótano, casi ni ve de la angustia que siente. Lo único que quiere es salir corriendo para volver a casa y cuidarla; mas, por culpa de la lluvia, de la niebla y de la pena, se desorienta, y no hace más que dar vueltas

a los edificios chatos de ladrillo oscuro: una vez, dos veces, rodeado de la peste de tantas ballenas asesinadas y los amenazadores cascos de los barcos. Al final, es un operario del puerto, que ve al chico y lo coge por los hombros y le indica el camino de vuelta a casa, quien acaba entregando el papel arrugado en el cobertizo del señor Hancock.

El armador se acerca tanto que casi toca con la nariz el agua. La sirena tiembla y resplandece dentro; su enorme tamaño se ha hecho humo que sale de la superficie y lo embriaga. El señor Hancock no ha visto, por su parte, nunca el mar, pero al lado de la sirena lo siente: vasto y tempestuoso; gélido e impasible.

Cuando por fin le llega el mensaje, lo que hay escrito en él no lo sorprende.

Aun así:

—¿Por qué no se me informó de esto? —le pregunta al trabajador que está delante de él.

—Se os informó.

—Y entonces, ¿dónde dejo yo mi mercancía? —Se aferra, horrorizado, al borde de la tina.

—Eso es asunto vuestro. Pero llegado el miércoles, habrá que tirar abajo este edificio; si es que no se cae él solo antes. —Lleva la mano a una viga, y toda la estructura se zarandea con un estertor, lo que viene a demostrar el avanzado estado de ruina en el que se encuentra: cae al suelo sucio un nido viejo de tordo y el cuerpo descompuesto de un ratón.

El señor Hancock rompe a sudar. Mira de nuevo al agua. ¿Qué se ha de hacer?

—Necesito más tiempo —dice.

—No hay más tiempo.

—Le puedo pagar.

—No. —El trabajador se retuerce los dedos, como si fuera a avergonzarse de lo que va a decir—. Si os digo la verdad, estamos todos de acuerdo en que hay que tirar esto abajo. Está como embrujado: todo el mundo la siente en el aire últimamente; esa tristeza que emana y que se apodera de uno, lo cala hasta los huesos.

—No, no —dice el señor Hancock, con cara de pánico.

—Seguro que vos también la sentís. Yo bien lo sé. —Carraspea y se acerca a él—. El señor Wattle, el capataz..., perdió una hija hace dos semanas. Se ahogó. —Señala con la cabeza hacia el borde del muelle—. En el río, ni a treinta metros de aquí. Nadie tuvo la culpa, seguro que se cayó mientras jugaba. Pero esa tristeza, esa pena que todos tenemos, porque una pérdida así nos afecta a todos, eso ha ido a más desde entonces. Y nos hemos puesto todos de acuerdo: quemaremos este almacén. Y no nos echaremos atrás ni por todo el oro del mundo, señor.

Dado que todos los trabajadores del muelle de Groenlandia tienen ya decidido cuál es la fuente de la extraña miasma, el señor Hancock se siente con fuerzas para oponer por su parte un remedo de resistencia.

—Y ¿me tengo que llevar mi mercancía?

—Eso es.

—Entonces tendré... —Lo piensa, y deja la mano en el borde de la tina—. Tendré que quitar esto de aquí.

El operario resopla por la nariz.

—No es mi trabajo. —Mira por curiosidad la tina de agua sucia—. Pero ¿eso?!

—¿Qué?

—Pues que no es más que una cosa repugnante que no vale para nada. ¿Por qué querríais vos...?

—Nada malo hacía hasta que decidieron ustedes tirar abajo este edificio —dice el señor Hancock, y suenan sus palabras con un tono de afrenta. Mete la mano en el bolsillo y saca un fajo de billetes sin estrenar—. Tened, ¿cuánto me costaría? Quiero que lo hagáis esta misma noche. —Piensa a toda prisa: ¿dónde pueden llevarla? ¿Habrá más edificios como ese por allí? ¿Sería posible esconderla en algún rincón de la oficina?—. Tengo que llevarla a Blackheath —afirma decidido—. A Blackheath, y no se hable más del asunto.

—No os comprendo —dice el trabajador.

Sale de la tina como un grito ahogado, un suspiro, y un chorrito de agua que corta el aire.

Y así lo hacen; a toda prisa y al amparo de la oscuridad. El señor Hancock sella la tina del horno con un trozo de vela mayor que ve por el

suelo. Se encarga luego de que la suban en una plataforma con ruedas, y la cargan en una balsa cuatro hombres con cara de sueño a los que sacan de sus camas para hacer lo que haga falta por una cantidad que les promete, a tanto por cabeza. Y así, en balsa, es transportada río abajo hasta Greenwich, con él sentado a bordo, muy pegado a ella, mecido suavemente por el agua negra. Desde allí, la tina y él hacen en carro de bueyes el trayecto hasta el campo que rodea su casa. Es una noche negra como boca de lobo: ni una luz ilumina el camino, los rodea la nada más absoluta, y el silbido de la hierba seca azotada por el viento. Lo alertan unos pasos, y el señor Hancock da un respingo al sentir el vuelo de un ave nocturna que pasa cerca, y son las plumas lo que hace que piense en una cuchilla desenvainada. Por eso se alegra al ver en la distancia el hastial de su casa vacía; y no siente el menor remordimiento al esconder un secreto entre esas cuatro paredes, antes de que su mujer duerma ahí su primera noche. La hierba susurra tras su paso.

—Nos ha sentado bien este aire puro —dice uno de los hombres que el operario amigo del señor Hancock ha contratado para la tarea.

—Pues sí —dice otro, sin abrir casi la boca. Le da miedo lo que pueda haber dentro de la tina; no quiere tener nada que ver con ello. «Tenéis que echar una mano», lo apuró el señor Hancock. «Porque, querréis que desaparezca esto de aquí, ¿no?». Y ahora, ese mismo hombre, sentado en la carreta, se abraza el torso y mete la barbilla en el cuello del abrigo.

El tercer hombre duda antes de decir:

—Pero lo raro es que sigo triste.

—Porque los fantasmas son tenaces —grita el operario.

—Vaya si lo son. —Su compañero encoge los hombros, para sacudirse el frío repentino que le ha entrado—. El de la madre de mi mujer, Dios la tenga en su gloria, nos siguió a tres sitios que nos mudamos, a lo primero de casarnos. Sabíamos que estaba allí por cómo olía a quemado la papilla de avena cada mañana. ¡Estúpidos de nosotros! Siete años nos llevó darnos cuenta de que estaba pegada a la escoba de la lumbre; y, después de que la enterramos como Dios manda, ya no nos molestó más.

Van por el camino y dejan atrás los establos; a un lado de la explanada de hierba, paran el carro.

—Hay que llevarla al pabellón —dice el señor Hancock, y señala la

sombra que proyecta en un extremo del jardín—. Pero no quiero dejar rodadas en la hierba.

—¿Cómo? ¿Y tener que cargarla a pulso colina abajo? —dice el amigo del operario.

—Conmigo no contéis —dice el primero de ellos mientras recula—. De eso nada: yo no pienso tocarla.

—Pero ¿por qué? ¿Qué problema hay? ¿Es que os vais a asustar ahora por arrimar el hombro? —Mas el segundo obrero también se muestra aprensivo, al notar que un temor muy sutil se apodera de su corazón. Algo no va bien, aunque no sabría decir qué.

—Bajémosla de ahí —dice el señor Hancock—. Yo os ayudo.

Los cinco llevan la tina como pueden entre los árboles que rodean el pabellón. Como la luna queda lejos de estar llena, no se ve casi nada; pero sí les llega un ruido de lo más peculiar. Un golpeteo por dentro en el contenedor de metal, como si un chorro de burbujas diminutas reventara contra él, y el roce de un cuerpo al pasar por esa misma superficie; y también, una vez, una única nota que sonó contra el metal e hizo temblar toda la tina. Al oírla, al primer operario le falta poco para echarse a llorar.

—Tú, a callar —dice su compañero, que no quiere dar voz a su misma preocupación—, que albergas demonios dentro.

Tardan horas en bajar el peso muerto por la escalera, unido a aquel temible chapoteo. Los flancos de cobre de la tina se arañan contra las conchas de mejillones y la lona que la cubre acaba destapándose. Hay telarañas y huesos de pájaro que caen al agua formando un remolino en la superficie, luego son engullidos y desaparecen.

Al alba será cuando logran transportar su carga, entre sofocos y jadeos, hasta el rincón más alejado de la gruta.

—Gracias, caballeros —dice el señor Hancock, y los guía de nuevo hasta la superficie—. Me habéis hecho un gran servicio.

—Señor —responde el más efusivo de los trabajadores, apocado ahora, pues llevaba horas con la oreja pegada a la pared de cobre y ha oído lo que se movía dentro, y sentido cómo tiraba de él algo absolutamente sobrenatural—, ¿qué es eso que os hemos traído?

—No os importa lo que sea.

—Para mí que es... —replica, pero su compañero le da un codazo en las costillas.

—No, no —susurra—. Mejor no preguntar. Salgamos de aquí para no volver nunca más.

—Pensad que fue de contrabando —dice el señor Hancock—. Pensad que era ron, si así lo preferís.

—Pero yo todavía quisiera... —El trabajador mira por encima del hombro del señor Hancock—. Porque no he podido mirarlo bien. —Da un paso hacia el pabellón, pero el señor Hancock le pone una mano en el pecho y hace que baje los ojos al fulminarlo con los suyos.

—Marchaos —dice.

El primero de ellos ya abre camino alejándose hacia el carro: de lo alto de la colina llega el ruido que hacen los bueyes al pacer en la acrecida hierba oscura.

—Y vos...

Pero el señor Hancock dice que no con la cabeza, y ellos se alejan sin dejar de mirar atrás de hito en hito. El carro cruje conforme se adentra en las sombras, y el señor Hancock va hacia el pórtico del pabellón, y allí se queda, de pie entre las columnas. Luego, convencido de que está solo, vuelve a bajar hasta las profundidades de la gruta. La luz fantasmagórica y verduzca sube por las paredes con un parpadeo; él saca el cuchillo y empieza a cortar la tela que cubre todavía parte de la tina. La lona gruesa, al ser arrancada, deja en el aire una especie de suspiro que resuena entre las paredes abovedadas de la cámara. Es esta bóveda la que amplifica el sonido del agua de una forma muy especial, casi se diría que vocal: un gemido que apenas se hace oír, como cuando un niño se despierta.

El señor Hancock palpa la panza fría y siente el chapoteo de dentro.

*Una pérdida no es un vacío.*

*Una pérdida es en sí misma una presencia; una pérdida acumula espacio; una pérdida nace, como cualquier cosa que vive.*

*Creéis que tenéis los brazos vacíos, pero yo me voy a echar en ellos.*

*Ya no tengo cabida en el habitáculo que me disteis: se acabó para mí el*

*nadar, el volar en lo más hondo. Pasados son ya los días en los que daba vueltas y quedaba patas arriba, aunque todavía no me habían brotado las piernas, y era hábil, aunque no formado todavía: podría haber sido tantas cosas. Y ahora que estoy aquí, encogido, sujeto como con alfileres, bien prieto, en las profundidades de la tierra, con los miembros plegados sobre mí, mi forma es algo ineludible. Sabéis lo que soy; y también lo que no soy, pero no consentís en mirarme.*

*Sin embargo, mis arroyos, como los dedos, hallan siempre el camino. Enterradme en lo más hondo, que yo saldré, como rezuma el agua, a la superficie. Tiemblo, como tiembla la tierra antes de un terremoto.*

*En mi revitalización estiraré los miembros, arquearé el cuello, pondré a prueba mis músculos. Mi espina dorsal se redondeará como un huevo: al final me quitaré de encima estos cimientos que me sujetan.*

*Estoy aquí; estoy aquí; no estáis solos. Aquí estoy: soy el dolor, el hijo vivo de vuestro sufrimiento. Soy el dolor que tiene su sede en vosotros; soy el dolor que toma asiento entre vosotros dos.*

*Me enterraréis, pero renaceré.*

*No me conoceréis, mas yo me daré a conocer.*

## TRECE

El traslado a la gran casa nueva transcurre en una atmósfera sombría, pues ni el señor ni la señora Hancock se sienten muy inclinados al optimismo. De hecho, si en su espíritu hubiera cada uno hallado la forma de comunicarse con el otro, habrían coincidido en que mudarse era completamente inútil. Él habría pensado: «Mi ambición me desborda», y ella: «Todo ha acabado ya: no estoy a la altura de la tarea que él me ha encomendado». Luego se enteran de que Bridget no puede acompañarlos porque su madre no la deja ir tan lejos de casa; y la gata maúlla y se enfurruña porque no quiere ni atada entrar en el saco para subirla a la carreta. Sale disparada por la puerta del jardín antes de que puedan atraparla, y escapa subiendo por el tronco del peral, hasta que gana la copa del árbol y desaparece al otro lado del muro.

—Lo que no sabe es que no vamos a volver —dice el señor Hancock—. Ni se imagina que, cuando regrese, las puertas estarán cerradas a cal y canto; y no habrá lumbre en el hogar, ni platito de leche para ella.

—Leche nunca le dimos, solo lo que se agenciaba ella por su cuenta —dice Sukie—; o sea que no creo que eso le importe.

Angelica le acaricia el hombro a su marido —«Habrán otros gatos por allí»—; pero a él lo traen sin cuidado los demás gatos. Solo se preocupa por la suya, que sin comerlo ni beberlo se ha hecho nómada, y vaga sin amigos por las calles desiertas y frías.

—Yo jamás abandoné nada en mi vida —dice.

—Los gatos se abren camino ellos solos —lo consuela Angelica; pero es que ella también siente que está traicionando algo.

Las mujeres harán su entrada en Blackheath a bordo de un carruaje:

abriéndose camino colina arriba, con un trabajoso chirriar de ruedas. Sukie va sentada bien derecha, asomada a la ventana, con los ojos abiertos, sin perder comba de nada de lo que ve. Cada vez hay menos casas a ambos lados, pero son cada vez más elegantes: y van por la carretera sombreada, completamente en silencio, salvo por una panda de jóvenes de casaca roja, ociosos, que se cruza con ellos y no paran de reír. A ambos lados, en las cunetas, mece sus tallos la vegetación: plantas silvestres que le ponen un fondo de verdura al canto de los pájaros; y altos árboles de ramas gráciles, rodeadas de un manto de campanillas.

—¿Aquí vamos a vivir? —pregunta Sukie, con la palma de la mano apoyada en el cristal de la ventana. Suben por la ladera: la hierba se extiende por una explanada soleada que ocupa toda la vista, llena de luz, hasta la línea del horizonte—. Y ¿dónde vamos a comprar la comida? ¿Todo lo que nos haga falta en el día a día? —Ella siempre ha vivido en una calle concurrida, a escasos pasos del carnicero, el carpintero, a cuyas tiendas llegaba plantando el pie en el seguro manto que ofrecían las losas.

—Ni que yo lo supiera —dice Angelica, acurrucada en el asiento, con la frente apoyada en la ventana. El campo le parece algo entrevisto en la ondulada superficie de una lupa: un efecto óptico que agranda la parte central y reduce las casas y los árboles que hay en las lindes a pequeños puntos en la distancia.

—Tengo que enterarme. —Sukie saca la libreta—. Pudiera ser que tengamos que encargarnos que nos lo traigan todo desde Greenwich. Y eso será mucho gasto.

—Pues que lo sea. —Angelica cierra los ojos. El carruaje se tambalea como una niñera.

Y llegan por fin a la entrada de su nuevo hogar: el caminito que sale de la carretera y se aleja sin revelar gran cosa de adónde lleva, pues solo se ve el tejado de la casa desde el lindero del campo.

—No —dice Sukie, pegando la nariz todo lo que puede al cristal—, ¡si ya hace tiempo que sé que no os importa el gasto! —Mira y no para de mirar—. Y ¿aquí es donde vamos a vivir? Oh, pero fíjese, señora Hancock, levantad la cabeza: ¡miradla!

—Ya la he visto.

—¡No hagáis como que no es de vuestro agrado! —Porque la casa es tan bonita como la que más: desde la distribución simétrica de las ventanas, a la curva descendente que traza la colina para llegar a su encuentro, hasta los hastiales de estilo holandés que tienen los edificios colindantes—. Y ¡qué bien equipada está! Porque me parece que tenemos hasta una vaquería, ¡miradla, querida tía! Y un huerto. Ay, pero ¿por qué no me dijisteis que iba a ser tan bonita?

Dentro es mejor que nada de lo que Sukie haya visto antes: relucen los suelos, y las mujeres regordetas del techo rebosan lozanía y orgullo. En el pasillo posterior, hay colgados dieciséis cubos llenos de arena por si se prende fuego; y calderos de cobre recién pulidos en la cocina; y en el frío sótano, lo que constituye las tripas de la casa, tienen una galería con techo abovedado llena de ganchos para colgar la carne. Cuenta con sala de billar, y cuarto de costura, y una biblioteca; y por todas partes se cierne sobre Angelica como el más suntuoso de los monstruos. «Esta casa me matará», piensa; y no soporta el espectáculo de ver a Sukie ir de un lado para otro: enfebrecida, casi, por todo el trabajo que ve que hay que hacer. «Preguntar si hace falta jardinero», garabatea en la libreta. «Ver cómo son las criadas nuevas; fumigar los áticos; pedir muestrario de papel pintado».

Y cuando vuelve delante de Angelica, exclama:

—¡Ay, señora! Anda que no va a ser divertido esto.

Y no le importa que su tía no diga nada, ni que se quede mirando el suelo reluciente con una expresión como de desencanto grabada en la cara. Lo que es Sukie, no cabe en sí de contento, porque esto ya no es como someterse a la disciplina de la aspirante, llevar cosas de poca monta como armarios y cajones; sino que puede considerarse la señora de la casa, sin necesidad de apurar mucho la definición del término. Sabrá dónde está cada cosa; es más, será ella la que tenga la autoridad de ponerlo ahí o cambiarlo de sitio; y nadie que no sea ella dará órdenes de lavar, limpiar, sacar el lustre a la madera y pulir los metales. Y cuando llegue la hora de aprovisionar la casa, Sukie y nadie más dirá cuántas chuletas se encargan. Será ella la que palpe la verdura cuando llegue el frutero, y decida si merece la pena comprarla o no; la que decida qué fruta es para consumir fresca y cuál hay que meter en almíbar para pasar bien el invierno. Nunca había tenido tanta manga ancha para hacer y

deshacer, pero también le da miedo: «Porque este es un sitio completamente nuevo», reflexiona, «y la vida aquí será muy distinta. Y no quiero que piensen que me tomo a la ligera ese cambio, o me mandarán a casa de mi madre».

—Así que, venga, vamos a inspeccionar los jardines —le dice a Angelica con un cacareo—; a ver qué crece aquí, y qué ha de hacerse con ello. Ahorraríamos mucho si cultiváramos el huerto. Y también me gustaría tener gallinas y...

—¿Has criado ganado antes? —pregunta Angelica con voz queda—. ¿Sabes cómo llevar un huerto?

—Eso son solo detalles. Yo tengo un libro, y contrataré a alguien. ¿A que os gustaría tener un corral con pollitos moteados? ¡Imagináoslos por ahí picoteando!

Angelica cierra los ojos.

—A mí esto me supera, no sabría ni por dónde empezar.

—¡Pues empiezo yo! Venid conmigo a la cocina, y haremos listas de todo lo que hay que hacer: una con lo que tenemos, otra con lo que hace falta, y otra con lo que hay que hacer con ello una vez lo tengamos. —Sukie da saltitos, con la cara roja—. ¡Hay tantas cosas que hacer, señora Hancock! Voy a conseguir que no nos falte trabajo nunca a las dos; y se hará como nosotras digamos: los hombres, a callar, o como mucho, que digan «gracias». A ver si hablo con el tío, porque vos y yo vamos a tener que contratar muchas manos para que nos ayuden a poner en práctica todos los planes que se me ocurren.

—Te ruego que me perdones —dice Angelica en tono cortante—. Estoy cansada; me vas a permitir que me retire a descansar un rato.

Cuando llega arriba, se queda parada en el descansillo, pues Sukie no se le despega de las faldas y pone cara de angustia.

—¿No me puedes dejar en paz? —pregunta con insistencia Angelica.

Sukie duda si decirlo o no, y, por fin, adopta una actitud mucho más fría.

—Tenéis que contárselo —dice—. Si no va a tener un niño, él tiene que saberlo.

Angelica no dice nada. Cierra los ojos; porque no sabe qué hacer. «Este no es mi sitio», piensa. «Porque si fuera yo la señora de la casa, no habría

perdido el niño». Le daba miedo el mundo tan estrecho en el que vivía; pero es que, ahora que ya no puede refugiarse entre sus cuatro paredes, se da cuenta de que no es nadie. Ya no queda nada de Angelica Neal; y Angelica Hancock se siente vacía, como una concha erosionada por las mareas. Se lleva una mano a la frente.

—Él ni siquiera se ha dado cuenta —dice—. Porque no le importa, ya nunca pregunta por el niño. —«Todo, lo he perdido todo».

—Venga, no pongáis esa cara. Si apenas llevamos dos minutos aquí —dice Sukie, aunque le da mucho miedo ver la expresión en el rostro de su tía—. Ahora que estamos en esta casa, todo va a cambiar. —Da un pasito hacia ella—. ¡Os lo ruego!

Pero Angelica arruga el entrecejo y dice que no con la cabeza. Desde que llegaron al campo, se ha apoderado de ella una sensación de abatimiento, y ahora más que nunca antes siente que aspira a algo inalcanzable.

—Déjame sola —dice.

Y sola se queda en el rellano, y cae en la cuenta de que no sabe cuál es su habitación. Tiene delante muchas puertas, y todas están cerradas: abre la primera de ellas, y es una biblioteca. La segunda alberga una pequeña sala de música, tiene las paredes pintadas de color gris perla y reluce con los estores subidos. Ella pasea la vista por su propio clavicordio, por el arpa, la viola y la flauta, en un rincón: y se le encoge el estómago. «A lo mejor es que quiere que aprenda a tocarlos», piensa, «cuando ni siquiera sé cómo poner orden en la cocina».

Sigue abriendo puertas hasta que da con un dormitorio —pequeño, con telas de damasquino amarillo en las paredes: ideal para una solterona que venga de visita—; y, una vez dentro, se sienta en la cama, como si le costara moverse. Echa de menos la pequeña cocina de Union Street, donde podía dedicarse a partir manzanas y pelar zanahorias con diligencia, bajo la supervisión de unas chicas cuyas edades, sumadas, no llegaban a la suya. «Qué tonta he sido», piensa, «por imaginar siquiera que le había tomado la medida a la vida doméstica. Y ¿ahora qué hago?». Se halla como bloqueada, quizá por primera vez en su vida: y no es porque tenga delante muchos obstáculos, sino porque no tiene ninguno.

«¿Ahora qué?», piensa. «¿Ahora qué, ahora qué?», y entrelaza los dedos

y arruga la frente.

Al otro lado de la ventana, se extiende el campo hasta el horizonte, la llanura, bajo un cielo turbulento. El viento zarandea por igual las aulagas y las nubes; y cada nuevo día es más largo, más cálido que el anterior.

# CATORCE

*Junio de 1786*

El verano alcanza su apogeo, como una fruta madura: agosta la hierba del campo hasta que alcanza un color dorado, uniforme, es un paraíso para los grillos, que no paran de llamarse unos a otros; mas poca gente lo atraviesa a pleno sol. Es el tiempo de aventurarse hasta Londres o Greenwich, o de surcar el río en barco para visitar a los amigos en la campiña: porque los días son largos y luminosos, y no invitan al acecho de los salteadores en los caminos. Sin embargo, los Hancock no van a ninguna parte. Sukie no da abasto con la camarilla de criados que ha contratado —cocinera, doncella, lacayo—; que la miran de arriba abajo divertidos, con cara de pena; y sonrían, como el que está ya de vuelta, cuando les da órdenes con su vocecita. Llega también el profesor de baile que le habían prometido, y pone el grito en el cielo por cómo hunde los hombros y lo floja que es de tobillos. El profesor de francés deplora su acento; el de latín, lo poco que sabe. Y ella se siente, en una casa tan grande, como una chica de pueblo: que está sin pulir y no vale para nada. Aunque no dice nada de todo eso a nadie: solo se muerde el labio, y luego sonrío.

Mientras tanto, Angelica, que se ha visto privada de las tareas que suelen corresponder a toda madre en ciernes —pues no ha de encargar la cuna, ni bordar diminutas cofias—, siente que pasan los días y le espanta no tener nada que hacer. Porque no le queda cada vez menos para nada; ni cada nuevo día la acerca más a un gran acontecimiento. No vive en la anticipación de una vida que comienza, ni vislumbra el final de la suya: se queda como

suspendida, entre paréntesis, con toda la extensión inexorable del tiempo ante sus ojos. Y su marido, ¿dónde está? No para nunca en casa; y cuando lo hace, se asoma a una de las ventanas de atrás, con la mirada perdida en un punto distante. Las más de las veces, ve que viene colina arriba con cansado paso, de aquel punto en el que el jardín deja de llamarse así y empieza la maleza.

«¿Será que tiene algo que hacer?», se pregunta, y cierra los ojos cuando lo siente dar vueltas por el dormitorio, en esas noches en las que la luna lo tiñe todo de azul. «¿Irá a verse con alguna amante? ¿Será que ha encontrado un atajo secreto para ir a Greenwich?». Pero no se oye carruaje alguno en el camino; ni luz de farol que haya pasado por delante de la ventana. Tampoco huele a alcohol cuando se acerca a él para olerle el aliento; ni hay rastros de perfume en el pañuelo. Entonces, ¿dónde se pasa las noches enteras? Y le vienen a la cabeza a Angelica todos sus otros fracasos: cómo se le torció la cara a Georgie cuando dijo —¿qué fue lo que dijo?—: «Estoy harto de ti»; y la vergüenza que sintió al aferrarse a los tobillos de la señora Chappell en el salón desahuciado de Dean Street. Se abraza, y siente las carnes más flácidas, sabe que su cuerpo es menos apetecible de lo que en su día fue: incapaz de inspirar deseo a nadie que lo mire; de sustentar cualquier otra vida que no sea la suya. Le escuecen las lágrimas que está a punto de derramar cuando cierra los ojos; pero decide seguir haciéndose la dormida para que su marido no crea que la ha despertado: ni echarse para atrás al notar la ráfaga de aire frío que ha entrado detrás de él en el dormitorio; pero tampoco se gira en la cama y le abre los brazos. Respira más fuerte, se hunde entre las sábanas: pero, aunque le da la espalda, lo siente acostarse, permanecer inmóvil y despierto todavía un largo rato. Angelica piensa: «La racha de mala suerte empezó cuando nos mudamos a esta casa. Sí que es cierto que apuntamos demasiado alto, pero ¿no habrá algún miasma inmundo por aquí?». Porque le llega hasta los mismos pulmones: hay mañanas que no respira más que pena.

—Ha llegado —dice Sukie— otra nota de los vecinos.

—Pero si no tenemos vecinos —dice Angelica; luego se mete en la boca el hilo y guiña el ojo para enhebrar la aguja, pues están inmersas, como cada día, en asuntos de intendencia.

Y en ese ritmo feroz de laboriosidad, Sukie se ha inventado un código: le

ha asignado un símbolo a cada habitación de la casa: es una pieza metálica que tiene volutas, como la cabeza de una llave maestra. Una marca que cosen con hilo rojo en una esquina de todas aquellas prendas y ropa de cama que pudiera acabar entre cuatro paredes que no son las que le corresponden. Porque en el lavadero tienden a hacer *tabula rasa*; y si una no presta la debida atención, puede terminar mandando una manta de lana de primera, que tiene su sitio en la biblioteca, a la cama de la cocinera.

—Claro que tenemos vecinos —dice Sukie—. No están ni a treinta metros de aquí.

—Pero ni nos los cruzamos en la calle, ni nos molestan con sus ruidos al otro lado de la pared —dice Angelica—; o sea, que es como si no los tuviéramos.

—Bueno, pues ellos sí que creen que nos tienen a nosotros —dice Sukie con tono zalamero—. Y bien agradecidos que tendríamos que estar.

—Tú sí debías estarlo. Porque seguro que tienen hijos, y merece la pena que te los presenten, algún día. Pero yo... —Da puntadas grandes y feas, con dedos temblorosos.

«Tendré que repasar esos puntos yo esta noche», piensa Sukie. Jamás se le escapa crítica alguna a la niña, pero le parece que la tratan de manera injusta: que tiene que estar siempre encima de su tía para animarla, protegerla, darle confianza.

—Yo no soy como ellos —sigue diciendo Angelica, y arruga la frente al ver lo mal que cose—. Antes, a mí no habrían querido ni mirarme a la cara; y les habrían tapado los ojos a sus hijas cuando yo pasara. Y a sus hijos. —Entonces se pincha y retira la mano como con un resorte, bufando igual que un gato: le sale en el dedo una gotita de sangre.

—No manchéis la ropa de lino —exclama Sukie—, que si no, jamás saldrá la mancha. Es mejor que os lo limpiéis con el delantal.

—A mí me parece que vienen a curiosear. —Angelica se chupa el dedo, y ve que la gota de sangre vuelve a salir otra vez—. Porque para ellos soy un bicho raro.

—Sois la esposa de un buen hombre, señora de esta casa, tan buena como la mejor.

—Solo vienen movidos por la curiosidad. No quiero recibirlos.

—Pues ya los he invitado —dice Sukie—. A tomar el té, mañana. Por supuesto, solo a las damas. Es lo que hay que hacer, ¿sabéis?, lo que corresponde.

—¡Puaf! Las damas son las peores. Solo habría algo que lamentar más, y es que vinieran con sus maridos.

—Chis, chis. —Sukie reprime su impaciencia—. Recordad que ahora sois la señora Hancock. Una vez las damas nos hayan echado un vistazo, habrá más invitaciones. Y eso os gustará: volver a estar en sociedad.

—No, si es la sociedad a la que ellas pertenecen.

Para que se le pase el mal humor y para que no olvide la posición que ocupa, Sukie la obliga a dar una vuelta por la finca —la vaquería, el lagar, el lavadero—; luego la lleva al huerto, donde los saltamontes zumban entre la hierba, abriendo paso a tía y sobrina con sus pequeños saltos. Las siguen las dos criadas que han contratado en el pueblo de Blackheath, cargadas de cestas y sacos. Llevan entre las dos una escalera, y se tambalean sobre los zuecos, lo que las obliga a levantar mucho la pierna en cada paso. Los manzanos abren con un crujido las ramas retorcidas y ofrecen al sol la vida que hay en sus hojas, frescas, como recién hechas. Sukie se para y tira hacia abajo de una rama para echarle un vistazo a los pálidos frutos que crecen en ella: ve que el más grande no será mucho mayor que un huevo de gallina.

—Mirad —dice, y aparta una mariquita de las hojas rizadas.

—Yo no me hice una gran dama para esto —gruñe Angelica.

—Y ¿cuándo fue eso? —Sukie suelta la rama, y sale disparada hacia arriba, arrastrando las otras con su sacudida.

—No creo que los que hayan ascendido como nosotros tengan que cuidar ellos mismos del jardín.

—Pues esa es precisamente nuestra tarea. ¿Qué os creíais, que ibais a poder hacer lo que quisierais solo porque sois una mantenida? Si apenas habéis empezado con toda la tarea que tenéis por delante.

—Pues, de haberlo sabido, me habría quedado donde estaba —dice Angelica, y se cala el sombrero de paja hasta los ojos. Pero los rayos del sol penetran por el tejido trenzado del ala, y tiene que hacer de visera con la mano.

Siguen caminando hasta los primeros ciruelos; cuyas ramas se comban,

atestadas de fruta.

—Ya tenemos bastantes ciruelas —dice Angelica—. Me pongo mala solo de verlas.

—Pues mala tendréis que seguir. Porque todavía les queda para estar en sazón, y nos harán falta muchas para meterlas en conserva y aguantar el invierno. —Las chicas apoyan la escalera contra un árbol—. ¿Queréis ayudarnos? —pregunta Sukie—. Pues no hace falta que subáis al árbol, queridas: coged solo las que estén más a mano.

Angelica no dice nada. Vuelve la cara hacia el punto en el que debe de estar Greenwich en la distancia; pero, a esa hora temprana, la neblina cubre todavía la cuenca de tierra que tienen delante, y no se ve la torre de St. Alfege; ni las cúpulas del hospital naval; no vislumbra ni un solo mástil en la distancia, si no es envuelto en un velo de bruma. Hasta el río, surcado por barcos de flancos dorados, por rápidos clíperes, ha desaparecido, y está ella sola en la ladera.

—Vamos. —Sukie la toma del brazo, pues no quiere que las criadas vean a su tía tan atormentada, ya que luego la miran con ojos crueles—. Recoged las que están en el suelo, si os es más fácil. Eso no es tan complicado.

—¿No te parece que se está todavía peor aquí fuera? —pregunta Angelica. Porque siente ahora una pena infinita. Suspira, como si así pudiera vaciarse el corazón. Vuelve la brisa a rozar el perfil de la colina; y otra vez que suspira ella, porque siente que se le llenan de pena los pulmones.

Sukie niega con la cabeza. Ella diría que las criadas no ponen suficiente energía en lo que hacen; pero es que la languidez de su tía es algo contagioso. Ya es difícil preservar la propia alegría cuando hay delante alguien que está constantemente en brazos de la tristeza. Sukie piensa: «Me cuesta horrores hasta fingir que estoy feliz delante de ella. Porque me chupa toda esa felicidad; y no voy a poder aguantar mucho más. ¿Es que va a ser siempre así?». Pero, de todo ello, no dice ni una palabra en alto.

Algunas ciruelas caídas junto al árbol han quedado hechas papilla, y dejan en el aire un fuerte olor, como de licor fuerte.

—Qué asco —dice Angelica—. Están ya todas podridas.

—Todas no. —Por la voz, nadie diría que Sukie se impacienta—. ¿No veis? Estas están buenas. —Empuja una con la punta del zueco, y rueda por

la hierba: prieta y tierna, como debe estar una ciruela en todo su esplendor. Eso levanta una nubecilla de moscas verdes, iridiscentes—. Hay que recogerlas todas, antes de que se echen a perder.

Pero Angelica no da su brazo a torcer.

—Menuda pérdida de tiempo —dice—. Todo se pudre aquí.

—Pues vamos entonces donde están las frambuesas; a ver si con el calor han madurado —insiste Sukie, que disfrutaría como una enana de todos los frutos que diera su huerto, si la dejaran. Ay, caminar al aire libre, rodeada del canto de los pájaros y del aire impregnado de la tierra húmeda; y descubrir los secretos devaneos que se han traído entre manos las plantas durante la noche... Se siente como un niño que ha descubierto el país de los duendes. Y como sabe que a Angelica hay que ganársela por los apetitos, añade, temeraria—: A lo mejor hasta nos llega para hacer un pastel. O para aderezar un pato al horno, si es que la cocinera se aviene a ello.

—Cuanto más empeño pongas en agradarme —dice Angelica—, menos lo vas a conseguir. —Empieza a andar de vuelta a la casa, y un mirlo trenza sus trinos en sus pasos. Detrás, las chicas sueltan una risa nasal y suben al árbol con un zarandeo de ramas. Se pasan las ciruelas de mano en mano y las dejan en el fondo de la cesta, con mimo, como si fueran huevos, mientras no pierden baza espionando a su ama, al abrigo de las hojas.

—Es que a veces está rara —explica Sukie; pero las chicas no la incluyen en su círculo, se mantienen distantes y entornan los ojos con complicidad. Y como quiere compañía amiga, Sukie se remanga la falda y sale detrás de Angelica colina arriba a través de la alta hierba.

—¡Señora Hancock! —la llama, como si la reprendiera.

—Ay, déjame.

—Sois vos la señora de esta casa: ¿por qué no le dedicáis nada de vuestro tiempo?

Angelica camina deprisa, sube sin demora las escaleras, encara la enorme puerta de entrada, con los brazos cruzados.

—Y ¿ahora qué vais a hacer? —insiste Sukie, que se aparta el sombrero de la cara, y lo deja suspendido de la cinta que lleva al cuello, caído sobre la espalda—. ¿Os vais a meter otra vez en vuestro cuarto y tumbaros en esa camita vuestra a leer esos libritos que leéis, o a hacer cualquier otra bobada

que a nadie beneficia? ¿Alguna vez os paráis a pensar en alguien más que vos misma? —La sigue al atrio, donde reluce el mármol del suelo—. Ya tenéis lo que queríais: todo esto os dio. Y, aun así, seguís sin confesarle vuestros secretos. Seguís sin ser feliz.

—¿Y a ti qué te importa? —Angelica se sacude la chaqueta que lleva sobre los hombros, y la prenda cae al suelo, en la estela de sus airados pasos. Ni siquiera mira atrás; va derecha a su habitación.

—Me habéis pasado a mí vuestra pesada carga, o sea que también me importa. Esta casa no es mía; y, sin embargo, me conozco al dedillo dónde está cada funda de almohada; mientras que vos...

Angelica pierde del todo la paciencia:

—¡Nosequé, nosequé nosecuántos! Y venga con la monserga, Sukie Lippard, ¡que tienes lengua como para dos bocas! Si te quieres pasar la vida entre esas nimiedades, ¡allá tú! Pero lo que es yo, mi vida no es eso, ni nunca lo será; así que no me des más la tabarra.

Sukie se queda parada al pie de la escalera, con el sombrero a la espalda y las manos en jarras, viva copia de su madre.

—Pero sí que es vuestra vida —dice—. Tiene que serlo. ¿Qué vais a ser vos si no?

En la planta de arriba, Angelica le responde con un sonoro portazo.

## QUINCE

El señor Hancock lo ha visto todo desde una de las ventanas en la parte de atrás: las mujeres, muy animadas, ataviadas con la anodina ropa de estar en casa y un sombrero de paja en la cabeza, han salido a hacer sus tareas. ¿Será esta la misma Angelica Neal con la que se casó? A esa distancia, parece una mujer normal y corriente, como cualquier otra; no es el adorno risueño y reluciente que él había pensado para su casa. Y otra vez el susurro aquel, «No puede ser»; la sensación de haber perdido algo muy importante, como si la dulce y pródiga mujer que él eligió ya hubiese muerto y solo quedara su cáscara. Otra vez aquella costa distante que entrevió como un espejismo: lo que pensó que eran montañas cubiertas de vegetación son solo las nubes que bate el viento.

Por eso, cuando al poco entra como un vendaval en la habitación, no está preparado para toda la pena que devora a su mujer por dentro.

—¡Ay, no puedo soportarlo más! —exclama—. Hoy tenemos visita y no se me ocurre..., no sé ni cómo hablarles. Vienen a reírse de mí, estoy convencida.

—¿Quién va a reírse de vos? —pregunta él—. Esta gente es como nosotros. Os vendría bien haceros amiga suya; es gente de más alcurnia, como lo somos nosotros ahora. He elegido como esposa a la mujer más espectacular de Londres, y la he puesto en una casa espectacular: ¿de qué van a reírse?

—Pues de cada centímetro de mi persona, de eso van a reírse. Porque vos, señor, a lo mejor sois de su clase; o si no lo sois, pronto lo seréis, pero habéis elegido mal a vuestra esposa. Y solo seré un obstáculo para vos.

Y, por primera vez, el señor Hancock piensa: «¿Le estará afectando lo mismo que me afecta a mí? Esta melancolía que me tiene embelesado y que no hace más que tirar de mí... ¿La habrá afectado a ella también este miasma?».

Angelica rompe a llorar: lágrimas gruesas, como perlas.

—Es que estoy llena de temores —dice—. Veo que os voy a fallar en la labor que me encomendasteis; os desilusionaré de tantas formas. No sé cocinar, ni coser, ni hacer cerveza; temo que no voy a causar buena impresión entre vuestros vecinos, que no voy a estar a la altura de su clase y sus modales, porque no me he educado en ellos. —Toma aire, y parece que se serena un poco—. Tengo muchísimo miedo, señor.

Al oírla hablar así, él cree que va a echarse a llorar también; es el momento indicado para contarle lo de la sirena: esa pena que encierra en un tanque de agua que apenas si puede contenerla, y que es la misma que se apodera de él día a día. Pero tiene miedo a lo que pueda pasar si desvela ese secreto.

—Aquí me tenéis —responde él con voz muy débil. Luego escarba un poco más en la niebla que le empaña el corazón, y comprende el verdadero alcance de lo que va a decir—: Os tengo completamente abandonada.

—Y yo a vos. —Lo mira con tal expresión de pena grabada en el rostro, que él no ha visto nunca nada más puro; así que se arrodilla ante ella y apoya el mentón en las rodillas de su mujer.

Ella le quita la peluca y le pasa las manos por la cabeza, cubierta de pelo corto y ralo, una caricia que es un bálsamo para él, y lo relaja. Es como si su madre le acariciara el pelo, aunque casi ni se acuerde de ella: son manos que exploran cada rincón de su cráneo, el punto en el que confluye con la nuca, detrás de las orejas; dedos que pasan una y otra vez y le hacen presión en la coronilla. Y si han perdido la felicidad que antes tenían, ha sido por esa criatura que él ha metido en sus vidas. Inspira, pero no es capaz de decirlo. Se queda así un rato más, sometido a unas caricias que le parece que hace mucho tiempo que no sentía.

—Tengo algo que contaros —dice ella al cabo.

—Y ¿qué es?

Habla tan despacio que parece que solo mueva los labios, pero él percibe

con nitidez las palabras:

—Que he perdido el niño.

Y, ¡ah!, ahí lo tiene: es otra vez esa sensación de que le han arrebatado algo de las manos.

Siente unas cosquillas en la cara y alza los ojos. Se le ha salido un mechón de pelo, cuelga suelto entre su cara y la de él. Su pobre mujer, que hasta entonces había pasado por la vida llena de energía, ahora está triste y se va apagando.

—Os tengo abandonada del todo —dice él.

—No, no. —Ahora ya tiene siempre entre las cejas esa arruga—. ¿Qué podíais haber hecho vos?

Se levanta del suelo hasta apoyar la frente sobre la de su mujer.

—Yo os podía haber ayudado..., eso ya es algo. Pero es que me ha absorbido tanto la... —Mas no lo puede decir. Lo único que consigue hacer es abrazar a su mujer, pegar la cara a la cofia almidonada y respirar su aroma, que huele a rosas y al polvo de la casa. La oye respirar, de forma entrecortada, como si le faltara el aire: siente el temblor de esa pena que le recorre todo el cuerpo—. A ver, a ver, pobre palomita mía. Ya está, ya ha pasado. —Se aparta de ella para verle la cara hinchada y llena de manchas rojas. Tiene los labios mojados, le tiemblan como los de un niño.

—¿No estáis enfadado conmigo? —pregunta.

—No, en absoluto.

Porque, ¿cómo iba a estarlo, si está vacío? Si solo siente una especie de sorda confirmación: «Se veía venir, esto tenía que pasar. Era imposible que fuéramos felices». En un momento así, cuando ha visto confirmados sus temores, le fallan las emociones, no recuerda cómo era aquello de ser amable; pero sí recuerda las palabras que se dicen en esos casos, y las busca en lo más hondo de sí, mientras sostiene las manos de su mujer con fuerza entre las suyas:

—Es solo un pesar muy pequeño que nos mandan, para poner a prueba nuestro amor. ¿Acaso no soy vuestro marido?

—Lo sois. Un buen marido.

—Pues entonces. Si lo soy, yo nunca me enfadaría con vos por una cosa tan triste.

Ella sonríe con pocas ganas. Puede que jamás haya presentado peor aspecto a los ojos de él: tiene la cara roja, llena de manchas, todavía empapada, pegajosa, surcada por los regueros de las lágrimas que no se limpió, y han formado como una costra seca. Y él piensa: «No es la mujer que yo conocí». También piensa: «A partir de ahora, solo puede ir de mal en peor con los años; y cuanto más viejo se hace uno, menos oportunidades tiene de ser feliz». Además piensa: «¿Y ahora qué?». ¿Entrará un día en casa y la hallará muerta? La estrecha entre sus brazos un instante con todas sus fuerzas.

—Me siento aliviada —dice ella, sorprendida en cierto modo—. Como si me hubiera quitado un peso de encima. No sabía cómo decíroslo, pero ahora que lo he hecho... —Respira hondo, y le tiembla el aire en la boca—. Sí, ahora me siento mejor. —Se pone en pie, endereza los hombros: parece más alta que estos meses atrás—. A lo mejor ahora soy un poco más yo misma.

Él mira por la ventana. Se siente como si estuviera a bordo de un barco en mitad de un océano inmenso; demasiado lejos para darse la vuelta y volver a casa, pero tan apartado de la ajena costa hacia la que boga, que el navío naufragará, azotado por las olas, antes de alcanzar su puerto de destino.

—Señor Hancock —susurra ella.

Y él se da la vuelta y la ve; ve que resplandece como un faro.

## DIECISÉIS

Las que vienen de visita son las damas de la familia Crawford, que han hecho fortuna con una fábrica de alfileres. La señora Crawford es una matrona con un vozarrón de tal calibre que Sukie, asomada a la ventana abierta de la biblioteca para refrescarse un poco, la oye nítidamente cuando las ve venir en la distancia: «En fin, que una habría pensado que iban a pintar la casa, ¿no creéis?; que eso es lo primero que hay que hacer antes de mudarse una a su nuevo hogar». La acompañan su hija, la señora Flowerday, que da enérgicas zancadas y hace que se le mezan los rizos debajo del gorro; y también la señorita Crawford, hermana de su marido, un azogue de mujer de hombros estrechos.

—Mamá —dice la señora Flowerday—, haz el favor de ser amable... Porque no todo el mundo tiene el instinto que tú tienes; y esta mujer, seguro que menos que nadie. Ella viene de un mundo que es muy diferente.

La señorita Crawford no dice nada; pero es que casi no puede andar, debido al peso de algo que lleva en brazos, envuelto en piel de conejo y damasco de lana, ropa impropia de la estación del año.

A Sukie, dolida todavía por cómo la trató Angelica esa mañana, le dan ganas de encerrarse en su cuarto para lo que queda de día. Aunque no deja de darle vueltas en la cabeza: «Porque si se ha disgustado conmigo, a lo mejor ya no me quiere aquí más. Tengo que esforzarme por congraciarme con ella». Y se prepara mentalmente para hacer de anfitriona; lo que la lleva a salir de la biblioteca a toda prisa, aunque sin correr. Cuando llega al descansillo, da unos golpecitos en la puerta de Angelica.

—Ya han llegado —dice, y abajo, en la puerta principal, llaman al timbre.

—¿Y? —responden desde dentro.

—Que bajaréis conmigo, ¿verdad? —«Oh, por favor, ¡no me abandonéis para que tenga que sufrir yo sola el escrutinio de unos desconocidos!».

—A su debido tiempo.

—Pero es que ya están aquí. —Alguien más susurra al otro lado de la puerta—. ¿Tenéis a Catty ahí dentro con vos? Llevo todo el día buscándola.

—Me está ayudando a arreglarme —dice Angelica con evidente enfado—. Si quieres que baje, y que baje como Dios manda, tendrás que esperar.

Se oyen las voces de las tres mujeres; deben de estar ya en la entrada.

—Imagino que no me queda otra —responde Sukie, sorbiendo el aire por la nariz. Entonces apoya una mano en la puerta, y añade, en un tono más sosegado—: Solo que no me dejéis demasiado tiempo a solas con ellas.

La campana no deja de sonar; Sukie baja corriendo las escaleras, justo cuando el lacayo cruza el atrio.

—No abra todavía —le pide, con un hilo de voz—. Mande que traigan agua caliente.

En el salón, están ya listos los pasteles y el servicio para el té, todo supervisado por Sukie. Hay poca luz, pero se concentra en cada una de las tazas; y atraviesa la porcelana, como luciérnagas atrapadas en una botella. A Sukie le da apenas tiempo de arreglarse el pelo y el vestido antes de que se abra la puerta: y entran las visitas con tal roce de telas y ruido de tacones, acompañado del cloqueo de sus voces, que se queda con la mente en blanco. La besan, la inspeccionan; y ella responde con su sonrisa más encantadora; pero la señora Crawford y su hija pasean la vista por toda la sala: de las tazas de té al papel pintado, y de allí, a la estantería, con tan enérgicos virajes que parece que se les vaya a romper el cuello.

La señora Flowerday, una recién casada y empolvada, la coge por los codos y la mira de arriba abajo.

—¿O sea que vos sois la señorita Hancock? —pregunta—. No la señora Hancock.

—Soy la sobrina del señor Hancock —dice ella—. La señorita Lippard. —Como tiene tantas hermanas, Sukie no se acostumbra a que la llamen así; y además no está segura de cuánta confianza darles a estas mujeres; por lo que, cuando dice su propio nombre de pila, suena más bien como una pregunta—:

¿Susanna? —Se nota la cara roja—. La señora Hancock bajará enseguida.

—¡Ah, ya! —La señora Flowerday emite una risa gutural—. Ya decía yo que vos no podíais ser la señora Hancock..., porque todo el mundo alaba su belleza.

La señorita Crawford sigue con el gran bulto en brazos; y empieza en ese momento a quitarle capas, una a una: primero las pieles; luego, una seda gruesa, el damasco de lana después; y, finalmente, un chal bordado. Las otras dos mujeres la rodean.

—¡Hola, hombrecito! ¿Estás despierto?

—¿Te has echado una buena siesta? ¡Ay, vaya que sí!

—¡Qué bueno es, cuánto duerme!

Debajo del fardo de ropa emerge un bebé con cara de fastidio: tiene el pelo de punta, debido al sofoco; parpadea, irritado, al ver a toda la concurrencia, y se lleva las manitas a los ojos. Los bracitos terminan en sendas arrugas a la altura de las muñecas; y unos hoyuelos en las manos marcan el sitio en el que deberían estar los nudillos.

—¡Qué caballere te tan elegante! Porque habéis de saber, señorita Lippard, ¡que tenéis el honor de recibir la primera visita del bebé!

—¡Anda! —dice Sukie—. ¿Tomarán las señoras el té?

Pero, incluso sentadas, no paran de hacerle monerías al bebé; al que la señorita Crawford sube a sus rodillas sin dejar de moverlo arriba y abajo: hasta que la cabecita se le cae hacia atrás y topa con el busto de la solterona.

—Imagino que es vuestro primer hijo —le dice Sukie a la señora Flowerday.

—No solo eso; ¡es mi primer nieto también! —dice la señora Crawford—. Y ¡no sé cómo lo habéis adivinado! Pero ¿sabéis qué? Cuando nació, no me ocupaba de él en absoluto. A mí solo me preocupaba que mi querida Caro estuviera fuera de peligro: porque recién nacidos hay a montones, pero Caroline solo hay una. O eso pensaba yo entonces. —Se inclina sobre el bebé y le pellizca con cuidado la mejilla—. Y qué equivocada estaba, ¿verdad? Porque, ¿quién es el príncipe que yo más quiero en el mundo? —Se vuelve hacia Sukie—: Ahora me lo como a besos, o sea que todo me ha sido perdonado.

A la señorita Crawford se le dibuja una sonrisa en el rostro. Tendrá unos

cuarenta años; y es atractiva, como lo pueda ser una mujer de gran nariz y aspecto austero: coge al niño sin dar muestras de perder la cabeza por él, con la vista puesta en otra parte. No se da cuenta de cómo, de repente, el niño arruga la cara y suelta un suspiro debido al esfuerzo. Ella lo deja que le agarre los dedos con sus puñitos, como si fuera la cosa más natural del mundo. Apoya los piecillos en las piernas de la mujer y arquea la espalda para ponerse derecho; mientras abre desmesuradamente los ojos por el esfuerzo y una burbuja de saliva le asoma entre los labios flácidos.

—¡Un fortachón! ¡Un verdadero Hércules! ¿A que parece que tenga más de tres meses? —exclaman su madre y su abuela; pero lo que es la señorita Crawford, ella no dice nada: se limita a tomarlo por las muñecas gordezuelas y ayudarlo a sostenerse, mientras él da pasitos en el sitio aupado a su regazo, con las piernas de goma, como una marioneta—. Y qué bien se le da a nuestra Jane, ¿eh, señorita Lippard?

La señora Flowerday pasa un pañuelo por la boca al niño, justo cuando cae de culo en el regazo de su tía.

—Una pena que no haya sido madre.

—Bueno, pero no te creas. Porque si todas las mujeres tuvieran marido e hijos, ¿quién quedaría para echar una mano con la crianza? Tiene siempre que haber alguna que otra doncella entrada en años, que bastante trabajo nos da Dios a todas.

El bebé gruñe en brazos de la señorita Crawford.

—¿No os casasteis? —le pregunta Sukie. Es una pregunta tonta, pero quiere que la dama lo diga con sus propias palabras.

—Hubo un marinero que la dejó plantada —dice la señora Crawford, fingiendo un aparte con cierta ronquera, como un actor en escena.

—Un oficial de la Compañía de Indias —añade la señorita Crawford, que se apoya el niño otra vez en el pecho.

—Que la tuvo esperándolo muchos años, en lo mejor de su mocedad...

—Es que lo mandaron a ultramar.

—¡Y nunca volvió a por ella!

—Se ahogó.

—Así que, menos mal que tenemos tarea para darle; aunque, claro, no puede compararse con lo que siente una al coger en brazos a su propio hijo.

—Es tan buena que no sé cómo me las iba a apañar sin ella —dice la señora Flowerday—. Tengo intención de llevármela conmigo a Essex, y que se quede con él todo el rato.

—Menudo alivio sería eso para mi marido y para mí —reconoce la señora Crawford—. Porque, claro, nosotros le tenemos devoción; pero, según está de cara la vida, sería mejor para todos si ella pudiera ganar algo de dinero para mantenerse. Mi marido la quiere mucho; pero es su punto débil, porque era su hermana favorita cuando eran pequeños. Él jura que mientras vivan los dos, no le faltará nunca nada a ella, solo por darse la satisfacción de cuidarla; pero es que nuestra querida Jane también tiene su amor propio, y eso hay que respetárselo, ¿a que sí? No quisiera yo que pensara que la tenemos con nosotros por caridad.

—Así que para Essex que voy —dice la señorita Crawford.

—Nos lo pasaremos la mar de bien —exclama la señora Flowerday.

El niño se retuerce en su regazo y empieza a gimotear: se pone cada vez más rojo; hasta tal punto, que tiene las orejas casi moradas. Arruga la carita todavía más y suelta un par de sollozos. La señorita Crawford lo mueve encima de la rodilla y tira de sus puñitos con las manos, pero el bebé dice que nanay. Abre la boca y suelta un berrido que suena como un gran lamento.

—Oh, chis, a callar, a callar, señorcito —susurra la señorita Crawford, y le acerca un dedo a la boca. Pero es que ya lo han engatusado así antes, y recula en su regazo; para estallar luego en un llanto repentino que le deja las encías al descubierto. La señorita Crawford mira a la señora Flowerday—. Nada, que ni por esas —dice.

La joven madre se está soltando el corsé y mete la mano debajo de la pañoleta que lleva sobre los hombros.

—Oh, pobre bebecito —exclama, para hacerse oír por encima de los lamentos del niño—. ¿Qué le pasa, que tiene hambre? Alcánzamelos, tía, rápido. —Y lo pasan por encima de la mesa como si fuera un plato de macarrones. La señora Flowerday mira a Sukie alzando una ceja—. ¿No veis? —dice—. Hay cosas que ella no puede hacer. —Y proyecta su pecho izquierdo delante de todos los presentes. Luego se acopla el niño allí, y el silencio es inmediato, solo roto por su propia conversación, que no cesa, y le marca el tiempo según lo mece arriba y abajo—. Que se lo diera a una

nodriza, me dijo mamá, nada más nació: ni hablar, dije yo, a este no le da de mamar nadie más que yo.

—Pues yo los míos, se los di todos a la nodriza, y bien felices que fuimos —dice la señora Crawford; y mira con ojos amorosos al niño, que chupa y gime, con la mano extendida encima del pecho de su madre, surcado por venitas azules—. De haber tenido que darles yo de mamar, me habría quedado hecha un palillo. Las mujeres de campo son más fuertes. —Mira a Sukie como si tuviera edad para dar una opinión al respecto—. Pensaréis, después de oír a mi hija, que le dije que no volviera a verlo. Pero un niño, en su primer año de vida, es más un engorro que otra cosa, y ¿por qué no llevarlo a casa de la nodriza que lo saque adelante, hasta que ya se ande y hable y sea un gusto estar con él?

—Pero, mamá, ya nadie hace eso hoy día.

—Y ¿el señor Flowerday? ¿No querrá que su mujer esté dándole de mamar a todas horas?

—Está encantado de tener al bebé en casa. —La señora Flowerday baja la vista y la fija en los párpados del niño, que se le cierran. Queda unos instantes absorta por el plumón de ceja que tiene, y la curva perfecta de la nariz—. Dice que no ha visto nunca una madre que dé de mamar al niño como lo hago yo.

Y es precisamente en este instante tan feliz, o tan desdichado, cuando Angelica, la señora Hancock, abre la puerta del salón y entra dentro con garbosos andares para conocer a sus vecinas.

Desde sus tiempos de Londres no presentaba tan magnífico aspecto. Le han empolvado el pelo, que se yergue sobre su cabeza, luciendo toda su altura y volumen —y cómo lo ha logrado con la sola ayuda de Catty y sus propias, temblorosas manos es un misterio—. Y el vestido que lleva es tan fino que parece casi vaporoso: de organdí a rayas; de manera que se le transparenta debajo, con un brillo, la combinación de color azul. Repiquetean en el suelo los zapatos de charol, y tiene las mejillas sonrosadas y los labios suaves, como pétalos de rosa. Las mujeres se remueven inquietas en el asiento, pues es exactamente tal y como se la imaginaban: les empiezan a sudar las manos y no saben si es frío lo que tienen o si es calor, ni tampoco qué boca poner. Y es que comprenden que tienen delante, de pie todo lo alta que es, una puta

entera y verdadera de primera magnitud. Y no saben qué hacer.

## DIECISIETE

La señora Flowerday, con la boca abierta, no pierde ripio de la persona de Angelica Hancock mientras se cambia el bebé de pecho. El niño, que nota cómo le retiran el pezón, emite un pequeño gemido de protesta, y Angelica separa un milímetro los labios. Mira el encaje que tiene el niño en su gorrito, la oreja perfectamente moldeada, en miniatura; repara en la fragilidad del pestorejo, donde la grasa forma una arruga mientras el lactante se afana con el nuevo pecho ofrecido. Aunque está en el otro extremo de la sala, le llega su olor: cálido y seco, fragante, como recién salido del horno; con ese aroma lácteo y también a malta que tienen los niños pequeños.

Sukie se levanta, toma de la mano a Angelica.

—Venid, ¿no queréis sentaros con nosotras? Llevamos un rato esperándoos.

Pero Angelica sigue de pie, apartada del resto. Y ahí se queda un rato más, con la barbilla erguida, mientras pasa revista a su público. Luego parece satisfecha con la opinión que se ha formado de ellos, y va a tomar asiento, con paso lento pero certero. La acompaña el frufú del vestido; y nadie se mueve hasta que no ha colocado sus pliegues en perfecto equilibrio alrededor de su persona, para que no quede ni uno solo apelmazado debajo de ella. Entonces se inclina sobre el codo y mira detenidamente el hijo de la señora Flowerday.

—No sabía que tuvierais un hijo —dice—. Sukie, no me dijiste nada de un niño.

Por mucho que no quiera, no puede apartar la vista del bebé; como una miraría a un hombre que se ha caído del caballo; o a una gata que se come su

camada de gatitos: debería mirar para otro lado pero no lo hace.

—La casa de mi marido, bueno, mi casa, está en Braintree —balbucea la señora Flowerday—; y mamá me asistió allí. Pero el parto fue tan aburrido que en cuanto me vi en condiciones de viajar traje al bebé para hacerles una visita a mis padres. —La señora Hancock, con sus aires de reina, no repara en lo que dice, así que la joven madre añade, no muy convencida—: Y espero que nos quedemos aquí unas semanas, quizá algo más.

—Es que echaba de menos a su mamá —se jacta la señora Crawford—. Lleva tan poco tiempo casada, la pobre, que todo se le vuelve echar de menos a su familia.

—Y Greenwich también —dice la señora Flowerday—; porque salía mucho en sociedad en Greenwich, antes de casarme; y mi marido me hizo la corte allí, y fue tan bonito. Es que yo era la sensación de la temporada... Además, me aburre horrores el campo; me espanta lo aburrido que es.

—Bueno, Caro —la previene la señora Crawford; pero su hija sigue con su cacareo: explica que el bebé, en realidad, no da ningún problema en los viajes largos; vamos, como llevar un perrito faldero, menos todavía, pues se queda quieto allí donde lo pones. Que cree que hasta disfruta con el vaivén del carruaje, como un bendito, y que les pide, por favor, que la dejen contarles la cara tan divertida que puso una vez, y que les describa lo pequeñitos que tiene los dedos de los pies, y que no pueden perderse ninguno de los detalles de lo mucho que discutieron el señor Flowerday y ella a la hora de ponerle nombre: si tenía que ser George Edward, o Edward George.

Y mientras suelta todo esto la madre, Angelica no aparta la vista del hijo, fascinada al ver la cabecita tocada del niño. Se le encoge el corazón y, a la vez, siente un peso enorme en el pecho, como el que tiene ahí un puñado de masa de pan que aprieta fuerte entre los dedos. Eligió ese vestido como amuleto contra el miedo y la consternación, como hacía siempre antes: porque quería ser otra vez la alegre Angelica Neal, la mujer que prosperaba en sociedad. Mas, si bien el vestido es el mismo, la dama parece haber cambiado.

Sin embargo, Angelica Hancock sabe, como sabía Angelica Neal, que es mejor pecar de fiera que de afligida; igual que es mejor siempre luchar que salir huyendo. Así que, cuando la señora Flowerday interrumpe su cháchara

para tomar aliento, Angelica le suelta:

—Y ¿no os parece tedioso hasta más no poder?

La pobre señora Flowerday abre los ojos como platos.

—¿Tedioso? ¡Huy, para nada! ¡Fijaos que yo...! A lo mejor cuando vos tengáis hijos...

—¿Quién dice que no los tenga ya?

—Porque si los tuvierais —dice la señora Flowerday con tono triunfal, categórico—, no dirías que son algo tedioso.

A la señora Flowerday, aunque habla mucho, no se le escapa nada. Y es asidua también a la sección de enlaces en la revista *Town and Country*: o sea, que sabe de sobra cuál es el mundo que ha dejado atrás esta mujer tan espectacular. «Y tampoco es que sea tan guapa, pese a todo lo que dicen», piensa. «Tiene aspecto de cansada, para ser una mujer que lleva una vida ociosa». Pensaba que estaría menos pulida en sus modales y en la forma de hablar; pero las enseñanzas de la señora Chappell han calado hondo: no se le puede poner ni un pero a Angelica en cuestión de gusto, apariencia ni conversación, aunque la señora Flowerday halló un poco excesivo eso de empingorotarse para tomar el té. Solo que, a lo mejor en Londres, las cosas se hacían de otra manera; pues, sabe Dios que la señora Flowerday hace tiempo que no tiene el placer de ir por allí.

Pero sobre todo, mientras el niño mama a mandíbula batiente enganchado a su pezón, y ella tiene que encoger los dedos de los pies dentro de los zapatos para no soltar un grito de dolor, Caroline Flowerday no pierde detalle de Angelica Hancock porque quiere asegurarse de que no sea esta una mujer capaz de hacer que el señor Flowerday se olvide de sus deberes maritales. Y estudia el hermoso busto, el vestido translúcido, la manera tan graciosa que tiene de mover las manos cuando habla y la belleza musical que su voz encierra: ¿en esto se gastaría su marido el dinero, si lo dejaran? ¿Es este el tipo de mujer que podía llegar a mantener como amante en Londres (pues, quién sabe si no tiene ya una parecida), en aposentos pagados con la dote de los Crawford? ¿Son los lazos que tiende el deseo tan fuertes como los de un niño en común y el próspero futuro que un ser tan pequeño encierra?

—Me sorprende —dice— que el señor H. y vos todavía no tengáis ninguno.

La señora Hancock guarda silencio un instante.

—Solo llevamos casados medio año —dice.

—¡Medio año! Bueno, pero eso son solo seis meses menos que el señor Flowerday y yo. Y eso que vos sois un poco mayor que yo. —El bebé se está quedando dormido, ya casi no mueve los labios. La madre para la vista en él, llena de orgullo, y le da un toquecito en la mejilla, lo que hace que vuelva a chupar con ganas, mientras rozan sus pestañas las hinchadas mejillas—. ¡Miren cómo tira! Mi cachorrito. —Alza la vista entonces—. La nuestra fue una boda muy bonita. Fuimos en procesión, atravesando este campo de aquí atrás, y los niños de las casas vecinas llevaban cintas que agitaban al vernos pasar; y los caballos tenían flores trenzadas en las crines. Imagino que la suya sería por todo lo alto.

—En mi parroquia de toda la vida. —Angelica recuerda las losas frías de St. Anne, y los nombres de los muertos, labrados en el suelo de piedra del presbiterio en el que se casaron—. No nos pareció que fuera necesario mostrar en público nuestros sentimientos. —Ella llevaba guantes blancos de cabritilla: y aun así sentía cómo le temblaba la mano a él entre las suyas. Es un recuerdo fragmentario, como los de su niñez: parece completamente desgajado de la vida que lleva ahora.

—Pero es raro que no hayan tenido nada aún —dice la señora Flowerday—. Nosotros, apenas nos dejaron solos cuando ya...

—Ya, bueno, pero es que los niños vienen cuando vienen —dice la señora Crawford, porque ella lleva casi treinta años interesada en el lado práctico y sociable que tiene criar varios niños, y ve el cielo abierto para dar algún consejo—. Supongo que es la primera vez que os casáis —dice, imbuida de la autoridad de una matrona—. No os imagináis la poca experiencia en estas lides que tienen muchas recién casadas.

—Mamá —dice la señora Flowerday a modo de aviso—. ¿Recordáis la conversación que hemos tenido esta mañana?

Hasta Sukie olvida sus temores; echa el cuerpo hacia delante, absorta por el cariz que está tomando la conversación.

Angelica se para a pensar. Su cara muestra una belleza serena, pero hay algo rígido en sus rasgos que solo adivina su sobrina.

—Cierto es: ningún hombre antes del señor Hancock se ha podido llamar

marido mío. Pero no me parece que, en mi caso, se deba todo a la falta de experiencia. Porque he estado con más hombres de los que pueda recordar, ¿sabéis? Y los numerosos embarazos a los que tuve que poner fin... Vamos, que no creo que eso haya ayudado mucho. —No se le mueve ni un músculo de la cara al decirlo. Solo le falta lanzarle una sonrisa de satisfacción a la señora Crawford, que no acierta a poner la taza en el platito con mano temblorosa.

—Vaya —dice la anciana, que juguetea con el pañuelo entre las manos. Seguido de—: Ejem. —Toma aire, y añade, en tono más animado—: Pero ahora somos todas damas de una misma cuerda... y os puedo asegurar que me es indiferente qué transgresiones podáis haber cometido en el pasado, dado que os arrepentís de ellas. Porque, como yo digo, que sea Dios quien decida la vara de medir con la que ha de juzgarnos a cada uno, que eso no es cosa mía.

—Será mejor que os advierta de que soy dama de gran maldad. Porque, al menos durante diez años, fui puta famosa —dice Angelica con aire victorioso.

Pero la señora Crawford se muestra tenaz en su piadosa oferta.

—Se dice que soy muy tolerante, como no lo hay, pero es que tales son mis principios. —Junta las manos, y está encantada de volver a su tema, pues alberga la convicción de que puede haber otro motivo para entender por qué los Hancock no tienen niños: y ella está dispuesta a descubrirlo—. ¿Qué hay del historial de vuestro esposo? Con la edad que tiene, ¡seguro que no era un hombre soltero!

—Estaba viudo —dice Angelica.

—¡Ajá! ¿Has oído eso, Jenny? —La señora Crawford le da un codazo a su cuñada—. ¡Un viudo! Ahí tienes algo sobre lo que reflexionar: porque todos los hombres que se te escaparon la primera vez estarán muy pronto listos para una segunda vuelta: en condición de querer mujer. —Suelta una risotada y da palmas—. Un viudo, señora Hancock, bien elegido. Un marido bueno y seguro; alguien a quien no inflaman ya pasiones románticas: algo que, fijaos lo que os digo, puede ser más causa de problemas que de verdadero disfrute. Porque ya se le ha visto el talante, y ya habrá hecho fortuna; y eso supera con creces muchas de las pruebas con las que una se

encuentra en los primeros años de matrimonio.

—Y menos falta hace hinchar la dote de la novia; que eso también da muchos problemas cuando se trata de anunciar al mundo lo que vale una dama —añade la señora Flowerday.

—Sí, señora, ha sido una elección muy práctica —dice la madre—. Porque yo siempre pienso que a la segunda mujer la eligen por cuestiones prácticas; siendo la primera la que se puede considerar la verdadera pareja del hombre.

—Pero ahí está la importancia de la dote —dice la señora Flowerday—; que es lo que une a hombre y mujer bajo el mismo yugo en igualdad de condiciones. Cuando a mi Edward se le ocurre una de esas tonterías suyas, yo le digo: «Señor, ¿olvidáis gracias a la generosidad de quién podemos pagar esto?». Y se lo piensa dos veces. —El niño cuelga de sus brazos como un borracho. Ella se lo da otra vez a su tía para que le saque el aire y vuelve a meterse el pecho dentro del vestido. Y así, derecha y recompuesta, sonrío a Angelica—. Por supuesto, cuando un caballero tiene tanto dinero como vuestro señor Hancock, nada le impide tomar por esposa a quien él quiera, por muy oscuro que sea el pasado de la agraciada; y la reputación que tenga. —Alza una ceja—. Solo el decoro se lo impide.

—Espero que no os importe lo que voy a decir —afirma Angelica con tono amable—, porque estoy segura de que no lo hacéis adrede: pero es que, señora Flowerday, el tema de conversación que habéis elegido ofrece de vos una impresión muy pobre, como muy estrecha de miras. Hasta rencorosa, para algunas mentes que pudieran estar escuchándoos. Incluso vulgar. Y estoy convencida de que no era ese el efecto que vos buscabais con vuestras palabras. —Dicho esto, le estrecha la mano—. Os lo digo como amiga —añade— y como mujer que soy un poco mayor que vos.

La señora Crawford se remueve satisfecha en el asiento: encantada de que una dama de metropolitano pasado comparta lo que son sus impresiones más íntimas. Jane Crawford, que le está limpiando al bebé los berretes de leche, sigue sin decir nada; pero esboza, por primera vez desde que entró en el salón, una sonrisa de oreja a oreja, hasta que hunde la cara en el blando cuello del niño y la oculta así a la vista de todas.

—Y ahora, vamos a ver —dice Angelica—. ¿Hemos agotado ya todo el

repertorio del bebé o queda más? Porque yo estaría encantada de quedarme aquí sentada y mirarlo durante otra hora, aunque no me parece que guarde en la chistera ningún número que yo no le haya visto hacer al gran Garrick. Pero es que si lo que sigue es una canción suya, o incluso una pieza trágica, a lo mejor necesito yo un entremés para recomponerme.

—Y ¿qué querías que hiciera? —le pregunta a Sukie cuando ya se han ido las visitas, a toda prisa y entre lamentaciones varias—. Yo no puedo dejar de ser como soy: soy un fraude de mujer, y eso lo ve todo el mundo. ¿Por qué no comportarme como sé hacerlo?

—Pero es que fuisteis muy grosera —dice Sukie.

—¡Bah, remilgos! ¿Qué querían, que me pasara dos horas contemplando al niño? No me dejaron alternativa.

—Pensad en vuestro marido, en la impresión que esto va a causar entre...

—¡Ah, mi marido! —Mete hacia adentro el labio de abajo; y es un gesto que llevaba sin hacer un año, cuando estaba en pleno apogeo Angelica Neal—. ¿Por qué tengo que pensar yo siempre en él cuando él no piensa en mí? Doña Sukie, si no quería causar cierta impresión, como vos decís, entonces que no se hubiera casado conmigo.

—Ante eso, nada puede alegarse —dice Sukie—. Nunca lo cazasteis haciéndole concebir falsas expectativas. —Está muy emocionada al ver que puede haber algo de verdadero glamur en esta casa, que la sumisa señora Hancock que llegó a Deptford ha visto restaurado por fin parte de su esplendor—. Miraré en los libros de cuentas —dice—, y sacaré dinero para poner una peluquera como Dios manda. Es un crimen que no tengáis a nadie que os asista en eso y otras cosas: que no le saquéis a vuestro aspecto todo el partido que tiene.

—Ay, Sukie, Sukie, corazoncito mío. —Angelica le da un beso en la cara—. Tú sí que me comprendes. Porque jamás he sentido que era yo misma tanto como esta tarde.

## DIECIOCHO

Llega la noche, y se ve a sí misma con la cara lavada y el pelo enfundado en la toca de muselina, y ya no está tan segura. Porque lo de la tarde ha sido como un baile de disfraces: las palabras que se dicen detrás de una máscara puede que sean más atrevidas que las pronunciadas a cara descubierta; pero eso no quiere decir que sean más sinceras. No para de darle vueltas a la cabeza entre las sábanas; se siente pequeña y perdida. Cuando llega el señor Hancock, es ya noche cerrada y no hay luz alguna que penetre en la habitación; pero él tiene bien memorizados los pasos. Angelica lo siente moverse: deduce por el sonido que está dejando la peluca en su colgador; ahora se quita la chaqueta, luego los calzones. Pero esta noche, cuando él se mete en la cama, ella no finge estar dormida. Le queda todavía valor a Angelica: apoya la espalda en el respaldo de la cama y fija la vista en la sombra de él.

—Estáis despierta —dice el señor Hancock.

—Sí.

Su marido asiente, pero no dice nada más. Aunque cuesta distinguirle los rasgos de la cara en la penumbra, sí que es apreciable que está muy serio y que las mejillas tienen esa floja presencia que una observa en una máscara funeraria. ¿Qué le ha pasado, para tener ese aspecto, tan funesto y demacrado? Eleva los brazos, y por cómo mueve los dedos, Angelica nota que se está aflojando el pañuelo que lleva al cuello. Observa angustiada, pero sin atreverse a decir nada, lo cambiado que está: todo el afecto que sentía antes por ella se ha evaporado; y, cuando se pone el gorro de dormir, decide abordarlo directamente.

—Señor —dice.

—¿Sí?

—¿Sería todo distinto?

Espera. Es una pregunta que no le gusta nada a Angelica porque no le importa ya la respuesta, pues hay pruebas evidentes de cuál es la verdad del caso, y eso la oprime, como un peso, el estómago. Menos mal que no puede verlo.

—Si hubiera tenido el niño, ¿sería todo distinto?

Él se echa hacia atrás, perplejo, sorprendido al oírla hablar así.

—Pues claro, por supuesto que todo sería distinto.

Y luego se mete en la cama al lado de ella, y ya no dicen nada.

Más tarde, esa misma noche, cuando se acerca el alba, él se remueve entre las sábanas. La respiración acompasada de Angelica llena el dormitorio, con esa paz de la bajamar y la pleamar que infunden las mareas. «Pobrecilla», piensa; pero piensa también en la sirena, no puede olvidar esa pena voluptuosa que va de un lado para otro dentro de la tina. Y, aunque le escuecen todavía en el corazón las lágrimas de su mujer, tiene que levantarse de la cama, no le queda otra.

«¿Por qué hago esto?», se pregunta, mientras se abre camino por la casa, rodeado de absoluto silencio, atento a los secretos que bailan en el aire en el hueco de la enorme escalera, que no le revelará ninguno.

«¿Por qué no me quedo con ella?». Porque la llamada que me impulsa a salir me embelesa hasta tal punto. Así se siente un hombre encaramado a lo alto de una torre: le da miedo el abismo que ve a sus pies, pero no puede evitar mirarlo, y hasta se acerca unos pasos al antepecho. Deja atrás el comedor y sale por las puertas acristaladas a los escalones que conducen al jardín. Hay como un susurro de hojas, el césped forma un triángulo oscuro que se extiende hasta el manchón blanco de la casita de verano, y hacia allí dirige sus pasos.

Se detiene un momento detrás de una de las columnas en el pórtico del pabellón para empaparse del silencio reinante. Satisfecho, mete la llave en la tosca puerta que lleva a los escalones; y de allí, a la bajada a la gruta. Pero cuando la abre, y suelta su crujido característico, oye nítidamente un ruido que le perfora los oídos y hace que se le erice el pelo de la nuca.

Un portazo.

Que viene de la casa. Retrocede, y se refugia en las sombras; pero aun así, ve luz en una de las ventanas. El resplandor va iluminando por dentro cada una de las ventanas de la primera planta, hasta que desaparece.

«Es mi mujer», piensa. A lo mejor tiene hambre y va a la cocina a por una manzana o un trozo de queso. «Aquí fuera no va a venir». Se encorva igual que una lápida, y casi le da miedo sentir su propia respiración, y el temblor, como un campanilleo, que viene de la tina. «No vengáis aquí», le ordena a Angelica. «Ni se os ocurra».

Está tan quieto el aire que oye abrirse y cerrarse la puerta principal de la casa, como si la tuviera allí mismo; y unos pies que avanzan por el sendero de grava.

«Mirará solo a la entrada de la casa; mirará en los establos, para ver si se ha soltado alguno de los caballos. Pero hasta aquí no vendrá».

Pero entonces oye su voz.

—¿Señor Hancock? —Y la ve dar la vuelta a la casa. Lleva un farol a la altura del pecho, y protege la débil llama con una mano—. ¿Señor?

El pulso le late con fuerza al señor Hancock: como si tuviera el corazón clavado en el pecho, y cada espasmo que diera fuera perfectamente audible. Aguanta la respiración y retrocede un paso más; pero pisa algo —una hoja muerta, o el ala descompuesta de algún pájaro—, y el crujido lo delata.

Ella se queda como paralizada, luego sale corriendo, y quedan flotando a su paso el chal, la bata y el pelo; como si, con la carrera, fuera dejando una pálida estela en el aire. Baja corriendo por la explanada de césped, pero todavía le queda para llegar allí, y no la ve desde donde está escondido.

—¿Dónde estáis? —exclama, y vibra en su voz una nota repentina de ira; mientras se va acercando a toda prisa a la casita de verano, con un balanceo del farol que lleva en la mano—. No pienso consentir esto ni un minuto más.

Aunque ya se encuentra muy cerca, todavía no distingue dónde se esconde él; y puede estarse así, mirándola, un rato largo cuando se queda de pie delante: le ve la melena, que parece cargada de electricidad; los pies, separados, y la cara, hecha una furia. Con la luz del alba casi ni la reconoce; tiene como pequeñas manchas de sombra en las cuencas de los ojos, y en las partes de su rostro que le tapa el pelo: su piel es luminosa en unos puntos, y

más borrosa en otros. Jadea por el esfuerzo, y la oye tragar saliva, por eso mismo, o por miedo, no lo sabe bien.

—Aquí estoy —dice él, en voz baja.

—Y ¿se puede saber qué hacéis? —inquire ella—. ¿En qué estáis pensando? Salís sin ser notado a estas horas; cuando os busco, nunca estáis en casa; y ni me imagino lo que me ocultáis. Si lo que pretendéis es volverme loca, lo estáis consiguiendo. —Mueve la mano con tanto brío que el farol se apaga; y lo deja en el suelo sin pararse a pensar—. ¡Se acabó! Os exijo que cambiéis de actitud, porque de lo contrario yo seré la que os deje. Y no creáis que no lo haré: ¡porque no os necesito, señor!

—Venid —dice él, y la aleja de allí a toda prisa. La coge de la muñeca—. Venid, volvamos a la casa. Lo hablaremos allí. Y sea lo que sea lo que me queráis decir, os escucharé.

Ella estira el cuello para ver lo que hay detrás de él.

—¿Qué tenéis ahí abajo?

—Nada. —La empuja para alejarla de la entrada a la gruta.

—Nada no. Yo también tengo que saber lo que contienen estos edificios; pues soy la señora de la casa, ¿o no? Y no me había preguntado nunca antes por qué siempre os guardáis la llave de esta puerta. ¿Qué hay ahí abajo?

—Venid. No alcéis la voz; que va a despertarse todo el mundo en la casa.

Ella lo empuja para apartarlo.

—Y ¿qué pasa si los despierto? No tengo nada que ocultarles. —Se lanza a toda prisa hacia la escalera y le falta poco para perder pie; él oye el ruido de sus pasos sobre el esquisto y la siente a las mismas puertas de la gruta, accediendo ya a los primeros escalones.

—Tened cuidado —dice—. Es una escalera muy empinada, y no hay luz.

Coge el farol que ha quedado en el suelo y lo enciende otra vez, con manos temblorosas. Luego se acerca a ella por detrás y sostiene la luz en alto para que vea al bajar.

Ella se queda parada en los primeros escalones. Toca una concha de mejillón, y luego otra: traza con las manos sus espirales concéntricas.

—¿Qué es esto?

—Entrad —dice él. Y ella avanza despacio, con él detrás; y la melena, en la brisa fría, le roza la mano. Sigue bajando, y cuando llega a la cámara,

suelta una exclamación.

Algo ha pasado ahí, en ese recinto excavado en la tierra. La tina rezuma su pena, como si fuera humo, o vapor; es invisible, pero se agita en el aire, y les colma los pulmones: por un lado, la sienten tan dentro de sí que casi no pueden respirar; por otro, está simultáneamente ese vacío atronador, la terrible sensación de estar hueco.

Ella le toma la mano para no sucumbir a las convulsiones.

—¡Quedaos conmigo! ¡No lo puedo soportar! —Y se vuelve hacia él—. Pero ¿qué es esto?

—No lo sé —dice él—. Vino del mar.

—Es un truco —dice ella, y cree en ese momento que están fundadas sus sospechas.

Pero entonces mira a un lado y a otro, y ve los leones, los pavorrales, los abanicos y los arcos, formados todos por miles de conchas; y ve también el efecto de la luz al parpadear en las paredes, como si se arrastrara por ellas. El resplandor de la piletta en el extremo de la cámara manda sus oleadas de reflejos que recorren las bóvedas, y todo se mueve en la oscuridad.

Siente que la ha atrapado una mano gigantesca. Es una sensación que no sabría definir, como de anhelo, o de pena; eso que los marineros llaman la morriña: pues quien la padece muere por su hogar, y se desvanece sin dejar de llorar por él. Y no importa incluso que no tengan adónde ir: porque el dolor es el mismo, muy hondo y muy dulce a la vez. Suenan los pasos de Angelica con un eco frío en el suelo de baldosas; levanta la cabeza y oye sus propios suspiros rebotando contra las bóvedas, que se los devuelven reduplicados, hasta que le resuenan en los oídos. También descienden hasta el suelo y rodean la panza de la gran tina de cobre: allí plantada, negra, sin un solo adorno.

—¿Está ahí dentro?

—Miradlo vos misma —la anima él.

Él ha arrimado una banqueta de tres patas para asomarse en esos encuentros nocturnos que tiene con la criatura, pero Angelica rechaza toda ayuda. Agarra los bordes de la tina y se aúpa con todas sus fuerzas. Solo aguanta en vilo un instante, pues las zapatillas se escurren enseguida por las paredes de cobre, y no tiene suficiente fuerza en los brazos para sostenerse.

Cuando baja, se vuelve hacia él, y el miedo la mueve a mirarlo con rabia.

—¡No es más que agua! —escupe.

—No, no —dice él, y abre las manos, porque ha llegado el momento—.  
Es vuestra sirena.

Le cambia la expresión de la cara, va pasando por miles de sentimientos y no acaba reflejando ninguno. Niega con la cabeza y se retuerce los dedos.

—Llevo un tiempo pensando —dice— que uno de los dos se está volviendo loco. Y ahora veo a ciencia cierta cuál de los dos es. —Pero mira a su alrededor, y no cree lo que ven sus ojos.

—Por favor, mirad otra vez: llegó vuestra sirena; y es real.

A ella se le desfigura la expresión de la cara.

—Real como la de la señora Chappell; real como pueda serlo una mona muerta. No tengo nada que ver aquí ya, señor.

Él extiende las manos y le pide que se detenga.

—No podéis fingir que esta criatura no ha tenido ningún efecto sobre vos. Dejadme que os ayude a subir, y veréis lo que yo veo. —Va hacia ella con los brazos abiertos, un gesto que no le ha visto hacer en mucho tiempo: por eso obedece. Se agarra al hombro de su marido para apoyarse, y se sube a la banqueta. Las zapatillas son de suela fina y le ofrecen escaso agarre, pero logra mantenerse en pie. Entonces se inclina sobre la tina y arruga la frente.

—No veo nada —susurra.

—Os lo juro, está ahí.

Y entonces se queda inmóvil: alarga el torso, como un mascarón de proa, con la melena al viento, mecida por una brisa que lleva quién sabe cuánto tiempo vagando por esas bóvedas y que quién sabe de dónde vino. Fija la mirada en el agua y se empapa de su sombra; le clava los dedos en el hombro, y él siente que le tiembla el brazo, que se apoya en él para no caerse.

—¿Qué veis? —pregunta.

—La veo a ella.

—Y ¿qué más?

—Cuando era pequeña —dice Angelica con un susurro—, vivía al lado del mar. Siempre que había tormenta, me acercaba hasta el malecón, al final del puerto, para verlo. Me quedaba allí sentada, sin moverme, como estoy ahora, y pasaba allí las horas muertas. —Afuera se levanta viento, y baja con

un rumor por la colina, sacudiendo la hierba con dedos invisibles, hasta meterse dentro de la gruta. A Angelica se le pone la piel de gallina en los brazos—. Era algo tan vivo —dice—, tan poderoso y terrible. Le tenía tanto miedo que muchas veces lo único que quería era tirarme entre sus olas.

Cuando despunta el alba por el horizonte, él asiente:

—Sí. Ahora sí que la habéis visto.

Ella no cambia de posición, pero le tiembla todo el cuerpo, porque hace fresco para salir así de madrugada, solo con un chal y una bata de algodón.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —susurra.

## DIECINUEVE

Para cuando quiere salir el sol, y están ya fuera de la guarida de la sirena, Angelica no tiene ninguna duda.

—No pienso consentir que rija nuestras vidas ni un minuto más —le hace saber a su marido. No han dormido nada, se han quedado sentados nada más entrar en la casa; y, al principio, solo pueden dejar vagar la mente; luego, Angelica empieza a hacerle muchas preguntas, y él responde negativamente con la cabeza, entre grandes suspiros: «No os sabría decir. No lo sé». Ella empieza entonces a verlo todo tan claro que casi le dan mareos del alivio que siente—. Porque no otra es la causa de todo lo malo que nos está pasando —dice—. Y, cuando queda bien a las claras cuál es la causa de un problema, se puede dar con la solución para atajarlo.

—Pues yo no sé cuál es esa causa —dice él con tono trágico.

—¡Ay, que no lo sabéis! Claro, eso es muy típico de vos. —Porque es cierto que, de los dos que están presentes en ese cuarto, solo uno de ellos ha hecho de la superación de todo tipo de desastres su fe de vida—. Podemos solucionar el problema. Porque ninguno de los dos estamos muertos, ¿o sí? Y tan bien que nos va en esta casa, y tenemos fortuna y salud. —Llama más fuerte que nunca a la criada, tirando de la campanilla como no se había visto nunca antes en esa casa—. Que traigan panecillos y chocolate, y nos los vamos a comer aquí, sí, señor. Aquí, en este mismo comedor: no pienso esconderme más en mi cuarto. ¡Aprisa, aprisa!

Luego, todavía sin cambiarse de ropa, se sienta a desayunar al lado de su marido a la enorme mesa, que reluce abriantada, junto a los amplios ventanales. Lleva la bata remangada y tiene migas en la cara, pero ofrece una

estampa tan digna como las reinas de antaño cuando se preparaban para entrar en batalla: y así planta las manos en el tablero de la mesa, como si tuviera delante un mapa con la posición de las tropas enemigas.

—Me parece que demostrasteis tener bien poco seso al ocultar esa criatura: me lo teníais que haber dicho en cuanto la trajisteis aquí. Tenemos que diseñar un plan para ver qué hacemos con ella; y habrá que ejecutarlo con total firmeza.

—¿Y no podemos simplemente...?

—¡No! —le corta ella en seco—. Ya no podemos hacer nada así: «simplemente». De ahora en adelante, declaro abolida la simplicidad en esta casa. —Le tiembla todo el cuerpo—. Pienso mantener a raya a esta criatura; y va a pagar por lo que me ha robado y que era mío.

Porque, aunque la invada la desesperación, siente un odio que la empuja a seguir hacia adelante. De haber sido algo tangible, una fiera, o un hombre, lo que hubiera atacado a su marido y puesto en riesgo su felicidad de aquella manera, se habría arrojado sobre ello y habría luchado a brazo partido hasta aniquilarlo. Pero no hay tal, y está deseosa de entrar en acción. ¿Cómo puede tenerse bajo control a la cosa esa? ¿Qué podría hacer Angelica para ejercer sobre ella su santa voluntad? ¿Qué tiene una que hacer para quitarle poder a una criatura así?

A la criada, le dice:

—Trae papel de anotar; que tengo que trazar un plan.

—¿Un plan para qué? —pregunta el señor Hancock.

Lo mira como si estuviera mal de la cabeza.

—Una sirena de verdad, señor, es una curiosidad como hay pocas: ¿y vos queríais tenerla escondida? Sea lo que sea esta criatura, lo que no está en duda es su veracidad. —Se aparta de un manotazo el pelo de la cara, y lo mira con una sonrisa imperiosa—. Pienso mostrársela a todo el mundo.

—A ver, señora Hancock —dice él—: no creo que esa sea buena...

Ella abre los ojos de par en par.

—Anda, y ¿por qué no había de hacerlo? Si yo soy su sola dueña, ¿o no? Me pertenece.

—Yo la compré...

—¡Para mí!

—Sí, para vos, pero es que de haber sabido que ibais a...

—Pues no sé qué otra cosa pensabais que iba a hacer con ella. —Le pone a su marido una mano en el brazo—. Pienso mostrarla como animal de feria que es. Como un tigre al que le han arrancado los dientes; o un elefante que ha perdido la chaveta. Todo el mundo puede venir a verla: que vean la fuerza que tiene; y sin embargo, lo atada de pies y manos que está, ahí encerrada en esa tina horrenda; y enterrada bajo tierra, para más inri, a nuestra merced, que somos sus dueños.

Él arruga la cara con una mueca de horror.

—Lo que pasa es que os da miedo —dice ella.

—Es peligrosa.

—Vive Dios que sí, eso no os lo niego. Pero pienso dar con la forma de someterla a mis deseos. —Se inclina sobre las hojas de papel y luego mira a su marido una vez más, feliz como un pajarillo—. ¡Y, señor! ¡Pensad en qué posición me dejará eso a mí delante de todos los que me empujaron al arroyo! Y pienso invitar también a los vecinos, esos Crawford. —Se relame de gusto, como un fiero antes de darse un festín, cuando piensa en el pavor que le entraría a la señora Frost, en la confusión que embargaría a la señora Chappell, y en poder dejar sin palabras nada menos que a Bel Fortescue. Todas ellas perderán los papeles: triunfará sobre ellas—. Sí, ¡a todos se la voy a mostrar! —Garabatea sin parar todos los nombres que recuerda, la gente fina de Londres y Greenwich; y también, claro, las grandes mantenidas, y los carpinteros de navío de Deptford, y los insoportables Crawford y Flowerday de Blackheath—. Ya verán todos estos de qué pasta estoy hecha. Hala, aquí están: listas e invitaciones. Mandad venir a un grabador, el mejor que haya; alguien que trabaje la papelería fina, que me diseñe una tarjeta, lo mejor de lo mejor.

—¿Es que hay que exhibirla? ¿No es mejor ocultarla? Porque el daño que hace es mucho.

—Solo un día, señor... Lo que no pienso es abrir una casa de fieras. Solo quiero que la gente vea lo que tengo. —Lo mira con cara de súplica—. ¿Una fiesta nada más? Muy exclusiva. Henos aquí, en esta gran casa, con nuestra gran fortuna: pues nada, ha llegado la hora de que me comporte como una verdadera dama. Además, la bestia es mía; y, dado que no ha parado en

remilgos a la hora de ejercer sus poderes sobre nosotros, no veo por qué no iba yo a hacer con ella lo que a mí me viniera en gana.

Pero él no está convencido.

—¿Vos creéis que...? —dice, intentando ofrecer un asomo de resistencia; pero sin convicción. De hecho, lo que hace es, en parte, enfurecerla más, pues replica al punto:

—Pero es que vos no tenéis nada que decir. La sirena es mía; vos sois mi marido; y, como tal, lo único que podéis hacer es apoyarme en esto. ¡Ay, es que no van a creérselo! —Lo emociona verla otra vez tan dueña de sí misma—. Hay que darse prisa, mucha prisa, antes de que todo el mundo salga de Londres para irse de vacaciones. Porque no pienso esperar a la próxima temporada. Decidme, ¿cuento con vuestro permiso para gastar lo que crea conveniente? Quedad tranquilo: no tomaré ninguna decisión que podáis reprocharme.

—Lo dejo todo en vuestras sabias manos —dice él. Y ella sonríe como llevaba mucho tiempo sin sonreír, y se dispone a prepararlo todo para la ocasión.

## VEINTE

*Os saludan muy atentamente  
y tienen el agrado de invitaros a su casa  
el señor y la señora Hancock  
el 21 de junio de 1786  
para contemplar  
UNA SIRENA*

La invitación aparece impresa en una cartulina gruesa de color marfil, y es más la floritura de los bordes que el propio texto. Angelica ha mandado que la adornen con un profuso motivo de conchas de vieira, delfines rampantes y ninfas de mar con los pechos al aire: resplandece la tinta en la pulcritud de cada línea, el papel tiene un tacto suave como el terciopelo, y Angelica no se cansa de mirarla. No ha visto nunca nada fabricado con tanta precisión, ni tan perfecto.

—Me parece que voy a pedir que me enmarquen una.

El señor Hancock se asoma por encima del hombro de su mujer.

—No se parece en nada a nuestra sirena —dice a modo de objeción.

—Ya, pero el dibujo está ahí solo como muestra de que la cosa existe; son ellos los que tienen que decidir, cuando vengan aquí, si se le parece o no. Además, ¿vos cómo la dibujaríais? Salid de aquí, andad, marchaos: dejadme a mí estas cosas.

—Lo que no se me ocurre es cómo hacer para que atraiga a la gente — dice, hablando consigo mismo; y sale a toda prisa, sin pararse a pensar más en el asunto.

Angelica se retira ahora a su pequeña habitación privada: allí pone una

pila de tarjetas encima de la mesa y llena el tintero por primera vez en mucho tiempo. Al principio, se queda así, parada delante de ellas, mirándolas: tan feliz de ver lo eficaz que ha sido; luego se pone manos a la obra.

La primera que escribe es para Bel, y se esmera mucho en el título, aunque le da pena no tener una letra más bonita. En el anverso, pone:

Querida, en verdad que tenéis que venir. Os quedaréis obnubilada. Siento tanto no verte ya casi nunca.

## VEINTIUNO

La otrora señora Fortescue ha mandado construir una pileta honda, alicatada de azulejos, en su casa de Chiswick; y cuando fija allí su lugar de residencia, se pasa dentro muchas mañanas. Y más a menudo que lo haría si lograra quitarse de la cabeza el miedo que le tiene a los baños de cuerpo entero, por el riesgo que podrían entrañar para la salud. Por lo menos sabe que si el agua está escrupulosamente limpia, echa humo y la satura bien de tomillo, manzanilla y otras hierbas cuya esencia absorberá su cuerpo y le harán bien, no acabará intoxicándose por los poros de la piel. Le cubre casi hasta los hombros; mas, como hace pie, camina por el fondo, y el camisón se le infla debajo del agua y le llega hasta la barbilla. Tiene el pelo recogido y cubierto por una cofia; y la cara, lavada como la de un niño pequeño: en resumidas cuentas, que se ha quitado todo lo que serviría para identificarla, y está tan feliz de flotar en el agua tal y como Dios la trajo al mundo, en su diminuta y llamativa persona, dotada de esa boca carnososa y pequeña, las largas pestañas y unas cejas oscuras que le otorgan cierta seriedad a su aspecto. Le produce menos placer saberse dueña de una espalda dolorida, y de unos pies y unos pechos que le duelen también; pero si Dios los puso ahí sería por algo. La llena de alegría el niño que lleva dentro, pero no así las molestias que tiene por su culpa: porque si el mismo Dios le hubiera dado un par de agallas, se pasaría en el baño las horas muertas.

Entran las criadas, todas de escrupuloso uniforme: vestido y peluca.

—¿Estáis lista?

—Pues sí. —La cabeza de Bel, enmarcada por la combinación hinchada de aire, surca la superficie en dirección a los escalones. Una vez fuera, se

desnuda, y las dos mujeres la secan con ásperos lienzos de lino—. ¿Qué correo tenemos? —pregunta, y abre la comitiva de camino al *boudoir*, que huele a rosas y a jabón de Castilla, y donde la aguarda la chimenea encendida y la cama vestida con sábanas blancas.

—Esta mañana han llegado tres cartas.

Y le toma cada mujer un brazo, que masajean con ungüentos de aromas exquisitos: trabajan con vigor y sin remilgos, y ella se relaja al notar la sabia cadencia de sus manos en codos y costillas; en la parte de atrás de los muslos y en su hermoso y abultado vientre. Entonces, una de ellas la ayuda a ponerse un camisón que huele a limpio y está todavía caliente tras el planchado; y la otra calcula las distintas medidas para hacerle un elixir tonificante que vierte en copas de un cristal tan fino como el hielo que se hace añicos en los charcos invernales. Y por fin toma asiento en el borde de la cama, dispuesta a tomar sus reconstituyentes, alza un poco las piernas y se tumba en el lecho.

En lo alto de la pared hay dos ventanales esféricos; y al otro lado del cristal, la brisa mece la filigrana de las hojas de los geranios y los nomeolvides. Más allá el cielo es más azul que nunca, y de vez en cuando suenan los pasos de los jardineros en su trajín hacia otra parte. Bel deja una mano apoyada en el estómago y coge las cartas: mientras las pasa una detrás de otra, reconoce la letra de Angelica Neal, que se llama ahora Angelica Hancock, y tiene también casa señorial propia.

Lady D., como llamaban a Bel Fortescue, sonrío de oreja a oreja.

## VEINTIDÓS

Sukie no tiene ni idea de qué puede ser lo que está pasando: solo sabe que el señor y la señora Hancock nunca paran en casa, que la dejan a su libre albedrío con las lecciones de latín, y ellos se van a hacer quién sabe qué al otro lado del jardín; o desaparecen del todo y van a Londres a pasar el día, para volver luego con unas cajas muy misteriosas, seguidos de una procesión de carreteros que traen más de lo mismo. Acata sin rechistar que la dejen fuera de unos planes tan intrigantes: pero con cada día que pasa, se acentúa su soledad y su melancolía, hasta que acaba por asumir que será ley de vida, una cruz como otra cualquiera de esas que tienen que llevar las mujeres, y que para ella ha supuesto una ruda sorpresa detrás de otra estos últimos años.

Sin embargo, una mañana se despierta a la hora de siempre, y oye algo que no había oído nunca antes: el rítmico susurro de cuatro forzudos segadores, guadaña en mano, que van dejando al rape el césped mojado del jardín. Asoma con cuidado la cabeza entre el marco de la ventana y las cortinas, y ve que hay más: un jardinero con aires de entendido, que gasta montura de alambre y empuña unas tijeras de podar doradas, sigue a la cuadrilla, y se agacha aquí y allá a darle el tajo, con científica meticulosidad, a cualquier brizna de hierba que se hayan dejado atrás.

Y más todavía: pues cuando baja las escaleras, ve que la casa es un hervidero de lacayos y filas de criadas contratadas para la ocasión en Deptford y Greenwich, que se remangan y no paran de hacerle quién sabe qué al pabellón que hay en el extremo del jardín. Ella creía que el templete había estado siempre cerrado desde que compraron la casa, pero allá que va la cuadrilla de limpiadoras, cargadas de cubos, escobas y cepillos, para salir de

nuevo varias horas más tarde, secándose las lágrimas en el delantal.

—¿Qué sucede? —le pregunta al señor Hancock, que lee el periódico en la biblioteca. Y aunque está encorvado en el sillón, hay algo en él más vivaz, cierta predisposición que Sukie llevaba tiempo sin verlo: casi le sonrío a su sobrina cuando la ve entrar o, al menos, las comisuras de la boca ensayan un amago de sonrisa—. Porque algo raro está pasando aquí.

—Mi mujer —dice en un tono que se debate entre la duda y la esperanza—. Que nos va a solucionar todos los problemas; o eso asegura ella, al menos.

—¿Cómo decís?

—Tú ve, ve. —Le hace gestos zarandeando el periódico—. Ve al pabellón: la hallarás allí en pleno trajín. Algo de lo más extraordinario, querida sobrina: está dispuesta a darle la vuelta a nuestra suerte.

Sukie lo mira entrecerrando los ojos. Lo nota muy cambiado, eso es cierto: con un aire de cierto optimismo, como convaleciente después de una enfermedad que lo ha tenido postrado muchos meses, y de la que parece que se recupera, pues le vuelve otra vez la sangre a las mejillas.

—Tío —le pregunta—, ¿sois..., sois feliz?

Él echa mano de la pipa y empieza a colmarla.

—Yo creo que sí, o al menos eso pretendo.

Sukie no parece muy convencida.

—Es que hace mucho que no os veía así.

Nada más decirlo, cree que a lo mejor lo ha disgustado, porque se interrumpe en lo que estaba haciendo y deja la mirada perdida en la petaca. Luego le tiende la mano a su sobrina y le dice:

—Anda, ven aquí.

Ella permanece alejada unos metros todavía de él; porque si abriera la boca, le saldría todo el torrente de emociones que la embarga.

—¿Tú te crees que me he olvidado de ti? —le pregunta con ternura, y ella baja la cabeza a modo de respuesta—. Es que me olvidé de todo el mundo —dice—. Pero pienso acordarme otra vez de todos, ya me estoy acordando. Y cuando vuelva a ser el de antes...

—Pues volveréis a ser feliz con ella. —Y Sukie siente un ataque de angustia, ya que, ¿qué es ella, sino una hija a la que no quiere nadie, alguien

de quien se echa mano para arrimar el hombro allí donde hace falta? Les viene bien para restaurar la armonía, el orden, el contento, para eso sí que vale. Pero, en cuanto todo está otra vez en su sitio, ya deja de ser útil. «¿Es que tengo que vivir toda la vida así?», se pregunta. «¿Hasta cuándo podré aguantarlo?». Y, en alto, añade—: Ya sé que me mandaréis de vuelta a casa.

Pero va hacia ella y, sin que Sukie comprenda muy bien qué quiere decir, le pregunta:

—A lo mejor también te ha afectado a ti. Sukie, Sukie: ¿es que no lo he pasado yo mal antes? Y ¿acaso no fuiste tú el motivo principal de mi alegría?

Una alegría cuando no queda otra, piensa ella; para compensar los seres queridos que ha perdido. Dice que no con la cabeza:

—No lo sé, señor, no sabría deciros. —Pero cruza la habitación y le da la mano a su tío.

Él se la aprieta fuerte.

—Aquí siempre tendrás tu sitio —dice—. Porque tú eres mi familia, y la señora Hancock también.

Ella se limita a devolverle el apretón, desviar la vista y decir entre dientes:

—Quizá.

—¡Quizá no! ¡Con toda certeza! Porque cuando casi no tenía nada, te tenía a ti: ¿te crees que iba a abandonarte ahora? —Le da unos golpecitos en la mano, y la suelta—. Pues estás equivocada. Y ahora, vete. Mira a ver qué hace mi mujer.

Sukie cruza el jardín a toda prisa, y pasa pidiendo perdón entre los jardineros, ocupados ahora en llevar, aupadas a unos carritos de ruedas, varias estatuas pintadas de blanco, a imitación del arte clásico, que pondrán entre la vegetación inculta detrás del pabellón. Sukie no había estado nunca en este rincón abandonado del jardín, un sitio que es puro adorno, pensaba ella. Ni se había percatado de la existencia de la pequeña puerta de madera situada en la parte posterior del edificio, abierta ahora de par en par, y de la que sale, nítida, la voz de la señora Hancock.

—Más alto —oye Sukie decir a su tía, mientras baja las escaleras—. Ahí..., justo ahí.

Y entra así en el ámbito en sombras de la primera cámara que se abre

después del último escalón, justo a tiempo de ver la luminosa aparición que surca, como un reflejo, la pared. Sukie se ha quedado sin habla: jamás vio un sitio así, y ¡estaba situado justo debajo de su casa! Pero es que lo más extraño de todo es la gigantesca sirena verde, dotada de colmillos y un aspecto terrible, que pende de una de las paredes, rodeada de una especie de aura luminosa, con el cuerpo lleno de protuberancias y un temblor que lo recorre entero. Se parece tanto a la sirena que llevaron a Union Street que Sukie casi pierde el pie, también el habla, pero Angelica no hace más que reírse y dar palmas.

—¡Bravo! ¡Así era como yo lo quería! Ahora enciendan las luces, que ha venido Sukie a verla.

Una de las criadas contratadas enciende los candelabros instalados en la pared. Y ahí está Angelica, maquillada con total delicadeza, como nunca lo había estado en su vida: lleva una cinta ancha de color azul para sujetarse el pelo, recogido en todo lo alto, y delfines en los puños del vestido. Mira a su sobrina a la cara y da palmas de alegría.

—Ese era el efecto que deseaba conseguir.

—¿Qué hacéis aquí?

—Disfrutar de mi gruta. Mira: he encargado unas láminas de colores. — El señor que maneja la linterna mágica muestra, orgulloso, su obra. Sukie no puede por menos que admirar las pantallas de cristal, pintada cada una con una criatura submarina: aquí, una ballena que sacude, gozosa, la cola; allí, un banco de peces, acompañado de su ejército de burbujas; en esta, una sirena con colmillos, de temible aspecto; y allí, otra voluptuosa que ondea la melena —. Son tan reales cuando las proyectan en la luz. A ti te dio hasta miedo. Pero mira, ¡mira todo lo que he hecho!

Angelica abre camino y le enseña los cambios en la gruta, que han sido extraordinarios. Han colgado una araña de luces del techo abovedado; y en una de las hornacinas han empotrado baldas de mármol. Encima de ellas, están dispuestas las copas de cristal, de color verde botella, y una ponchera enorme con peces pintados en las paredes, y licoreras con todo tipo de espirituosos.

—Los músicos se pondrán aquí —dice Angelica, y la lleva a la siguiente cámara, que tiene dispuestas a lo largo de la pared varias sillitas muy

elegantes, en las que han pintado delfines y amorcillos—. Aunque el sonido dejará algo que desear. Y quiero peceras con peces de verdad, y sonará música de baile cuando las paredes estén todas iluminadas. No te imaginas lo divertido que va a ser.

—Pero ¿para qué es todo esto? —pregunta Sukie—. ¿Os habéis vuelto loca?

—¡Querida! ¡Cariño mío! ¿Es que no lo sabes? ¡Que por fin me trajeron una sirena para mí sola! —Angelica lanza una mirada malvada y fugaz a la cámara del fondo, donde parpadea una extraña luz verdosa—. Es mía. Y se la voy a enseñar a todo el mundo. —A partir de ese momento, empieza a hablar atropelladamente—: Esa tarde que pasamos con las mujeres Crawford acabó por decidirme: ahora soy una gran dama, y como tal tengo que comportarme. Y celebrar una fiesta por todo lo alto es lo que mejor se me da a mí. Tengo hasta el día de San Juan para organizar esto, y que salga todo a pedir de boca; así que me vas a disculpar si ya no te ayudo a recolectar fruta.

—¿Está ahí? —pregunta Sukie. Va cogiendo cada vez más confianza con el entorno; pero hay algo en ese espacio que la preocupa: se siente completamente desorientada, como el primer día de colegio, o cuando se enteró de que Bridget se quedaría en Deptford y no iba a acompañarlos; y otra vez, cuando Angelica tocó las ciruelas caídas con el pie y dijo que estaban todas podridas.

—Ahí está —responde Angelica, en tono ya algo menos orgulloso.

—Quiero verla —dice Sukie; y se iba ya derecha al fondo, cuando oye un horrible sollozo que viene de dentro. Da un paso atrás y se echa en brazos de su tía: y en ese instante, sale de la cámara una de las chicas contratadas, con la cara desencajada, deshecha en lágrimas, propinándose golpes en el pecho, como si hubiera perdido a un ser querido. Antes de que puedan detenerla, huye a toda prisa de la gruta: se escurre en los escalones, sube a gatas y se aferra a las paredes porque el llanto le impide ver dónde pisa—. ¿Qué le ha pasado, si puede saberse? —se interesa Sukie—. ¿Tanto miedo le da una linterna mágica? —Entonces avanza hacia la escalera y exclama—: ¿Es que no sabéis que no es más que un cuadro? ¡Como un truco de magia!

Todo el júbilo que sentía Angelica se ha evaporado, y se aprieta los dedos para que le suenen los nudillos, el hábito que tenía antes.

—¡Qué chica más tonta! —dice Sukie; y, sin percatarse del cambio de humor que ha experimentado su tía, avanza otra vez hacia la cámara.

Angelica se abalanza sobre ella y le coge un brazo.

—No, no —dice.

—Dejadme entrar —protesta Sukie. Hay algo hipnotizador que emana del recinto; no puede evitar sentirse atraída por lo que está ahí dentro, y hacia allí dirige sus pasos—. Quiero verla.

—Ven, cariño —dice Angelica; de repente, hecha un manojo de nervios—. Yo creo que... quizá es mejor que no la veas hasta que se encuentre todo listo para la exposición. Porque está todo todavía manga por hombro, y ya sabes que soy muy quisquillosa para estas cosas. —Y, por primera vez, tiene sus dudas, y piensa: «No, no puedo permitir que esa cosa ejerza su poder sobre una pobre chica inocente»—. Vamos arriba.

—Pero, decidme, ¿qué clase de criatura es?

—Es una sirena. —Lo dice con voz serena, agradable, mientras lleva a su sobrina hacia la escalera, pero en el fondo de su corazón, siente una gran inquietud: como un pastor que aleja a sus ovejas de un gran peligro. «No te des la vuelta», le ordena a su sobrina con el pensamiento. «No entres ahí». Nota que está tiritando, y comprende que ha sido por pura fuerza de voluntad por lo que ha logrado mantener la compostura en esa cámara. Piensa en la oquedad que hay en los ojos de su esposo; y en aquella ola de pena que la invadió cuando vio a la sirena por primera vez, encerrada en su bañera. Y se siente inclinada a interponerse entre la criatura y uno de sus seres queridos. Porque, de hecho, tiene los puños apretados, y los dientes; y cierra la puerta a sus espaldas. No dejará que esa criatura le roce ni un pelo a su sobrina, ni un segundo siquiera.

Según salen del templete, Sukie parece recobrar la presencia de ánimo, y lo que pregunta a partir de ese momento tiene más de pura cháchara que de un impulso por conocer.

—No, pero, decidme —pregunta—, ¿está viva?

—Tienes que esperar a verlo tú misma.

—Y ¿vais a dar una fiesta?

—Eso quiero. —Angelica rodea con un brazo los hombros estrechos de la chica, y la aprieta contra ella según van las dos colina arriba—. Pero no mires

hasta que yo no te diga que puedes mirar. La que manda en esta casa soy yo, ¿recuerdas? Y ahora, venga, venga, vamos adentro.

Y una vez han traspuesto las puertas de su hogar, se apodera de ella una enorme sensación de alivio.

## VEINTITRÉS

La invitación que llega al burdel de la señora Eliza Frost se topa con una escena completamente distinta. Hay un caballero que lleva un tiempo quejándose de ciertos ardores y un hormigueo en su órgano, síntomas que tan a menudo presagian el paulatino malestar de Venus.

—Él asegura que no ha visitado ningún otro establecimiento —dice la señora Frost, y se pasea delante de las chicas, formadas en el salón para someterse a un interrogatorio—; o sea, que tiene que ser una de vosotras la causa de dicho mal.

Son las once de la mañana, y las chicas son la viva imagen de la inocencia a esta hora: tiempo para la costura y las clases de conversación en francés. Se le quedan todas mirando, mas ninguna osa abrir la boca; y es que le tienen muchísimo miedo al látigo que guarda apoyado contra un rincón de su cuarto.

—Hablad —dice, y suena el repiqueteo de sus zapatos según va de una a otra; mirándolas directamente a los ojos, buscando en la expresión de sus caras señales de la culpa, o alguna lesión cutánea—. ¿Cuál de vosotras es? ¿A cuál le duele el estómago, tiene molestias, o ha observado pestilencia en las secreciones? Hay una de vosotras que sabe de qué estoy hablando. Por lo menos una de vosotras.

Todas niegan con la cabeza, y no mienten: pues ninguna sufre mal alguno.

—Si no lo reconocéis voluntariamente, será mucho peor. Porque si se lo habéis pegado a un caballero, se lo pegaréis a otro, se correrá la voz, y ¿quién pagará entonces las consecuencias?

Ninguna sabe quién.

—¡Yo seré la que las pague! —brama la señora Frost—. Será mi reputación la que quede mancillada. La vuestra no; pues vosotras, ¿dónde ibais a estar que más valgáis? A nadie le extraña que una puta sea una guarra; pero es que yo soy una mujer de negocios, y lo que estáis destrozando es mi nombre como tal. —Vuelve entonces a ocupar la posición central al frente de todas ellas y le brilla la saliva en las comisuras de los labios—. ¿Qué queréis, que cerremos? ¿Eh? ¿Que os eche a todas a la calle?

Niegan todas con la cabeza.

—No, no se está nada bien ahí afuera. Y mucho menos, una chica sola. Sin embargo, en tan delicada posición ha querido poner una de vuestras hermanas. —Pasea los ojos de una a otra—. Me duele ver que una de nosotras nos tiene tan poca ley al resto que está dispuesta a condenarnos a la miseria. —Hace una pausa, para ver el efecto de sus palabras. Las chicas están nerviosas; y, aunque no se mueven del sitio, se las ve inquietas: hay como un revoloteo de agujas y bordados, libros que se cierran apresuradamente; y a aquellas que no tienen nada en las manos, les entran de repente ganas de llevárselas a la cara, o a la garganta. La señora Frost entrecierra los ojos—. ¿No adivináis lo que deduzco yo de todo esto? —pregunta—. ¿No? Pues que una de vosotras —las va señalando con el dedo— ha quebrantado una regla. ¿Cuál es la primera regla a la que nos debemos?

Y he ahí por fin una pregunta que todas están en condiciones de responder. Y, todas a una entonan:

—¡Ponerse un condón!

—¡Ponerse un condón! —La señora Frost junta las manos de un palmetazo—. Usar condón, bien dicho. Si todas hubierais usado la protección que se os ofrece a un precio muy razonable, no pasarían cosas como esta. —Pone entonces voz de cancioncilla infantil, como si hablara con niños, o retrasados mentales—: Porque un ca-ba-lle-ro ha contraído la gonorrea. Y, para vergüenza mía, le ha sucedido nada más comprometerse a hacerme un gran favor. Tenemos a uno de los hombres que nos honran con su confianza bien arrimado a los círculos de influencia que manejan esta ciudad. Y mientras él nos protege, vosotras vais y lo infectáis.

Aparece un lacayo con una bandeja de plata; y en ella, apilados unos

encima de otros, varios sobres sellados con lacre.

—Déjalo encima de la mesa, por el momento —ordena la señora Frost, señalando un buró de madera maciza que hay al otro extremo del salón—. Que ya lo leeré cuando haya solucionado este problema.

Es una sala grande, de suelos de madera bien pulidos; y el lacayo los atraviesa con un taconeo, mientras las chicas lo siguen con la vista, sin decir nada, al borde de la desesperación. El taconeo no cesa hasta que, por fin, deposita la bandeja con un golpe sordo encima de la mesa. Luego, el mismo repiqueteo contra el suelo lo lleva a la seguridad que le ofrece el descansillo de la escalera; y una hilera de caras femeninas sigue sus evoluciones como un campo de girasoles. Cuando el lacayo ha desaparecido de la vista, una de las chicas con más solera en la casa carraspea. Lleva trabajando la calle desde que tenía trece años, y prefiere no dar ningún problema; pero supera en experiencia hasta a la señora Frost (aunque ella no lo cree así), pues la madama ha tenido solo un amante en toda su vida, y no muy entusiasta que digamos. Esta chica carraspea una vez más, y dice en alto:

—A muchos hombres es difícil convencerlos para que se pongan un condón, señora.

—¿Ah, sí? ¿O sea que esas tenemos? —Las chicas mueven afirmativamente la cabeza; y luego, dicen entre dientes, las unas para las otras:

—Dicen que no hacemos más que fastidiar...

—Se enfadan...

—Yo no me atrevo a...

La señora Frost se lleva la mano a la barbilla, como hace alguien que piensa algo detenidamente.

—Entonces, creo que ya me hago una idea de qué puede haber sido. Ya sé cómo son los hombres, si se les provoca a ello. Le pedís a un caballero que se ponga protección, y él dice: «No, a mí eso me da igual»; o bien: «No pienso gastarme ni un...». O a lo mejor ni siquiera os atrevisteis a pedirselo, pues os veis como unas pobrecillas que no son nadie, comparadas con un caballero entrado en años y de categoría. ¿Así fue la cosa? ¿Van por ahí los tiros?

Y en esto que a una de las chicas más jóvenes le entra un poco de hipo, y

todas las caras se vuelven hacia ella: todas las miradas se fijan en sus ojos, dilatados por la culpa.

—¿Sarah? ¿Fue eso lo que pasó? —inquire la señora Frost.

La niña asiente sumisa:

—Fue muy repentino, señora —dice—: ni siquiera me dio tiempo a...

—O sea, ¿que eres tú la que ha puesto en peligro a todas las demás en este establecimiento?

—Yo...

—¡Escúchame! ¡Escuchadme bien todas! —Da otra vez una palmada por mor del énfasis—: Si un caballero quiere hacerlo sin nada, decís que no. Y yo siempre os apoyaré en eso, podéis contar con ello. Y si no se aviene a razones, pues tocáis la campana, y entrarán los gorilas y lo sacarán de aquí. Cualquier cliente que no se atenga a las reglas tendrá que irse, sea quien sea. ¿Me entendéis todas?

Todas asienten, y un murmullo recorre la sala.

—Muy bien. —Sonríe—. Estamos aquí para protegernos las unas a las otras. Y tú has sido muy valiente al decirme la verdad —reconoce la señora Frost, mirando a la pequeña Sarah.

Las compañeras de profesión se acercan a la puta afligida, la rodean, la tocan aquí y allá: Sarah esboza una débil sonrisa. La señora Frost busca con la mirada a los lacayos, de plantón en el rellano de la escalera, y asiente con la cabeza:

—Llevadla al desván.

Entran en la sala con decisión y cogen a la chica, cada uno de un brazo; una acción completamente innecesaria, pues es muy pequeña y no da la impresión de ofrecer resistencia. La muchacha ahoga un grito, eso sí, y avanza a trompicones entre los dos escoltas, que se la llevan, como a una prisionera, fuera de la habitación.

—A esta le descuento yo cinco guineas, y le daré una buena tunda —dice la señora Frost—. Porque me la ha buscado buena. —Se vuelve hacia las otras chicas—. Nuestra Sarah se va castigada al desván por su bien y por el de todas nosotras —dice—. Y ahí se quedará hasta que esté bien. Y tiene suerte de que no la he puesto de patitas en la calle a la primera. Porque ella viene y me llena la casa de infecciones, y voy yo y le pago el médico, y todo

lo que le haga falta, aunque no genere ningún ingreso para mantenerse. Y cuando sumo todo el dinero que ya me ha hecho perder, sobrepasa con creces cualquier cantidad que pueda descontarle de lo que gane. Menuda suerte tenéis, chicas —apuntilla—. Porque no pienso prescindir de vosotras: os he enseñado el oficio, y voy a reteneros aquí conmigo. Ahora todas somos una familia. Así que, hala, venga: cada una a su labor, que os queda solo una hora para prepararos y empezar a recibir a los de la tarde.

Se retira con un rumor de faldas, no sin pasar revista a las cartas que le han enviado esa mañana.

—Una invitación —comenta—. Y no recibo yo muchas.

## VEINTICUATRO

Vayámonos ahora a King's Place, donde la señora Chappell lleva varios meses cómodamente instalada, después de pagar una fianza, a la espera de juicio, acusada de dirigir una casa de dudosa reputación. La jauría de perrillos recibe con un clamor a los policías, pero la señora Chappell no tanto.

—Ay, por amor de Dios —exclama cuando la encuentran en el saloncito verde, donde le acaban de poner en la mesa un plato de *kedgeree*, y ha dado por fin con el ángulo perfecto para tener el pie en alto, sobre un taburete, sin ver las estrellas—. ¿Es que es hoy? Pues podían haber elegido una fecha más oportuna. Porque estábamos ya listas para irnos de vacaciones: a mis chicas les hace falta respirar el aire del mar, como a cualquier hijo de vecino. Y estos —dice, señalando a los perros, que no paran de olisquear a los recién llegados, mientras dan pequeños ladridos, sacuden, bien tiesa, la cola, y llenan el aire del rasgueo constante de sus patitas en el parqué— están pidiendo a gritos un buen paseo.

—Pues ya lo siento, Bet —dice el agente de policía, el señor Trevithick, que lleva acudiendo a la casa al menos veinte años, tanto por placer como por trabajo—. Pero ¿qué se le va a hacer? Hoy es el día fijado.

—Lo que no entiendo es por qué no puedo mandar a alguien que me represente —dice ella—. Ya sabéis lo que va a pasar, al fin y al cabo. Porque llevo pagado en la fianza más de la minucia que me van a imponer hoy. Lo hacéis para recaudar. ¿Por qué no, en vez de eso, no os ponéis a perseguir delincuentes de verdad?

—Porque cuando alguien denuncia, nos vemos obligados a...

—Es que no sé por qué la policía tuvo que empezar a hacer caso de esas

denuncias sobre mi persona —dice, con un suspiro, y echa mano de la bonita invitación que le ha mandado la señora Hancock—. Fijaos, tenemos tantos compromisos: hay una fiesta dentro de dos días que por nada del mundo me querría perder. ¿Os acordáis de aquella chica mía, la señora Neal, así se hacía llamar? Pues su vida ha dado un giro inesperado, y estoy deseando ver qué tal le va; y como no pueda ir por culpa de esta bobada vuestra, me voy a disgustar mucho, pero mucho. Es la fiesta de una sirena, ¿vos qué creéis que puede ser eso? El marido las colecciona, es un caso aparte ese hombre; ni me imagino qué bicho raro habrán pescado esta vez. La birria momificada de la que tanto alardearon hace un tiempo, esa no puede ser, pues he oído que el rey la echó al fuego.

—Es que esas denuncias... —se atreve a recordarle el señor Trevithick.

—Son acusaciones sin ninguna consistencia, y lo sabéis —piensa en alto la señora Chappell—. Y la misma falta de consistencia tiene esa mujer en la cabeza, la señora Fitzherbert; y sin embargo, a ella no la llevan ante la justicia.

—Pero, señora, lo que se dice de vos...

—Bah, si nunca lo demostrarán —dice ella; y vuelve a leer la invitación con una sonrisa de orgullo dibujada en la boca. El señor Trevithick se echa a un lado y señala la máquina de flagelar, arrumbada en un rincón, a la espera de que le pasen el polvo, como todas las semanas—. Bien poco importa eso —dice ella.

—A lo que habrá que sumar las muchas mujeres y, posiblemente, más de un hombre, que encontraremos en la planta de arriba: corriendo unos detrás de otros y con poca ropa.

—Pero si casi nunca hay nadie por la mañana —dice ella—. Un martes por la tarde después de las seis, entonces tendrían que haber venido si querían pruebas contundentes para aplicarnos un correctivo moral.

—Hay condones por todos los cajones de la casa —dice. En la planta de arriba, se oye a sus hombres que van de cuarto en cuarto, acompañados de evidentes muestras de irritación en forma de gritos por parte de las chicas, cuando las importunan con su registro—. A ver, Bet —dice, medio en serio, medio en broma—: os aviso de que esta vez a lo mejor va en serio.

—Pues no os creo —dice ella con una risita, y vuelve a concentrarse en el

desayuno—. Tengo amigos que jamás lo consentirán.

Él mueve negativamente la cabeza, y es verdad que lamenta lo que dice a continuación:

—Pues alguno debe de haber al que no tenéis nada contento.

—¿Un cliente que no está contento en mi casa? ¡Eso jamás se ha visto! Son todos muy fieles. —Sigue con las risitas, pero se le va poniendo la piel de un tono verdoso, como el puré frío de guisantes, e igual de húmedo—. Lo que pasa es que... nosotros siempre hemos tenido un acuerdo.

—Pero las cosas cambian... Y eso tan feo que pasó en la noche de Reyes, esa chica vuestra que se escapó... y el hecho de que no compensarais al cliente de alguna manera.

—¡Anda! Y ¿por qué tenía que haberlo hecho? Con ellos estaba cuando se escapó. Si hubiera justicia en el mundo, ellos serían los que me tendrían que compensar a mí. Era una de mis mejores chicas —dice, y parece lamentar de verdad su pérdida—. Podría haber llegado lejos: porque una pieza exótica así como ella no aparece todos los días. No os digo que fuera a acabar con nadie de verdadero abolengo, porque la aristocracia no lleva al altar a ninguna dama con ese color de piel, pero no dejaba de ser una posesión muy valiosa, señor Trevithick.

—Pues pudiera ser; pero no os hizo ningún bien enemistaros con gente de ese calibre.

La señora Chappell dice que no con la cabeza.

—Es que no me lo puedo creer —se lamenta—. Llevo veinte años en esta casa. Somos toda una institución, y muy querida. —Se mueve inquieta en el asiento, con cuidado de no cambiar el ángulo del pie—. ¿En qué se ha acabado convirtiendo esta ciudad?

—Huy, ya no es lo que era —añade él, chascando los labios; y enciende la pipa—. Acabaos la comida, Bet, que hay tiempo.

Arriba, se oye un grito, algo cae al suelo, y suena luego un bramido, seguido de señales evidentes de una persecución. Al rato, traen al salón a la joven Kitty, que se retuerce entre los brazos que la aprisionan y lanza zarpazos bastante coherentes con el felino nombre que lleva. El guardia que la trae tiene descolocada la peluca y luce una brecha en la frente de la que rezuma sangre.

—¡Me ha pegado! —dice el hombre—. Me ha tirado un perchero en la cabeza, ¡eso ha hecho!

—¡Kitty!

La chica enseña los dientes como una fiera:

—No pienso dejar que le hagan daño a usted. —Cuando la liberan, va corriendo a ponerse al lado de la señora Chappell, y no le suelta la mano.

—Anda, anda. Si tú eres buena chica. —Les llega de arriba más ruido de trifulca: golpetazos en el suelo y pasos rápidos, y juramentos en arameo por parte de los hombres—. Por todos los santos: van a hacer daño a alguien. Decíles que ya vale, ordenádselo —le pide al señor Trevithick—. Decíles que se lo exijo yo. —Le da a Kitty un afectuoso meneo en el hombro—. Menudas se van a poner: con lo que les gusta el mar a mis chicas.

El policía se reúne arriba con sus hombres y, al principio, parece que la discusión sube de tono; pero luego cesa. Cuando baja con ellos, vienen con cuatro de las chicas de la señora Chappell, unas más desnudas que otras, pero ninguna vestida: traen rasgados los vestidos, el pelo todo desmelenado, y se dejan caer en el suelo, jadeantes por el esfuerzo de la pelea.

—Esto es todo lo que había —dice uno de los agentes, y se lo ve orgulloso de su captura—; más un caballero que tenía puesto un corsé. ¿Lo traemos también?

—Pero vosotras, ¿qué pretendíais? —pregunta la señora Chappell, y blande el tenedor delante de las chicas, que no paran de bostezar y forcejear en el suelo—. ¡Mira que enzarzaros así en una pelea!

—Una pelea, con sus consiguientes mordiscos, insultos, las sillas que les han tirado a mis hombres... —apunta el señor Trevithick.

—Huy, pero enseguida se han aplacado. Hace veinte años, ya habrían despedazado a un hombre a estas alturas. Sois unas blandas —les dice la señora Chappell a las chicas.

—¡Aquella vez que Lucy Fletcher le dio de cachiporrazos a uno con el rodillo pastelero! —recuerda con deleite el señor Trevithick; y la señora Chappell se mece en el asiento, y suelta un jadeo dando a indicar que vaya si se acuerda.

—No se me olvidará en la vida. Y aquella noche que las chicas de la señora Scott le prendieron fuego a la casa, con tal de que no cayera en manos

de la policía. —Se las queda mirando, en ese punto, a las chicas—. Y que sepáis que es una respuesta violenta que no os recomiendo en absoluto.

—Ha bajado mucho la calidad —reconoce el señor Trevithick—. Las chicas jóvenes ahora no tienen sangre en las venas.

—Pues eso es culpa de los caballeros, que nada más que quieren buenos modales, refinamiento. ¿Cómo voy a tener yo en mi casa una cohorte de fieras vociferantes si nadie me va a dar un penique por ellas?

—La verdad es que sí, que son malos tiempos estos para el puterío. No como cuando éramos jóvenes.

—Sobre todo, es que aquellos son tiempos que ya no vendrán. Pero en fin, que ya os he entretenido bastante —dice la señora Chappell—. Porque supongo que querréis seguir con vuestro trabajo. —Ofrece las dos manos juntas a modo de rendición, y el señor Trevithick la esposa con todo el cuidado del mundo, dejándole amplio margen de movimiento de las manos.

—No os apretarán demasiado, ¿no? ¿Os rozan?

—Me las habéis puesto muy cómodas. Os lo agradezco infinito. Venga, chicas, ayudadme a levantarme de aquí.

Una de sus pupilas, todas vestidas de blanco, se agacha y le retira la pierna del taburete con sumo cuidado; otra la ayuda a auparse. El señor Trevithick le ofrece el brazo, y la señora Chappell lo toma con ambas manos y se da impulso para levantarse, con la cara tan congestionada que parece que le van a estallar los ojos.

—¿Es que os lleva presa? —pregunta Kitty, con pánico en la voz.

—Bah, no te asustes. El caballero solo cumple con su deber; y en cuanto se haya hecho justicia, nos dejarán tranquilas un buen tiempo. Maldita sea: con lo que yo aborrezco los juicios; eso de tener ahí a la multitud aglomerándose para verla a una. Y luego, que no hacen más que tirarle a una cáscaras de naranja, y le sacan esas coplas tan de mal gusto. Si hubiera querido darle a la gente ese tipo de entretenimiento, tendría que haberme dedicado al teatro. En fin, que si van a mirarme bien mirada, me hará falta el carmín. Anda, tráemelo, Kitty.

—¿Alguna cosa más que queráis llevaros? —pregunta el señor Trevithick—. Mirad que puede ser un día muy largo.

—Ah, pues sí. Mi cojín también, Kitty, y las pastillas, y el libro. Qué

buena es mi chica. —Aprieta entre sus garras esposadas la mano de la niña—. En un día estaré de vuelta, eso seguro.

El señor Trevithick la lleva fuera del saloncito en el que ella se había sentado a desayunar y dice:

—Es una pena, Bet, que hayamos acabado así. Espero que no os retengan mucho tiempo.

—Que no, que estaré fuera otra vez en menos que canta un gallo —dice ella—. Y me alegro de que fuerais vos quien vino a por mí, porque hacía mucho que no os veía. Decidme, ¿cómo está la señora Trevithick?

*Qué lejos me han llevado. Me veo todavía encerrada en esta nada que retumba; pero, en algún punto por encima del agua, siento el borboteo y los tirones que da la vida animal. Yo estoy aquí aplastada dentro de este huevo —¡qué ganas tengo de expandirme, y salir corriendo, dar saltos, ay!—, y tengo el oído atento. Inmóvil estoy. Y me doy la vuelta, para sentir mejor sus voces, y cómo tiemblan sus movimientos encima de mi ser.*

*Ahí afuera, las almas parpadean. Y yo las llamaría, si pudieran oírme: venid aquí, venid aquí. Tocadme otra vez con vuestras voces. Y esa sensación abigarrada de ser, que no conoce demora: me la bebería hasta las heces. Hasta quedar henchida de cosas que se hinchan y que hacen que gire sobre mí misma: la felicidad, los celos y los espasmos del amor. La sensación que yo conozco es la del mar, cuando me zarandeaba entre un coro de conocimientos, y era parte de ellos, y los habitaba yo también, y eran todos míos. Los ahogados, según caían hacia el fondo, dejaban en el agua un reguero de burbujas que les salían por la boca: globos de pena y de ira que ascendían hacia la superficie, hacia el aire, más arriba; nosotras nos estremecíamos al sentirlos pasar.*

*Siento sobre todo un corazón que retumba y me atrae especialmente. Un corazón joven —qué bien los conozco—, que no para de maravillarse ante todo lo que ve, como esos terneros de ojos oscuros que entran trotando en los arroyos: es un alma llena de entusiasmo que se expandiría enormemente si no estuviera constreñida. Me gusta esta voz joven y alegre que siento encima de mí, tersa como la leche. Ven aquí, la llamo, ven aquí, acércate más.*

## VEINTICINCO

—¡En la picota! —repite la señora Chappell, y se aferra al brazo del señor Trevithick—. No me lo puedo creer..., de verdad que no me lo creo. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

El policía dice que no con la cabeza.

—Es un castigo de lo más común, Bet.

—Vaya si lo será, ¡para otras! Pero a doña fulana, la que tiene esa sala de juegos..., a esa no la pusieron en la picota. Claro, porque es demasiado buena para eso. Y ¿qué pasa, que yo no lo soy?

—Los jueces hoy en día, son como son... No sirve darle vueltas, Bet.

—Y ¡más jóvenes que antes! ¿Os habéis dado cuenta? —Niega con la cabeza, según van bajando los escalones de los juzgados a un ritmo agónico—. ¿Por qué no les valió con la multa?

—Porque quieren que deis ejemplo. Para que las otras se anden con ojo. Debéis admitir que ahora os toca a vos. Yo he hecho todo lo que estaba en mi mano, y he acelerado los trámites: y si salimos ya, no dará tiempo a que se junte gente. Y luego tendréis total libertad para ir a esa fiesta.

—Ni que tuviera yo ganas de fiesta. —Cuando llegan al pie de la escalera, la señora Chappell tiene que pararse para recobrar el aliento—. ¡Qué vergüenza —dice por fin, entre constantes jadeos—, montar este numerito con una anciana! ¡Mofarse así de una! —La llevan al carruaje del señor Trevithick, y se explaya hasta perder la voz cuando él y sus hombres la aúpan dentro—: Eso, eso es lo que pide el gentío: tirarle inmundicias a una pobre anciana encadenada. ¿Qué dirán mis chicas? Les partirán el corazón.

—Bueno, pero a lo mejor no es tan grave la cosa como vos la pintáis —

dice Trevithick, y se sienta a su lado—. Nunca se sabe: podría tocaros gente que sea compasiva.

La señora Chappell arruga la boquita.

—Hoy en día no. Los de esta generación son malos de verdad. Fijaos en las colonias americanas. Dicen que el ser humano, en el fondo, es un animal: pues entonces, algunos ya ni se esfuerzan en disimularlo.

—No os apuréis. Tomad el castigo con dignidad: lo cumplís y enseguida estaréis libre.

Se cierran las puertas, y el carruaje emprende camino. Pero es un viaje más accidentado de a lo que la señora Chappell está acostumbrada: no hace más que dar botes en el asiento y arruga la cara cada vez que la asalta una de sus muchas molestias. Con la manita escarba en el puño de la levita del señor Trevithick.

—No lo resistiré —susurra—. No aguantaré tantas horas de pie, maniatada como seguro que me ponen. —Y él asiente con la cabeza y una expresión triste en el rostro, porque sabe que es verdad que no lo va a aguantar.

—Bueno, tampoco hace falta que estéis de pie —dice—. Si lo preferís, os podéis tumbar. ¿Eso podréis resistirlo? ¿Pasaros las tres horas echada?

Expele una bocanada de aire que le vibra en los labios.

—Maldita la gracia que me hace. Pero poder, puedo.

—¿No veis? Ahí se ve lo fuerte que sois. Y lo digna, también.

A la señora Chappell la van a poner en la picota en Charing Cross. El carruaje avanza a paso lento por el mucho tráfico de Swallow Street, y cada vez se vuelven a mirar más transeúntes. Hay tal trasiego de vehículos, que a un hombre que va a pie le da tiempo a ponerse en paralelo al carruaje un trecho, sin ni siquiera necesidad de avivar el paso. Mira con cara de pocos amigos por la ventanilla a la señora Chappell y suelta por la boca una sarta de palabras que, si bien no se oyen, por la cara que pone, no son precisamente cumplidos.

—Teníamos que haber hecho el trayecto con más discreción —dice la abadesa—. Porque esto se veía venir.

—Pensé que nadie os conocería —dice Trevithick, y baja la persiana.

—Si vos me conocéis, ellos también me conocerán —dice en tono

cortante—. Además, en cuanto ven que es una mujer la que llevan a la picota, sacan ellos solos sus propias conclusiones. ¡Hipócritas! —exclama—. Que dejan que se les mueran las hijas de hambre; o las condenan a un matrimonio cruel; o sacian su lujuria con ellas de la manera más contra natura. Y que piensen que yo soy peor que ellos, ¡es un insulto! Las chicas que vienen a mí, y fijaos lo que os digo, que son muchas veces los mismos padres los que me las traen, sufren en sus propios hogares peores abusos de los que nunca sufrirán conmigo.

—Ya, pero ¡no todos los padres son así de malos! Tenéis que comprender que algunos crean que es un escándalo...

Viene de fuera un golpetazo: alguien ha dado un puñetazo en la ventana; pero lo ha hecho, más aprovechando la circunstancia que por puros principios. El cochero lo previene:

—Oíd, ¡ya vale de golpes! Que se me espantan los caballos. —Y alguien pide perdón, voces que quedan atrás conforme avanza el carruaje. La señora Chappell va refunfuñando:

—En momentos como este me siento ya muy entrada en años —dice—. De tener bastante dinero, me retiraba mañana mismo.

El señor Trevithick se ríe:

—¡Mi querida señora, yo creo que tendréis ya más que de sobra!

—Pero siempre se puede ganar algo más. Para mí, ese ha sido siempre el problema. —La calle se estrecha y el carruaje pasa debajo de la mirada ciega de algún rey, montado a caballo ya para siempre. Entonces, apalean el chasis del carruaje y se llevan los dos un susto de muerte—. ¡Cielo santo! ¡Cómo se atreven!

El señor Trevithick levanta un poco la persiana, echa un vistazo fuera y, automáticamente, retrocede como con un resorte.

—¿Qué pasa?

El comisario se seca el sudor de la frente.

—Pues que hay muchísima gente ahí afuera.

Se ha corrido la voz de que han arrestado a una horrible alcahueta; sí, esa cerda de mala entraña que, de joven, hacía volverse las cabezas de medio Londres y que, ahora, vieja y pérfida, para llenar sus arcas, vende al mejor postor la virginidad de las chicas decentes. Pero no es solo eso: es que esta

bruja jubilada, que no vale para desfogarse con ella ni para criar, es decir, que es totalmente prescindible para la sociedad, cuenta con el favor de los políticos (y de sus partes sensibles también), y rige un establecimiento al que acuden los príncipes libertinos a fundirse la paga que sale de los bolsillos del inglesito de a pie.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Nada, señora, nada... Ya se cansarán, estoy convencido.

—Es una reacción desproporcionada —dice la señora Chappell—. Porque no me creo que haya uno solo entre toda esa gente que no haya pagado por ello al menos una vez en la vida; ni una mujer que no haya recibido dinero a cambio.

Mas estalla un estruendo que los rodea por completo, y el carruaje tiembla y cabecea hasta tal punto que casi lo vuelcan: los hombres dan palmetazos en el cristal de la ventana, y les llegan sus voces, ásperas, a voz en cuello: «¡Putá! ¡Más que puta! A ver si te crees que no sabemos lo que eres».

—¿No podemos seguir? —La señora Chappell se lleva las esposadas manos a la cara y busca refugio debajo del chal que lleva echado sobre los hombros.

—Estamos bloqueados —dice él—. No podemos salir de aquí. —Pero como es más heroico, o menos juicioso, de lo que parece, abre la puerta y asoma medio cuerpo fuera—. ¡Caballeros! —exclama—. ¡Caballeros, os lo ruego! Comprendo que estén enfadados.

—¡Entréguennos a la mujer! —grita un hombre.

—Eso, ¡que nos den a la buscona! Que le vamos a poner las peras al cuarto.

—Un momento, caballeros, yo..., yo..., yo... ¿Es que no veis que precisamente eso es lo que está haciendo la justicia en este momento? Échense atrás, échense atrás. Déjennos pasar.

Pero se eleva entonces de la masa un enorme griterío, un abucheo que acaba en puro aullido. Los hombres tienen la cara congestionada, de toda la ira que acumulan; y los hay de todas clases: no solo mendigos mellados y purulentos; sino también oficiales de primera que visten camisas limpias; y dependientes; y padres que llevan a sus hijos a hombros, y que hienden el aire

con sus puños y no paran de gritar:

—¡No hay derecho, esto no es justicia! Una multa... y luego le enseñan un momento la picota... para que la vea nada más... ¿qué castigo es ese para una mujer así?

—¡Vos la protegéis!

—Y a nuestras hijas, ¿quién las protege?

—¡Os lo ruego! Yo os aseguro que...

—Se acabó ya de tanta palabrería —dice un joven, justo al lado de él, y tira al señor Trevithick al barro.

Entonces, la muchedumbre entera se apelotona a la puerta del carruaje, como una hidra de mil caras furibundas y bocas de dientes amarillentos que cae sobre la señora Chappell y le pone las manos encima.

Al principio, les cuesta moverla, pues lo mucho que pesa la tiene como atada al asiento. Solo consiguen rasgarle la ropa.

—¡Fuera! —grita, y les da golpes en las manos—. ¡Fuera de aquí! —Pero es que acumulan entre todos tanta fuerza que hacen que caiga de lado sobre el asiento; y entonces, ya es cuestión de coger cada uno de donde puede: del codo, del brazo, de las varillas del corsé; y, por mucho que se resista, al final la sacan en volandas a la calle.

Cae de rodillas nada más sentir el suelo debajo de los pies, y planta una mano en una boñiga todavía caliente que alguna res acaba de dejar a su paso; intenta como puede ponerse en pie, pues le es imposible apoyar el peso sobre el tobillo hinchado, y arruga la cara en una mueca de dolor, mas no emite sonido alguno. Siente como si le acuchillaran el tobillo; como si le clavaran alfileres en el dedo gordo del pie: y ni una sola parte de su cuerpo queda libre de la mano de un hombre, y la empujan, y la arrastran, y la pellizcan.

—A la picota con la puta esta —grita alguien; y si ella consigue ponerse en pie, es gracias a la ayuda cruel que le ofrece la masa; va dando tumbos, al medio trote, como un oso recién capturado que balancea la cabeza como un péndulo, para un lado y para otro—. ¡Muévete, zorra! —Y alguien le propina un manotazo en la cabeza—. ¡Aprisa, aprisa!

Pero los muslos se obstruyen el paso el uno al otro, le arden los pulmones, y no puede respirar. Al segundo golpe que recibe en la cabeza, se le cae la peluca, ante el rugido de la multitud: le brilla el cráneo, entre los

mechones ralos de pelo gris.

—Tened piedad de mí —balbucea—. Por caridad. Yo no he hecho nada.

Pero son solo un jubiloso ruido que no cesa, una masa que la aporrea y la empuja calle adelante, hasta llevarla a la plaza. Cada vez son más, vienen mujeres también, que jalean y dan vítores, con los bebés enganchados a la teta.

—¡La llevamos a la picota! Venga, venga con el castigo que se merece. —Alguien lanza una ciruela podrida y le estalla en plena sien, dejándole la cara llena de pulpa fétida y un zumo avinagrado que le llega al ojo.

Muy atrás, el señor Trevithick viene gritando:

—¡No, no! ¡Os exijo que os detengáis!

Mas todo intento es vano. Pues, una vez ha impactado el primer proyectil, ya es una lluvia de inmundicia lo que cae sobre ella: las manzanas hacen blanco como puñetazos, le explota un huevo en un hombro y se hace añicos; hay quien tira piedras, y sangra con profusión. Una vendedora ambulante de flores le arroja la cesta entera y le acierta en la sien: huele a violetas, pero hace que se tambalee y que el miedo se apodere de ella. Ya no controla ni sus propios pasos; le pesan las piernas, pues no está acostumbrada a correr: las siente frágiles, que no la obedecen. La rodea un tumulto de ira, risas innúmeras y las sombras empiezan a cercarle la visión: ve chispas blancas danzando delante de los ojos; siente el pecho en carne viva con todas las bocanadas que da, sin que le aporten nada de aire. Y el pie, ay, el pie: un fuego que la quema ahí y que le impide apoyarlo. Tropezaba, cae, da de bruces contra el suelo, tiene a un palmo las punteras de muchos zapatos. Ya no piensa, solo actúa; el pánico se le ha metido en el cuerpo y ya es sangre de su sangre.

Como es vieja, y gorda, y está enferma, avanza muy despacio, igual que un caracol que ha caído en manos de un niño, y alza la cabeza de manera estúpida tanteando el aire, buscando una salida, y levanta todo el peso de su cuerpo. Logra ponerse de rodillas, abriendo las manos, palpando el vacío; pero alguien le suelta una patada en un flanco y cae de nuevo, arrastrando la mejilla fofa por el fango. Vuelve alzarse, como por una especie de milagro, con un tremendo esfuerzo, y ahora consigue tenerse de pie, y avanza a pasitos entre la multitud, como si hubiera una salida entre tanta gente.

—¡Miradme, gente! ¡Fijaos! —Un chico de unos trece años se quita el tricornio de la cabeza y sale corriendo hacia ella.

La multitud se aparta para dejarlo pasar; y, cuando está a un par de metros de donde ella se debate por mantenerse en pie, salta en una grácil cabriola, con el sombrero en una mano y los pies juntos. Y así cae, con todo su peso, contra ella: de una patada en la cabeza la tumba otra vez, y la sortea con una acrobacia, sin perder la sonrisa. Sus amigos salen corriendo hacia él con la boca abierta. Pero ella se mueve, todavía, aunque ya no brilla en sus ojos la luz de la inteligencia, y las manitas se afanan en el barro con sus dedos regordetes y afilados; se abren y se cierran como las de un recién nacido.

En este punto, los agentes del señor Trevithick llegan adonde se encuentra él, que está de espaldas al linchamiento y colma una pipa.

—Vamos —dice—. Larguémonos de aquí, que no hay nada que podamos hacer.

—¿No deberíamos intervenir?

—¿Estáis loco? ¿Solo tres de nosotros? Ni hablar. Si se la arrebatamos ahora, nunca nos lo perdonarán. Que se la queden, que se la queden. Después estarán más mansos.

Su salida de la escena coincide con la carrerilla que toma otro chico, quien se abalanza con los pies por delante, tomando impulso con los brazos, y le patea las costillas a la señora Chappell. Pero ¿cómo es posible que, después de cada nuevo golpe, se levante otra vez? Debe de ser pura fuerza de voluntad, porque lleva tal vapuleo, y es tan vieja y está tan débil, que no puede ser el cuerpo lo que la impulse a seguir. No emite ningún sonido; ni muestra expresión en el semblante: parece una máquina programada para sobrevivir, nada más; de manera que, con cada caída, vuelve otra vez la cara en silencio al punto más alejado de la multitud que la rodea, y hacia allí se dirige, aunque le cuelga ya la mandíbula inferior, y va soltando fluido por la nariz.

Todos a su alrededor, chicos y mayores, han decidido que no saldrá de allí: se empujan unos a otros medio en broma, no paran de reír, pero no le quitan ojo de encima; y, cuando parece que avanza más deprisa, llega otro y sale del grupo, como una flecha del arco, para tumbarla de nuevo. Cada ocasión que se levanta, tarda más que la anterior; y da menos pasos cada vez

entre una y otra caída. Cuando, de nuevo, logra ponerse de rodillas, hay algo en las últimas filas de la multitud que le llama la atención, al parecer. La abadesa tiene un ojo lleno de sangre y fango, y alarga un brazo, con tal esfuerzo que le tiembla todo el cuerpo, para intentar asir un destello de blancura. Si alguien en la masa que la rodea se diera la vuelta entonces, vería una chica de piel tostada que lleva sombrero de paja, y se remanga el vestido blanco almidonado para que no roce el suelo. La señora Chappell se muestra atenta hasta el final a una cara que sea distinta a las demás, a unos rasgos especialmente hermosos; pero lo que ahora llama poderosamente su atención es el porte de esta chica en concreto. Porque la joven camina como un bailarina, o como una duquesa: con la espalda recta, como si el mero hecho de moverse fuera un arte y ella hubiera pasado horas ejercitándose en él, hasta dominar la pura expresión de cierta delicadeza intelectual. Cuando llega al borde de la plaza, se detiene; y, al ver cómo la señora Chappell muerde del polvo una vez más, la joven se lleva una mano a la boca. Luego agacha la cabeza y sale corriendo lejos de allí, y ni una sola vez echa la vista atrás.

El señor Trevithick y sus hombres, que van a toda prisa por un callejón, oyen rugir a la multitud.

—Pobre Bet —dice el comisario—. No creo que volvamos a verla más.

## VEINTISÉIS

La noche de antes de la fiesta, Angelica se despierta de madrugada. Siente que algo va mal. Palpa las mantas y se tranquiliza al notar la presencia a su lado del señor Hancock, que ronca plácidamente. Se queda un rato así, despierta en la cama, escudriñando las sombras con el entrecejo arrugado y el oído atento a los ruidos nocturnos. Oye la llamada hueca de un búho; el rasgueo en la brisa de las ramas de un árbol; el crujido de la rueda, quizá, de algún carruaje que atraviesa el campo. Nada de lo que asustarse. Da más vueltas en la cama, pero no acaba de encontrar la postura; por fin, se levanta y, sin saber muy bien por qué, va a la ventana y mete la cabeza entre las cortinas, hasta que nota el frío del cristal en la cara.

Al principio no ve nada afuera. En el cielo hay algo de claridad, aunque es la hora bruja, imprecisa, de la madrugada. No en vano, se acerca la noche más corta del año, y el punto en el que la colina desciende hacia la arboleda guarda todavía un resplandor, vestigio del ocaso o primera luz del alba, quién podría decirlo. El césped, recién cortado, es un bálsamo de negrura; las estatuas blancas, se diría que oscilan sobre él, porque no les ve los miembros y no recuerda que estuvieran en esa posición. Pero es solo un efecto óptico; así que cierra fuerte los ojos y mira otra vez, con un temblor, pues siente el frío de la hora tal y como está, levantada de la cama, alejada de toda fuente de calor, al pie de las cortinas. Entonces lo ve: es una de esas figuras blancas, de difuminados contornos, que va cruzando la hierba. Traga saliva y tiembla al ver el avance decidido, a través de los árboles y del césped, hasta llegar al pabellón: y allí se para.

—Señor Hancock —susurra—. Señor Hancock, despertad.

La figura blanca intenta entrar en el templete por la parte de atrás, pero la puerta está cerrada con llave. Cuando ve que no puede abrirla, suelta un gemido fantasmagórico. Entonces rodea el pequeño edificio, como si buscara la entrada por otro sitio.

—¡Señor Hancock! —Angelica no quiere apartarse de la ventana, y enseguida nota la presencia de su marido al lado.

—¿Qué pasa? —pregunta él, todavía medio dormido.

—¡Eso que hay ahí afuera! —dice ella con un hilo de voz—. ¡Mirad!

Él mete la cabeza entre las cortinas; y juntos los dos, mejilla contra mejilla, miran hacia el fondo del jardín.

—Ah —dice él—, pero si es Sukie.

Y, en efecto, ella es. Lleva un camisón muy fino y se mueve despacio, con cuidado, rozando la pared del templete con las manos. Luego vuelve a la puerta, situada en la parte de atrás, y oyen el golpe seco y fuerte de una patada contra la madera. Luego le da otra, y otra más, y acaba empujándola con el hombro.

—¡La va a romper!

El viento les trae un grito débil, pero henchido de pena, mientras Sukie sigue dando porrazos a la puerta. Los Hancock no dudan un instante: salen corriendo de su dormitorio y bajan las escaleras a toda prisa. Angelica pierde pie, al medir mal uno de los escalones, y casi se arranca el brazo de cuajo cuando agarra a la barandilla para no caer. Aunque apenas siente el dolor: porque atraviesa a la carrera el pasillo, sin percatarse de que va descalza. La pareja descorre a toda prisa la puerta del comedor por la que se accede al jardín, y salen fuera, gritándole a la noche:

—¡Sukie! ¡Sukie!

Les cuesta verla al principio, y bajan corriendo por el césped, uno al lado del otro, haciendo un esfuerzo para el que ninguno de los dos está muy preparado; por lo que se les resienten los pulmones. La bata de Angelica flota en el aire y ella exclama:

—¿Dónde estás? Sukie, ¡no te acerques más!

Mientras, su marido avanza, dando tumbos, sin resuello casi, e intenta ver dónde está su sobrina. Por fin, desaparece por detrás del pabellón, allí se lo tragan las sombras, y suelta un grito. Porque ve a Sukie Lippard, en cuclillas,

con el camisón empapado de rocío, gimiendo de pena, con verdadera aflicción. Se le ha levantado la piel de los nudillos, de aporrear la puerta; tiene los pies llenos de moratones y le sangran las uñas rotas, de todas las patadas que ha lanzado para conseguir entrar. El señor Hancock se pone de rodillas a su lado y la abraza; ella tiritita de frío y no para de sollozar. Tiene la piel helada, pero cuando él intenta alzarla, la niña chilla:

—¡No, no me saquéis de aquí! ¡No, no, tengo que entrar! ¡Tengo que entrar ahí como sea!

Él no está acostumbrado a coger tanto peso en brazos; y su sobrina se retuerce y lo golpea, lo araña en la cara, y le pateo el vientre cuando él intenta levantarla y echársela al hombro; pero, aun así, logra llevársela colina arriba, entre grandes resoplidos debido al esfuerzo: se ha puesto todo rojo y una vena le tiembla en la sien. Angelica los sigue a la carrera, y Sukie tiende los brazos hacia el pabellón, y aúlla, como si la hubiesen arrancado del regazo de su misma madre.

—Chis —la consuela—. Que todo va a ir muy bien, ya verás.

—¡No! ¡Dejadme volver!

—Estarás mejor cuando nos hallamos alejado de ella.

Pero Sukie rompe a llorar otra vez.

—¡Nunca estaré mejor! Solo allí puedo estar bien. Por favor, os lo ruego, dejadme ir.

—Venid dentro —dice Angelica; y el señor Hancock sube las escaleras con su sobrina en brazos y la mete en casa.

Una vez en su cuarto, con las velas encendidas, la niña ofrece un espectáculo lamentable: tiene los labios amoratados, y la piel moteada de manchas grises; las uñas de los dedos están rojas por el frío. Parece que, más que andar a la intemperie en una noche fresca de verano, se hubiera ahogado en un temporal del mar del Norte. Tiene moratones por todo el cuerpo, y la piel embadurnada de su propia sangre. Y, en cuanto Angelica le quita el camisón empapado y la arroja con varias mantas, se hace un ovillo y empieza a tiritar, como un ratón que ha escapado de los colmillos de un gato: tiene los ojos vidriosos, y le cuelga la mandíbula inferior. No es que haya perdido fuelle, es que está abatida: le han chupado toda la vivacidad que antes tenía. Cuando el señor Hancock insiste en hablarle, o darle a beber un

reconstituyente, ella retira la cabeza, exhausta, y cierra los ojos.

—Oh, Señor. —Angelica se arrodilla al borde de la cama, le toma la mano y le frota los dedos fríos—. Oh, Señor, yo tengo la culpa de esto.

El señor Hancock le pone una mano en el hombro.

—La tengo yo —dice con voz rasposa.

—No, no: vos solo me trajisteis lo que yo os pedí.

—Nunca debí dejarla aquí.

—Y yo tenía que haber reaccionado de manera diferente cuando la descubrí. Ay, señor, ¿creéis que morirá de esto? No se mueve lo más mínimo.

Mas el médico, que llega poco antes del alba, y le toma el débil pulso, y le explora las uñas rotas y los nudillos ensangrentados, se limita a alzar una ceja:

—Un ataque de nervios —diagnostica, sin inmutarse—. Ha estado toda la noche por ahí, dando vueltas —añade, sin ocultar su enfado—, dándose golpes contra todo. Se ve a menudo en las chicas de su edad; aunque, qué sea lo que les pase por la cabeza para llevarse tanto disgusto, eso ya no lo sé.

—¿Qué podemos hacer para que se le pase? —pregunta Angelica, y sorbe el aire por la nariz.

—Le daré un somnífero para que la ayude a conciliar el sueño. Pero tenéis que educarla mejor. Porque es obvio que la habéis malcriado; y si no os hacéis con ella, señora, será como tirar piedras contra vuestro propio tejado. Cuando a una niña la zarandea una pasión violenta, eso es grave. Pero en una mujer, eso es algo intolerable: atadla en corto ahora, señora Hancock, antes de que sea demasiado tarde.

—No pensamos hacer tal cosa —brama Angelica; y el médico mira a su marido con cara de pena cuando se marcha.

Sukie duerme, por fin, y Angelica se cruza de brazos.

—Tenemos que acabar con esto —dice—. Y ahora mismo. Venid conmigo.

Le echan otra manta por encima a Sukie, y toman la precaución de cerrar su puerta con llave antes de bajar al pasillo, y pasar por la puerta de servicio hasta la parte de atrás de la casa, donde cuelgan los cubos de cuero llenos de arena, allí dispuestos en caso de que se prenda algo.

—Bajadlos de ahí —dice Angelica, que no llega a ellos—. Daos prisa,

daos prisa. Se supone que soy yo la ayudante vuestra, no al revés. —Entre los dos, sacan cuatro cubos al césped. El cielo ha tomado un tinte verdoso que anuncia el alba: el azul cobalto y el blanco resplandeciente dan paso al naranja encendido de un albaricoque maduro. Colina abajo, la neblina pende sobre el río. En el jardín de la casa, la mañana empieza a florecer: las margaritas abren los pétalos al sol y las abejas zumban entre los rosales, henchidos de rosas—. Un regalo de bodas bien raro me hicisteis —reflexiona en alto Angelica cuando llegan al pabellón—. Una criatura de carne y hueso que da pena casi mostrar a la gente. Algo que nos hace ver lo lejos que queda aquello que realmente anhelamos. Dadme la llave.

—Pero ¿qué decís? —pregunta él, y la mira de soslayo; si bien deja los cubos en el suelo y saca la llave que le piden.

La cuadrilla contratada a tal efecto ha barrido la escalera de descenso, que está recién enfoscada, con todos los escalones a nivel, para que no tropiece nadie. Y por todo el hueco, los techos ya no están mohosos, porque los han fregado, y huele al alcanfor de las alfombras que hora cubren el suelo de ladrillos. Han puesto candelabros en las paredes; y Angelica va de uno a otro, encendiendo todas las velas.

—¿No veis —dice— cómo no hace falta aquí sirena que valga, que lo único que conseguiría sería desviar la atención de semejante marco?

Sale disparada hacia la cámara del fondo, llena de sillas todo alrededor de la pared. En el centro, está la tina: un recipiente grade y feo, renegrido de hollín y —eso ve ahora el señor Hancock— muy abollado. La lona que la cubre está atada a los bordes con una cuerda, toda deshilachada, y Angelica la retira de golpe.

—¿Qué hacéis? —pregunta él, y ahora siente miedo de verdad.

—Ya no la quiero. No puedo soportar su presencia aquí. Tenemos que conformarnos con nuestra vida sin ella. —Coge una de las elegantes sillitas que jalonan la pared, la acerca a la tina y se sube—. Fijaos —dice—, será más fácil de lo que pensáis. Porque no es una criatura de consistencia sólida. —Mete la mano en la tina y cierra los dedos hasta formar un puño. A él le va a dar algo. Angelica sigue allí quieta un instante, con los ojos clavados en los de su marido—. ¿Veis? ¿Lo veis? —Y emerge la mano vacía, goteando. Vuelve a introducirla en el agua, y aflora otra vez, sin haber asido nada—.

Estoy segura de que la podemos sacar de aquí poco a poco; como si fuera solo el mismo agua que va en los cubos.

Afuera, el coro del alba prorrumpe en su *crescendo*.

Angelica se encarama a la silla para llenar los cubos; y, cada vez que mete uno en el agua, le parece oír un pequeño gemido que da el líquido al batir contra el metal.

—Llevaos estos —dice.

Él no se mueve del sitio.

—No, yo no puedo. —«Es mi sirena, con todo lo que he trabajado para...»—. Y la fiesta, ¿qué? —protesta.

—Eso ya no importa. La cosa esta tiene que salir de aquí. —Levanta los cubos, y las gotas que chorrean impactan contra el suelo de ladrillos con un pequeño estallido. Él da un paso hacia ella y coge los cubos de sus manos—. Llevadlos allí —dice ella, señalando la pileta—: le vamos a dar a esta criatura la libertad que está pidiendo.

—¿Es eso lo que queréis?

—Quiero que salga de mi familia. —Angelica parece una sibila: tiene el pelo todo revuelto y un chal blanco que le cubre los hombros—. Y la hemos tenido aquí enclaustrada demasiado tiempo. Si está enfadada, es por cómo la hemos tratado. ¿Qué animal que esté atrapado no se revuelve contra su captor? Tomad, ayudadme con esto.

Los cubos sueltan un gemido cuando el señor Hancock los lleva, muerto de miedo, hasta el borde de la pileta cavada en la roca. Y vuelven a gemir cuando los vacía allí, de dos en dos: cubos y cubos de pena que caen en el agua oscura.

Él cree que la ve en esa agua, en la fosforescencia del pozo, donde baila como las estrellas y luego se hunde hacia lo hondo. Allí dentro, alejada de la superficie, hace largos entre las paredes, se reconcilia con su atomizado ser. Luego, él vuelve con los cubos vacíos, a por otros llenos. De pie, al lado de la silla en la que está subida Angelica, le llega solo a la altura del busto. Ella se inclina para besarlo:

—¿No veis? Estamos haciendo el bien.

Va de la tina a la pileta, una y otra vez, y pierde la cuenta de los viajes que echa; hasta que le duelen los brazos y se le enfrían los pies. Solo los

labios de su mujer le ofrecen algo de calor en la caverna; y, con cada viaje de vuelta a la tina, a ellos vuelve también.

Al rato, Angelica descubre que ha vaciado tanta agua que ya no llega a la que queda dentro todavía. Pero no se arredra.

—No pasa nada —dice; y se remanga la bata para meterse en la tina; donde el agua le llega a las espinillas, y no está tan fría como pensaba: mucho menos que la gélida fuente en la que se metió en casa de la señora Chappell. Entonces se pone en cuclillas para llenar un cubo, y el agua corretea a su alrededor, casi con un rumor amable que le hace sentir la caricia de la pena en la piel con un cosquilleo como de muchos pececillos que le dieran pequeños bocados, o un reguero de burbujitas que danzara en torno a ella.

—Tened cuidado —dice su marido.

—Vos, tranquilo, que estamos bien el agua y yo. —Se agacha y vuelve a mover el agua con la mano, como los niños cuando se sientan en la arena de la playa para ver los granos que arrastran las olas—. ¿A que estamos bien? —le dice con un arrullo al agua que antes ocupara la sirena. Y le alcanza otro cubo a su marido—. Estos son los dos últimos —dice—. Uno para vos y otro para mí.

Él la ayuda a salir de la tina vacía: tiene la bata empapada y se le pega a las pantorrillas y a los muslos. Hasta el pelo lo tiene mojado y apelmazado sobre los hombros. Se lo escurre con los dedos, como si fuera una cuerda: caen las gotitas al suelo, y ella se echa a reír.

—¿Estáis lista? —pregunta él; y lo sigue hasta la pileta, un poco agachados los dos, para poder llevar el peso que cargan. Entonces se da cuenta de lo cansado que está: le pesan los huesos, como si fueran de piedra; pero aquel acarreo monjil del agua está próximo a su fin.

Hasta las bóvedas de la gruta tienen un aspecto más luminoso que cuando empezó el trasvase. Angelica se acerca a él cuando lo ve vaciar el cubo en la pileta, que lo engulle con un pequeño remolino. Entonces le toca a ella: da un paso hacia el borde, con el cubo en vilo por encima de la cabeza. Tiene el pelo suelto y le cuelga la bata; parece que tuviera otra vez catorce años, que bailara una vez más con las acólitas de Venus. Apoya el cubo en un hombro, lo inclina ligeramente y lo vierte con un chorro uniforme; de tal manera, que, al final, el agua suelta una O perfecta, y salpica una gotita que queda un

instante flotando en el aire.

—Sanseacabó —dice ella.

*Primero me hundo,*

*luego goteo,*

*luego soy chorro.*

*Estoy aquí; y aquí; y aquí. Toco esta superficie, y esa también.*

*Me mezclo, tiemblo al sentir mil nuevas voces, y todas son voces mías.*

*Soy un movimiento perpetuo que une en sí todos los torrentes.*

*Y aprender y saber son una y la misma cosa, y soy una pizca, y somos todo el espacio que nos ha sido dado.*

*Y si estoy hecha de pena, ¡qué! Aquí hay alegría; y, si estoy hecha de furia, paz hay también.*

*Chorros y chorros, como un chorro vamos: una lengua de agua que brilla y lame la roca y el musgo, muy hondo, en la fría entraña de piedra que tiene la Tierra. Aquí no llega la luz del día, no hay postrer aliento que alcanzar. Como un chorro vamos, jóvenes, radiantes, esparcidas cada vez más: y nuestros amargos átomos se pierden en la recién acuñada frescura.*

*Deprisa, deprisa vamos, hacia delante, hacia el mar infinito.*

## EPÍLOGO

La fiesta de la noche de San Juan —la primera que dan el señor Jonah Hancock y señora, de Blackheath— es un enorme éxito. La señora Hancock es una anfitriona afable y a la vez hermosa, que resplandece en un vestido de satén de color azul sirena, con una estela de encaje tan evanescente como la espuma del mar. Han criticado mucho su casamiento; pero ahora, del brazo de su tosco marido, con la cara iluminada por la risa, los hay que cambian de opinión. También se admira mucho a la sobrina, la señorita Lippard. Como es muy joven, no estaría bien visto que se sumara a la fiesta, por lo que dejan que sea vista solo unos minutos en la escalera que baja al jardín: una chica pálida y elegante que se lo queda a uno mirando y no abre la boca. Vuelve enseguida a sus aposentos; pero, solo con verla ahí unos instantes, muchas madres de la zona la añaden a la lista de futuribles, por sus muchas cualidades, y deciden que tendrán que acapararla toda para sí antes de que sea presentada en sociedad. Todo el mundo está de acuerdo en que la casa y los jardines presentan un aspecto impecable; y los invitados que pasean por el césped alaban la privilegiada vista que tiene sobre Greenwich y el río, al fondo.

Y luego está la deliciosa sorpresa de la gruta, las conchas, y ese brillo que lanzan a la luz de las velas; las criaturas marinas, horrendas más allá de lo imaginable, iluminadas para el embeleso del público, que suelta grandes gritos de admiración. Los invitados quedan como en trance al entrar ahí. Bailan a la luz de las arañas de cristal; pisan las copas de vino que caen al

suelo de ladrillo en las cámaras abovedadas. Se maravillan ante el sesudo sistema de periscopios que ilumina la pileta de agua tan particular que hay al fondo. Pero, sobre todo, se muestran impresionados al sentir la atmósfera que se respira dentro. Y es que esta maravilla subterránea, por muy fría que pueda parecer, tiene carácter propio: una especie de reposado fervor que, sin duda, ha de deberse al genio de la anfitriona, porque: ¿cómo si no iba un espacio tan reducido a quedar impregnado de tanto sentimiento? Los amigos se abrazan; los extraños están encantados de hacer nuevas amistades; los maridos llevan a sus mujeres a algún oscuro rincón.

La comida no es pesada, pero sí exquisita: es lo que comen las chicas para aguantar bailando toda la noche. Hay leche merengada al vino dulce, servida en platos fríos; gelatina con sabor a licor, y fresas y melones y galletitas de fruta; y un centro gigante de doradas piñas, cuyo aroma, a la vez fresco y tostado, colma la sala y atrae a los invitados más excéntricos. Los hay que se sorprenden al hallarse en semejante compañía; pues, como es lógico, todos esperaban que la anfitriona pusiera buen cuidado en separar a sus invitados por mor de la delicadeza. Pero todos aceptan, implícitamente, que no es esta una noche diferente de cualquier noche en los jardines de recreo: donde se junta gente de lo más variopinto; y donde, sin embargo, todo el mundo consigue hablar solo con los que son de su clase. ¡Además! ¿No es esta la fiesta de la sirena, esa criatura tan anfibia? ¿Cómo, entonces, iban a privar a alguno de ellos de ser testigos de tamaña maravilla? De hecho, podría decirse que la gruta se convierte en toda una casa de fieras, un gabinete de curiosidades que incluye todas las categorías de lo humano: pues cada espécimen camina con cautela junto a los suyos, y mira con interés los hábitos alimentarios, el modo de bailar, de beber y dar conversación que tienen los otros curiosos especímenes. Los carpinteros de navío no paran de hablar bajo la mirada reluciente de las blancas estatuas, y se llenan los bolsillos de bocadillos de rosbif, cortado en finas lonchas. Allí están las parejas jóvenes más disolutas de Greenwich, mujeres y hombres; que lucen adornos parecidos de pañuelos con volantes y vaporosas plumas de avestruz. Caballeros hacendados desde hace dos días, cuya fortuna proviene de barcos de carbón o paño, se quedan sin habla en presencia de damas que, en su día, adornaron con su estampa los escaparates de las imprentas; y hay una

institutriz delgada como un palo que pastorea entre los árboles a seis bellezas vestidas de blanco, seguidas de un ejército de perrillos recién pasados por la barbería. La señora Hancock, de baja cuna, juguete de la aristocracia y esposa de un armador, ha tirado con profusión de su nutrida agenda.

Se rumorea incluso que la condesa de D. en persona ha estado en la fiesta —sí, ¡la mismísima condesa!—, y que lucía un vestido mucho más voluminoso de lo que acostumbra. Son tan pocos los que pueden decir que la hayan visto, y por un espacio tan breve de tiempo, que apenas si puede creerse; aunque, ¿qué otra mujer, de baja estatura y pelo oscuro, podía ser aquella que fue caminando despacio con la señora Hancock, colina abajo, hacia la parte menos expuesta del jardín, cogidas las dos de la cintura, mientras asentían, inmersas como estaban en lo que a todas luces era una conversación privada de lo más sincera?

Hay otro invitado al que nadie ve. Es un joven vestido con una casaca roja de teniente, un perfecto *homme-comme-il-faut*, que viene andando campo a través con el sombrero en una mano para que la brisa refresque sus rizos negros. Será que ha oído la música, o que ha visto los faroles colgados en las ramas de los árboles; pero el caso es que se queda parado junto al caminito que lleva a la casa, y mira el sesgo que toma la senda hacia los árboles. Se queda ahí largo rato; mas no entra en la finca; y, al final, cala otra vez el sombrero y se da la vuelta.

Pero ¿qué pasa con la tan prometida sirena? ¡Esa sí que es buena! Porque nadie olvida aquella criatura horrenda tan famosa que exhibió el señor Hancock al principio de la temporada. Pues, ¿quién de los presentes no pasó delante de aquella piltrafa de retorcidos miembros y dientes afilados; o, al menos, vio su imagen reproducida en los escaparates de las imprentas? Y ¿quién de ellos no tembló al verla? La señora Hancock, mujer inteligente, sabe que la verdad esplende solo durante un tiempo, y que el repelús que da lo repulsivo es mejor dejarlo para los espectáculos de feria. En vez de eso, les ha dado a los invitados la sirena que ellos quieren: está ahí dentro, en el trémulo resplandor de la gruta de mejillones, y en la iluminación que parpadea con un halo en las paredes; en las peceras, agitadas de vida acuática; en el vino espumoso y la extraña fosforescencia que echa chispas y remolinos en la pileta alumbrada de verde. Allí no hay tregua para lo vulgar, ni para lo

cotidiano: todo es bello y tiene esa aura que tienen los sueños.

Nunca pasó tan rápido la noche más corta del año. Y esa mañana de verano, cuando el último carruaje traquetea por el camino que atraviesa el campo, el señor y la señora Hancock cierran con llave la puerta de la gruta y suspiran, aliviados.

—No podía haber resultado mejor —dice el señor Hancock.

—En verdad que no. —Angelica está despeinada y se le ha corrido el maquillaje—. No puedo creerme que haya salido airosa de semejante trance.

—Pues yo sí —dice su marido, con tono categórico, y cierra los ojos al sentir la pálida brisa de la mañana—. Vos y yo, los dos juntos..., saldremos airosos de todo lo que nos propongamos. Eso sí, hay que ver —dice, y pone cara de escéptico— que me haya gastado yo un dineral en sirenas, y que la gente esté encantada aunque no haya sirena alguna que ver.

—Ajá —dice ella, y le coge la mano—. La sirena de verdad no les habría gustado mucho, ¿a que no? Porque una gruta..., un pequeño espectáculo..., ristras de perlas... Si eso no constituye una verdadera maravilla, no sé yo qué pueda serlo. Vivimos en una época moderna, señor: lo que esta edad ha de forjar puede ser tan extraordinario como lo que llegue a descubrir.

El señor Hancock mira hacia la casa, ve el tono rosado que en el yeso pule el alba.

—¿Estáis lista para desayunar? —pregunta, y van de la mano, colina arriba, mientras corretean entre ellos, felices, los fantasmas.

# AGRADECIMIENTOS

Si esta novela existe es gracias a Rebecca Scott y Henry Sutton, quienes insistieron en que tenía que ver la luz, pese a todas mis dudas. Richard Beard y Katy Darby fueron los que me guiaron en el tipo de educación sentimental que imparte Jean Brodie en la novela de Muriel Spark.

Al empezar a escribir *La sirena y la señora Hancock*, tuve la suerte de que leyeran los primeros borradores mis maravillosos compañeros del curso «Historia de la novela»; ellos, y Sarah Young, dotada de una paciencia y una amabilidad que no tienen parangón; y Sophia Veltfort, que fue quien conminó primero a la sirena a que empezara a hablar. Charlotte Bearn, Robyn Drummond y Adam Rowles me ayudaron a seguir, gracias al entusiasmo con el que leyeron el manuscrito completo; y Dani Redd lo revisó atentamente, y puso en ello un fervor y, a la vez, una comprensión que no merezco. Cuando me disponía a lanzar la novela al mundo, los consejos y la camaradería que me brindó Paula Cocozza fueron un auténtico regalo; y Rose Tomaszewska me prodigó su amistad, todo lo que sabe del mundo editorial y su apoyo incondicional de principio a fin.

He tenido una suerte increíble al recibir el ánimo y el apoyo de unas instituciones verdaderamente maravillosas. Pude costearme el máster gracias a la beca del Premio Malcolm Bradbury: todo el equipo detrás del premio MsLexia a la primera novela me dio confianza; y nunca olvidaré la alegría inmensa y el privilegio que constituyó para mí ser finalista del premio para escritores de la Fundación Deborah Rogers en su primera convocatoria. Con

ese espaldarazo, todo parecía posible, y estoy orgullosa de ser parte del legado de Deborah. Todo escritor es bien consciente de lo mucho que cuesta hallar el tiempo y el espacio que hacen posible la escritura. No podría haberlos encontrado sin Jan Sutton, para quien tenía la suerte de trabajar cuando empecé esta novela, y quien me sirvió de caja de resonancia; Sue Hill, que me dio trabajo cuando no tenía; Penny Freeman y Peter Hudson, que me dejaron su casita en el campo un venturoso verano; y Nicky, Eve, Lene, Niall, Rachinta y Séamus, en cuyo trastero escribí ochenta mil palabras.

Ojalá pudiera expresar mi gratitud personalmente a todos los historiadores cuya obra leí durante el proceso de documentación de la novela. Si fui capaz de vivir y respirar en el siglo XVIII, fue únicamente gracias a la labor de investigación de todos ustedes: sus libros me ofrecían un tesoro nuevo cada día, eran un premio a mis pesquisas, y motivo de mi gran admiración por su trabajo. Sin embargo, tengo que dar las gracias en particular a la doctora Margaret R. Hunt, que se tomó la molestia de buscar respuesta a la relativa bisonñez de mis preguntas; y Fiona Sinclair, que me dio a partes iguales conocimiento, entusiasmo y tarta.

Gracias a Karolina Sutton, una agente infatigable y una compañera maravillosa en esta aventura; y a mi editora Liz Foley, por su paciencia, capacidad de análisis y apoyo constante. En ningún caso podía haber elegido mejor: gracias, gracias por ver siempre en esta novela el libro que yo quería escribir.

No sería escritora si mis padres no hubieran hecho de mí una lectora. Por lo tanto, he de agradecerle a mi madre que infundiera en mí estos gustos tan poco ortodoxos; y a mi padre, por hacerme sentir orgullosa de ser una chica lista. Mandy Lee Jandrell siempre me tomó en serio como creadora, y eso fue un mundo para mí. Gracias, Oscar, por decirme de vez en cuando, sin que yo te lo pidiera, que era buena escritora. Tú sí que eres un buen hermano. Agnes, mi amor: los libros te llevarán a todas partes.

Gracias a Jamie, por todas las veces que hube de poner mi escritura por delante de nuestra relación. Porque si, en algún momento pensaste que el orden no era ese, jamás lo diste a entender. No te puedes imaginar lo orgullosa que estoy de haberte elegido como pareja: mi corazón está colmado

contigo.

Por último: gracias a Simon y a Maddi. Porque tuvieron fe en mí aun antes de que yo misma la tuviera, y estoy encantada de dedicarle a ellos esta novela.



IMOGEN HERMES GOWAR (Londres, Reino Unido). Estudió Arqueología, Antropología e Historia del Arte. Ha trabajado en museos donde se inspiró en los objetos que la rodeaban para escribir sus primeras obras cortas. En 2013 obtuvo la beca Malcolm Bradbury Memorial Scholarship de la UEA en escritura creativa. *The Mermaid and Mrs Hancock* fue finalista en el MsLexia First Novel Competition 2015 y preseleccionada para la inauguración del Premio de Escritores de la Fundación Deborah Rogers.

# Notas

[1] Criatura mitológica, en el folclore de las islas del noroeste de Europa, con forma de gran foca que puede adoptar apariencia humana, en cuyo caso se despoja de la piel de animal. Como todos los seres cambiantes en el imaginario popular, la transición de una forma a otra y de un medio a otro, agua a tierra y viceversa, puede traer consecuencias trágicas. (*N. del T.*). <<